

Tercer Libro
de Pellinor

El Cayendo



ALISON
CROGGON

Lectulandia

En esta tercera entrega, continuamos nuestro viaje de la mano de Hem, hermano menor de Maerad, cuyo papel en la historia parece inicialmente banal, pero que nos sorprenderá.

El chico ha llegado a Turbansk bajo la tutela de Saliman. La separación con su reencontrada hermana, Maerad, ha sido difícil y todo un bullicio de sentimientos amenaza con explotar. Sus compañeros de clase se ríen de él y lo dañan con burlas que lo hacen sentir de nuevo desprotegido. El ataque de las fuerzas de la Oscuridad es inminente; la ciudad entera deberá prepararse para la batalla que está a punto de librar, y Hem, al igual que el resto, deberá encontrar cuál es su papel en ella. En mitad de todo el caos que el Sin Nombre está despertando en su vida, por segunda vez, una gran amistad nacerá con dos de los personajes principales, Irc y Zelika. Los tres amigos descubrirán su destino al estallar la guerra.

El Cuervo nos acerca a las terribles consecuencias que la destrucción de La Canción y la corrupción del Sin Nombre y Enkir han provocado en el mundo de Pellinor. Una trepidante historia que nos llena de emociones y nos mantiene en la tensión tan característica de la saga, a la vez que nos acerca a la cultura casi perdida de Edil-Amarandh.

Lectulandia

Alison Croggon

El Cuervo

Tercer Libro de Pellinor

ePub r1.0

fenikz 16.09.15

Título original: *The Crow*
Alison Croggon, 2006
Traducción: María Pardo Vuelta
Ilustraciones: Niroot Puttapipat
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ben



PRÓLOGO

El Cuervo es la tercera parte de mi traducción del octavo volumen del texto clásico annariense, *Naraudh Lar-Chanë (El Enigma del Canto del Árbol)*. La entusiasta respuesta que he recibido por parte de los lectores hasta el momento confirma mi intuición inicial, que me decía que esta historia podía salir del claustro del estudio académico y cumplir su función original. Esta la conocemos claramente, a partir de una nota atribuida a Cadvan de Lirigon inscrita en el prefacio de una de las versiones existentes: el propósito del *Naraudh Lar-Chanë* es, según él mismo dice, «deleitar a todos los oyentes» e «introducir a aquellos que no estén familiarizados con la Tradición Bárdica a las maneras y virtudes del Equilibrio». Por lo tanto, la instrucción era importante para quienes lo redactaron, dirigido a sus contemporáneos; pero su intención primera era «deleitar».

En lo que respecta a la «instrucción»: al igual que el resto del desconcertantemente inmenso tesoro de pergaminos y papiros desenterrados en Marruecos en 1995 y conocidos como Pergaminos Annarienses, nombre que cada vez resulta más engañoso, merece la pena estudiar este texto. Se trata de una de las fuentes únicas más ricas, a partir de la que tenemos constancia de la vida cotidiana en Edil-Amarandh, y nos proporciona vívidas y claras imágenes de sus pueblos, desde las complejas culturas Bárdicas del sur hasta las diversas sociedades de las llanuras heladas del norte. Es bastante probable que en su tiempo cumpliera con el mismo propósito que tiene para nosotros —que fuese en parte escrito para instruir a los annarienses acerca de la diversidad de culturas en la que vivían—, pero al sernos esta instrucción desconocida milenios más tarde, posee una gracia especial, ya que hace revivir una civilización desaparecida hace largo tiempo de la faz de la tierra. La traducción que aquí presento no puede aspirar a haber captado en nuestro idioma todas las sutilezas y complejidades del texto original, lo cual lamento profundamente; pero deseo haber podido captar como mínimo algo de su belleza y emoción. Quienes deseen saber más pueden hallar más fuentes de información en los apéndices que he incluido en cada volumen.

Los dos primeros volúmenes de Pellinor, *El don* y *El Enigma*, versan sobre la historia de Maerad de Pellinor, una joven Bardo que descubre que ella es a Quien el Destino ha elegido, de quien se ha profetizado que salvará al mundo de la oscuridad

en alza del Sin Nombre. *El Don* recoge su encuentro con su mentor y amigo, Cadvan de Lirigon, y su viaje cada vez más peligroso hacia Norloch, el centro de la Luz en Annar, que tiene como finalidad revelar su destino e introducirla en el poder de su Don Bárdico. En el transcurso de su aventura, por una casualidad del destino, Maerad encuentra a su hermano, Cai de Pellinor, a quien creía muerto hacía mucho tiempo, y revela la corrupción que en aquel momento yace en el corazón de la Luz de Annar. *El Enigma* traza sus aventuras con Cadvan, tras huir de las fuerzas tanto de la Oscuridad como de la Luz, cruzando las verdes tierras de Annar y las baldías tierras heladas del norte, donde la captura el Rey del Invierno, Arkan, un poderoso ser Elemental. La historia termina en el Día del Solsticio de Invierno, tras la huida de Maerad de la fortaleza del norte, Arkan-Da, y el descubrimiento de que el Canto del Árbol —o por lo menos la mitad de este— se encuentra inscrito en la lira que ha heredado de su madre, que ella posee desde que era niña.

El Cuervo —originariamente los libros IV y VI del *Naraudh Lar-Chanë*— cambia el foco de atención de la historia de Maerad a la de su hermano Cai, conocido como Hem. La última vez que vimos a Hem fue cuando se separaba de Maerad al final de *El Don*, en su huida de Norloch; y ahora retomamos la historia en el punto de su llegada junto al Bardo Saliman a la populosa y antigua ciudad de Turbansk. Allí vemos una sociedad muy diferente a la de Annar en muchos sentidos —pese a tener en común la autoridad Bárdica— a través de los inocentes ojos de un desconcertado muchacho y con el oscuro telón de fondo de la guerra que se prepara. La batalla contra los estragos del Sin Nombre gana intensidad mientras el déspota inmortal de Dén Raven (más comúnmente conocido en el sur por su nombre propio, Sharma) amenaza con destruir todas las culturas de la Luz en Edil-Amarandh.

Igual que en los volúmenes previos, en este texto he tratado al annariense como el equivalente de la lengua en la que escribo y he dejado sin traducir algunos términos de las otras lenguas, en este caso, en la mayoría de las ocasiones, suderain —la lengua hablada tanto en el Suderain como en la península de Amdridh—. Un par de expertos en annariense han cuestionado esta decisión, con el argumento de que al hacer esto estaría dándole al annariense un falso centralismo y dejando implícito que se trataba de una lengua imperial como lo es hoy el inglés global, lo cual, pese a su extenso uso, no era así. Tan solo puedo apuntar sus objeciones aquí, y responderles que me pareció la mejor solución en su momento. También desearía destacar que el texto original estaba escrito en annariense.

A medida que trabajaba sobre el documento, me resultaba imposible evitar reflexionar acerca de cuántos paralelismos existen en nuestros tiempos y esta antigua historia. Nuestro mundo se ha oscurecido considerablemente durante los primeros años del siglo veintiuno, lo que le sugiere a esta lectora por lo menos una pertinencia contemporánea en algunas de las descripciones de la guerra en los volúmenes que constituyen *El Cuervo*. La información subtextual del *Naraudh Lar-Chanë* acerca de la relación entre los seres humanos y su entorno natural me parece igualmente

oportuna. Es, en parte, una función de la universalidad de todo arte; pero no puedo evitar reflexionar con tristeza acerca de que dice muy poco a favor de la raza humana el hecho de que no nos hallemos más cerca de resolver estas cuestiones hoy de lo que lo estábamos en los días en los que gobernaban los Bardos y el Equilibrio.

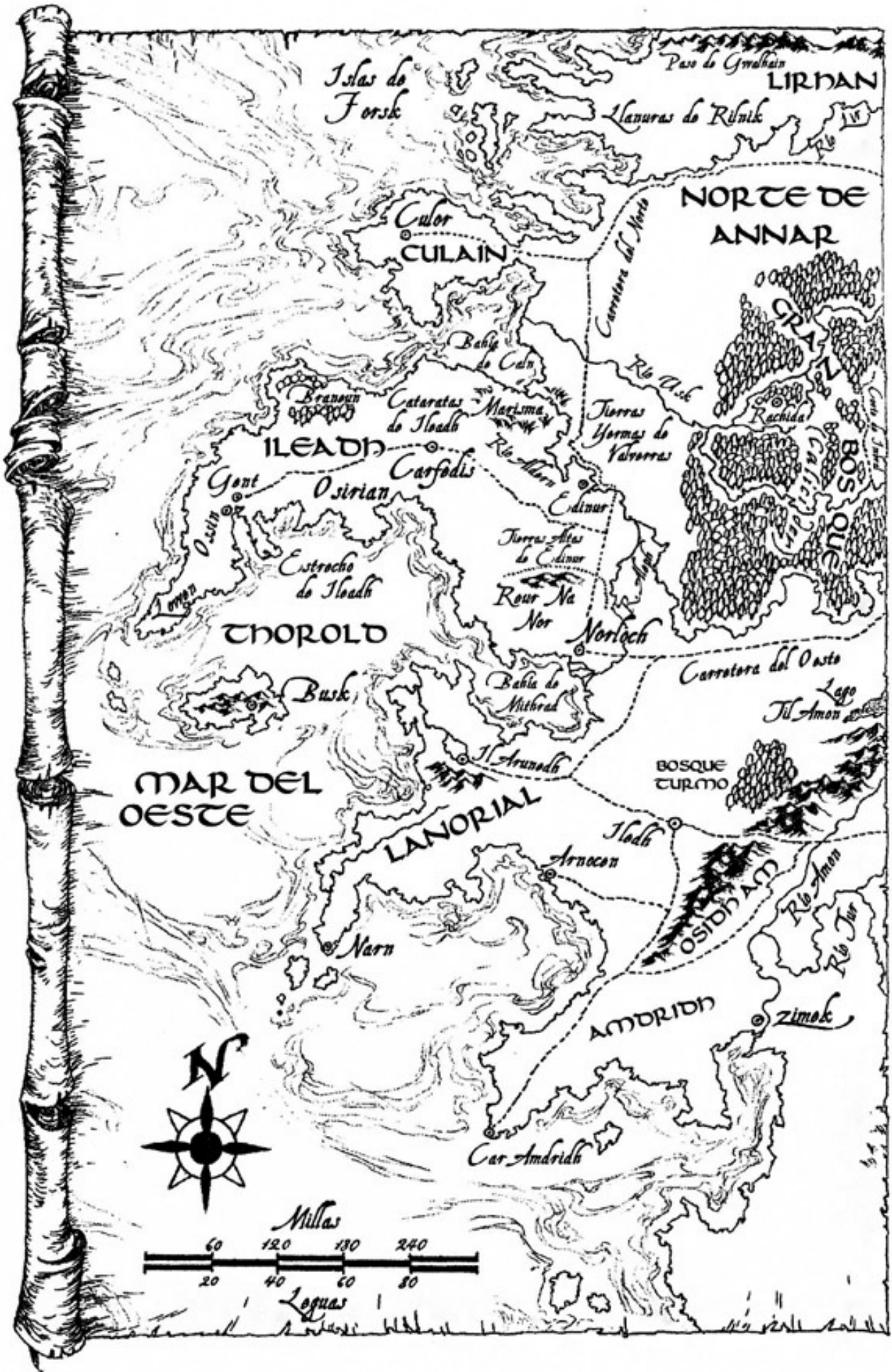
Ya he pasado tanto tiempo enfrascada en la tarea de traducir que me resulta prácticamente imposible imaginarme mi vida sin ella; y resulta justo mencionar que no me di cuenta, cuando comencé a traducir *El Don*, de lo mucho que dirigiría mi vida. A este trabajo todavía le queda un largo camino por delante para llegar a estar completo: todavía faltan dos volúmenes finales y más difíciles. No es una queja: las muchas horas que he pasado debatiendo acerca de las complejidades de la sintaxis annarienses o los puntos más sutiles de la ética Bárdica, los días pasados en bibliotecas escudriñando antiguos escritos o microfichas, en un intento de descifrar algún arcano detalle acerca de la vida en el desaparecido reino de Edil-Amarandh, se cuentan entre los más satisfactorios de mi vida. Este trabajo me ha traído muchos amigos, tanto lectores como aquellos que me han ayudado en mi investigación, que han enriquecido mi vida de una manera incalculable.

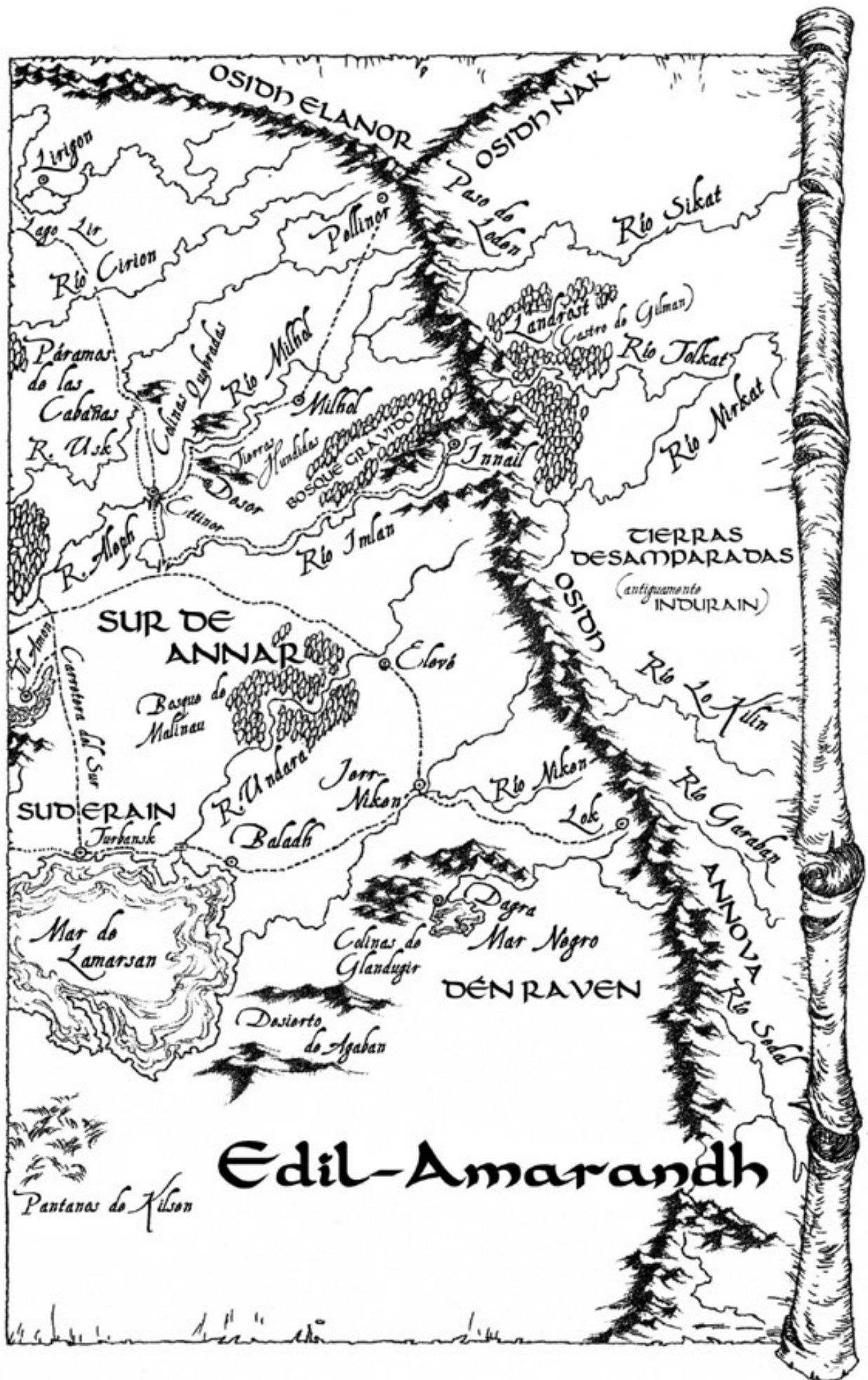
Como siempre, un trabajo de este tipo ha sido creado con la ayuda de muchas personas, y no tengo espacio para dar aquí las gracias a la mayor parte de ellas. En primer lugar, como siempre, desearía agradecer a mi familia su jovial tolerancia al respecto de este trabajo obsesivo, a mi marido, Daniel Keene, por su apoyo a este proyecto y sus habilidades como corrector, y a mis hijos, Joshua, Zoe y Ben. De nuevo me siento agradecida hacia Richard, Jan, Nicholas y Veryan Croggon por sus generosas impresiones acerca de los primeros borradores de la traducción. Chris Kloet, mi editor, cuenta con mi agradecimiento eterno por su apoyo incondicional y ojo atento, que me ha salvado de cometer más de un terrible error. Entre los muchos colegas que amablemente me han ayudado con sus sugerencias y consejos, desearía darle las gracias en particular a: el Profesor Patrick Insole del Departamento de Lenguas Antiguas de la Universidad de Leeds por permitirme de nuevo citar ampliamente partes de su monográfico sobre el Canto del Árbol en los Apéndices; al Dr. Randolph Healy del Bray College, Co Wicklow, por sus consejos acerca de las matemáticas de los Bardos del Suderain; y al Profesor David Lloyd de la Universidad del Sur de California, por sus perspicaces y valiosos análisis de las complejidades del poder político en Edil-Amarandh a lo largo de muchas placenteras conversaciones. Por último, también me gustaría agradecer la amabilidad y ayuda del personal del Museo Libridha en la Universidad de Querétaro durante los meses que pasé allí investigando el *Naraudh Lar-Chanë*.

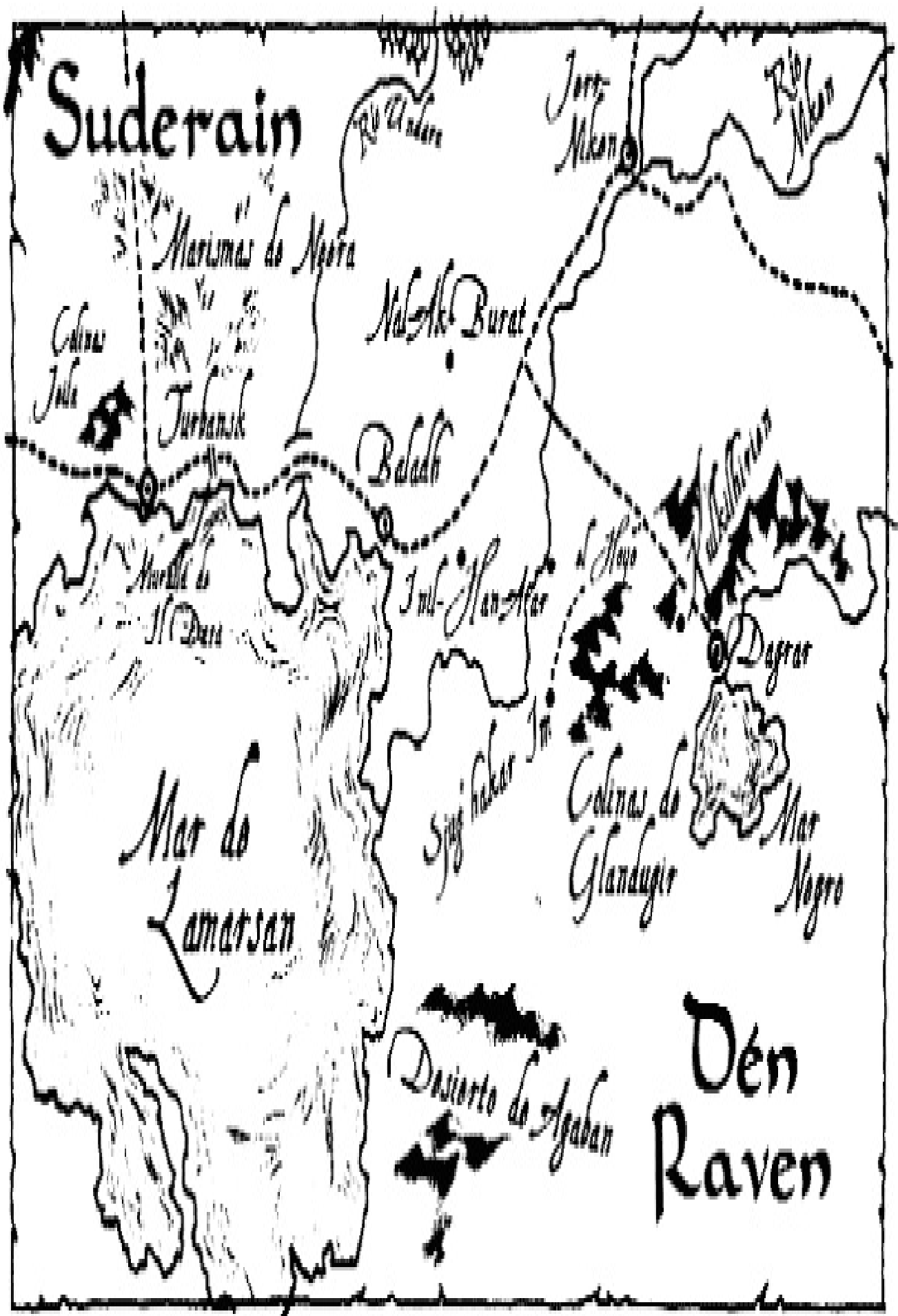
ALISON CROGGON, Melbourne, Australia, 2006

*Uno es el cantante, que del sol se oculta;
dos es el buscador que huye de las sombras;
tres es el viaje, que transcurre en peligro;
cuatro los enigmas, el Canto del Árbol responde:
¡Tierra, fuego, agua, aire
os invocan a salir!*

*Canción de cuna tradicional annariense,
Pergaminos de Annar, Biblioteca de Busk*









*Un sinfín de albaricoques ocluyen el cielo,
sobre la hierba descansan diminutos soles de aroma perfumado.*

*Los pájaros riñen entre las ramas y las ramas tiemblan,
cae una fina lluvia, un rocío de cristal, que las frutas ha glaseado.*

*Y así se magullan y ennegrecen con un hedor empalagoso,
pero algún día perderán las moscas tal succulento bocado.*

*La intensa dulzura reluce pero sin estar lejos de la sombra.
Redes, como las que teje nuestro ser pronto habrán caducado.*

*Incluso nuestra corrupción resulta ya minúscula,
un aliento amargo que se desvanece en el pasado.*

Del *Inwa* de Lorica de Turbansk



Una gota de sudor resbalaba despacio por la sien de Hem. Se la secó y alargó la mano para recoger otro mango.

Hacía mucho calor. Incluso en el sombreado refugio del árbol de mango, el aire ejercía presión a su alrededor como si fuese una manta húmeda. No se sentía ni el más débil soplo de brisa: las hojas pendían absolutamente quietas. Como si pretendiesen compensar la falta de actividad del viento, las cigarras hacían más ruido del que Hem las había oído hacer nunca. No las podía ver desde el lugar en el que estaba, sentado sobre una amplia rama, situada en la mitad del tronco del árbol, que se dividía formando un cómodo asiento, pero sus chillidos eran lo bastante altos como para hacerle daño en los oídos.

Se recostó sobre el tronco y dejó que la dulce carne de la fruta se le disolviese en la lengua. Aquellos mangos eran sin duda el mejor momento del día. «Tampoco es que haya sido», pensó con sarcasmo, «un gran día». Debería estar en la Escuela de Turbansk, cantando alguna estúpida canción Bárdica o dormitando durante alguna aburrida lectura acerca del Equilibrio. En lugar de aquello, había tenido una acalorada discusión con su mentora sobre algo que ahora no recordaba y se había marchado corriendo.

Había deambulado por los serpenteantes callejones que quedaban detrás de la Escuela, acalorado, aburrido y sediento, hasta que divisó el seductor brillo de una fruta naranja detrás de un alto muro. Una parra le sirvió de escalera, y trepó con cautela al interior de un jardín vallado, un exuberante oasis de verdor lleno de árboles frutales, adelfas en flor, rosas trepadoras y jazmines. En el extremo más alejado había un claustro que daba a una casa enorme. Hem la examinó rápidamente en busca de algún ocupante antes de echarse a correr hacia la fuente, cuya agua caía en un estanque con un suelo de mosaico situado en el centro de jardín. Sumergió la cabeza en el agua, empapándose de aquel delicioso frescor, y bebió hasta hartarse.

Después, sacudiendo la cabeza como un perro, examinó los árboles frutales. Había una higuera, un granado y dos naranjos junto al mango, que era el más grande de todos. Se dio cuenta con pesar de que las naranjas todavía estaban verdes, y después se colgó con agilidad del mango y comenzó a arrancarle los frutos, les cortó la piel dura con una navaja y luego arrojó los enormes huesos al suelo, hasta que los

dedos se le quedaron pegajosos de zumo.

Después de haber comido hasta la saciedad, se quedó mirando distraído entre las hojas el azul del cielo, que empalidecía hasta volverse casi blanco en el cénit. Se limpió cuidadosamente las manos en los pantalones, se sacó algo del bolsillo y lo estiró, repasándolo, sobre las piernas. Era una carta, escrita en un pergamino con caligrafía temblorosa. Hem no era capaz de descifrarla, pero Saliman, su guardián, se la había leído aquella mañana y después, al ver la mirada que había en el rostro de Hem, le había dado la carta para que la conservase como recuerdo.

«¡Para Hem y Saliman, saludos!», rezaba la carta. «Cadvan y yo hemos llegado bien a Thorold, como ya debéis de saber si el pájaro ha llegado a su destino. Los dos estamos mucho mejor que la última vez que os vimos. Durante el camino hasta aquí me mareé mucho, y Cadvan y yo tuvimos que luchar contra un ondril, que era muy grande, pero llegamos sanos y salvos. Nerili nos ha dado refugio; ya conoceréis el resto de las noticias por el emisario. Deseo que hayáis llegado a Turbansk sin daños, y que Hem descubra que las frutas son tan grandes como decían los pájaros. Pienso en vosotros todo el tiempo y os echo muchísimo de menos. Con todo el amor de mi corazón, Maerad».

Los monstruos ya los estaban persiguiendo. Hem sabía que un ondril era una especie de serpiente gigante que vivía en el océano. Seguramente Cadvan fuese todavía más valiente que Saliman, y Maerad (por lo menos para la percepción de los doce años de Hem) era aún más valiente; pero ellos solo eran dos y la Oscuridad muchísimos, que además estaban por todas partes. Y después de todo, ¿dónde estaba Thorold? En algún lugar en medio del mar, le había dicho Saliman, y le había mostrado una silueta sobre una carta de navegación; pero Hem nunca había visto el mar y tan solo se hacía una vaguísima idea de la distancia sobre un mapa. Para él aquello no significaba nada.

Hem se quedó mirando la carta como si con la intensidad de su mirada pudiese descifrar su significado, pero lo único que consiguió fue que la página comenzase a dar vueltas y se volviese borrosa. La única palabra que conseguía ver «Maerad». ¿Y qué sería lo que Maerad no había escrito? ¿A qué otros peligros se estaría enfrentando? La carta había sido enviada hacía varios días: ¿estará todavía viva?

De repente, como si le quemase, Hem arrugó la carta y la volvió a empujar al interior de su bolsillo. Le vino a la cabeza el recuerdo de la primera vez que había visto a Maerad, cuando ella había abierto el diminuto hueco, bajo la cama, en el que Hem estaba oculto, en el interior de la caravana Pilanel. Él había alzado la vista, aterrorizado, esperando el destello del fijo de un cuchillo preparado para descuartizarlo, y en lugar de aquello se había encontrado mirando a los atónitos ojos de su hermana. Solo que en aquel momento él no sabía que era su hermana. Aquello se había sabido después... Recordaba a Maerad tal y como la había visto por última vez en Norloch, de pie ante la puerta de la casa de Nelac, mientras él y Saliman se marchaban cabalgando, con el rostro pálido por la pena y el agotamiento, su cabello

negro ondeando con el viento. Hem se mordió el labio con tanta fuerza que casi se hace sangre. No era un muchacho que llorase con facilidad, pero ahora sentía el pecho henchido de pena. Echaba de menos a Maerad más de lo que era capaz de admitir, incluso ante sí mismo.

Maerad era la única persona en el mundo con la que se sentía en casa. En el breve período que habían pasado juntos, sus pesadillas habían cesado por primera vez en su vida. Incluso antes de saber que era su hermano, ella lo abrazaba y le acariciaba la cara cuando aparecían los malos sueños. Incluso ahora le parecía increíble; Hem le hubiera pegado un puñetazo a cualquiera que se hubiera tomado tales familiaridades. Había confiado en Maerad desde el principio; percibía su dulzura y, debajo de ella, su soledad y tristeza. Pero más que por cualquier otra razón, era porque Maerad lo había aceptado tal y como era, y solo quería que fuese él mismo, nada más. «Maerad», pensó con dolor, «me amaba».

Ahora Maerad estaba tan lejos que bien podía no existir en absoluto. Habían pasado casi dos meses desde que la había visto por última vez, y podría estar en cualquier lugar de Edil-Amarandh. De lo único que hablaba la gente allí era de la guerra. Aparecía en cada conversación, como un gusano gordo y malvado. Podría matar a Maerad, podrían matarlo a él. Podrían no volver a verse más.

Hem hinchó las mejillas y exhaló con fuerza, como si intentase expulsar sus macabros pensamientos. Estaba Saliman, por supuesto. Saliman era todo lo que a Hem le hubiera gustado ser: alto, guapo, fuerte, generoso, valiente, divertido... Hem lo adoraba, con una pasión similar a la devoción por un héroe, desde el primer momento en que lo vio. Le había parecido un milagro que Saliman se hubiese ofrecido a ser su guardián y a traerlo a Turbansk, la gran ciudad del sur, para ir a la Escuela y aprender a ser Bardo.

Desde que había adquirido el Habla y era capaz de hablar con los pájaros, Hem había soñado con venir al sur, donde —según le habían contado los pájaros— crecían árboles cargados de brillantes frutos tan grandes como su cabeza. Allí estaba ahora. Vivía en una enorme Casa Bárdica con Saliman, tenía toda la comida que quería e iba vestido con finas ropas, en lugar de los harapos a los que estaba acostumbrado. Pese a que ahora estaba sentado sobre un árbol, rodeado de las dulces frutas con las que una vez había soñado, la felicidad parecía estar tan lejos de él como siempre lo había estado.

Por un lado, venir a Turbansk significaba que había tenido que separarse de Maerad. La injusticia de aquello lo había golpeado en lo más profundo, aunque Hem estaba prácticamente seguro de que no era culpa de nadie. Después había descubierto que la Escuela no le gustaba demasiado. No estaba acostumbrado a tener que estar sentado, quieto y concentrado, y se tomaba muy mal las críticas de sus mentores, por muy amablemente que las hiciesen. Además insistían en llamarle Cai, el nombre que le habían puesto cuando era un bebé, antes de que los Glumas lo hubiesen secuestrado y dejado en el orfanato en el que había pasado la mayor parte de su

infancia. Olvidaba continuamente que su nombre era aquel, así que no paraba de meterse en líos por ignorar a sus profesores, cuando en realidad lo que ocurría era que no se había dado cuenta de que le estaban hablando a él.

Hem se quedó un tiempo rumiando sobre la injusticia de los Bardos, mientras cogía y se comía inconscientemente otro mango. No era culpa suya no saber nada. Nadie parecía comprender lo duro que le resultaba leer y escribir, y las miradas burlonas de sus compañeros de clase de siete años que, cuando se encallaba en una palabra, le herían el orgullo.

Pero la esencia de la infelicidad de Hem era que estaba solo. Saliman, la única persona en la que confiaba en Turbansk, a menudo estaba fuera, u ocupado en asuntos de Bardos. Aquellos días Saliman estaba preocupado con frecuencia, incluso cuando tenían tiempo para hablar. Hem era el único muchacho del norte que había en la Escuela y su pálido rostro de color aceituna destacaba entre los chicos de piel negra de Turbansk, que lo consideraban arisco y extraño. Él ya era veterano en unas cuantas batallas y ahora los otros lo evitaban porque jugaba sucio: no tenía ningún escrúpulo a la hora de atacar a los ojos, tirar del pelo o morder. No hablaba la lengua del Suderain, lo que limitaba su comunicación al Habla y (consideró Hem con disgusto mientras lanzaba un enorme hueso de mango que hizo crujir las hojas) era imposible mentir en el Habla, hacía que tus palabras se retorciesen. Estaba demostrado que aquello era un verdadero incordio. Aunque, tal vez por suerte, aquello también significaba que los demás estudiantes no comprendían sus juramentos e insultos annarienses.

Pensó en una clase del día anterior, en la que se aburría tanto que se había adormilado. Se había olvidado de contenerse y había bostezado con descaro. La mentora Urbika, que estaba cantando en el Habla la Primera Canción de la Creación, se había detenido a mitad de un verso y había clavado la mirada en Hem. Era una mirada cargada de ironía, irritación y compasión a partes iguales, pero Hem no era consciente de aquellas sutilezas. Estaba demasiado entretenido mirándose las sandalias, malhumorado.

—Bardo Menor Cai, ¿acaso te aburren los grandes misterios de la Creación? —había querido saber ella. A los demás niños les había entrado un ataque de risa tonta y se habían vuelto para mirar descaradamente a Hem, que había tardado en darse cuenta de que Urbika le estaba hablando a él. Levantó la vista y vio que toda la clase lo estaba mirando, hilarante a causa de la risa contenida.

—Esto, sí, bueno, quiero decir que no, que sí, que así es —había respondido, poniéndose nervioso y ardiendo de humillación. Urbika le había dirigido una prolongada mirada, había hecho callar a la clase con otra, y no había dicho nada más al respecto; pero Hem se había pasado todo el día dándole vueltas a aquel incidente trivial. Nadie se reía de él, nadie. Algún día les haría pagar por ello...

Un ruido del que solo había sido consciente a medias se impuso en aquel momento sobre el ensueño de Hem. Bajo sus pies estaba teniendo lugar algún tipo de

refriega. Miró entre las hojas y vio un lío de plumas sobre el suelo, y seis o siete cuervos que atacaban algo que estaba en el centro. Picado por la curiosidad, se dejó caer desde la rama hasta el suelo, al lado de la pelea. Los cuervos estaban tan enfrascados en lo que hacían que ni tan siquiera se dieron cuenta de su presencia. Entonces vio que estaban picoteando salvajemente a un pájaro blanco que resultaba obvio que ya había abandonado cualquier intención de huir, y ahora tan solo se limitaba a esconder la cabeza bajo el ala. La sangre le salpicaba las plumas en los lugares donde los cuervos le habían rasgado la piel.

Rápidamente lleno de rabia, Hem levantó la mano y gritó en el Habla:

—¡*Der ni, mulcar!* ¡Marchaos, carroñeros! —Un rayo de luz azul le salió disparado de los dedos y golpeó a los cuervos atacantes, que chillaron sorprendidos y enojados y salieron volando envueltos en un hedor a plumas chamuscadas. Su víctima yacía sobre la hierba, rodeada de plumas blancas con la punta roja esparcidas a su alrededor, con los ojos cerrados y la respiración agitada. Con mucha suavidad Hem lo recogió, sintiendo cómo su cuerpo le temblaba entre las manos. Involuntariamente contuvo el aliento ante la ligereza del pájaro: bajo las plumas su cuerpo era minúsculo, un simple pedacito de vida—. *¿Estás herido, pequeñuelo?* —preguntó, en el Habla.

El pájaro abrió los ojos ante el sonido de su voz y los volvió a cerrar casi de inmediato. Hem lamentó no haber percibido antes el ruido, ahora parecía probable que el pájaro muriera del susto. Lo acurrucó contra su pecho, cubriéndole la cabeza con las manos para mantenerlo en la oscuridad, lo que por lo menos conseguiría que la criatura sintiese menos miedo. Aunque sin duda aquello era bastante más que miedo.

Estaba pensando que ya era hora de marcharse del jardín cuando, desde los soportales que tenía detrás, llegó una voz enfadada. Dio un respingo y miró rápidamente a su alrededor en busca de una escapatoria. Un hombre muy grande, vestido con una larga túnica verde, corría raudo hacia él, gritando algo en Suderain. La única salida rápida sería trepar a toda velocidad por el mango y dejarse caer al otro lado de la valla, pero Hem estaba limitado por el pájaro y no quería sacudirlo con movimientos bruscos. Valoró sus posibilidades, maldiciendo que no tenía otra alternativa que quedarse donde estaba.

Cuando el hombre lo alcanzó, jadeando tanto de cansancio como de ira, extendió la mano para darle un cachete a Hem. El chico se estremeció y se protegió del golpe, pero el hombre se detuvo con la mano todavía en alto y se quedó mirándolo asombrado y aparentemente cada vez más enfadado. Después le hizo un sinfín de preguntas, de las que Hem comprendió muy pocas, aparte de la palabra *Djella*, que sabía que significaba Bardo. Hem se dio cuenta de que la razón por la que no había sido soberanamente castigado era que el hombre había reconocido las ropas distintivas de un estudiante de la Escuela de Turbansk. Su sonrisa era todo lo conciliadora que podía y decía, cada vez que el hombre se detenía para respirar,

Saliman Turbansk de.

El hombre le dirigió a Hem una mirada escéptica y después lo agarró, causándole un gran dolor, por la oreja y lo arrastró al interior de la casa. Hem se concentró en no caer para no hacer daño al pájaro que había rescatado. Lo empujó con rapidez por amplios pasillos y habitaciones a oscuras, que olían a sándalo, donde vio fugaces imágenes de vivos colores, destellos de oro, carmín y azur, y por último por un gran atrio. Al final de este, el hombre abrió una inmensa puerta de bronce y salió a la cegadora luz de sol de la calle. Durante un instante, Hem pensó con alivio que allí se acabaría todo, pero el hombre continuaba agarrándolo de la oreja, implacable. Lo hizo caminar humillado por la calle, hasta que llegaron a casa de Saliman, que por suerte no estaba demasiado lejos. Allí su captor tiró de la campanilla de acero y esperó impasible hasta que alguien abrió la puerta.

La sorprendida Bardo menor que abrió se vio atacada por un torrente de frases en suderain. Extendió las manos para detenerlo, mirando a Hem con dureza, y pareció invitar al hombre a entrar. Este negó con la cabeza y ella salió corriendo en busca de Saliman. Hem y su captor continuaron fuera, bajo el calor, en absoluto silencio durante un rato. Hem se pasó toda la espera mirando hacia el escalón de la puerta, con los dientes apretados para soportar el dolor de la oreja. El pájaro que tenía entre las manos todavía estaba vivo; sentía cómo le latía el corazón contra la palma de la mano.

Por fin llegó Saliman a la puerta. Cuando vio a Hem alzó las cejas hasta la altura del cabello.

—¡Hem! —exclamó—. ¿Qué has hecho? ¡Alimbar el Nad! ¡Bienvenido!

El hombre, cuyas ansias de quejarse se habían exacerbado con la espera, expuso su reclamación. Saliman le respondió en suderain, y Hem intentó seguir la conversación. Por lo menos Alimbar lo había soltado. Esperó con paciencia, frotándose la oreja con la mano libre. Parecía que Saliman estaba intentando invitar a Alimbar a entrar, pero este insistía en que no quería. Después de unos cuantos intercambios más, el hombre pareció apaciguarse y por fin le hizo una reverencia a Saliman, que le sostuvo la puerta. Saliman se volvió hacia Hem y le indicó con la mano que también entrase. Su mirada era dura.

—Contigo —dijo en annariense—, contigo ya hablaré más tarde. Quiero que te vayas a tu alcoba y te quedes allí.

Hem, que no se había preocupado en absoluto por la ira de Alimbar, tembló ante la de Saliman. Asintió, sumiso, y salió disparado.

Ya en su cuarto, Hem colocó con mucho cuidado al pájaro sobre su cama. Este emitió un ligero chillido y después se quedó con los ojos cerrados y la respiración agitada. Hem, que entendía de pájaros, estaba asombrado, aquel era de un tipo que no conocía. Parecía un cuervo, pero tenía las plumas blancas. Era evidente que no era

más que un polluelo, que estaba cambiando el plumaje de bebé por plumas adultas; tenía las de la cola y las alas cortas y regordetas, y aquello le daba un aspecto escuálido, como si estuviera a medio hacer.

Hem le examinó las heridas con delicadeza. No encontró ningún daño grave, aparte de un par de salvajes desgarros en la carne del cuerpo y el cuello, pero podría haber heridas internas que no se viesen. No parecía haber ningún hueso roto y ya no sangraba. Lo que más le preocupaba era el susto, los pájaros se podían morir con facilidad por algo así. Echó un vistazo por su habitación y vio el baúl en el que guardaba la ropa. Rápidamente arrojó las ropas sobre la cama, extendió un trapo que utilizaba para secarse en el fondo del baúl, y depositó al pájaro dentro con gran delicadeza.

Aquí, pequeñín, murmuró en Habla. Ahora estás a salvo.

El pájaro emitió un suave pío, como si le estuviese dando las gracias, y Hem cerró la tapa para que se sintiese seguro en la oscuridad. Después se preocupó por si no tenía suficiente aire, así que colocó una camisa bajo la tapa del baúl para que no se cerrase del todo.

«Si dentro de una hora está vivo», pensó, «tendrá alguna posibilidad de sobrevivir. Dentro de dos horas, más que alguna posibilidad. Si mañana está vivo, sin duda vivirá».

Necesitaría agua. Tenía una jarra y un vaso en el escritorio, pero no había ningún plato en el que ponerle el agua al pájaro. Resultaría fácil conseguir uno en la cocina, pero no se atrevía a salir de su alcoba; si Saliman llegaba y Hem no estaba allí, se enfadaría todavía más con él. Tendría que esperar a que volviese.

Se sentó, moviéndose nervioso sobre la cama mientras se preguntaba cómo le castigaría Saliman por aquella última escapada. ¿Le echarían de la Casa Bárdica? Hem valoró aquella posibilidad, incómodo: en su imaginación parecía bastante probable. Cuando reflexionó sobre ello, no había demasiadas razones para que Saliman continuase teniéndole allí; no le gustaba mucho a ninguno de los demás Bardos menores, siempre estaba metiéndose en líos y no era precisamente brillante en clase...

En poco tiempo, el temor de Hem se había convertido en certeza. ¿Dónde iba a ir, si no vivía con Saliman? Tendría que vivir en la calle. Tal vez conseguiría trabajo en el mercado anunciando mercancías, transportando los artículos en venta y gritando sus virtudes, podría dársele bien... pero después recordó que no sabía hablar suderain. En ese caso, tendría que convertirse en ladrón. Se le daba bien robar cosas. Aunque ahora sería más difícil que cuando era pequeño: ahora era alto, y en Turbansk su piel pálida significaba haber perdido la habilidad de camuflarse entre una multitud. Pues se dirigiría al norte y encontraría a Maerad. Podía robar cosas por el camino para alimentarse. El único problema era que echaría de menos a Saliman.

El otro problema era Cadvan, el mentor de Maerad. Hem admiraba a Cadvan tanto como a Saliman, pero Cadvan le parecía más inalcanzable. Recordaba muy bien

lo severo que podía ser el Bardo. Si Hem encontraba a Maerad, también encontraría a Cadvan, y probablemente Cadvan se enfadaría con él... pero, por otro lado, Maerad lo defendería. Después los tres podrían partir juntos a la aventura.

Hem meditó durante un instante sobre su nuevo futuro, tramando una agradable fantasía en la que sus propios actos heroicos destacaban con prominencia, y entonces se acordó del pájaro. Estaba muy callado, y Hem estaba seguro de que en aquel momento ya debía de haber muerto. Pero estaba de pie y cuando abrió el baúl se acurrucó en una esquina, intentando esconderse. Hem emitió unos sonidos tranquilizadores, pero no intentó hablarle ni cogerlo. Se dio cuenta de que no tenía el pico abierto de sed, lo que lo alivió, y volvió a cerrar la tapa suavemente.

Pareció que habían pasado años cuando escuchó pasos en el pasillo y un toque en la puerta. Se produjo una pausa, durante la que Hem se preparó para una regañina y se preguntó por qué la puerta continuaba cerrada, y entonces Saliman dijo:

—¿Hem? ¿Puedo entrar? —El niño todavía no estaba acostumbrado a aquella cortesía.

—Sí, sí, entra —respondió sin aliento, mientras corría dando tumbos hacia la puerta y la abría.

Saliman estaba de pie en el pasillo, vestido con las ropas rojas de un Bardo de Turbansk. Llevaba el largo cabello negro apartado de la cara, recogido en un complicado diseño de trenzas, y un broche de oro con la forma de un sol brillante prendido del hombro. No parecía, pensó Hem mientras miraba nervioso su rostro oscuro, tan enfadado como podría estarlo; sin duda en sus labios se ocultaba un esbozo de una sonrisa. Pero tal vez no...

En realidad Saliman estaba mirando asombrado el caos de ropa que había amontonada sobre su cama.

—Espero, Hem, que no estés pensando en escaparte —dijo mientras cogía una túnica azul.

Hem tragó saliva.

—No —se justificó—. Es que... es que tenía que poner el pájaro en algún sitio.

—¿El pájaro? —preguntó Saliman, que se volvió para mirarlo con el rostro inexpresivo.

—Estaba herido. Tiene que estar en un lugar oscuro, para que no se asuste. Así que... —le falló la voz y se detuvo. Tal vez poner pájaros heridos en baúles para la ropa no estuviese permitido en las Casas Bárdicas.

—¿Sí?

—Así que lo puse en el baúl... —Hizo un vago gesto en dirección al otro lado del cuarto—. Pero primero saqué toda mi ropa. Para que no se manchase. No pensé que estuviese haciendo nada malo —añadió rápidamente, poniendo su cara más virtuosa, pese a que el hecho de que su ropa se manchase no era algo que le preocupase—. Solo quería ayudar al pájaro.

Saliman se quedó muy quieto, escudriñando a Hem. Después se sentó sobre la

cama y apoyó la frente sobre las manos, en un gesto de desesperación que hizo sonreír a Hem contra su voluntad, aunque se preocupó de poner cara seria cuando Saliman alzó la vista.

—Hem —dijo por fin—. ¿Tienes idea de en el jardín de quién has entrado hoy? —el joven negó con la cabeza—. Acabo de tener una conversación muy larga y muy aburrida con Alimbar el Nad. Es cónsul de Ernan de Turbansk y es el quinto en autoridad para la propia Ernani. Parece ser que te encontró en su jardín privado, que guarda expresamente para su propio uso. Ni tan siquiera sus criados tienen permitido entrar en él. Y ahora tú pareces estar más preocupado por si tu ropa se mancha... —Negó con la cabeza—. ¿Qué estabas haciendo allí? —Hem se miró los pies con detenimiento. No iba a admitir que estaba robando mangos si nadie le había acusado; seguro que lo echarían. Saliman suspiró profundamente y se puso de pie—. Después de muchos halagos y dulces, y después de ofrecerme a colocar un conjuro de munificencia sobre su casa, unos de los encantamientos más agotadores y complicados que existen, he de añadir, y prometerle también que te azotaría sonoramente, he conseguido calmarlo. Alimbar es un hombre impulsivo e impaciente, se ofende con rapidez, y también ofende, la verdad sea dicha. He tenido que tragarme mi orgullo por lo menos tres veces, y eso es algo duro para Saliman de Turbansk. Pero tú has estado a punto de causar una complicadísima fricción entre la Escuela de Turbansk y la Corte, y no podría haber ocurrido en peor momento. —Hem se quedó mirando el suelo hasta que le dolieron los ojos, comprendía solo a medias lo que Saliman le estaba diciendo—. Hem —continuó Saliman muy serio—, estoy muy enfadado contigo, y debo castigarte. Pero, para ser sincero, no creo que eso consiguiese mejorar las cosas. Así que no te azotaré. Aunque tal vez sea tan solo para conservar los despojos de orgullo que todavía me quedan.

—¿Así que no vas a echar? —a su pesar, a Hem le tembló la voz.

—¿Echarte? —Saliman pareció sorprendido—. Si te quedas aquí o no es decisión tuya, Hem, no mía. No, no te echaré.

Hem emitió un involuntario suspiro de alivio. No tenía miedo de ser azotado, pese a que nadie le había pegado desde que se había encontrado con Maerad, y tal vez hubiese perdido algo de su antigua dureza. Pero ahora Saliman estaba de pie de espaldas a él, mirando por la ventana. Se quedó callado durante un largo espacio de tiempo, y Hem comenzó a sentir vergüenza de sí mismo.

—Lo siento —murmuro cuando el silencio ya duraba demasiado.

—¿De verdad, Hem? —preguntó Saliman dándose la vuelta—. ¿De verdad lo sientes? No basta con decirlo y después volver a hacer lo mismo. —Ahora su rostro estaba muy serio, y el muchacho comenzó a sentir un hormigueo en el estómago. Cuando Saliman estaba satisfecho de él, Hem se sentía exultante, pero aquel descontento le dolía más que cualquier azote. Saliman era uno de los pocos seres humanos a quien él respetaba de todo corazón, y en su mirada oscura había un poder inquietante. Saliman parecía mirar sin prejuicios ni miedo, con gran indulgencia y

tolerancia—. ¿Y bien? —su voz era dulce, pero en ella yacía una fuerza como la del acero.

—Lo siento —dijo Hem, un poco más claro—. No pretendía causar problemas.

Saliman volvió a suspirar y a sentarse sobre la cama, mientras daba palmaditas en los cojines que tenía tras él.

—Siéntate, Hem. Dime, ¿eres muy infeliz? —Hem parpadeó ante lo inesperado de la pregunta. Nunca había hablado con Saliman de sus sentimientos. Abrió la boca para responder y volvió a cerrarla—. Urbika dice que no estás haciendo amigos —continuó—. Y que te está costando aprender la lengua del Suderain, lo cual tampoco ayuda.

A su pesar, Hem se sonrojó. No le gustaba la idea de que la gente lo estuviese observando así. Luchó contra sí mismo. Había anhelado tener la oportunidad de vaciar su corazón con Saliman, de contarle todos sus problemas. Él comprendía sus pesadillas constantes, sus miedos, las dificultades que tenía para hablar con la gente, cómo odiaba a los demás Bardos menores. Sabía que Saliman no lo juzgaría. Pero ahora que había llegado la oportunidad, era como si tuviese las mandíbulas cosidas con alambre.

—Echo de menos a Maerad —reconoció por fin.

—Esa es, por desgracia, una herida que yo no puedo sanar —dijo Saliman con dulzura—. Aunque tal vez pueda ayudar con otras cosas.

Se produjo otro prolongado silencio.

—Bueno —suspiró Saliman cuando quedó claro que Hem no se animaría voluntariamente a ir más allá—. Tal vez deberíamos echarle un vistazo a ese pájaro tuyo.

Hem se animó ante el cambio de tema y abrió el baúl. El pájaro estaba asustado en una esquina, mirándolos sin parpadear. Saliman lo cogió con cuidado, susurrándole algo en el Habla, y el pájaro se relajó entre sus manos.

—¿Crees que se pondrá bien? —preguntó Hem, mirando a Saliman con ansiedad.

—Creo que no ha sufrido grandes daños —dijo Saliman. Examinó al pájaro con atención, murmurando algo en el Habla. Mientras lo hacía comenzó a brillar ligeramente con una extraña luz interior. Hem, que ya había visto a unos cuantos Bardos utilizando su Don, sabía que estaba haciendo un conjuro de curación y se relajó. Sentía una extraña afinidad con aquel pájaro andrajoso y víctima de abusos, y se sintió aliviado al ver que recibía un tratamiento adecuado. Él podía realizar curaciones, pero no tenía confianza en su capacidad.

Saliman terminó poco después y depositó al pájaro con delicadeza sobre la muñeca de Hem, donde se posó, absolutamente manso, como si fuese un halcón. Hem sintió las patas frías contra su piel, y las garras se le clavaron con una fuerza sorprendente. Hem le pío y después le preguntó, en el Habla, *¿estás bien, pequeñín?*

Mejor, respondió el pájaro. *¡Hambriento!* Y emitió un ruido interrogante muy cercano al resuello de un polluelo pidiendo comida.

—Es poco más que un pollo recién salido de su nido —observó Saliman sonriendo—. Pero ¿qué es?

—Pensaba que tú lo sabrías —comentó Hem entusiasmado—. Parece una especie de cuervo...

—Sí, pero es blanco. —Saliman lo miró con la cabeza ladeada—. ¿Cómo lo has encontrado?

—Bueno, estaba sentado en el mango cuando. —Hem se detuvo.

—Di por hecho que estabas robando alguna fruta de los árboles de Alimbar —dijo Saliman, dirigiéndole una mirada irónica—. Una fruta muy cara, por cierto. ¿Y entonces?

Hem se ruborizó por su desliz, y le contó toda la historia de cómo había encontrado al pájaro. Saliman lo escuchó con atención y después acarició la cabecita del pájaro.

—Así que un paria, ¿eh? —dijo—. Tal vez no quiera volver con los de su especie, pues sería perseguido. Creo que a este cuervo lo trataban tan mal por ser diferente a los demás. Los cuervos hacen ese tipo de cosas. A lo mejor has hallado un compañero, Hem. —Se puso en pie—. Dejaré que tú decidas si quieres cuidar de un cuervo. Tengo muchas cosas que hacer, y ahora llego terriblemente tarde. —Caminó hasta la puerta y se dio la vuelta—. No me he olvidado de tu allanamiento de morada —observó—. Por hoy no diremos nada más. Pero pensaré sobre ello, y considero que tú también deberías hacerlo. —Y se marchó.

Hem asintió ausente, ahora toda su atención estaba centrada en el pájaro. Parecía muy animado, pero estaba, pensó, bastante zarrapastroso. Tendría mejor aspecto cuando le hubieran crecido todas las plumas de adulto y no tuviese aquella pelusa grisácea, asomando entre ellas, que le daba un aspecto de granuja.

Bueno, dijo. ¿Te quedarás conmigo? Puedo cuidar de ti.

¿Darme de comer?, quiso saber el pájaro.

Sí, te daré de comer. Y mantendré alejados a tus enemigos. Estarás más seguro. El pájaro ahuecó las plumas, levantó la cola y manchó el suelo. *Pero eso tendrás que hacerlo fuera,* añadió, pensando con consternación en el ayo más bien severo de la casa de Saliman. *Porque si no la gente se enfadará conmigo.*

El pájaro giró la cabeza y miró fijamente a Hem con uno de los ojos.

Me quedo, declaró.

Entonces, ¿cuál es tu nombre? Preguntó Hem.

¿Mi nombre?

¿Cómo te llamas?

No me han puesto nombre, dijo el cuervo. *La bandada no me puso nombre cuando me salieron las plumas de las alas, porque soy de un color equivocado. No tengo nombre.*

Tienes que tener un nombre, insistió Hem. Se quedó un momento pensando y recordó la palabra para «pájaro» que empleaban los Pilanel a los que había conocido

durante un breve período de tiempo. *¿Qué te parece «Irc»?*

¿Irc? El pájaro empezó a menearse cómicamente hacia delante y hacia atrás de su muñeca. *¡Irc! ¡Tengo nombre!* Y volvió a manchar el suelo.

Te lo he dicho, dijo Hem. Eso tendrás que hacerlo fuera.

¿Darme de comer? ¡Hambre!

De acuerdo, Irc, suspiró Hem, pero solo con fingida impaciencia. Te daré de comer.



HERIDAS

II

No resultaba sorprendente que Hem no hubiese aprendido mucho de la lengua de Suderain. Acababa de llegar a Turbansk, tras un viaje de dos semanas hacia el sur con Saliman desde Norloch, la ciudadela principal de Annar. Habían huido de la ciudad mientras esa temblaba al borde de la guerra civil, y Maerad y Cadvan se habían quedado atrás, con la intención de escapar aquella noche y dirigirse al norte en busca del Canto del Árbol. Nadie sabía exactamente qué era el Canto del Árbol, pero Hem tenía una gran fe en que Maerad volviese triunfante, tras haber descubierto no solo su identidad, si no también habiendo salvado el mundo de la Oscuridad. Pues ¿no era aquello lo que las antiguas profecías decían que haría?

Mientras él y Saliman cabalgaban por los prados de Carmallachen iluminados por la luz de la luna, en el valle de Norloch, la noche que se marcharon, Hem había mirado atrás por encima del hombro y había visto las torres de la antigua ciudadela en llamas, y una gran columna de humo que ascendía oscureciendo las estrellas. Cuando por fin se habían detenido, Hem había pasado la noche presa de la desesperación, seguro de que Maerad y Cadvan tenían que estar muertos. Saliman lo había consolado, diciéndole que lo más probable era que hubieran escapado, que había pasadizos secretos que ni tan siquiera Enkir conocía. Hem se había limitado a tragar saliva y tener esperanza. Bajo su fe ilimitada en las capacidades de Maerad se ocultaba un terrible pánico a no volverla a ver nunca más.

No acababa de comprender qué era lo que había ocurrido en Norloch, pero Saliman le había explicado que Enkir, el Primer Bardo, y por lo tanto el Bardo más importante de Annar, había resultado ser un traidor a la Luz. Lo que era más, Enkir había destruido a la familia de Hem: había sido Enkir quien había supervisado el saqueo de Pellinor diez años atrás, cuando habían asesinado al padre de Hem y su madre y Maerad habían sido vendidas como esclavas. El propio Hem había sido secuestrado por los Bardos Negros, los Glumas que, por orden de Enkir, lo habían dejado en un orfanato de Edinur: una miserable prisión en la que había vivido la mayor parte de su corta vida con los demás niños no deseados.

La mayor parte de las pesadillas de Hem eran sobre el orfanato; soñaba que todavía estaba allí, en un cuarto húmedo, frío y oscuro como la boca del lobo, abarrotado de niños de todas las edades que yacían en grupos de tres o cuatro sobre

jergones apestosos, congelados en invierno y asfixiados en verano. Nunca había tranquilidad: los niños gimoteaban, hablaban y gritaban durante toda la noche, incluso en sueños. A los bebés se los dejaba allí con el resto de los niños y muy pocos sobrevivían, pese a que los demás niños intentaban cuidarlos. Hem tenía muchos recuerdos de pequeños cadáveres azulados a los que se llevaban por las mañanas. A veces lo que los niños se hacían unos a otros era peor que la negligente brutalidad y falta de cuidado de los adultos que dirigían el lugar: había una viciada jerarquía entre los huérfanos, reforzada mediante golpes e insultos, y las debilidades de cualquier tipo eran rápidamente identificadas y explotadas. Nunca había suficiente comida, y los niños a menudo enfermaban y morían a causa de las enfermedades que se propagaban a toda velocidad por los atestados edificios. Tan solo los duros sobrevivían, y por suerte Hem era duro.

Un Gluma lo había sacado del orfanato y se lo había llevado a una hermosa casa donde, por primera vez desde que tenía memoria, Hem había dormido entre sábanas limpias y había tenido suficiente comida. Pero aun así sentía miedo: las personas de la casa eran siniestras y frías, y más tarde descubrió que eran Glumas. Estos habían intentado hacer que se convirtiese en Gluma como ellos, tentándolo con la inmortalidad. Le habían mostrado que los Glumas no morían: incluso si era apuñalado en el corazón, un Gluma se volvía a levantar, sonriente, y la herida se cerraba al instante. Pero por instinto Hem se había rebelado contra sus persuasiones, que a pesar de ir acompañadas de palabras buenas y razonables, le producían escalofríos helados que le bajaban por el espinazo.

Al final, en la luna nueva, los Glumas habían intentado convertir a Hem en Bardo Negro por la fuerza. Aunque él había hecho todo lo que había podido para olvidarlo, recordaba aquella noche con una claridad horrible, y también aparecía en sus pesadillas. Los Glumas le habían ordenado matar a un muchacho llamado Mark, al que conocía del orfanato. Al negarse, pese a sus peores amenazas, habían matado ellos mismos al chiquillo, habían obligado a Hem a mirar y habían quemado el cuerpo en un fuego embrujado. Después habían encerrado a Hem en su habitación sin comida y lo habían dejado solo, demasiado asustado para tan siquiera llorar en la oscuridad.

Al día siguiente los Glumas habían salido a hacer algún repugnante recado, y por casualidad dos hombres Pilanel que habían entrado a robar en la casa rescataron a Hem. Los Pilanel se habían portado bien con él, lo habían tomado por uno de los suyos a causa de su piel aceitunada y rasgos Pilanel; pero los Glumas los habían seguido el rastro hasta el terreno salvaje en el que se habían ocultado y habían asesinado sin compasión a la familia que lo había cuidado. Hem, escondido en la caravana pilanel, lo había oído todo.

Era algo más con lo que tenía pesadillas.

Después había permanecido durante horas en su estrecho escondrijo, demasiado aterrorizado para aventurarse a salir, y Maerad y Cadvan lo habían encontrado.

Entonces descubrió que no todos los Bardos eran Glumas, como pensaba. Descubrir que tenía una hermana —alguien que tenía relación con él, alguien que sin hacer preguntas lo rodeaba con sus cálidos brazos cuando gritaba o temblaba en sus negros sueños— era lo más importante que le había ocurrido en toda su vida. Cuando se había visto obligado a dejarla, se había sentido como si le hubiera partido el corazón en dos. Era una pérdida sobre la que intentaba no pensar mucho, pues dolía demasiado.

Conocer a Saliman era la segunda cosa más importante que le había ocurrido nunca. Pese a sus preocupaciones por Maerad, la cabalgata hasta Turbansk con Saliman había sido su primer bocado de verdadera libertad. El tiempo había sido bueno durante la mayor parte del camino y, aunque temían la persecución de Norloch, Saliman y él no se habían cruzado con ningún peligro. Después de que el cuerpo de Hem realizase sus primeros dolorosos ajustes a la grupa del caballo —cabalgar había hecho que se le entumeciesen las piernas de tal manera que creía que se pasaría el resto de su vida caminando con ellas arqueadas— el viaje había sido puro placer.

Hem a menudo deseaba poder cabalgar de nuevo con Saliman por las montañas del Odish Am, su parte favorita de todo el viaje. Por la noche acampaban junto a lagunas en los fragantes bosques de alerces y abetos, y Hem se tumbaba al lado del fuego mirando las brillantes estrellas entre las ramas que tenía sobre él. Durante el día a menudo sorprendían a pequeñas manadas de ciervos, que saltaban hasta casi meterse bajo las patas de los caballos para acabar desaparecido entre los helechos, y a veces atravesaban arbustos llenos de mariposas que se echaban a volar formando una nube de brillantes colores sobre sus cabezas.

No había nadie más en leguas a la redonda y una gran paz había comenzado a asomar en el corazón de Hem. Era más feliz de lo que había sido nunca. Por otro lado, su primera visión de Turbansk, que era, según le había dicho Saliman, la ciudad más antigua de Edil-Amarandh, le había parecido apabullante y sobrecogedora.

Habían llegado con las primeras luces de un día de verano, justo antes de que sonase la campana del amanecer. La Gran Campana de Turbansk, que era tres veces más alta que un hombre, pendía de un alto campanario bajo una cúpula dorada sobre la Puerta Occidental: una torre en una ciudad de muchas torres, que brillaban como un opulento espejismo en las orillas del mar de Lamarsan. Cada día la golpeaban en el momento exacto en el que el disco solar aparecía en el horizonte.

Mientras resonaba sobre la ciudad, a Hem le había parecido que el mismo sonido estaba hecho de luz. La luz de sol y las notas de la campana se derramaban simultáneamente sobre el mercado y la torre, la casa, el salón y el cobertizo, recogiendo las cúpulas resplandecientes de la Escuela, el palacio y la Torre Roja, tiñendo las paredes de piedra de rosa pálido o cálido amarillo. El sol inundaba las amplias plazas de la ciudad y jugueteaba por los estrechos callejones de los barrios pobres, donde las paredes estaban pintadas de verdes, azules o rojos descoloridos, y la colada reciente estaba tendida sobre la calle colgando de casa a casa como

banderas de colores; y sobre el mar interior de Lamarsan un sendero de deslumbrante oro centelleaba cruzando el agua.

En los mercados, abarrotados de gente desde horas antes del alba, las teas se apagaban ante el repentino aumento de luz y el mundo se inundaba de colores. El rocío brillaba sobre las rosas, los jazmines y las flores de azafrán en las jardineras, y sobre las escamas de las truchas y los salmones se formaban temblorosos arco iris, y también sobre las plumas iridiscentes de los patos y faisanes recién sacrificados que yacían sobre bancos de mármol.

Desde los mercados de comida y de flores se abría un laberinto de callejones llenos de tenderetes y minúsculas tiendas a los dos lados en las que se vendía de todo, desde sencillas lámparas de latón hasta curiosas cajitas de la fortuna esmaltadas que se empleaban para predecir la posición de las estrellas; desde anillos y broches hasta cuchillos y ollas de cocina. Las estrechas callejuelas estaban abarrotadas de gente: panaderos que caminaban con bandejas de panes frescos balanceándose sobre sus cabezas; burros y mulas de carga inclinados bajo el peso de inmensas alforjas cargadas de sacos; granjeros de la Franja, las tierras que rodeaban la ciudad, que llevaban cestos de dátiles o patos vivos que asomaban la cabeza por la parte superior; mujeres vestidas con ropas bordadas y brillantes, con los dedos centelleantes por los anillos, niños peleándose y jugando y vendedores ambulantes que caminaban arriba y abajo, proclamando a gritos las virtudes de su mercancía.

Había toda una calle de vendedores de especias, que se sentaban detrás de los mostradores con boles de preciosas especies molidas ante ellos, azafrán, cardamomo, nuez moscada y canela en rama; después doblabas la esquina y te encontrabas con una calle de tiendas llenas de pájaros cantores y pinzones que revoloteaban en jaulas de alambre cobrizo. La calle siguiente estaba llena de puestos con braseros de cobre en los que se vendían diminutas tazas de café negro, tartas rellenas de miel y pasteles calientes, mientras los malabaristas y los juglares mostraban sus trucos a los clientes chismosos.

Hem se había quedado mirando, asombrado ante el ordenado caos de Turbansk, mientras olfateaba. Las calles tenían aromas a especias de los puestos de los vendedores ambulantes y todo el mundo, hombres y mujeres, llevaba perfumes almizclados. A medida que el calor del día iba en aumento, los perfumes se fusionaban con otros olores, más terrestres —verduras putrefactas, sudor y deshechos— de modo que Hem se sentía desfallecer, como si lo arrastrasen a una especie de dulce estupor, moviéndose por una alucinación en constante cambio.

Para las gentes de Turbansk el cuidado personal resultaba enormemente placentero; al principio Hem pensaba que en Turbansk todo el mundo debía de ser enormemente rico, ya que no veía a nadie que no llevase pendientes o pulseras de oro, o algún broche de complicado diseño. Más tarde se enteró de que los que eran pobres llevaban baratijas de latón con piedras de vidrio, pero a Hem no le parecían menos hermosas que las esmeraldas y el oro. Nada lo había preparado para los ricos

colores y el movimiento continuo, el incontable número de hombres, mujeres y niños que se movían con una gracia infalible por las concurridas calles. Para su asombro, no vio mendigos: en Edinur estaban por todas partes. Se había dado la vuelta y le había preguntado a Saliman si los habían expulsado de la ciudad, y este se había echado a reír.

—No, Hem, aquí la Luz hace su trabajo. Nadie pasa hambre en Turbansk —dijo. Hem meditó sobre aquello en silencio.

—Pero entonces, ¿la gente no se vuelve perezosa? —preguntó por fin.

—¿Qué quieres decir? —Saliman le dirigió una dura mirada.

—Me refiero a si no han de trabajar para comer.

Saliman se quedó mirando al frente durante un instante, como si estuviese dándole vueltas a los pensamientos en su cabeza.

—Si alguien no quiere trabajar, él se lo pierde —declaró—. Crear cosas, cuidar de lo que uno ama, ganarse un lugar en la ciudad, es uno de los grandes placeres de la vida. No es asunto de los Bardos decirle a la gente lo que tiene que hacer: si tienen hambre y piden comida, les damos algo bueno para comer. Después de todo, tenemos de sobra. Entonces podrán pensar en qué es lo que mejor saben hacer. Si lo mejor que saben hacer es quedarse sentados en los jardines mirando las carpas de los estanques, pues que así sea.

Hem parpadeó sorprendido. A él le parecía un error dar comida sin más, a cambio de nada.

La que hasta entonces había sido la ciudad de los sueños de Hem los sobrepasaba tanto, que sus expectativas habían desaparecido como el humo y se habían derrumbado por completo. Apenas recordaba la primera semana que había pasado allí. Había transcurrido en una nebulosa de voces, palabras, colores y olores desconocidos: el tacto fresco de las sábanas de lino sobre su piel y la caricia de la seda de su ropa nueva; los sabores de la comida, que se le encendían en la lengua haciendo que se atragantase y jadease; los cientos de rostros que veía en la calle cada día, cada uno de ellos un extraño. Aunque Hem no tenía miedo, aquella repentina profusión de sensaciones le produjo algo muy parecido al pánico. En medio de la confusión el único punto firme era Saliman, que aquella primera semana —al percibir el caos en la mente de Hem— se lo había llevado con él a todas partes. Hem seguía los pasos de Saliman como un perrito, nunca a menos de tres pasos por detrás de él, como si fuese la única roca en un mundo turbulento y amenazador.

Pero siete días después el mundo dejó de girar y se asentó, y Hem comenzó a encontrar su rumbo. Fue proclamado Bardo menor en la Escuela de Turbansk y ahora llevaba sobre el pecho un broche con la forma de un sol dorado, la marca de los Bardos de Turbansk. Saliman le dijo que guardase el medallón de Pellinor —el preciado recuerdo de su tierna infancia, que era la única herencia que le quedaba de su familia— en una bolsa de tela que llevaba colgada del cuello.

A Hem le gustaba el broche de Turbansk —regalo de Saliman— mucho más que

las lecciones, que en general, aparte de esgrima y combate sin armas, le resultaban bastante más difíciles de lo que había esperado. El estudio le aburría, incluso las clases de magia, y era, en el mejor de los casos, un estudiante mediocre.

Aquello asombraba a Saliman, que creía que Hem tenía facilidad para la magia. Le había enseñado algunas técnicas durante su viaje a Turbansk y, cuando tenía tiempo, le enseñaba encantamientos que dejaban al muchacho fascinado. A Hem se le daban especialmente bien los encantamientos relacionados con la ocultación, como laberintos de sombras y velos de luz, e incluso había llegado a dominar un conjuro para disfrazarse que era la especialidad de Cadvan y resultaba especialmente difícil. Saliman sospechaba que esa habilidad tenía que ver con su vida en el orfanato, donde se había visto forzado a mantener sus poderes Bárdicos en secreto, ya que cualquiera que fuese sospechoso de poseer el habla de las brujas —que era el nombre que los ignorantes le daban al Habla— podía ser apedreado hasta la muerte. En clase continuaba haciéndose el tonto, negándose a concentrar o enfocar sus poderes.

Para disgusto de Hem, Saliman se había marchado de la ciudad pocos días después de su llegada a Turbansk. En aquel momento Hem había comenzado a sentirse realmente aislado. Saliman no le contaba a dónde iba ni cuándo volvería, y pese a las súplicas de Hem no se lo llevaba con él. Hem percibía aquello como una traición; pequeña, tal vez, pero traición de todas formas. Saliman volvía un día y al otro desaparecía de nuevo, y Hem comenzó a sentirse más solo que nunca.

Durante las ausencias de Saliman, los Bardos de Turbansk eran amables con él, pero a Hem aquello le resultaba casi tan desconcertante como la propia Turbansk. Sencillamente, no estaba acostumbrado a que lo trataran con amabilidad. La primera vez que un Bardo le había hecho una reverencia de bienvenida se había puesto rojo de ira, creyendo que le estaba haciendo una burla; pero por suerte Saliman estaba allí y se lo había llevado aparte para explicarle que aquello era una costumbre, y que tan solo se esperaba que él devolviese la reverencia.

A menudo su confusión estallaba sin previo aviso en explosiones de ira. Tal vez la mayor dificultad de Hem era que no hablaba suderain, pero podría haberlo superado si no sufriese también de una profunda desconfianza hacia casi todas las personas que intentaban hablar con él. En pocos días sus compañeros lo habían dejado de lado por hosco y agresivo, y poco tiempo después le pinchaban con provocaciones a las que siempre respondía con violencia. En el momento en que Hem había rescatado a Irc, ya había propinado puñetazos a tres Bardos menores, con la suficiente fuerza para garantizar visitas al curandero de la Escuela para las dos partes, y una vez incluso había empleado la magia contra otro estudiante, una práctica que estaba estrictamente prohibida en la Escuela que Urbika le había dicho muy seria que lo echarían sin contemplaciones si alguna vez volvía a hacer algo así.

Todo aquello se le pasaba por la cabeza a Saliman mientras contemplaba durante la

cena a su carga, un par de semanas después de la escapada de Hem al jardín de Alimbar. Hem estaba resultando ser una responsabilidad más complicada de lo que había esperado, aunque no se arrepentía de haber tomado la decisión de traerlo a Turbansk. Debajo de su exasperación, Saliman amaba a aquel muchacho difícil y problemático, e intuía igual que un buscador de la verdad las emociones contradictorias que desgarraban a Hem. «Lo que no sé», pensó Saliman, «es qué hacer con ellas».

Hem se estaba comportando lo mejor que sabía, y por lo tanto actuaba como si fuese de madera; con los nervios, ya había derramado un jarro lleno de vino.

«Soy curandero», pensó Saliman, «y muy valorado en la ciudad en este arte; pero sus heridas me sobrepasan. Tal vez solo Maerad sea capaz de curarlas...». Pensó en el pálido rostro de la hermana de Hem, a su manera casi tan dañada y solitaria como él, y suspiró.

Saliman lo había arreglado todo para cenar a solas con Hem aquella noche, y él, consciente de sus pecados, estaba anormalmente tenso y silencioso ante el Bardo. Aquella misma mañana había tenido otra difícil entrevista con Urbika, que le había preguntado por qué se sentía obligado a emplear su único talento —el combate sin armas— contra sus compañeros.

Hem se había quedado en pie ante ella, en silencio y con el ceño fruncido. No le podía contar que había sido porque Chyafa —el Bardo menor a quien había dejado, poco antes, con un ojo morado— le había llamado sucio *blaf* blanco. Chyafa era guapo y de constitución fuerte con aires de superioridad, que soltaba sus insultos con un descuido que solo servía para afilar su aguijón. Dar cuentas del insulto sería agravar la humillación que sentía Hem: comprendía suficiente suderain para saber lo que quería decir *blaf*. Era una palabra que significaba cuervo carroñero, que como insulto venía a ser bárbaro ignorante, y le dolía especialmente porque también afectaba a Irc. Unos cuantos niños habían reído la ocurrencia de Chyafa, y entonces Hem se había dado cuenta, con una sensación de furiosa indefensión, de que se había convertido en su mote.

Así que no había dicho nada, había esperado mudo su castigo y Urbika había apretado los labios con fuerza, reprimiendo su frustración. Aquella mañana lo estaba intentando. Como castigo, a Hem se le asignaron las tareas del amanecer durante una semana, lo que significaba que tenía que despertarse antes de la primera campanada, salir temblando de su cama en las oscuras horas previas al alba para barrer el Salón del Canto y preparar cuencos y cucharas para los demás Bardos, y después trabajar en la cocina, removiendo grandes calderos de dohl, las alubias secas que se hervían con leche fermentada y se endulzaban con miel para el desayuno.

Era un castigo suave: en lo más íntimo, a Hem no le importaba realizar aquellas tareas, ya que le gustaba Soron, el supervisor de las cocinas. Era un Bardo de constitución gruesa y cabello claro, procedente de Til-Amon, y tenía una especie de amabilidad sin palabras, sin condescendencia. Aprovechaba a Hem de comida para

Irc sin que tuviese que pedirlo dos veces, le daba dulces que habían sobrado de la noche anterior y nunca le hacía preguntas personales; lo cual paradójicamente significaba que Hem hablaba más con Soron que con cualquier otra persona, a excepción de Saliman.

Hem sabía que Saliman estaba muy ocupado; aquella misma mañana había vuelto de uno de sus misteriosos viajes. Aquello seguramente significase que había organizado la cena porque quería decirle algo concreto. Hem temía, de nuevo, que fuesen a expulsarle, que su última ofensa hubiese acabado con la paciencia que Saliman tenía con él. Estaba tan nervioso que se había quedado sin apetito, y tan solo escogió algunas de las frutas frescas que había sobre la mesa, aunque eran algunas de sus favoritas: mangos (que, según le contó Saliman con ironía, le habían enviado desde el jardín privado de Alimbar), carambolos, granadas, higos, melones y uvas.

Irc, al que se le había dado un permiso especial para asistir, se había posado sobre el respaldo de la silla de Hem. El pájaro no tenía tales inhibiciones, se tragaba los trozos de carne y fruta que Hem le daba y después se limpiaba el pico en el pelo del niño. Después emitió un chillido de satisfacción parecido al de un bebé y se cambió al hombro de Hem, donde se acurrucó cerca del cuello. Distraído, Hem subió la mano y le rascó el cuello a Irc, que comenzó a emitir ruiditos estirando la cabeza de gusto.

—Irc tiene buen aspecto —comentó Saliman—. Está claro que has cuidado bien de él.

—Le gusto. —Sonrió con timidez—. Pero solo porque le doy de comer.

—Hay más cosas por las que preocuparse que la comida —replicó Saliman—. Aunque estoy de acuerdo en que es algo importante.

—Le he enseñado a no hacer sus necesidades dentro de casa. Aunque he tenido que emplear un poco de persuasión —declaró Hem, orgulloso—. ¿A que sí, pequeñín? —Irc emitió un chillido adormilado.

—Bueno, me alegro de ello. —La conversación volvió a decaer y Saliman se echó hacia atrás, estiró los hombros y emitió una larga exhalación—. Bueno, Hem —comenzó a decir—. Hay cosas de las que tenemos que hablar.

Hem levantó la vista, incapaz de ocultar su inquietud. Estaba esperando que Saliman dijese algo así.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Saliman.

—¿Hacer? ¿Con qué? —Hem se aclaró la garganta.

—Contigo, por supuesto.

Se produjo un breve silencio durante el que Hem repasó mentalmente su catálogo de pequeños delitos.

—No lo sé —respondió con tristeza.

—En circunstancias normales, sí que sabría qué hacer —dijo Saliman—. Sería sencillamente cuestión de tiempo; tú no estás acostumbrado a la vida de Bardo, es una vida que resulta difícil adaptarse, incluso para los que vienen aquí sin haber pasado por tus problemas. Pero tiempo, me temo, es algo que no tenemos —Hem se

encorvó en su asiento, con la vista clavada en la mesa. ¿Significaba aquello que lo iban a expulsar?—. Sabrás, Hem, que Turbansk está preparándose para la guerra.

Todo el mundo lo sabía. Hem volvió a incorporarse.

—Sí —respondió.

—No estoy completamente seguro de que sepas lo que eso significa —replicó Saliman—. Es por eso por lo que quería hablar contigo esta noche, aunque en realidad debería estar en otro sitio. Hoy hemos recibido noticias terribles: la Torre de Hierro acaba de asaltar Baladh. —Hem asintió. Baladh, según sabía, estaba a ciento cincuenta leguas al este de Turbansk. Igual que todo el mundo en la Escuela, había escuchado la noticia, que había traído un pájaro aquella mañana y había corrido por Turbansk como la pólvora. Los estudiantes cuchicheaban sobre aquello por los pasillos, conmocionados, y una niña, cuya familia era de Baladh, se había echado a llorar en clase y Urbika se la había llevado—. Todavía sabemos muy poco acerca de lo que está pasando allí —continuó Saliman—. Estoy desolado; muchos amigos viven allí y no sé qué suerte están corriendo, ni tan siquiera si todavía están vivos. Baladh es una Escuela casi tan antigua como Turbansk, e igual de venerable en el Saber y la Tradición. Si cae, y temo que no podrá aguantar, será una pérdida incalculable. —Durante unos instantes el rostro de Saliman mostró la tensión que vivía y, por vez primera aquella noche, Hem se vio arrancado de su ensimismamiento. Se quedó mirando al Bardo con sorpresa; tenía los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. Hem no fue capaz de hallar las palabras para definir la angustia de su corazón y se limitó a tartamudear antes de quedarse en silencio—. Bueno —concluyó por fin Saliman—, pronto lo averiguaremos. Si Baladh cae, tan solo unos cuantos pueblecillos y aldeas se alzarán entre Turbansk y los ejércitos del Sin Nombre, que todavía emergen de la tierra envenenada de Dén Raven. No pasará mucho tiempo hasta que nosotros también hayamos de enfrentarnos al mismo destino. —Durante unos instantes Hem sintió que un negro pavor lo inundaba: aquello era lo que ocurría en sus pesadillas, pero multiplicado de manera inimaginable—. En unas dos semanas, tal vez menos, tal vez más, el Ejército Negro asaltará Turbansk —continuó—. Sé que no podemos esperar ningún tipo de ayuda del norte. Tendremos suerte si no nos ataca un ejército desde allí también, aunque creo que Enkir todavía juega a su doble juego. La mayor parte de los Bardos de Annar no saben de sus tratos con la Oscuridad, creerán lo que dice y le seguirán erróneamente; y no tengo ninguna duda de que está haciendo algo contra los Siete Reinos, desde Lirigon al norte hasta Suderain al sur. Pero todos los reinos resistirán, si es eso lo que Enkir planea; y creo que si se mueve, primero lo hará contra los reinos occidentales, contra Culain, Ileadh y Lanorial. Así que no habrá amenaza procedente del norte; pero tampoco ayuda —hablaba en voz baja, como para sí mismo, pero Hem lo escuchaba con atención.

—¿Realmente Turbansk caerá? —preguntó, pensando en el poder y el orgullo de Turbansk, sus gruesas murallas y altas torres, y sus miles habitantes—. Es más fuerte

y más grande que Baladh, ¿verdad? Seguro que...

—Hem, no sé si nosotros hemos de triunfar. —Saliman le dirigió una sonrisa triste—. Puede ser que haya nacido para ver los últimos días de esta ciudad a la que tanto amo. Sí, somos poderosos, y fuertes; pero la fuera con la que el Sin Nombre nos ataca es la más grande vista desde el Gran Silencio, cuando todo Annar fue conquistado y las elevadas ciudades de los Dhyllin cayeron. Temo que no haya triunfo contra la Oscuridad que ahora se alza. —La desolación que había en la voz de Saliman era indiscutible, y Hem, que tenía la boca abierta para hacer otra pregunta, no dijo nada. Saliman se quedó un tiempo en silencio, perdido en sus pensamientos, y volvió a llenarse la copa de vino.

—¿Cómo sabes lo del ejército? —preguntó por fin Hem para romper el silencio.

—Lo siento, Hem, estaba pensando. —Alzó la vista, sorprendido—. ¿Dónde te imaginas que he pasado estas últimas semanas? He estado averiguando, con otras personas, todo lo que he podido acerca de ese ejército. Los soldados marchan sobre Baladh son más de los que incluso Turbansk podría resistir. —Hem lo miró con renovado respeto, y se sintió culpable por el resentimiento que le habían causado sus ausencias. No tenía ni idea de que estuviese haciendo algo tan peligroso como espiar a las fuerzas del Sin Nombre—. Pese a lo desesperado de nuestra situación —continuó—, no debemos perder la esperanza. No creo que podamos salvar Turbansk, pero eso no quiere decir que vayamos a dejarnos vencer sin haber luchado. —Aunque Saliman hablaba en voz baja, la pasión que latía en su garganta hizo que un escalofrío descendiente por la columna de Hem, que casi pega un salto y se pone a gritar. Pero Saliman, que no era dado a las declaraciones emotivas, se controló visiblemente y sonrió al chico—. Y esto me lleva a ti, Hem. Vuelvo a preguntar, ¿qué he de hacer? En unos días todos los que no puedan luchar, los ancianos, los enfermos, los niños, entre ellos los estudiantes más jóvenes de la Escuela de Turbansk, partirán hacia Car Amdridh, donde existe más esperanza de resistir al Ejército Negro de la que hay aquí. ¿Irás con ellos?

—¡No! —exclamó Hem antes de poder controlarse—. ¡No, si tú no vienes! ¡No me envíes lejos de ti!

Saliman se quedó mirando a Hem con seriedad, y el muchacho bajó la vista hacia la mesa, sintiéndose estúpido. Era la declaración de amor más clara que había hecho en su vida. Pero Saliman no sonrió, su oscuro rostro estaba triste y pensativo, y la manera en la que miraba a Hem poseía una extraña ternura.

—He pensado que, por varias razones, tal vez sea mejor que te quedes conmigo —dijo—, pero también me parece una insensatez. Aquí la vida se volverá muy peligrosa, y quedarte supondría arriesgar tu vida. Te exigiré mucho, si te quedas.

—Haré lo que tú me digas —aceptó Hem con la voz quebrada. Deseaba con todas sus fuerzas que no lo enviasen con los estudiantes: no quería ser desterrado de la presencia de Saliman.

—Necesitaré que seas mayor de lo que eres —prosiguió Saliman—. Necesitaré

que seas más grande de lo que piensas que eres, que vayas más allá de tus pequeñas preocupaciones. Sé que eres capaz de hacerlo.

Hem volvió a pensar en su comportamiento de las últimas semanas y por primera vez se arrepintió sinceramente.

—Lo prometo —dijo—. Lo haré, de verdad.

Saliman estudió a Hem con frialdad, como si estuviese valorando su valía, y el chico se ruborizó e inclinó la cabeza bajo al escrutinio.

—No quiero tomar una decisión precipitada, Hem —reconoció por fin el bardo—. No me plantearía que te quedases si pensase que es seguro que te matarán, pero el riesgo, igualmente, es muy grande, y será más duro de lo que piensas. Yo no recorro senderos seguros.

—Te seguiré a todas partes —declaró Hem alzando la mirada, y ahora la pasión que se había encendido en su interior se veía desnuda en sus ojos.

Se produjo una pausa y Saliman sonrió, mas no era una sonrisa dichosa.

—Hem, el corazón me dice que tú, al igual que Maerad, tienes algún papel que desempeñar en esta lucha —dijo—. No sé cuál, pero creo que está por aquí y no en Amdridh. Creo que lo correcto es que permanezcas aquí, como desees, pero no es una decisión que tome sin sentir un gran recelo.

Se produjo un largo silencio durante el que Hem luchó contra un extraño regocijo. Sabía que debía estar asustado, que lo estaba, pero la promesa de Saliman de permitir que se quedase en Turbansk lo llenaba de una luz optimista. Saliman, pensó con una sorpresa que le resultaba casi dolorosa, confiaba en él.

Irc, que ahora estaba bien despierto, estaba aburrido de la charla, y revoloteó sobre la mesa para robar un poco de comida.

—Eso quiere decir que Irc también se queda, ¿verdad? —dijo Hem con los ojillos brillantes—. Estoy seguro de que Irc podrá ayudarnos. Podría llevar mensajes... y...

Saliman sonrió de repente, y toda la tensión pareció desvanecerse de su rostro.

—Siempre y cuando conserve los modales —exigió—. No come tanto como tú, por glotón que sea, así que tal vez nos lo podamos permitir.

Irc engulló su comida hurtada y, al darse cuenta de que estaban hablando de él, inclinó la cabeza.

Te portarás bien, le dijo Hem muy serio en el Habla. *¿Sí?*

Yo bueno, replicó Irc volviéndose hacia Hem y tirando la copa de Saliman con la cola, por segunda vez aquella noche.

Saliman puso los ojos en blanco y comenzó a secar la mesa con un trapo. Hem se puso con gran rapidez en pie para ayudarlo, radiante a causa de una torpe alegría incapaz de ocultar. Por primera vez desde su llegada a Turbansk no se sentía indeseado ni en medio.

«Todo irá bien», pensó. De verdad que todo iría bien.



LA SOMBRA
DE LA GUERRA



Los supervivientes del sitio de Baladh y de la conquista de las llanuras de Nazar comenzaron a llegar poco a poco a Turbansk durante las siguientes dos semanas. Primero llegó una flota de navíos que había huido atravesando el mar de Lamarsan, una variopinta colección que abarcaba desde diminutas barquillas de cuero a los largos dromones, que transportaban a tanta gente como podían apretujada en su interior. Más o menos un día después, los restos de las fuerzas de caballería que Turbansk había enviado para reforzar las defensas de Baladh atravesaron las Puertas de la Ciudad; los habían derrotado de manera aplastante y poco menos de la mitad de las fuerzas originales volvió a casa.

Después llegaron los que habían conseguido escapar por tierra en medio del caos de la batalla. La primera oleada llegó a caballo, demacrados y con la mirada perdida, y traían consigo a muchos heridos; después familias subidas a carros tirados por caballos y bueyes exhaustos, con niños delgados de grandes ojos que no hablaban, y más heridos y moribundos; y por último llegaron los que venían a pie, mugrientos por el polvo del camino, que traían a niños o a otros que no podían caminar a causa de las heridas o la edad en improvisados carritos, o incluso las transportaban a cuestas.

Cuando los primeros supervivientes llegaron, la evacuación de Turbansk estaba prácticamente terminada. Los estudiantes de la Escuela menores de diecisiete años estaban entre los primeros en partir hacia Amdridh. La mayoría esgrimían grandes protestas; entre los más reacios se encontraba Chyafa, que se había sentido terriblemente ofendido al enterarse de que tan solo Hem, de entre todos los chicos y chicas de su edad, se quedaría allí para defender la ciudad. Hem disfrutó de una dulce sensación de venganza al ver la mirada que Chyafa le dirigió, cargada de rencorosa envidia, pero descubrió que aquella vez no sentía la necesidad de dedicarle su desprecio. Hem se limitó a sonreír a su enemigo sin decir nada, y observó con satisfacción que aquello lo irritaba todavía más.

Durante varios días en la carretera occidental hubo un flujo de caravanas, carruajes y caballos, que transportaban provisiones y bienes preciosos —los más excepcionales de entre los irremplazables pergaminos de la Biblioteca, los tesoros de los palacios de Turbansk, las riquezas principales de cada casa— y a todos aquellos que no eran necesarios para defender la ciudad. Hubo muchas dolorosas despedidas;

las familias se vieron divididas, temerosas de no volver a verse nunca: se separó a padres de hijos, esposos de esposas, hermanos de hermanas, amantes y viejos amigos. Hem presenció muchas de aquellas desgarradoras despedidas en las calles de Turbansk, y se consideró entre los afortunados por quedarse.

Así fue cambiando Turbansk: primero había pocos niños jugando en las calles, y después ninguno; y los adultos que caminaban por la ciudad tenían un aire solemne y preocupado. La Casa Bárdica de Saliman parecía vacía, ya que pocas personas se quedaron en ella; él era mentor sobre todo de estudiantes jóvenes. En la alcoba de Hem ya no resonaba el débil murmullo de las conversaciones, la música y la risa que habitualmente se filtraban desde las muchas habitaciones de la casa. Aquella quietud le hacía sentirse intranquilo; hacía que trasladase a casa lo que estaba ocurriendo en la ciudad, y le despertaba una aprensión que iba en aumento.

A medida que el flujo de gente que salía de Turbansk en dirección al oeste primero menguó y después cesó, otros fueron llegando desde el este y llenaron las casas vacías, haciendo una breve parada —aquellos que no estaban demasiado enfermos ni agotados para moverse, o que no se quedaban para defender Turbansk— antes de tomar la larga carretera del oeste. Ahora también había gente de los pueblos y aldeas de las llanuras de Balkir, entre Turbansk y Baladh, que huían del avance de los ejércitos. Las fuerzas del Sin Nombre lo quemaban todo a su paso —casas, viñedos, huertos— y en el horizonte oriental se veía una débil mancha negra que teñía el amanecer del color de la sangre.

Las Casas de Curación ya no daban abasto para albergar a todos los heridos procedentes de Baladh, de modo que se utilizó también la Escuela vacía, y Bardos vestidos con túnicas blancas se movían entre hileras de camas por los soportales por los que tan solo unos días antes corrían, gritaban y reían los estudiantes. A Hem se le pidió que ayudase a los curanderos y este se volcó en el trabajo de buena voluntad. Incluso a Irc se le pidió que prestase un servicio, y cuando no se hallaba en su habitual percha sobre el hombre de Hem, revoloteaba entre los edificios llevando notas manuscritas o mensajes.

Hem vio muchas miradas sombrías. Había mucha gente, entre ellos una docena de niños de Baladh, que tenían terribles quemaduras y no habían recibido suficiente atención durante la huida, y sufrían espantosos dolores. Los curanderos empleaban una droga fuerte destilada de las amapolas y aplicaban todas sus artes Bárdicas para aliviar su agonía; pero muchos morían.

Cuando Hem vio por primera vez aquellas escalofriantes quemaduras, en una chiquitina que no podía tener más de tres años, pensó que el corazón le iba a explotar de ira. La niña no lloraba, pero se agarraba con fuerza a su madre, mirándola con sus ojos negros cargados de una súplica muda imposible de responder. Incluso cuando murió, sin que ni siquiera los más grandes curanderos de Turbansk pudiesen hacer nada, continuaba agarrada a su madre, y hubo que retirar suavemente la mano de la mujer de entre los deditos muertos, que la agarraban con tanta fuerza como si

estuviesen atornillados a ella. Fue entonces cuando Hem le preguntó a Oslar, el curandero jefe, qué les había ocurrido a los niños quemados.

Oslar era un hombre anciano incluso para ser Bardo, con el cabello muy blanco y la piel muy negra, y su fuerte rostro estaba marcado por una profunda y paciente tristeza. Hem pensó que debía de haber visto mucho sufrimiento en toda su larga vida.

—La atrapó una de las peores armas de la Oscuridad —dijo—. Los soldados-perro.

Hem había oído hablar de ellos, pero hasta aquel momento no había sido más que una palabra.

—¿Qué son? —preguntó, aunque ya sabía que a Oslar se le necesitaba en otro lugar y no tenía tiempo para responder preguntas.

—No son humanos, y no sé si alguna vez lo fueron —respondió el viejo Bardo, hablando con franqueza y mirándolo directamente a los ojos, como haría un adulto con otro adulto—. Son criaturas hechas de carne, metal y fuego, creadas con algún tipo de vil embrujo en las fraguas de Dén Raven, y no conocen la compasión. Tienen cabezas de perro con el hocico de metal azul. Todo su cuerpo es un arma, desde la que lanzan un fuego líquido. Se pega a la carne y la corroe. Es un fuego extraño, por la manera en que se queda adherido y hace que las quemaduras sean terribles. —Oslar miró hacia el resto de camas que había en el cuarto, con sus pequeñas víctimas, y Hem tragó saliva, pues de repente la boca se le había quedado seca—. Hem, ahora tengo cosas que hacer. Discúlpame. —Oslar inclinó la cabeza con cortesía, y Hem lo siguió con la mirada mientras se movía lentamente de cama en cama. Hem sabía que el viejo Bardo había dormido muy poco durante las dos últimas noches, pero aun así no mostraba ninguna señal de cansancio.

Estaba agradecido porque su pregunta había obtenido respuesta, aunque la respuesta no lo reconfortaba. «Oslar», pensó, «es un gran hombre». Después se sorprendió de sí mismo: normalmente no tenía pensamientos de aquel tipo.

A medida que Hem corría por la Escuela de Turbansk, llevando pociones de los herboristas o vendajes nuevos hechos por los tejedores, trayendo un vaso de agua a una mujer que estaba demasiado débil tras el parto para caminar, o sosteniendo un brazo roto mientras lo vendaban, su ira ardía y se iba volviendo más encendida. Odiaba lo que se le había hecho con tanta gratuidad a aquella gente con cada fibra de su ser. La ira no era un sentimiento que le resultase extraño, pero por primera vez se veía templada por la compasión, y descubrió en sí mismo una paciencia que no sabía que poseyese.

Tal vez fuese el ejemplo de Oslar y los demás curanderos, incluida su mentora Urbika, que se había quedado con la mayor parte de los Bardos y era una habilidosa curandera. Aunque Hem cometiera errores, lo que pocas veces ocurría, nunca le hablaban mal, sin importar lo poco que hubieran dormido, o lo sobrecargados de trabajo que estuvieran. Hem aprendió, en aquellos pocos días, cómo escuchar a los

enfermos, cómo anticiparse a sus necesidades, cómo correr rápido con unos zapatos ligeros para no hacer ruido y no molestar a los que dormían. Ante la magnitud del sufrimiento que tenía ante él, sus anteriores quejas le parecían ridículas e insignificantes. En cualquier caso, estaba demasiado ocupado para preocuparse por sí mismo; desde el alba hasta el anochecer, su día estaba repleto de incontables tareas y recados, y el propio Oslar comenzó a enseñarle algunos encantamientos de curación para los casos menos graves. Cuando caía la noche estaba tan cansado que, por primera vez desde que estaba en Turbansk, las pesadillas no le molestaban.

Cuando una noche Saliman le comentó que los Bardos alababan su trabajo y que Oslar había dicho que pocos Bardos menores con su experiencia habían demostrado tener un talento innato como el de Hem en el arte de cuidar de los enfermos, él aceptó el elogio, bien merecido, con una nueva humildad.

—No te ofendas si te digo que estoy sorprendido; pensaba que serías demasiado impaciente para realizar este trabajo —comentó Saliman con una sonrisa, que para Hem era una gran recompensa por cada hora que había pasado en la Casa de Curación—. Tal vez seas curandero cuando crezcas. Cada Bardo ha de encontrar cómo se expresa mejor su Don; para algunos resulta un camino duro, pero creo que tú tendrás suerte. La Curación es una de las llamadas más elevadas; y siempre hay necesidad de curanderos, incluso en tiempos de paz.

Hem valoró en silencio las palabras de Saliman. Podía imaginarse siendo curandero. Tal vez algún día llegase a ser tan bueno como Oslar.

—Aun así, tendrás que mejorar tu caligrafía —continuó Saliman, interrumpiendo su ensoñación—. Imagínate, por decir algo, que el herborista hace una poción de amor en lugar de un laxante porque no ha sido capaz de leer tus instrucciones. ¡Los problemas que podrías causar!

Hem sonrió, Saliman estaba pinchándolo para que mejorase su escritura, que era prácticamente ilegible. Tal vez ahora le viese el sentido a hacerlo.

Estaban haciendo una comida rápida antes de que Saliman volviese a salir para continuar con el interminable trabajo de preparar Turbansk para un asalto. La comida era sencilla, pero sabrosa: pescado de agua dulce del mar de Lamarsan asado con dátiles y un puré de legumbres. Fuera de los aposentos de Saliman los pájaros gorjeaban en los árboles mientras se asentaban en sus perchas nocturnas y una brisa fresca acariciaba la mejilla de Hem. Había una gran paz. Hem anheló furiosamente haber llegado a Turbansk en tiempos normales.

Saliman le acababa de explicar los primeros ataques a Turbansk, llevados a cabo por buques corsarios que llegaban desde la desembocadura del río Niken atravesando el mar de Lamarsan, y Hem había visto soldados en los comedores, de camino a hostigar a las flotas negras, o volviendo exhaustos y con el semblante serio. Ningún barco invasor había llegado todavía a Turbansk, y según le contó Saliman, no llegaría ninguno: las defensas del puerto eran sólidas. Pero los corsarios le arrancaban la fortaleza a Turbansk, desgastando sus fuerzas antes del gran asalto; y tras la caída de

Baladh, Saliman temía que una flota de barcos robados saliese del Puerto de Baladh para lanzar un gran ataque.

A causa de la guerra, Saliman ni siquiera había tenido tiempo para llevar a Hem, tal y como le había prometido, a ver las cataratas de Lamar, en las cuevas de Lamarsan, el corazón sagrado de la Luz en Turbansk, de las que le había contado que eran una de las maravillas del mundo. Si los tiempos hubieran sido otros, tal vez podrían haber cabalgado hasta allí con Maerad... pero Hem dejó rápidamente de pensar en su hermana: era demasiado doloroso.

—¿Volverá a haber paz algún día? —preguntó, con una ligera tristeza.

—Por supuesto que habrá. —Saliman se recostó y cerró los ojos. Entonces Hem pudo ver lo cansado que estaba realmente. Tenía la piel de debajo de los ojos de color púrpura, como si se hubiera magullado, y el rostro consumido. Hem se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que Saliman había dormido; apostaría lo que fuese a que eran más de dos días—. Si no es en vida mía o en vida tuya, será en la de algún otro. —Hem, deprimido ante la respuesta de Saliman, no contestó, y Saliman abrió un ojo y se lo quedó mirando—. Perdóname, Hem; no debería bromear. Estoy muy cansado, y la tormenta ni siquiera se ha desatado.

—Deberías descansar —sentenció Hem muy serio, con su nueva autoridad de curandero.

—Pronto estaremos listos —replicó Saliman sonriendo débilmente—. Y entonces descansaré. Por poco tiempo.

A lo largo de los siguientes días la negra mancha de humo que se alzaba en el este se fue acercando, y las Casas de Curación comenzaron a vaciarse. Todos los enfermos debían irse de Turbansk, incluso los más graves, aunque Hem pudo reconocer la ansiedad en los rostros de los curanderos mientras colocaban a los pacientes en camillas especiales para transportarlos. Sabía que no se les debía mover, pero también comprendía que era imposible dejarlos en Turbansk. Muchos curanderos se fueron con ellos, para cuidarlos durante el largo viaje a Car Amdridh, aunque Oslar y Urbika se contaban entre los que se quedaron y, de repente, quedaron muy pocas cosas que Hem pudiese hacer. Se pasó un día entero en la Casa Bárdica, aburrido y solitario, demasiado deprimido para salir, mientras una siniestra sensación crecía en su interior. Su paciencia parecía haber desaparecido junto a su trabajo en las Casas de Curación, y se mostraba arisco incluso con Irc. Aquella noche preguntó si al día siguiente podría ir con Saliman.

—Tal vez pueda echar una mano —dijo—. Irc nos fue muy útil en las Casas de Curación...

—Podría resultar tan aburrido como lo que estás haciendo aquí —replicó Saliman estudiando el rostro de Hem—. Pero sí, yo mismo debería haber pensado en ello, resulta un poco deprimente estar esperando sin más a que la guerra estalle sobre tu

cabeza. Claro que puedes venir.

Así que al día siguiente Hem se convirtió en la sombra de Saliman, tal y como lo había sido durante su primera semana en Turbansk, aunque aquella vez el esbelto muchacho llevaba un pájaro blanco posado en el hombro. Los Bardos, capitanes y cónsules de la ciudad no pusieron ninguna objeción, ya que apenas percibieron su presencia, y el pánico enfermizo que había comenzado a despertarse en el estómago de Hem remitió ligeramente. Cuando observaba los rostros de los hombres y mujeres que hablaban con tanta honestidad, su fuerza y determinación, no le parecía que los pudiesen derrotar.

Como miembro del Primer Círculo de Bardos, uno de los cuerpos dirigentes de Turbansk, Saliman estaba a cargo de diversos aspectos de la defensa de la ciudad, y al final del día Hem comenzó a comprender por qué Saliman estaba tan cansado. Aquel día asistió a varias reuniones diferentes en la Escuela y el Ernan —el gran palacio que se alzaba elegante bajo la sombra de la Torre Roja—, escuchó los informes de los exploradores y capitanes que habían atacado a los barcos invasores del mar de Lamarsan con barcos artilleros y consultó con los demás líderes de Turbansk cómo coordinar la estrategia. Si a alguno de ellos le pareció que la presencia de Hem era algo extraño, no lo comentó.

Hem nunca había estado dentro del Ernan, y se quedó impresionado. Se le había despojado de la mayor parte de sus riquezas, que se habían enviado a Car Amdridh, pero todavía poseía una grandeza sobrecogedora que superaba incluso a Norloch. Norloch era una alta ciudadela excavada en la roca sobre el puerto de Norloch, torre sobre torre de piedra blanca coronada por el Salón de Cristal de Machelinor, y transmitía majestuosidad y autoridad. El Ernan no era una torre sino un antiguo palacio, y había sido construido por placer. Sucesivos gobernadores, a lo largo de incontables siglos, le habían hecho ampliaciones y cambios, hasta convertirlo en el mayor edificio de la ciudad, rodeado por unos extensos jardines llenos de árboles perfumados y flores poco comunes.

El palacio tenía forma de espiral dentro de unos altos muros de piedra, incontables y hermosas salas conectadas entre ellas por arcos o puertas forjadas en acero o hierro con complicadas verjas. Los suelos eran de mármol pulido o mosaicos de azulejos vidriados que representaban dibujos abstractos con flores o estrellas. Las salas daban a innumerables patios, cada uno de ellos diferente: en uno no había nada más que arena blanca, rastrillada formando dibujos, con piedras negras cuidadosamente colocadas sobre ella para inducir a la contemplación; en otro había una fuente y un jardín de hierba olorosa que refrescaba la mente cuando se caminaba por encima de ella; otro estaba lleno de rosas de diferentes colores, que se desparramaban en artístico desorden sobre un pavimento de mármol. Algunas cámaras tenían enormes ventanales que se abrían a amplias terrazas, desde las que se podía ver cómo el sol se ponía al otro lado del mar de Lamarsan.

Hem caminó por el laberinto sin fin del palacio, escuchando cómo le resonaban

los talones en el suelo, boquiabierto. Pensaba que la Escuela de Turbansk era grandiosa, pero al lado de aquello parecía austera. Saliman vio su expresión y se rio entre dientes.

—Les damos a nuestros gobernantes el mismo nombre que a su morada —explicó—. Para la gente de Turbansk, tanto el palacio como el gobernador representan la grandeza de nuestra ciudad, y tal vez sea un disparate. Algunos Ernani han interpretado este papel demasiado literalmente; los Bardos y el pueblo tuvieron que relevar a uno de su cargo, cuando se volvió demasiado caro de mantener. Tenemos este gran palacio, uno de los gloriosos tesoros de Edil-Amarandh.

—¿Cómo puedes no perderte? —preguntó Hem sin aliento. Saliman caminaba muy rápido y casi tenía que correr para seguir su ritmo, mientras mantenía a Irc colgado del hombro, aleteando para conservar el equilibrio. Hem temía quedarse atrás porque creía que nunca podría hallar el camino de salida.

—He recorrido este palacio desde que era un poco mayor que tú —le explicó Saliman—. Eso son muchos años. Siento no tener tiempo para enseñarte sus maravillas. No hay ningún lugar como este en el mundo, y nunca lo habrá... Aquí hay salas cuyas paredes están decoradas solo con piedras preciosas. Hay una casa de verano construida por completo en jaspe, que se levantó hace quinientos años con el único motivo de recitar cierto poema escrito por un famoso poeta de Turbansk. En el Jardín de Helian hay una hermosa casa de mármol rojo construida por el Ernani Helian hace mil años para poder estudiar las estrellas; los Bardos todavía la emplean para observar el cielo. En los días de fiesta la gente de Turbansk puede entrar aquí, y vienen en millares para maravillarse y celebrar banquetes en los jardines. Y supongo que yo siento el mismo orgullo que ellos ante la extravagante belleza del Ernani, aunque a veces me pregunto... —su voz se fue apagando. Hem, deslumbrado por los esplendores que estaba atravesando, alzó la vista con curiosidad. Saliman se encogió de hombros, sonriendo—. Te habrás dado cuenta de que en este palacio no hay pasillos. En Annar se construyen pasillos; a los annarienses les gusta ese tipo de lógica. Este palacio está construido en forma de una serie de espirales. Aquí es más complicado e indirecto llegar a cualquier lado. —Personalmente, Hem estaba de acuerdo: se encontraba perdido sin remedio. Pero Saliman continuaba, murmurando para sí—: Aunque en todos los Siete Reinos el poder es complejo —decía—. Es así incluso en Annar. Norloch es relativamente simple, porque allí solo gobiernan los Bardos... En todos los demás lugares hay dos autoridades, los Bardos y los consejos de gobierno. Los Bardos y las otras autoridades no siempre están de acuerdo acerca de qué es lo mejor. —Saliman se detuvo y repasó con la mirada el salón lleno de columnatas por el que caminaban en aquel momento—. Muchas veces pienso que Turbansk es el más complicado de todos —continuó—. La gente de Turbansk nace con la política en la sangre. Cadvan no aguantaría aquí ni dos días; perdería los nervios y ofendería a todos los cónsules, y desde ese momento su vida sería toda miseria. —Saliman sonrió pensando en su viejo amigo—. A veces eso es bueno; es

bastante mejor que la gente hable en vez de pelearse. Pero cuando se ha de hacer algo rápido... bueno, puede resultar difícil. Nuestro amigo Alimbar, por ejemplo, pese a nuestra desesperación, me está complicando la vida más de lo necesario. Somos afortunados con nuestra Ernani actual, Har-Ytan.

Saliman se detuvo ante unas altas puertas que eran más impresionantes que cualquiera de las que había visto Hem hasta el momento: estaban hechas de cedro pulido hasta conseguir un brillo lujoso y profundo, con grandes clavos forjados en oro con la forma de un sol entrelazado con llamas de diferentes colores, que iban del rojo intenso al blanco dorado. Saliman miró a Hem.

—Hem, aquí has de comportarte lo mejor que puedas. *E Irc también* —añadió en el Habla, mirando severamente al pájaro, que emitió un débil graznido y escondió la cabeza entre el cabello de Hem—. Límitate a inclinarte como yo y no digas nada.

Repentinamente nervioso, Hem tragó saliva y asintió, y Saliman inclinó la cabeza en dirección a los dos guardias del palacio, que abrieron las puertas y los dejaron pasar.

Hem se detuvo involuntariamente en el umbral, parpadeando deslumbrado. Saliman avanzaba a zancadas, así que se recompuso a toda prisa y lo siguió. Miraba de reojo por toda la sala, intentando lo mejor que podía no parecer tan abrumado como se sentía. Se dio cuenta de que el resto del palacio era un simple ensayo del salón del trono.

La Ernani estaba sentada sobre un amplio estrado de poca altura en el otro extremo de la sala, en un trono de madera negra esmaltada tallada con diseños de filigrana de una delicadeza maravillosa, de modo que, pese a su tamaño —el respaldo se alzaba a bastante altura por detrás de la Ernani—, daba una sensación de ligereza. Detrás del trono, alzándose hacia el techo, había un gigantesco sol dorado igual que los que había clavados en las puertas, que arrojaba un brillo dorado sobre toda la sala. Las paredes, agujereadas por unas ventanas largas y estrechas que iban del suelo al techo, estaban cubiertas con paneles de oro mate y punteadas por murales pintados con exquisita delicadeza, cada uno de ellos enmarcado con la misma filigrana esmaltada en negro con la que estaba hecho el trono. En ellos estaban representadas, le contó Saliman a Hem más tarde, historias del Suderain famosas: una era la Batalla de las llanuras de Dagorlad, en la que el Ernani de Turbansk había contenido a las fuerzas del Sin Nombre en los tiempos del Gran Silencio; otra era el encuentro entre Alibredh y Nalimbar, unos míticos amantes, en los jardines de agua de Jerr-Niken.

Hem y Saliman avanzaron hacia el trono por un camino de azulejos de ónix negro, que dividía en dos un extenso estanque de escasa profundidad que ocupaba toda la anchura del salón del trono y la mitad de su longitud. El estanque, lleno de nenúfares, estaba escalonado en tres terrazas poco profundas. El agua caía desde el borde de los niveles superiores hacia los estanques más bajos, haciendo que la sala se llenase de su música constante, y los nenúfares despedían un sutil perfume.

A Hem le pareció que habían tardado mucho tiempo en recorrer la longitud del

estanque y después cruzar la extensión plana de piedra negra pulida que se extendía ante el estrado. Al lado del trono habían dispuesto varios taburetes bajos, hechos con la misma maravillosa filigrana que el trono, en los que se sentaban cinco personas. Se volvieron para observar cómo Saliman y Hem se acercaban, y Hem reconoció con un hormigueo en el estómago a Alimbar, a quien había visto por última vez en la puerta de la casa de Saliman. También reconoció a Juriken, el Primer Bardo de Turbansk, y a Il Hanedr, de quien sabía que era el capitán de los soldados de la ciudad, los Guardianes del Sol. Una mujer delgada y de aspecto duro —la guardiana jefa, Menika— se erguía silenciosa al lado del hombro derecho de Har-Ytan, vestida con el equipo de batalla de Turbansk, y otra mujer a la que no reconoció, vestida con ropa formal, estaba sentada cerca, con la cabeza inclinada.

La Ernani estaba sentada en el trono muy erguida, observando su avance. Hem osó dirigirle una rápida mirada, aunque en aquel momento se hallaba tan impresionado que apenas sabía a dónde dirigir la mirada. La Ernani era el ser humano más regio que había visto nunca.

Debía de tener la misma estatura que Saliman, y su cuerpo era a un tiempo voluptuoso y fuerte; si no fuese tan alta, le habría parecido robusta. Llevaba un vestido de seda ajustado, teñido a mano en múltiples tonalidades de rojo y naranja, que resplandecía en contraste con su piel negra como si estuviese envuelta de en una viva llama, y su largo cabello estaba peinado en diminutas trenzas al estilo de Turbansk, decorado con cuentas de rubí y oro de modo que le caía por la espalda como una fuente resplandeciente. Un inmenso rubí brillaba sobre su frente, y sobre el pecho llevaba un torques de oro esmaltado con el sol. Llevaba los poderosos brazos casi desnudos, solo lucía unas sencillas bandas de oro en la muñecas, y una espada desenvainada yacía sobre regazo, en señal de guerra.

Cuando llegaron al estrado, Saliman hizo una genuflexión con una rodilla e inclinó la cabeza, y Hem se apresuró a imitarlo, deseando tener la mitad de la gracia de Saliman, se alegraba de que le hubieran dicho que no hablase; la boca se le había quedado completamente seca, y estaba seguro de que si hubiera dicho algo le hubiera salido como un graznido.

Para su asombro, la Ernani se dirigió a él en el Habla; más tarde descubrió que en el Suderain el Habla se empleaba en todos los debates sobre alta política, y pese a no ser Bardo, Har-Ytan lo hablaba bien. Su voz era profunda y musical, y parecía resonar por toda la sala del trono.

—Llegas tarde, Saliman —dijo—. Estábamos esperando.

A Hem se le puso de punta el vello de la nuca. Deseó fervientemente que no le echase la culpa a él.

—Perdóname, Har-Ytan, Fuente de la Luz —respondió Saliman—. Otras tareas urgentes me detuvieron. Solo lo más urgente puede mantenerme alejado de tu gloriosa presencia.

La Ernani se echó a reír, una melodiosa ola de júbilo que hizo que un extraño

escalofrío le recorriese la espalda a Hem.

—En ese caso, considera que solo se te ha reñido. Bienvenido, Cai de Pellinor. — Hem primero se sorprendió de que supiese su nombre, y después se ruborizó porque estuviese dirigiéndose a él—. Sentaos. Hay mucho que discutir, y poco tiempo.

Hem se puso de pie como pudo y siguió a Saliman hasta un taburete, sin apenas atreverse a levantar la vista de sus pies. Irc estaba contagiado de su timidez y ni siquiera graznó cuando un movimiento casi lo tira de su percha sobre el sombrero de Hem.

Hem se sorprendió, tras la grandeza de su entrada, ante la discusión que siguió (pasó un tiempo hasta que recordó que el Primer Bardo y la Ernani eran iguales en autoridad en Turbansk). Todas las formalidades se dejaron a un lado, y se produjo una enérgica discusión acerca de la actual defensa de Turbansk, en la que cada uno de los presentes informaba de los últimos acontecimientos.

Il Hanedr, capitán de la guardia de la ciudad, dijo que sus exploradores habían informado de que el Ejército Negro estaba a una distancia de dos días de marcha, preparándose para asaltar la muralla de Il Dara, a veinte leguas al este de Turbansk, la última gran barrera que quedaba ante el Ejército Negro. La muralla estaba dotada de unos diez mil arqueros e infantería, procedentes principalmente de regiones cercanas a Baladh, y cuatro tropas, de seiscientos miembros cada una, de la Guardia del Sol. Era una gran construcción alzada durante los días del Gran Silencio para resistir a la fuerzas del Sin Nombre, y Har-Ytan había ordenado reconstruir la antigua muralla y alargarla cinco años atrás, cuando le había quedado patente que un asalto procedente de Dén Raven era algo inevitable. Era un fuerte elemento disuasorio: un alto muro doble de granito con profundos cimientos, fortificado con muchas torres. Se extendía durante una legua a lo largo de una franja de tierra seca que dividía las marismas de Neera, y un ejército invasor podría quedarse retenido allí indefinidamente, o verse forzado a caminar leguas para rodear los pantanos.

—En ese caso, Imank es más lento de lo que juzgábamos —comentó Juriken arqueando las cejas.

—Si los Glumas no estuvieran tan preocupados por quemarlo todo a su paso, podrían ir más rápido —respondió Il Hanedr—. Pero la destrucción nos ha hecho ganar un poco de tiempo, aunque haya salido caro. No hubiéramos podido armarnos tanto si Imank hubiera avanzado más rápido.

—Cada pequeña ventaja que tengamos nos saldrá cara —observó Har-Ytan—. Así que debemos aprovecharla bien. ¿Pensáis que tendría sentido hostigar al ejército mientras se acerca a la muralla?

Tanto Il Hanedr como Juriken negaron con la cabeza.

—No, nos costaría tanto como ganaríamos —reconoció Juriken—. Sería enviar a nuestros luchadores a una muerte casi segura, y las fuerzas que se nos echan encima son tales que no se detendrán.

—No hay ningún lugar en el que la muerte no sea casi segura —sentenció la

Ernani.

Juriken dudó, y después asintió.

—Siempre hay esperanza —dijo, pero su rostro estaba serio.

A Hem se le congeló el corazón, y vio que Saliman le dirigía una mirada en secreto. Ahora le tocaba hablar a Saliman.

Hem sabía que Saliman estaba coordinando las defensas de la costa. Explicó que sus exploradores todavía no habían divisado a la flota de barcos del Ejército Negro procedentes de Baladh, que se temía que fuese inminente.

—Tal vez los barcos artilleros que enviamos contra los corsarios les hayan hecho discutir entre ellos acerca del ataque desde el mar de Lamarsan —comentó—. Pero creo que eso es de desear demasiado. No puedo creerme que Imank, el capitán del Ejército Negro, no esté planeando un ataque desde el mar de Lamarsan; los que huían de Baladh no pudieron destruir todas las galeras que dejaron allí, y construir más no quedaría fuera de las posibilidades del enemigo. Temo que se envíe contra nosotros por lo menos a tres veintenas. Lo que parece más probable es que planeen enviar las galeras al mismo tiempo que el Ejército Negro, para bloquearnos el puerto y desviar nuestras fuerzas. No seremos capaces de huir por mar si no contenemos el paso. Y las cuevas solo servirán para unos pocos.

Se produjo un sombrío silencio, y entonces la conversación se trasladó a discusiones generales. Las fortificaciones de la ciudad, informó Alimbar, estaban prácticamente completadas. Dentro de la ciudad había gente de Aldhean, procedentes de Nazar, y cissianos y bilakeanos llegados de las llanuras entre Turbansk y Baladh, y también lo que quedaba de las defensas de Baladh, todos ellos experimentados en contraatacar las incursiones de Dén Raven, que se habían vuelto algo común durante los últimos tres siglos. Habían retrocedido con obstinación ante el avance de los ejércitos, hostigando a las fuerzas atacantes con cierto éxito, y habían hecho aumentar las tropas de los turbanskianos en casi veinte mil personas. Juriken calculaba que con las fuerzas que ahora estaban en la muralla, la ciudad tenía unos cuarenta mil luchadores y suficientes provisiones para todos ellos durante tres meses, incluso si se cerraba el puerto.

Hem se alegró al oír los números, le parecían muchos, muchísimos más de los que era capaz de imaginarse en un lugar. Juriken era pesimista; había calculado que el Ejército Negro era diez veces mayor, y una buena parte de aquel número eran soldados-perro. Tampoco estaba seguro de qué tipo de brujerías estaría planeando utilizar Imank. Después de aquello, Hem se dio cuenta de que nadie hablaba de la victoria; y se removió incómodo en su asiento.

La última en hablar fue Indira, la extranjera que había estado escuchando en silencio y atentamente toda la discusión. Era una emisaria de Zimek, una gran Escuela situada al sur de Turbansk.

Zimek, supo Hem para su sorpresa, estaba a punto de ser abandonada, y sus gentes se hallaban ahora de camino a Car Amdridh.

—No a todos les gusta, como es natural —explicó Indira con el rostro sombrío—. Muchos están enfadados ante la idea de abandonar sus hogares, y dicen que huimos como cobardes. Todos sabemos que si no lo hiciéramos nuestro destino sería el mismo que de Baladh: el Ejército Negro nos destriparía igual que los cuervos despellejan un cadáver; somos fuertes, pero no lo bastante. De esta manera podemos elegir cuándo nos marchamos y qué nos llevamos, por mucho que nos rompa el corazón. Nos llevamos todo lo que podemos cargar, y estamos quemando las cosechas y destrozando los huertos. No quedará nada que el ejército pueda saquear.

Juriken y Har-Ytan asintieron.

—¿Cuánto tiempo tardará Zimek en vaciarse? —preguntó Har-Ytan.

—Dos días, no más —respondió Indira—. Y estará terminado —mientras hablaba no había mostrado ningún tipo de emoción, pero ahora la voz se le quebró, y se tapó los ojos. Har-Ytan extendió la mano y apretó la de ella con suavidad.

—Es lo mejor —susurró—. Por desgracia nuestros corazones estarán desgarrados antes de ver el final de esto.

Tras la reunión en el Ernan, Hem se sentía profundamente agotado, de modo que Saliman lo envió a casa y continuó hasta el puerto para hablar con los capitanes de barco que ahora volvían de otro ataque contra los corsarios del Ejército Negro. Regresó muchas horas más tarde, y después de saludar a Hem se fue a la cama sin comer nada. Saliman no se movió de su alcoba hasta entrado el día siguiente.

El humo se erguía en el este, cada vez más cerca. Pero ahora las defensas de Turbansk estaban listas.

Al día siguiente Hem se encontró sin nada que hacer y hambriento. Saliman no estaba en ningún sitio a la vista. En lugar de ir a las despensas, Hem se fue a deambular hacia el mercado de Turbansk, preguntándose si hallaría allí a Saliman, cerca del puerto.

Era la primera vez que Hem estaba en los mercados desde que Turbansk había comenzado a evacuar a su población. Tan solo dos semanas antes, aquel era el animado corazón de Turbansk. Los mercados eran el lugar adonde Hem iba con frecuencia cuando se sentía infeliz en la Escuela; allí podía perderse entre la multitud, deambulando fascinado de puesto en puesto.

El que estaba más cercano a la Escuela era el mercado de las flores, un antiguo recinto cubierto por soportales de piedra que siempre estaba fresco, incluso durante las horas de calor más duras del mediodía, porque la piedra absorbía la humedad para que las flores se mantuviesen frescas. A su lado estaba el mercado de comida, con sus mostradores de mármol donde los tenderos exhibían truchas de río, besugos y cangrejos pescados por los pescadores del mar de Lamarsan, o montones

cuidadosamente formados de suculentas frutas y pilas de verduras.

Pero ahora los mercados se encontraban desolados y melancólicos. El mercado de las flores estaba completamente cerrado, las mesas de piedra vacías, las ventanas cerradas a cal y canto, y el sol del mediodía se reflejaba con dureza en las paredes que se habían quedado desnudas de repente. Unos cuantos perros perdidos husmeaban las cunetas de las callejuelas en busca de basura, y la mayor parte de la gente que caminaba por ellas llevaba armaduras y avanzaba decidida a zancadas, en lugar de pasear tranquilamente, tal y como solían preferir las gentes de Turbansk, siempre preparadas para aceptar una invitación al cotilleo ante una taza de café dulce y cargado.

Hem se dio realmente cuenta por primera vez de que los que se habían quedado en Turbansk no esperaban que resistiese al inminente ataque. La pequeña esperanza que había alimentado en su corazón se marchitó y murió; pese a las desoladoras palabras de Saliman, pese a lo que había visto y oído de los supervivientes de Baladh en las Casas de Curación, pese a la conferencia del día anterior en el Ernan, Hem había continuado creyendo que tal vez los que se quedaban en Turbansk lo hacían porque pensaban que podrían vencer a las fuerzas del Sin Nombre que ahora marchaban contra ellos. Pero los mercados vacíos le expresaron con más elocuencia que ninguna otra palabra que aquella era una esperanza vana; que los miles de personas que ahora se preparaban para defender Turbansk no lo hacían porque pensasen que iban a ganar.

Pero entonces, ¿por qué se quedaban? Hem continuó su melancólico deambular, preocupado por la cuestión. ¿Por qué se había quedado él? Aquella respuesta era fácil: no quería que lo separasen de Saliman. Pero ¿por qué se quedaba Saliman?

Hem se detuvo en la calle de los vendedores de café y compró distraído uno en el único puesto que continuaba abierto. Mientras le tendía la moneda de cobre, el tendero dijo, en un buen annariense:

—Así que tú eres el joven Bardo de las Casas de Curación.

Repentinamente arrancado de sus pensamientos, Hem examinó al hombre con interés. Era de constitución robusta y tenía la piel negra de un turbanskiano. Unas profundas arrugas provocadas por la risa le cruzaban los ojos, y tenía los dientes muy blancos y fuertes. De su cintura colgaba una daga. ¿Por qué se había quedado?

—Sí —respondió Hem—. ¿Cómo lo sabes?

—Las noticias vuelan —dijo el tendero echándose a reír—. Y todo el mundo ha oído hablar de tu pájaro. No nos gusta utilizar a nuestros niños para la guerra, así que no sé de ningún otro tan joven como tú que se haya quedado aquí. Mi hija, Amira, se enfadó mucho cuando oyó hablar de ti. «Padre», me dijo, «me envías lejos, contra mi voluntad, aunque puedo luchar, aunque daría mi vida por salvar la ciudad que amo; y en Turbansk se queda un joven extranjero, de Annar, que es incluso más joven que yo». —Hem sonrió, y el tendero continuó—. Le dije que aquella era la ley, pero también era la ley de mi corazón. Y le dije que tal vez tendría que luchar de todas

maneras en Amdridh, si las cosas se ponen mal allí. No le gustó. —Se echó a reír, pero Hem observó con sorpresa que en su risa no había amargura.

—Pero tú te has quedado —observó.

—Sí —respondió él.

—¿Y crees que salvaremos a Turbansk?

Al principio el tendero no respondió. En lugar de aquello, le metió un pequeño dulce de miel en la mano a Hem, negando con la suya la oferta que este le hizo de pagar. Hem se le metió en el bolsillo para comérselo más tarde. Después el tendero dijo:

—Todos los que nos quedamos aquí tememos ver los últimos días de nuestros hogares. Los Bardos y la Ernani no alimentan falsas esperanzas: dicen que el Ejército Negro es inmenso, y que nuestras fuerzas no podrán vencerlo. Enviad todo lo que os sea precioso, a vuestros hijos, vuestros bienes, a Car Amdridh, donde podrán defenderlos mejor; pero han hecho un llamamiento para que todos los que puedan se queden y defiendan nuestra ciudad, y así ganar algo de tiempo para los que huyen, y permitir a Amdridh preparar sus defensas y reunir a todas sus fuerzas. No nos limitaremos a abandonar Turbansk, la joya del Suderain, a la carroñería de la Oscuridad. Tal vez podamos mermar el ejército, y así quienes vengan detrás de nosotros tendrán menos trabajo. —Esbozó una sonrisa forzada.

Hem examinó el tendero, maravillándose ante su valentía.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al fin.

—Boran —respondió el tendero—. ¿Y tú?

—Hem.

—Que sobre tu copa caigan cien bendiciones, Hem —dijo Boran, recitando la oración tradicional antes de beber.

—Y sobre la tuya, Boran —contestó Hem. Lo dijo en suderain, ya que al menos dominaba aquella frase, se terminó el café y le devolvió la taza. Después, tras darle las gracias, continuó con su malhumorado paseo, tras patear una piedra que tenía delante del pie y hacerla repiquetear sobre los adoquines.



Hem no se había fijado demasiado en lo que había a su alrededor, así que cuando alguien salió disparado de uno de los callejones laterales y chocó contra él, le tomó completamente por sorpresa. Irc aleteó en el aire, graznando a modo de protesta, y Hem acabó de bruces en el suelo. Lo primero que sintió fue ira, e intentó buscar a ciegas a su asaltante, encontró la punta de una capa y la mantuvo agarrada con fuerza incluso en el momento en el que un pequeño puño le golpeó en el ojo. Agarró un brazo y luego otro y, jadeando por el esfuerzo, consiguió dominar a su atacante en el suelo.

Se sentó a horcajadas sobre el enemigo, a punto de vengarse por lo que seguramente se convertiría en un ojo morado, cuando se dio cuenta de que se estaba peleando con una niña. Ella le dirigió una mirada asesina y continuó resistiéndose y escupiendo improperios. El dominio que tenía Hem de la lengua del Suderain había aumentado considerablemente durante el tiempo que había pasado en las Casas de Curación, aunque todavía se sentía inseguro. Aun así, comprendía lo suficiente para saber que no lo estaba piropeando precisamente.

Se ruborizó y hubiera respondido en el mismo tono, si no se hubiera dado cuenta a tiempo del estado harapiento de las ropas de la chiquilla y de que estaba herida; le habían partido el labio hacía muy poco y tenía un corte con una desagradable infección debajo del ojo derecho. Se tragó su réplica.

—Lo siento mucho —dijo Hem en un cuidado suderain—. No te había visto... — La chica dejó de luchar para liberarse y se quedó mirándolo con hostilidad—. Deberías andar con más cuidado.

—¡Suéltame! —exclamó la niña.

Hem la estudió con curiosidad. Tenía la piel del color marrón claro de las personas procedentes de las zonas más orientales del Suderain y hablaba con acento de Baladh. Debía de haber llegado tarde a Turbansk y por alguna razón había perdido las últimas caravanas que se llevaban a los niños a Car Amdridh. Pensó que debía de tener más o menos su misma edad. El cabello negro y enredado se desparramaba en forma de rizos sueltos sobre la cara, y tenía unos rasgos delicados, que se veían mitigados por su expresión de ira. Estaba absolutamente mugrienta; llevaba la raída capa tan llena de manchas que era prácticamente imposible distinguir su color

original, y cargaba con una maltratada bolsa de cuero que estaba claro que contenía todas sus posesiones.

—Por favor, prométeme que no saldrás corriendo —le pidió Hem—. Lo siento, ha sido... —No conocía la palabra para «accidente» en suderain—. No te haré daño.

La muchacha se detuvo y asintió. Hem, que normalmente desconfiaba de los desconocidos, no dudó ni por un momento que mantendría su palabra. Se apartó de ella con delicadeza, y la chiquilla se incorporó mientras se sacudía las ropas. Irc volvió al hombro de Hem y se inclinó hacia delante, con la cabeza ladeada, examinando a la niña con auténtica curiosidad. Esta no miraba a Hem, y se sentó a su lado con aire de dignidad afrontada. Hem tanteó su mente en busca de algo que decir, maldiciendo su carencia de suderain.

De repente se acordó del pastelito de miel que le había dado Boran, se lo sacó del bolsillo y se lo ofreció. Estaba un poco aplastado, pero continuaba entero. La niña lo miró dubitativa y después se lo arrancó de la mano y lo devoró en dos bocados. Sin duda estaba muerta de hambre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Hem, mirándola mientras se limpiaba la boca—. Deberías estar de camino a Car Amdridh.

—Me escondí —dijo la niña. Parecía estar un poco más tranquila tras su oferta—. Quería luchar contra los Negros. —Sacó un cuchillo de una funda que le colgaba de la cintura y apuntó a Hem; se veía que era un cuchillo de cocina, lo bastante afilado para cortar huesos, pero no un arma de batalla—. Mataré a cualquiera que intente detenerme.

Por la expresión de sus ojos, a Hem no le resultó difícil creerla; se alegró de que no hubiera conseguido alcanzar el cuchillo durante la pelea. Sentía una extraña mezcla de asombro, admiración y lástima.

—Nadie puede detenerte —aseguró—. Es demasiado tarde. El Ejército Negro... —gesticuló con las manos, en busca de palabras—. El Ejército Negro vendrá pronto. —Apartó la punta del cuchillo y ella volvió a meterlo lentamente en la funda—. Y... ¿cómo te llamas? Yo soy Hem.

—Zelika —respondió ella, despacio—. Zelika de la Casa de II Aran. —Miró a Irc con curiosidad—. ¿Qué pájaro es este? No es un halcón.

—Es mi amigo —afirmó Hem—. Se llama Irc. —Volvió a mirar a la muchacha; ahora se podían ver sus demacrados rasgos, y se preguntó cuándo habría sido la última vez que habría tomado una buena comida—. ¿Tienes hambre, Zelika? —Ella se detuvo y asintió—. Ven conmigo. Te daré comida.

Hem observó en el rostro de Zelika una lucha entre la desconfianza y el deseo, pero ganó el hambre. Cuando se levantó vio que era menuda, pero caminaba con un orgullo que le añadía un poco de altura ilusoria.

Comenzó a guiarla por las calles en dirección a la despensa de la Escuela. Tal vez pudiese quedarse en casa de Saliman: había un montón de habitaciones libres, y pensó que a Saliman no le importaría. Podría hacerse con algo de ropa nueva y

lavarse un poco, y Hem podría echarle un vistazo a la herida que tenía en la mejilla, que estaba infectada; tenía algo de bálsamo en su alcoba.

—No eres de Turbansk —comentó la niña sin emoción, interrumpiendo sus pensamientos.

—No, soy de Annar —respondió Hem—. Mi suderain no es muy bueno.

—Mi annariense tampoco es muy bueno —dijo Zelika en annariense con un acento atroz, y sonrió. Durante un breve instante Hem vio que se le formaban dos hoyuelos en las mejillas, y en sus ojos danzaba un brillo travieso que se desvaneció tan rápido como había aparecido. La miró con curiosidad.

—¿Y por qué te has quedado? —le preguntó él—. Todo el mundo dice que Turbansk está... que no podemos... —De nuevo entorpecido por su falta de vocabulario, se detuvo.

—No me importa morir —declaró Zelika—. Quiero matar a tantos Negros como pueda antes. —Hem volvió a mirarla, volvió a observar la extraña y totalmente concentrada determinación que había en su rostro; casi era locura. Nunca había visto a un ser humano diciendo nada con más convicción, y algo parecido al miedo encogió su corazón.

—¿Por qué? —preguntó, aunque creía conocer la respuesta. Ella le dirigió una mirada impenetrable, como si estuviese midiendo su capacidad de comprensión.

—Mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hermanas, mis tías, mis primas, mis tíos, mi abuela... —Se pasó el dedo por la garganta con brutalidad, y sus ojos brillaron de ira y dolor, aunque su voz sonaba serena y vacía de emociones—. Lo vi. Quemaron mi casa hasta los cimientos. Vengaré a la Casa de Il Aran. —Hem no dijo nada: no había nada que decir—. ¿Por qué iba a continuar viviendo? —exclamó Zelika—. No me queda nada por lo que vivir. Lucharé contra ellos, y mataré a todos los que pueda.

—Necesitarás un buen cuchillo —comentó Hem.

Hicieron el resto del camino en silencio.

En la despensa, Soron le dio a Hem una ciruela y un pequeño cuenco de dohl frío sin hacer preguntas, aunque se quedó mirando con curiosidad a la chiquilla. Se sentaron en un extremo de la larga mesa del comedor, y Hem la miró mientras comía.

—No deberías comer tan rápido —observó—. Te pondrás enferma. —Hizo como si vomitase. Zelika no dijo nada, pero redujo el ritmo; estaba devorando la comida con un hambre canina. Cuando terminó el cuenco de dohl, le dirigió una mirada interrogante a Hem. Era evidente que quería más, pero no lo pidió—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que comiste? —preguntó él.

—Creo que... dos o tres días —respondió Zelika.

—No más por el momento —dijo Hem severamente—. Un poco más dentro de un rato.

Para su sorpresa, ella no protestó.

—Intenté coger un poco de pan del mercado, pero el panadero me vio y me persiguió. Corrí y corrí, por eso choqué contigo.

—Ya no hay multitudes, robar resulta difícil —replicó Hem.

—Nunca había robado —admitió ella, con una sencillez apabullante—. No sé cómo hacerlo.

Hem miró a Zelika con más atención. La había tomado por una picara, como los huérfanos a los que había conocido durante su infancia, pero ahora se había puesto a pensar que podría proceder de una cuna más noble. Recordó cómo le había anunciado su nombre. Tal vez perteneciese a una de las familias importantes de Baladh. «Lucha bien para ser noble», pensó al recordar su refriega; en el breve tiempo que había pasado en la Escuela, Hem se había dado cuenta rápidamente de que los estudiantes que procedían de familias ricas eran mucho más delicados en una pelea que los que venían de casas pobres.

—Debería curarte el corte —afirmó con aire prepotente. Había tratado muchas heridas menores en las Casas de Curación—. Ven conmigo. —Zelika lo siguió con grata mansedumbre hasta casa de Saliman, y lo primero que hizo él fue llevarla al cuarto de baño—. Primero deberías lavarte —le indicó—. Te traeré ropa. Espera aquí. —Salió corriendo en dirección a su habitación, vació el baúl y volvió con una túnica y pantalones ajustados. Zelika estaba sentada en el banco que había en el cuarto de baño, de repente parecía perdida y agotada.

—¿Quieres lavarte? —preguntó Hem. Asintió sin hablar, pero no se movió. Hem se preguntó durante un instante si estaría esperando que la lavase, pues no se sentía a la altura de tal responsabilidad—. Te esperaré allí —le dijo con firmeza mientras señalaba hacia el pasillo, y salió del cuarto cerrando la puerta tras él.

Se produjo un breve silencio y después escuchó el chapoteo del agua corriente. Hem se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se preparó para esperar.

No había pasado mucho rato cuando Zelika salió. Llevaba las ropas que le había dado Hem; le quedaban ligeramente grandes. Se había lavado y peinado el pelo que le colgaba formando brillantes tirabuzones sobre la espalda. Hem parpadeó, tomado por sorpresa; era mucho más bonita de lo que había percibido en un principio.

La volvió a llevar a su cuarto y le curó los cortes de la cara. No eran demasiado graves, aparte de la infección. Le limpió escrupulosamente el pus y le aplicó un bálsamo mientras murmuraba conjuros curativos en el Habla. A pesar de lo mucho que le debía de haber dolido, Zelika no emitió ni un sonido.

Cuando terminó su trabajo, Hem escuchó cómo las puertas de la calle se abrían y cerraban con un portazo. Le dijo a Zelika que esperase en su cuarto y salió corriendo a ver si era Saliman: ya era casi la hora de la campanada del mediodía, y contaba con que el Bardo volviese a casa para el almuerzo. Era Saliman, y antes de que tuviese la posibilidad de abrir la boca para saludar, Hem le contó lo de Zelika sin detenerse ni para respirar.

—¿Está bien que la haya traído aquí? —preguntó ansioso—. No sabía adónde llevarla. No estaba muy herida, así que no necesitaba a los curanderos, y le he limpiado los cortes yo mismo... —Saliman tenía el ceño fruncido, y Hem se quedó en silencio de repente.

—Turbansk no es lugar para una niña —se limitó a decir—. No debería estar aquí.

—Yo soy un niño —dijo Hem, sintiéndose repentinamente enfadado—. Y estoy aquí. De todas maneras, ahora ya es demasiado tarde. Todas las caravanas han partido.

Se produjo un silencio, y Saliman suspiró.

—Comeremos en mis aposentos. Todos los demás están fuera —dijo—. Vete a buscarla.

Zelika fue a encontrarse con Saliman de mala gana, y al principio se sentó en silencio, negándose a responder a las preguntas y concentrándose en comer. Saliman la estudió de reojo mientras comía, como si estuviese dándole vueltas a lo poco que Hem le había contado de ella. Cuando terminaron la comida, Saliman dijo que tendría que marcharse a Car Amdridh aquel mismo día; aunque todas las caravanas hubiesen partido ya, un mensajero se preparaba para ir hacia allí aquella tarde, y Zelika podría ir con él.

La declaración de Saliman sacó a Zelika de su vacía pasividad. Se negó en redondo a ir. Cuando Saliman la presionó, se puso en pie, gritando maldiciones, y le lanzó su plato. Hem, sumamente incómodo, intentó calmarla, y al final ella se limitó a quedarse allí sentada con testarudez, con los labios muy apretados, y no volvió a hablar.

Saliman observó su rabieta en silencio y con los brazos cruzados. Cuando por fin se calmó, le preguntó si de verdad sabía a lo que se enfrentaba, y las escasas esperanzas que había de salir victoriosos.

Zelika lo miró con rebeldía.

—Lo sé —dijo.

—Dudo que lo entiendas por completo —respondió Saliman en tono duro—. Debería explicártelo.

A lo largo del Gran Silencio, les contó Saliman, Turbansk había sido asaltada por fuerzas procedentes de Dén Raven, pero nunca la habían tomado. Ni tampoco, tal y como se cernía amenazadoramente sobre la conciencia de todos los habitantes de la ciudad, había caído Baladh ni la antigua ciudad fortificada de Jerr-Niken. Pero ahora Baladh estaba en ruinas, y el Ejército Negro marchaba sobre territorios que nunca había invadido con anterioridad. Imank, el capitán-hechicero de Dén Raven, había saqueado Jerr-Niken siete años atrás. Había sido entonces cuando en el Suderain había surgido el temor de que el retorno de Sharma, el Sin Nombre, largamente

profetizado, fuese ahora una realidad.

Durante el Gran Silencio, Imank había sido el capitán jefe del Sin Nombre. Poderoso Gluma, Bardo que había vendido su Nombre Verdadero a cambio del secreto de la inmortalidad, Imank había huido al lejano sur tras la derrota de la Oscuridad. No se había oído hablar de él en siglos. Las gentes de Dén Raven, liberadas de la tiranía y la esclavitud, habían firmado tratados con el Suderain y Annar, y durante varios cientos de años incluso habían empleado el sistema Bárdico de un gobierno dual. Durante siglos todo parecía haber ido bien, y pocas cosas alteraban la paz.

Pero hacía trescientos años, en un repentino golpe de violencia sin precedente, los Bardos de Dén Raven, acusados de espionaje por el Rey de aquel entonces, habían sido salvajemente asesinados o desterrados. Los pocos Bardos que habían conseguido huir a las Escuelas del Suderain habían sido portadores de terribles noticias: Imank había vuelto a Dén Raven. Tras adoptar el disfraz de un sabio consejero de confianza, el Gluma se había congraciado con el Rey, envenenándole la mente y avivando su codicia y deseo de dominación; y cuando su poder sobre el Rey fue absoluto, el Gluma les había tendido una trampa a los Bardos. Por lo tanto, Dén Raven llevaba doscientos años siendo gobernada por una serie de reyes mezquinos y déspotas controlados por Imank y una cohorte de Glumas, que habían vuelto del exilio desde las zonas sin cartografiar al sur del Desierto de Agaban.

Desde la vuelta de Imank, muy pocos forasteros habían conseguido penetrar en Dén Raven, y los pocos que lo habían hecho habían traído consigo informes desalentadores. El reino al completo se había transformado en una fortaleza, y el pueblo de Dén Raven en un inmenso ejército. Desde su nacimiento hasta su muerte, todas y cada una de las acciones de cada persona estaban supervisadas por los Ojos, Glumas que controlaban las diferentes regiones y repartían trabajos y castigos. Ninguna rebelión, ni de palabra, pensamiento u obra, era demasiado pequeña para ser aplastada sin compasión: el simple hecho de murmurar una queja era motivo suficiente para merecer tortura en las mazmorras de los Glumas, y hablar abiertamente contra los gobernantes era una sentencia de muerte.

—Yo he estado allí en persona —afirmó Saliman, tanto Zelika como Hem alzaron la vista maravillados—. El simple intento de penetrar en Dén Raven es arriesgarse a la muerte y cosas peores. —Se quedó en silencio durante un instante, con el rostro ensombrecido por oscuros recuerdos—. Deseo no volver allí nunca. Es poco más que una inmensa prisión. Los Ojos de Sharma son poderosos hechiceros, y son enormemente temidos; tienen maneras de mirar, perversiones de Artes Bárdicas, que son espeluznantes tan solo de pensarlas. La mayor parte de la tierra está envenenada: hay lugares en los que nada puede crecer, y extraños bosques que tienen un brillo rojo en la noche. Hay bestias salvajes que corren por allí que no entienden el Habla, sino que crecen estúpidas y extrañas; hay algo desviado en sus mentes, y son deformes. El Sin Nombre es ingenioso con todos sus mecanismos; no dudo que también sirvan a

sus propósitos. —Mientras Saliman hablaba, Hem veía mentalmente los paisajes que describía, y se estremeció—. Unas grandes granjas, todas ellas cultivadas por esclavos, alimentan a los ejércitos —continuó Saliman—. Los Ojos controlan todos los recursos; ellos viven muy bien, pero la gente apenas puede comer, se les da tan solo lo suficiente para asegurarse de que consiguen sobrevivir. Aquellos que se ganan el favor de los Glumas, por supuesto, consiguen mucho más; algunos, los Grin, viven en un lujo obscuro y son también mezquinos tiranos. Al Sin Nombre le resultan útiles, de modo que los aguanta para prosperar. Pero allí nada crece ni se hace por placer o belleza, e incluso los pasatiempos de los Grin están impregnados de vileza y crueldad. —Saliman se detuvo y Hem tragó saliva, el nauseabundo miedo de sus pesadillas surgía en su interior. Los dos niños habían escuchado en silencio mientras hablaba, Zelika fruncía el ceño intentando no perder el hilo del annariense en el que se expresaba Saliman. Lo observaron mientras se servía un vaso de agua y bebía antes de continuar—. Siempre hemos temido que Imank tan solo estuviese preparándose para el retomo del Sin Nombre —dijo Saliman—. Durante cincuenta años hemos estado seguros de que el Sin Nombre estaba en Dén Raven, pero nadie en Annar nos creía. Una ilusión nublaba el juicio de la mayoría de los Bardos, pero temo que eso no sea lo peor. Una sutil corrupción ha conseguido abrirse paso en el corazón de muchas Escuelas annarienses, aunque yo no sabía lo que era hasta que vi a Enkir, el Primer Bardo de Annar.

»Tal vez si hubiéramos marchado sobre Dén Raven antes de que se hubiera hecho fuerte, cuando Imank tan solo hostigaba pequeños asentamientos al sur de Jerr-Niken, ahora las cosas podrían ser diferentes, pero cuando Jerr-Niken fue saqueada hace siete años ya era, me temo, demasiado tarde. Lo que está a punto de ocurrir es la culminación de un largo plan de la Oscuridad, y la Luz está más debilitada de lo que lo ha estado nunca. Temo que todo vaya a salir tal y como desea la Oscuridad; lo mejor que podemos hacer aquí es medir nuestra retirada. Esta vez el Sin Nombre quiere estar seguro: si la Oscuridad triunfa, todo Edil-Amarandh será como Dén Raven, un lugar de tiranía y miedo, y el Canto, el Saber y la Luz se desvanecerán de este mundo, más allá de nuestros cálculos. —Hem pensó en las manos huesudas y los ojos helados de los Glumas que lo habían sacado del orfanato, y se retorció incómodo. Una vivida imagen de Maerad, tal y como la recordaba en Norloch, riendo ante una de las absurdas historias de Saliman, se le cruzó por la mente. Maerad no era mucho más alta que Zelika, y tan solo era unos años mayor que el propio Hem. ¿Y se suponía que debía originar la caída de todo aquel terror y poder? Por primera vez la fe absoluta que Hem tenía en Maerad vaciló: si ni siquiera la fuerza de Turbansk era suficiente para contener al Ejército Negro, ¿qué podría hacer su hermana? En aquel momento estuvo a punto de preguntar cómo iba a salvarlos Maerad, pero se mordió la lengua. Temía que la respuesta de Saliman fuese incómoda—. Así que es eso a lo que elegís enfrentaros, los dos —sentenció Saliman, esta vez en suderain y mirando directamente a Zelika—. La mayor parte del ejército de Imank marcha ahora sobre

Turbansk. No creo, por mucho que luchemos hasta el último soldado, que la ciudad resista. ¿Veis por qué digo que este no es lugar para niños?

Zelika se inclinó hacia delante, escupiendo sus palabras:

—Lo peor que pueden hacer es matarme —le espetó—. No tengo miedo.

—Zelika, hay cosas peores que la muerte —dijo Saliman. Su voz era tranquila, pero en ella había una curiosa intensidad.

—Lo sé —respondió Zelika. Durante un brevísimo instante, sus ojos se llenaron de un dolor terrible, casi incomprensible, antes de verse abrumada por un odio abrasador. Señaló a Hem con el pulgar—. A él le dejas quedarse, ¿por qué a mí no?

Saliman miró con impaciencia a sus dos jóvenes cargas.

—No tengo tiempo para estas disputas —declaró—. Y poca y preciosa energía. Todavía no hace una hora que tuve noticias de que el Ejército Negro había alcanzado la muralla de Il Dara, y ya nos vemos duramente presionados. —De repente Hem comprendió, con un vuelco en el estómago, la brusquedad impropia de Saliman cuando había vuelto a casa—. Pero te has ganado un punto, Zelika: no cargaré a ningún mensajero contigo.

—Bien —dijo Zelika, cerrando los ojos.

—En ese caso dime: ¿qué piensas hacer aquí?

—Lucharé. Haré lo que sea —respondió ella—. Mataré a los Negros. ¿Qué es lo que hará él? —señaló burlona a Hem, que ahora se arrepentía profundamente de haberla traído a casa.

Saliman sofocó un suspiro.

—Hem es un caso especial —comenzó.

—Y yo también. De todas formas, ¿qué te hace pensar que Car Amdridh será más seguro?

Zelika se cruzó de brazos y se reclinó sobre la silla, parecía pensar que la discusión estaba cerrada. Hem le dirigió una mirada de alarma a Saliman. Para su sorpresa, este le devolvió un vistazo divertido.

—Me gusta Zelika, tan salvaje como es —dijo en el Habla—. Ha sido maltratada y sufre un gran dolor, por esa y otras razones no me gusta nada la idea de que se quede aquí; pero en su interior late un corazón valiente. Tiene razón; es probable que no esté mucho más segura en Car Amdridh si Turbansk cae. La Oscuridad se extiende con todo su poder, y su brazo es largo. No tengo voluntad para contradecir su deseo de permanecer aquí. Por lo menos ahora no. ¿A cuántos descarriados más tienes pensado traer a casa?

Zelika, que sospechaba que Saliman estaba hablando de ella, miró con desconfianza primero a uno y después al otro.

—A ninguno más —respondió Hem en su pésimo suderain con fervor.

—En ese caso —contestó Saliman, en el mismo idioma para que Zelika lo comprendiese—, mientras aguardamos nuestro destino, podrá enseñarte a hablar suderain. ¿A que sí, Zelika? Ese puede ser el precio de tus comidas. —Le sonrió y

Zelika, sin estar segura en un principio de si se estaba riendo de ella, lo miró sin comprender.

—¿Así que no harás que me vaya? —preguntó.

—Parece ser que no puedo. Así que también podrías ser de utilidad. —Le tendió la mano.

Ella se puso en pie y se la estrechó con gran solemnidad, como si estuviesen cerrando un trato.

—Le enseñaré bien —afirmó, en un tono que a Hem le pareció de siniestra determinación.

Hem maldijo para sus adentros, y sintió todavía más haberse apiadado de Zelika. Debería, pensó, haber dejado a la muchacha en la calle en la que la había encontrado.

Al día siguiente Saliman se llevó a Hem y a Zelika con él a su inspección diaria de la ciudad, diciéndoles que debían ver por sí mismos los preparativos para la defensa de Turbansk. Hem estaba al mismo tiempo complacido, por ir, y celoso de que Zelika también estuviese invitada, ya que aquello reducía su disfrute de la compañía de Saliman. Tal vez Zelika lo percibiese, ya que permaneció prácticamente en silencio, aunque los ojos le brillaron con un placer salvaje cuando examinó las fortificaciones. La inspección les llevó la mayor parte de la mañana, pese a que fueron de posta a posta de prisa a caballo, ya que Saliman quería informar a Har-Ytan y al Primer Bardo a mediodía.

Turbansk estaba protegida por dos altos muros, el interior de más de un metro de altura que el exterior. Estaban a unos seis metros y medio de distancia entre ellos, conectados entre sí por puentes de madera que podían retirarse si era necesario. Los muros estaban coronados por almenas colocadas en zigzag, y tras ellos discurrían caminos que conectaban la multitud de torres construidas a lo largo de los muros. Estos estaban dotados de una escasa guardia, pero en cuanto saltase la alarma las torres se llenarían hasta rebosar de arqueros y artillería. Las inmensas Puertas del Oeste y del Norte, las zonas más débiles de la muralla, eran las que estaban más fortificadas, con altas torres a cada lado y por encima. Delante del muro exterior había un profundo foso, que ahora estaba lleno de estacas, endurecidas al fuego, que alzaban una empalizada de la altura de un hombre, que a su vez llegaba hasta la barreta de piedra blanca del primer muro.

Cuando Hem había entrado en Turbansk por primera vez, el espacio entre los muros estaba lleno de prados y jardines cubiertos de flores. Ahora, habían sido arrancados sin piedad y en su lugar se habían plantado estacas en toda la zona. Todas las torres estaban reforzadas y revestidas de hierro para protegerlas, les dijo Saliman, de los misiles de fuego. Hem parpadeó ante la transformación; era como si hubieran desmontado la ciudad hasta los huesos.

En el Puerto de Turbansk también se habían reforzado las fortificaciones, los

muros que rodeaban el puerto se habían construido más altos y también estaban revestidos de hierro. La entrada del puerto estaba protegida por una inmensa cadena con clavos, cuyos eslabones eran del tamaño de un hombre, que se podían elevar o bajar con un mecanismo que había en el interior de las torres del puerto. El lateral del puerto era el único lugar en el que la extraña suspensión de la actividad no existía: aunque en los largos muelles flotaban hileras de barcos, los carpinteros continuaban construyendo más, y el puerto estaba rebosante de industria.

—¿Es que no tenemos suficientes naves? —preguntó Hem, que observaba la actividad maravillado: a él le parecía que ya había suficientes barcos como para transportar a toda la población de Turbansk. Saliman se detuvo y se dio la vuelta; estaba a punto de salir a hablar con el capitán del puerto.

—Tenemos una gran flota, sí —dijo—. Pero creo que necesitaremos más barcos, y continuaremos construyendo mientras tengamos madera y tiempo. Igual que en las armerías, Hem. Si vas allí, verás que los herreros continúan trabajando todo el día. Si Turbansk cae, la única vía de escape para la mayoría será el puerto: tenemos que proteger a los que huirán y mantendrán el paso abierto. Así que ya veis, el trabajo no se terminará, incluso después de que seamos sitiados. Pero todo lo importante está ya hecho.

Ciertamente era una poderosa flota: había docenas de pequeños artilleros, para ser enviados bajo velas llenas de vientos encantados contra las naves invasoras, y filas de trirremes de batalla con tres pisos de remeros, grandes velas triangulares y arietes de aspecto amenazador al frente para tocar y hundir barcos enemigos. Se estaban construyendo otros navíos, más grandes; Saliman les contó que aquellos eran para transportar gente y bienes en caso de que la ciudad cayese. Pero Hem se sentía animado: le parecía imposible que se pudiese tomar Turbansk, con tal fuerza a su mando.

Por último, Saliman los llevó al puesto de vigía que había en lo alto de la Torre Roja, desde donde se podía ver más allá de los muros de la Franja de Turbansk. Aquello ensombreció considerablemente a Hem. La última vez que había visto la Franja era un campo de cultivo de una dulce y lujosa belleza, lleno de campos de dátiles, olivares, cultivos verdes y jardines. Ahora veían lo que parecían ser tierras baldías: habían cortado la mayoría de los árboles, y recogido o quemado las cosechas. Los pueblos y aldeas vacíos teñían un aspecto totalmente desolado. Nadie se movía por aquel paisaje inhóspito, aparte de un mensajero solitario que cabalgaba por la Carretera Bárdica al este de la muralla de Il Dara.

Saliman percibió su expresión, y sonrió con una sombría compasión.

—¿Estás sorprendido, Hem? —preguntó. El muchacho asintió, incapaz de responder por el momento—. De todos los dolorosos costes que tiene una guerra, no es el menor aquello que nos vemos forzados a hacernos a nosotros mismos para sobrevivir —sentenció Saliman. Observó pensativo a Zelika, que no parecía tan sorprendida como Hem en absoluto—. Te aseguro que Zimek ya debe tener un

aspecto más lúgubre que este, y recuerda que Baladh está ahora cubierto de escombros. Sacrificamos mucho, con la esperanza de que al hacerlo ganemos tiempo suficiente para la victoria.

—¿Quieres decir para darle tiempo a Maerad para encontrar el Canto del Árbol, y cumplir la profecía? —preguntó Hem mirando a Saliman con un nudo en la garganta.

Zelika levantó la vista, desconcertada.

—Sí, entre otras cosas. Nuestras esperanzas recaen sobre algo tan remoto que ni tan siquiera sabemos todavía lo que es. Es un auténtico disparate, ¿verdad? El Sin Nombre sin duda lo creería... Pero aun así continúa siendo esperanza, una esperanza a la que me aferro. Pues te digo, Hem: si no fuese por Maerad y Cadvan, ahora no tendríamos ninguna esperanza en absoluto.

Aquella tarde, cuando volvieron a la Casa Bárdica y Saliman se hubo marchado al Eman, Zelika le preguntó a Hem quiénes eran Maerad y Cadvan.

—¿Qué quería decir Saliman cuando estábamos en la Torre? —preguntó con una timidez poco habitual en ella. Hablaba annariense, una dispensa especial hacia Hem, ya que a menudo se negaba a hacerlo, y Hem se dio cuenta de que aquello significaba que de verdad quería saberlo. Él se quedó un rato sin responder, preguntándose si deseaba compartir a su hermana con aquella niña desconocida, pasional e irritante—. Bueno, pues no me lo digas, si no confías en mí —dijo por fin Zelika encogiéndose de hombros—. No me importa.

Hem sintió un pinchazo de arrepentimiento; veía que bajo su bravuconería se sentía herida.

—No es eso —se disculpó—. Maerad es mi hermana y Cadvan es un amigo suyo, su mentor, supongo. Es un gran Bardo, famoso en todo Annar, él y Saliman son viejos amigos. No estoy seguro de si se supone que puedo contarle a alguien lo que están haciendo...

—¿Tu hermana? —La mirada de Zelika se suavizó, y observó a Hem con renovado interés—. No sabía que tuvieses una hermana.

—No lo supe durante mucho tiempo —aclaró Hem. De repente se dio cuenta de que Zelika sabía aún menos de él de lo que él sabía de ella—. Mira, yo... —se detuvo, perplejo. No sabía cómo explicarle a Zelika la historia de su vida, del asesinato de su familia en el saqueo de Pellinor, de los largos y espantosos años pasados en el orfanato, del tiempo pasado con los Glumas y cómo Maerad y Cadvan lo habían rescatado. Ella lo miraba interrogante, y Hem, sintiendo una extraña reticencia, comenzó su relato. Le había contado su historia a muy pocas personas, y a nadie en Turbansk, ya que allí nadie le había preguntado. Le despertaba dolorosos sentimientos que preferiría dejar dormidos en su interior; pero Zelika escuchaba atentamente, sin interrumpirlo.

—O sea, que has perdido a tu familia, igual que yo —observó Zelika cuando su

relato terminó—. Tal vez sea por eso por lo que...

—¿Por lo qué?

—Por lo que, cuando saltaste sobre mí en la calle, al darme cuenta de que no ibas a hacerme daño, pensé... —Hem esperó con paciencia; Zelika tenía la vista fija en sus manos mientras se retorció los dedos entrelazándolos—. ¡Es difícil de decir, si no se tienen las palabras! —exclamó alzando la vista—. Quería decir que lo primero que pensé fue que teníamos algo en común, y me pareció muy extraño pensar eso mientras tú estabas sentado sobre mi pecho como un saco de patatas. —Sonrió dudosa, mirando a Hem con timidez. Inesperadamente conmovido, él le devolvió la sonrisa.

—Y qué querías decir con... el Canto del Árbol, ¿no se llamaba así?

—Esa es la parte acerca de la que no estoy seguro de si debería hablar —explicó Hem—. Maerad y Cadvan han ido al norte en busca del Canto del Árbol. Nadie sabe lo que es. Pero resulta que Maerad es la Elegida, y las profecías dicen que ella derrotará al Sin Nombre en su próximo y más terrible alzamiento. Que está ocurriendo ahora.

Zelika abrió mucho los ojos, incrédula, y después se echó a reír.

—¡Tu hermana! ¡Derrotar al Sin Nombre!

Herido, Hem frunció el ceño y miró al suelo. Ahora sentía habérselo contado.

—Eso es lo que dice Saliman —replicó—. Y dice que son nuestra única esperanza. A eso se refería cuando estábamos en la Torre.

Zelika se le quedó mirando fijamente, con el rostro serio de nuevo.

—Lo siento —se disculpó—. Pero me parece muy extraño que una muchacha sea capaz de hacer lo que Turbansk y Baladh no pueden. Me parece que no me lo creo.

—No tienes por qué creértelo. —Hem se encogió de hombros—. De todas maneras, es la verdad. ¿Por qué iba a creérselo Saliman, si no?

—Tal vez tenga que hacerlo —replicó Zelika—. Tal vez si no lo creyese se desesperaría.

A Hem lo asaltó la ira ante la duda de Zelika y la miró con los puños apretados.

—Saliman no es ningún tonto —sentenció Hem mostrando su ira ante la duda de Zelika y mirándola con los puños apretados—. Deberías mostrar algo de respeto.

—Respeto a Saliman —respondió ella con el rostro ensombrecido—. No se trata de eso. Pero Hem, ya sabes que yo no tengo ninguna esperanza. —Levantó la vista y lo miró directamente, y por una vez sus ojos no estaban velados. Con su percepción Bárdica innata, él vio por primera vez la verdadera amplitud de su devastación interior e inspiró profundamente; casi resultaba demasiado difícil para soportarlo—. Yo no tengo ninguna esperanza. La esperanza no es la razón por la que estoy aquí.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Hem.

—Venganza —respondió ella con rotundidad—. Venganza y muerte. No hay nada más.

Tras aquella conversación, Hem sentía una nueva proximidad hacia Zelika, pese a que aquello no significaba que le resultase menos molesta. Como profesora, había cumplido con todas sus expectativas; era con diferencia la menos misericordiosa de todas las que había soportado. Saliman le había dado instrucciones, con una severidad poco habitual en él, de que tenía que trabajar duro en su suderain, y tan solo el respeto que sentía hacia Saliman hacía que no se rebelase, pese a que le resultaba duro no hacerlo.

Zelika se tomó su pacto con Saliman muy en serio. Tenían clase cada mañana, y el resto del tiempo no le dejaba hablar nada que no fuese suderain. Era muy pedante; lo obligaba a repetir palabras una y otra vez hasta que las decía con absoluta corrección, lo cual podía durar indefinidamente, y lo instruía en las interminables declinaciones de nombres y conjugaciones de verbos hasta que le parecía que le iba a estallar la cabeza.

Entonces le hacía sentarse con gran solemnidad y tener una «conversación» con ella. Aquella parte de la lección le resultaba más irritante que casi cualquier otra cosa, porque le parecía ridículo y falso, y nunca se le ocurría nada que decir. Comenzó a divertirse hablando de las tonterías más supinas que se le ocurrían, y después metiéndose con Zelika de una manera creativa.

Cuando decidía ejercerlo, Zelika tenía un autocontrol admirable; la mayor parte del tiempo se limitaba a corregirle la gramática y la pronunciación. Pero una vez le había dado una bofetada y había estallado en un torrente de lágrimas, cuando él la había llamado «gato esquelético». Hem no daba crédito a aquello: no era de ninguna manera lo peor que le había dicho. Pasó mucho tiempo hasta que descubrió que aquel era el insulto que empleaban sus hermanos cuando querían meterse con ella.

A Irc las lecciones le aburrían, y aportaba alguna diversión revoloteando hasta la cabeza de Zelika e intentando tirarle del pelo, o arrastrándose en silencio bajo su silla y picoteándole los pies en los momentos menos apropiados. Un día cayó en desgracia por haber hecho sus necesidades en una de las sandalias de Zelika, que ella se puso a continuación, y lo expulsó. Hem lo sintió mucho, sobre todo después del incidente de la sandalia, que le había divertido inmensamente; pero aprendía bastante más rápido si Irc no andaba por allí.

De hecho, aunque no lo admitía ante Zelika, Hem agradecía tener aquella distracción; las lecciones aliviaban su aburrimiento y disipaban el miedo que llenaba sus pensamientos. Nunca se arrepentía de no haberse marchado con los demás estudiantes, pero aquello no evitaba que sintiese una profunda inquietud. A veces, pese a todo lo que temía su llegada, Hem deseaba que el Ejército Negro se diese prisa, aunque solo fuese para romper el creciente suspense que llenaba Turbansk de unas extrañas y espantosas expectativas. Parecía que toda la ciudad temblase, conteniendo el aliento, al borde del desastre.



LA MURALLA
DE IL DARA

V

Hem estaba soñando. Se encontraba en lo alto de la Torre Roja y tenía a Maerad a su lado. Los dos miraban en dirección a la Franja de Turbansk, pero en el sueño la vista les alcanzaba hasta mucho más lejos: veían más allá de las montañas del Osidh Am hasta Norloch, y todo Annar. Unas figuras diminutas marchaban en filas por las Carreteras Bárdicas, y sobre todo el paisaje se alzaban columnas de humo. Supo, con el corazón encogido, que todo Annar estaba en guerra. Miró al este, preso del pánico, hacia Dén Raven, y por todas partes había devastación; arboledas, campos, pueblos y ciudades quemados y arruinados. Después pareció que las nubes de la distancia se disipaban, como la niebla en el sol de la mañana, y vio con gran claridad la ciudadela de Dagra en miniatura, que se alzaba a la orilla de un lago de aguas negras y tranquilas. Atrapado por la visión, Hem se estremeció: no quería seguir mirando, pero no podía parar.

La ciudad de Dagra estaba organizada en un semicírculo, parodia de las Escuelas annarienses, con carreteras rectas conectadas entre sí por avenidas circulares que radiaban de una torre central. Se extendía desde los pies de unas montañas elevadas y pedregosas del color de la sangre seca. Las calles principales estaban bordeadas por torres de piedra altas y de fachada blanca, y tras ellas, en una maraña de callejuelas y callejones, había un caos de viviendas y talleres, lúgubres edificios con unas grietas en la fachada que hacían de ventanitas, el tejado plano y normalmente muchos pisos, que se abombaban de una manera extraña en los lugares donde se habían añadido nuevas habitaciones a la estructura original.

Allí no crecía nada verde que suavizase la roca y el polvo, y el agua no fluía, a excepción de un río escaso y oscuro que desembocaba en el lago negro. Las calles estaban rebosantes de figuras. Contra su voluntad, los ojos de Hem viajaron por las que radiaban del centro hasta su eje: sabía que allí estaba la Torre de Hierro, la fortaleza del Sin Nombre. Su sombra lúgubre y almenada se cernía sobre la triste ciudad que tenía a sus pies, e incluso aquella sombra lo llenaba de un odio tan fuerte que le dio asco. Pero algún tipo de deseo lo forzaba a contemplar, y acabó alzando la vista y mirando.

La Torre de Hierro tenía sus cimientos en las raíces del Osidh Dagra, las montañas Dagra, y se cernía sobre las llanuras que la rodeaban. Parecía más alta que

cualquier otra torre que Hem hubiera visto antes, incluso más alta que Norloch, y estaba envuelta en espirales de vapores nocivos, que manchaban los rayos solares de manera que caían lívidos sobre la ciudad a sus pies. Apuntalada por inmensas alas de hierro, se alzaba sobre una amplia base de duro basalto con manchas rojas causadas por los óxidos de hierro, y dentro de cada almena se erguía otra, muro dentro de muro, hasta llegar a una única y elevada torre de vigilancia. Mientras Norloch estaba coronada por Machelinor, la Torre de la Llama Viva, cuyo pináculo de cristal se veía desde bien lejos en el mar, la Torre de Hierro estaba coronada por una inmensa hoja, que arrojaba destellos de un encendido color blanco verdoso cuando atrapaba la luz enferma.

A Hem se le ocurrió que la Torre de Hierro y Norloch eran de alguna manera lo mismo, y aquel pensamiento le corroía el corazón con doloroso terror.

La voz de Maerad hizo añicos la visión, y de repente volvía a estar a solas con ella. Ya no estaban en la Torre Roja, sino en un jardín que no reconoció. *Así es*, dijo ella en el Habla. *Tanto la Oscuridad como la Luz son reflejos del corazón humano.*

Lo miró con tristeza, y Hem, lleno de un inmenso amor para el que no tenía palabras, se inclinó hacia delante para abrazarla, no solo para obtener consuelo, sino para aliviar la tristeza que vio en el rostro de su hermana. Mientras se inclinaba hacia ella, vio unas figuras encapuchadas tras su hombro, y emitió un grito: tres Glumas se acercaban, apretando las manos blancas y huesudas en busca de Maerad, con una luz roja brillando en sus ojos. Sus manos se cerraron agarrando aire en el lugar en el que deberían haber alcanzado a Maerad: ella se había desvanecido, y con ella los tres Glumas y el jardín, y Hem se encontró solo en un lugar oscuro, llorando sobre el suelo de piedra.

Se despenó de golpe, con las lágrimas todavía húmedas sobre las mejillas, y se quedó mirando hacia delante sin ver, incorporado en la cama. La luz de las estrellas que entraba por la ventana brillaba tenue en su cuarto. El sueño todavía estaba vivo en su interior, llenándolo de una extraña desesperación que casi parecía un dolor; aquella no había sido como una de sus habituales pesadillas de terror y asfixia, hasta aquel momento nunca había soñado con su hermana. Aunque el pavor que le había inspirado todavía persistía, se desvaneció al pensar en Maerad. Ahora la veía con claridad en su imaginación —veía su mirada azul y directa, su cabello negro cayendo en mechones sueltos sobre su rostro blanco, cómo su expresión se había dulcificado al mirarle— y por primera vez Hem sintió todo el dolor de la ausencia de su hermana. Echarla de menos suponía una angustia que no acababa de admitir cuando estaba despierto; pero ahora, en las profundidades de la noche, se desató abierta en su corazón, una herida en carne viva, incurable.

Irc, que estaba sobre su percha habitual en la silla de Hem, se despertó ante el sonido de los sollozos de Hem. Graznó adormilado y después voló hasta la cama. Se colocó sobre la almohada al lado de la mejilla de Hem, con el reflejo de la débil luz de las estrellas sobre sus plumas blancas, e inclinó la cabeza para mirarlo con un ojo.

Hem sacó la mano y le rascó el cuello. El pájaro se acercó con delicadeza y se acurrucó al lado del cuerpo tembloroso del niño, enroscándose sobre su pecho como un gato. Hem continuó acariciando las plumas blancas del pájaro, sintiéndolas tiasas y frías bajo sus dedos, y el peso cálido y vivo de Irc, tan ligero pero intensamente presente, lo fue reconfortando poco a poco. Por fin Hem volvió a dormirse, e Irc se quedó con él en la cama, con la cabeza escondida bajo el ala.

Una mañana, un par de semanas después de la llegada de Zelika, Saliman anunció que se tendría que ir.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Hem consternado. Había pensado que Saliman se quedaría en Turbansk hasta el ataque.

—Tanto como sea necesario —respondió Saliman—. Se me ha llamado a la muralla de Il Dara, donde muchas cosas terribles están ocurriendo mientras hablamos.

—¿Tendrás que luchar? —quiso saber Hem, preso de un súbito miedo. ¿Y si Saliman no volvía?

—No voy a luchar, pese a que una feroz batalla está teniendo lugar allí —afirmó Saliman—. No temáis por mí. Al mismo tiempo, merece la pena plantearse qué hacer si no vuelvo. Si en tres días no estoy de vuelta, Zelika y tú debéis embarcaros en el puerto mientras todavía podáis. He hablado con el capitán del puerto, Nerab: os reconocerá, y habrá barcos partiendo.

Hem se quedó mirando cargado de tristeza a Saliman, cuyas palabras no lo habían tranquilizado.

—¿Puedo ir contigo?

—No, Hem —dijo Saliman—. Oslar ha vuelto a pedir tu ayuda en las Casas de Curación. Anoche llegaron muchos heridos de la batalla de Il Dara, y está sometido a mucha presión. De momento se te necesita aquí.

—¿Por qué quisiste que me quedase aquí, si ahora no voy a ir contigo? —exclamó Hem apasionadamente—. No quiero quedarme atrás...

—Yo no me marcharé de Turbansk —declaró Zelika, con las cejas unidas en un testarudo frunce.

—Hem, Zelika, estas son mis órdenes y mis deseos, y solo será así en caso de que no vuelva. No discutiré. —Suspiró Saliman. Hem le devolvió la mirada severa y oscura cargada de una ira desesperada, con el corazón ardiente—. Te quedaste aquí, Hem, porque mi Saber me decía que tú tienes un papel en esta historia, aunque no me dé cuenta de cuál es. No es propio de un Bardo ir en contra de su Saber, por mucho que parezca un terrible error: esa es una lección que he aprendido en mi larga y en ocasiones peligrosa vida; pero si yo no estoy aquí, no habrá nadie para guiarte. El destino tiene muchas bifurcaciones, y algunas son más oscuras de lo que eres capaz de comprender de momento. Debo decirte claramente, tan claro como pueda, que si no volviese de Il Dara, tengo el presentimiento de que tu permanencia en Turbansk

supondrá un gran daño para la Luz, y para Maerad: por lo tanto te ordeno que te marches.

—¿Cómo podría hacerle daño a Maerad? —preguntó Hem, perplejo y herido. Él creía que Saliman le había permitido quedarse porque lo amaba, pero ahora parecía estar hablando de una decisión tomada con más frialdad.

—No se me ha concedido el privilegio de saberlo. —El rostro de Saliman se suavizó, y se inclinó hacia delante, cogiendo a Hem de la barbilla y levantándosela de modo que lo forzó a mirarle a los ojos—. *Hem —dijo dulcemente en el Habla—, puedes estar seguro de que te amo, más de lo que me parece que tú crees. Me cuesta mucho permitir que te quedes aquí, mientras todas las fuerzas del Ejército Negro marchan sobre esta ciudad. Deseo tu muerte tan poco como la mía propia.*

Aquello tomó a Hem por sorpresa. Todavía se sentía frágil tras el sueño de la noche anterior, y tuvo que contenerse para no romper a llorar. Saliman nunca le había dicho nada tan abiertamente, y en la misma proporción que Hem añoraba el amor de Saliman, este también le hacía daño. Y le hacía temer más que Saliman no volviese: tal vez aquello fuese una especie de despedida.

Zelika escuchaba con impaciencia; no entendía lo que Saliman acababa de decir.

—Para mí eso no cuenta —sentenció—. No me marcharé. Tendrás que atarme y meterme dentro de un barril para conseguir que vaya en ese barco.

—No importa —replicó Saliman calmado, en un tono que no admitía discusión—. Si no vuelvo de Il Dara, te marcharás de Turbansk.

Zelika cerró los labios formando una fina línea y no dijo nada más. Hem la miró por el rabillo del ojo, preguntándose qué haría. Dudaba que nadie pudiese obligar a Zelika a hacer nada que ella no quisiese.

Hem y Zelika se saltaron su clase matutina. Saliman partió hacia Il Dara poco después del desayuno, y se despidió de los niños en el jardín. Hem lo esperó echando un vistazo a su alrededor con una nueva, mirada, aquel jardín al que había llegado a amar le parecía de una delicadeza casi insoportable, como si pudiese desaparecer en cualquier momento, y aquella visión hizo que los colores se volviesen más nítidos, los contornos más marcados, su belleza más afilada. Aunque el día ya comenzaba a calentar, el jardín todavía estaba fresco, y así se mantendría hasta el atardecer; estaba bien sombreado, con muchos árboles de anchas y brillantes hojas y viñas en flor. En los árboles charlaban los pájaros y algunos langures dorados. En el centro, rodeado por un adoquinado de mármol, había un estanque en el que nadaban muchos peces de colores que movían las aletas lentamente bajo los nenúfares. Había unos cuantos bancos repartidos por el jardín, que normalmente estaban llenos de jóvenes estudiantes que hablaban o estudiaban, pero ahora, a excepción de ellos dos, el jardín estaba vacío y su belleza tenía un toque melancólico. Hem no tenía ganas de hablar, y esperaba al lado del estanque, mirando con tristeza el agua clara.

No pasó mucho tiempo hasta que Saliman entró en el jardín, vestido con todas las armas de la Guardia montada del Sol de Turbansk. Llevaba una coraza hecha de escamas de cerámica endurecida esmaltada en azul, y los brazos protegidos por brazales de cuero teñidos de azul. Llevaba el pecho, y también el yelmo dorado que portaba bajo el brazo, adornado con el sol dorado símbolo de Turbansk, y tenía el rostro despejado del cabello trenzado gracias a unas cintas de cuero. De la cadera le colgaba una daga y de la espalda un arco, y llevaba un escudo redondo, revestido de albarac para ahuyentar la brujería, que tenía grabada una serpiente dorada rampante, el símbolo de su familia. Encima de todo aquello llevaba una capa de lino de color carmesí.

La armadura hacía que Saliman pareciese un desconocido. Hem se puso en pie, secándose las manos repentinamente sudorosas en la túnica y sintiéndose tímido. Saliman tomó la mano de Hem sin decir ni una palabra, y este bajó la vista hacia la oscuridad, mientras unos delicados dedos se entrelazaban con los suyos y sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Preveo estar de vuelta pasado mañana —declaró Saliman—. Si al final del tercer día no he vuelto, júrame que harás lo que te he pedido y te marcharás de Turbansk.

—Pero volverás —dijo Hem con vehemencia.

—Eso es lo que pretendo —afirmó Saliman, y sonrió. Era la sonrisa que Hem más amaba, la sonrisa que anunciaba una broma o una historia divertida. Durante un instante pareció que Saliman no tuviese ninguna preocupación en el mundo—. Así que no temáis demasiado por mí; ¡soy más duro de lo que parezco! Digo estas cosas por si ocurriese una desgracia, ya que una desgracia es algo que siempre puede pasar en la guerra, no porque crea que ocurrirá. Recuérdalo. —Hem asintió, luchando para no llorar—. Así que júrame que harás lo que te pido, si por casualidad las cosas se ponen mal.

—Lo juro —dijo Hem.

Saliman apretó la mano de Hem y después agarró los hombros del muchacho y lo besó en la frente.

—Ve en paz, Hem. Tengo una gran fe en ti. Te veré pronto. —Miró a Irc, que observaba desde una rama cercana—. Ve en paz tú también, joven cuervo. En las cocinas se quejan de que les faltan cucharas; cuando vuelva creo que inspeccionaré tu tesoro.

Irc graznó con una mezcla de diversión y alarma. *Todo es mío*, declaró.

No lo dudo, respondió Saliman con ironía.

Zelika se había puesto a caminar mientras hablaban, y ahora estaba relativamente cerca, demasiado tímida para acercarse más. De repente parecía mucho más joven. Saliman también la cogió por los hombros y la miró con un destello divertido en la mirada.

—Zelika, he hecho jurar a Hem que saldrá de Turbansk si no vuelvo. ¿Lo harás tú

también?

—No —respondió—. Yo no rompo promesas.

—No lo pensaba —dijo Saliman echándose a reír y revolviéndole el cabello—. De todas maneras lo pregunto para que valores lo que te pido. Creo que eres demasiado preciosa para malgastarte en la guerra. —La besó en la frente, y ella pegó un respingo por la sorpresa—. ¡Que la Luz brille sobre los dos! —exclamó Saliman, y se volvió para marcharse.

—Y sobre ti —respondió Hem con fervor. Zelika recordó la respuesta adecuada un poco tarde; se quedó en pie con torpeza, mientras una mirada sobresaltada brillaba en sus ojos.

Los niños se quedaron mirando a Saliman mientras este volvía a entrar en la Casa Bárdica y desaparecía. El jardín parecía aún más vacío que antes.

—Volverá —dijo Zelika con confianza—. Es un gran guerrero. Puedo verlo.

—También es un gran Bardo —sentenció Hem. Tenía la voz ronca. Se volvió para ocultar su emoción, y Zelika fue lo bastante sabia para no decir nada más.

Poco después, Hem y Zelika se presentaron ante Oslar en las Casas de Curación. Zelika había insistido en ir, pese a que Hem la había mirado dubitativo, preguntando con un poco de arrogancia qué pensaba que podría hacer para ayudar; pero Oslar los había mirado por encima de su nariz aguileña y había enviado a Zelika de inmediato a trabajar machacando cortezas y raíces medicinales con un mortero de piedra.

Hem retomó sus antiguas labores de cuidar de los heridos, y esta vez se le dio más responsabilidad. Estaba espantado ante su número; no había suficientes camas para todos ellos, y se habían colocado improvisados jergones en el suelo para tumbar a los que tenían heridas menos graves. No había niños, pero a Hem el sufrimiento de los adultos le pareció casi peor: después de todo, lo que se espera de los niños es que lloren. Pese a los pocos días que había durado la intensiva instrucción de Zelika, había hecho que su suderain mejorase hasta el punto que las conversaciones informales ya no le resultaban tan difíciles, y descubrió que aquello hacía que su trabajo en las Casas fuese mucho más fácil.

A Irc se le volvió a pedir que hiciese de mensajero, y se convirtió en una imagen familiar, aleteando por los cuartos cubiertos por soportales, de un Bardo a otro. Tenía una figura muy diferente del cómicamente escuálido polluelo al que Hem había rescatado de los cuervos un mes antes. Entonces Irc estaba en el incómodo límite de la madurez, sus plumas adultas despuntaban entre los restos de su plumón de bebé. Ahora todas las señales de pelusa se habían desvanecido; tenía las plumas lustrosas y estaba desarrollando el cuerpo pesado de un pájaro maduro. Continuaba siendo, con el plumaje adulto, de un blanco puro desde el pico hasta la punta de la cola, pero a diferencia de un albino normal, no tenía los ojos rosas: en vez de aquello sus iris tenían unas profundas motas dotadas, y su pico era negro. Poseía la inteligencia

innata de su especie, y también la afición de una urraca por las cosas brillantes o relucientes; Hem no había sido capaz de curarlo del hábito de robar cucharillas de plata de los comedores, y ya había amasado una colección bastante impresionante. Pero gracias a la constante compañía de Hem, Irc tenía un vocabulario mucho más amplio que la mayoría de los pájaros, y los Bardos de las Casas de Curación veían que podían confiarle mensajes cada vez más complejos.

Los pacientes de las Casas de Curación acuñaron un nombre para aquel extraño muchacho, a causa de su piel clara y del cuervo que tan a menudo llevaba sentado en el hombro. Lo llamaban *Lios Hlaf*, el Cuervo Blanco. Hem había sonreído al oír aquello, recordando cómo el mismo nombre había sido empleado una vez como insulto; ahora, dicho por los hombres y mujeres heridos a los que cuidaba, le parecía una marca de honor.

Saliman no volvió cuando había prometido, el segundo día después de su partida. Hem y Zelika no hablaron de ello, pero los dos sabían que el otro estaba esperándolo. Cuando volvieron a casa, lo primero que hicieron fue mirar si había regresado: pero los aposentos de Saliman continuaban vacíos. Los pocos Bardos que todavía vivían en la Casa Bárdica estaban la mayoría del tiempo fuera, y en la segunda noche los niños se prepararon la cena y comieron solos. Prefirieron cenar en las habitaciones de Saliman que en el comedor, porque así se sentían menos solos. La conversación fallaba, porque ninguno de los dos hablaba del tema que más les preocupaba: si debían marcharse en los barcos que iban a llevarse a los heridos de Turbansk la noche siguiente.

Hem había jurado, por supuesto, que obedecería a Saliman, pero su promesa cada vez le resultaba más difícil de cumplir. Si Saliman no volvía al día siguiente y Hem se marchaba, nunca sabría qué le había ocurrido al Bardo, si estaba muerto, o lo habían capturado, o simplemente se había retrasado. Hem creía que no sería capaz de soportar no saberlo, y en privado le daba vueltas en su mente a la idea de quedarse, aunque fuese por un breve período de tiempo. Lo más probable era que un día más no contase como romper su promesa. Zelika guardaba silencio.

Después de la cena los dos estaban tan exhaustos que se fueron directamente a la cama, aunque Hem permaneció despierto durante un largo tiempo. El cuerpo le zumbaba de cansancio, las atrocidades que había visto durante el día le pasaban una y otra vez por la cabeza. ¿Y si Saliman se había quemado con el fuego líquido de los soldados-perro? O tal vez una de las flechas negras lo hubiese dejado ciego, o lo que era aún peor: muchas de ellas llevaban un veneno terrible que producía heridas que no se curaban. Hem se sumió inquieto en sueños terribles, que después no recordaba pero que dejaron en él una oscura sombra cuando despertó.

Al día siguiente Hem estaba tan deprimido que apenas fue capaz de salir de la cama. Supo al instante que Saliman no había vuelto; durante toda la noche una parte

de su mente había permanecido a la escucha por si la puerta se abría, por si se oían los familiares pasos entrando en la casa. Zelika y él rompieron el ayuno evitándose la mirada; sabían que si Saliman no había vuelto al mediodía tendrían que decidir qué iban a hacer. Caminaron hasta las Casas de Curación sin hablar y trabajaron toda la mañana con una intensidad frenética; durante la noche habían llegado más heridos procedentes de Il Dara, y los curanderos se estaban preparando para evacuar a los más malheridos al puerto en cuanto fuese posible. Hem se pasó la mañana corriendo de aquí para allá y ayudando a los heridos menos graves, hasta que Oslar vio su rostro consumido y lo envió de vuelta a la Casa Bárdica con severidad, insistiendo en que comiese algo decente. Hem se encontró con Zelika en la herboristería, y caminaron despacio de vuelta.

En cuanto abrieron la puerta supieron que Saliman había vuelto: su capa estaba tirada sobre el banco de la entrada, y debajo estaban sus sandalias. Hem se quedó mirando aquellos objetos, sin apenas atreverse a creer que estaban allí, pero reconocería los zapatos de Saliman en cualquier parte. Sintió que comenzaba a temblar y rompía a sudar; hasta aquel momento no había sido consciente de lo mucho que temía que Saliman hubiese muerto. Se le alivió todo el peso que sentía en el pecho: de repente a su corazón le salieron alas y echó a volar de felicidad. Olvidando todo lo demás, comenzó a correr por toda la casa, llamando a Saliman a gritos; pero Saliman no estaba.

—Seguramente haya ido al Ernan o algo así —conjeturó Zelika cuando Hem volvió con cara de circunstancias—. Tengo hambre, vamos a comer algo. Le veremos esta noche, espero.

Oslar le había ordenado a Hem que descansase toda la tarde, así que Zelika volvió sola a la herboristería. Pero él enseguida estuvo de vuelta en las Casas de Curación, ya que no era capaz de soportar el suspense de esperar en la Casa Bárdica vacía. Podía sentir que algo había ocurrido: la atmósfera estaba cargada, y la sensación de espera suspendida había dado paso a una actividad frenética. Casi todas las personas a las que vio por la calle llevaban armadura, y había grupitos de personas hablando en voz baja en los callejones, que miraban a los lados cuando Hem pasaba junto a ellos. El día era cálido y ventoso; el polvo le golpeaba en el rostro, secándole la boca, y el viento emitía un suave gemido mientras barría las calles. ¿O no era el viento? Aguzó el oído; en la distancia se oía un sonido que hizo que el corazón le saltase dentro del pecho. No sonaba como el viento, sino como alguna otra cosa, aunque en realidad se escuchaba demasiado débil para estar seguro de lo que era.

Se pasó la tarde ayudando a colocar a gente en las camillas en las que se les llevaría al puerto. Allí, en las Casas de Curación, los Bardos se mostraban tranquilos y pacientes como siempre lo habían sido, sin importar la urgencia que tuviesen que tratar, y la ansiedad que Hem había ido acumulando a lo largo del día fue disminuyendo en el trabajo. Pero entonces Oslar lo vio y lo envió a casa, sin admitir desobediencia; de modo que Hem se volvió a encontrar ocioso en la Casa Bárdica,

levantándose ante cada sonido que escuchaba en la calle. Zelika volvió a casa cuando las sombras comenzaban a alargarse, pero todavía no se veía ni rastro de Saliman.

Los niños esperaron en sus cuartos. El viento cálido había cesado, así que abrieron de par en par las puertas del jardín y se quedaron mirando la luz que iba decayendo con suavidad en el exterior. A Hem aquella espera tensa e insegura le recordaba a algo; rebuscó entre sus recuerdos, intentando ubicarlo. Ah, sí, era igual que cuando Maerad, Cadvan, Saliman y él esperaban en los aposentos de Nelac, en Norloch, mientras oscurecía, concedores de que algo había ocurrido, pero sin saber qué era... el recuerdo lo tranquilizó siniestramente. Irc estaba en el jardín, un brillo de plata en las sombras de los árboles; sonaba como si estuviese riñendo con los estorninos, con los que mantenía una caótica relación. Hem pensó durante un instante en llamarlo, pero se contuvo; Irc había estado tan ocupado durante el día como Hem, y se merecía jugar un poco.

Por fin escucharon cómo las puertas exteriores se abrían y se cerraban, y después unos pasos fuera de la habitación. Hem se controló para no levantarse de un salto, esperando hasta que él entró en el cuarto, por si acaso fuese otra falsa alarma, pero era Saliman. El Bardo entró en la habitación caminando despacio y se detuvo al ver a los niños esperando. Los saludó en voz baja, abrazándolos a los dos, se sirvió una copa de agua y bebió con fruición antes de sentarse. Lo observaron en silencio, conteniendo sus preguntas. Hem estaba asustado ante el agotamiento que había en el rostro de Saliman; unas líneas discurrían desde su nariz hasta las comisuras e los labios, y parecía más viejo.

—¿Estás bien? —preguntó Hem. Se sentía intimidado; quería preguntarle a Saliman qué había ocurrido, pero no sabía cómo.

—Estoy cansado —respondió Saliman—. Muy, muy cansado. Y enfermo en el corazón. Pero sí, estoy bien.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —las palabras parecieron escaparse de Zelika. Se echó hacia delante, con los ojos chispeantes de impaciencia—. Ha ocurrido algo, ¿verdad? ¿Ha caído Il Dara?

Antes de responder Saliman atravesó el cuarto y se sirvió una copa de vino de color rubí. Les ofreció un poco a Hem y Zelika, pero estos dijeron que no, arrugando la nariz; ninguno de los dos había desarrollado todavía el gusto por los fuertes vinos del Suderain. Saliman se sentó y bebió un gran trago.

—Ah, esto está mejor —declaró—. No todo es oscuridad, si la lengua todavía puede saborear tales riquezas. No sabéis lo que os estáis perdiendo. —Sonrió, y las líneas de su rostro se suavizaron; se parecía un poco más al Saliman habitual.

Hem y Zelika esperaban en tensión, retorciéndose las manos, deseando escuchar qué era lo que le había ocurrido, y al mismo tiempo sin querer presionarlo. Saliman le pegó otro sorbo al vino y miró a los niños.

—Perdonadme —dijo—. Llevo toda la tarde hablando, en el Ernan, y no he dormido en las dos últimas noches. Pero os contaré qué ha ocurrido. Tenéis derecho a

saberlo.

»Tienes razón, Zelika: la muralla de Il Dara ha caído. He cabalgado mucho para llegar hasta aquí; mi caballo es rápido y nuestras fuerzas en la muralla no están completamente derrotadas. Aunque se retiren, lucharán contra el Ejército Negro en cada paso que den de retorno a Turbansk. Pero aun así, a mi juicio, la ciudad estará rodeada en un día, o menos. —Hem se sintió como si le acabasen de sacar el corazón del pecho, dejando en su lugar un extraño vacío. Aquella era la noticia que habían estado esperando, pero aun así el golpe fue duro. Se humedeció los labios, de repente parecía tener la boca tan seca como un pergamino—. Sabíamos que la muralla no podría contener a las fuerzas que se arrojan contra nosotros, pero esperábamos poder contenerlas durante más tiempo del que lo hemos hecho —explicó—. Fui allí porque se nos había dicho que Al Ronin, el capitán de las tropas de Il Dara, había caído, lo que es una noticia terrible, ya que era un gran guerrero y contábamos con él para la defensa de Turbansk. Es más, las tropas dijeron que estaban desesperados, que estaban haciendo retroceder a un enemigo que no tenía fin, como las olas del océano, y su fuerza no se veía disminuida por ninguna de nuestras costosas victorias. Llevé allí a una fuerza de tres tropas de caballería de los Guardianes del Sol. No eran suficientes ni de lejos, pero aun así eran todas nuestras reservas, ya que también temíamos que el Ejército Negro pudiese sorprendernos. Imank podría haber enviado a un batallón que marchase al norte de Baladh, rodeando las marismas de Neera y volviendo por la carretera del Sur, para golpear Turbansk mientras nosotros gastábamos nuestras fuerzas defendiendo la muralla de Il Dara. Bueno. —Saliman esbozó una sonrisa cansada—, eso es lo que yo hubiera hecho si fuese Imank. Pero no se ha oído hablar de ningún movimiento en la carretera del Sur, y deberíamos sentirnos agradecidos por las pequeñas clemencias que se nos dispensan.

»En la batalla por la muralla nuestras fuerzas se enfrentaron a todo el poder del Ejército Negro: eran miles y miles, en filas tan profundas que golpeaban la muralla que no se podía, ni tan siquiera desde las torres, ver su final. Tuvimos que cubrir una legua de muralla, y cada extremo tuvo que introducirse en las marismas de Neera, por donde no podría pasar ningún ejército, y hubo que proteger la carretera, que discurría por una puerta agujereada en el extremo sur. En el lado oriental hemos cavado un profundo foso y lo hemos llenado de estacas, y al otro lado de este una trinchera más, para evitar que los ejércitos alcancen la muralla.

»Durante cinco días, antes de que lo matasen, Al Ronin contuvo al Ejército Negro. Murieron centenares durante esos días, pero pocos de los nuestros. Además de la Guardia del Sol, Al Ronin dirigía a los alhadeanos y a los bilakeanos, que son famosos arqueros, y a los cissianos, que se encuentran entre los luchadores más feroces de Edil-Amarandh. En tiempos de paz son cabreros y herreros, pero se deleitan en las artes de la guerra. Muy pocos contra muchos, pero tenían alguna posibilidad mientras Il Dara aguantase. —Saliman se detuvo y se secó la boca.

»Primero escuchamos que Imank había ordenado a sus tropas construir una gran

rampa que se alzase hasta la altura de Il Dara. Al principio Al Ronin no podía oponerse a ello, hasta que llegasen a la altura en la que pudiesen alcanzarlos los arqueros. Imank envió un ariete conducido por soldados-perro a romper la puerta, pero se le hizo retroceder una y otra vez. La puerta está protegida no solo por piedra y hierro, sino también por conjuros realizados en la época del Gran Silencio, y no es fácil echarla a tierra, ni siquiera con brujerías. Pero al final de aquellos cinco días, el foso y las trincheras estaban llenos de muertos, de modo que las tropas que continuaban acercándose podían caminar sobre ellos hasta la misma Muralla... y con unas inmensas catapultas comenzaron a lanzar escaleras hechas con cadenas, con un gancho en un extremo, que se aferraban al muro. Así es como murió Al Ronin, intentando echar abajo a un poderoso capitán de Dén Raven mientras remontaba Il Dara.

»Entonces comenzamos a perder guerreros, aunque todavía no tantos como el Ejército Negro, y continuamos conteniéndolos. Aunque perdíamos a uno por cada diez de los suyos, Imank podía permitirse tener muchas más pérdidas que nosotros: nuestra sangre iba menguando con cada nuevo asalto, y nuestros enemigos eran incontables. Así estaban las cosas cuando llegué allí, con tres tropas de la Guardia del Sol. Aun así, podríamos haber dominado durante más tiempo. Frustramos sus intentos de construir un túnel debajo de la muralla, pues sus cimientos son muy profundos y están encantados contra las rupturas, y pese a vernos duramente presionados, evitábamos que trepasen por las almenas, y no eran capaces de romper la puerta. Imank incluso abandonó la construcción de la rampa después de que nosotros la asaltásemos con catapultas de fuego mágico, y contamos aquello como una victoria... —volvió a detenerse. Se rellenó la copa mientras les dirigía una mirada sombría a Hem y Zelika, que escuchaban en silencio absoluto—. Por supuesto, cualquier idea de victoria era una ilusión —continuó cuando volvió a sentarse—. Aquello lo sabíamos, pero no lo que ocurriría después. Imank llamó a las tropas de niños soldado. Aquello nos trajo tal horror que nos falló el coraje por primera vez.

—¿Niños soldado? —preguntó Zelika con brusquedad.

—Sí —dijo Saliman en voz baja—. Tan solo el hecho de que fuesen niños ya es bastante terrible. Pero aquellos eran nuestros niños. Vinieron a atacar las murallas de su tierra. Allí había luchadores que fueron destrozados hasta la muerte por sus propios hijos e hijas, a quienes creían muertos, ya que no fueron capaces de levantar sus armas contra ellos.

Hem se quedó mirando a Saliman fijamente, espantado.

—¿Quieres decir que se habían unido a la Oscuridad? —preguntó—. ¿Cómo habían podido?

—No, Hem, no es tan sencillo. Supongo que aquellos niños habían sido capturados en los asaltos a Baladh y las ciudades y pueblos de Nazar y Savitir. Estaban drogados o embrujados: ya no conocían sus propios nombres ni a los suyos.

Tampoco conocían el miedo ni la compasión. Eran crueles hasta límites inimaginables, pese a que algunos eran años más jóvenes que tú. Luchaban como criaturas enloquecidas... En una época de grandes males, juzgo que este es el mayor de ellos. Quebró el corazón de nuestras defensas.

—¿Cuántos eran? —preguntó Zelika en un susurro.

—Había muchas tropas —respondió Saliman.

—Creía que mataban a todos los que atrapaban. —El rostro de Zelika estaba sobrecogido de horror, y en aquel momento Hem se dio cuenta de que temía que sus propios hermanos o hermanas pudiesen contarse entre los niños soldado. Saliman la miró con una profunda compasión, y se produjo un silencio antes de que retomase el relato.

—Después de que los ejércitos infantiles nos atacasen, las cosas comenzaron a ponerse mal. Aquella noche un túnel que no habíamos excavado se abrió tras nosotros, y de él salieron por lo menos una tropa de Glumas y soldados-perro. Pese a que los contuvimos con grandes pérdidas para nuestro bando y bloqueamos el túnel, comenzamos a darnos cuenta de que no podíamos contener la muralla, y de que sería mejor retirarse en buen estado que tras una derrota. Apenas habíamos ordenado la retirada cuando rompieron la Puerta. No sé qué conjuro forzó su encantamiento, pero no conozco a ningún Bardo viviente que pueda igualar a aquellos que hicieron los conjuros que la contenían. De aquí que tema más las viles brujerías que traigan sobre Turbansk, ya que no dudo que Imank haya empleado un simple diezmo de su armada contra nosotros... Así que dejé la batalla y cabalgué hasta aquí, más rápido de lo que tendría derecho a pedirle a ningún caballo, para traer estas terribles noticias tan pronto como pudiese; y cabalgué sobre las mismas alas de la tormenta. Pronto todos nosotros nos encontraremos contra sus cuerdas.

Se produjo un silencio. Hem se miró las manos y se dio cuenta de que le temblaban.

—Yo... yo no sé cómo es una batalla —reconoció—. He visto luchas y Glumas y todo eso, pero nada tan grande... todo suena muy grande... —Quería decir que tenía miedo, pero pensó que si lo hacía, Saliman le obligaría a marcharse, y pese a lo asustado que estaba, temía más que le enviasen lejos.

—Yo sí sé cómo es una batalla —dijo Zelika, en voz baja, pero tono duro—. Son gritos, y un ruido terrible, como una forja o una cantera, pero mucho más alto de lo que resulta soportable. Huele a quemado y a sangre, y a cosas peores. Son caras que se vuelven raras, porque están enfadadas o tienen miedo o están muriendo, y el temor más terrible que hayas pasado nunca, que te hace sentir como si se te helase la sangre. Todo es terriblemente claro y tortuoso; y al tiempo le ocurre algo extraño, porque todo parece ir muy rápido y muy lento al mismo tiempo. Es ver cómo se quema y se corta las cosas que crecen, y las cosas hermosas son hechas pedazos, y ver a aquellos que amas... a los que amabas... —su voz se detuvo, inclinó la cabeza y no dijo nada más.

Saliman la miró en silencio durante un instante.

—Sí, Zelika —afirmó con dulzura—. Así es exactamente una batalla.



*Admirar la belleza sin envidiarla es amor;
yacer en un jardín a oscuras para escuchar el canto
del invisible ruiseñor es amor;
si eres capaz de clavarte un cuchillo en el corazón
para evitárselo a otro, eso es amor.
Amar es darlo todo a cambio de nada,
abrir tu casa al oscuro desconocido.
El mundo es un abismo de fuego y sombras,
y quienes aman a él se arrojan por completo;
ay, corazón, solo tú sabes mejor
cómo el amor es la carne mortal que arde en la oscuridad.*

Murat de Turbansk, Biblioteca de Busk



LOS CUERVOS
DE LA MUERTE

VI

La noche cayó sobre Turbansk. Era una noche apacible, de aire suave y cálido, y una multitud de estrellas resplandecía en el cielo sin luna. El jazmín oscilaba espectral sobre las murallas de la ciudad, su dulce aroma caía acre sobre las calles y callejones, y la luz de las estrellas le daba una palidez peculiar a la piedra de fríos colores de los edificios. Turbansk parecía un encantador espejismo que temblaba contra la oscuridad, con sus torres y cúpulas tan insustanciales como un sueño.

Saliman se había retirado pronto, y Zelika había desaparecido. Hem sabía que estaba exhausto, pero no podía dormir. Daba vueltas en la cama, sin poder descansar, y al final se levantó, se echó una túnica por encima y salió con sigilo de la Casa Bárdica, dejando a Irc dentro, en su percha habitual, con la cabeza escondida bajo el ala.

Hem caminó descalzo por las calles de Turbansk, mientras escuchaba los sonidos de la noche: los ruidosos chillidos de las cigarras en las copas de los árboles, el adormilado canturreo ocasional palomas, las llamadas de las ranas. Los murciélagos realizaban gráciles parábolas en el aire, mientras sus agudos y minúsculos chillidos resonaban entre los árboles. También se escuchaba el extraño gemido que había oído el día anterior, aquel que había pensado que era el viento. Se oía más alto que antes, y con una punzada de miedo Hem se dio cuenta de que podrían ser las ruidosas trompetas del Ejército Negro, todavía en la distancia, pero ahora más cerca, cada vez más cerca.

Aunque era casi medianoche, Turbansk no dormía. Por las anchas calles caminaban soldados armados, algunos de ellos decididos y callados, otros bromeando, y corredores que llevaban mensajes del Ernan a las torres de guardia. A medida que caminaba, Hem pasó al lado de algunas casas iluminadas por lámparas, de cuyos jardines colgaban linternas de papel de muchos colores; y se escuchaban conversaciones y risas, y compases musicales: los dulcémeles, flautas y tambores de Turbansk que tocaban las largas y salvajes canciones de la antigua ciudad. La música, con su desafiante belleza, le llegó al corazón con una intensidad especial. Se detuvo ante una casa y se puso a escuchar.

Cuando Hem acababa de llegar a Turbansk, le había dicho a Chyafa con desprecio que la música turbanskiana no tenía ningún tipo de melodía ni sentido, y que era muy

inferior a la música de Annar. Tal vez aquella fuese la razón, reflexionó, por la que Chyafa lo había perseguido; ya que la música era su gran pasión y era el intérprete de dulcémele con más talento de la clase. Ahora, de pie al lado del muro, escuchando las vibraciones y la pasión que había en la música del otro lado, Hem se arrepintió de sus palabras: Chyafa tenía razón al decirle que era un ignorante.

«Quien sea que esté cantando», pensó Hem, «es un gran cantante». Su voz se movía entre los complejos ritmos y melodías de los instrumentos, uniéndolos en armonías coherentes; y después se elevaba en su propia danza, como un pájaro que de repente abandona la bandada en un momento de exuberancia y se retuerce como un acróbata en el aire, mostrando su gracia y habilidad antes de volver a ella. Así se movía la música por las repeticiones, eternamente la misma y eternamente distinta. Mientras escuchaba, Hem comenzó a descifrar algunas palabras:

*Benditas sean las rosas de Turbansk, bendita sea la generosidad de su belleza,
ya que sus corazones son más suaves que la piel y aun así se abren sin fin
y de sus corazones se derraman colores que deleitan la vista y suficientes
perfumes para enriquecer el momento de quien por allí pase.*

Las rosas no eligen dar a uno sí y a otro no:

el mendigo y el príncipe reciben su gracia por igual.

*Benditas sean las rosas de Turbansk, aunque se marchiten y mueran
y pasen a ser sombras, pues todos pasaremos a ser sombra.*

*El príncipe y el mendigo reciben esta oscuridad por igual, pero su momento de
Luz no es menos bello porque termine, ni tampoco su don ni su gracia son menores
por la sombra que les sigue:*

ni el príncipe ni el mendigo ni la rosa son menos

*aunque el sol haya de ponerse tras las montañas y las montañas desciendan
hasta el polvo,*

*aunque incluso la gloria del Eman pueda acabar decayendo aunque los pétalos
se marchiten y caigan del tallo al suelo.*

Todo pasará, todo pasará, a la noche que no tiene mañana,

y otra mañana amanecerá y los capullos se abrirán con nuevos colores.

Hem presionó la frente contra el muro y cerró los ojos, dejando que el lamento y la celebración que se entremezclaban en la canción fluyesen hasta las zonas más profundas de su alma. La canción terminó y fue como el final de un sueño; levantó la vista, sobresaltado, y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Volvió despacio a la Casa Bárdica y se fue a la cama, y esta vez durmió profundamente y sin sueños.

Zelika estaba de pie al lado de la cama de Hem, sacudiéndolo, y este se dio la vuelta gimiendo, ofuscado por el sueño.

—¡Despierta! —dijo Zelika.

Hem se incorporó poco a poco, con los pelos de punta, y Zelika lo miró con desdén.

—¡Te quedarías dormido incluso si el mundo estuviese a punto de acabarse! —exclamó—. Es tarde. —Hem miró hacia la luz que entraba por la ventana. Era tarde. Se sorprendió—. He pensado que te gustaría saber que el Ejército Negro está aquí —anunció Zelika.

—Qué gran noticia.

—Así que vamos hasta la Torre Roja a mirar. No creo que a nadie le importe. Tú tienes que venir; porque no creo que me dejen entrar a mí sola, pero a ti todo el mundo te conoce...

Hem todavía parpadeaba, aturdido por el sueño, y Zelika volvió a sacudirlo con impaciencia.

—¡Venga! ¡Vamos!

—Está bien, ¡está bien! Pero no llevo ropa y no me puedo vestir hasta que no salgas de mi cuarto —Tan solo para enojar a Zelika, Hem pasó más tiempo vistiéndose del que necesitaba normalmente. Cuando salió de su alcoba, ella ardía de enfado—. Primero quiero desayunar —dijo cuando la chica intentó arrastrarlo al exterior de la Casa Bárdica.

—Puedes desayunar después.

—Tengo hambre —protestó Hem, cabezota—. No voy a ir a ningún lado hasta que no haya comido algo.

Zelika vio que podría negarse a ir si continuaba presionándolo, así que desistió con la repentina y sorprendente docilidad que era capaz de mostrar cuando se daba cuenta de que otros medios eran inútiles, y lo siguió al comedor.

La Casa Bárdica estaba absolutamente desierta. Hem dejó de perder el tiempo porque estaba igual de ansioso que Zelika por ver qué estaba ocurriendo. Cogió una manzana del almacén y se bebió de un trago una taza de agua, y después se abrieron paso hasta la Torre Roja. El guarda que había al pie se limitó a asentir cuando vio a Hem, y este y Zelika subieron las interminables escaleras de caracol, deteniéndose de vez en cuando para descansar, hasta la parte más alta.

Oyeron al Ejército Negro antes de verlo. El débil sonido de las trompetas que yacía bajo la animada música de Turbansk había cesado; en su lugar se escuchaba una baja vibración de tambores de guerra, como otro pulso más en la sangre. A Hem se pusieron los pelos de la nuca de punta.

Dos Bardos, Inhulca de Baladh, a quien Hem conocía de vista, y Soron de Til-Amon, su amigo de las despensas, ya estaban allí, igual que varios soldados encargados de la vigilancia, mirando por los curiosos binóculos que los Bardos empleaban para observar las estrellas. Soron saludó a Hem con pesimismo e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Zelika.

—Están aquí —sentenció Zelika.

—Sí —replicó Soron—. Lo que ha quedado de las fuerzas de Il Dara entró huyendo por las puertas durante la madrugada. Venían seguidos de cerca por las vanguardias del Ejército Negro.

—¿Lo que ha quedado? —repitió Hem—. ¿Por qué? ¿Es que no son muchos?

Soron dudó antes de responder.

—Dicen que en Il Dara había unos diez mil luchadores, creo que por la puerta entraron unos diez centenares. De los que vinieron muchos están heridos. Para los que se quedaron atrás, se dice que no hay esperanza.

—Muy pocos —susurró Hem intercambiando una mirada con Zelika.

—Muchos amigos han caído y no volverán —dijo Soron—. Pero mira. Verás por qué. Y todavía están llegando más.

Hem y Zelika se pusieron de puntillas y echaron un vistazo al otro lado de los parapetos de la Torre Roja. Se quedaron sin aliento.

Por la Franja de Turbansk, que habían visto por última vez vacía y desierta, ahora pululaban masas de figuras que desde aquella distancia parecían una inmensa marabunta de hormigas. Al principio parecía simplemente caótico, pero cuando Hem miró con atención comenzó a ver que seguían un orden. El ejército no daba vueltas por allí aleatoriamente: cada uno de sus componentes estaba ocupado. Hacia el oeste, extendiéndose por las suaves costas del mar de Lamarsan, se alzaban hileras e hileras de tiendas marrones, formando una ciudad que parecía casi tan grande como el mismo Turbansk.

Más cerca de las murallas había un gran número de ellos que cavaban trincheras; y equipos de soldados instalaban estructuras de madera y hierro, las armas de asedio de Imank. Ante la Puerta Oeste había varios cientos implicados en una actividad frenética. Hem entornó los ojos, en un intento de ver con más claridad qué estaban haciendo: le pareció que probablemente estuvieran intentando construir una rampa, igual que aquella de la que había hablado Saliman en Il Dara. Miró hacia la carretera Este y vio que Soron tenía razón: aunque la Franja ya parecía estar llena, todavía había más que marchaban por la carretera, hasta donde alcanzaba la vista, filas y filas de soldados intercalados con grandes carros de bueyes que traían provisiones, y animales más grandes que no fue capaz de identificar. Por donde ya habían pasado se alzaban hacia el cielo columnas de humo negro.

La única zona que estaba despejada del Ejército Negro estaba inmediatamente antes de las murallas de la ciudad, donde había un espacio vacío que cubría la distancia de un tiro de arco. Desde la Torre Roja, Hem podía ver las murallas de la ciudad rebosantes de arqueros, colocados tras las almenas en zigzag, y el estandarte con el sol de Turbansk desplegado en la parte superior de cada torre, brillando en la clara luz.

Hem se giró y miró hacia el puerto, y después al mar de Lamarsan. Sobre él flotaba una neblina, pero entonces, con punzada de miedo, le pareció ver algo borroso sobre el agua, en la distancia: ¿sería la flota de Baladh, de la que había hablado

Saliman? Se inclinó hacia delante, entornando los ojos, pero no podía estar seguro.

Hem pensó en la matanza de Il Dara, y se le formó un nudo en la garganta. Irc emitió un graznido manso, y se limpió el pico en el cabello de Hem.

—Somos demasiado pocos —sentenció Soron, enunciando en voz alta los pensamientos de Hem—. Unos veinte mil. No puedo contar cuántos hay ahí, ante las murallas, pero no me hace falta contarlos para saber que si cada luchador matase a tres enemigos, todavía nos superarían en número.

—Saliman no cree que vayamos a resistir —dijo Hem.

—Nadie piensa que vayamos a resistir —replicó Inhulca, un Bardo alto con el rostro curtido por el clima y una nariz que tenía el aspecto de haberse roto muchas veces. Tenía la piel clara de un baladhiense, y miraba a Zelika con abierta curiosidad, aunque era demasiado educado para hacer ningún comentario acerca de su presencia—. Pero nos mantenemos aquí igualmente. Es la calma que precede a la tormenta. —Sonrió; a Hem su sonrisa le pareció salvaje e hizo que un escalofrío le bajase por la espalda—. Pero yo me debo al Ernan. Ya nos veremos, Soron.

—Hasta después, Inhulca —respondió este.

El Bardo de Baladh se marchó, y Soron volvió a echar un vistazo al otro lado del parapeto y después miró a los niños.

—Bueno, no se puede luchar con el estómago vacío —declaró mientras se estiraba—. Tenía que verlo por mí mismo, pero de momento mi papel en esta guerra está en las cocinas. ¿Os quedáis aquí?

Hem ya había visto suficiente, y le dirigió una mirada interrogante a Zelika.

—No, yo ya he visto lo que quería ver —dijo esta. Su rostro era duro y cerrado.

—Entonces iremos contigo —le digo Hem a Soron—. Si te parece bien.

—A mí me da igual, joven Bardo —replicó Soron—. Si tenéis tiempo para venir hasta las cocinas, os daré unas galletas de semillas y un té.

A Hem se le iluminó la cara: las galletas de semillas eran una exquisitez poco frecuente, y eran especialmente deliciosas con té a la menta. Pero era la amabilidad que yacía bajo la oferta lo que más contaba. Una cosa era oír hablar del Ejército Negro, y otra muy diferente verlo arremolinarse ante tu puerta. Se sentía más afectado de lo que esperaba.

«La calma que precede a la tormenta», había dicho Inhulca. En las calles de Turbansk se percibía una extraña calma: una expectación tensa, quieta. Los tres se dieron prisa. Aunque no había ninguna razón para apresurarse, todas las personas con las que se cruzaron también caminaban rápido, y nadie hablaba. Hem pensó que aquello era muy extraño. Los mercados estaban completamente desiertos; incluso Boran, el vendedor de café, había cerrado su puesto. Hem se preguntó dónde estaría Saliman.

Ya estaban cerca de las despensas cuando Irc profirió un agudo graznido, y saltó desde el hombro de Hem al aire.

¡Volad!, chilló Irc. ¡Están viniendo!

¿Qué quieres decir?, preguntó Hem volviéndose distraído. No veía nada. Zelika y Soron se lo quedaron mirando perplejos, pero, casi antes de que hubiera acabado de hablar, sobre el extremo más alejado de la calle cayó una sombra. Todos alzaron la vista involuntariamente.

Antes de que tuviesen tiempo ni de gritar, Soron había agarrado a los niños de los brazos y había echado a correr. Irc se lanzó en picado rodeando sus cabezas, chillando salvajemente, presa del pánico.

—¡Bajad la cabeza! —gritó Soron, jadeando. Era un hombre pesado—. No miréis arriba. ¡Corred!

El cielo estaba oscurecido por la cantidad de pájaros que había. Volaban bajo, en formaciones cerradas sobre las calles de Turbansk, en bandadas tan grandes que bloqueaban el sol semejantes a pesadas nubes. Incluso en aquel breve abrir y cerrar de ojos, Hem había conseguido verlos descendiendo en picado en grupitos de cinco, diez o quince, por debajo de las bandadas, para atacar a la gente que pasaba por la calle. Mientras corrían, Hem oyó el canto de las cuerdas de los arcos, y suaves golpes secos cuando los cuerpos caían a tierra, y después a alguien que gritaba en la distancia, y luego alguien más. Los pájaros no emitían ningún sonido. Algo le pasó al lado de la oreja, como si acabase de esquivar una espada, una ráfaga de aire viciado, y después otra más; y entonces algo le golpeó en la parte de atrás de la cabeza, como si una piedra acabase de impactar sobre él. No sintió dolor, pero el pánico lo poseyó. Si Soron no lo hubiera tenido agarrado del brazo, hubiera salido corriendo a ciegas sin tener ni idea de hacia donde iba. De repente Irc volvía a estar sobre su hombro, graznando de angustia e intentando esconderse entre su pelo, agarrándose a él con tanta fuerza que sus garras le atravesaron la túnica y se le clavaron en la piel. Hem escuchó a Soron chillar, y algo se abalanzó sobre ellos emitiendo un sonido parecido al chasquido de una llama, se percibió un olor a plumas chamuscadas y de repente ante sus pies había una montaña de pequeños cadáveres humeantes. Eran cuervos carroñeros, se dio cuenta en aquel preciso instante; pero parecían tener una extraña forma, en ellos había algo incorrecto. No tenía tiempo para sorprenderse.

La despensa no estaba lejos, aunque a Hem ya le ardía el pecho antes de llegar a ella. Soron los lanzó a través de la puerta de la calle, la cerró de un portazo tras ellos y después se apoyó contra la puerta, mirando a los niños sin verlos, con la respiración agitada. Esperaron hasta que recuperó el aliento y después caminaron hasta las cocinas. A ninguno le apetecía hablar. A Hem le cosquilleaba algo en el cuello, y se puso la mano encima para sentirlo. Se sorprendió al ver que tenía los dedos cubiertos de sangre.

El camino a las cocinas pasaba por una galería bordeada por ventanas largas y estrechas. Zelika se detuvo en la entrada, y al echar un vistazo por encima de su hombro Hem pudo ver por qué: algunas ventanas estaban rotas, y otras estaban cediendo bajo el asalto de los cuervos, que se lanzaban temerariamente contra ellas

sin preocuparse por hacerse daño. Ya había media docena de cuervos volando por la galería, lejos de ellos, como una manada de caza. Irc volvió a graznar, esta vez desafiante y cargado de ira, y Soron gritó algo en el Habla. Un gran rayo de luz blanca saltó de sus manos y golpeó a los pájaros. Estos estallaron en llamas y se derrumbaron sobre el suelo en silencio entre un hedor a plumas quemadas. Después los tres recorrieron la galería corriendo hasta las cocinas, y hallaron que la puerta estaba cerrada a cal y canto. Soron golpeó la madera, gritando, y un asustado Bardo joven, su ayudante Edan, descorrió el cerrojo y los dejó entrar, y volvió a cerrar rápidamente la puerta tras ellos.

La cocina estaba a oscuras porque todas las contraventanas estaban cerradas, y había una lámpara encendida sobre la mesa. Junto a Edan había unas cuantas personas más, algunas de las cuales estaba claro que habían entrado corriendo desde la calle, huyendo de los pájaros: dos de ellos tenían heridas sangrantes en la cabeza.

Hem, Zelika y Soron se sentaron y expulsaron el aliento.

—No son cuervos normales —dijo el muchacho. Era lo primero que decía nadie.

—No —replicó Soron, con el rostro sombrío—. Nunca había visto ni oído hablar de algo así. No atienden al Habla, como sí hacen todas las bestias de Edil-Amarandh. Son una especie de raza viciada y retorcida del Sin Nombre, maldito sea.

No son parientes míos, declaró Irc malhumorado. Ahora se sentía seguro, había recobrado su aplomo habitual y se estaba arreglando las plumas descolocadas con el pico. Parecía haber escapado sin heridas. *Ni siquiera mis primos, que me odian, harían algo así. Esos pájaros no son criaturas: están locos.*

Zelika tenía los ojos oscuros y enormes.

—Son seres malvados —sentenció—. Retorcidos.

—¿Había algo así en Baladh? —preguntó Hem.

—No —respondió Zelika. Y no dijo nada más.

—Edan —dijo Soron—, necesitamos té. Estoy sin aliento: ¿prepararás un poco para esta amable gente? De menta, creo; tenemos el estómago un poco revuelto. Y hay galletas de semillas en la sala fresca, las he horneado esta misma mañana. ¿Podrías sacarlas?

Edan comenzó a hervir agua, y Zelika y Hem se levantaron de un salto para ayudar. Ante las tareas ordinarias de preparar y compartir comida, el pánico que les quedaba comenzó a disiparse. Hem se preguntó qué estaría pasando fuera, en la calle, qué les estaría ocurriendo a los arqueros de las murallas: seguramente tan solo los Bardos con su magia podrían ser capaces de hacer retroceder a aquellas bandadas asesinas. Pese a su miedo, o tal vez a causa de él, le pareció que las galletas de semillas estaban especialmente buenas.

El asalto de los cuervos pareció durar mucho tiempo. Ya que ni Zelika ni Hem podían aventurarse a salir a la calle, ayudaron a Soron en las cocinas, siempre con una oreja

atenta al suave y amenazador golpeteo contra las contraventanas de la cocina. Después, de repente, cesó. Hem, que estaba cortando tubérculos para la sopa, se detuvo y miró a Zelika. Sin decir nada, los dos se acercaron a la puerta de la cocina y colocaron las orejas contra la madera, intentando escuchar qué estaba ocurriendo en el exterior, y después la abrieron con cautela.

El cielo estaba despejado, y los niños parpadearon cuando el sol brillante se derramó sobre las cálidas paredes de piedra. En el diminuto callejón al que daba la cocina había decenas de pájaros muertos, apilados sobre el suelo, y por todos lados había restos de plumas negras. Estaban amontonadas contra las paredes de los edificios vecinos. En algunas de las ventanas con rejas, forjadas con complicados diseños en hierro, había pájaros muertos incrustados.

—¡Deben de haberse metido ahí y se han roto el cuello! —exclamó Zelika asombrada.

Están locos, os lo dije, comentó Irc, y emitió un graznido de superioridad.

Hem supervisó aquel caos en silencio. La pura temeridad del asalto hacía que las entrañas se le retorciesen de horror. «Si son capaces de hacer eso», pensó, «me alegro de que ninguno haya aterrizado sobre mi cabeza».

—Deberíamos irnos a casa mientras podamos —dijo—. Podrían volver.

—Volverán —dijo Zelika con desprecio—. No es una posibilidad.

Le dieron las gracias a Soron apresuradamente. Este parecía inquieto, pero no les hizo preguntas, ya que la Casa Bárdica de Saliman no estaba lejos de las despensas. Después inspiraron profundamente y salieron corriendo hacia casa, temiendo en todo momento que otra bandada emborronase el sol. La ciudad estaba sumida en un silencio mortal: eran los únicos que andaban por la ciudad. Todas las calles estaban cubiertas por los cuerpos de los cuervos; era difícil no pisarlos, aunque sus pies no tenían muchas ganas de notar los cadáveres blandos bajo ellos. En un momento dado vieron el cuerpo de un soldado tirado en la calle. Incluso desde la distancia, Hem podía ver que no tenía sentido acercarse a ver si todavía estaba vivo. Apartaron la mirada y aceleraron el paso.

La Casa Bárdica estaba vacía. Vacilantes, se acercaron a los aposentos de Saliman, donde yacían los cuerpos rotos de cinco cuervos. Ver la hermosa alcoba violada de aquella manera llenó a Hem de una repentina furia: aquel lugar era lo más parecido a un hogar que había conocido nunca. Se inclinó para coger uno de los cadáveres, pero Zelika lo agarró del brazo.

—No los toques —le advirtió—. Podrían ser venenosos o algo así.

Hem vio que tenía razón, así que fueron a buscar unas escobas y recogedores, y limpiaron la sala lo mejor que pudieron. Hem observó los pájaros muertos de cerca: vistos así, se parecían muy poco a los cuervos. Eran más o menos del mismo tamaño, negros, pero tenían la cabeza muy grande y las alas deformes. En la cabeza tenían pocas plumas, y los ojos y el cuello estaban cubiertos por una piel gris desnuda de la que salían unos pelos. Tenían el mismo agresivo y punzante pico de un cuervo, solo

que era muy grande. Cuando Hem levantó cautelosamente con el recogedor un cadáver, vio que tenía dos cabezas: una segunda, deformada e incompleta le crecía del cuello. Se quedó mirándolo, abrumado por una sensación de profunda maldad: aquello le horrorizaba más que cualquier cosa que hubiera visto aquel día. Salió al jardín y vomitó en silencio.

Después de haber restaurado un poco de orden en los aposentos de Saliman, cerraron rápidamente las contraventanas de metal forjado por si acaso volvían los pájaros, y se pusieron con el resto de la casa. La mayor parte de las habitaciones estaban cerradas, ya que sus habitantes hacía mucho que habían partido hacia Car Amdridh. Para su alivio, no había pájaros muertos en los cuartos de Hem y Zelika. Era mejor mantenerse ocupados; ninguno de los dos se atrevía a volver a salir a la calle, y Hem comenzaba a preguntarse dónde estaría Saliman y qué estaría ocurriendo en la ciudad. Por debajo de cualquier otro sonido se escuchaba la palpitación baja y constante de los tambores de guerra fuera de la ciudad, y de vez en cuando el bramido de los cuernos. El ruido parecía resonarle dentro del cráneo.

Saliman no llegó mucho más tarde. Estaba claro que tenía prisa.

—Hem, Zelika, gracias a la Luz que estáis bien. Siento no haber podido llegar antes. Como podréis imaginaros, he estado ocupado.

—Hemos estado limpiando —dijo Hem. Irc. Colocado sobre el hombro de Hem, graznó confirmándolo—. Había alguno de esos... cuervos en el suelo, así que nos deshicimos de ellos.

—¿Los habéis tocado? —preguntó rápidamente Saliman.

—No —respondió Zelika—. Hemos pensado que podrían ser venenosos.

—Bien. Lo son. Oslar les tiene un gran miedo a estos cuervos de la muerte, y continúa planteándose qué vamos a hacer con ellos: piensa que los han enviado no solo para extender la alarma y el miedo, y así debilitar nuestra resolución, sino también para propagar una enfermedad en la ciudad; y temo que tenga razón. Por lo que sabíamos del Ejército Negro, no esperábamos esto, y confieso que ha derribado nuestras defensas. Tampoco creo que sea el último ataque: calculando que ahora nuestros luchadores enfermarán y morirán, Imank tiene interés en ser paciente y contener las armas de asedio. Creo que es por eso por lo que todavía no ha habido ningún asalto contra las murallas de la ciudad, y por eso la Flota Negra se mantiene fuera de nuestro alcance.

—¿Así que en realidad todavía no ha pasado nada? —preguntó Hem.

—Todavía no. El Ejército Negro llena ahora la Franja de Turbansk, pero no realiza ningún movimiento. Pero no es eso lo que he venido a deciros. No me gusta la idea de que os quedéis en esta casa, y quiero que os mudéis al Ernan, donde estaréis cerca del lugar en el que paso la mayor parte del tiempo. Quiero que recojáis rápido vuestras cosas y vengáis conmigo.

—¡Pero yo quiero luchar! —exclamó Zelika malhumorada—. No quiero estar enjaulada en un palacio para que tú sepas dónde estoy, como una niña.

—Ahora estamos en guerra, Zelika —respondió Saliman en un tono que no admitía réplica—. Si quieres luchar, tendrás que obedecer órdenes, como hace cualquier guerrero.

Zelika le sostuvo la mirada a Saliman, pero no lo cuestionó.

—Ni tan siquiera tengo una buena espada —dijo después de una pausa.

—Será más fácil ponerle remedio a eso en la armería del Ernan que aquí —respondió Saliman—. Nadie puede aventurarse ahora a salir a la calle sin armadura, por si los cuervos de la muerte volviesen a venir; y de hecho ya he pensado en un equipo adecuado para vosotros. Hem, ¿estás bien? Estás muy pálido.

Hem se había sentido mareado desde que habían llegado a la Casa Bárdica. La sensación se había ido volviendo cada vez peor, en especial desde que había vomitado, pero creyó que no era más que la conmoción tras el ataque de la mañana.

—Estoy bien —dijo—. Voy a buscar mis cosas. —Se volvió para salir corriendo hacia su habitación, y descubrió que le fallaban las piernas, como si no le perteneciesen. Para su sorpresa, se encontró en el suelo. Saliman pegó un salto hacia delante y lo cogió. Entonces vio la pequeña herida que tenía en el cuello, donde le había golpeado uno de los cuervos de la muerte.

—Hem, ¿qué es esa herida?

—No es nada, solo una picadura —dijo Hem, intentando apartar a Saliman sin fuerza. No era capaz de enfocar la vista; lo veía todo doble—. No me duele.

—Un cuervo le golpeó cuando huíamos —contó Zelika—. Hem no te lo ha dicho: el ataque nos sorprendió en la calle, es pero Soron nos salvó.

Saliman exclamó una maldición y lo levantó hasta un sofá, observándole el rostro con ansiedad y buscándole el pulso.

—Zelika, ¿podrías poner las cosas de Hem en una bolsa? No hay muchas cosas, tan solo lo que haya en el baúl en su cuarto. Tenemos que darnos prisa. Lo tendré que llevar hasta el Ernan. Tan solo reza para que la Luz nos proporcione un paso seguro.

Zelika ya estaba fuera del cuarto antes de que él acabase de hablar, y Saliman colocó la mano sobre la frente de Hem. Estaba fría y empapada de sudor.



LA BATALLA
DE LOS PÁJAROS

VII

La tarde transcurrió con lentitud y fue disolviéndose en la noche. A la Franja de Turbansk continuaron llegando más tropas del Ejército Negro, marchando por la carretera del Este. Por donde marchaban se veían hileras de antorchas en movimiento, y en los lugares en los que acampaban había puntos de fuego, y ya habían cavado largas trincheras, que habían rellenado con llamas rojas y sin brillo. En el interior de las murallas de la ciudad las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas: la ciudad parecía una isla oscura en medio de un mar de fuego. Aquella noche no había casas iluminadas con lámparas, y ningún músico tocaba en los jardines perfumados. En lo alto, el cielo sin luna era una negra extensión salpicada de estrellas febriles.

Hem no se percataba de dónde estaba. Saliman lo había llevado aquella tarde al Ernan y lo había acostado en una alcoba cercana a la muralla occidental. Igual que cada una de las habitaciones del Ernan, aquella estaba exquisitamente decorada. Sus paredes de azul brillante estaban cubiertas de frescos que representaban figuras danzantes, que se movían transmitiendo una imagen de prosperidad; en los pies se les enroscaban parras cargadas de uvas y unos naranjos se inclinaban hasta ofrecer a los vividores su carga de fruta. Pero cuando lo metieron en su cama, Hem no percibía aquella belleza; ya estaba inconsciente, presa de una fiebre devoradora. Salvajes temblores sacudían su cuerpo, y por su cara discurrían gotas de sudor que caían sobre las sábanas. Por la reja de la ventana entraba una suave brisa que le acariciaba la frente, y Hem se estremecía como si lo estuviesen tocando con un trozo de hielo.

Irc, que se había negado a abandonar a Hem, estaba acomodado en el respaldo de una silla al lado de la cama, pero había renunciado a su cháchara habitual. Zelika estaba asustada: la enfermedad de Hem lo había asaltado de repente. Parecía como si lo estuviesen quemando por dentro, y se dio cuenta, por primera vez, de que Hem era su amigo, su único amigo, y de que no quería que muriese.

Saliman, que era un reconocido curandero, había despedido con un gesto al Bardo de palacio, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Vivirá? —susurró Zelika, a quien se le había permitido quedarse después de haber suplicado ayudar a cuidarlo.

—No lo sé —dijo Saliman. El corazón de Zelika se estremeció presa de un repentino pánico—. Me temo que habrá muchos más que estén como Hem antes del

alba. Esta es una enfermedad que no reconozco. Te juro, joven Zelika, que si puedo salvarlo, lo haré. Es alguien preciado para mí, igual que lo es para ti. —Entonces sonrió, y la niña comenzó a comprender por qué Hem adoraba a Saliman. Pero aquello despertó en ella otras emociones dolorosas. Contuvo las lágrimas que amenazaban con brotar, se apartó el pelo de la cara y se preparó para hacer lo que fuese necesario en el cuarto del enfermo.

Entonces Saliman tomó una de las manos de Hem entre las suyas. Zelika lo miró sorprendida —en Baladh no había tenido mucho trato con Bardos— cuando comenzó a brillar con la luz de la magia, un brillo al principio tan suave como el de las estrellas. La luz fue creciendo lentamente, hasta que Zelika tuvo que hacerse sombra ante los ojos y Saliman pareció una figura de plata fundida, dando la impresión de que todo lo que había a su alrededor se quedaba apagado y sin color. Saliman cerró los ojos y dijo unas palabras en el Habla. Pronunció el nombre de Hem, y luego volvió a hacerlo; la segunda vez sonó como si estuviese hablando desde una larga distancia. Entonces la luz se hizo aún más brillante y Saliman inclinó la cabeza como si estuviese haciendo un gran esfuerzo. Zelika, incapaz de apartar la mirada, sintió que unas lágrimas le resbalaban por la mejilla a causa del deslumbramiento. Entonces, tan despacio como había surgido, la luz comenzó a atenuarse.

Saliman levantó la vista, y Zelika vio que tenía la cara del color de la ceniza mojada. No se atrevió a hacer ninguna pregunta, aunque le temblaban los labios. Él la miró a los ojos y sonrió cansado.

—Es una enfermedad maligna —dijo—. Pero la he apartado de su sangre, y así del alcance de la oscuridad. —Inspiró profundamente—. ¡Ay! Puedo saborearla en mis dientes. Zelika, ahora me tengo que ir: hay otras tareas que exigen mi atención. Vigila a Hem, y dime si se despierta o hace alguna otra cosa aparte de dormir en paz.

Zelika asintió con vehemencia, con los ojos fijos en Hem. Parecía tener mejor color que antes, cuando era la sombra de un pergamino blanqueado. Saliman se marchó y Zelika se sentó al lado de la cama, mordisqueándose el labio, y cogió la mano de Hem mientras la tarde oscurecía hasta transformarse en crepúsculo y después en noche.

Justo antes del anochecer se produjo otro ataque de los cuervos de la muerte. Esta vez, al estar en el interior, no daba tanto miedo, y observó las sombras de los pájaros lanzándose en picado desde fuera con una curiosidad fría. ¿Por qué no les importaba matarse? Es muy extraño. Algunos intentaron meterse a la fuerza por las rejas de metal que había ante la ventana, pero los agujeros eran demasiado pequeños. Uno o dos se quedaron con la cabeza enganchada y se rompieron el cuello. Cuando el ataque terminó, Zelika se levantó y empujó los cadáveres con un palo para sacarlos de las rejas. Después volvió a sentarse al lado de Hem.

Ya era de noche. Había mucha calma en el palacio, y no se escuchaban cantos de pájaro en los jardines. Tarareó algo para sí, para pasar el tiempo y disipar el silencio: pedazos de largas epopeyas del Suderain, cancioncillas infantiles, canciones

tradicionales. Un rato después Irc se acercó a ella y le tiró del pelo, graznando, con lo que ella supuso que querría algo de comer.

—No tengo nada para darte —le dijo con impaciencia—. ¡Ve a buscar a Saliman! —Irc se la quedó mirando, con la cabeza ladeada, y le picoteó la mano suavemente—. ¡Oh, criatura estúpida! ¡No tengo nada!

Aunque Irc no era capaz de seguir sus palabras, comprendió el tono de voz. Emitió un agudo graznido y la picoteó con más fuerza —en venganza, pensó ella— y después se marchó del cuarto aleteando despacio. Zelika se quedó sola. Comenzaba a estar dolorida por estar sentada tan quieta, así que se retorció y estiró para aliviar el entumecimiento, y después bostezó. Estaba más cansada de lo que creía. Al final cuando ya no podía evitar que se le cerrasen los ojos, trepó a la enorme cama cubierta de cojines, se acurrucó al lado de Hem y se quedó dormida. Irc volvió a entrar en la alcoba poco después, aterrizó en la almohada al lado de Hem y le picoteó la cara suavemente. Al ver que el muchacho no se despertaba, Irc se colocó en su percha sobre la silla, metió la cabeza bajo el ala y también se durmió.

Fuera, en la oscuridad, los tambores vibraban como una fiebre en la sangre, los arqueros de las murallas de la ciudad cambiaban de turno, los guardas de la Torre Roja miraban a través de los anteojos las líneas oscuras que separaban el mar del cielo, siempre en busca de amenazadoras velas negras, y los fuegos chisporroteaban y se extendían por la Franja de Turbansk, sumida en la sombra; pero los dos niños dormían profundamente, como si nunca hubieran oído hablar de la guerra.

Hem soñaba con pájaros.

Era uno de los cuervos de la muerte, y tenía tres alas. Una le crecía del pecho, y mientras volaba se le desprendían plumas negras de la piel. «Si pierdo más ya no podré volar y me caeré del cielo», pensó, pero sin miedo. Le parecía que sería una bendición estar tirado en el suelo, envuelto en oscuridad y silencio. De repente volvió a ser Hem, pero estaba sentado en una rama blanca en un árbol muy alto, con Irc sobre el hombro. Cada tallo estaba abarrotado de cientos y cientos de pájaros de todo tipo, predadores y presas unos al lado de otros, el águila junto al pinzón, el gallinazo junto al abejaruco, el cernícalo junto al reyezuelo. Halcones, currucas, bulbules, garzas reales, cuervos, buitres, alondras, petirrojos, estorninos, ibis, patos, garcetas y largas hileras de muchos pájaros más, de muchas más especies, volaban hacia el árbol atravesando un cielo azul de verano, surgidos del corazón de un sol blanco y brillante.

Una gran felicidad brotó del corazón de Hem. Ahora ya sabía que hacer...

Abrió los ojos con las primeras luces del alba. Se incorporó en la cama mirando a su alrededor, maravillado ante el magnífico cuarto: no recordaba haber venido aquí. La última cosa que recordaba era haberse caído en la Casa Bárdica de Saliman.

Irc estaba posado sobre una silla cercana, clavándole una mirada hambrienta.

Zelika estaba profundamente dormida, tenía las manos unidas bajo la mejilla y el cabello le caía sobre la cara. Nunca la había visto dormir; la hacía parecer mucho más pequeña. Se deslizó silenciosamente fuera de la cama, cuidando de no despertarla, y entonces se dio cuenta de que iba vestido con un camisón y que no sabía dónde estaba su ropa. Y estaba muerto de hambre.

Tengo hambre, dijo Irc. Revoloteó hasta el hombro de Hem, pero el muchacho lo apartó porque las garras de Irc le arañaban la piel.

No sé donde se guarda aquí la comida, respondió Hem. Casi saltaba de impaciencia. *He tenido una idea, Irc. ¿Dónde está Saliman?*

Mientras hablaba, Saliman entró en el cuarto. Se detuvo en seco cuando vio a Hem.

—¿Qué estás haciendo fuera de la cama? —preguntó.

—Estoy muerto de hambre —respondió Hem—. ¿Dónde está mi ropa? Saliman, he tenido una idea. Acerca de los cuervos de la muerte.

—Hem, al anochecer temía que no sobrevivieras a la noche. Dudo que debas estar fuera de la cama.

Hem pareció sorprendido.

—¡Me siento igual de bien que siempre! —protestó—. No escucha, Saliman esto es importante. He tenido un sueño, y entonces me he despertado y he pensado: ¿dónde están los pájaros de Turbansk? ¿No podrían ayudarnos a luchar contra los cuervos de la muerte? —Con la emoción, el tono de voz de Hem subió y despertó a Zelika, que se dio la vuelta y se incorporó frotándose los ojos—. Estoy seguro de que los pájaros nos ayudarían. Todos han tenido que esconderse. ¿Dónde están? ¿No podrían ayudarnos? Y hay por lo menos tantos pájaros como cuervos de la muerte...

—¿De qué estás hablando, Hem? —preguntó Zelika.

—Incluso si los pájaros pudiesen ayudarnos —dijo Saliman— no tenemos tiempo para reunirlos. Imank ya está realizando el primer movimiento. La Flota Negra nos amenaza, como me temía, y las fuerzas de Dén Raven ahora se acercan a las murallas de la ciudad. Hay muchos enfermos a causa de la plaga que los cuervos de la muerte han traído con ellos; los curanderos están muy presionados...

—¡Yo tengo tiempo! —Zelika salió de la cama con dificultad y se colocó al lado de Hem—. Creo que es buena idea —afirmó—. Yo también podría ayudar, ya que tú no vas a dejarme luchar. Me prometiste una armadura —dijo en tono de reproche—. Y no tengo.

—Tú no puedes hablar con los pájaros —le dijo Hem entono despectivo.

—¿Y qué? —Zelika le dirigió una mirada de disgusto—. Aun así puedo ayudar. Pero eso cambiaría algo, ¿o no? A no ser que pienses que todos los cuervos de la muerte han fallecido. Se les meten por el medio a los arqueros, ¿verdad? ¿Cómo van a poder defender la ciudad si tienen a esos horribles cuervos lloviéndoles sobre la cabeza? Es muy buena idea.

—¿Qué podemos perder? —dijo Hem.

Los dos niños se quedaron mirando a Saliman con los ojos brillantes.

Saliman levantó las manos para hacerlos callar.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Sí, tienes razón, Zelika Los cuervos de la muerte nos resultan un obstáculo y si pudiésemos detener sus ataques nos resultaría de considerable ayuda, pero antes de nada, Hem, déjame que te eche un vistazo. No me puedo creer que te hayas recuperado tan rápido. —Hem aceptó de mala gana sentarse en la cama mientras Saliman le ponía la mano en la frente, le tomaba el pulso y le miraba el iris de los ojos. Cuando terminó, negó con la cabeza—. Sabía que era un buen curandero —dijo—. Pero tú debes de tener una fuerza especial, Hem. No veo nada mal. A no ser que esta enfermedad transcurra muy rápido.

—Te dije que estaba bien —respondió Hem, enojado. Irc graznó con aspereza—. Tenemos hambre y no sé dónde está mi ropa. Pero primero he de hablar con los pájaros. No tenemos tiempo... ¡pero eso puedo hacerlo ahora!

Corrió hasta la ventana, abrió la reja de metal retorciéndose y, con todo su poder de convocatoria, gritó en el Habla: *¿dónde estáis, pájaros de Turbansk? ¡Venid a mí!* Se detuvo, escuchó y volvió a gritar. Irc saltó de la silla y se posó en su hombro, pero esta vez Hem no se deshizo de él.

Saliman negaba con la cabeza, pero sonreía.

—Te dejaré con tu llamada, Hem. El desayuno viene de camino aquí, no temas. Para ti también —añadió mirando a Irc—. Tu ropa está a los pies de la cama, Hem, si te preocupas por mirar. Hay muchas cosas que me reclaman ahora, no puedo quedarme.

—¿Y mi equipo de lucha? —exigió Zelika beligerante.

—Eso también está de camino. No he estado ocioso. ¡Me despido! Volveré pronto.

Salió apresuradamente del cuarto y Zelika se volvió para mirar a Hem. No pasó nada durante un largo espacio de tiempo y comenzó a sentirse decepcionada.

—¿Y si no responden? —dijo por fin—. Tal vez los cuervos de la muerte los hayan matado a todos. De todas maneras ¿dónde pueden haberse escondido?

—¡Chis! —Hem se volvió, de espaldas a la ventana, con un dedo sobre los labios.

—Pero...

—¡Te digo que te calles!

En el rostro de Hem había una expresión tan temible, pese a que susurraba, que Zelika se calló de inmediato. En el silencio oyó un ligero gorjeo, e Irc ladeó la cabeza y graznó inquisitorio. Entonces se produjo un repentino aleteo, y la ventana se oscureció. Durante un terrible instante Zelika creyó que los cuervos de la muerte habían vuelto para otro asalto, pero entonces vio que eran docenas de otros tipos de pájaros. Aquellos que pudieron aterrizaron sobre los brazos y la cabeza de Hem, y los demás se quedaron planeando en la parte de fuera de la ventana o se posaron en el jardín o en el cuarto. Se sentía confusa ante aquella variedad: le parecía que cada clase de pájaro que hubiera visto alguna vez en su vida estaba allí, desde minúsculos

pinzones marrones hasta majestuosas garcetas blancas, desde gallinazos con el pico ganchudo hasta palomas iridiscentes, desde águilas hasta cuervos. Pero vio suficientes para darse cuenta de que solo había uno de cada clase. Una algarabía de pájaros henchía la habitación.

Zelika se quedó mirándolos impresionada; no sabía que Hem poseyese tales poderes. El chico habló y los pájaros escucharon, con los ojos brillantes, y después se produjo otro caos de gritos avícolas. Volvió a hablar y los pájaros se alzaron en otro ajetreado batir de alas, y desaparecieron tan de repente que Zelika parpadeó.

Hem se volvió con el rostro radiante.

—¡Te lo dije! ¡Sabía que nos ayudarían!

—¿Y qué es lo que han dicho? —preguntó Zelika.

—Están asustados y enfadados —con la emoción, Hem había olvidado su pudor. Se había arrancado el camisón y se estaba vistiendo a toda prisa—. Tienen mucho miedo de los cuervos de la muerte. Dicen que no son en absoluto aves. Les he dicho que si trabajan en equipo podrán mantener los cielos despejados. Ahora van a hablar con los demás pájaros y las águilas y los halcones espíarán a los cuervos de la muerte para averiguar de dónde vienen y cuántos son. Pronto volverán con las respuestas.

Por una vez Zelika no fue capaz de pensar qué decir. Nunca había visto a Hem tan seguro; normalmente era un poco fanfarrón, un brillante barniz de confianza bajo el que Zelika sospechaba, con ironía, que había una capa de inseguridad.

Cuando llegó el desayuno, poco después, dohl caliente con miel en cuencos de plata y un poco de carne cruda para Irc, todos lo devoraron ansiosos. Hem estaba inquieto, siempre con un ojo puesto en la ventana, y cuando llegó un pelícano aleteando pesadamente y se posó sobre el alféizar, pegó de inmediato un salto para ir a saludarlo. El inmenso pájaro llenaba la ventana, su pico amarillo era casi tan largo como el brazo de Hem. Mantuvieron una breve conversación, y el pelícano partió, despegando desde el alféizar y extendiendo sus inmensas alas negras. Hem volvió para terminar su desayuno, ruborizado.

—Funcionará —declaró—. El pelícano es su rey, creo. Se hace llamar por un nombre que significa «Pluma del Sol», *Ara-kin*. Los pájaros se están reuniendo. Me ha dicho que los cuervos de la muerte están más allá del Ejército Negro, en unas colinas cerca de un bosque y un pequeño lago.

—Seguramente sean las colinas de Jiela —dijo Zelika, frunciendo el ceño—. Me parece.

—Dice que preparan otro ataque para esta mañana. Entre ellos hay Glumas. ¿Dónde está Saliman? Debería saber esto. —Movi6 la cuchara con impaciencia—. Los pájaros de Turbansk se están reuniendo rápidamente. Les he dicho que mantengan a los carroñeros fuera de las murallas. Pueden atacarlos desde arriba, cuando vuelen hacia la ciudad. No podrán luchar contra ellos donde están ahora, en el suelo, porque los Glumas los derribarán del cielo.

Saliman llegó poco después, seguido por dos pajes de palacio que traían unos

fardos cuidadosamente envueltos en tela. Hem le contó de inmediato lo que había hecho, y Saliman escuchó en silencio. Cuando Hem terminó, se quedó un rato sin decir nada, y se limitó a mirar fijamente a Hem con una mezcla de diversión y admiración.

—Piensas como un general, Hem —dijo por fin—. Bien hecho. Podría funcionar, si la Luz quiere. —El chico se ruborizó de placer ante la alabanza—. Tenemos noticias —añadió—. El asalto del puerto está comenzando, tal y como pensaba, aunque comienza en las murallas exteriores. Tengo prisa: se me necesita en otro lugar. Aquí tenéis vuestras armas. —Hizo un gesto y los pajes se acercaron y comenzaron a dejar su carga sobre la cama. Traían armas y armaduras de los colores de Turbansk—. Encontrar cosas de vuestro tamaño no ha sido tan complicado como podría haberlo sido —explicó—. Pero recordad que portáis armas reales: ¡Llevadlas con respeto! Las hicieron para los hijos de Har-Ytan cuando tenían vuestra edad. — Hem se quedó mirando al equipo, que de repente atrajo su atención. La luz que se colaba por la ventana daba de pleno sobre el sol dorado esmaltado en los escudos y parpadeó, deslumbrado—. Hem, Zelika, si deseáis ver lo que está ocurriendo podéis subir a la Torre Roja. Yo estaré en el puerto, pero no me busquéis a no ser que realmente lo necesitéis, y si eso ocurre enviad a Irc. Estos pajes, Ja-Rel y Han, os enseñarán las puertas del Ernan si las buscáis. Recordad por qué puerta habéis entrado, o tardaréis mucho en encontrar el camino de vuelta... Debo irme. ¡Recordad lo que os he dicho!

Saliman le dirigió a Hem una mirada de urgencia, como si desease decirle algo más de lo que las palabras y el tiempo le permitían. Hem parpadeó al sentir una congoja que se le acumulaba de repente en el pecho. Con una punzada, se preguntó si volvería a ver a Saliman. Las cosas parecían estar yendo demasiado rápido: no había tiempo suficiente para nada. El Bardo abrazó a toda prisa a los niños, besándolos en la frente, y partió casi corriendo. Hem y Zelika se miraron.

—¡Nunca había tenido unas armas tan buenas! —dijo Zelika con los ojos chispeantes—. Vamos a vestirnos.

Hem sabía cómo armarse, de las clases de esgrima, pero los pajes le ayudaron muy serios, como si fuese un elegante señor. Le resultó ligeramente desconcertante. Aquella vez ponerse un equipo de batalla tenía un significado especial; no estaba a punto de atacar a un compañero de clase con una espada de bambú, sino que pronto podría hallarse luchando para defender su vida. Se estremeció involuntariamente cuando la fría cota de malla se encontró con su piel. La coraza de escamas de cerámica azul era mucho más ligera de lo que estaba acostumbrado, y el escudo redondo también era ligero. Lo miro de cerca; estaba hecho de algún metal fuerte que no reconocía. Se ajustó las grebas y los brazales de cuero, ambos teñidos de azul y se ató las sandalias azules sobre los pies desnudos. No quiso el yelmo dorado, y se puso los delicados guantes de malla en una bolsa de cuero colgada de la cintura. Por último se colocó una daga.

Zelika probó el equilibrio de su espada.

—Es una buena arma —comentó, y sonrió. Un escalofrío recorrió la espalda de Hem; llevaba días sin ver aquella expresión en el rostro de Zelika, y casi la había olvidado. Ahora toda su dulzura había desaparecido, y en su lugar había una ferocidad helada—. Es mejor que un cuchillo de cocina, ¿eh, Hem? —Golpeó el aire con la espada—. Apuesto lo que sea a que este filo soltará algunos cuellos.

Hem estudió su espada. Era, se percataba, un arma delicada, con un acero forjado y templado por maestros herreros hasta un punto que podría partir un pelo. La esgrima era una materia que le gustaba, las únicas clases en la Escuela de Turbansk en las que había demostrado talento y aplicación. Pero no sentía la misma sed de sangre que veía en Zelika. Se preguntó el porqué: la Oscuridad también había asesinado y esclavizado a su familia, y le había destruido la vida. Odiaba a la Oscuridad más que a ninguna otra cosa. Al mismo tiempo, no era capaz de sentir el extraño deleite de Zelika ante la perspectiva de la batalla; cuando vio aquel brillo en sus ojos, creyó que decía la verdad al asegurar que no le importaba morir.

De repente se sintió abrumado por una inmensa e inconsolable pena. Miró la espada dudoso y la enfundó.

—Será mejor que nos movamos —dijo. Se volvió para hablar con Irc—, *¿podrás hacer de mensajero, amigo mío? Diles a los pájaros dónde pueden encontrarme.*

Irc emitió un agudo chillido y salió volando por la ventana.

—Ojalá poseyese el Habla —dijo Zelika. Se ajustó la daga a la cintura y después se quedó mirando a Hem—. ¿Qué pasa?

—No lo sé —respondió Hem encogiéndose de hombros y dando media vuelta.

—Todos estamos tristes —dijo Zelika. Estudió su rostro durante un instante, y sus labios dibujaron una línea impaciente—. Todo el mundo tiene algo por lo que estar triste, pero justo ahora creo que es mejor estar enfadado. —Se ajustó el yelmo a la cabeza y salió por la puerta caminando a zancadas.

Hem se cuadró de hombros y la siguió más despacio, estudiando su espalda recta y decidida. Incluso días después de pasar casi todo su tiempo con Zelika, continuaba resultándole una persona muy difícil de leer.

Los pajes del Ernan y los guardas de la Torre Roja les dijeron a Hem y Zelika que Saliman les había dado instrucciones de que a los dos niños se les permitiese andar libremente por la ciudad. Hem sopesó aquello mientras realizaban la larga subida por las escaleras. Se preguntó qué esperaba Saliman de él. Tal vez fuese simple confianza.

Saliman no había guardado en secreto el hecho de que desaprobaba el deseo de Zelika de luchar, y Hem había esperado que se desatase una discusión acerca del tema. Tal vez Saliman hubiese sabiamente deducido que la única forma de mantener a Zelika fuera de la batalla sería encerrándola. O tal vez pensase que cuando llegase

el momento, sería más sensata de lo que sugerían sus palabras. El propio Hem no tenía mucha confianza en aquello: había visto la locura en sus ojos cuando hablaba del Ejército Negro, y pensaba que ningún razonamiento contendría su deseo de venganza.

Subir a la Torre Roja resultaba cansado en el mejor de los momentos, pero vestido con una armadura completa era caluroso y agotador. Mucho antes de que alcanzasen la parte superior, Hem se preguntaba si sus piernas resistirían. Zelika subía con paso constante ante él, y tan solo su arrogancia evitó que pidiese un descanso. Ni siquiera el orgullo evitó que se dejase caer al sentarse cuando por fin alcanzaron el puesto de vigilancia de la cima, respirando con dificultad y secándose el sudor que le caía por el rostro. Tenía el cabello empapado, como si hubiese saltado dentro de un estanque. Todavía era temprano, y aunque el día ya comenzaba a calentarse, a aquella altura una suave brisa refrescaba el aire. Hem no tardó mucho en recuperar la compostura y ser capaz de recordar porqué había subido hasta allí.

La cúpula dorada que había en lo alto de la Torre Roja les proporcionó una bienvenida sombra. Bajo la cúpula estaba el puesto de vigilancia, un piso cuadrado rodeado de muros bajos que permitían tener una panorámica sin impedimentos encada dirección. Había cuatro guardias de pie, uno en cada pared, y dos mensajeros con armaduras ligeras. Todos se volvieron a mirar cuando los niños salieron de las escaleras, pero después de saludarlos con la cabeza ya no volvieron a prestarles atención.

Cuando Hem se puso en pie, Irc descendió en picado hacia la sombra, aterrizó sobre su hombro y le mordisqueó la oreja.

Se lo he dicho al Pelicano, Ara-kin, dijo. Dice que ahora soy su mensajero. Irc parecía complacido en exceso. *Los pájaros se encontrarán aquí contigo.*

Gracias, amigo mío, dijo Hem y le acarició la cabeza a Irc con el dedo. Después hizo una pregunta que le había estado inquietando. *¿Te han acosado los cuervos?*

Irc se ahuecó las plumas, con cierto aire de suficiencia. *No acosarán al mensajero del Rey,* respondió.

¿El Rey?, repitió Hem, confuso. *¿Se referían los pájaros a él? Pero después se dio cuenta de que debían querer decir Ara-kin. De todas maneras, ¿qué está ocurriendo ahí fuera?*

Mira, dijo Irc.

Mientras Irc hablaba, el guarda que miraba hacia el oeste se volvió hacia una de las mensajeras y le dijo bruscamemente:

—¡Cuervos de la muerte! ¡Vienen del oeste! —la mensajera se puso en pie de un salto, preparada para echar a correr, pero el guarda alzó la mano para detenerla—. Pasa algo más. Bandadas de pájaros... pero no son cuervos. No sé lo que son. Vuelan muy alto. Es muy extraño... no es la estación para que haya bandadas así. Vuelan hacia los cuervos de la muerte ¿Qué quiere decir esto? Tal vez se preparen para atacar al enemigo, pero no puedo darle crédito. De todas maneras, informa.

La mensajera asintió y se desvaneció escaleras abajo en dirección al Ernan, supuso Hem. Pero él y Zelika corrieron ansiosos hasta la muralla oeste y se quedaron mirando hacia el horizonte, arrugando los ojos para protegerse de la brillante luz del sol.

Veía que había movimiento en las murallas de la ciudad: se arrastraban enormes armas de guerra hacia las torres de defensa, y en la Puerta Oeste ocurría algo. Las flechas volaban por el aire, atrapando la luz del sol como si estuviesen en llamas, y de vez en cuando se veía un destello de magia o brujería. Hem miraba con impaciencia más allá de las murallas, deseando saber qué estaba ocurriendo allí.

Pasó un tiempo antes de que divisasen a los cuervos de la muerte. Los anteojos para ver estrellas del guarda significaban que la vista le alcanzaba hasta más lejos que a Hem y Zelika. Pero al fin, detrás de la masa del ejército que llenaba la Franja de Turbansk, divisó una neblina negra que se arremolinaba alzándose desde las colinas y avanzaba hacia la ciudad. Más cerca, pero menguados en la distancia, vieron, con el corazón encogido, a los pájaros de Turbansk. Volaban mucho más alto que los cuervos de la muerte, fuera del alcance de las flechas del Ejército Negro. Irc pegaba saltitos de emoción sobre el hombro de Hem. Este contenía las ganas de arrancarle de las manos al guarda los anteojos: resultaba muy frustrante no poder ver con claridad.

Mientras miraban, las dos nubes de pájaros, una clara, la otra oscura, se encontraron en el aire. Hasta que no estuvieron muy cerca la una de la otra Hem no pudo ver que los pájaros de Turbansk superaban en número a los cuervos de la muerte. Comenzó a dar saltitos alternando los pies, mordiéndose el labio. A medida que se aproximaban a su destino, la bandada de Turbansk se dividió en dos, y después rodeó rápidamente a los pájaros de la muerte. Durante un instante las dos fuerzas fueron claramente visibles, y parecieron fusionarse en una.

—¡Están atacando a los cuervos de la muerte! —exclamó el soldado que tenía más cerca, dejando caer los anteojos de asombro. Los otros guardas levantaron la vista de su puesto de vigilancia.

—No me lo creo —dijo otro, pero al mirar al oeste lo confirmó por sí mismo—. ¡Por la Luz!

El primer soldado se volvió a colocar los anteojos para ver estrellas.

—Si la Luz así lo quiere, vencerán. No podría decirlo... todo es confusión ahí fuera... no, parece que los otros pájaros se están retirando. No, vuelven a volar alto, pero los cuervos de la muerte parecen ser menos, de todas formas, no vienen en esta dirección...

Resultaba agónico. A Hem le lloraban los ojos de la tensión por intentar ver, y el corazón le martilleaba en los oídos. Ahora los dos bandos estaban mezclados, no se podía ver cuál ganaba. Veía diminutos destellos rojos que ascendían, dibujando arcos desde el campo de batalla, y pensó que tal vez los Glumas estaban intentando ahuyentar a los pájaros que atacaban a los cuervos de la muerte.

Entonces vio que la bandada más clara remontaba el vuelo en el aire, retirándose.

Ya no quedaba ninguna señal de neblina negra bajo ellos.

—Los cuervos de la muerte... ¡los cuervos de la muerte se han desvanecido! —exclamó el soldado—. ¡Se han ido!

—Los han matado. ¡Han matado a los cuervos de la muerte! —gritó Zelika—. ¡Hem, ha funcionado! ¡Ha funcionado de verdad!

Hem volvió a mirar hacia la distancia. Ahora la bandada de pájaros de Turbansk volaba lentamente de vuelta a la ciudad. «Es más pequeña», pensó, «de lo que era antes», pero el soldado estaba en lo cierto: no había ninguna señal de los cuervos de la muerte tras ellos. Se sentía lleno de una euforia salvaje, y se volvió para abrazar a Zelika, que estaba bailando, chillando de alegría, mientras Irc se lanzaba al aire, en su propia celebración.

Todos los guardias miraban a los niños.

—¿Sabías esto, *Lios Hlaf*? —preguntó el primer soldado, empleando el apodo de Hem. Se quedó mirando al muchacho con curiosidad.

—Los pájaros de Turbansk luchan de nuestro bando —respondió Hem con el rostro iluminado—. Temen a los cuervos de la muerte tanto como nosotros.

—Ha sido inteligente —observó otro guardia—, pero por desgracia no será suficiente.

—No. Pero cada pequeño detalle ayuda, Inurdad —replicó el primer guarda—. Tú mismo dijiste ayer que los cuervos de la muerte eran una maldición añadida al daño que nos hacen.

Hem y Zelika se pusieron serios al recordar que la derrota de los cuervos de la muerte era tan solo una pequeña parte de la batalla por Turbansk. Durante un instante se habían sentido como si hubiesen ganado la guerra.

Resonó un repentino «bum» desde el puerto, bajo ellos. Se dieron cuenta de que podían oír la cacofonía de la batalla, que a aquella distancia era débil, pero aun así clara. Zelika y Hem intercambiaron una rápida mirada, y corrieron a la pared del sur para mirar.

Desde aquel lado, la Torre Roja descendía en picado hasta el mar de Lamarsan. A su derecha se alzaban los muros y torres del Puerto de Turbansk. Al mirar hacia abajo, Hem tenía una vista aérea de la encarnizada batalla.

El «bum» que habían oído procedía de un barco-espólón que se había estampado contra uno de los muros del puerto. Hem pudo ver que estaba conducido por brujería, no por el viento ni por remeros; se movía demasiado, con ligereza sobre el agua. Mientras miraban, el barco reculó rápidamente desde el muro y volvió a dirigirse a él. Esta vez vieron que la pared cedía y una de las torres más pequeñas, de reciente construcción y no tan sólida como las otras, se derrumbó parcialmente. Las piedras se derrumbaron por el lateral de la montaña y cayeron salpicando dentro del agua. Hem vio que algunas diminutas figuras humanas caían con él, y con un repentino nudo en la garganta recordó que Saliman estaba defendiendo el puerto. Los que caían tenían pocas esperanzas de que los rescatasen: vio que los arqueros de los barcos negros les

disparaban en el agua.

—Eso es lo que Saliman dijo que haría Imank —le comentó Zelika por encima de hombro—. Dijo que habría ataques por tierra y por mar. E Imank planeaba enviar también a los cuervos de la muerte, para hacer que la defensa resultase imposible. Bueno, ya no hay cuervos de la muerte que les ayuden.

—Ya es lo bastante malo —repuso Hem. No era capaz de apartar los ojos del puerto.

Había tres barcos-espólón, protegidos por una media docena de dromones de batalla, uno de los cuales ya estaba partido en dos y flotaba sin rumbo en el agua, con el frente parcialmente en llamas. Bastante apartados de la inmediata batalla había una flota de barcos con velas y escudos negros sin ninguna figura pintados en los costados. En la cubierta de dromón había docenas de soldados, de modo que cada barco parecía estar lleno de lanzas clavadas.

Los dromones que estaban más cerca del puerto batallaban contra diez barcos turbanskianos, que eran más pequeños que los del Ejército Negro y más maniobrables; también estaban, según pudo ver Hem, dirigidos por magia. Su objetivo era tocar los barcos-espólón, pero estos estaban muy bien protegidos por los dromones del enemigo. Entonces, con un sonido silbante y mortal, algo salió catapultado desde una torre al lado del puerto y uno de los barcos negros estalló en llamas. De los muros del puerto parecía estar lloviendo fuego. El barco negro comenzó a arder tan de repente, de la proa a la popa, que Hem parpadeó; no conseguía ver de dónde procedía el fuego. Veía a gente saltando de la cubierta del barco en llamas al agua. De repente de las murallas del puerto parecía llover fuego; algunos proyectiles no impactaban en su objetivo y caían al agua, haciendo surgir enormes penachos de vapor, pero otros tocaron a tres de los dromones negros y a uno de los barcos-espólón. Los barcos de Turbansk atravesaron la línea de dromones y dos de ellos atacaron a uno de los barcos-espólón que quedaban, rompiéndole el casco de modo que comenzó, con una extraña lentitud, a escorar y después hundirse.

El último barco-espólón salió disparado hacia atrás, alejándose de los muros del puerto, y esquivó a los dromones de Turbansk. Hem veía que los barcos negros que quedaban también se estaban retirando hacia la flota que esperaba. Pero esta vez no sintió alborozo: tenía los ojos fijos en las docenas de figuras a las que veía luchando en el agua. No era capaz de distinguir quiénes eran defensores y quiénes atacantes. Uno de los dromones turbanskianos estaba lanzando cuerdas para sacar a los supervivientes del agua, pero Hem ya veía que la mayor parte estaban condenados a ahogarse. Apartó la vista de los humeantes restos de los barcos, que se elevaban hacia el cielo azul y despejado, sintiéndose mareado.

—Les hemos hecho retroceder —declaró Zelika con satisfacción.

—A una minúscula parte de sus fuerzas, eso es todo —dijo el guardia que había observado la batalla con ellos—. Y no podemos abandonar el puerto hasta que no hayamos destruido la flota. Esperan como lobos a que nuestros barcos abandonen su

refugio.

Hem no sabía cuánto tiempo llevaban mirando la batalla naval; le parecía que habían pasado siglos. Entornó los ojos en dirección al sol y se dio cuenta de que apenas se había movido. Todavía era pronto; la escaramuza que acaban de presenciar había durado muy poco tiempo.

—No me gusta nada esta batalla —le dijo a Zelika.

Ella lo miró con una expresión que él creyó una extraña compasión.

—Te guste o no, es contra nosotros —sentenció.

Mientras hablaba, el aire que los rodeaba se llenó de un batir, de alas, y el gran pelícano se posó sobre el muro occidental, replegó las alas y emitió un agudo chillido. En el aire era una grácil criatura, pero cuando aterrizaba parecía patoso y pesado. Llamó a Hem empleando el mismo apodo que le habían puesto los turbanskianos, Cuervo Blanco. El guardia pegó un respingo, alarmado; tan de cerca el tamaño y el aire salvaje del pelícano resultaban alarmantes. Hem se acercó agrandes zancadas y saludó respetuosamente al ave.

Hemos destruido a los cuervos de la muerte que volaban hacia aquí, dijo Ara-kin. Cayeron del cielo como la lluvia. Sus conexiones con la vida no son fuertes, mueren con facilidad.

Lo hemos visto, respondió Hem. Ha sido algo impresionante.

Los hechiceros negros lanzaban fuego para dispersarnos, continuó el pelícano. Muchos de los nuestros han muerto por tener el pico y las garras en llamas. Pero aun así hemos vencido.

Nuestro agradecimiento nunca será suficiente, declaró Hem inclinando la cabeza.

También hemos luchado por nuestros nidos. Ara-kin giró la cabeza y miró hacia el oeste. Hay más de esas criaturas malvadas. Los míos vigilan los cielos, y los verán cuando se muevan.

¿Cuántos más?, preguntó Hem consternado.

Por lo menos tantos como los que hemos matado, respondió el pelícano. Pero nosotros somos más.

¿También lucharéis contra ellos?, quiso saber Hem.

Ara-kin extendió las alas en un ostentoso ademán, y Hem dio un paso atrás sin querer; las alas del ave debían de ocupar más de medio metro. *Lucharemos contra ellos, respondió el pelícano. Tememos a los hechiceros negros, pero lucharemos contra ellos y les ganaremos. Vuestro enemigo es muy grande: no creo que podáis matarlos a todos.*

Tal vez no, replicó Hem. Pero debemos intentarlo.

Ara-kin volvió la cabeza y fijó su ojo amarillo en Hem. *Entonces luchad con valentía, igual que nosotros. Ve en paz, Cuervo Blanco. Envía a tu mensajero si deseas saber de nosotros.* Irc graznó asintiendo, y el pelícano se echó al aire desde el parapeto.

Hem miró al ave hasta que se convirtió en una diminuta mota en el cielo, después

se volvió y se encontró con que los soldados habían abandonado su vigilancia durante un instante y lo miraban con asombro, sin disimular.

—Bueno, ¿qué es lo que ha dicho Ara-kin? —preguntó Zelika.

—Ha dicho que hay más cuervos de la muerte, y que los están vigilando y los destruirán como han hecho con los otros —respondió Hem.

—Por la Luz, ¿se te ha ocurrido a ti esto? —dijo el soldado llamado Inurdar.

Hem se ruborizó y bajó la mirada.

—Fue algo que pensé en sueños —reconoció.

—*Lios Hlaf* no es el nombre que te corresponde —comentó otro guardia—. Deberíamos llamarte el Emperador de las Alas. ¡El General de los Pájaros!

Los demás soldados se echaron a reír, pero no había nada burlón en sus risas, tan solo una admiración cargada de estupor.

Hem no sabía cómo responder a sus bromas, de repente se sentía muy cansado. Ya había visto suficientes batallas.

—Tengo hambre —le dijo a Zelika—. Y quiero averiguar si Saliman está bien.

—Pues volvamos al Ernán —respondió ella—. Todavía es pronto, pero sé dónde están las cocinas.

—Comed mientras podáis —les aconsejó Inurdar—. Estas no son más que las primeras escaramuzas. La batalla real todavía está por comenzar.



«Resulta extraño», pensó Hem, «lo rápido que se puede acostumbrar uno a las cosas». Tras un solo día, estar sitiados por el Ejército Negro se convirtió casi en una rutina. Después de dos días, ya formaba parte de la textura de la vida de cada día. La gente comía, bromeaba, tocaba música e iba a defender su ciudad. La mayor parte volvían, pero algunos no. Ya no existían las despedidas informales; cada separación, sin importar lo pequeña que fuese, podía ser siempre la última; cualquiera podía tener mala suerte, y en cualquier momento. Aquello le aportaba a la vida una urgencia nueva, vivida. Aunque nadie hablaba de ello, Turbansk se sentía una ciudad condenada y, contra la oscuridad de su sino, su belleza parecía brillar con una conmovedora intensidad.

Solo por las tardes —cuando por consenso común los juglares y Bardos de todo Turbansk sacaban sus instrumentos y cantaban las hermosas epopeyas del Suderain a aquellos que no estaban vigilando las murallas— se permitía que el conocimiento de aquel hecho saliese a la superficie; si no resultaba demasiado duro de afrontar. Hem, a pesar de no ser nativo de Turbansk, sentía que aquella extraña mezcla de pánico y amor se le colaba hasta la médula de los huesos.

El ejército de Imank todavía no había conseguido irrumpir a través de las murallas de la ciudad; magia y misiles dirigían sus torres de asedio, y los arietes que pretendían derribar la puerta del oeste todavía no habían agujereado sus defensas. Pero, tal y como había hecho en la Muralla de Il Dara, el enemigo continuaba asaltando los muros de Turbansk en oleadas constantes, durante todo el día y toda la noche. Se las repelía, con más coste para el Ejército Negro que para los defensores; pero las fuerzas de Turbansk se veían tan enormemente superadas en número que cada pérdida suya era diez veces más grave que cualquiera de las pérdidas del enemigo. Turbansk se iba desgastando poco a poco, y el tiempo estaba con el otro bando. La flota enemiga aún guardaba las distancias con el puerto en el mar de Lamarsan, realizando ataques menores como el que había visto Hem, pero sin movimientos mayores. Por el momento la batalla se mantenía en punto muerto.

Aquello le daba a los turbanskianos la posibilidad de ocuparse de los problemas causados por los cuervos de la muerte. La gente se había encargado de limpiar las calles de cadáveres de cuervos cubriéndose la boca y la nariz con unos trapos

impregnados en pociones medicinales, para evitar el hedor y las infecciones, se habían quemado los cadáveres o se los había colocado en catapultas que los enviaban de vuelta al otro lado de las murallas, sobre el Ejército Negro. Ver las calles limpias de nuevo y poder caminar bajo el cielo suponía un alivio inexpresable, y la atmósfera en la ciudad se relajó de manera perceptible. Era verdad, tal y como había dicho el soldado de la torre, que los cuervos de la muerte habían supuesto una afrenta que superaba el daño que habían causado.

Los pájaros de Turbansk habían destruido por completo a las bandadas de cuervos de la muerte en un par de incursiones más. Ara-kin se había acercado a Hem en el Ernan aquella noche para darle la noticia, posado en el alféizar de la ventana de su cuarto. Hem todavía se sorprendía de lo grande que era el ave, de lo salvaje, feroz y vivo que parecía contra los confines de la habitación.

Esa es un noticia esperanzadora, había dicho Hem. *¿Cómo podemos darte las gracias?*

Destruid la maldad, había respondido el pelícano. *Eso será suficiente.*

Hem había dudado antes de responder, al pensar en el gran ejército que había en las murallas. *¿Qué esperanza tenían? Eso es todo lo que deseamos*, respondió.

Ara-kin inclinó la cabeza, y después saltó al aire con un gran batir de alas y se fue.

Zelika y Saliman, que habían venido a compartir la comida de la noche, observaban al muchacho y al pelícano desde el interior del cuarto, su delgada figura se recortaba contra la luz dorada que se colaba por la ventana. Cuando Hem se volvió, vio que los otros tenían la mirada clavada en él. Se unió a ellos en los cojines que rodeaban la mesita baja, sintiéndose de repente muy cohibido.

—Lo que has hecho ha estado muy bien, Hem —dijo Saliman en voz baja.

—Tan solo fue a partir de un sueño —se excusó Hem con torpeza. Todavía le resultaba difícil aceptar las alabanzas con cortesía.

—Pero tuviste la idea. Cualquier otro la hubiera desechado como una locura. Y ha funcionado. —Saliman cogió un higo, lo rasgó para abrirlo y sonrió estudiando su intenso color—. Esta tarde he escuchado a un cantante que ya estaba convirtiendo la Batalla de los Pájaros en canción. Todo el mundo está cantando las hazañas del Cuervo Blanco.

—Lo hicieron todo los pájaros —murmuró Hem. Quería cambiar de tema.

—No, Hem, acepta un cumplido cuando te lo mereces —dijo Saliman—. He de decirte que Zelika y tú estáis llamados a presentaros ante la Ernani a la hora de la novena campanada. Desea escuchar de tus labios cómo fueron derrotados los cuervos de la muerte. Tal vez sea por eso por lo que se estaba componiendo la canción.

Hem se ruborizó e inclinó la cabeza para ocultar su confusión. «Se esperará de mí que hable con la Ernani», pensó distraído; deseó que la boca no se le quedase tan seca como la última vez.

Tras la comida Saliman guio a Hem y Zelika por el palacio, dejando atrás a un

indignado Irc. Cuando ya habían atravesado una docena de salas, Hem estaba desesperadamente perdido. Aquella vez no iban al salón del trono sino a una sala más pequeña, aunque no menos hermosa, en los aposentos en los que vivía Har-Ytan. Para asombro de Hem, cuando Saliman llamó a la puerta fue la propia Ernani quien abrió la puerta de su estancia y los invitó a pasar.

Hem parpadeó. Har-Ytan parecía un ser diferente a la regia mujer a la que había visto en el salón del trono; tenía unas dimensiones más humanas, pero aun así era impresionante. Llevaba el cabello trenzado apartado del rostro, y una delgada túnica de damasco dorado liso sobre una camisa blanca y pantalones. Tenía los pies desnudos, pero era más alta que Saliman. Olía a almizcle y a jazmín. Tras ella Hem vio que tres o cuatro personas se levantaban para saludarlos de unos sillones bajos colocados alrededor de una mesa de ébano en la que había una jarra de plata y copas.

—Bienvenidos —dijo Har-Ytan mirando a Hem—. Perdona la informalidad; este es el único tiempo de recreo que tengo.

Hem miró a Har-Ytan, y para su consternación descubrió que su propia mandíbula parecía estar cosida con alambre. Zelika le dirigió una mirada de reojo que le pareció ser burlona.

—Nos damos cuenta del honor que nos rendís, mi Señora —declaró Saliman—. Ya habéis conocido a Cai de Pellinor. —Hem inclinó la cabeza con el rostro de color escarlata por la humillación—. Esta es Zelika de la Casa de Il Aran, de Baladh.

—¿La Casa de Il Aran? —Har-Ytan miró directamente a Zelika, cuya mirada se encontró con la de ella.

—Yo soy todo lo que queda de aquella Casa, Fuente de la Luz —dijo—. Mi espada es vuestra, hasta que muera. —Se arrodilló con elegancia, y Har-Ytan le tocó la cabeza.

—Levántate, Zelika de la Casa de Il Aran, y olvida tus penas durante este breve momento —pidió—. Veo que, por joven que seas, eres sin duda digna de tu noble casa. Venid, aquí hay frutas, confites y vinos dulces.

Hem miró a Zelika con curiosidad mientras se acercaban a los sillones. Por la seguridad que había en sus movimientos veía que, a diferencia de él, ella sabía cómo comportarse en tales circunstancias. Se sentía tan rígido y torpe como una marioneta.

Recostado en uno de los sofás había un hombre muy guapo y considerablemente más joven que la Ernani, que resultó ser el consorte de Har-Ytan, Mundar. Hem también reconoció al capitán de la Guardia del Sol, Il Hanedr, y a Juriken, el Primer Bardo de Turbansk. Para su confusión, también reconoció a Alimbar el Nad, el cónsul de Har-Ytan, cuyo jardín había saqueado unas semanas atrás, en otra vida. Alimbar le dirigió una mirada desconfiada, con los ojos entrecerrados, cuando asintió a modo de saludo. Junto a los vinos y confites, Hem vio que había mapas e informes extendidos sobre la amplia mesa; estaba claro que habían estado hablando del asedio.

—¿Así que los niños nos van a enseñar el camino a seguir? —dijo Juriken mientras se acercaba para darle la mano a Hem—. He de confesar que discutí con

Saliman cuando me aseguró que había decidido que te quedarías en Turbansk. ¡Pero ya ha conseguido convencernos a todos! —intercambió una sonrisa amistosa con Saliman y volvió a mirar a Hem.

Juriken tenía el cabello blanco y rapado al ras de su cabeza negra, y su rostro estaba lleno de marcas de la edad, pero los ojos que miraban a Hem estaban cargados de una risa joven, absolutamente libre de malicia. Hem tragó saliva y sin querer miró a Alimbar. En el rostro del hombre había una expresión amarga, como si lo estuviesen forzando a ser educado con una boñiga. Aquello hizo que Hem se sintiese momentáneamente ultrajado, lo que tuvo el efecto de desatarle la lengua.

—No he sido yo quien lo ha hecho —afirmó—. Han sido los pájaros de Turbansk. Han sido ellos los que han derrotado a los cuervos de la muerte, no yo.

—Se dice que los mejores héroes son los más modestos —observó lánguidamente Mundar desde el sillón—. Este chiquillo debe de ser el mayor de todos. Apenas es capaz de admitir sus hazañas. —Se quedó mirando a Hem con sorna.

Antes de que Hem pudiese reaccionar, Har-Ytan habló:

—No es algo tan extraño. La mayor parte de la raza humana es más modesta que tú, Mundar —dijo. A este no se le escapó el tono crispación que había en su voz y, contra su voluntad, se ruborizó. Le dirigió a Hem una mirada rencorosa y volvió la cabeza intencionadamente—. Ahora, Cai de Pellinor —continuó ella—. En la ciudad se te llama *Lios Hlaf*, el Cuervo Blanco, a causa de tu mascota. ¿Es así como prefieres que se te conozca?

—Mi Señora —dijo Hem—, mi verdadero nombre es Hem. E Irc no es mi mascota, es mi amigo.

Har-Ytan sonrió, y el estómago de Hem, que se había contraído de pánico por su mala educación al corregir a la Ernani, se relajó.

—Hem —pronunció ella—. Extraño nombre. No es annariense, me parece. —Le tendió una de las copas de plata llena de un líquido dorado. Hem le dio un trago nervioso y sintió que el licor le bajaba temblando por el cuerpo hasta los dedos de los pies, pero agradeció eternamente no haber escupido.

—No, mi Señora —dijo—. Es un nombre Pilanel. Así es como se me ha llamado durante toda mi vida.

—Eres Bardo —observó ella—, pero no prefieres tu nombre Bárdico. ¿No es extraño? ¿Se te ha dado ya tu Nombre Verdadero?

—No, mi Señora.

—¿Y deseas tener un Nombre Verdadero?

—No lo sé, mi Señora. —Sus preguntas y la mirada pensativa que le dirigía le hicieron sentir incómodo.

—Tan solo unos pocos Bardos renuncian a sus Nombres Verdaderos —afirmó—. Los mejores y los peores.

Hem no sabía qué quería decir la Ernani. El único Bardo del que sabía que había renegado de su nombre era el Sin Nombre. ¿Le estaba diciendo que él era malvado?

Hem se sentía completamente confundido entre aquella gente. Le dio otro sorbo a la copa de plata y miró a Saliman, suplicante.

—Mi Señora, olvidáis el poder de vuestra presencia —dijo Saliman mientras un esbozo de sonrisa le levantaba las comisuras de los labios—. Hem todavía es muy joven.

—Pero ya ha resuelto un problema que desconcertaba incluso a Il Hanedr, el mayor capitán de esta ciudad —afirmó Har-Ytan.

Ante aquel comentario, Il Hanedr le sonrió a Hem.

—No teníamos ni flechas ni Bardos suficientes para hacerlos caer a todos del cielo —explicó—. Y lo cierto es que no podríamos habernos enfrentado a más ataques: recoger los cadáveres que ya había necesitó de todos los recursos que podíamos dedicar, y la enfermedad que contagian nos costó muchos luchadores. Nadie pensó en invocar a criaturas, aunque se emplearon criaturas contra nosotros.

—Los pájaros de Turbansk dicen que los cuervos de la muerte no eran criaturas —le corrigió Hem—. No conocían el Habla. Irc dijo que estaban locos. —Se estremeció, pensando en el cadáver de dos cabezas que había visto en los aposentos de Saliman, la manera en la que las plumas se soltaban de la piel del cuervo, como si no estuviesen bien unidas—. De alguna manera es como si solo quisiesen morir.

—Sería propio del Sin Nombre crear bestias que tan solo anhelan la muerte —comentó Juriken pensativo—, ya que la vida es lo que los animales nos pueden enseñar: cómo el momento presente lo es todo, y el pasado y el futuro son ilusiones.

—Tal vez sea esa la maldad de la que nos habló el rey pelícano —dijo Zelika, mirando a Hem para echarle una mano; pero este había vuelto a perder el hilo y se limitó a asentir. Se produjo una breve pausa.

—Tengo curiosidad por saber cómo se te ocurrió, y por qué tienes tal autoridad sobre los pájaros de Turbansk —quiso saber Har-Ytan—. Estoy acostumbrada a las maneras de los Bardos, pero continúa resultándome algo maravilloso.

—Siempre he hablado con los pájaros. Y soñé con los cuervos de la muerte —respondió Hem—. Cuando tenía fiebre soñé con los pájaros, y cuando me desperté supe lo que había que hacer.

Har-Ytan mantuvo su oscura mirada clavada en el rostro de Hem, y este bajó la vista, desconcertado por una agudeza de la que no había sido consciente; Har-Ytan no era solo poderosa, sino también sutil de una manera que no podía ni adivinar.

—Un soñador —dijo por fin Har-Ytan—. Tu hermana también es soñadora. Tal vez sean los sueños de nuestros jóvenes los que dirijan nuestro camino entre las sombras que nos acosan. Me alegro de conocerte, Hem, te doy las gracias por lo que has hecho.

—Me siento honrado, mi Señora —declaró Hem con la voz cargada de emoción. De repente deseó con todas sus fuerzas que Maerad estuviese allí, a su lado; ella no se sentiría tan intimidada; miraría a Har-Ytan a los ojos y le respondería con su franqueza tan especial. Los hombros se le relajaron.

Aunque la gente estaba siendo muy amable con él, a Hem no le gustaba ser el foco de tanta atención. Mundar lo ignoraba deliberadamente, Alimbar parecía estar ocultando que se había tragado una mosca, y por lo demás Hem se sentía como si se le estuviese dejando en ridículo delante de las personas más importantes de Turbansk. Har-Ytan, consciente de su turbación, comenzó a charlar con Saliman, y la conversación se volvió más general. Hem expulsó el aire aliviado, como un niño pequeño, cuando pensó que nadie lo estaba mirando. No se dio cuenta, como sí hizo Zelika, de que Saliman miraba hacia él y sonreía para sí, como si se sintiese complacido. Zelika, que estaba sentada al lado de Hem, le tomó la mano y se la apretó. Hem la miró sorprendido. Tenía los ojos brillantes a causa de algo que él sospechó que era la risa contenida.

—Se te pone la cara de color rojo brillante —susurró—. Es muy extraño, para tener la piel pálida.

Hem sonrió avergonzado, pero no dijo nada. Normalmente se hubiera ofendido, pero ahora la tomadura de pelo de Zelika le hacía sentirse un poco mejor.

Poco después un juglar que portaba un dulcémere entró en la sala e hizo una reverencia.

—Bienvenido, Ikarun —lo saludó Har-Ytan—. Ahora —dijo mientras se volvía hacia los demás— vamos a escuchar algo que elevará nuestros corazones.

—Con vuestro permiso, Oh Fuente de la Luz, y mis señores y señoras —el juglar se inclinó y dijo—: deseo tocar una nueva canción, para vuestro deleite. —Inclinó la cabeza en señal de cortesía hacia Hem, tocó un acorde y comenzó a cantar con una voz sonora y hermosa.

Hem pensó en lo que había dicho antes Saliman acerca de escuchar una canción escrita sobre la Batalla de los Pájaros, y comenzó a sentir calor en la cara. Percibía a Zelika a su lado, y sabía sin mirarla que estaba intentando no reírse.

*Canto sobre un chico venido del norte
con un pájaro en el hombro, Lios Hlaf,
bálsamo en sus manos y Habla en su lengua,
llegó en las horas más duras,
en las horas más duras...*

Tal y como había especulado Hem, la canción era sobre la Batalla de los Pájaros. No resultaba completamente desagradable ser alabado como un gran héroe, aunque Hem más que percibirlo lo sabía; la experiencia le hacía sentirse demasiado cohibido para divertirse de verdad. Cuando la canción terminó todo el mundo se puso a aplaudir, el juglar hizo otra reverencia y abandonó la sala.

—Cualquier victoria en estos tiempos es merecedora de una celebración —sentenció Har-Ytan—. Es por eso por lo que te alabamos, Hem, el más joven y modesto de los generales. —Después, sonriendo de una manera muy poco propia de

una reina, se inclinó y le pellizcó la mejilla como si fuese un bebé. Hem creyó que nunca pararía de ruborizarse.

Entonces Zelika, incapaz de contenerse, estalló en risillas. Har-Ytan la miró retorciendo la boca y ella también se echó a reír, con tanta libertad como si no fuese la reina de una ciudad que pronto podría quedar aplastada y reducida a escombros por el ejército que había a sus puertas.

No todos los que habían sido atacados por los cuervos de la muerte habían tenido tanta suerte como Hem; muchos habían enfermado y unos pocos habían muerto. El día después de que se hubiese convocado a Hem ante la Ernani, Oslar había vuelto a solicitar su ayuda en las Casas de Curación, y durante los días que siguieron Hem y Zelika pasaron buena parte de su tiempo allí. Resultaba extraño, pero parecía que estas habían permanecido intactas ante las batallas que tenían lugar en el exterior: un aire de tranquilidad llenaba las frescas salas, y los curanderos se movían en silencio entre pacientes, serios y sin prisas.

Había muchos enfermos a causa de la fiebre de los cuervos, y Hem se quedó espantado al ver lo mal que estaban. Él se había recuperado tan bien que no había vuelto a pensar en su propia enfermedad. Oslar había inspeccionado personalmente a Hem, con el ceño fruncido, antes de permitirle trabajar, y este se había sometido a ello con un suspiro de impaciencia apenas disimulado; pero ahora se percataba de por qué Saliman estaba tan preocupado.

—Has tenido suerte, muchacho —había comentado Oslar después de haberle tomado el pulso y la temperatura, examinado el iris, dándole golpecitos en los codos y rodillas y asegurando de que su apetito era normal—. Eres más resistente que nuestros luchadores más duros. Hay hombres fuertes que se han marchitado a causa de esta enfermedad.

—Saliman me curó —respondió Hem.

—Es un gran curandero —afirmó Oslar—. Desearía contar con sus habilidades aquí, y lamento que se vea forzado a pasar su tiempo matando en lugar de curando. Pero yo soy como mínimo igual de bueno que Saliman, y tan solo he conseguido apartar la enfermedad de la sangre de unos pocos; y aun así, han permanecido postrados en la cama durante días.

—¿Hay muchos enfermos? —preguntó Hem.

—No tantos como podría haber. Te encontrarás con más heridos a causa de las flechas y el fuego que a causa de los cuervos de la muerte. Pero eso es gracias a ti, según he escuchado. —El viejo Bardo sonrió, y Hem se ruborizó y tartamudeó:

—No fui yo, fueron los pájaros de la ciudad... —consiguió decir.

—En ti hay más de lo que está a la vista. —Oslar miró a Hem a los ojos y una suave luz se encendió en la visión interior del chico al sentir el toque de la mente del Bardo sobre la suya propia. Se produjo un breve silencio y Oslar suspiró—.

Comienzo a comprender por qué Saliman te ha mantenido aquí, aunque él posee su propio Saber, que para mí resta oculto. ¿Acaso hay algún conocimiento que no entristezca a su conocedor? Pero hay muchas tareas que me reclaman. Ven, Hem, te necesito para cuidar a los que están en la Sala de los Faroles, para dejarme libre a Urbika.

Hem siguió a Oslar, extrañado por lo que le acababa de decir. ¿Qué pensaría Saliman que podía hacer él en la guerra contra el Sin Nombre? Ahora que había visto su magnitud, no creía que él pudiese hacer nada, pero Saliman parecía pensar que tenía algún papel que desempeñar. Tal vez algún día le diría cuál era.

En la Sala de los Faroles Hem atendió a pacientes con heridas relativamente poco serias, como laceraciones en carne viva o huesos con roturas limpias. Aquellos que eran capaces de caminar no se quedaban en las Casas de Curación, ya que no había camas suficientes; en lugar de aquello se los enviaba a la ciudad, y venían por las mañanas y las tardes a recoger pociones o ungüentos o para que les cambiaran las vendas. En las Casas de Curación había una sensación de paz; los gruesos muros mantenían en el exterior el clamor de la batalla y el calor asfixiante del día. Los heridos yacían sobre jergones sin quejarse, observando cómo la luz del sol se filtraba por las rejillas de las ventanas y se movía con lentitud por las paredes de color azul claro, o hablaban en voz baja entre ellos. La mayoría del tiempo Hem estaba solo, y caminaba con seguridad de una cama a otra, atendiendo a las diversas necesidades: agua por aquí, un nuevo vendaje por allí, un ungüento o una poción o un encantamiento para aliviar el dolor en alguna otra parte.

Hem nunca había sido un muchacho dado a reflexionar, pero en los frescos y amplios espacios de las Casas de Curación, entre una tarea y la siguiente, se halló rumiando de una forma nueva. Verse en una posición de confianza, ser necesitado, era un sentimiento nuevo para él, y Hem decidió que le gustaba. Se había corrido el rumor de que el extraño chico annariense del pájaro blanco trabajaba en las Casas de Curación y se había deshecho de los cuervos de la muerte. Los desconocidos lo saludaban con una sonrisa en la musical lengua de Turbansk, llamándolo por su apodo, *Lios Hlaf*, y se sometían sin cuestionamientos a sus ayudas; nadie ponía reparos a su edad. Le gustaban las sonrisas de los guerreros cuyas heridas curaba, sus dulces agradecimientos. Le gustaba la sensación de pertenecer a algún sitio.

Se recordó a sí mismo en la época en la que había llegado a Turbansk: era como pensar en un desconocido. Ahora ya no sentía ninguna necesidad de enfadarse con los Bardos; lo que en su ignorancia inicial le había parecido condescendiente e insultante, ahora le resultaba un amistoso respeto.

A veces, pese al hecho de que trataba a soldados heridos, Hem solo recordaba que Turbansk estaba en guerra cuando salía de las Casas de Curación para realizar la comida de la noche y oía el débil sonido de la batalla traído por el viento. El darse cuenta de ello siempre venía acompañado por una conmoción que le tensaba la piel y le provocaba un extraño sentimiento de irrealidad: se sentía más en paz consigo

mismo de lo que lo había estado nunca, pero aun así nunca se había visto en un peligro mayor. «Ojalá», pensaba Hem, «no hubiera llegado en tiempos de guerra, ojalá hubiera podido vivir aquí y aprender de Oslar el arte de la curación».

En tiempos así pensaba en Maerad; recordaba una curiosa expresión que algunas veces había visto en su rostro cuando observaba a los estudiantes de Nelac en Norloch. Ahora le parecía entenderlo. En alguna ocasión Maerad le había comentado lo mucho que deseaba poder quedarse en Norloch, Innail o Gent, donde podría aprender las caligrafías de Annar y los Siete Reinos, y estudiar la tradición de los Bardos. Cuando hablaba de sus ansias de aprender la voz se le quebraba ligeramente a causa de la emoción, ya que parecía que aquello nunca ocurriría: en lugar de llevar la vida tranquila y estudiosa de un erudito, estaba condenada a seguir oscuros caminos en una peligrosa odisea.

Para Hem, los anhelos de Maerad resultaban difíciles de comprender: ¿por qué iba a querer nadie trabajar tan duro en algo que parecía tan seco y polvoriento; cuando podías partir en buscar de aventuras? La imaginación de Hem estaba repleta de heroicas historias que se había inventado para tranquilizarse en la oscuridad de su infancia. Pero ahora que se había encontrado con un peligro real, había descubierto que, después de todo, Maerad tenía razón. Cuando estaba en las Casas de Curación, una luz se encendía en su interior: había descubierto algo que quería hacer en la vida, y ardía en deseos de aprender su arte, igual que ella, Hem se había dado cuenta de lo que quería justo cuando parecía que estaba a punto de ser destruido.

Ahora que los cuervos de la muerte ya no atacaban Turbansk, había dejado la armadura en su cuarto y la miraba con recelo cuando se iba a dormir. La idea de que podría tener que luchar y matar a alguien lo llenaba de un horror que no se atrevía a admitir ante Zelika. Odiaba al Ejército Negro, y las terribles heridas que había visto en los niños de Baladh habían conseguido que el corazón le ardiese de ira; sabía que la Oscuridad había destruido a su familia y arruinado su vida, pero a veces se preguntaba si sería capaz de matar ni tan siquiera a un Gluma. Se sentía avergonzado. Ni siquiera cuando los Glumas lo habían amenazado con cortarle la garganta si se negaba a asesinar a un niño —ahora le parecía que de aquello hacía mucho, mucho tiempo— había sido capaz de levantar la mano. No tenía ningún problema en romperle la nariz a nadie, pero extinguir la vida de otro ser humano era algo diferente. Le faltaba la implacabilidad de Zelika.

Al mismo tiempo, pese a su promesa de asesinar a tantos miembros del Ejército Negro como pudiese, Zelika trabajaba en las Casas de Curación con Hem, y hacía con él el camino de vuelta a sus aposentos en el Ernan cada noche. Él se encontraba ligeramente sorprendido de que ella no hubiese exigido ir a las murallas para luchar junto a los soldados que estaban allí, pero cuando le había preguntado el porqué ella le había dirigido una mirada burlona y había apartado la espada.

—Quiero verles la cara cuando los mate —respondió—. Quiero que me vean la cara a mí. Las flechas no valen. Habrá tiempo de sobra para matar cuando caigan las

murallas.

La fría seguridad de su respuesta provocó que Hem se estremeciese y no hiciese más preguntas.

Durante los siguientes días, a Hem no se le escapó que el asalto de Turbansk estaba aumentando en ferocidad. El flujo de heridos que llegaban a las Casas de Curación aumentó considerablemente, y las heridas eran más serias. A Hem se le llamó para ayudar a Oslar con los casos más graves en una sala llamada la Cámara de las Amapolas, denominada así porque allí la tintura analgésica que se destilaba de las amapolas, el madran, se empleaba muy a menudo. Vio soldados con quemaduras similares a las que había visto en los refugiados de Baladh, y oyó, con un escalofrío de consternación, que los soldados-perro ya realizaban los primeros asaltos sobre la ciudad. Cada noche, mientras Hem caminaba cansado hacia el Ernan para comer algo, el olor a quemado flotaba en el suave aire nocturno, y notaba el sabor amargo de la ceniza en la lengua. Ya quedaban pocas veladas de canciones. A menudo volvía a las Casas de Curación tras la cena, ya que no había suficientes curanderos para tratar las heridas, y trabajaba hasta bien entrada la noche. Su frágil sensación de paz estalló como una burbuja y desapareció por completo.

Zelika continuaba yendo a trabajar con él a las órdenes de Oslar, manejando el mortero obediente y con paciencia para machacar hierbas medicinales, o llevando recados. Ella también parecía consumida y deprimida, y su boca se había convertido en una adusta línea de cansancio. Ya no le hablaba a Hem de luchar, y en los pocos momentos libres que tenía, él se preguntaba si el sufrimiento que estaba viendo habría apagado su pasión de venganza.

Podría haber sido el calor, que era implacable. Los días de finales de verano se abalanzaban sobre la ciudad como un león hambriento. En tiempos de paz, las calles de Turbansk estaban vacías desde que el rocío de la mañana se había evaporado en el calor del día, la población se retiraba a los cuartos interiores de las casas para dormir hasta que llegaba el frescor de la noche, cuando la ciudad volvía a cobrar vida. Pero ahora Turbansk estaba despierta a todas horas, agujijoneada por el sol implacable tanto como por el enemigo que tenía a las puertas.

A veces, por la noche, la ciudad tardaba horas en refrescarse. Entonces los que tenían la suerte de vivir en el interior dormían en los tejados de las casas, bajo las estrellas. Cerca de las murallas resultaba demasiado peligroso: el Ejército Negro mantenía un asalto constante durante toda la noche, cada noche, cargando contra la ciudad con catapultas cargadas de rocas o, lo que resultaba más peligroso, fuego mágico líquido: unos misiles candentes con una cola roja que atravesaban el aire de la noche con una extraña y terrible belleza y aterrizaban estallando en llamas, encendiendo todo lo que había a su alrededor.

Cada día que pasaba parecía más desalentador, y un miasma de desesperación comenzaba a inundar la ciudad como una niebla maligna. Una cosa era hablar de luchar hasta la muerte contra un enemigo al que no se podía derrotar, y otra bien

diferente aguantar, día tras día, consumidos por el calor, mientras tus amigos morían uno a uno a tu alrededor, enfrentándose a un ejército que continuaba siendo, pese a cada pequeña victoria, abrumador como un océano. «Si por lo menos comenzase el verdadero asalto», murmuraban algunos, no sería tan terrible, «pero el Capitán Negro espera y contiene el fuego mientras nuestras mejores fuerzas se van desgastando en escaramuzas menores. Lo peor está por venir».

Otros reclamaban una salida valiente contra el enemigo, hacer retroceder definitivamente al ejército de las murallas de la ciudad, aunque cualquiera que tuviese ojos no podría sino saber que aquella era la estupidez más suicida. Otros comenzaban, en voz bajita, a hablar de abandonar la ciudad. ¿Por qué morir por una ciudad que ya está condenada? Miraban temerosos hacia la superficie brillante del mar de Lamarsan, donde aquellos que poseían una vista más fina ya veían una oscura naviera de barcos que se agrupaban amenazadores en la distancia. «Tal vez nos quedemos aquí porque no podemos salir», decían los murmuradores, «la salida marítima está bloqueada, y estamos aquí atrapados, y moriremos queramos o no. Es demasiado tarde», decían los murmuradores, «demasiado tarde...».

Hem no volvió a ver a Har-Ytan ni a Juriken, y apenas veía a Saliman. Debajo de cada momento de su vida se hallaba el pánico sutil a que cada breve conversación pudiese ser la última; no sabía cuáles eran las labores de Saliman, pero sabía que nunca estaba lejos del peligro. Cuando lo veía, el Bardo estaba demasiado cansado para hablar, y ya apenas sonreía. Se quedaba mirando a Hem con sus ojos oscuros e inescrutables, le preguntaba cómo estaba, asentía y se sumía en el silencio.

Tan solo Irc parecía continuar intacto ante la creciente desesperación que invadía Turbansk. Le contaba a Hem, con una risilla ronca, que eran buenos tiempos para él: estaba haciéndose con una impresionante colección de cucharillas, botones y otros tesoros brillantes que birlaba en el palacio y había escondido en algún lugar bajo los alerones del tejado. Cuando dormía, Hem se sentía reconfortado por la presencia de Irc, y a menudo, como si lo supiese, el pájaro no dormía en su percha, sino acurrucado sobre la cama del niño, junto a su cuerpo, cantándose a sí mismo para dormirse.



AL FILO
DE LA CATÁSTROFE

IX

Ya que Hem no era nativo de Turbansk ni del Suderain, no conocía a la mayoría de las personas a las que cuidaba. Los hombres y mujeres a los que atendía eran desconocidos, y aprendió a endurecer su mente contra su sufrimiento, para hacer lo que se tenía que hacer para aliviar sus heridas. Si se hubiera percatado por completo del horror de todo lo que veía, se hubiera derrumbado de angustia y no habría sido útil; así que le había vuelto la espalda a comprender aquello y en su lugar se había concentrado en conjuros de curación y bálsamos, en componer huesos y aliviar dolores. No le había ido tan mal en la Sala de los Faroles, donde no estaba en peligro la vida de ninguno de sus pacientes; pero ahora que volvía a ayudar a Oslar, veía cosas terribles.

El quinto día trajeron a un hombre en una camilla. Estaba sobre la Puerta Oeste, donde la batalla era más encarnizada, y le había acertado uno de los proyectiles malignos que el Ejército Negro catapultaba sobre los defensores que luchaban sobre las murallas. Cuando golpeaban en el blanco, los proyectiles explotaban en un mortal granizo de trozos de hierro con pinchos y una especie de fuego mágico: llamas líquidas que ardían sobre la piel de cualquiera que fuese tan desafortunado como para cruzarse en su camino. La mayor parte del proyectil había impactado sobre el brazo y el hombro derechos del hombre, que ahora eran una masa de carne destrozada y quemada, apenas reconocible como parte de un ser humano. Otra pieza de metal se le había clavado en el estómago y, aparte de las múltiples laceraciones que tenía en el resto del cuerpo, tenía el muslo derecho tan aplastado que por la piel asomaban astillas de hueso.

Hem le echó un vistazo al hombre y supo que estaba condenado; era sorprendente que todavía estuviese vivo. Su piel tenía el tono grisáceo y polvoriento de quien ya está muerto, y su respiración era ronca e irregular. Tenía el rostro salpicado de sangre, la saliva se le había secado en las comisuras de la boca formando una espuma blanca salpicada de negro. «Por lo menos», pensó Hem, «no siente nada...». Pero entonces, para asombro y angustia del muchacho, el hombre giró la cabeza y abrió los ojos, mirándolo fijamente. Con un escalofrío helado que le descendió hasta la planta de los pies, él reconoció a Boran, el vendedor de café.

Hem ya tenía en la mano la poción de madran, la tintura de amapola que aliviaba

el dolor, y levantó suavemente la cabeza de Boran para metérsela en la boca. Boran se movió y sus ojos borrosos se volvieron claros y presentes. Pese a lo extremo de su situación, intentó sonreír.

—Eres el chico del pájaro, ¿verdad? —Boran tenía la mirada fija en Hem, como si fuese lo único que quedaba en el mundo. Este asintió.

—Hola, Boran —susurró él, inclinándose para acercarse a la cara del hombre—. Bebe esto. Te aliviará el dolor. —Acercó la poción a los labios de Boran, pero este apartó la boca.

—Me dormiré, ¿sí? Y no me despertaré. —Boran hizo una mueca de dolor e intentó respirar trabajosamente.

—No, te despertarás —dijo Hem, sabedor de que estaba mintiendo—. Todo irá bien.

—Eh, muchacho, me conozco las mentiras de los curanderos. —Boran tragó saliva entre convulsiones, y su cuerpo se estremeció—. No intentes engañar al viejo Boran. Sé lo que me espera. De todas maneras, no siento nada. —Cerró los ojos durante un instante y después volvió a mirar a Hem fijamente, intentando hablar. Hem se le acercó más—. No me arrepiento de nada, muchacho —continuó—. He luchado con honor. Me alegro de haber enviado a mi hija lejos. Pero al mismo tiempo... —Boran cerró los ojos y Hem, tras dejar la poción a un lado, le secó la frente y la boca con un trapo húmedo, con el corazón encogido por la pena—. Al mismo tiempo —murmuró, tan bajito que Hem apenas podía escuchar lo que decía—, me hubiera gustado volver a verla. Es adorable, mi Amira, adorable. Era adorable cuando nació, y lo es ahora. —Se quedó muy quieto y Hem se preguntó durante un instante si estaría muerto, pero entonces Boran volvió a abrir los ojos—. Si ves a Amira, dile que la quiero —dijo, en un tono repentinamente claro y fuerte—. Dile que la veré en las Puertas, y que pensaba en ella cuando... Pensaba en ella... —se detuvo en seco y Hem se inclinó sobre él mientras las lágrimas comenzaban a brotarle de los ojos.

—Se lo diré —afirmó con fervor tomando la mano de Boran, la que no estaba tan destrozada que resultaba irreconocible, entre las suyas—. Se lo diré, te prometo que se lo diré. —Pero Boran ya estaba muerto, sus ojos congelados miraban al vacío. Una gota cayó sobre el rostro inmóvil, y Hem se percató de que estaba llorando.

Permaneció inclinado sobre el cadáver durante un largo rato, hasta que Oslar, que estaba ocupándose de otro soldado que padecía heridas graves, se percató. El viejo Bardo llamó a otro curandero para que lo relevase en su tarea, se acercó a él y lo abrazó sin decir nada. Hem comenzó a sollozar entre convulsiones y Oslar, con una fuerza que Hem no sospechaba que poseyese, lo levantó como si fuese un niño pequeño y lo llevó al cuarto contiguo, un diminuto almacén, donde lo sentó en un banco bajo y se colocó a su lado, rodeándole los hombros con el brazo.

—Era Boran, el vendedor de café del mercado —explicó Hem cuando pudo volver a hablar—. Acaba... acaba de morir.

Oslar asintió mirando a Hem con compasión y preocupación, y le cogió la mano.

—Creo, Hem, que te hemos pedido demasiado —dijo por fin—. Tienes una habilidad innata como curandero que es asombrosa, y nos vemos en tal necesidad que he olvidado que todavía eres un niño.

Hem se limpió las lágrimas de los ojos con impaciencia.

—Estoy bien —dijo, con la voz ronca—. Quiero ayudar, no soy un bebé.

—Eres un niño, Hem. —Oslar lo miró muy serio—. Un niño poco habitual, es cierto, pero un niño al fin y al cabo.

—Odio la guerra —declaró Hem repentinamente, con gran pasión—. Odio todas estas matanzas. No sirven para nada. Es un... desperdicio. Un desperdicio terrible. — Sintió que las lágrimas volvían a surgir de su interior, todo un mar de lágrimas, que nunca sería suficiente para expresar su pena.

—Mi querido muchacho —dijo Oslar. Era demasiado sabio para proporcionarle a Hem un falso consuelo, y se limitó a abrazarlo. Continuaron allí sentados sin hablar durante un rato. Entonces Hem recordó dónde estaban y se cuadró de hombros.

—Te estoy apartando de personas que te necesitan —dijo. Miró a Oslar, con el rostro todavía anegado de lágrimas, y el viejo Bardo sonrió, con una sonrisa dulce y amable que contenía más congoja que alegría.

—No hay mayor dolor para un curandero que verse forzado a atender heridas que no podrá curar —sentenció—. Tienes razón, Hem. Es un desperdicio terrible. —Se produjo un breve silencio.

—Bueno, pues volvamos —dijo Hem.

—Creo que deberías volver a casa —sugirió Oslar—. Por lo menos un rato.

—No —respondió Hem. Se levantó y miró a Oslar a los ojos, con todo el cuerpo tenso por la determinación—. No, Oslar, me necesitas aquí; ya lo has dicho. No puedo irme a casa, me sentiría mucho peor. Deja que me quede.

Oslar estudió atentamente el rostro de Hem, como si lo estuviese midiendo, y volvió a sonreír con tristeza:

—Como desees, hijo. Tienes razón, necesito tu ayuda. —Él también se puso en pie, suspirando profundamente, caminaron sin hablar de vuelta a la Cámara de las Amapolas y retomaron su trabajo.

Aquella noche, Saliman se unió a Zelika y Hem en la comida de la noche. Cuando entró en la sala le dirigió a Hem una severa mirada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó antes de saludar a Hem—. Hoy ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Oh —dijo Hem descontento—. Hoy trajeron al vendedor de café del mercado, Boran, y murió. —No buscó la mirada de Saliman, no le apetecía hablar de ello.

Saliman esperó a que Hem dijese algo más, pero al ver que el muchacho permanecía en silencio, no continuó preguntando. Zelika, que había estado callada

desde que habían vuelto a casa, miró a Hem con una repentina simpatía.

Cenaron en silencio. A mitad de la comida, Irc entró volando por la ventana abierta, aterrizó con torpeza en el suelo, caminó hasta los pies de Hem y le picoteó el tobillo con suavidad.

—Oh, vete —dijo el muchacho con la voz temblorosa mientras echaba al pájaro de una patada. Irc se alejó con un graznido de alarma y miró al muchacho con desconfianza desde la distancia, mientras se ahuecaba las plumas.

Saliman se inclinó y lo agarró del brazo.

—Hem. —El chico no respondió ni lo miró—. Hem, mírame. —Él alzo de mala gana la mirada para encontrarse con la de Saliman. ¿Qué iba a decir? ¿Que lo sentía mucho? Claro que lo sentía. Veía cosas igual de malas, o peores, cada día. Todo el mundo lo sentía... Pero Saliman se limitó a besar al muchacho en la frente. Hem sintió el calor de sus labios sobre la piel, y una luz con forma de flor de loto dorada surgió del beso y floreció poco a poco en su corazón helado—. Ten cuidado, Hem —le advirtió Saliman en voz baja, soltándole el brazo—. Tan solo la oscuridad que hay en nuestros corazones podrá vencernos al final.

Hem asintió perplejo, sintiendo un renovado alivio en su interior. Pensó que comenzaba a comprender por qué Oslar hablaba de Saliman con tal respeto; la curación era un asunto mental tanto como corporal. Miró a Irc, que estaba de espaldas a él y se estaba arreglando las plumas enfurruñado.

Irc, lo siento, dijo.

Irc emitió el sonido equivalente a «hmmmm» para los pájaros.

Ven aquí, pájaro tonto. Tengo un poco de torua para ti.

El pájaro no era capaz de resistirse a la torua, un tipo de carne especiada, así que giró la cabeza por encima del hombro y miró a Hem con frialdad, con los ojos amarillos bien abiertos. Hem le enseñó la carne e Irc, muy despacio, con exagerada dignidad, se le acercó y la cogió delicadamente con el pico. Quedaba claro que estaba muy ofendido.

Sigues sin hablarme, dijo Hem. Como quieras.

Me has dado una patada, alegó Irc, y ahuecó las plumas con indignación.

Te he dicho que lo siento.

Irc se tragó la torua y se afiló el pico sobre la sandalia de Hem, lo cual sería lo más cerca que estaría Hem de ser perdonado. El niño se lo subió al regazo y le acarició el cuello, Irc se estiró mientras los ojos se le cerraban lentamente y se quedaba adormilado.

—Bueno, por lo menos hay alguien que es feliz —dijo bruscamente Zelika—. Y el resto podemos sentarnos alrededor de él, esperando a que nos maten. —Entonces apoyó la cabeza sobre los brazos y rompió a llorar.

Hem se quedó mirando a Zelika, asombrado ante la explosión. Sin duda Zelika había estado muy callada aquella noche, pero no se había dado cuenta... Volvió a dejar a Irc en el suelo, se levantó con torpeza y le colocó la mano sobre la espalda

para consolarla, pero ella lo apartó y levantó la cara, arrugada de congoja.

—No, no tengo miedo a luchar —dijo hipando—. Quiero luchar. Pero esta espera, día tras día... Es horrible. Me siento como si toda la ciudad estuviese cayéndose poco a poco encima de mí.

Saliman observaba a los dos niños con rostro inexpresivo.

—Los asedios pueden durar meses —declaró por fin—. Tenemos suficientes provisiones para que nos duren todo el invierno, si aguantamos.

—Lo sé. —Zelika se incorporó y se apartó el cabello húmedo de la cara—. Eso ya lo sé.

—Pero no creo que este asedio vaya a durar mucho tiempo —continuó Saliman—. Esperábamos contener al Ejército Negro durante un par de meses, por lo menos, para dar un respiro a Car Amdridh, pero Imank tan solo le ha dado dos vueltas a la tuerca, y la ciudad ya tiembla. Los Glumas se guardan en la manga sus mayores fuerzas. Esas tácticas contienen mucha arrogancia, diría yo: Imank está muy seguro de la victoria, y puede esperarla, esperar a que nosotros nos derrumbemos bajo nuestro propio peso; solo entonces Imank realizará un movimiento.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hem. Durante los días que había estado en las Casas de Curación había perdido la noción del tiempo y de lo que estaba ocurriendo en el resto de la ciudad. Le parecía que Turbansk siempre había estado asediada; pero cuando volvía la vista atrás se daba cuenta de que solo había pasado más o menos un mes desde la llegada del Ejército Negro.

—Significa que somos como un pollo que está sobre la tabla de cortar, esperando a que caiga el golpe. Podría llegar hoy, o la semana que viene, o no llegar en varias semanas; pero todos sabemos que llegará. Debéis recordar que Imank no es solo capitán de soldados, sino también un poderoso hechicero; aparte del Sin Nombre, este Gluma es el hechicero más poderoso de todo Edil-Amarandh. No es solo el ejército de Imank quien mina nuestra voluntad, nos roba el valor de los corazones y la fuerza de los brazos e invade nuestro descanso de sueños malvados.

Zelika levantó la vista, interesada.

—¿Así que Imank está embrujado nuestra ciudad?

—Algo así.

—¿Y no podemos devolverle el embrujo?

—Claro que le estamos devolviendo el embrujo —afirmó Hem con impaciencia. Miró el rostro de Saliman, que ya llevaba semanas demacrado por la tensión, al comprender algo nuevo—. ¿No es así?

—Sí —respondió Saliman—. Luchamos en todos los frentes. Y estamos perdiendo en todos ellos.

—Entonces tendremos que hacer algo más —dijo Zelika. Aunque todavía tenía la cara húmeda por las lágrimas, una luz beligerante le brillaba en los ojos—. No limitarnos a dar vueltas mientras Imank el Gluma hace lo que le place. ¿Qué tenemos que perder? —Sonrió. Su terrorífica sonrisa era imprudente, carente de temor y con

algo más que un tinte de locura, y Hem percibió que Saliman la observaba con curiosidad. Todavía no le había visto aquel lado.

—Sí, Zelika, tienes razón —dijo—. Tenemos que combatir la iniciativa de Imank. Hoy hemos recibido noticias de Car Amdridh; están listos y los nuestros ya han llegado. No hace falta que nos sacrifiquemos para hacerles ganar tiempo. Y por lo tanto...

—¿Y por lo tanto? —A Zelika le brillaron los ojos.

—Primero debemos volver a ganar la ruta marítima. —Saliman se recostó—. Los nuestros tienen que poder escapar de la ciudad cuando caiga. Ya que caerá, y pienso que eso ocurrirá antes que después. Tenemos que destruir la flota del enemigo. Pero si Imank nos ve acercarnos estarán preparados; y por lo tanto estamos preparando un asalto al Ejército Negro, para distraer la atención.

—¿Fuera de las puertas? —preguntó Hem con los ojos muy abiertos—. Es una locura, nos matarán a todos.

—Sí —respondió Saliman con brusquedad—. Es bastante probable. Es por eso por lo que los que luchan en esta batalla lo harán si lo desean libremente. No somos Hechiceros Negros como Imank, y no enviamos a nuestros soldados a una muerte segura contra su voluntad.

—Pero tú no harás eso, ¿verdad? —preguntó Hem con voz temblorosa, que reflejaba el terrible pánico que se le estaba desatando en el pecho—. No vas a...

—No, Hem. —Saliman sonrió—. A mí se me necesita en otro lugar. Olvidas que soy el capitán de las fuerzas del puerto. Navegaré con la flota de Turbansk.

Aquello no era algo mucho mejor. Hem se mordió el labio para evitar decir nada.

—Yo iré —dijo Zelika—. Me presentaré como voluntaria.

—No lo harás. —Saliman le dirigió una mirada inexpresiva—. Te quedarás con Hem. Tengo otros planes para ti.

—Iré. No me rechazarán.

Saliman se puso de pie.

—Zelika, no voy a discutir contigo. Si hace falta encerrarte en una jaula para mantenerte en la ciudad, lo haré.

Zelika se levantó para enfrentarse a él, enseñando los dientes en un gruñido, con la nariz temblorosa, y se estiró cuan larga era. Pese a su delgada figura, su ira hizo temblar a Hem. Irc se retiró discretamente a la pared más alejada; ya estaba acostumbrado al temperamento de Zelika.

—¿Cómo te atreves? —dijo, en un tono bajo e intenso que resultaba más temible de lo que hubiera sido cualquier grito—. ¿Cómo te atreves a hablarme así? Haré lo que me dé la gana. No podrás detenerme.

La parte observadora de Hem miraba a Zelika con admiración, aunque se apartó cautelosamente de su camino. Ella apenas le llegaba a Saliman a la altura del pecho, pero hablaba con la prepotencia y arrogancia de una reina.

—Zelika, por supuesto que puedo detenerte —dijo Saliman con suavidad—.

Puedo levantarte con una sola mano, y no soy ni de lejos tan grande como un soldado-perro. Aguantarías fuera de las puertas más o menos lo que duran tres suspiros, y antes de morir no realizarías ni la más mínima abolladura en la armadura del guerrero más pequeño de las filas de Imank. No irás.

Durante un momento Zelika se quedó absolutamente quieta. Toda su prepotencia había caído y le temblaba el labio superior, como si estuviese conteniendo las lágrimas. Entonces algo le brilló en la mirada, y casi con más rapidez de lo que fue capaz de seguir Hem con la vista, agarró el brazo de Saliman. El Bardo estaba demasiado sorprendido para moverse, y con un extraño giro ella pareció cogerle todo el cuerpo y arrojarlo sobre la mesa.

Irc graznó alarmado, mientras los platos y una garrafa se estrellaban contra el suelo y el agua salpicaba las paredes de los muebles. Saliman aterrizó pesadamente y Zelika se puso en pie sobre él, respirando con dificultad, agachada en posición de lucha. Hem reculó hacia la pared, mirando con una mezcla de horror y asombro. Saliman parecía muy enfadado, y Hem se preguntó si no sería más inteligente salir de la sala. Pero antes de decidirse, Saliman se había puesto en pie de un salto, como tirado por cuerdas. Zelika se volvió para darle una patada, pero él se movió más rápido que ella. Cayó estrepitosamente al suelo, y Saliman le retorció el brazo detrás de la espalda. Zelika se contorsionó con furia, intentando liberarse, y él le tiraba con fuerza del brazo. Ella jadeó de dolor, y entonces pareció derrumbarse y quedarse tirada sin continuar luchando, con el pecho agitado.

—No es muy inteligente —declaró Saliman sin alterarse— probar esos trucos conmigo. No pienses, Zelika, que amabilidad es igual a debilidad. No es así. —Un pesado silencio cayó sobre la sala, roto tan solo por los jadeos de la niña—. ¿Volverás a atacarme? —Le preguntó. Zelika negó con la cabeza. Él le soltó el brazo poco a poco y ella se sentó, con los rizos desordenados sobre la cara y los ojos negros brillantes de odio—. Y ahora, ¿me escucharás?

—No deberías insultarme —dijo Zelika mirándolo.

—No he hecho nada más que decir la verdad. ¿O no ha sido así? Has visto a los soldados-perro en Baladh, Zelika. Si tanto deseabas la venganza, ¿por qué no los atacaste entonces? ¿Por qué no hostigaste al Ejército Negro mientras marchaban hacia aquí? Tuviste la oportunidad: nadie te hubiera detenido.

Ahora Zelika miraba al suelo, sin comprender, y Hem sintió que el corazón se le contraía de compasión. Toda la ira y el odio de Zelika se habían evaporado con la misma rapidez con la que habían llegado, y de repente parecía una niña pequeña y desamparada.

—Tenía demasiado miedo —susurró—. Y sentí vergüenza.

—No hay que avergonzarse por comprender las cosas como son. —Saliman se sacudió restos de comida de la ropa—. Te hubieran aplastado con la facilidad con la que aplastarían a una mosca, y no se hubiera conseguido nada con tu muerte. Así no se busca venganza. Se acabó la discusión; no quiero perder el tiempo peleándome con

una niña enloquecida. Soy tu capitán, y como buena soldado harás lo que yo ordene. —El labio superior de Zelika se arrugó en un puchero—. ¿Sí?

—Sí —respondió malhumorada.

—Bien. Bueno, primero tenemos que recoger este desastre. Después de hacerlo, escucharéis lo que tengo que decir.

Los tres recogieron lo que quedaba de su comida —que había salido volando por toda la sala— en silencio. (Irc había robado sigilosamente los restos de torua mientras nadie miraba). Cuando la habitación estuvo en orden, aunque todavía un poco mojada, Saliman se sentó sobre los cojines, invitando a los dos niños a hacer lo mismo.

—Qué noche más interesante estamos teniendo —comentó complacido—. Un cambio en relación a lo desanimados que estábamos últimamente. Bueno, Zelika, he de decir que no eres tan mala en el combate sin armas. Me has hecho un par de moratones que, a decir verdad, no necesitaba para nada. Lo que no sabías es que me cuento entre los mejores de la ciudad en este arte, y si no me hubieras tomado por sorpresa, no habrías tenido ninguna posibilidad —le dirigió una mirada astuta. Zelika, que no sabía a ciencia cierta si se estaba burlando de ella, bajó la vista con el ceño fruncido.

—Has aterrizado con fuerza —observó Hem. Todavía se sentía un poco aturdido ante el ímpetu del temperamento de Zelika, y la miraba con nerviosismo, preguntándose si volvería a estallar.

—Así es —corroboró Saliman—. Zelika tiene razón en una cosa: para los que son hábiles en las artes del arbika-el, el tamaño es irrelevante.

—Yo puedo luchar —replicó Zelika entre dientes. Aunque le habían pegado, no parecía escarmentada ni en lo más mínimo—. Soy la última de la Casa de Il Aran.

—La Casa de Il Aran es una familia en la que hay muchos luchadores con renombre, procedentes de una ciudad famosa por sus guerreros —explicó Saliman mirando a Hem—. Aun así, la mayoría de los antepasados de Zelika eran un poco más grandes que ella cuando alcanzaron la fama. —En aquel punto Zelika ya estaba segura de que se estaba riendo de ella, y frunció aún más el ceño. Resultaba extraño, pensó Hem, que Saliman pareciese estar más contento de lo que había estado en días; los contratiempos con Zelika parecían haberle elevado el espíritu—. Venga, Zelika, no pongas esa cara de enfadada. —Saliman se echó hacia delante y le acarició la mejilla—. Te mereces que te chinche un poco, después de esta demostración. No pretendía insultarte. Pese a tu habilidad en arbika-el, que estoy muy contento de conocer, lo que he dicho antes acerca de la utilidad que tendrías en cualquier incursión fuera de la ciudad continúa siendo cierto. No permitiré que tires tu vida sin razón. Tengo otros planes para ti.

—¿Qué planes? —preguntó, a su pesar, Zelika dirigiéndole una mirada de curiosidad.

—Faltan cinco noches para la luna nueva. Realizaremos el asalto desde las

murallas y sobre la marina de Imank en tres noches. Nuestro objetivo es ganar el camino por mar, y ganar un poco de tiempo durante el que los que continúen en la ciudad puedan retirarse por el mar de Lamarsan, hacia Car Amdridh. Hace mucho que tenemos planeada la retirada, desde que supimos que habría un asedio. Pero ese no es el camino que yo tomaré, y creo que vosotros dos deberíais venir conmigo.

—¿Qué camino tomarás? —preguntó Hem con creciente interés.

—Hacia el norte de Annar —respondió Saliman—. Creo, Hem, que es tu camino; no siento que pueda confiaros al cuidado de otros, pese a que había pensado en enviaros a Car Amdridh con Oslar. —El joven emitió un grito de protesta involuntario—. Hem, en muchos sentidos ese sería el plan más sensato, y Oslar me ha pedido que vayas con él —dijo Saliman—. Pero ahora hay muchos hilos del destino en funcionamiento, debemos seguir los correctos y también elegir mientras podamos entre uno y otro. No serán elecciones fáciles, incluso en el mejor de los casos siempre es muy difícil saber qué es lo correcto. Pero aun así, creo que debéis permanecer conmigo y que debemos encontrar a Cadvan y a Maerad. Viniste al sur tan solo porque así estarías seguro; pues bien, aquí no estás más seguro que en Annar, aunque ya esté asolado por la guerra. No veo ninguna razón para que te quedes en el Suderain.

Ante la idea de volver a ver a Maerad, Hem suspiró satisfecho.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Zelika con las cejas muy juntas formando una línea oscura—. ¿Por qué debería ir yo a Annar?

—Porque yo lo digo —respondió Saliman con calma.

Zelika levantó la vista y se encontró con sus ojos oscuros. No dijo nada durante un momento, mientras su rostro permanecía ilegible, y entonces, para sorpresa de Hem, asintió lentamente.

—Seré una buena soldado —dijo—. De momento.

Durante los días venideros, el tiempo continuó siendo cálido y asfixiante. El sol salió en un cielo azul y aspiró la humedad de todo, y un castigador viento seco sopló desde los desiertos del sur. La noche no aportaba ningún alivio, e incluso el fresco interior de las Casas de Curación comenzó a calentarse a medida que las paredes de piedra absorbían el sol a lo largo del día. Si Hem salía al patio y se quedaba de pie en la fuente hasta quedarse chorreando, cuando volvía a entrar ya estaba casi seco.

Su rutina continuó invariable, en una extraña parodia de la cotidianeidad, pero ahora comenzaba a sentir una tensión que iba en aumento hormigueando por la ciudad. Continuaba sintiéndose muy deprimido cuando se despertaba, y cuando descansaba, exhausto tras un día pasado con los heridos, el pánico subyacente se abalanzaba sobre él. Pero estaba demasiado cansado para recordar sus sueños, los cual tal vez fuese igual de bueno.

La segunda noche el calor era insoportable. No había manera de huir en ningún

lugar, y pese al cansancio no fue capaz de dormir y no paró de dar vueltas sin descanso en la cama. Acabó levantándose y saliendo al patio, fuera de su cuarto, para mirar las estrellas, pero estas habían desaparecido, y él estaba demasiado cansado y tenía demasiado calor para preguntarse dónde estarían; la neblina lo rodeó con una languidez opresora. Ni la más mínima brisa movía las oscuras hojas de los árboles, ni refrescaba el sudor que hacía que su piel estuviese pegajosa e irritada.

Hem se sentó debajo de un árbol, escuchando a las cigarras, que aquella noche cantaban muy alto, el áspero chillido de algún tipo de ave nocturna, el croar de las ranas, la cháchara nocturna de los monos que se peleaban en los árboles. La sensación era engañosamente pacífica, pero la piel le picaba a causa de una extraña inquietud, como si a cada minuto estuviese esperando que ocurriera algo. Si escuchaba con atención, podía percibir por debajo los ruidos habituales de la noche, los débiles estruendos y bramidos de las batallas nocturnas, y sabía que mientras estaba allí sentado la gente luchaba, que estaban siendo heridos y morían; pero ahora todo ello parecía algo muy lejano. Se recostó apoyándose en un árbol, levantó la vista y trago saliva. Le gustaría beber un poco de agua. Enseguida iría a buscarla. Se sentía demasiado pesado para moverse.

En aquel momento se incorporó, olfateando, repentinamente alerta. Algo se había movido, pero no sabía qué. Entonces un bendito viento fresco sopló contra su pecho desnudo, acariciándolo con suavidad. Expulsó el aire con un alivio imposible de expresar, estirando los brazos y poniéndose en pie mientras dejaba que el viento juguetease con su cuerpo y lo secase. Durante un rato solo fue capaz de pensar en el alivio que le aportaba aquella frescura.

La brisa se levantó rápidamente. Entonces se produjo una súbita ráfaga de un viento más fuerte, que le revolvió el pelo, y sobre él se oyó el rugido de un trueno. Hem sintió que se le ponía el vello de punta. Habría tormenta.

Se preguntó durante un instante si aquello lo habrían planeado los Bardos de Turbansk, o el Ejército Negro, o si no tendría nada que ver con ninguno de los dos, y tan solo era el tiempo que rompía sus pautas naturales. No tenía suficiente conocimiento del clima de Turbansk para estar seguro. Entonces decidió que no le importaba. Se quedó de pie en el jardín, mientras dejaba que su piel bebiese el delicioso aire fresco, esperando a que cayese la lluvia. Pero no hubo, y la brisa fresca pareció acariciarlo a modo de despedida y después desapareció. Volvió el calor, como una bestia que permanece en silencio al acecho de su presa. Hem suspiró contrariado, y se acordó de lo cansado que estaba. Volvió a su cuarto, se dejó caer sobre la cama y se quedó dormido.

Al día siguiente parecía hacer incluso más calor, aunque el sol se escondía tras unos bancos de nubes de color pizarra que se extendían desde una punta a la otra del horizonte. Caían pesadas sobre Turbansk, mientras los truenos retumbaban

amenazadoramente. De vez en cuando una descarga de relámpagos saltaba en el sur, arrojando una furiosa luz deslumbradora sobre la ciudad.

Hem no había visto nada a Saliman durante los dos últimos días, aunque cada día dejaba mensajes en el Ernan para hacerles saber a los niños que continuaba vivo. Zelika todavía iba a las Casas de Curación, ayudaba con paciencia en los trabajos más sencillos, limpiaba y ponía vendajes, entablillaba y preparaba medicinas. Tras el enfrentamiento con Saliman se había quedado callada y pensativa. Los dos niños, tal y como se había convertido en su costumbre más reciente, desayunaban juntos, bostezando. Se estaban preparando para salir del Ernan cuando Saliman entró en la sala. Llevaba la armadura completa y tenía mucha prisa.

—Bien, todavía estáis aquí —se limitó a decir—. Hoy se os necesitará en las Casas de Curación; Oslar tiene que preparar a todos los heridos para trasladarlos al puerto. Después volved aquí y esperad. Vendré a buscaros.

—¿Va a llover? —preguntó Hem; aunque pensó que aquello había sido una estupidez después de que las palabras salieron de su boca.

—Sí —respondió Saliman—. Pero dudo que las nubes descarguen hoy. Será una mala noche. Oslar os enviará de vuelta con la tercera campanada, y tendréis la cena preparada. Quiero que esperéis hasta que regrese.

—¿Y si no vuelves? —preguntó Zelika, con un tono tenso y punzante en la voz, cuando Saliman ya se marchaba. Era la pregunta que también estaba en los labios de Hem, aunque este no osaba hacerla—. ¿Y si te pasa algo?

—Si yo no vengo a buscaros, otra persona lo hará. No tengáis miedo. Poneros las armaduras y empaquetad todo lo que queráis llevaros con vosotros. Estad preparados. —Se volvió y le dirigió a Hem una intensa mirada, con el rostro severo, y le dijo en el Habla—. *Ahora por fin comienza, Hem. No hay tiempo para los lamentos, la pena ni el miedo. Si me quieres, haz lo que deseo, y recuerda que te quiero y que necesito que seas fuerte. Si no vuelvo, alguien cuidará de ti. Os veré esta noche, si la Luz quiere. Esperadme cuando ya esté oscuro.*

Hem asintió, con la boca seca de repente. Saliman se volvió y desapareció por la puerta.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Zelika.

—Ha dicho que ya comienza, y que tenemos que hacer lo que él diga —respondió Hem mirando hacia donde había desaparecido Saliman. A su pesar, le temblaba la voz. «Tal vez ya esté», pensaba; «esta vez Saliman cree de verdad que podría ir hacia su muerte. Y no se ha despedido bien...».

—Ya era hora —dijo Zelika arrugando los labios. Y después, con la sensación de que tenía las piernas hechas de agua, Hem caminó con ella hasta las Casas de Curación.

Aquel día no había sensación de paz; las Casas eran todo ajeteo. Se colocaba a personas heridas en camillas y se las llevaba hasta el puerto por los callejones, al mismo tiempo que se traía a otros, heridos recientes, desde las murallas. Los

celadores cargaban inmensos cestos de provisiones sobre burros. Hem se vio ocupado de inmediato, dispensando madran o inmovilizando miembros para que no se viesen perjudicados por el movimiento. Se dio cuenta de que las vendas que le daban estaban hechas con un material extraño, en lugar de muselina sin teñir.

—Nos quedan pocas —le dijeron cuando preguntó por qué tenía vendas con flores bordadas—. No nos hemos adelantado ni un día. —Hem asintió con tristeza, y volvió con aquellas alegres e incongruentes vendas a la Sala de las Amapolas. «Aquí», pensó, «hay muchos a los que no se debería mover en absoluto».

—Es mejor eso a que los asesinen salvajemente en la cama, Hem —declaró Urbika con energía cuando Hem la miró consternado desde donde estaba una mujer muy herida que gemía de dolor. Ya le había dado tanto madran como se atrevía. Urbika le dedicó a Hem una sonrisa tensa—. No hay manera de evitarlo, el Ejército Negro nos obliga.

—No, supongo que no —dijo Hem dudoso.

Urbika le apretó el brazo y continuó con el siguiente soldado. Irc, que estaba sobre el hombro de Hem como de costumbre, le mordisqueó la oreja con suavidad. Hem le rascó el cuello, sintiéndose oscuramente consolado, e inspiró profundamente. Hizo un conjuro para dormir a la mujer, deseando que no fuese demasiado junto al madran, y supervisó a los celadores que la colocaban sobre la camilla. Después continuó con la tarea siguiente. Estaba mareado; las cosas parecían estar yendo demasiado rápido, después de siglos en los que daba la impresión de que no había pasado nada en absoluto. «Y aun así han ocurrido muchísimas cosas», pensó confundido. Todo era demasiado extraño, y daba demasiado miedo.

Hacia el atardecer las Casas de Curación ya estaban vacías. Hem se quedó de pie ante la puerta mirando con tristeza en dirección a la calle que bajaba al puerto, observando cómo las últimas camillas se abrían paso despacio entre las sombras de la noche. Ya estaba oscuro, las nubes se cernían sobre sus cabezas y hacía mucho calor; el aire lo presionaba con un peso sofocante, y el sol que se ponía lo iluminaba todo con un resplandor extraño, refulgente. Se sentía aturdido por el agotamiento.

Oslar, que iba a viajar con los heridos, fue hasta la puerta con una bolsita que contenía todas sus posesiones colgada del hombro.

—Bueno, Hem, ahora seguiremos caminos diferentes —dijo.

—Sí —replicó Hem y lo miró con tristeza.

—Siento dejarte. Tal vez no seas consciente de lo mucho que he dependido de ti en estas últimas semanas, y de lo agradecido que estoy por tu ayuda. Coloqué sobre ti una pesada carga.

Hem continuó mirando a la calle.

—No quiero irme —declaró por fin—. Me hubiera gustado quedarme contigo.

Oslar rodeó con el brazo los hombros de Hem.

—Así es como debería ser —dijo—. Por desgracia, las cosas pocas veces son como nos gustaría. Solo he tenido un alumno con un talento natural como el tuyo, y

él tampoco siguió el camino de ser curandero.

—¿Quién era? —preguntó Hem con curiosidad, retorciendo el cuello para mirar a Oslar a la cara.

—Saliman, por supuesto —respondió Oslar sonriendo—. Era mi aprendiz cuando no era mucho mayor que tú. Pero su deseo ardiente era comprender la Tradición Elevada, y viajó a Norloch para estudiar con Nelac de Lirigon. Tal vez sea posible tener demasiado talento.

—Oh —se sorprendió Hem—. Supongo que es de eso de lo que conoce a Cadvan.

—Sí, él y Cadvan de Lirigon son viejos amigos —dijo Oslar—. Volvió aquí, por supuesto, ya que es turbanskiano hasta la médula. Una vez pensé que sería mi sucesor, pero por desgracia viaja por otros caminos; siempre me pesará. Nuestros destinos no siempre se desarrollan tal y como esperamos.

—No —replicó el muchacho con un toque de resentimiento.

—No, no te amargues, Hem, aunque estos sean tiempos amargos. —Oslar se inclinó y lo besó en la frente—. Espero volver a verte, si la Luz quiere, cuando todo termine.

Hem lo miró muy serio.

—Tengo mucho que aprender —sentenció, pese a que aquello no era todo lo que quería decirle a aquel sabio y gentil Bardo, que había sido tan amable con él y al que quizá no volvería a ver nunca.

Oslar sonrió, como si comprendiese qué era lo que Hem era incapaz de decir.

—Sí, muchacho mío. Lo único que necesitas para aprender es deseo, y tú lo tienes. Que la Luz brille sobre tu camino.

—Y sobre el tuyo —dijo Hem con fervor. Sin decir nada más, Oslar salió a la calle oscura, y Hem lo observó hasta que desapareció en la penumbra. Se sentía despojado de algo, como si un breve y brillante capítulo de su corta vida se hubiese cerrado para siempre.

Hem esperó un rato a Zelika en las puertas de las Casas de Curación, pero esta no apreció. Al final, pensando que probablemente se hubiese ido antes que él al Ernan, volvió al palacio caminando de mal humor.

La ciudad estaba desierta bajo el calor aplastante, las banderas de los toldos del mercado pendían tristes y mustias, andrajos de su antigua alegría. Irc había desaparecido en una de sus misteriosas incursiones, seguramente a robar algún objeto brillante. Hem estaba preocupado; no sabía qué iba a ocurrir, y no quería perder a Irc. Por el camino se topó con Soron y le explicó sus preocupaciones acerca de la ausencia de Irc.

—Se lo dije —le contó—. Le dije que estuviese aquí para la puesta del sol.

—Siempre vuelve a aparecer —lo consoló Soron—. Si no ahora, seguro que viene para cenar. Estoy seguro de que Zelika estará en el Ernan. Iré contigo, de toda maneras iba en esa dirección.

Hem agradeció la compañía del Bardo. Al estar todo el día ocupado en las Casas de Curación no había tenido la oportunidad de averiguar qué estaba ocurriendo en el resto de Turbansk, y Soron venía cargado de noticias. Las fuerzas de distracción que iban a atacar al Ejército Negro estarían, según le contó, liderada por Har-Ytan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hem, asombrado—. Creía que lo del ataque era un secreto. ¿Es que todo el mundo lo sabe?

Soron se echó a reír.

—No, no todo el mundo. Igualmente, Turbansk es una ciudad que adora los rumores y cotilleos, y no me sorprendería que se hubiera extendido el rumor de que esta noche ocurriría algo.

Pero otra idea acababa de golpear a Hem.

—Saliman dijo que todos los que participasen en ese ataque morirían.

El rostro de Soron se volvió sombrío.

—Tienen muy pocas posibilidades de sobrevivir, seguro; pero estoy convencido de que no todos morirán. Tan solo atacan para que se retiren. Cuando Baladh cayó, Har-Ytan dijo que ella se mantendría en pie o caería con Turbansk. Ha elegido, si ha de ser así, caer, pero liderará a una dura compañía de guerreros, muchos de ellos la flor y nata de nuestras filas. Entre ellos, Har-Ytan es una poderosa guerrera de pleno

derecho. No les vencerán fácilmente, ni siquiera esas fuerzas que nos acosan.

Al pensar en la figura escultural de Har-Ytan, Hem no tenía ningún problema en creer que era una guerrera poderosa.

—Pero no me has dicho cómo lo sabes —dijo—. ¿Estabas cuando lo planearon?

—No, no soy tan importante —respondió Soron con una sonrisa modesta—. No, lo sé por otras razones. —Se detuvo y miró a Hem de reojo—. Cuando Har-Ytan dijo que iba a dirigir a las filas, llamó a sus hijos y le dio a su heredero, Ir-Y tan, el rubí de la Ernani, que es el emblema de su poder. Él será el nuevo Ernani, si alguna vez Turbansk vuelve a brillar sobre esta noche oscura.

Hem recordó la primera vez que había visto a Har-Ytan en el magnífico salón del tono de Ernan, de pie como si estuviese enfundada en llama viva, con el gran rubí ardiendo sobre su frente. Respiró con dificultad, sintiendo como una gran pena se filtraba en su interior.

—Entonces es que cree que va a morir —declaró rotundamente.

—Es la Ernani más valiente que ha gobernado nunca esta ciudad —afirmó Soron—. Se enfrenta a la muerte sin miedo. Cuando llegué a Turbansk, desde Til-Amon, y me la presentaron, pensé que nunca había visto a una mujer tan hermosa y tan aterradora al mismo tiempo. Sí, la idea de su muerte me desgarró el corazón. Me alegro de haber conocido a una mujer así. —Se quedó callado durante unos instantes y continuó—. Bueno, lo que te estaba contando. Le dio el rubí a Ir-Y tan y Mundar, su consorte, se volvió histérico.

—¿Histórico? —preguntó Hem con interés, pensando en el lánguido y caprichoso joven al que había visto durante un tiempo tan breve y no le había caído bien.

—Creo que no sabía que Har-Ytan planeaba hacer eso. Pese a todos sus defectos, pues no cuento a Mundar entre mis favoritos, ama a Har-Ytan con todo su corazón y toda su alma. A diferencia de otras personas que podrían estar en su posición, no es solo el egoísmo el que le mantiene allí. Se rasgó las ropas y el cabello, y se puso a dar cabezazos contra la pared hasta que le corrió sangre hasta los ojos. Nunca había visto nada así, ni siquiera Har-Ytan fue capaz de tranquilizarlo.

Hem se quedó mirando a Soron asombrado; no era capaz de imaginárselo.

—¡Por la Luz! No parecía... Quiero decir, hubiera creído que...

Soron sonrió con tristeza.

—Todavía eres demasiado joven, Hem. Pero espero que nunca tengas la ocasión de sentir un dolor así. —Hem le dirigió a Soron una mirada inquisitiva que el Bardo no percibió; el muchacho pensó para sí que, por joven que fuese, ya conocía bastantes penas, pero no dijo nada—. De todas maneras —continuó Soron—, los curanderos como tú estabais demasiado ocupados par que se os molestase, y se me llamó a mí para ayudar. Llevé mis tés y pociones más fuertes, y por fin se tranquilizó. Har-Ytan estaba allí de pie, completamente vestida con el equipo de batalla, con el Sol de Turbansk brillándole en el pecho, una imagen que le daría miedo a cualquier Gluma: y tenía lágrimas en los ojos, mientras lo besaba para despedirse. Salió de la sala sin

mirar atrás.

Soron meneó la cabeza al recordar, y continuaron caminando un rato sin hablar.

—¿Sabes que ocurrirá esta noche? —preguntó Hem por fin.

—Sé un poco —respondió Soron dirigiéndole a Hem una mirada comedida, como si estuviese valorando si contarle algo más—. El mundo será un lugar más triste cuando acabe esta noche, me parece. Turbansk no aguantará. Yo iré contigo y con Saliman cuando se haya despejado el camino marítimo.

—¿Vendrás a Annar? —preguntó Hem complacido. Le gustaba Soron.

—Si la Luz quiere. Después de todo es mi hogar, y en tiempos oscuros uno lo echa de menos. Desearía luchar allí. Pero no es adonde nos dirigiremos primero, antes tendremos que encontrarnos con unos amigos de Saliman. Todavía queda trabajo que hacer.

El palacio estaba extrañamente vacío; aparte de los guardas de la puerta, no vieron a nadie. Cuando llegaron a la alcoba de Hem, ni Zelika ni Irc estaban allí, pero una sustanciosa comida los esperaba en la mesita baja, en platos cubiertos. Para alivio de Hem, Soron se quedó con él y compartieron la cena.

Comieron en silencio, y Hem se quedó mirando hacia los hatillos colocados contra la pared, el suyo y el de Zelika, empaquetados y preparados para su partida. Sentía en cada momento cómo la tensión se retorció más y más en su interior; deseaba saber dónde estaban todos. Apartó un poco de comida para Irc, y caminó sin descanso por todo el cuarto, intentando calmarse.

En el exterior la oscuridad cada vez era mayor. Un repentino rayo arrojó una breve y amenazadora luz sobre la sala, y después de oír el rumor de un trueno. ¿Por qué no llovía? La presión de la tormenta sin descargar era casi tan terrible como todo lo demás. No lejos de la habitación de Hem, en la Cámara Oeste, había un enorme reloj de agua, que hacía sonar una campanilla de plata cada hora. Sonó y Hem pegó un respingo.

Soron, que estaba tumbado lánguidamente sobre un diván en una esquina, observó cómo Hem caminaba arriba y abajo.

—Siéntate, Hem —le dijo.

Hem se sentó, pero poco tiempo después volvía a estar de pie, dado vueltas por el cuarto.

—Espero que Zelika no haya hecho ninguna tontería —dijo. Estaba dándole vueltas a la obediencia impropia de ella que había mostrado en los últimos días, pues había sido demasiado buena para ser cierto—. Y es raro que Irc no esté aquí a la hora de cenar.

—Irc aparecerá. Y en cuando a Zelika... bueno, si ha hecho alguna tontería, como tú dices, no hay nada que tú puedas hacer al respecto. ¿Has intentado llamar a tu pájaro?

—Lo he hecho, y no responde. Espero que no le haya pasado nada. ¿Y si volviese aquí y ya nos hubiésemos marchado? —Hem se acercó a la ventana y miró hacia la

agobiante noche. Todavía no estaba completamente oscuro—. No nos podrá encontrar. No sé a dónde nos lleva Saliman. Y ¿qué está pasando ahí fuera? No soporto esta espera. —Se dejó caer sobre unos cojines, mordiéndose las uñas y volvió a dar zancadas por la habitación—. ¿Por qué querrá Saliman que espere aquí? Es insoportable.

Hem no mencionaba su miedo más terrible, que Saliman no volviese. Tal vez ahora estuviese en la proa de uno de los enormes trirremes de guerra, mirando los oscuros lengüetazos del mar de Lamarsan en dirección a la flota de barcos negros que se arremolinaban con maldad en el horizonte. Tal vez uno de los terribles misiles de fuego mágico ya hubiese caído sobre la cubierta, destrozando la frágil madera, desatando el fuego y la muerte a su alrededor, y el gran barco se estuviese deslizando bajo la negra superficie de las olas.

Hem ya había visto demasiadas veces lo que le ocurría a la carne y al hueso cuando uno de aquellos misiles tocaba a un ser humano. Se podía imaginar con demasiada claridad el cuerpo de Saliman retorcido y quebrado, flotando quemado y abandonado en el agua. Durante un momento la visión fue tan nítida que casi se convenció de que era cierto, que Saliman ya estaba muerto. Negó para sí, y recordó que a las Casas de Curación venían muy pocos Bardos; después de todo estos tenían maneras de protegerse. Pero Saliman estaría en la zona más ardua de la batalla.

—Que la Luz proteja a Saliman —murmuró para sí mismo—. Oh, Luz, protéjelo...

—Me estás poniendo nervioso —dijo Soron. Estaba lánguidamente sentado sobre un cojín, secándose el sudor de la frente—. Lo que haya de pasar, pasará, Hem. No hay nada que podamos hacer al respecto.

Soron tenía razón, Hem lo sabía, pero nada podía detener su ansiedad. Otro relámpago de luz y el enorme chasquido de un trueno le hicieron pegar un salto; el trueno sonaba tan alto que durante un instante pensó que las murallas del Ernan se estaban derrumbando. Casi de inmediato una gran cortina de luz parpadeante iluminó la habitación.

—Va a empezar a llover —comentó Soron.

—Hace siglos que da esa impresión —replicó Hem—. Pero no ha ocurrido nada.

—Ocurrirá. Cuando cambie el viento.

—¿Qué viento? —preguntó Hem.

Un pesado silencio se instaló entre ellos, y Hem decidió salir al jardín. No se estaba más fresco fuera que dentro, pero así variaba. Se tumbó sobre los azulejos vidriados y se quedó mirando al cielo que oscurecía y temblaba con pequeños rayos. Vacío su mente e intentó llamar a Irc, envolviendo el conjuro de llamada con todo su amor y poder. Aquella noche ya lo había intentado, pero no había recibido respuesta alguna, y temía no oír nada de nuevo: la idea de que Irc estuviese muerto le asustaba mucho. Tal vez, con su curiosidad insaciable, el pájaro se había aventurado a acercarse demasiado a las batallas y una flecha perdida le había acertado.

Esta vez sintió un débil tirón en su mente, el eco de una voz que solo podía ser la de Irc. Parecía venir de muy lejos. Hem se incorporó, perplejo, e intentó tocarlo mentalmente una vez más: volvió a percibir el débil tirón. «¿Qué debe de estar haciendo este dichoso pájaro?» gruñó para sí. «¿Estará herido, no podrá venir? ¿Qué le pasa?».

¿Y dónde está Zelika? Parecía bastante probable que se hubiese escabullido para formar parte de las fuerzas de Har-Ytan, y aquella idea lo enfureció tanto que quiso darle un puñetazo a la pared con la mano desnuda. ¿Cómo podía ser tan egoísta? ¿Cómo podía haberle mentido a Saliman? Probablemente la matarían, y aquello sería su fin. Por lo menos ya no tendría que volver a escuchar sus interminables críticas sobre lo mal que pronunciaba el Suderain... Se le formó un nudo en la garganta y se limpió con impaciencia las repentinas lágrimas que le humedecieron los ojos. Si moría, se lo tendría merecido. Si alguna vez volvía a verla, la estrangularía.

Una súbita iluminación de la atmósfera le hizo mirar hacia arriba. Daba la sensación de que una mano gigante hubiese retorcido el aire. Hubo una pausa, como si todo estuviese conteniendo el aliento, y después una ráfaga de viento y un ligero repiqueteo que al principio Hem no pudo identificar. Entonces se dio cuenta de que era el ruido de las gotas de lluvia aisladas que caían sobre el suelo. Una enorme y gorda gota de lluvia chocó cálida sobre su cara, y luego otra.

—¡Te lo había dicho! —le gritó Soron desde dentro—. Será mejor que entres, pronto comenzará a llover a raudales.

—Me gustaría mojarme —dijo Hem—. Deberías salir.

—Te ahogará —replicó Soron—. No sabes cómo es esto —salió, con un farol que emitía una luz fosforescente contra la cálida oscuridad, para escuchar el rumor de las hojas contra el viento. Hem y él se quedaron allí de pie sin hablar, mirando al cielo, esperando, mientras las suaves gotas iban cayendo una a una y un vapor ascendía de los azulejos calientes. Después, con la misma suavidad con la que había comenzado, la lluvia cesó.

—No creo que vaya a ahogarme con esto —declaró Hem.

—Espera —dijo Soron volviéndose para sonreírle—. No tardará mucho.

En aquel momento, Hem escuchó la clara llamada de una trompeta. No era el ronco bramido de las trompetas del Ejército Negro, sino un trino de notas claras y melodiosas, respondidas por otras casi de inmediato. Cuando moría, parecía quedarse resonando en la mente, como si fuese una caligrafía flotante escrita en plata sobre el cielo oscuro. Soron ladeó la cabeza para escuchar y suspiró profundamente.

—Es el toque de Har-Ytan —dijo—. Bien. Que la Luz esté con ella, y con todos los que con ella luchan.

Hem sintió un pánico helado, como si le hubieran reemplazado las entrañas por un espacio vacío. Aguzó el oído Bárdico, pero no fue capaz de descifrar ninguno de los sonidos que oía; un revoltijo de truenos y un confuso estruendo.

Tras lo que parecieron siglos, se produjo otro largo y sonoro trueno, y entonces un

crujido que podría ser un trueno pero que no lo era. Hem se quedó mirando a Soron, con el rostro apenas iluminado por un relámpago que cubría el cielo por completo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—No lo sé —respondió Soron.

—Ha sonado... como si la puerta cayese —susurró Hem. Se quedó así, sumido en una escucha agónica, con los ojos oscuros y temerosos.

—Tal vez. —Soron se volvió a secar la cara. No le gustaba el calor y sudaba con profusión e incomodidad—. Es difícil de decir.

—¿Crees que habrán roto la Puerta Oeste? —Hem se volvió hacia Soron, con los ojos enormes y líquidos contra la oscuridad.

—Podría ser —respondió Soron con tranquilidad—. Lo descubriremos en su debido momento.

—¿Dónde estará ese pájaro? —volvió a decir Hem, inútilmente. El lugar sobre su hombro donde solía sentarse Irc le dolía de vacío. Como si pretendiese responder a su pregunta, la lluvia comenzó a caer de nuevo, al principio unas cuantas gotas grandes, que dibujaban puntos oscuros en los azulejos bajo sus pies descalzos, y después los puntos se unieron en una sola oscuridad y el repiqueteo ascendió hasta convertirse en un rugido constante. Ocurrió tan rápido que antes de poder reaccionar a estaba empapado. La lluvia caía con tanta fuerza como una cascada, rebotando en el suelo y formando espuma en sus pies. Caía en forma de chorros sólido del tejado de Ernan.

Hem y Soron volvieron a entrar corriendo, goteando. No oían nada más que la tromba de agua y, débilmente sobre ella, el estruendo del trueno. Estar dentro era como estar bajo el agua. Continuaba haciendo calor, pero la temible presión asfixiante había desaparecido.

—Te dije que sería así —dijo Soron mientras se quitaba el agua de los ojos.

—¿Cómo van a luchar de esta manera? —preguntó Hem—. La lluvia es tan intensa que apenas se puede ver una mano ante los ojos.

—Saliman y Juriken sabían que la lluvia estaba a punto de caer —respondió Soron—. Creo que la han invocado.

Por un instante, Hem se iluminó.

—Sí, estoy seguro de que tienes razón —dijo—. Debe de entrar dentro de sus planes. —Pero entonces pensó en Irc—. Ahora Irc ya no podrá volver a casa de ninguna manera —observó afligido.

—Se las arreglará —lo tranquilizó Soron amablemente—. Es un pájaro muy listo. Estoy seguro de que encontrará el camino. En cuanto a Zelika...

—Si alguna vez vuelve, la estrangularé con mis propias manos —sentenció Hem enfadado, y comenzó a morderse las uñas con furia—. Si vuelve...

Se quedó mirando hacia la oscuridad en movimiento.

Tal y como Hem había sospechado, Irc se había marchado a la búsqueda de un tesoro,

un pendiente que había divisado en el suelo cerca de las Casas de Curación, brillante bajo la luz tenue. Era evidente que se le había caído a alguien, y había despertado su codicia. Por la tarde, mientras Hem estaba ocupado con el último paciente, Irc había salido volando en búsqueda de su premio.

Había desaparecido: pese a que Irc había peinado toda la zona con diligencia, no había hallado ni rastro de él. Contrariado, se había posado sobre un árbol cercano y se había puesto a acicalarse las plumas malhumorado. Entonces había visto a Zelika escabulléndose de las Casas de Curación, mirando a su alrededor con precaución para asegurarse de que nadie la veía. Había descendido por la calle con aire furtivo y se había metido en uno de los callejones cubiertos.

La actitud de Zelika había picado la curiosidad de Irc, y este había descendido en picado para seguirla. Con una astucia poco habitual en él, se había preocupado de esconderse; había muchos toldos viejos y árboles bajo los que ocultarse si Zelika, tal y como hacía de vez en cuando, se giraba para comprobar si la estaban siguiendo. Había corrido hasta el Ernan, saludado a los guardas y penetrado en el interior. Para su frustración, Irc no pudo seguirla: los guardas lo habían espantado.

Irc ya no resistía la curiosidad por saber lo que estaba tramando Zelika: estaba bastante seguro de que andaba metida en alguna travesura y, pese a que le tenía un poco de miedo, le resultaba atractiva y lo hechizaba. Se posó impaciente sobre un muro que había delante de la puerta del Ernan y esperó para ver si volvió a aparecer, pasó el rato riñendo con un par de estorninos, los pájaros chillones que normalmente se dedicaban a hurgar en el mercado en busca de sobras. Desde que se le había encomendado la responsabilidad de ser el mensajero del Rey ni siquiera los cuervos se atrevían a acosarlo, la mayor parte de los pájaros de la ciudad habían comenzado a pensar que Irc era bastante desquiciante. No hacía caso de los límites territoriales y le parecía que su estatus le daba derecho a ser desagradable con quien le diese la gana.

Su disputa continuó ruidosa, con insultos satisfactorios por ambas partes, hasta que los estorninos se cansaron y salieron volando, chillando más insultos mientras se marchaban. Irc había ahuecado las plumas y se había afilado el pico triunfante en la pared. Comenzaba a preguntarse si volver volando a las Casas de Curación cuando Zelika salió del Ernan, vestida con una armadura completa.

Irc casi no la reconoció con su nuevo atuendo: la delató su precaución. Revisó detenidamente la calle hacia arriba y hacia abajo, pero no vio a Irc. Comenzó a caminar con rapidez hacia la Puerta Oeste.

Ya casi había llegado el crepúsculo, de modo que para Irc resultaba más fácil permanecer sin ser visto entre las sombras alargadas. Revoloteaba lentamente, siguiéndola a una distancia discreta, hasta que alcanzaron una plaza enorme que había ante la Puerta Oeste. Estaba atestada de filas de soldados, todos ellos vestidos con el uniforme de batalla completo del Suderain. Cerca de la puerta había filas de caballería, cuyas pesadas monturas esperaban pacientes bajo el calor.

Irc sabía contar, pero solo hasta cinco (una discapacidad muy útil para Hem, que

vaciaba con regularidad sus cofres del tesoro. Siempre que dejase dentro cinco objetos, el cuervo no se percataba de que faltase nada). Los números que allí había iban más allá de su capacidad de cálculo; era un tropel de seres humanos que llenaban la plaza por completo, e iba aumentando por las anchas calles que daban a ella. Aun así para la cantidad que había, hacían muy poco ruido. A causa de que la gente estaba muy apiñada, el aire era denso y pesado, pero el peso y la tensión que había sobre los soldados era debido a algo más que al calor; la seriedad de su reunión impresionaba incluso a Irc.

Los soldados estaban de pie o agachados en filas organizadas, los emblemas dorados que lucían sobre el pecho brillaban tenues en la penumbra, o arrojaban extraños destellos de vez en cuando bajo los rayos secos que iluminaban las nubes oscuras. Algunos hablaban entre ellos en voz baja; otros hacían revisiones de última hora a su equipo de batalla, comprobando el fijo de las espadas y los cuchillos arrojadizos, mientras que otros estaban allí sentados, mirando al suelo en silencio.

Zelika se detuvo y se quedó dubitativa en el umbral de la plaza. Nadie percibió su presencia. Temeroso de perderla de vista entre la multitud, Irc se acercó a ella mucho más de lo que se había atrevido antes y se posó sobre un antiguo dintel para echarle un ojo.

Irc era un cuervo muy inteligente, pero su capacidad de comprensión continuaba siendo la de un pájaro. No tenía ni idea de qué estaba haciendo Zelika, ya que no comprendía la complejidad de las discusiones que esta había mantenido con Saliman. Aun así, su astucia de cuervo, afinada por sus robos, le decía que estaba haciendo algo malo: pensó que era como si ella pretendiese robar un tesoro para sí, lo cual podría resultar interesante también para él. Estaba asombrado de verla allí entre tantos soldados, a la sombra de las murallas de la ciudad: allí no podía haber nada de valor.

Irc evitaba las murallas de Turbansk, ya que eran lugares peligrosos donde en cualquier momento podían surgir de la nada objetos en llamas y explotar, donde el ruido ensordecedor del Ejército Negro —la vibración constante de los tambores de guerra y el grito de las trompetas— era claro y terrible. Sobre todo aquello destacaba el olor de la sangre y la carne pudriéndose y ardiendo, avivado por el calor. Como cuervo, Irc no tenía nada contra la carroñería: pero allí el hedor le asustaba. Era en las murallas donde uno se daba cuenta de que Turbansk estaba en guerra; cuando te adentrabas más en la ciudad resultaba más fácil ignorarlo.

Como de costumbre, Irc analizó a los soldados que estaban más cerca por si acaso tuviesen algo que pudiese añadir a su tesoro. Al hacerlo saltó sin darse cuenta de su percha al suelo, y perdió de vista a Zelika. Fue un error, pues esta se volvió y lo vio por primera vez.

La respuesta de Zelika fue inmediata y violenta. Se lanzó sobre Irc y lo cogió, primero por un ala y después por las patas. Jadeando de ira, se puso en pie con dificultad, agarrándolo boca abajo. Lo sostuvo con el brazo extendido para

mantenerse fuera del alcance de su pico.

—Trozo de cebo para peces esquelético —le espetó—. Tendría que haberme dado cuenta de que me estabas espiando. ¡Debería retorcerte ese asqueroso pescuezo! — Aunque Irc no era capaz de comprender qué le estaba diciendo, el tono general quedaba bastante claro. Redobló sus chillidos de alarma—. Cállate o te mato.

Rápidamente sacó un látigo de cuero de la cintura y le ató las patas a Irc, de modo que este se vio ligado como un pollo. Irc no paró de gritar obscenidades avícolas durante todo el tiempo. Ahora la indignación había superado al miedo: ¿cómo se atrevía ella a tratarlo así a él, Irc, el mensajero del Rey?

La escena comenzaba a atraer la atención. Zelika, que todavía tenía a Irc agarrado por las patas, miraba a su alrededor desesperada e intentaba cerrarle el pico con la mano. Él la picoteaba ferozmente. Era un pájaro pesado y poderoso, y en aquel momento ella lo soltó. Cayó al suelo de espaldas y se retorció desesperado, intentando levantar vuelo. Pero Zelika volvió a agarrarlo, con tanta fuerza que le hacía daño en las patas. Ignorando la sangre que le corría por la mano, por fin consiguió cogerle el pico y cerrárselo. Aquello no hizo cesar los chillidos de Irc; tan solo los amortiguó. En aquel momento pensó que de verdad iba a retorcerle el pescuezo.

—Bueno, ¿qué está pasando aquí?

Alguien le quitó el yelmo de la cabeza. Indignada, Zelika levantó la vista y se encontró con el rostro duro y curtido por el clima de Inhulca de Baladh, el Bardo con el que había coincidido durante unos instantes hacía varias semanas en lo alto de la Torre Roja. Abrió la boca para responder y volvió a cerrarla. Él la miraba sin ocultar su diversión.

Aquello hirió a Zelika en su orgullo; se dio cuenta del aspecto tan ridículo que debía de tener agarrando a un pájaro airado, como una campesina en el mercado, pero no se atrevía a soltar a Irc, porque este volvería y se lo contaría todo a Hem. De modo que continuó sosteniendo al pesado pájaro, haciendo como si no estuviese allí, y le devolvió la mirada desafiante al Bardo, que la estudiaba con gran interés.

—Eres la muchachita de Baladh, ¿verdad? —Ante lo de «muchachita» a Zelika le dieron ganas de escupirle. Se volvió para alejarse, a punto de estallar en lágrimas de ira. Todo estaba saliendo mal. Pero Inhulca fue más rápido que ella y la cogió con tanta fuerza del brazo que no pudo soltarse—. Y ese pájaro que tienes ahí es el cuervo de *Lios Hlaf*, ¿verdad? Creo que no deberías tratarlo con tanta dureza; hay quien tiene sus razones para estar agradecido a esta criatura.

—Es un chivato —exclamó Zelika acalorada—. Me ha seguido hasta aquí, no es más que un sucio espía.

—Tal vez. —La diversión se desvaneció del rostro de Inhulca tan rápido como si se hubiera extinguido una luz—. Pero creo que es probable que el pájaro tenga razón al sospechar. ¿Qué estás haciendo aquí? No se te ha perdido nada en la puerta.

—Tengo todo el derecho a vengar a mi familia —dijo Zelika y se estiró todo lo

que pudo. Pese a tener entre manos a un Irc que no dejaba de retorcerse, consiguió tener un sorprendente porte de dignidad.

—¿Y cuál es esa familia? —preguntó Inculca y la miró alzando las cejas.

—La Casa de Il Aran —respondió Zelika con arrogancia—. Eres baladhiano, comprenderás mi derecho.

Inhulca se quedó un momento en silencio. Después miró a Irc y dijo en el Habla:

—*Contén tu lengua, pájaro. No va a matarte. Si fuera a hacerlo, ya te habría roto el cuello.* —Irc estaba tan sorprendido que dejó de chillar de repente y retorció la cabeza para mirar al Bardo que le había hablado—. Estás al cuidado de Saliman de Turbansk, si bien recuerdo —dijo Inhulca—. Creo que no le gustará saber que estás aquí.

—Él no es de mi familia —declaró Zelika—. No tienes derecho... —Volvió a intentar liberarse de él, pero no fue capaz.

—Eres una niña —replicó.

—¡No soy ninguna niña! —gritó Zelika.

—Una niña —repitió Inhulca con frialdad—. Y pese a tu ilustre casa, es evidente que no tienes ni idea de lo que supone una batalla. Un soldado sin experiencia en una batalla como esta puede costar vidas. Incluso una vida en nuestras manos es demasiado. —Miró a Zelika con tal ferocidad que la hizo temblar—. ¿Lo entiendes? —Ella tragó saliva—. ¿Lo entiendes? —Apretó el brazo de Zelika con más fuerza y esta asintió—. Tú eres una molestia, no puedo dejarte aquí. Y no confío en ti. —Inhulca la contempló durante un instante y pareció tomar una decisión—. Vendrás conmigo. Rápido, tenemos poco tiempo, las lluvias comenzarán pronto, si es que sé algo del tiempo.

Le dio un par de órdenes perentorias a los soldados que tenía cerca y después llevó a Zelika, que se resistía y todavía tenía cogido a Irc, corriendo a través de la multitud hasta una torrecilla cercana a la Puerta Oeste. El interior era turbio y sofocante, Zelika sintió cómo el sudor le resbalaba por la espalda mientras Inhulca la empujaba por unas escaleras de caracol oscuras que llevaban a un cuarto dos pisos más arriba. Dentro de ella, agrupados alrededor de una sencilla mesa de madera sobre la que había una jarra y vasos, estaban el Primer Bardo Juriken, Har-Ytan y otros dos más. Se volvieron con curiosidad cuando Inhulca entró con sus extrañas cargas.

—Un par de llegadas inesperadas. —Se limitó a decir Inhulca mientras arrojaba el yelmo de Zelika sobre la mesa—. Debo volver con mi tropa. Creo que estos pertenecen a la de Saliman; los dejo aquí para que toméis una decisión. —Por fin soltó el brazo de Zelika y le advirtió—. Recuerda lo que te he dicho. —Zelika lo miró malhumorada y con el ceño fruncido. Irc, que colgaba olvidado y magullado a su lado, emitió un ligero graznido, y ella lo levantó sin ser consciente de ello y lo acurrucó en sus brazos—. Muy agradecidos —comentó Inhulca con ironía—. Espero que los dos vivamos para ver el día en el que te acuerdes de esto y me des las gracias. —Hizo una señal con la cabeza a los otros y se marchó.

Zelika se quedó allí de pie, incómoda, sintiendo cómo su ira se extinguía, reemplazada por una especie de vergüenza. Juriken y Har-Ytan la observaban con asombro e irritación.

—Zelika de la Casa de Il Aran, ¿por qué estás aquí?

Har-Ytan no había elevado la voz, pero la fuerza de su disgusto acobardó a Zelika sobremanera. Se dio cuenta de que pensaban que era exactamente igual que un niño travieso al que se le ha caído y roto sin querer un objeto precioso, porque no ha sabido cogerlo.

—He venido a luchar, Vuestro Resplandor.

—Luchar en este último y desesperado alzamiento no es un honor que concedamos a los niños —la voz de Har-Ytan era fría y dura—. Hay muchos grandes guerreros que han ofrecido sus servicios hoy, a los que se les ha asignado tareas de algún otro lugar donde se les necesita más. Cada uno de ellos era más digno que tú.

—Sí, Vuestro Resplandor. —Zelika inclinó la cabeza, sintiendo que las orejas le ardían de vergüenza.

Sin decir nada más, Har-Ytan se volvió. Zelika se sintió como si fuese del tamaño de un dedo pulgar. Recorrió el cuarto con la vista, preguntándose dónde podría sentarse. Era una habitación muy pequeña, sin ventanas, probablemente el cuarto de la guardia, y no había ningún lugar en el que esconderse. Nadie se fijó en ella y aquello hizo que tuviese la perversa sensación de que estorbaba aún más. Se apoyó contra la pared, intentando hacerse lo más pequeña posible.

—El tiempo estallará pronto, Fuente de la Luz —dijo Juriken con un tono de amabilidad que hizo que Zelika levantara la vista.

—Sí. —Har-Ytan se puso en pie, muy quieta, y durante un instante a Zelika le pareció que su silueta estaba rodeada por un halo de luz. Se veía alta, severa y llena de gracia, destacando sobre los resplandecientes colores azul y dorado del traje de batalla de Turbansk, y Zelika pensó que nunca había visto a nadie tan hermoso, ni tan triste. Entonces Har-Ytan desenfundó lentamente su espada y se la puso ante los ojos de modo que la hoja brilló ante la tenue luz de la lámpara—. Me voy a la Oscuridad —sentenció—. Podría no volver. Que mi espada se clave en lo más profundo de su corazón.

Miró a Juriken a los ojos e intercambiaron una intensa mirada. Para sorpresa de Zelika, el Bardo dio un paso adelante, abrazó a la Ernani y la besó en la boca. Se apartó e inclinó la cabeza.

—Id, mi Reina. Que la Luz vaya con Vos.

Har-Ytan estaba flanqueada por sus dos capitanes de mayor rango: el Capitán de la Guardia del Sol, Il Hanedr, y Menika, la guerrera jefa de la cámara personal de Har-Ytan. Menika era una mujer alta, delgada, muy morena y dura, a la que Zelika nunca había escuchado hablar. Il Hanedr se arrodilló ante Har-Ytan y esta le colocó la mano sobre la cabeza durante un instante.

—Mi Reina —dijo—, me duele en lo más profundo.

—Así es, Il Hanedr —respondió Har-Ytan—. Pero ¿querrías que permitiese que la flor de mi ciudad fuese asesinada? He de pensar en el después, igual que deberías hacer tú, si no deseamos perder para siempre. Has de guiar a mi hijo y liderar a mi pueblo desde ahora.

Il Hanedr le besó la mano y después abrazó a Menika sin decir nada. Después las dos mujeres salieron del cuarto de la guardia en dirección a la muralla interior, donde había una pasarela que discurría por la parte superior de la Puerta Oeste. Zelika escuchó una débil ovación que llegaba del exterior, ahogada por el largo estruendo producido por un trueno.

Tanto Il Hanedr como Juriken se quedaron un tiempo sentados sin decir nada en el cuarto, que parecía mucho más oscuro que antes. Il Hanedr levantó la cabeza y Zelika, que miraba tímidamente desde la pared, vio que tenía lágrimas en los ojos. Se sentía sorprendida y cohibida por ver en un momento así a tal capitán, para Zelika un verdadero héroe, y miró a Irc.

«Por lo menos el cuervo tiene suficiente sentido común para estar callado», pensó. De repente sintió remordimientos por cómo lo había tratado y por toda su inútil aventura, de la que ya se arrepentía, así que se sentó, cruzando las piernas, y desató con suavidad la correa con la que le había ligado las patas.

Para su sorpresa, al principio Irc no se movió. La verdad era que le había atado las patas con tanta fuerza que él apenas las sentía, y además estaba magullado y dolorido. Después, al darse cuenta por fin de que era libre, Irc saltó de su regazo y se cayó.

Mordiéndose los labios, Zelika extendió el brazo para recogerlo. Tenía miedo de haberle roto las patas; Hem nunca se lo perdonaría. Irc emitió un agudo graznido y le dio un picotazo en la mano mientras se apartaba de ella.

«Supongo que me lo merezco», pensó Zelika. «No soy nada. No soy nada más que una vergüenza». Se ocultó el rostro entre las manos.

Irc llegó dando saltitos al otro lado de la habitación, desde donde observó a Zelika con desconfianza. Il Hanedr le dijo algo a Juriken y salió del cuarto de la guardia. Ahora solo quedaban Zelika, Juriken e Irc.

El Bardo se quedó un tiempo sentado en silencio, y después suspiró y se levantó.

Cuervo Blanco, le dijo a Irc en el Habla, *tu amigo debe de estar esperándote, temiendo que estés muerto.*

Yo no quería venir aquí, respondió Irc malhumorado. *Me trajo ella. Y ahora me duelen las alas y las patas.*

Juriken se echó a reír. *Lo siento*, dijo. *Pero aun así, debemos marcharnos de aquí. Tengo cosas que hacer en el Ernan y pronto lloverá.*

¿Lloverá?

Juriken cruzó la habitación, se agachó al lado de Zelika y le puso la mano sobre la cabeza. Esta no levantó la vista, pero una sensación de paz surgió de su contacto. Comenzó a sentirse un poco mejor.

—Zelika —dijo Juriken con dulzura—, olvida tu orgullo. No es momento para cosas así. Tendrás que venir conmigo. Ahora no quiero tonterías.

La muchacha asintió con sumisión y se levantó. La armadura resonó con demasiada fuerza en aquella pequeña sala. Juriken, percibió, no llevaba armadura, tan solo la túnica lisa roja que llevaba siempre.

Irc estaba demasiado magullado para volar y no se atrevió a posarse en el hombro de Juriken, así que tuvo que tragarse su orgullo y posarse sobre el de Zelika. Esta no lo echó, cosa que él sospechaba que podría hacer.

Juriken guio a la niña por el pasillo interior, alejándose de la Puerta Oeste, y penetraron en otra torre. Subieron por unas escaleras de caracol hasta salir a otro muro interior, este situado a mayor altura. Jadeando, Zelika lo siguió por un breve tramo de escaleras y descubrió que se encontraban un pequeño puesto de vigilancia sin techo. Allí había más calma que en la Puerta Oeste, pese a que el ruido constante que hacía el Ejército Negro, los tambores, trompetas y gritos que habían constituido el ruido de fondo de la vida de Zelika durante las últimas semanas, todavía se oía con fuerza. Juriken alzó la vista al cielo, con el rostro iluminado durante un instante por un rayo, y Zelika lo siguió sin darse cuenta. El sol se había desvanecido en el horizonte, sus últimos brillos doraban las gruesas nubes que se cernían sobre ellos.

Los arqueros del puesto de vigilancia inclinaron la cabeza y se apartaron para dejar paso a Juriken. El Bardo subió al parapeto y miró desde allí.

—Nos quedaremos un tiempo observando desde aquí —dijo Juriken—. Después he de volver al Ernan, donde se suponía que debíais estar preparados. —Irc revoloteó hasta el muro y volvió alarmado cuando una flecha pasó silbando sobre sus cabezas con un desagradable zumbido. Juriken dijo algo que Zelika no entendió y el aire pareció cambiar a su alrededor, ganando una breve luminosidad extraña—. El Ejército Negro no duerme. Esto nos protegerá de las flechas perdidas —le explicó. Zelika lo miró dudosa; la magia Bárdica todavía le resultaba un poco sospechosa. Después se puso de puntillas y descubrió que podía ver por encima del borde del parapeto. Ante las murallas había un espacio vacío de unos cincuenta metros. Después se alzaba un grueso muro de escudos altos y negros y, tras ellos, una hilera de tiendas de campaña. Más allá había otra hilera, y otra más, que se extendían hasta desaparecer en la densa oscuridad. Entre las tiendas Zelika veía figuras que caminaban. Todo parecía tranquilo y en orden—. Mira hacia la Puerta Oeste —la instó Juriken—. Y también al norte.

Zelika se quedó mirando hacia la derecha y se quedó sin aliento. Desde allí tenía una vista despejada de las puertas. En el lugar donde la lucha había sido siempre más intensa, no había tiendas. Ante las puertas había el mismo espacio, donde el Ejército Negro mantenía fuera del alcance de los arqueros, y después la línea de escudos. Mientras Zelika miraba, un misil en llamas surgió del cielo y chocó contra las murallas de la ciudad, cayó al suelo y explotó en el exterior convirtiéndose en una roja bola de fuego. Más lejos se alzaba una enorme arma de guerra, una silueta

siniestra perfilada contra el cielo, y otra más tras ella. El cielo centelleó y bajo la lívida luz Zelika vio como todo el suelo era una masa de figuras en movimiento, que parecían bullir como una única criatura amenazadora bajo las densas nubes. Ahora ya casi estaba oscuro, y los fuegos tras las líneas del enemigo ardían sanguinolentos.

Se escuchó otro trueno. A Zelika se le puso de punta el vello en toda la espalda; comenzaba a pensar que iba a reventar de tensión. ¿Por qué no estaba pasando nada? Entonces vio una repentina ráfaga de flechas y otros misiles que procedían de encima de la Puerta Oeste.

—Ya comienza —dijo Juriken—. Mira.

Una larga y aguda nota resonó en el campo: el toque de una trompeta. Durante un breve instante su música pura sonó desafiante contra la oscuridad y el fuego, y después se desvaneció. La llamada de la trompeta hizo que a Zelika se le hirviese la sangre, no por el deseo de matar, sino a causa de un repentino vuelco del corazón que se vio enlazado con una tristeza casi insoportable. Fue en aquel momento cuando comprendió lo que significaba que Turbansk estuviese a punto de caer ante el Ejército Negro. Se preguntó por qué los fuegos se habían vuelto difusos y después se dio cuenta de que, contra su voluntad, estaba llorando.

Después pareció que otro toque respondía a la trompeta, el sonido resonó a la izquierda de Zelika. Maravillada, examinó las murallas con la mirada puesta en la Puerta Norte. Se volvió hacia Juriken con una pregunta formándose en sus labios. Él la miró y sonrió con tristeza.

—No solo atacamos en un frente —dijo—. Imank podría pensar que es una trampa.

Cuando las notas de la trompeta se desvanecieron, las puertas de Norte y del Oeste comenzaron a abrirse. Mientras se abrían, las fuerzas turbanskianas salieron al campo a una velocidad asombrosa, iluminados por el parpadeo casi constante de los relámpagos: dos mares de color oro sin brillo, azul y plata se abrían paso en la sombría oscuridad. Zelika vio el estandarte azul y dorado de Turbansk que se alzaba contra el viento y también la espada de plata de Baladh y el caballo carmesí símbolo de los alhadeanos. Primero llegó la caballería: las filas de arqueros alhadeanos y bilakeanos, y una fila de la Guardia del Sol montada. Detrás de ellos marchaba la infantería. Parecían tantos que Zelika parpadeó. El Ejército Negro borboteaba, los capitanes reaccionaron contra el ataque y comandaron a sus fuerzas para encontrarse con las dos puntas de las filas de Turbansk, y unos gritos ahogados alcanzaron los oídos de Zelika. Las filas frontales de caballería chocaron con la línea de escudos y el Ejército Negro se estremeció bajo el impacto y retrocedió.

Era difícil averiguar qué estaba ocurriendo en aquella oscuridad; Zelika siguió los estandartes, con su brillo apagado, el sol dorado, la espada de plata y el caballo rojo, mientras las fuerzas de Turbansk se abrieron paso hasta una de las armas de guerra y, mientras miraba, el inmenso artefacto se volcó lentamente y aplastó a muchas personas bajo él. Los soldados que rodeaban a Zelika lo celebraron, pero Zelika no

emitió ni un sonido, se estaba mordiendo los labios con tanta fuerza que se hizo sangre. ¿Dónde estaba el caballo carmesí? El estandarte del sol se había desvanecido; había caído. No, volvía a alzarse; tal vez habían matado al heraldo y lo había tomado otro. Zelika sabía que Har-Ytan no debía de andar lejos de él. La batalla ya era muy encarnizada, pero parecía que, aunque fuese increíble, las fuerzas de Turbansk iban, paso a paso, haciendo retroceder al Ejército Negro. Tan solo podía tratarse de pura voluntad: se veían absolutamente superados en número, mas aun así su línea e mantenía inquebrantable.

Pero mientras miraba, Zelika vio que unas grandes bestias llegaban desde las líneas negras hacia las fuerzas de Turbansk, bestias que respiraban penachos de llamas y de cuyos hombros, hocicos y rodillas surgían cuchillas, cabalgadas por figuras envueltas en fuego. Pisoteaban sin cuidado alguno a las figuras más pequeñas del Ejército Negro mientras se abrían paso a la fuerza hacia la línea del frente. Zelika contuvo el aliento; eran irzuks, bestias hechas de hierro y llamas montadas por soldados-perro. Los había visto en Baladh y sabía que ningún guerrero, sin importar lo fuerte que fuese, podía resistirse a ellos. Mas tras ellos marchaban unas cosas que no era capaz de nombrar que le helaron el corazón. Eran unas oscuras criaturas con forma humana de seis metros o más de altura, ya que pese a su tamaño resultaba difícil fijar la vista en ellos: parecían estar tejidos de sombra y vapor, y sus movimientos eran más siniestros y amenazadores que los de los irzuks. Parecían caminar entre los soldados que luchaban como si cruzasen charcos, y por donde pasaban todos —enemigos o aliados— caían al suelo. A medida que se aproximaban a las líneas del frente, los brillantes estandartes de Turbansk ondeaban y se retiraban.

—Almádenas —dijo Juriken, mirando hacia el codo de Zelika—. Fantasmas de sombra, niebla y enfermedad invocadas por hechiceros. Los esperábamos: son muchísimo más mortales que los soldados-perro y ni el hierro ni el fuego los hieren. Los Bardos los contendrán durante un tiempo, si pueden, pero las almádenas no soportan la lluvia.

Miró hacia las oscuras nubes, como si les estuviese ordenando que estallasen, y mientras hablaba una cálida gota de lluvia cayó sobre la cara de Zelika. Y luego otra. En unos instantes, con una rapidez cegadora, la tormenta estaba cayendo.

Entornó los ojos con desesperación para ver entre la lluvia, pero esta era tan densa que la vista apenas le alcanzaba hasta unos veinte metros de distancia. Irc chilló de protesta y saltó al hombro de Zelika, en un intento de acurrucarse bajo su pelo.

—Ya no veremos nada más —gritó Juriken sobre el estruendo de la lluvia, aunque él también estaba mirando hacia la oscuridad grisácea, como si su vista pudiese agujerear las densas cortinas de agua con su aguda intensidad. Entonces, con una repentina resolución, como si por fin hubiese tomado una decisión acerca de algo que lo había estado perturbando, la cogió del codo y la volvió a llevar al interior de la torre. Dentro la lluvia no resonaba con tanta fuerza. Zelika jadeó aliviada por no estar ya a la intemperie bajo el aguacero y se apartó el cabello empapado de los ojos.

—¿Qué va a pasar? —Zelika se volvió hacia Juriken, con todas sus quejas previas ya olvidadas. Un fino hilillo de agua le bajó por la cara, la nariz y el mentón.

—Mucha gente morirá, está muriendo ahora, de ambos lados. La mayor parte de ellos no merecen una muerte como la que sufrirán. —Juriken se volvió para mirar a Zelika y durante un instante pareció que había olvidado que estaba hablando con una muchachita. Tenía el rostro demacrado y los hombros hundidos por el cansancio y la pena—. Dime, Zelika, ¿crees que un esclavo merece morir? Imank trae a muchos esclavos: estas fuerzas no son simplemente Glumas.

—Nos están atacando —dijo Zelika, sorprendida por las palabras de Juriken—. No siento compasión por ellos. Nos quieren matar.

—Sí, Zelika —dijo con dulzura Juriken, y clavó la mirada en Zelika, como si acabase de volver de un lugar interior—. De todas maneras, el miedo, las mentiras, el odio y la desesperación son esclavitudes, y son dignas de compasión. Bueno. Que la Luz los guarde a todos. —Se pasó la mano por la cara para secarse y Zelika observó con asombro que estaba temblando. De repente Zelika se preguntó cuántos años tendría en realidad: había escuchado decir que los Bardos tenían una larga vida. Ahora Juriken aparentaba tener cientos de años. Pero no le dio tiempo para valorarlo—. Debemos apurarnos —afirmó—. Tenemos que volver al Ernan, donde esperarás con Hem, de quien asumo que sí ha hecho lo que se le dijo que hiciese; después yo me iré a cumplir con mis deberes.

Mientras hablaba se produjo un enorme impacto y las paredes de la torre se sacudieron. Irc salió volando alarmado y volvió a posarse, tembloroso, sobre el hombro de Zelika. En aquel momento lo único que quería era alejarse de las murallas de la ciudad tanto como fuese posible; estar allí le estaba dando muy mala espina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zelika con los ojos muy abiertos y oscurecidos ante la luz de la antorcha.

—Imank está valorando sus posibilidades —respondió Juriken— y las aprovechará con garras de hierro. El Gluma piensa que deseamos repeler a su ejército y que ahora las puertas están abiertas, y las barreras hechas con conjuros se pueden romper. Eso ha sido fuego mágico arrojado contra las murallas. Imank está sacando las armas grandes.

—¿Y si las murallas caen? —preguntó Zelika. Como si se le hubiese caído un escudo que la rodeaba, todo su orgullo y su ira se habían desvanecido; debajo de ellos descubrió que tenía miedo, muchísimo miedo, tanto como no había sentido nunca. Recordó a los soldados-perro en Baladh, la matanza que había presenciado allí, y el corazón se le atenazó en su garganta, como una mariposa atrapada.

—Las puertas caerán —dijo Juriken sin emoción—. La apuesta es cuánto tiempo tardarán. Si la Luz quiere, ahora todo irá bien. Si la Luz quiere... Y ahora, ¡vámonos!

Caminaron deprisa por las calles oscuras y vacías. No soplaba el viento; la lluvia caía pesada y con fuerza, empapándolos hasta los huesos. Por las cunetas de piedra corrían ríos, y los árboles se encorvaban bajo el diluvio, como si estuviesen llorando. «Se lamentan por la ciudad», pensó Zelika, «como si ya supiesen lo que va a pasar».

En la manera de actuar de Juriken había algo extraño, que llenó a Zelika de un pánico mayor que el miedo que ya sentía. Incluso Irc estaba mucho más quieto de lo que era habitual en él, y se limitaba a agarrarse del pelo de Zelika con expresión sombría, intentando no caerse de su hombro a causa de los tumbos ocasionados por las prisas. Por fin alcanzaron la puerta del Ernan. Para intranquilidad de Zelika, no había ningún guardia, y el Bardo y sus extraños compañeros atravesaron sin ningún cuestionamiento las espirales de atrios, patios y salas que daban a la Cámara Oeste del palacio. No estaban lejos de la habitación de Hem.

Zelika redujo el paso a medida que se acercaban. No había pensado en lo que le diría a Hem. Él se enfadaría con ella, y no le gustaba la idea. Desde la reprimenda de Har-Ytan, Zelika se sentía como si no tuviese piel, como si todos sus sentimientos estuviesen en carne viva. No sería capaz de soportar que Hem también se enfadase con ella. Sabía que él tenía todo el derecho del mundo a hacerlo: le había mentado y había estado a punto de matar al pájaro que era su amigo más querido. Pero, recordó, ella era Zelika de la Cara de Il Aran. Si había actuado con deshonor, debía aceptar su castigo sin quejarse.

Cuando entraron en la sala, Hem y Soron se pusieron en pie, el muchacho echó a correr hacia ellos, con el rostro iluminado de alivio. Irc graznó, voló hasta su hombro y le picoteó la oreja dulcemente. Hem le hizo cosquillas al cuervo en el cuello, le temblaban los labios.

—Saludos, Juriken —dijo Soron muy serio mientras se acercaba para saludar al Bardo—. Veo que traes contigo a dos amigos a los que se ha echado dolorosamente de menos.

—Sí —respondió Juriken—. Me alegro de ver que por lo menos Hem y tú estáis aquí. Perdona mi brevedad: debo encontrarme con Il Hanedr aquí, y después marchar a la Escuela. ¡Qué la Luz caya con vosotros!

—Y contigo, Juriken —le deseó Soron. Le dio la mano a Juriken, lo miró a la

cara con seriedad y su rostro cambió. Se súbito, lo abrazó—. Conocerte ha sido una de las alegrías de mi vida durante estos últimos años. Has sido un gran amigo. Temo que no volvamos a vernos a este lado de las Puertas.

—No lo creo, hermano. —Juriken lo miró a los ojos—. En estos tiempos oscuros, perecerán muchas cosas para nunca volver. Ve en paz, Soron. —Los dos Bardos se quedaron en silencio durante unos instantes más, como si hablasen sin palabras. Entonces Juriken se volvió hacia Hem y Zelika—. Id en paz, niños —dijo—. Creo que tal vez Har-Ytan estuviese en lo cierto cuando dijo que los sueños de nuestros jóvenes liderarán nuestro camino entre las sombras que nos asolan. Si tiene razón, para vosotros será duro. Que el destino sea amable.

Hem tragó saliva y asintió, y Juriken salió de la sala sin decir nada más. Con la mirada perdida tras él, pensó que el Primer Bardo había envejecido desde la última vez que lo había visto. El sentido Bárdico que había en su interior también percibía una fuerza en Juriken que no había visto antes, una gran resolución ligada a sus malos presentimientos que hizo que se sobrecogiera. Se preguntó, no sin un destello de miedo, qué planearía hacer Juriken.

Soron volvió al sofá donde habían estado esperando y se dio la vuelta para mirar por la puerta abierta hacia la lluviosa oscuridad. Hem se quedó mirando a Zelika, que estaba de pie humildemente ante él, con la cabeza inclinada y el rostro oculto por el cabello chorreante y desordenado, esperando con resignación a que le gritase.

Pero Hem no le gritó. Cuando Zelika se le puso delante, triste, con su traje de batalla empapado, con todo su orgullo hecho jirones, él descubrió que su ira se había evaporado por completo. Se produjo un incómodo silencio durante el que Hem esperó a que Zelika hablase. Al final se dio cuenta de que ella no diría nada porque se sentía demasiado humillada. En un impulso dio un paso delante y la abrazó con torpeza.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo con la voz ronca.

Zelika asintió, sin mirar a Hem a los ojos, pero lo mantuvo agarrado con fuerza durante un instante antes de permitir que se separase.

¡Me ha atado las patas! Le susurró Irc a la oreja. *¡Ha sido mala conmigo!*

Tal vez, replicó Hem. *Pero ahora se arrepiente.*

Ahora que Irc ya no se encontraba bajo la lluvia, no estaba tan dispuesto a perdonar. Erizó las plumas. Pero había algo en la voz de Hem que le decía que no discutiese.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hem intranquilo.

—Esperamos —contestó Soron volviéndose. Su amable rostro tenía un aire sombrío—. Tal vez Zelika pueda secarse. Está un poco mojada.

Zelika se movió y desapareció en el interior de una alcoba adyacente. Irc se puso a dar saltitos e inspeccionó con interés la comida que Hem le había apartado, alzando la vista interrogante.

Adelante, dijo Hem. *La he apartado para ti.*

El cuervo comenzó a devorar la comida y Hem observó a Soron con

detenimiento.

—No ha sido casualidad que nos hayamos encontrado de camino aquí, ¿verdad? —preguntó.

—No, Hem. —Soron le dirigió una sonrisa—. Tengo instrucciones, igual que todos los demás.

—¿Y las tuyas son cuidar de mí?

—En parte. —Soron se levantó y se acercó a la mesa, donde todavía quedaba una jarra de vino intacta tras la comida—. Me parece que un poco de vino no nos vendrá mal, ¿eh? No tanto como para emborracharnos, pero lo suficiente para pasar el rato.

Hem negó con la cabeza.

—Para mí no —declaró—. Sabes más de lo que me cuentas, Soron —añadió.

—Si es así, te lo contaré en su debido momento.

—¿Y ahora estamos esperando a Saliman?

—Así es.

Hem tragó saliva. No deseaba hacer la siguiente pregunta.

—Y... ¿y si Saliman no vuelve?

—Yo de verdad espero que Saliman vuelva. —Soron jugueteó con la copa—. Espero que llegue tarde, tras la medianoche. Ocurra lo que ocurra, tenemos que estar bien lejos de aquí al alba.

—¿Cómo vamos a salir? —preguntó Hem con impaciencia.

—Hay maneras —respondió Soron—. Tu habitación no fue escogida al azar. —Pese a las insistentes preguntas de Hem, no dijo nada más. Al final Hem se tiró sobre el sofá, y se quedó mirando cómo llovía abatido. Fuera ya estaba completamente oscuro.

Más espera. No podría soportarlo.

Hem pasó las siguientes horas preso de una ansiedad afilada como un cuchillo, mientras el tiempo parecía irse convirtiendo en un tedio infinito. «Resulta extraña», reflexionó, «esta sensación de estar a la vez aburrido y aterrorizado». El Ernan parecía estar vacío; no podía escuchar ningún movimiento en absoluto. «Supongo que todo el mundo ha bajado a los barcos», pensó, «y tal vez ahora ya se hayan ido de la ciudad. Quizá seamos los únicos que quedamos dentro de las murallas».

Aguzó el oído para intentar tener alguna pista acerca de lo que estaba ocurriendo fuera, pero aparte de unas cuantas explosiones o choques débiles e inidentificables, no fue capaz de oír nada más que el repiqueteo constante de la lluvia y las poco frecuentes campanadas del reloj de agua. Los intervalos entre las horas parecían demasiado largos; en un momento dado Hem fue a comprobar que o hubiera ningún problema.

Irc se había posado sobre el brazo de una silla y, agotado por la aventura y atiborrado de comida, se quedó dormido enseguida. Zelika había salido de su alcoba,

seca pero todavía acorazada dentro de su armadura. Llevaba la espada desenvainada, se sentó y se la colocó sobre las rodillas. Miró a Hem.

—Deberías ponerte el equipo de lucha —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó Hem molesto.

—Por si acaso. Yo sí he visto lo que está pasando al otro lado de esa puerta.

Hem se encogió de hombros sin entusiasmo. Así pasaría un poco el rato. El equipo de lucha turbanskiano no era, como armadura, especialmente pesado, pero era una ropa poco cómoda.

Cuando sonó la campanada de medianoche, Hem comenzó a esperar el retorno de Saliman. Aquello hacía que el tiempo pasase todavía más lento; ahora cada momento se iba arrastrando. Soron cada vez estaba más inquieto y comenzó a recorrer la habitación caminando arriba y abajo.

Sonó la primera campanada tras la medianoche, y todavía no había pasado nada, excepto que la lluvia había cesado ligeramente. El sonido resultaba soporífero. Hem bostezó. Había sido un día agotador, y aquella espera que destrozaba los nervios no resultaba menos pesada. Soros se inclinó para ofrecerle una petaca.

—Medhyl —dijo—. Los dos debéis tomar un poco. Protege contra el cansancio. Ahora tenemos que estar bien despiertos.

Hem sorbió el licor Bárdico y sintió que su agotamiento se aliviaba. Despuésladeó la cabeza: ¿se oía a alguien corriendo en la lejanía? Miró a Soron y vio que él también estaba escuchando.

Sí, seguro que eran pasos acelerados. Mucha gente. Y más lejos, el sonido del choque del metal contra el metal, y unos gritos débiles y confusos. Soron se puso de pie, alerta, y desapareció durante un breve instante. Volvió con un hatillo que se colocó en los hombros. Zelika lo miró con curiosidad; no poseía oído Bárdico y no sabía qué era lo que estaban escuchando.

—Saliman todavía no ha vuelto —dijo Hem, nervioso.

Soron miró a Hem.

—Espero que llegue en cualquier momento —replicó—. Creo que ahora deberíamos ir hasta la Cámara Oeste. Hem, será mejor que despiertes a Irc.

Hem cogió al pájaro. Este abrió un ojo y emitió un suave graznido de protesta. Soron cogió un farol y los niños le siguieron hasta la Cámara Oeste. Era una habitación circular y abovedada, con paredes de escayola pintada de un rojo pálido y decorada con sencillas pilastras doradas. El farol de Soron arrojaba extrañas sombras sobre las paredes. De allí salían varias puertas. Tras la intimidad de la habitación que acababan de dejar, parecía muy grande y vacía, y sus pies resonaban de una manera inquietante sobre el suelo de baldosas.

En el centro de la sala las baldosas formaban un curioso diseño alrededor de una piedra negra y redonda, con un lustre brillante. Soron dejó caer su bolsa al lado de la piedra y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Deberíamos haber traído unos cojines —comentó Hem.

—Dudo que nos vayamos a quedar aquí mucho tiempo —replicó Soron.

Zelika no dijo nada, pero parecía dubitativa. Ahora ya podía oír los ruidos procedentes del exterior de la ciudad, por encima del repiqueteo constante de la lluvia.

—¿Vendrá pronto Saliman? —preguntó Hem con la voz quebrada.

—Eso espero —respondió Soron imperturbable mientras cubría el farol—. Venga o no, considero que no podemos esperar mucho más.

A aquello le siguió un prolongado y denso silencio, durante el que continuaron sentados en la cámara a oscuras en el palacio vacío. Hem estaba a punto de romper a llorar; Soron no les daba ninguna explicación pero él estaba casi seguro de que Saliman ya debería estar allí. Zelika, que apenas había hablado en toda la noche, estaba sentada muy quieta con la espada desnuda descansando sobre su regazo.

No mucho después oyeron unos pasos que parecían venir del interior del Ernan. Zelika se levantó de pronto, sosteniendo la espada, y Soron y Hem la siguieron más despacio. Escuchaban con atención. Hem estaba seguro de que era una sola persona que corría hacia la puerta sur de la cámara. ¿Saliman? Tragó saliva y se preguntó si debería desenvainar la espada. Soron parecía igual de inseguro. Resultaba muy desconcertante no saber qué era lo que se acercaba a ellos; Hem estaba rígido, con los brazos a los costados, desgarrado entre la esperanza y el miedo. Los pasos se acercaban, provocando un eco de una duración antinatural en el palacio vacío, pero parecían seguros de adonde se dirigían; no podía ser un enemigo, seguro, pues un enemigo se habría perdido...

Por fin una figura irrumpió en la sala. Pese a la oscuridad, Hem supo en seguida que era Saliman y se le escapó un grito de alivio. El Bardo se detuvo en la puerta, entornando los ojos para ver el interior de la cámara, y caminó hacia ellos. A medida que se les acercaba, Soron levantó el farol durante un instante, dejando que cayese un poco de luz, y Hem vio horrorizado que Saliman parecía estar cubierto de sangre, tenía la cara salpicada y la armadura llena de barro y ennegrecida.

—¿Estás herido? —preguntó mientras corría hacia Saliman.

—No mucho —respondió este, y sus dientes brillaron en la oscuridad como si hubiese sonreído durante un instante—. Me alegro de verte, Hem. ¿Estáis todos aquí?

—Palindi no ha venido. Ni Jerika —dijo Soron, nombrando a Bardos a los que Hem solo conocía de vista.

—Palindi ha muerto —replicó rápidamente Saliman—. Jerika estaba luchando en el puerto; no puede haber llegado más lejos de los mercados. Están en llamas. Yo conseguí atravesarlos justo a tiempo. Rezo para que esté en uno de los barcos que salen. —Se tambaleó y se pasó la mano por la frente—. Soron, tenemos muy poco tiempo. ¿Puedes comenzar con la apertura? Necesito recuperarme. Después ayudaré, si es necesario.

Soron, cuyo rostro se había arrugado de angustia ante las noticias que traía Saliman, asintió e inspiró profundamente. Zelika observó con curiosidad mientras el

Bardo reunía su poder y comenzaba a brillar con magia. El horrible ruido de la batalla se oía más alto y levantó la vista con rapidez, igual que un lobo olfateando el peligro, y se movió para guardar la puerta oeste. Hem recordó que él también tenía una espada. Caminó de mala gana hacia la puerta, cerca de Zelika, mientras sacaba su arma, y se quedó mirando a la oscuridad que había más allá, con los nervios vibrando por la tensión.

Soron comenzó a cantar en el Habla en un tono bajo y musical y, mientras lo hacía, la piedra negra que había en el centro del suelo también comenzó a brillar. Hem nunca había pensado en él como Bardo; lo conocía de las cocinas, haciendo las mejores galletas de semillas del Suderain, impasible, formal y amistoso, tan diferente del voluble Saliman como podía ser posible. Pero en aquel momento recordó que Soron era mucho más que un cocinero; y el vello se erizó en su espalda al percibir el poder que el Bardo estaba empleando.

Hem deseó que el conjuro, fuese lo que fuese, no tardase mucho. Sin duda ya había gente en el palacio, procedentes de la Puerta de Hilan, no lejos de donde estaban ellos, pues podía escuchar luchas y gritos, y el sonido de cosas siendo aplastadas. Todavía no venía nadie hacia allí, pero era solo cuestión de tiempo... Saliman se recompuso y comenzó a cantar con Soron, fundiendo los poderes de los dos. De repente la piedra comenzó a brillar casi tanto como un rayo, emitiendo un reflejo que dejó a Hem ciego durante un instante. Después volvió a quedarse a oscuras. Saliman se pudo de pie, tambaleándose.

—¡Hem, Zelika, venid aquí, rápido! No durará mucho. —Corrieron hacia el centro de la sala. En el lugar en el que antes estaba la piedra pulida se abrió ahora un agujero en medio del suelo. Soron ya había descendido, podían verlo bajo ellos, portando el farol, que había descubierto parcialmente. Era una caída bastante larga: unos tres palmos. Hem dudó durante un brevísimo instante, y Saliman le dijo con dureza:

—¡Salta! ¡Ya! —Y lo empujó. Aterrizó pesadamente, con las piernas mal dobladas. Irc saltó del hombro de Hem alarmado, debido al poco apego que los pájaros sienten por los espacios cerrados, pero Saliman le dijo con tanta fuerza: *¡Baja! ¡Sigue al chico!*, que en lugar de alborotarse y resistirse, tal y como habría hecho en circunstancias normales, se sumergió directamente en el agujero que había en el suelo. Aterrizó sobre el hombro de Hem y se colgó de él, ocultando los ojos bajo las alas. Zelika saltó detrás del muchacho, aterrizó con gracia y Saliman la siguió.

Se hallaron en un estrecho pasadizo de piedra, de apenas suficiente anchura para que pasasen los cuatro. Su respiración resonaba con fuerza en las paredes. Hem levantó la vista ansioso; muy cerca de ellos oyeron un ruidoso choque y un grito ronco. Sería fácil ver por dónde se habían marchado; sería fácil seguirlos. En el momento en el que aquellos pensamientos le vinieron a la cabeza, el agujero que tenían sobre ellos se cerró solo. No era como una puerta de piedra que se cerraba

rechinando: la piedra, que antes no estaba allí, volvió a estarlo de repente, sólida e inamovible sobre sus cabezas. Irc emitió un débil graznido de consternación. Soron descubrió el farol un poco más, y los cuatro se miraron los unos a los otros ante la luz amarilla.

—Eso ha estado cerca —dijo Saliman—. Más cerca de lo que me gustaría.

—Lo hemos conseguido —respondió Soron con dolor—. Algunos.

Saliman le tocó el hombro.

—Sí, algunos. Algunos. Ha sido una noche negra, Soron. Tan negra como me tenía que iba a ser. Bueno, si pretendemos sobrevivir a la noche, pasado este momento, tenemos que estar lejos de aquí al alba. Nos queda un largo camino por delante.

Por primera vez en varios días, Hem comenzó a tener frío. Deseó no haberse puesto la armadura; aparte de ser incómoda, resonaba ruidosamente en el estrecho pasadizo. Y estaba muy cansado.

Saliman los guiaba sin darles ni una pausa para descansar. Soron caminaba a su lado, portando el farol, y tras ellos venían Hem y Zelika. Se encontraban en un estrecho pasadizo de piedra con el suelo y las paredes pulidas; de vez en cuando pasaban al lado de unas extrañas tallas, dibujos detallados de leones, caballos y hombres con carros de guerra que destacaban en relieve sobre las paredes. Hem no tuvo tiempo para mirarlos, pese a que despertaron su curiosidad.

—¿Qué es este lugar? —preguntó en una ocasión.

—Se le llama el Pasadizo de los Reyes —respondió Saliman—. Hay tres entradas desde el Ernan y lleva a las cuevas de Lamarsan, a dónde llegaremos pronto. El conocimiento de tales entradas es secreto, y solo el Primer Bardo y el Ernani saben dónde están y cómo abrirlas. Har-Ytan nos lo contó a Soron y a mí cuando diseñamos los planes para esta noche. No iremos a las cuevas de la Luz, que se abre al mar de Lamarsan, sino que seguiremos caminos más oscuros que solo unos pocos conocen.

No hablaron más. Saliman los apresuraba para que avancen lo más rápido posible, y aquello consumía todas sus energías. Pasaron en dos ocasiones ante la boca de otros pasadizos que Hem supuso que serían las otras entradas al Ernan, y allí Saliman se detuvo durante un instante para escuchar. Hem también aguzó el oído, preguntándose qué sería lo que quería escuchar Saliman, pero no fue capaz de oír nada, aparte de un débil rumor, muy débil, como el profundo crujido de una roca.

Hem perdió enseguida el sentido del tiempo; tenía la sensación de que llevaba toda la vida caminando por aquel oscuro pasadizo, con las sombras de la lámpara cayendo a su alrededor, sentía las piernas pesadas como piedras. Zelika caminaba a su lado, con la boca convertida en una línea recta y decidida. Hem sabía que estaba igual de cansada que él, pero no dejaba ver ninguna señal de ello.

Un largo tiempo después, salieron de los pasadizos tallados y pasaron a unas

cuevas naturales. Allí resultaba más difícil caminar, ya que el terreno era desigual y a veces el techo era tan bajo que incluso Zelika tenía que inclinarse. Hem, Zelika y Saliman se detuvieron durante un brevísimo instante para sacarse la armadura y guardarla en sus hatillos; estaba confeccionada de una manera tan artesanal que las escamas se plegaban hasta alcanzar un tamaño sorprendentemente pequeño, y era muy ligera de llevar.

Ahora una fina cama de humedad brillada en las paredes a la luz del farol, y Hem oía el sonido del agua al correr, amortiguado por la roca, en la distancia. Un río subterráneo, supuso. Estaban atravesando un desconcertante laberinto de roca: otras cuevas daban a las suyas en ángulos extraños, desde arriba o desde abajo, y de vez en cuando se encontraban con estalactitas de piedra caliza que colgaban del techo, o tropezaba en los lugares en los que el paciente goteo de los años había construido una columna blanca. Hem ya no podía parar de dar tumbos de cansancio. Irc colgaba abatido de su hombro, completamente callado. Aquello era algo inusual en él; no había prácticamente nada que pudiese mantener a Irc callado durante mucho tiempo. Pero Hem sentía el rápido latido del corazón de Irc cuando el pájaro hacía presión contra su cuello. A Irc lo aterrorizaba la oscuridad, aquel horrible lugar quieto, en el que no había ni cielo ni viento.

De vez en cuando llegaban a un lugar del que partían cinco o seis pasadizos. Saliman elegía el camino sin equivocarse, como si supiera con exactitud a dónde los estaba llevando. ¿Cómo podía saberlo, si nunca había estado en aquellas cuevas? ¿Podría cometer un error? Después de todo, estaba muy cansado. Hem comenzó a preocuparse por lo que podría pasar si realizaban un giro en falso: podrían quedarse deambulando por las cuevas para siempre, y no volver a ver la luz del día nunca más.

También le preocupaba el débil rumor que había oído antes. Estaba seguro de que cada vez sonaba más alto. No tenía ni idea de qué podía ser, pero en todos sus instintos Bárdicos resonaban campanillas de alarma. Aunque Hem no había estado nunca bajo tierra, estaba casi seguro de que aquel ruido no era normal. La misma roca parecía estarse quejando. Igual que Irc, comenzó a pensar que lo único que quería hacer era salir de las cuevas y volver a ver el cielo. Ahora le dolía todo el cuerpo, como si tuviese todos los músculos magullados, pero el miedo que le susurraba en la retaguardia de su mente hacía que continuase en movimiento: un paso, y otro, y otro más...

Las paredes estaban cubiertas de agua, una fina cortina de humedad que se acumulaba en regueros que discurrían por el suelo de la cueva, bajo sus pies. A veces tenían que atravesar zonas donde el agua les llegaba a las rodillas. Las cuevas continuaban llevándolos hacia abajo y el agua cada vez era más profunda, t cada vez estaba más y más fría. Hem no paraba de temblar.

Parecía que llevaban caminando horas cuando se vieron forzados a arrastrarse por una cueva que apenas tenía un palmo de altura y estaba prácticamente llena de agua: tan solo había una capa de aire grueso de una mano entre la superficie negra y fría y

el techo de la cueva. Resultaba muy difícil avanzar por ella, ya que el agua corría con mucha fuerza. Tenían que caminar con torpeza, agachándose mucho, manteniendo la cabeza y los hatillos sobre el agua, que llegaba a un nivel demasiado alto para permitirles arrastrarse a gatas. Era un tormento terrible. En aquel momento a Soron se le cayó el farol y todo se quedó a oscuras.

Llegados a aquel punto a Irc le fallaron los nervios: le faltaba poco para ser preso del pánico y aquello ya era demasiado. Estaba sobre la cabeza de Hem, intentando mantenerse fuera del agua, pero cuando el farol se rompió salió volando, intentando volver por el pasadizo, y se cayó al agua graznando. Hem lo buscó en la oscuridad y lo cogió, empapado y aterrorizado, con el pico abierto y el pecho palpitante, mientras Saliman encendía una luz mágica y su suave resplandor iluminó las toscas paredes de roca. Hem consiguió calmar a Irc, agachado en el agua congelada con los muslos y las rodillas ardiendo de tensión, y le secó las plumas con un suave encantamiento. Después, ya que no podían hacer nada más, continuaron.

Consiguieron salir del pasadizo a una caverna enorme, tan alta que no conseguían ver el techo. Una gran extensión de agua negra brillaba ante ellos con la luz mágica, que llegaba hasta más lejos de donde les alcanzaba la vista. En la orilla había una playa de gruesa arena roja, se sentaron, jadeando y masajeándose las piernas, y se miraron bajo la tenue luz mágica. No ofrecían una imagen muy atractiva: estaban completamente embadurnados de barro, mojados y temblorosos.

—Ya no tenemos que ir mucho más lejos —dijo Saliman. Tenía la voz ronca.

Zelika lo miró. Tenía unos pelos de bruja que le caían sobre la cara en mechones enredados y unas profundas sombras bajo los ojos.

—Estoy tan cansada y tengo tanto frío que creo que me voy a morir —declaró—. ¿Podemos descansar un poco?

Hem quería hacer la misma pregunta. Miró a Saliman con ansiedad.

—Podemos descansar una vez estemos fuera de aquí —respondió Saliman—. Ya hemos superado la parte más dura. Pero ahora no podemos pararnos.

Hem se miró las piernas temblorosas y después inspiró profundamente y se puso de pie.

—De acuerdo —dijo.

Todos tomaron un sorbo de medhyl. Después Soron volvió a encender el farol, y avanzaron dando tumbos durante un largo rato por la arena, mientras el sonido de sus pasos resonaba amortiguado y extraño en el enorme espacio, hasta que Saliman los hizo entrar en otra cueva. Para alivio de Hem, por primera vez desde que habían entrado en el Pasadizo de los Reyes, iban hacia arriba. Su alivio no duró mucho, ya que la inclinación se fue haciendo cada vez más pronunciada hasta que se encontraron casi escalando. Hem apretó los dientes e intentó ignorar el dolor que sentía en el cuerpo. En realidad no sabía cuánto más podría aguantar. De vez en cuando le parecía que el suelo temblaba bajo sus pies, y estaba seguro de que el profundo crujido que le preocupaba cada vez era más fuerte. Estaba tan mareado de

agotamiento que ya no podía estar seguro de nada.

Por fin dejaron de trepar y el techo de la cueva se apartó de sus cabezas. El camino se retorció y giró, todavía dirigiéndose hacia arriba con una suave inclinación. Hem luchó por seguir, con una fuente de renovada fuerza. Estaba claro que ahora ya estaban de camino al exterior. Pero entonces la cueva pareció llegar a un punto sin salida, y el corazón le dio un vuelco.

Se detuvieron al lado de la pared y Zelika le dirigió a Hem una mirada de consternación. Saliman señaló un agujero que tenían a los pies.

—Tenemos que meternos por ahí —indicó—. Uno a uno, no está lejos. Hem, explícaselo a Irc para que no se asuste mucho. Ya casi hemos llegado.

Hem se preguntó durante un instante a dónde habrían llegado, mientras le explicaba obediente a Irc que iban a pasar por otra cueva pequeña y que no tenía que dejarse llevar por el pánico. Irc, callado por el miedo, se acercó todavía más al cuello de Hem. El pájaro estaba agotado, le dolían las patas después de lo que le había hecho Zelika y ahora estaba viviendo una pesadilla sin fin que le hacía creer que nunca volvería a ver el cielo. Soron había salido delante con el farol y ahora estaban completamente a oscuras, así que Hem encendió una luz mágica. Estaba tan cansado que incluso realizar aquella mínima magia le costó. Después, tras explicarle con severidad a Irc que tenía que pasar delante de él, se agachó y se metió en el agujero.

Saliman tenía razón, el agujero era un túnel de una longitud apenas mayor que el largo de una persona, y cuando consiguieron llegar al final, Hem cayó sobre una superficie de tierra húmeda. Se levantó despacio y vio que estaba en una cueva tosca y apenas iluminada.

La vista de Hem ya llevaba bastante tiempo siendo borrosa de tanto intentar enfocar y desenfocar, así que al principio no estaba seguro de si se lo estaba imaginando: ¿podía ser que estuviesen bajo la luz del día? Pero entonces se dio cuenta de que el aire era más fresco que el aire estancado y cerrado del subsuelo. No acababa de creerse que hubieran llegado al final de su aventura hasta que Irc emitió un pequeño graznido y saltó de su hombro, volando hacia la luz. El cuervo se posó sobre una piedra cercana a la entrada de la cueva, erizó las plumas y miró atrás.

Siguieron a Irc ansiosos, y en poco tiempo ya estaban en la entrada. Unas largas enredaderas en flor colgaban sobre ella, movidas por un suave viento. Lo único que veía Hem eran hojas, velo tras velo de hojas en todas las tonalidades de verde imaginables. Tras el túnel iluminado por el farol, se sentía embriagado por los colores. Los árboles y arbustos estaban goteando, como si acabase de llover en aquel momento, y la tierra exhalaba un olor húmedo e intenso a vegetales en descomposición.

Al alzar la vista al cielo, Hem vio que se encontraban sobre el suelo de una estrecha garganta: unos precipicios rojos se alzaban escarpados a cada lado. No veía el sol, pero le daba la impresión de que era el momento posterior al alba: el aire todavía era frío y estimulante. Se detuvo ante la entrada de la cueva y respiró el

viento fresco, demasiado sobrecogido para hablar.

De hecho ninguno habló durante un buen rato. Con la luz filtrada Hem podía ver lo cansado que estaba Saliman: bajo la mugre y la sangre que le cubrían la cara, tenía el rostro grisáceo. Se sentó dejándose caer, sacó un frasco de medhyl de su hatillo, tomó un trago y lo pasó a los demás.

Tras el medhyl, a Hem dejaron de temblarle tanto las extremidades. Soron se sentó dándole la espalda a los demás y no respondió cuando Hem se dirigió a él. Este recordó que había preguntado por dos Bardos que se suponía que tenían que estar con ellos y no habían venido; debían de ser amigos de Soron y ahora los lloraba. Zelika se recostó contra el tronco de un árbol y alzó la mirada hacia los pequeños parches de azul que se veían entre las hojas.

Lo primero que hizo Hem fue cambiarse de ropa. Se sentó bajo un árbol y sintió cómo el frío mortal de las cuevas abandonaba su cuerpo poco a poco. Irc, que había volado hasta un árbol fuera del alcance de la vista, volvió y se le posó en el hombro, mientras le mordisqueaba la oreja.

Esto no me ha gustado, dijo. No me vuelvas a llevar por ahí.

Era mejor que dejar que te hiciesen picadillo, replicó Hem. Pero a mí tampoco me ha gustado.

Todavía no ha terminado, continuó Irc. Va a ocurrir algo.

¿El qué?, preguntó Hem. ¿Qué es lo que va a ocurrir?

No lo sé, respondió el pájaro. La tierra grita. Irc saltó intranquilo del hombro y después volvió a subirse, para acabar revoloteando de nuevo hasta los árboles.

Irc estaba poniendo nervioso a Hem; recordó el estruendo que habían escuchado desde el subsuelo. En un intento de deshacerse de aquella inquietud, miró a Saliman, que estaba tumbado de espaldas observando el cielo.

—Saliman —dijo—, ¿qué ocurrió en el Lamarsan? ¿Habéis conseguido liberar el camino por mar?

Saliman tardó un tiempo en responder. Después suspiró profundamente y se incorporó.

—Sí, Hem, lo hemos conseguido —contestó—. Los últimos defensores de Turbansk están, espero, de camino al puerto de Zimek, desde el que podrán retirarse a Car Amdridh. No será un viaje envidiable, por lo menos no teniendo al Ejército Negro pisándoles los talones; pero ahora tienen el camino despejado y espero que hayamos conseguido hacerles ganar un poco de tiempo.

Mientras hablaba, se quitó la túnica e inspeccionó una fea herida que tenía en el antebrazo. Hem se puso en pie para buscar su hatillo, que contenía bálsamo curativo y una venda, y se arrodilló para ayudarle.

A Zelika se le iluminó el rostro.

—Entonces ha funcionado —dijo.

—Sí, ha funcionado, pero a un gran coste. De los cuarenta barcos que partieron para destruir la marina de Imank, menos de la mitad han vuelto al puerto. Y en cada

uno de aquellos barcos no había menos de ochenta guerreros y remeros.

—Pero hemos ganado —exclamó Zelika con una alegría salvaje—. Eso es lo que importa.

Saliman la miró a los ojos.

—Zelika —dijo, con un punto de dureza en la voz—. Yo soy guerrero por necesidad. No lucho porque ame la guerra ni me divierta con las armas, sino porque tengo que hacerlo. Hemos conseguido una victoria en el mar, pero no puedo alegrarme por ella; es un triunfo amargo. Ha muerto mucha, mucha gente, para que muchos más puedan vivir. Es una dura lógica. La acepto, pero no me gusta. —Zelika parpadeó confundida y desvió la mirada. Saliman continuó—. Creo que nos han traicionado. Nos estaban esperando, y rodearon a nuestra flota entre la lluvia y la oscuridad. Todo estaba demasiado arreglado, para que resultase fácil: había alguien que conocía nuestra estrategia a la perfección. Hubo un momento en el que pensé que habíamos fallado por completo. Pero no fallamos, incluso de vuelta al puerto nos encontramos con que dos barcos negros habían penetrado tras la cadena de explosiones, y los soldados estaban prendiendo fuego a algunos barcos y a los mercados. Ahí fue donde mataron a Palindi. Me salvó la vida: si no hubiese sido por él, yo también yacería frío en el Puerto de Turbansk. Fue asesinado por traición —la voz de Saliman se volvió ronca y se quedó mirando al suelo, ocultando los ojos.

Soron, que había estado escuchando atentamente, se movió pero no dijo nada.

Por la imaginación de Hem pasaron una serie de imágenes, breves pero insoportablemente vívidas, de barcos en llamas moviéndose entre cortinas de lluvia sobre una extensión de agua negra, de cadáveres quebrados flotando anegados entre restos de barcos rotos, de las luchas desesperadas de los que se ahogaban y las terribles luchas en las cubiertas de los trirremes y en los muelles. Oscuridad, agua, fuego y muerte. Se estremeció.

—¿Traicionado? —preguntó rápidamente Zelika, trayéndolo al presente—. ¿Quién traicionaría así a Turbansk?

—No lo sé —se limitó a responder Saliman. No dijo nada más. Pero en la mente de Hem apareció la imagen de Alimbar. No confiaba en él; algo se le revolvía en el estómago siempre que hablaba con él. Tenía que dejar a un lado su contratiempo en el jardín, pero Hem supo en aquel momento, en lo más profundo de su ser, que Saliman sospechaba lo mismo.

—¿Por qué iba a hacerlo alguien? —susurró Hem, mirando a Saliman. La idea de que un turbanskiano, ni siquiera un turbanskiano en el que no confiaba, pudiese hablar con el Ejército Negro, lo estremecía hasta la médula.

—Miedo, tal vez. —Saliman se encogió de hombros—. Codicia, sin duda. Al fin y al cabo, todos los Glumas fueron una vez Bardos. Hay personas que solo desean poder y harían cualquier cosa por tenerlo. No me importa el porqué. Si alguna vez me encuentro con el traidor, me cobraré mi venganza, haya Equilibrio o no.

Hem nunca había visto un odio tan implacable en la voz de Saliman. Incluso

teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, le sorprendió; Saliman siempre le había parecido demasiado noble para sentir tales emociones. Acabó de atar la venda de Saliman sumido en un pensativo silencio.

Mientras lo hacía, se dio cuenta de repente de que todo lo que había a su alrededor se había quedado en silencio: estaba seguro de que antes había oído gorjeos de pájaros, pero ahora tan solo se oía el viento que soplaba entre las hojas. El aire que los rodeaba parecía haberse espesado por una calma espantosa, tensa. Miró a Saliman y abrió la boca para hacer una pregunta; pero nunca llegó a formularla. En aquel momento la tierra se estremeció y Hem, tomado por sorpresa, se cayó de narices.

Consiguió levantarse tambaleándose y miró extrañado a su alrededor, mientras una ducha de piedritas y tierra caía sobre su cabeza desde las rocas que tenía encima. Zelika se incorporó inmediatamente, alarmada y con los ojos muy abiertos, y Soron extendió los brazos para mantener el equilibrio, con el rostro blanco. Saliman les gritó a los demás y salió corriendo hacia el centro de la garganta, entre los árboles que se bamboleaban; lo siguieron, tropezando presos del pánico, temerosos de que las paredes de piedra estuviesen a punto de derrumbarse sobre ellos. Un alud de rocas cayó en el punto en el que estaban sentados tan solo unos momentos antes, y unas piedras bajaron rebotando por el precipicio que tenían sobre ellos y aterrizaron a su alrededor. Delante de Hem pareció que un gran árbol se alzaba del suelo como si estuviese vivo, y cayó arrastrando a otros árboles más pequeños. No había ningún lugar donde refugiarse: si volvían a la cueva, esta podría derrumbarse sobre sus cabezas.

El suelo tembló como un animal gigante durante un tiempo que pareció eterno. Hem, aterrorizado, se preguntó si las paredes de la garganta se les caerían encima, enterrándolos sin solución. Cuando por fin se detuvo el temblor, los cuatro miraron hacia arriba con precaución. Se produjo otro prolongado silencio y entonces, de repente, estalló un coro de gorjeos y, a lo lejos, Hem pudo oír la cháchara indignada de un grupo de monos. Irc, que estaba mortalmente asustado, salió disparado de los árboles y aterrizó sobre el hombro de Hem, graznando histérico.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Hem, tembloroso.

—Un terremoto —respondió Zelika—. A veces ocurre.

—Sí, era un terremoto.

Saliman se puso en pie y Hem vio que su rostro, ya demacrado por la tensión y el agotamiento, ahora parecía presa de un terrible dolor.

—Juriken ha hecho lo que había prometido que haría —declaró Saliman—. Ningún Bardo en todas las edades de Edil-Amarandh ha hecho nada más grande que lo que ha hecho hoy Juriken.

Hem se quedó mirando a Saliman.

—¿Quieres decir que ha sido Juriken quien ha provocado el terremoto? —preguntó con la voz quebrada. Pensó en la última vez que había visto al Bardo, y cómo había percibido que estaba a punto de hacer algo terrible. No se había

imaginado nada así.

—Sí —dijo Saliman en voz baja—. Aquí tan solo hemos sentido los límites de su poder: estamos lo bastante alejados para no sentir toda su ira. Turbansk será ahora una montaña de escombros. Ese era nuestro plan: atacar y después retirarnos, para así atraer al Ejército Negro al interior de Turbansk, y una vez estuvieran dentro de las murallas, provocar la lenta ira de la tierra y hacer caer la ciudad sobre la cabeza de las fuerzas de Imank. Solo Juriken, de entre todos nosotros, tiene el poder para hacer una cosa así. Ahora ya está hecho, y él debe de esta muerto.

—No lo sabía —murmuró Soron en voz baja. Estaba sentado con las manos sobre las rodillas, balanceándose hacia los lados—. No sabía lo que iba a hacer, pero sabía que nunca volvería a ver a Juriken.

—Es una desgracia, siempre había amado a Juriken como a un hermano —dijo Saliman. Alzó la vista al cielo y Hem vio que las lágrimas le corrían por las mejillas—. No puedo expresar su pérdida, es más profunda incluso que una canción. No tengo palabras para Juriken, mi amigo y maestro; Juriken de Turbansk, el más grande de los Bardos; Juriken, a quien tanto he querido. —Inclinó la cabeza y Hem, maravillado e impresionado, hizo lo mismo, con el corazón helado anta la idea de lo que Juriken había hecho: su valor e implacabilidad. Tras un prolongado silencio, Saliman volvió a hablar—. ¡Qué desgracia, que desgracia para Turbansk! Turbansk, la ciudad que me vio nacer, la primera ciudad por la que caminé de niño, donde me hice hombre... Ciudad de recuerdos y canciones, antigua, hermosa y siempre joven. Nunca volveré a caminar por las calles cubiertas de los mercados para comprar caquis, ni a observar la belleza de los cedros de Jiela desde la Torre Roja, ni volveré a comer y reír con mis amigos en sus fragantes jardines. Todo ha desaparecido, desaparecido, desaparecido: igual que la hierba verde se marchita sobre la montaña, igual que los vientos de la primavera besan nuestras mejillas y nunca vuelven, mi ciudad ha temblado hasta las ruinas y todo su encanto se ha hecho pedazos, para no volver nunca...

Como testamento nacido de un Bardo, Saliman expresó su dolor, convirtiéndolo en una canción; y entre el verdor guardado por los pájaros los demás escucharon su lamento, sobrecogidos, atemorizados y pesarosos.

NAL-AK-BURAT



*Ante el santuario de Nyanar
inclinó Eribu la cabeza
y el Elidhu le habló:*

*«Vete de esta ciudad
no por destierro sino por esperanza.
Vete aunque las lágrimas te ensucien el rostro».*

*«Marcharé de esta ciudad ahora»,
respondió Eribu.
«No por destierro sino por esperanza,
aunque las lágrimas me manchen el rostro.
Temo no volver a ver nunca
los palacios rebosantes de luz de Nal-Ak-Burat.
Temo no volver a hallarme nunca
en el Templo de los Sueños.
Temo no volver a tocar nunca
a mis hijos e hijas».*

*Y dijo Nyanar: «no diré
no tengas miedo.
Pues el miedo es la otra cara de la esperanza».*

*Fragmento de La Epopeya de Eribu,
Biblioteca de Turbansk*

Saliman dibujó un mapa en la arena con el dedo índice.

—Esto es Turbansk —dijo dibujando un punto—. Este es el mar de Lamarsan. Anoche fuimos hacia el sur, bajo el mismo mar, y después giramos hacia el norte. La muralla de Il Dara está a unas veinte leguas al noroeste de aquí, y las marismas de Neera comienzan a una legua de allí. Ahora estamos en Savitir y tenemos que llegar aquí. —Marcó un punto al este en el mapa artesanal—. Cerca de Nazar, justo después del río Undara.

—Así que estamos en tierra conquistada —observó Zelika inclinándose hacia delante para ver el tosco diagrama, mientras fruncía el ceño concentrada—. ¿Cómo podremos salir de aquí? ¿No nos verán los espías del Ejército Negro?

—Si intentamos movernos sobre la tierra, sí, es casi seguro que nos verán —respondió Saliman.

—¿Más cuevas? —Hem se estremeció—. A Irc no le gustará mucho la idea.

—Sí, más cuevas. —Saliman sonrió con tristeza—. Pero por suerte no serán tan húmedas ni tan estrechas como las que hemos atravesado antes. Espero que estén lo bastante lejos como para que no se hayan derrumbado.

Habían pasado unas horas desde el terremoto. El cielo se había ido despejando de nubes poco a poco y, a medida que se calentaba el día, había comenzado a hacer calor incluso a la sombra de la garganta. Hem y Zelika, seguidos por Irc, se habían abierto paso con mucha cautela por la garganta, atravesando arbustos de tomillo y ajeno que crecían entre bosquecillos de almendros salvajes e higueras. Muchos de los árboles grandes habían caído y el suelo estaba cubierto de hojas y ramas rotas. Un poco más allá encontraron un estanque de agua verde rodeado a un lado por unas rocas lisas y rojas y al por una estrecha banda de arena. Podría estar diseñado para bañarse.

Hicieron regresar a Irc para informar a Saliman Y a Soron de dónde estaban y después se desvistieron hasta quedarse en ropa interior y saltaron al estanque. El agua estaba muy fría, probablemente porque procedía de un manantial, y permanecieron en ella tan solo el tiempo suficiente para lavarse el barro y el sudor de los días anteriores. El alivio que suponía tener la piel limpia era algo imposible de expresar. Hem lavó sus ropas sucias y las extendió sobre las rocas para que se secasen. Después Zelika y él se tumbaron el uno al lado del otro y se quedaron mirando con

pereza cómo la luz del sol bailaba sobre el agua. De vez en cuando una mariposa atravesaba su campo de visión, pero por lo demás todo estaba quieto: un suave zumbido de vida invertebrada llenaba el aire de una música soporífera. Poco después los dos se habían quedado profundamente dormidos.

Los despertó Soron, y vieron que tenían una comida servida sobre las rocas: dátiles secos, una galleta dura con sabor a miel y a carne ahumada. Saliman y Soron también se habían bañado y hablaban en voz baja mientras comían. Por consenso tácito, ninguno mencionó Turbansk, ni la terrible experiencia que acababan de vivir. Tras la tensión de los últimos días, de las últimas semanas, la paz de aquella pequeña garganta parecía un sueño, algo inimaginable unas horas antes, y todos detestaban alterarla. Allí no había restos de la guerra; resultaba casi extraño no oír la vibración de los tambores y el de las trompetas, que habían sido el trasfondo de estrépito cada momento desde hacía semanas.

Cuando terminaron de comer, Soron, que apenas había hablado mientras comían, se apartó. Se quedó sentado muy quieto sobre una roca al otro lado del estanque, mirando al agua, con el rostro apartado de ellos. Hem lo miró con preocupación y Saliman percibió la dirección en la que iba su mirada.

—Palindi y Soron eran grandes amigos —dijo Saliman con delicadeza—. Palindi también llegó a Turbansk desde Til-Amon. Y Jerika... tenía pensado venir con Soron porque se amaban. Ahora no sabe si estará viva o muerta.

Hem asintió lentamente. Había visto a mucha gente lamentándose durante las últimas semanas, pero la repetición no hacía que fuese más fácil. En todo caso lo empeoraba; ahora ya comprendía algo acerca del pavoroso aislamiento de la pena. Se removió inquieto, arrancando un puñado de hierba y retorciéndoselo entre los dedos. ¿Estaría Maerad todavía viva? ¿Cómo podría saberlo? Todavía sentía que lo estaba...

—¿E iremos directamente a Annar? —preguntó Hem por fin—. ¿Hay un camino que cruza las marismas?

—La gente de las marismas sabe cómo cruzar Neera —dijo Saliman— y me han enseñado algunos de sus caminos; pero si los tomásemos, tendríamos que cruzar la carretera Este, y es demasiado peligroso. Dudo que ni una liebre lo pueda hacer sin ser vista. Tendremos que viajar hasta Annar por rutas más enrevesadas.

Hem bajó la vista para ocultar su disgusto. Habría deseado comenzar a buscar a Maerad directamente.

Saliman le dirigió una mirada comprensiva, como si entendiese lo que estaba pasando por su cabeza.

—Hay algunas personas con las que deseo encontrarme, que nos ayudarán, y tengo cosas que hacer antes de emprender el camino hacia el norte, que están planeadas desde hace mucho tiempo —explicó—. Además, no sé lo que está ocurriendo ahora en Annar; en Turbansk llevamos semanas sin tener noticias. No me gusta la idea de adentrarnos en el fuego sin por lo menos tener algún conocimiento previo sobre a qué atenernos.

—Tenemos que encontrar a Maerad. —Hem hablaba como si aquella fuese la tarea más sencilla del mundo, y, contra su voluntad, Saliman sonrió.

—Sí, claro que sí. Aunque serás consciente, Hem, de que encontrar a Maerad es todo lo que desea el Sin Nombre; y si ella y Cadvan están en Annar, estarán escondiéndose. Armar es un lugar muy grande, ya lo sabes. En cualquier caso, la última vez que hablamos con ellos tenían planeado ir al norte, hacia Zmarkan.

A Hem le dio un ligero vuelco el Corazón al escuchar las palabras de Saliman.

—Pero aun así los buscaremos, ¿verdad? Sé que podemos encontrarlos.

Saliman dudó y después asintió.

—Sí, Hem. Hay muchas cosas que tenemos que hacer, y esa es una de ellas. Tenemos asuntos que resolver en Annar.

—¿Qué otras cosas tenemos que hacer? —Hem le dirigió a Saliman una mirada cargada de reproche—. ¿Es que encontrar a Maerad no es más importante que cualquier otra cosa?

—Más importante para ti, tal vez —intervino Zelika, que escuchaba con impaciencia—. Lo que yo quiero saber es qué vamos a hacer ahora.

—Bueno, eso tiene una respuesta fácil —replicó Saliman—. De momento podemos descansar y recuperar un poco las fuerzas. Esperaremos a que caiga la noche para movernos. Las cuevas que tenemos que encontrar están a un par de leguas al noroeste de aquí.

—Más cuevas —repitió Hem desanimado.

—No es tan terrible —dijo Saliman—. Podríamos ir revoloteando de un arbusto a otro, aterrorizados ante la idea de que en cualquier momento nos pueda ver un espía de Imank. Sé agradecido. La tierra que nos rodea es como un panal, ni realizando los mayores esfuerzos ha sido capaz la Oscuridad de encontrar todos nuestros escondrijos. Las cuevas serán frías e incómodas, pero en ellas estaremos más seguros que en cualquier otro lugar del Suderain.

Hem miró al suelo con tristeza.

—De todas maneras, no sé si voy a poder convencer a Irc para bajar. Me ha dicho que no quiere volver a entrar ahí nunca más.

—No hay otra opción —sentenció Saliman—. Si quiere quedarse contigo, tendrá que hacerlo.

Cuando comenzó a caer la noche, Hem recogió malhumorado su ropa seca de las rocas y llamó a Irc para que volviese de los árboles, donde había pasado el rato fanfarroneando delante de los pájaros locales. Al recordar el frío que había pasado la noche anterior, Hem se puso una capa de ropa extra. Todavía estaba muy cansado; lo que más deseaba en el mundo era poder echarse una larga siesta en una cama cómoda. Pero, tal y como había dicho Saliman, no era cuestión de opciones.

Se pusieron en camino desde la parte inferior de la garganta. No había sendero y

el terreno era pedregoso e irregular, cubierto de escombros provocados por el terremoto de modo que avanzaban con lentitud. Un olor a tomillo machacado fue ascendiendo a medida que el aire se refrescaba en la noche, y entre las ramas de los árboles que tenían sobre ellos Hem veía el parpadeo de las estrellas blancas.

Le daba la sensación de estar absorbiendo la paz a través de la piel. Recordó su viaje con Saliman a través de las tranquilas montañas del Osidh Am. Parecía que había sido hacía mucho tiempo; cuando pensaba en sí mismo en aquella época era como si pensase en un desconocido. Le habían ocurrido muchas cosas desde entonces: había encontrado a Irc, había conocido a Oslar y había descubierto que él era curandero, había hablado con el Rey de los Pájaros y expulsado a los cuervos de la muerte de Turbansk, había visto a Har-Ytan, la Ernani de la ciudad, y alguien había escrito una canción sobre él. Y había visto más muerte y sufrimiento de lo que quería recordar.

Se sentía como si ya no supiese dónde estaban sus propios límites. Era más alto, quizás un palmo más, de lo que era cuando llegó a Turbansk, lo cual hacía que fuese atípicamente torpe, no paraba de chocar con las cosas porque ya no era capaz de prever lo largos que eran sus brazos y sus piernas. Ya no se sentía como un muchacho de doce años. Tenía la voz cambiante y también se había dado cuenta de que el pelo de su cuerpo se estaba volviendo más grueso y oscuro. Todo aquello resultaba desconcertante, pero en su interior la cosa era todavía peor: todas las partes no visibles de su ser habían cambiado hasta volverse irreconocibles. El tiempo pasado en las Casas de Curación le había enseñado algo más que a inmovilizar miembros y recomponer la piel desgarrada; había aprendido a tener paciencia con quien sufría dolor, a interpretar las necesidades de otra persona sin hablar. Pero los cambios en el interior eran más grandes que las habilidades de las que podía dar cuenta.

Incluso aquella manera de pensar era algo nuevo: Hem nunca había sido una persona especialmente introspectiva. Su brutal infancia le había enseñado a mirar siempre con desconfianza a quien tuviese ante él, a reaccionar ante la situación presente, fuese cual fuese esta, sin reflexionar ni arrepentirse. Ahora, mientras seguía a Saliman y a Soron entre la oscuridad de los árboles, los pensamientos parecían ir surgiendo espontáneamente. Durante varias semanas apenas había tenido tiempo para hacer nada más que dormir, comer y trabajar, y era como si una acumulación de pensamientos hubiese estado haciendo cola en su mente y ahora exigiese su atención.

También llevaba varios días sin tener pesadillas. Durante casi tanto tiempo como era capaz de recordar, había tenido pesadillas cada noche. Creía que habían desaparecido porque estaba tan cansado y dormía tan profundamente que no podía recordar los sueños. Pero podría ser, pensó con negrura, que a lo que se había estado enfrentando cada día en Turbansk fuese en realidad peor que sus pesadillas. «Tal vez», reflexionó Hem, «ya no tenga tanto miedo, o por lo menos no tenga tanto miedo de las cosas que antes me asustaban».

Por otro lado, sabía que sentía más miedo del que había sentido nunca. Estaba

preocupado por aquellos a los que amaba, por Maerad, Zelika y Saliman; pero también por el mundo. Sonaba estúpido, dicho así, pero era cierto. Había visto a las fuerzas de la Oscuridad fuera de Turbansk, lo despiadadas y destructivas que eran, y ahora se las imaginaba por todas partes. El recuerdo de los cuervos de la muerte, su profunda maldad, todavía hacía que se estremeciese: ¿y si todo el mundo estuviese así, envenenado por la misma enfermedad?

Estudió la espalda de Saliman, que tenía más o menos a un palmo de él, mientras el Bardo avanzaba con paso seguro atravesando la maleza oscura. Su manera de andar no dejaba entrever el cansancio que debía estar padeciendo; al igual que Cadvan, que era capaz de impulsarse hasta sobrepasar los límites del cansancio, Saliman parecía estar hecho de acero. En contraste, en los hombros de Soron se veía su cansancio, y a veces daba traspiés. Además Saliman había estado luchando durante horas antes de guiarlos por las cuevas.

Hem pensó en lo que Saliman había dicho antes: «no lucho porque ame la guerra ni me divierta con las armas, sino porque tengo que hacerlo». Quizá Saliman fuese un gran guerrero, pero no le gustaba la guerra. Igual que Hem, era curandero. Tal vez aquella fuese la razón por la que se habían gustado mutuamente a primera vista.

Cuando Hem había conocido a Saliman, en los aposentos de Nelac en Norloch, le había parecido una figura salida de sus sueños. Hem no tenía ningún recuerdo de su propio padre y, durante tantos años como era capaz de recordar, tumbado en su exiguo jergón del orfanato, había soñado con tener un padre que fuese como Saliman: heroico, guapo, ingenioso...

Así que cuando Saliman se había ofrecido a traerlo a Turbansk, le había parecido como si sus sueños se hubiesen hecho realidad; incluso si aquello significaba tener que abandonar a su hermana, ganaba a alguien que podría ser, de alguna manera, el padre que nunca había tenido. «Pero», pensaba ahora Hem, «Saliman no es mi padre, y nunca ha intentado serlo. No tuve la oportunidad de conocer a mi padre, tan solo sé que está muerto. Y en realidad tampoco conozco muy bien a Saliman».

Hem había admirado a Saliman con la pasión idealista que podría sentir un muchacho por un poderoso capitán, pero ahora se percataba de que este era a la vez más y menos de lo que se había imaginado. Pese a todo su valor, fuerza y talento, Saliman el Bardo era también un hombre, un hombre común como otros: era tan propenso a las dudas, errores y dolor como todos los demás. Era él mismo, igual que Hem era él mismo, y existía fuera de los deseos y expectativas de cualquier otro.

Mientras se le pasaban por la cabeza aquellos pensamientos, Hem se dio cuenta de que amaba a Saliman más de lo que sabía, y de una manera diferente de la que se pensaba. Darse cuenta de aquello le dolió; era como si estuviese abandonando un sueño que había albergado y se volviese para enfrentarse a una realidad extraña y desafiante.

Saliman tenía razón: las cuevas no eran tan terribles como las que habían superado la noche anterior. Podían caminar por ellas sin tener que encorvarse, y de las paredes no goteaba agua. Aun así, era algo bastante desagradable: sin duda eso era lo que pensaba Irc. Hem perdió muy rápido el sentido del tiempo. El viaje parecía durar eternamente.

Nadie hablaba a no ser que fuese necesario, y el único sonido que se escuchaba era el eco áspero de su respiración y el roce de los pies contra el suelo. A Hem comenzó a parecerle que llevaba toda la vida en las cuevas —parpadeando anta la luz amarilla del farol, respirando el aire frío y estancado— y que siempre estaría allí. Sentía que nunca había habido nada más: el cielo, los árboles, el viento, los colores de las flores, todo eran maravillosas visiones con las que simplemente había soñado.

Un encantamiento ocultaba la entrada; hasta que Saliman lo deshizo con una palabra, tenía el aspecto de una simple roca. La atravesaron en silencio, preparados para una larga estancia bajo tierra; Saliman les advirtió que aquellas cuevas los llevarían mucho más lejos de Turbansk. Irc, tal y como Hem había esperado, se opuso con violencia; seguramente fuese el test de lealtad más duro que había tenido que soportar. El chico había hablado con él en voz baja, y por fin Irc, tembloroso, había consentido ir con ellos. Se había colgado del hombro de Hem, ocultando la cabeza entre el cabello, y se había negado a moverse, pese a que cuanto más avanzaban, más pesado resultaba. Y el hatillo de Hem, abarrotado con el equipo de lucha, ya pesaba suficiente.

Se detuvieron para comer, durmieron sobre el suelo de piedra, se levantaron y continuaron; se detuvieron, comieron, caminaron, comieron y durmieron. De vez en cuando se topaban con riachuelos subterráneos, en los que podían reponer sus provisiones de agua. Las cuevas de Lamarsan... Hem pensó en cómo, unos meses antes, en Norloch, se le había prometido ver los Oratorios, desde donde las cuevas se abrían al mar de Lamarsan. Era el centro de la Luz en Turbansk. Saliman le había contado que los Oratorios eran una de las maravillas de Edil-Amarandh, y le había hablado del modo en que las aguas del río Lamar caían formando una cascada en las aguas del Estanque Sagrado, y brillaban como una cortina de perlas bajo la luz de la luna. Y ahora, cuando Hem, por fin veía las cuevas, no era luz lo que allí hallaba, sino oscuridad impenetrable. Era su mala suerte, pensó, la que lo había forzado a ver el otro lado. Tal vez nunca vería las Cuevas de Luz de las que Saliman le había hablado; tal vez habían quedado destruidas, igual que debía de estarlo Turbansk, después de que Juriken hubiese invocado el terremoto.

A algún profundo nivel, Hem no era capaz de entender que Turbansk estuviese en ruinas. Era como si fuese una idea demasiado grande para imaginársela. ¿Cómo podían haber caído aquellas altas y orgullosas murallas? ¿Cómo podía el Ernan no ser más que muros rotos y escombros, sobre los que corría el Ejército Negro? No le

parecía que eso fuese posible, en algún lugar en lo más profundo de su ser era incapaz de creerlo, aunque su mente racional le decía que era aquello lo que había ocurrido. Cuando intentó visualizar Turbansk, en su interior surgió una extraña y opaca congoja. Probablemente nunca sabría qué les había ocurrido a las personas a las que con tanta diligencia había cuidado en las Casas de Curación; tal vez habían conseguido escapar, pero igualmente su barcos podrían haberse ido a pique y estar hundidos en el fondo del mar de Lamarsan.

Entre todas las cosas que se habían perdido en el caos de la guerra, entre los juguetes rotos y los hogares quemados, las familias divididas para siempre, las vidas apagadas —entre todas aquellas cosas que Hem no era capaz de retener en su mente cansada porque eran demasiadas, demasiadas tragedias, demasiadas pérdidas, demasiadas lágrimas— entre todas aquellas cosas, una muchachita llamada Amira nunca sabría que su padre, Boran, el vendedor de café, había pensado en ella al morir.

Mientras avanzaban por el oscuro laberinto, aquello le causaba más pena a Hem que cualquier otra cosa. Era una tarea que había asumido como propia, un amargo regalo que se le había confiado. Cuando había prometido decirle a Amira las últimas palabras de Boran, Hem no sabía cómo iba a ser posible transmitir el mensaje. Aun así, había creído de alguna manera, algún día, sería capaz de encontrar a la niña y hablarle de su padre. Ahora comprendía lo vana que era aquella esperanza. ¿Cómo iba a encontrarla ahora? Tal vez Amira también estuviese muerta; ¿cómo iba a saberlo él? No sería posible cumplir con aquella promesa, hecha con tanta pasión y tanta pena. Una inmensa amargura brotó del pecho de Hem, tan fuerte que sintió como si se marease. Apretó los dientes, se quitó el recuerdo de Boran de la cabeza y se concentró en hacer que sus pies se moviesen, uno delante del otro, una y otra vez, hasta las parpadeantes sombras sin fin.

Saliman los guiaba sin vacilación por aquel laberinto de piedra y Hem se preguntaba cuántas veces habría pasado el Bardo por aquellas mismas cuevas. Recordó las múltiples ausencias de Saliman en Turbansk, cómo le había contado que había ido hasta el mismo Dén Raven. Tal vez hubiese empleado aquellos mismos pasadizos. Tal vez aquellos caminos llevasen hasta la Torre de Hierro.

Tras varias comidas, Hem dejó de pensar por completo; necesitaba toda su energía mental tan solo para continuar adelante. El sueño era una simple interrupción en los túneles sin fin, que Hem comenzó a odiar. El farol de Soron acabó apagándose, y continuaron con luces mágicas que eran más constantes, aunque más débiles, que la luz amarilla. Los cuatro seres humanos se movían cada vez más como a través de un sueño. Irc continuaba en silencio casi todo el tiempo. Tomaba su ración a la hora de las comidas, ya que ni siquiera la oscuridad sin cielo era capaz de reprimir su apetito insaciable, pero su exaltación habitual se había desvanecido por completo. Igual que todos los demás, se limitaba a aguantar.

Por fin Saliman se detuvo ante una pared de roca en la que, observó Hem, había inscritas unas runas en un estilo que no fue capaz de reconocer. Las observó con

pasividad, esperando que Saliman estuviese buscando el camino entre sus recuerdos, pensando dónde estaría el siguiente cruce; pero en lugar de aquello Saliman alzó un brazo y la luz mágica brilló a su alrededor.

—*¡Lirean!* —exclamó, y de repente el muro dejó de estar allí.

Ante ellos se alzaba una amplia entrada en forma de arcada, y tras ella se abría una inmensa caverna, cuyo extremo más alejado se veía iluminado por una solitaria antorcha. Saliman se volvió hacia sus compañeros y sonrió.

—Ya hemos llegado, por fin —anunció.

—¿Dónde estamos? —preguntó Zelika, confundida.

—Hemos llegado a la entrada de Nal-Ak-Burat —respondió Saliman—. Una vez fue una antigua ciudad construida bajo el desierto, hace tanto tiempo que el pueblo que lo hizo ha sido olvidado hace mucho. La ciudad no está olvidada por completo; hay quien todavía la utiliza. Vamos. Quedaos cerca de mí mientras atravesamos la caverna.

Siguieron a Saliman en silencio, atravesaron el arco, penetraron en la extensa caverna y caminaron hacia la antorcha que parpadeaba en el otro extremo. La caverna era tan alta que el techo se desvanecía en la oscuridad y eran incapaces de ver las paredes a los lados.

Estar en un espacio tan grande, tras pasar un tiempo imposible de calcular entre los estrechos confines de las cuevas, producía una sensación extrañamente inquietante; pero a medida que avanzaban Hem comenzó a pensar que la sensación de inquietud estaba más relacionada con el repentino vacío que los rodeaba. Zelika miró a Hem, con los ojos muy abiertos y oscuros a causa de una aprensión que no expresaba en voz alta, y este sintió que un escalofrío le recorría la espalda, como si unos dedos fríos e invisibles le estuviesen tocando el cuello. Saliman y Soron caminaban ante ellos paso seguro, sobre el nivel del suelo; la pequeña luz mágica volaba ante ellos, dibujando un círculo de luz plateada, y Hem se cuadró de hombros y continuó caminando penosamente.

El silencio que rodeaba sus pasos era tan intenso que parecía tener cualidades propias. ¿Podía existir algo como un silencio ruidoso? Hem comenzó a sentir un pánico helado, aunque no sabía por qué. «No hay nada que temer», se dijo, pero al mismo tiempo sintió cómo el miedo le descendía por el cuero cabelludo, se le colaba por la espalda y hacía que se le pusieran de punta todos los pelos de la cabeza. A medio camino del espacio Zelika extendió el brazo y le tocó la mano, y él le agarró los dedos con fuerza, reconfortado por su tacto.

A medida que se acercaban a la antorcha vieron que estaba colocada sobre un soporte contiguo a algo que parecía ser una puesta excavada en la piedra. Hem observó la antorcha con los ojos entrecerrados: no parecía arder con una llama ordinaria. Se parecía un poco a las luces que empleaban los Bardos pero esta era de un color amarillo sulfúrico. Saliman puso la mano sobre la puerta, murmurando algo entre dientes, y se abrió de repente. Entonces escoltó al resto al interior, y sintieron

cómo la pesada puerta se cerraba de golpe tras ellos, sin apenas emitir sonido alguno. La luz mágica se apagó cuando se cerró la puerta, dejándolos en una oscuridad absoluta.

—Luz mágica, Soron, si puede ser —pidió Saliman con voz fuerte y firme. Se produjo una breve pausa y después surgió una luz plateada que floreció cerca de Soron. Bajo aquella luz mortecina, Hem pensó que todos parecían fantasmas.

—¿Por qué se ha apagado? —preguntó Hem con voz temblorosa—. ¿Lo has hecho a propósito?

—No —dijo Soron.

—Entonces, ¿por qué se ha apagado? «Las luces mágicas no se apagan», pensó Hem, «a no ser que el Bardo lo desee. Alguien la ha apagado». Sentía cómo le latía bruscamente el pulso por todo el cuerpo y un sudor frío que le perlaba la frente.

—No tengáis miedo —dijo Saliman—. Tranquilos. Lo hemos hecho bien, hemos pasado la primera puerta.

—¿La primera? —exclamó Zelika. Llevaba días caminando por la oscuridad sin dar ni una señal de queja ni miedo, pero ahora le temblaba la voz.

—Sí. Esta era la Puerta de los Muertos. Ahora hay otras dos.

—Oh. —Zelika tragó saliva con fuerza, pero no dijo nada más.

—¿La Puerta de los Muertos? —la voz de Hem un tono más alto de lo que deseaba—. Creía que... daba la sensación de que allí hubiese alguien. Creía que... —su voz se fue apagando.

—Se cuenta que los muertos de la ciudad guardan esta puerta —explicó Soron—. Y que no permiten el paso a nadie con intenciones malévolas.

Hem no quería saber nada más; de repente se le vino a la cabeza el recuerdo de unos dedos fríos que lo tocaban.

—Bueno, ¿y cuál es la siguiente?

—Esta es la siguiente. La Puerta de los Sueños.

Hem miró a su alrededor. No parecía para nada una puerta, pero tampoco la última lo parecía. Era un breve pasadizo de piedra sin salida. Las paredes y el techo estaban cubiertos con complicados grabados, pero cuando los miró con los ojos entornados vio que no representaban nada que pudiese reconocer. Se parecían a las extrañas runas que estaban talladas sobre la entrada de la gran caverna. Sentía, por el cosquilleo que notaba en la piel, que el aire estaba cargado de magia; pero de alguna manera era diferente a la magia de los Bardos.

—¿Cómo pasaremos por la Puerta de los Sueños? —preguntó con cautela.

—Soñaremos —dijo Saliman. Hem le devolvió la mirada sin comprenderlo. Saliman sonrió, de una forma en la que Hem no lo había visto sonreír en mucho tiempo, con una chispa de pura diversión—. Soñaremos con una puerta.

Zelika unió las cejas en una línea negra.

—¿Soñaremos con una puerta? —Repitió con énfasis—. Eso no tiene sentido.

—Aun así, eso es lo que tenemos que hacer cada uno de nosotros. Soñar con una

puerta. Preferentemente una puerta que améis. —Zelika emitió una profunda exhalación, como si algo la hubiese herido. Saliman la miró—. Te lo advierto: ahora has de tener cuidado. Aquí nada nos hará daño, excepto lo que nosotros nos echemos encima. Así que tened cuidado con lo que soñáis. —Saliman cerró los ojos—. Recuerdo cuando era niño y, igual que a ti, Hem, me encantaban las frutas dulces: a veces me dejaban quedarme a dormir con mi abuela. Mi abuela vivía en una casa a unas veinte leguas de Turbansk, más allá de las colinas de Jiela. Era una casita pequeña, de piedra, rodeada por un muro de piedra blanqueado, y a su alrededor había bosquecillos de almendros y cerezos, y muchas palmeras que daban dátiles.

»Mi abuela era una famosa jardinera y en su jardín privado cultivaba muchas plantas aromáticas para los herbolistas y perfumeros. Tenía árboles de incienso, con sus extrañas ramas carnosas y savia fragante, gálbanos, nardos y alcanforeros; y a los pies de los árboles crecían narcisos, geranios y rosas. No había nada que me gustase más que entrar en aquel jardín de perfumes, recoger las lágrimas blancas de la savia del gálbano o tumbarme sobre las losas que había al lado del lago, cerrar los ojos y dejar que los aromas volasen sobre mí. —La voz cálida de Saliman resonó por el pasadizo de piedra mientras los demás escuchaban, encantados con la maravillosa visión. Hem era capaz de ver la casa y el jardín vívidos en su imaginación, como si estuviesen ante él—. La puerta del jardín estaba forjada en hierro negro —continuó—. La habían hecho de modo que encajase en el arco, y a través de las rejas se veían los árboles y las flores, y la brisa te traía suaves bocanadas de perfume. El hierro estaba forjado en forma de pequeñas flores de seis caras, cada una de las cuales encajaba de manera muy ingeniosa con las demás. Nunca estaba cerrada. Cuando la empujabas con la mano, emitía un débil crujido y se abría por completo. Después entrabas en el jardín de mi abuela. —Se produjo un breve silencio y Saliman levantó la cabeza para mirar hacia el final del pasadizo. Durante un brevísimo instante a Hem le pareció que allí brillaba una pared blanca y una puerta de hierro forjado, y a través de esta vio por un momento la luz del sol y unas hojas verdes, que se desvanecieron en la piedra desnuda—. Soron tú serás el último, guía a los niños —indicó Saliman—. Recordad lo que os he dicho. Cada uno tiene que hacer su puerta. —Después caminó hasta el final del pasadizo y pareció atravesar la pared vacía. Hem parpadeó y Zelika contuvo un grito. Soron miró los niños. Apenas había hablado durante el largo vagabundeo a través de las cuevas, y a Hem le parecía que había cambiado: en su voz había una dureza que el muchacho nunca había oído.

—Zelika, Hem; Saliman os acaba de enseñar lo que hay que hacer. Ahora os toca llevarlo a cabo.

—Pero yo no soy Bardo como vosotros —dijo Zelika con voz temblorosa. Yo no puedo hacer magia.

—La magia no surge de ti, sino de este lugar —replicó Soron—. Debes tener fe. No hay otra manera.

Se produjo una breve pausa y Hem oyó cómo Zelika tragaba saliva.

—¿Tengo que decirlo en voz alta, igual que Saliman? —preguntó.

—No —respondió Soron—. Tan solo tienes que verlo en tu mente. Las paredes te escucharán y tomarán forma. Venga, Zelika, tú primero. —Ella cerró los ojos, concentrándose mucho. Se produjo un prolongado silencio y después los abrió—. Zelika —dijo con paciencia—. No hay otra manera de hacerlo. Piensa en una puerta. Piensa en cómo es. Cómo es abrirla. Qué hay detrás de ella.

Zelika se quedó mirando a Soron con la boca convertida en una fina línea. Después volvió a cerrar los ojos.

Aquella vez la oscuridad brilló al final del pasadizo y Hem divisó durante un breve instante una aureola de luz dorada y un destello ondulado verde y blanco, como un árbol en flor. Zelika abrió los ojos de golpe. En su rostro parpadeó una expresión de maravilla y deleite, y entonces salió corriendo hacia el final del pasadizo y se desvaneció en la pared.

Soron se volvió hacia Hem.

—Esta era la parte difícil —afirmó—. Ahora tú, Hem.

Hem rebuscó entre sus recuerdos, preguntándose qué sería lo que había visto Zelika. Mientras lo hacía, sintió una pequeña punzada de envidia: sus recuerdos no tenían la belleza de los de Saliman. La puerta que mejor recordaba era la del orfanato. Estaba hecha de madera gruesa y curtida y el cerrojo siempre estaba bien echado. También estaba la puerta de la casa de Edinur, donde había vivido durante un brevísimo período con los Glumas, pero aquel recuerdo lo llenaba de terror, así que lo desechó.

Cerró los ojos e invocó en su imaginación la puerta del orfanato. Estaba hecha de madera, tan curtida y pulida por el tiempo que era imposible decir de qué tipo era, estaba prácticamente lisa. Una vez la habían encalado, y cerca de la parte superior había una grieta. Al mirarla de cerca se veía, muy sutil, la marca de los nudos de la madera. A un lado había un pomo de bronce bruñido, que se giraba y elevaba un pestillo. Cuando la abrías...

Irc emitió un graznido suave. Una bocanada de aire fresco, como el aire de una calle en la zona más alejada de Edinur, sopló contra la mejilla de Hem. Abrió los ojos y se quedó sin aliento. Estaba en un túnel de piedra, pero en el extremo más alejado, bañada por la cambiante luz del sol, estaba la puerta del orfanato.

—Rápido, pasa por ella —susurró Soron, que había estado observando a Hem—. No tenemos mucho tiempo.

Dudoso, Hem caminó hasta el final del pasadizo. Sabía que la puerta no era real, sabía que se encontraba en las profundidades de la tierra, a cientos de leguas de Edinur; pero aun así caminaba bañado por la fresca y plateada luz del sol en una calle annariense. Extendió la mano y tocó el pestillo, la puerta se abrió y pasó por ella.

La puerta se cerró tras él y la luz del sol se desvaneció. Irc, que estaba posado sobre el hombro de Hem temblando de alegría, emitió un ruidito afligido y volvió a ocultar los ojos. Se encontraban en otro pasadizo rocoso, que se extendía ante ellos

hacia la oscuridad, y detrás de Hem había un muro de piedra infranqueable. Cerca de ellos se escuchaba el sonido del agua corriente. Tras su breve visión del mundo exterior, le pareció todavía más frío y oscuro que antes.

Saliman y Zelika estaban cerca de él, bajo la inquebrantable luz mágica. Zelika, según vio Hem, estaba llorando, y tenía la mano de Saliman sobre el hombro; ninguno de los dos habló cuando vieron a Hem, se limitaron a saludarlo con la cabeza.

Poco después Hem pudo ver fascinado cómo la piedra lisa parecía destellar y Soron surgía de la pared.

—Ahora vamos a por la puerta final —susurró Soron.

—¿Esa cuál es? —preguntó Hem.

—La Puerta del Agua —respondió Saliman—. Vamos.

Saliman los guio con rapidez y brío por el túnel. El techo se había hecho más bajo, de modo que tanto Saliman como Soron tuvieron que encorvarse. En aquel confinado espacio el sonido del agua corriente sonaba cada vez más alto, su eco rebotaba por las paredes de modo que era imposible determinar de dónde procedía. Podría haber sido un río que discurría por detrás de una pared de roca a su lado, o incluso sobre ellos.

Antes de que pasase mucho tiempo el pasadizo volvió a ensancharse, las paredes se separaron de ellos y el suelo cambió bajo sus pies pasando de ser de roca a una pálida arena. El ruido del agua sonaba cada vez con más fuerza. Por fin llegaron a una cascada, que emitía unos destellos plateados sobre la luz mágica, que les bloqueaba el paso. Hem se dio cuenta de que debía de ser un río subterráneo que discurría justo sobre sus cabezas y ahora descendía hacia un profundo abismo ante ellos. No era capaz de ver a qué distancia caía el agua, o qué había después de ella, y el agua pulverizada creaba una fina capa de niebla que les humedeció la cara.

El rugir del río era tan alto que al principio no fue capaz de entender qué le decía Saliman, y sabía que le estaba hablando tan solo porque veía que se le movía la boca. Saliman les hizo un gesto para que se acercasen, mientras les gritaba al oído.

—Esto nos llevará un tiempo —explicó—. Aquí no podemos hacer luz mágica: una vez pasada el agua, hay una fuerza que bloquea todo tipo de magia. Tendréis que seguirme a mí, uno a uno. Soron, tú irás el último. Hem, tú primero: quédate muy cerca de mí, y pisa por donde pise yo. Ten cuidado de no caerte, algunas rocas son resbaladizas.

Hem asintió y siguió a Saliman. Vio un camino que daba una curva rodeando el extremo del túnel; sin duda lo habían hecho manos humanas. Saliman avanzaba con precaución, comprobando cada paso que daba, y Hem se concentró en colocar los pies exactamente en los mismos lugares en los que Saliman había puesto los suyos. Saliman tenía razón: en algunos lugares las rocas eran muy resbaladizas.

Rodearon el final de la cueva lentamente y con mucho cuidado, y pronto estuvieron casi debajo de la cascada, tan solo un saliente de la roca que colgaba sobre

ellos los protegía de ser arrastrados por el agua. Aquella parte del camino era muy estrecha, poco más ancha que la longitud del pie de un hombre, y no había nada a lo que agarrarse. La luz mágica de Saliman se apagó y, con el corazón en un puño, Hem se inclinó hacia la pared e intentó ignorar el ruido que se oía a su izquierda, donde un volumen inmenso de agua caía sin ser visto —quién sabe a qué distancia— hacia un abismo inimaginable. Irc se posó en su lugar de costumbre, sobre el hombro de Hem. Odiaba el ruido del agua y la profunda oscuridad. Pareció que habían pasado siglos, pero por fin el camino se ensanchó y se convirtió en un saliente de mayor tamaño.

Saliman se detuvo allí, respirando con dificultad.

—El primer camino se ha acabado —dijo—. Podemos descansar un poco aquí.

Hem asintió y se sentó con cautela, palpando el espacio con las manos. Se sentía más cansado de lo que parecía normal a juzgar por su avance en el camino, en realidad muy corto.

Tras una pausa muy breve retomaron el viaje. Aquel era otro tipo de reto; avanzaban con mucho cuidado por un sendero tan estrecho como el que esquivaba la cascada y tan empinado que parecía casi vertical. Hem avanzaba a duras penas detrás de Saliman, consciente de la presión que ejercían sus pies o sus manos al avanzar, escuchando las instrucciones de Saliman, mientras Irc cegado por la oscuridad, se colgaba dolorosamente de su cabello. El rugido del río fue remitiendo gradualmente tras ellos.

Pese al frío, Hem estaba empapado de sudor cuando por cuando por fin se encaramaron a un saliente de piedra y se encontraron en terreno plano. Se tumbó como un pez varado, aspirando el aire a bocanadas, mareado de alivio. Irc lo celebró picoteándole la cara. Hem apartó al pájaro.

Algunos no tienen problema, le dijo a Irc. Algunas criaturas no tienen que trepar.

Irc graznó complacido. Se sentía aliviado ahora que ya no se encontraban en un espacio cerrado.

—Ya casi hemos llegado, Hem —dijo Saliman—. Te enseñaré por dónde has venido.

Saliman separó las manos y una luz dorada llenó la caverna. Hem parpadeó y después se arrastró hasta el final de la roca en la que se encontraban. Lo que vio hizo que todo el cuerpo se le quedase helado. Estaba mirando sobre el borde de un gran precipicio. Veía la línea oscura que formaba el sendero por el que acababa de trepar, que descendía unas decenas de metros y después daba un brusco giro a la derecha y entraba en el saliente sobre el que descansaban Saliman y él. Si entornaba los ojos, podía ver el estrecho camino que rodeaba la cascada, hasta que desaparecía entre el agua y la oscuridad.

Por primera vez fue consciente de lo que hubiera ocurrido si hubiera resbalado y caído. El agua caía, mucho después del diminuto camino, en un abismo tan profundo que no se veía el final. Si hubiera sabido el alcance del riesgo que corría, se habría quedado prácticamente paralizado de miedo. Su ceguera había sido una bendición.

La iluminación volvió a atenuarse, limitándose a la minúscula luz mágica, y Hem se sentó sobre el saliente, con el corazón martilleándole contra las costillas a causa del terror *a posteriori*.

—¿Y tú harás esto cuatro veces? —preguntó, sentado y mirando a Saliman con la boca abierta.

—En realidad cinco, ida y vuelta. —Saliman sonrió con cansancio—. Haz una luz mágica, Hem, y espérame. La espera te parecerá larga. Pero volveré. Zelika es la próxima.

En un impulso, Hem se inclinó hacia delante y abrazó a Saliman.

—Que la Luz guíe tus pies —dijo, con la boca seca.

Saliman le devolvió a Hem el abrazo, con una repentina y sorprendida ternura. Después abrió su hatillo y sacó una larga cuerda. La ató a una roca que sobresalía, probó con cuidado el nudo y la lanzó por el sendero.

—Bajar no será tan duro como ha sido subir —explicó sonriendo—. Volveré. Ten paciencia. —Después agarró la cuerda con las manos y se dejó caer por el lateral del acantilado, hacia la oscuridad. Su luz mágica se apagó. Hem recordó las instrucciones de Saliman de hacerse él una y la conjuró rápidamente. Bebió un par de sorbos de agua, mordisqueó unos dátiles secos de su hatillo y le dio a Irc un poco de carne seca. Después se preparó para esperar, intentando no pensar en lo que podría pasar si algo iba mal.

Tal y como le había advertido Saliman, pareció pasar un tiempo muy largo hasta que volvió a aparecer con Zelika. Hem se sentía muy solo y pequeño, sentado bajo la tenue e inalterable luz sobre aquel terrorífico abismo, sin nada que señalase el paso del tiempo. Intentó descansar, pero la ansiedad no dejaba de recorrerle la mente como un ratoncito: ¿y si? ¿Y Si? ¿Y si? No era capaz de deshacerse de aquellas preguntas. Por fin vio que la cuerda se tensaba y se acercó gateando hasta el borde del precipicio, mirando hacia abajo con cuidado para ver cómo Zelika y Saliman recorrían el último y empinado tramo y, tal y como había hecho Hem, trepaban al saliente y se derrumbaban. Saliman se quedó tumbado boca arriba un buen rato, con el pecho agitado.

—Ya es bastante terrible tener que hacer esto una vez —dijo—. Bueno, no puedo tener a Soron esperando mucho tiempo. —Y volvió a desaparecer.

La espera no fue tan terrible en compañía de Zelika. Los niños pasaron el rato jugando a un viejo juego annariense —cuchillo, trapo, piedra— que Hem le había enseñado a Zelika en Turbansk. El ritmo de su canto era tranquilizador y aquella vez pareció que Saliman reaparecía mucho antes, acompañado de Soron.

Saliman se limitó a quedarse tumbado e inmóvil durante un tiempo. Soron se derrumbó sobre el suelo, con los miembros temblorosos. Tras un rato se incorporó y miró a los niños. Buscó su hatillo y sacó el frasco de medhyl.

—Por la Luz, espero no tener que volver a pasar por este camino de nuevo —dijo—. Es lo peor que he tenido que hacer en mi vida.

—Era bastante terrible —corroboró Hem—. Saliman me ha enseñado el aspecto que tiene.

—A mí no me hace falta mirar —dijo Soron y se estremeció—. He podido sentirlo. —Tomó otro sorbo de medhyl—. No me gustan las alturas. Y he estado a punto de caerme.

—¿Has resbalado? —preguntó Zelika.

—Sí, mis pies no son tan ágiles como los vuestros —replicó Soron—. He tropezado en ese horroroso sendero estrecho. Me parecía una pesadilla terrible. No sé ni cómo me ha detenido Saliman.

—Ni yo —dijo Saliman desde el suelo. Todavía tenía el pecho agitado—. Has estado a punto. Pero lo he conseguido, y eso es lo único que importa. Dame un poco de ese medhyl, amigo; yo también lo necesito.

—Te lo agradezco, Saliman. —Soron volvió a estremecerse y le tendió el frasco a Saliman—. Desde lo más profundo de mi corazón. Mi gratitud parece un escaso pago a cambio de mi vida.

—Servirá. —Los dientes de Saliman brillaron, blancos cuando sonrió, y después tomó un largo trago de medhyl—. Venga, lo peor ya ha pasado. Ya casi hemos llegado.

Después de lo que les había costado entrar a Nal-Ak-Burat, lo último que se esperaba Hem era ver una puerta de verdad. Pero ahí estaba, justo delante de él: una puerta de acero liso que brillaba tenuemente ante la luz mágica, alzándose hasta una altura el doble de la suya.

No estaba lejos de la Puerta del Agua. Se habían apartado del precipicio y el techo de la inmensa caverna se había ido haciendo cada vez más bajo hasta que volvieron a encontrarse caminando por una cueva, pese a que esta era ancha y alta. Pronto llegaron a un muro claramente construido por manos humanas, e insertada en él estaba la puerta de acero.

Saliman extendió la mano, empujó la puerta y esta se abrió lentamente. Una luz cálida y parpadeante se derramó sobre la fría oscuridad. Desde detrás del hombro de Saliman Hem observó el otro lado con curiosidad, pero no consiguió ver nada aparte de una antorcha que ardía en su soporte al lado de la puerta.

Saliman los apuró para que entrasen y la puerta de acero se cerró tras ellos sin emitir ningún sonido. Estaban en un lugar que parecía ser una calle enorme, pavimentada con piedra. A cada lado tenía unas paredes sin ventanas, agujereadas con regularidad por unos portales tallados, bloqueados con puertas del mismo acero sin brillo que la que acababan de atravesar. Otras se abrían hacia pasadizos negros. A Hem se le pudo de punta el vello de la nuca; tal vez hubiese alguien en aquellos portales oscuros, observándolos.

—¡Qué extraño! —exclamó Zelika, y dio un respingo. Su voz resonó mucho más alta de lo esperado. Aparte del débil crepitar de la llama de la antorcha y su propia respiración, la calle estaba completamente en silencio y su voz resonó de una manera desconcertante.

—Sí, es extraño —replicó Saliman tomando la antorcha del soporte y guiándolos calle abajo—. Extraño, hermoso y triste. Busquemos a Hared. No debe de andar lejos de aquí.

Con más impaciencia de la que había sentido desde la entrada a las cuevas, Hem siguió a Saliman pisándole los talones, descendiendo por las calles vacías y oscuras. A veces veían tramos de escaleras entre las paredes, que conducían a la oscuridad y, a lo lejos, sobre elevaciones y abismos que apenas podían percibir, las siluetas de más

edificios. Protegida del azote del viento y el sol, la piedra parecía haber sido tallada ayer; de vez en cuando veían una grieta en una pared, donde la tierra se había desplazado, pero eso era todo.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó Hem a Saliman mientras corría tras él—. ¿Quién vivió aquí?

—Nadie lo sabe —respondió Saliman—. Una vez esta ciudad debió de ser bella y populosa, tiene una longitud de una legua de un extremo a otro. Apenas queda nada en recuerdo de aquellos que aquí vivieron: un verso en una poesía por aquí, una canción infantil por allá...

—Entonces, ¿cómo conocías las Puertas? —preguntó Zelika—. Alguien debía saberlo.

—Los Bardos tienen buena memoria —contestó Saliman—. La situación de esta ciudad y cómo entrar en ella es una información que se ha ido transmitiendo a lo largo de los años, de Bardo a Bardo. Así que, Hem y Zelika, ¡consideraos afortunados! No quedan vivos muchos que hayan visto esta ciudad. Durante el Gran Silencio, después de que el Sin Nombre invadiese el este del Suderain, Nal-Ak-Burat se empleó como base desde la que hostigar a sus fuerzas. Por desgracia, entonces éramos más fuertes de lo que somos hoy en día; ya que ni Baladh ni Turbansk cayeron ante el Sin Nombre en aquellos tiempos oscuros. Era lo más sabio mantener este lugar en secreto, por si llegase el momento en el que pudiésemos volver a necesitarlo.

En aquel punto salieron de la calle y se metieron en una plaza inmensa. Hem contuvo el aliento. Allí el techo de la caverna se alejaba hasta quedar fuera de la vista, de modo que era casi como si estuviese al aire libre. Irc emitió un graznido esperanzado, durante un breve instante pensó que estaban en el exterior, bajo el cielo nocturno. Cerca tenían una lámpara Bárdica, y la pura y constante luz que caía sobre la piedra pálida hizo parpadear a Hem. Continuaban sin ver ninguna señal de gente. Hem se preguntó durante un instante por qué no habría guardas ni vigías, pero entonces pensó en las Tres Puertas. Sin duda estaban lo suficientemente vigilados.

Excavada en la pared de roca a su izquierda había una amplia puerta, con el dintel rodeado por las mismas extrañas runas que habían visto al lado de las Tres Puertas. Saliman los llevó hasta el interior, a una enorme y bien iluminada cámara. Las paredes estaban cubiertas por murales que una vez debían de haber sido brillantes, pero ahora los colores estaban tan desvaídos que era difícil distinguirlos; vio la forma de un ibis y una extraña bestia con cabeza de león y cuerpo de mujer. Había un olor extraño, débil pero inconfundible, a cocina: especies y carne. A Hem se le hizo la boca agua.

Saliman se quedó de pie ante la puerta y gritó el nombre de Hared, con lo que consiguió que los niños pegasen un respingo. Su voz sonaba mucho más alta en aquel lugar silencioso.

—Si no me equivoco, es hora de cenar —afirmó Saliman mientras se volvía con

una sonrisa—. O de desayunar. ¿Quién sabe qué hora será en el mundo superior? Una comida, sea como sea.

—Algo caliente será más que bienvenido —replicó Soron—. Estoy hasta las narices de los dátiles secos.

Entonces escucharon unos pasos y un hombre entró en la cámara desde el extremo más alejado y se acercó a ellos. Era muy alto, tenía la piel negra, más oscura que la de Saliman, e iba vestido tan solo con una túnica y unos pantalones anchos. Parecía mayor que Saliman, y más fuerte. Inconscientemente Hem se acercó a Saliman mientras el hombre se aproximaba.

—Saludos, Saliman —dijo el hombre con gran seriedad, dándole la mano y abrazándolo—. Debería estar más contento de verte, si no fuese por las noticias que tu presencia trae consigo. ¿Así que Turbansk ha caído?

—Por desgracia así es, Hared. ¿No lo has escuchado?

El hombre bajo la vista y se quedó en silencio por un momento.

—La semana pasada fue difícil traer noticias —afirmó por fin—. Vivimos días terribles. ¡Qué desgracia la de mi hogar! Debemos escondernos en las entrañas de la tierra y luchar para que haya tiempos mejores. Dime, ¿quiénes son tus acompañantes? ¿Has traído a niños aquí? —Se quedó mirando a Hem y a Zelika con curiosidad no disimulada y un toque de desaprobación. Irc, que estaba recuperando algo de su equilibrio normal, emitió un desafiante graznido.

—Conoces a Soron de Til-Amon —dijo Saliman con brusquedad—. Hared de Turbansk, este es Hem de Turbansk, y nuestra amiga Zelika de la Casa de Il Aran, de Baladh. Ahora, amigo mío, hemos viajado desde muy lejos y tenemos hambre: olemos tu cena. ¿Hay suficiente para compartir?

Hared asintió cortésmente a modo de saludo, pese a que la desaprobación que había en su rostro no se desvaneció.

—Hay suficiente para compartir. Comida sencilla, pero buena. Aunque ahora un famoso cocinero se une a nosotros ¿eh? Tal vez las cosas comiencen a ir mejor.

—¿Los demás están dentro?

—Unos pocos —respondió Hared—. Venid.

Caminó en zancadas hasta el final de la sala y desapareció en un amplio pasillo, también bien iluminado. Zelika y Hem se pusieron en marcha después de los otros, sintiéndose torpes y tímidos; Hared resultaba bastante intimidatorio. A medida que se acercaban al final del pasadizo comenzaron a oír el murmullo de la gente al hablar. Aquello hizo que Hem se diese cuenta de que no había escuchado hablar a otras personas desde hacía varios días seguidos. Entraron en una cámara pequeña, decorada igual que la sala más grande con murales descoloridos y calentada por un brasero de carbón ardiendo. En el medio había una mesita baja de piedra pulida, y a su alrededor había, para su sorpresa, una gran cantidad de cómodos cojines, cubiertos con telas de colores brillantes. La mesa estaba puesta para la comida, con muchos juegos de platos metálicos e incluso una jarra de vino. A su alrededor había cuatro personas sentadas:

un hombre y tres mujeres. Hem vio de inmediato que todos eran Bardos, pero no reconoció a ninguno. La mujer más alta se puso en pie y los saludó.

Saliman abrió los brazos, sonriente.

—No te levantes, Narbila —dijo—. Sería suficiente cortesía si se nos permite doblar tu número de invitados, y descansar sobre uno de esos terriblemente suaves cojines. Tengo el cuerpo magullado de dormir sobre rocas.

—Venir desde Turbansk es un duro viaje —corroboró ella—. Pero, como siempre, planificas bien la hora de tus llegadas, Saliman. Unidan está a punto de traer la cena. Pero cuéntanos, ¿quiénes son tus amigos?

Mientras Soron y los niños permanecían sentados y se les presentaba, uno de los Bardos trajo varios platos de la cocina contigua. Había carnes con densas salsas, que olían a cardamomo, cilantro y ajo, una cesta llena de tortas recién horneadas y un plato de legumbres especiadas, todo ello servido en cuencos poco profundos de un metal con complicados grabados. Hem estaba tan absorto en la comida —se sentía como si no hubiese comido nada consistente en semanas— que no consiguió entender el nombre de nadie; de repente parecía que un animal salvaje le estuviese desgarrando las entrañas. Zelika lo pinchó entre las costillas.

—Es de mala educación quedarse mirando la comida como un tigre hambriento —murmuró—. Tienes que lavarte.

Hem se espabiló y se lavó las manos en un platillo con agua que se estaba pasando alrededor de la mesa. Después, sin ninguna formalidad más, comenzaron a comer. Irc estaba siendo muy educado —al menos para ser él— y se mantuvo recatado sobre el regazo de Hem mientras este le daba trocitos de carne. Aunque los Bardos observaban al pájaro de Hem maravillados, eran demasiado educados para hacer ningún comentario en presencia de Irc.

Soron probó la comida y asintió con aprobación.

—Muy buena —dijo—. ¿De dónde sacáis la carne de cabra aquí abajo? ¿Y el pato salvaje? ¿No veo terrenos para granjas!

—Es raro tener carne fresca, así que estás de suerte —exclamó Hared, sonriendo. Hem se dio cuenta de que la sonrisa no le alcanzaba también los ojos—. La entrada norte de Nal-Ak-Burat no es tan prohibitiva como las Tres Puertas, pero es ardua de otra manera, y resulta más fácil introducir provisiones por allí, si las podemos conseguir. Y si fuese necesario, aunque de momento no estamos tan desesperados, hay peces en el lago y murciélagos en las cuevas más altas.

Hem arrugó la nariz ante la idea de comer murciélagos.

—Aquí se encuentran peces extraños —dijo Narbila—. Algunos no tienen ojos. Pero son buenos para comer, si los cocinas bien.

Durante un tiempo, la atención de Hem se centró en la comida. Le parecía que nunca había comido algo tan delicioso. Pero una vez su hambre inicial se vio aplacada, comenzó a prestar atención a los Bardos, y a averiguar quién era quién. Narbila, la mujer alta, y Hared parecían tener la máxima autoridad, aunque daban

poca sensación de tener jerarquías. Los dos eran, según descubrió Hem más tarde, miembros del Segundo Círculo de Turbansk. Los otros tres Bardos —Orona, Nimikera e Irisanu— tenían la piel pálida de quienes procedían de más al este; Nimikera procedía de Jerr-Niken, una Escuela que había sido arrasada por el Sin Nombre poco después de la destrucción de Pellinor, e Irisanu era de Baladh. Orona no comentó de dónde venía.

Ninguno de los Bardos mencionó Turbansk hasta que los invitados hubieron terminado de comer. Hem se dio cuenta de que lo hacían por cortesía y no por falta de interés; cuando Narbila le preguntó a Saliman por noticias de Turbansk le temblaba la voz.

Saliman le contó lo que le había ocurrido a la ciudad y los Bardos escucharon atentamente, sin interrupción y con la vista baja. Cuando habló de Juriken invocando al terremoto, los Bardos contuvieron un grito, y Hem vio que incluso a Hared se le nublaron los ojos. Cuando Saliman terminó su relato se produjo un largo y pesado silencio.

—Es bueno tener noticias —dijo por fin Hared—. Aunque sean tan dolorosas como las que traéis. Os lo agradezco. No habíamos oído nada de Turbansk desde que Imank comenzó a sitiarla. Ni siquiera nuestros pájaros podían sobrepasar el Ejército Negro.

—Vaya —dijo Soron—, es doloroso vivir en tiempos como estos y contar cosas así. Presiento que oscurecerá más antes del final. Pero Hared, ¿tú tienes noticias? ¿Sabes lo que está ocurriendo en Annar? Confieso que tengo el corazón ansioso por escuchar nuevas de mi vieja tierra, Til-Amon.

—Sí, tenemos noticias. Te las contaré más tarde. —Hared les dirigió una rápida mirada a Hem y Zelika, que expresaba claramente su desconfianza. Zelika abrió la boca para protestar, indignada, pero Saliman le puso la mano en el brazo para silenciarla.

—Cuenta ahora lo que sepas —replicó con calma—. Aquí no hay nadie que no haya demostrado merecer nuestra total confianza.

Los labios de Hared se tensaron, pero miró a Saliman a los ojos y asintió.

—Si tú lo dices, Saliman, debe de ser así. —Hizo una pausa, como si estuviese ordenando sus pensamientos—. Es una historia compleja. Annar, según hemos sabido, está al borde de una guerra civil. Enkir ha dado órdenes para tener hombres armados procedentes de todas las Escuelas y ciudades, y a aquellos que se nieguen a proporcionarlos se les considera traidores y enemigos de la Luz. Creemos que Enkir planea un asalto, probablemente sobre Lanorial, Ileadh y Culain, y que es probable que lo planee para cuando Imank establezca su base en el Suderain y ejerza presión hacia al norte, en dirección a Annar. Esperamos, por lo poco que hemos descubierto acerca de cómo mueve sus fuerzas, que eso ocurrirá más bien pronto.

—Depende de si Imank decide atacar Amdridh —dijo Saliman frunciendo el ceño—. No será tan fácil como tomar Baladh o Turbansk: las defensas son sólidas y están

protegidas tanto por la montaña como por el mar. Y no sabemos lo caro que le ha costado al Ejército Negro el sitio de Turbansk; el terremoto tiene que haber tenido algún efecto, y si deseaban utilizar a Turbansk como base, ahora tendrán que reconstruir parte de la ciudad. Eso los retrasará, bien seguro. En mi opinión ni siquiera el Sin Nombre es capaz de reclutar a suficientes soldados para atacar el norte y el oeste al mismo tiempo.

—Aquí no estamos tan seguros —replicó Narbila echándose hacia delante—. Sospechamos que las fuerzas enviadas a Baladh y Turbansk no son más que una mínima parte de su capacidad. Se rumorea que las Llanuras que hay antes de Kulkilhirien están negras por los soldados que hay en ellas, y que aún hay más reuniéndose dentro de Dén Raven. Podrían ser, por supuesto, rumores que hayan hecho correr Glumas, para desesperarnos... Necesitamos estar seguros de una manera u otra, pero nuestras actividades se han visto reducidas últimamente...

—¿Pero y la guerra civil? —la interrumpió Soron, ansioso—. ¿Y Til-Amon? ¿Queréis decir que las Escuelas de Annar se están rebelando contra Enkir?

—Es difícil saberlo —respondió Hared—. Has de comprender, Soron, que una buena parte de las noticias procedentes de Annar son muy inciertas, y vienen por rutas peligrosas. Nuestras fuentes de mayor confianza son los mensajeros Pilanel, que atraviesan a caballo todo Annar, pero en muchos lugares están siendo perseguidos en estos momentos, y les resulta difícil acceder a tantos sitios como antes. Sabemos que los Siete Reinos se preparan para la guerra; ninguno de ellos se cree ya lo que Enkir les contó en un principio.

—¿Y las Escuelas de Annar? ¿Se limitan a quedarse aparte y no decir nada? ¿Es que nadie ha oído hablar del Equilibrio? —Soron se inclinó sobre la mesa, con el rostro rojo de ira.

—No todo está yendo tal y como Enkir querría —respondió Hared—. Desde que hay rumores de que planea invadir los Siete Reinos, algunas Escuelas se están despertando: la alianza no se había visto así de amenazada desde las Largas Guerras. Hemos sabido que algunas Escuelas han enviado emisarios para protestar contra Norloch: Eleve, Lok, Innail, Lirigon y Arnocen sin duda. Enkir todavía no está seguro en su poder, y aún necesita de los apoyos de los Bardos de Annar. Til-Amon y Eledh, según hemos escuchado, no dicen ni que sí ni que no: están a dos semanas de marcha desde Norloch, y no tienen ni montañas ni distancias que los protejan, en caso de que el golpe caiga allí primero. Pienso que tienen razón al tener miedo: Norloch es poderoso y es probable que Enkir quiera convertirlos en un ejemplo para que los demás se asusten y lo sigan.

—Incluso contando las Escuelas que has mencionado, quedan muy pocas que se pondrán de parte de Norloch —gruñó Soron, cuyo rostro se había ensombrecido a medida que hablaba Hared—. Ettinor, Desor... No puedo pensar en más. El resto están todas en los Siete Reinos, o abandonadas, como Zimek; o destruidas por el fuego y la guerra, como Jerr-Niken y Pellinor y ahora Baladh y Turbansk. —Sin

ninguna advertencia, Soron desfalleció, y ocultó la cara entre las manos. No emitía ningún sonido, pero sacudía los hombros. Hem, que estaba sentado a su lado, le puso la mano tímidamente sobre el brazo, con la intención de consolarlo. Con una gran fuerza de voluntad, Soron se recompuso; miró a Hared con los ojos húmedos y rojos. Los otros Bardos lo observaban muy serios—. Disculpádmeme —dijo—. Son demasiadas pérdidas. Y esta negra noche apenas ha comenzado.

—No hay nada que disculpar, amigo mío —respondió Orona. Hablaba suderain con un extraño acento que Hem no consiguió ubicar—. La traición no es tuya.

—Nadie debería sentir vergüenza ante el dolor —dijo Hared con el rostro endurecido—. Pero ahora nos encontramos con la espalda contra la pared. Es en la lucha en lo que debemos pensar.

—Si las Escuelas annarienses están contra Enkir... —comenzó Soro.

—Algunas sí lo están —respondió Hared—. Pero no sabemos hasta dónde las ha alcanzado la corrupción.

—Innail se mantiene firme —dijo Saliman.

—Te creo —replicó Hared—. Pero en otras, incluso en aquellas que protestan por la guerra contra los Siete Reinos, hay muchos que son reacios a ver que Enkir se ha aliado con el Sin Nombre y que alarga una codiciosa garra en busca de su parte de los Siete Reinos. Hacen caso a sus halagos y creen que quienes están en su contra son rebeldes. En muchos lugares no sabemos cómo caerán los lados.

—Pero ¿es que no pueden verlo? —exclamó Zelika con impaciencia. Había seguido toda la conversación atentamente, pero aquello era lo primero que decía desde que se había sentado—. ¿No se supone que los Bardos son sabios?

—A menudo la sabiduría se engaña a sí misma —respondió Nimikera—. Y debes recordar que la gente tiene miedo. Enkir ha prometido que solo él puede defender a la Luz contra la Oscuridad. Y a medida que las cosas se ponen peor en Annar, se vuelven hacia él como su única esperanza. La derrota de Baladh y Turbansk refuerza su mano.

Zelika parecía estar a punto de escupir, pero no dijo nada más. Hem sabía cómo se sentía. Después de lo que había visto en Turbansk, pensar en los Bardos colaborando con la Oscuridad le daba ganas de vomitar.

—Otra cosa es que no podemos olvidar a los Administradores —continuó Nimikera—. En muchos lugares de Annar, incluso en los que las Escuelas se mantienen firmes, hay mucha desconfianza hacia los Bardos, y la gente se ha vuelto contra ellos.

—Eso no siempre es culpa de la gente —dijo Saliman con una ligera indignación—. No sé si habéis visto a los Bardos de Ettinor en acción: no merecen el nombre que llevan.

—Es cierto, lo admito —declaró Nimikera—. La arrogancia y la autocomplacencia han hecho mucho daño a la causa Bárdica, y todos sabemos que la Luz lleva muchas décadas en retirada, dormitando bajo el sol mientras el Sin Nombre

reúne sus fuerzas. Pero tampoco es siempre culpa de los Bardos. El Sin Nombre se ha ocupado de sembrar la sospecha hacia los Bardos y la Traición durante estas últimas décadas. Ahora queda claro lo bien que ha sembrado su semilla; la malicia y la sospecha crecen por todas partes y nadie confía en su vecino. Por la mayor parte de Annar hay ahora ejércitos de bandoleros, que secuestran a niños, según hemos oído, y fuerzan a granjeros y otros a convertirse en soldados. Hay quien dice que los lideran Glumas, pero parece ser que no es así en todos los casos. Enkir proclama que son ejércitos de Bardos rebeldes, aunque estamos seguros de que actúan bajo sus órdenes.

—Ya ves, amigo, noticias oscuras, como siempre —dijo Narbila—. Resulta difícil ver esperanza en ningún lugar. Todo se hace como el Sin Nombre desea, y la Luz se oscurece. Luchar contra lo que tenemos ante nosotros es exponerse a la desesperación, pero bajar la cabeza y someternos al Sin nombre es impensable; tenemos que luchar, incluso sabiendo que no hay esperanza. Hemos de recordar que no estamos solos.

Un silencio sombrío se instaló en la mesa. Por fin Hared se movió y miró a Saliman.

—Pero cuéntame, Saliman: ¿cuáles son tus planes? ¿Quiénes son estos niños que traes contigo? ¿Tienes pensado quedarte con nosotros, para ayudarnos en nuestro trabajo, o es que hay algo más en marcha que desconocemos?

Saliman le sonrió a Hared.

—Eres igual de perspicaz que siempre, Hared.

—Sería hombre muerto si no —replicó el otro Bardo mientras estudiaba a Saliman con detenimiento.

—Es cierto. Bueno, mi respuesta a tu última pregunta es tanto sí como no. Creo que debemos espiar el alcance de las fuerzas que se organizan contra Annar y llevar este conocimiento al norte. Y están aquellos planes de los que hablamos hace un mes, que desearía discutir contigo. Una vez cumplamos con estos deberes, planeo ir hacia Annar.

—Para encontrar a Maerad —interrumpió Hem.

—¿Maerad? —preguntó Hared.

—Mi hermana.

—¿Te refieres a Maerad de Pellinor? —Hem asintió y Hared lo miró bien por primera vez—. ¿Es tu hermana? Sí, he oído hablar de Maerad de Pellinor, y hay quien dice que se ha hallado a Quien el Destino ha elegido. Para ser sincero, yo no tengo una gran fe en las profecías. Y me parece muy poco probable que una jovencita pueda ser el héroe profetizado en las canciones y leyendas.

—Pero lo es. —Hem echó hacia fuera el labio inferior—. Lo creas o no, ella hará caer al Sin nombre en su alzamiento más oscuro. —Había decidido que no le gustaba Hared.

—En cualquier caso —dijo Saliman, mientras le dirigía a Hem una mirada de advertencia—. Iremos al norte.

Hem se despertó y se desperezó con una sensación de lujo, pensando por un momento que estaba en Turbansk: había dormido en un jergón relleno de juncos y algún tipo de hierba de olor dulzón, y estaba cubierto por una cálida manta. Tras días durmiendo sobre la piedra, con tan solo su hatillo como almohada, aquello suponía una comodidad increíble. Pero entonces, recordó con un sobresalto que estaba en Nal-Ak-Burat.

Se incorporó y miró a su alrededor. Irc, que se había acurrucado al lado de Hem, emitió un adormilado graznido de protesta al ser molestado. Hem se encontraba en una alcoba diminuta, poco más grande que el jergón sobre el que estaba tumbado, que tenía una puerta baja cubierta por una pesada tela. La luz entraba por la puerta y fuera se oía un ligero barullo de voces. Se puso a escuchar; ¿serían niños pequeños? Negó con la cabeza; estaba a saber a qué profundidad del subsuelo, en una ciudad de piedra, allí no podía haber niños... Se oyó un débil crujido, como si algo se hubiese caído al suelo, y alguien se echó a llorar.

Consumido por la curiosidad, Hem apartó la tela que hacía de puerta y echó un vistazo a la habitación contigua, una cámara de cierto tamaño que daba a más o menos una docena de dormitorios como aquel. Realmente había oído a niños, por lo menos media docena. Ninguno parecía mayor de cinco años y algunos llevaban vendajes: una en la cabeza, y otro niño tenía los brazos vendados. Estaban jugando con unos bloques de madera tallada: el llanto que había escuchado Hem había surgido tras una riña por un bloque especialmente deseable.

Zelika estaba sentada en una mesa, mirándolos, con un niño un poco mayor que un bebé en el regazo. Cuando vio a Hem, levantó la vista y sonrió.

—¿Qué están haciendo estos aquí? —preguntó Hem, sorprendido.

—Los han rescatado a todos después de que el Ejército Negro invadiese Savitir —respondió, en annariense para que los niños no les entendiesen—. Seguramente hayan asesinado a sus padres. No tenían ningún otro lugar a donde ir, así que Irisanu los trajo aquí, donde por lo menos estarán seguros.

—Entonces, ¿quién más vive en este ignorado lugar? —Hem salió frotándose los ojos—. No los recuerdo de anoche.

—Seguramente estuviesen todos dormidos cuando nos fuimos a la cama. —Zelika balanceó suavemente al bebé que sostenía en el regazo, acariciándole el pelo, mientras los demás jugaban a sus pies—. Este es Banu, dicen los demás. Nadie sabe de dónde ha venido. Es una monada, ¿a que sí? Es lo que nosotros llamamos un niño solar.

Desconcertado ante el repentino instinto maternal de Zelika, Hem se quedó mirando a Banu. Era del color de la miel oscura, con unos rizos negros como los de Zelika y unos enormes ojos castaños. Estaba mascando un trozo de hueso y babeando en abundancia.

—Le están saliendo los dientes, pobrecito —comentó Zelika. Le frotó las encías

con fuerza y Banu le mordió el nudillo.

—¿Así que anoche nos instalaron con los bebés? —dijo Hem. Se sentó con Zelika—. Supongo que ha sido cosa de Hared. No le gustamos demasiado.

—Oh, Nimikera me ha dicho que no nos preocupemos por eso. Es su manera de ser.

—Bueno, ¿y qué van a hacer ahora con nosotros? ¿Dejarnos aquí encerrados?

—No estamos encerrados. De todas maneras, me gusta volver a jugar con bebés. —Zelika se apartó el cabello de los ojos—. Todas sus familias están muertas o desaparecidas, pobrecitos. No, Mutir, dale eso a Asra. —Dejó a Banu en el suelo con mucho cuidado y le quitó con firmeza un bloque a un niño que tenía el ceño fruncido de manera amenazadora—. Ella lo cogió primero.

En lugar de ponerse a aullar, tal y como esperaba Hem, el chiquillo le dio dócilmente el bloque y comenzó a jugar, alegre, con otro juguete. Hem miró a Zelika maravillado durante un rato más. Aquel era un aspecto de ella que no sospechaba. No por vez primera, se preguntó acerca de la familia de Zelika; debía de tener hermanos o hermanas pequeños, o tal vez primos pequeños. Si era así, nunca hablaba de ellos.

—¿Dónde está Saliman? —preguntó Hem intranquilo.

—Si cruzas esa puerta y bajas por el pasadizo, encontrarás la sala en la que cenamos anoche. Creo que Saliman anda por ahí —explicó vagamente Zelika. Había vuelto a coger a Banu y este le había agarrado un rizo e intentaba comérselo.

Hem recorrió el pequeño pasadizo hasta la sala en la que habían estado la noche anterior, o por lo menos supuso que había sido la noche anterior. Hacía tanto tiempo desde la última vez que había visto el día y la noche que ya no tenía ni idea del tiempo que podía ser en el mundo superior. Oyó voces, estaba seguro de que una pertenecía a Saliman, y miró dudoso por el hueco de la puerta. Hared y Saliman estaban enzarzados en una conversación ante la mesa de piedra, pero allí no había nadie más. Saliman alzó la vista cuando escuchó los pasos de Hem.

—¡Hem! Entra. Supongo que estarás deseando desayunar.

Hared no dijo nada, pero mantuvo la mirada fija en Hem mientras este caminaba hacia ellos.

—Esto... sí, me preguntaba si habría algo para comer. —Contra su voluntad, se ruborizó, avergonzado.

—En la sala de al lado hay algo de dohl, creo —dijo Saliman—. Compruébalo tú mismo. Debe de estar frío: has dormido mucho.

Hem cruzó la cámara, consciente todo el tiempo de la mirada de Hared taladrándole la espalda. La habitación de al lado era una gran cocina, con una artesa de piedra que aún estaba llena de agua para lavar los platos, y un horno de hierro. Sobre el horno, tal y como le había prometido Saliman, había una olla de dohl cubierta. Encontró un cuenco limpio, una cuchara y un poco de miel en un estante cercano. Después de haberse servido, inspiró profundamente y volvió a la sala contigua. Se sentó con la comida en el extremo más alejado de la mesa, intentando

aparentar que no estaba allí.

—Por lo menos quince —estaba diciendo Hared—. Es difícil saber a quién capturaron y a quién mataron. No hemos podido salir desde entonces.

Saliman silbó.

—¿Y de las cuevas de Nuk?

—Otros seis muertos. Munira vio cómo los bombardeaban antes de huir. Pero nos están persiguiendo como a alimañas.

Saliman bajó la vista.

—Supongo que te has planteado si habrá un informante entre nosotros.

—Sí. —Hem no le veía la cara a Hared, pero su tono de voz le desataba escalofríos por la espalda. No le gustaría estar en la piel del traidor al que descubriese Hared; no habría compasión—. Pero como mínimo confío en todos los Nal-Ak-Burat.

Contra su voluntad, Hem escuchaba con atención, y en aquel momento Hared lo miró. Se entretuvo con el desayuno, intentando que pareciera que no estaba chafardeando.

—Buenos días, muchacho —dijo Hared—. Saliman me ha contado algunas de tus aventuras. Hemos visto a los cuervos de la muerte, pero solo de lejos. Aquí necesitamos a alguien que entienda de pájaros: a nuestro gran maestro avícola lo mataron hace dos días.

Hem asintió poniéndose de color escarlata.

—A mí me gustan los pájaros —balbuceó.

—No le hagas caso a Hared —dijo Saliman. Parecía divertirse la torpeza de Hem, lo que conseguía que el muchacho se sintiese aún más avergonzado—. Es tan duro y retorcido como un viejo olivo, pero no podrías tener a un hombre mejor a la espalda en un momento de tensión.

—Oh. Seguro que sí —dijo Hem. Se produjo un extraño silencio y rebaño el resto de su dohl tan rápido como pudo.

—Parece que los soldados-perro no pueden oler a los niños —dijo Hared pensativo—. Nuestros soldados se han dado cuenta de ello. El joven Hem parece un muchacho espabilado. Tal vez el chico podría espiar para nosotros. Tengo mis dudas acerca de esos ejércitos infantiles...

—Hem no hará nada así —dijo Saliman con firmeza—. Ni lo pienses, Hared. No está preparado.

—Se le puede enseñar.

Hem se encontró con la fría mirada de Hared y se le aceleró el corazón.

—No me importaría hacerlo —declaró lentamente—. Me gustaría hacer algo. Zelika también podría. Quiero decir, si tú piensas que yo podría ser de ayuda...

—No deseo que vayas por caminos peligrosos, Hem —replicó Saliman.

—No hay ningún lugar que esté fuera de peligro —respondió Hem con amargura—. Excepto aquí, tal vez. Y no puedo vivir bajo tierra el resto de mi vida. —De repente se vio abrumado por el deseo de sentir el calor del sol sobre su piel, de

respirar el viento que olía a hierba y a árboles, en vez del aire frío y monótono del subsuelo—. Llevo mucho tiempo sin ver la luz del sol.

Saliman parecía contrariado, pero no dijo nada más, y la conversación se centró en otros temas. Hem, que se sentía un poco más cómodo ahora que Hared no lo trataba como a un potencial traidor, aprovechó la oportunidad para estudiarlo furtivamente. El Bardo le resultaba fascinante y repelente a un tiempo; había algo en su rostro, una implacabilidad que rozaba la crueldad, que le provocaba escalofríos. Era difícil decir cuál era la actitud de Saliman hacia él; estaba claro que confiaba en él, pero Hem pensó que no lo trataba como a un amigo.

Hem supo que la red de cuevas bajo Savitir se extendía a través de Nazar hasta llegar casi a Dén Raven, y que los Bardos la empleaban para conseguir información, que se enviaba a Bardos de confianza en Annar o se empleaba para organizar pequeños ataques al Ejército Negro desde detrás de sus líneas del frente. Se estaba formando una resistencia incluso mientras el Sin Nombre consolidaba su poder en el Suderain.

—Nuestro único poder está en el saber —explicó Hared—. No somos muchos, pero entre nuestras filas contamos con algunos de los Bardos con más talento de Edil-Amarandh; ahora tal vez perdamos, pero luchamos para que en el futuro haya esperanza. Entramos en una era igual que el Gran Silencio, cuando el Sin Nombre dominaba todo nuestro mundo y la Luz se conservaba en lugares como estos. Al mismo tiempo, nuestras recientes pérdidas son un duro golpe.

Saliman asintió abstraído.

—Esta batalla se desarrolla en muchos niveles —dijo—. ¿Recuerdas el sueño premonitorio de Maerad, Hem? La voz que surgía de la Sombra y decía: *vivo en cada corazón humano* —le dirigió una penetrante mirada a Hared—. Ha llegado el momento de que cada persona elija dónde deposita su fe: y esa elección podría ser más difícil de lo que parece.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hem, desconcertado ante el repentino cambio de rumbo.

—Podría tratarse de si debemos emplear las armas de la Oscuridad para hacerle empeorar, o si es mejor que nos derroten, con todo lo que implica la derrota.

—Tus enigmas no tienen sentido, amigo mío —gruñó Hared—. Este es el problema que tienen la mayoría de los Bardos. Es muy fácil debatir sobre lo que es correcto o incorrecto mientras nuestro hogar se nos derrumba alrededor. No creo en esos términos.

—Lo sé, Hared —dijo Saliman en voz baja—. De hecho nuestra situación es desesperada: lo comprendo tan bien como tú. Pero ¿cómo podemos decir que luchamos por la Luz, si lo que mostramos de nosotros no es mejor que la Oscuridad?

Los labios de Hared se tensaron formando una fina línea implacable, y durante un instante puso cara de haber sido mortalmente ofendido. En el silencio acompañado, Hem miró a un Bardo y luego a otro, sintiéndose repentinamente alarmado. Por un

momento la tensión palpable que había entre ellos le hizo preguntarse si sacarían los cuchillos. Parecían estar discutiendo, pero no tenía ni idea de por qué: tal vez antes de que entrase en la sala había estado debatiendo acerca de alguna táctica que Saliman desaprobaba por completo.

Hared se echó a reír y el momento pasó como si nunca hubiera ocurrido.

—Haces preguntas difíciles —dijo—. Supongo que es tu Don especial. Te respeto por ello, Saliman. Pero te digo que a veces hay momentos en los que no tenemos opción, y hemos de hacer lo que hemos de hacer.

Saliman sonrió, pero bajo su sonrisa yacía una gran seriedad.

—Siempre hay otra opción, amigo mío —sentenció—. Siempre hay otra opción.



Pasó un tiempo hasta que Hem volvió a respirar aire puro. En aquel momento, vivir bajo tierra ya le parecía algo casi normal; incluso Irc habla recuperado su despreocupación habitual y se había ganado la simpatía de los Bardos de Nal-Ak-Burat, pese al casi inmediato resurgir de su mala costumbre de robar objetos brillantes.

En un solo día, Hem ya había conocido a todos los integrantes de la pequeña comunidad que tenía su base en la ciudad subterránea. Había unos dieciséis Bardos, además de seis niños pequeños, a los que mantenían allí, según le había contado Zelika, porque no tenían ningún otro lugar a donde ir. A los niños los cuidaba sobre todo una Bardo llamada Nimikera de Jerr-Niken, una silenciosa mujer que había resultado herida en un incidente reciente; en el cuello se le veía la punta de una cicatriz terrible, apenas curada, que le bajaba hacia el pecho, y tenía una cojera tremenda.

Los Bardos de Nal-Ak-Burat eran solo una pequeña parte de una red que trabajaba tras las líneas del Ejército Negro; la mayor parte de ellos se escondían en el panal de cuevas que discurrían entre Savitir y Nazar. Saliman le contó a Hem que el número real de cuevas se mantenía en secreto; tan solo los líderes —los cinco Bardos a los que habían conocido en su primer encuentro— conocían la extensión real de la resistencia. Aquello se hacía para proteger a la red, por si las fuerzas de Imank capturaban a alguien.

—Existe la posibilidad de que los Glumas puedan visionarlos contra su voluntad y descubrir todo lo que saben —explicó Saliman—. Así que la política es que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, para que no perdamos las dos.

A Hem lo habían visionado durante su breve estancia en Norloch, él había abierto su mente voluntariamente a la de otro Bardo. La idea de una invasión así, realizada sin permiso, le hacía estremecerse sin querer.

—Pero ¿y si capturan a Hared o a alguno de los otros? —preguntó—. ¿No ocurriría lo mismo?

—¿Recuerdas que Dernhil se mató para no ser visionado por los Glumas y delatar a Maerad? —preguntó Saliman—. Esa es la última defensa. Hared o cualquiera de los demás Bardos harían exactamente eso si fuesen capturados. Aun así es más fácil

guardar un secreto si para empezar no lo conoces.

Hared había vuelto a sacar el tema de que Hem trabajase para los Bardos y este, a la vez emocionado y amedrentado ante la perspectiva, había hablado de ello con Zelika. En un principio, para su sorpresa, ella tenía dudas.

—No lo sé, Hem —le contestó—. ¿En que podríamos ayudar? Tal vez será mejor hacer lo que dice Saliman y mantenernos fuera de peligro.

Hem se había quedado tan sorprendido ante el cambio de parecer de Zelika que no había sabido qué decir.

—Pero tú quieres luchar contra el Ejército Negro, ¿no es así? ¿No quieres vengar a tu familia? ¿Ayudar a la Luz? Tú fuiste la que se unió al ataque en Turbansk, no yo.

Zelika evitó la mirada de Hem y respondió.

—Sí, así fue —afirmó—. Y aprendí la lección. Es probable que sea más útil aquí, ayudando con los niños. —Mientras hablaba, hacía saltar a Banu sobre su regazo.

—Pero Hared dice que es una forma en la que podremos ayudar —insistió Hem.

—¿Y qué opina Saliman?

Hem se quedó en silencio. Saliman estaba en contra de la idea y se había enfadado con Hared por haber hablado de ello con Hem sin su consentimiento; como Zelika ya sabía muy bien, pues había sido objeto de una conflictiva discusión entre los Bardos.

—Pero si podemos ayudar... —dijo Hem alzando los brazos con frustración—. Si pudiésemos hacer algo... Hared dice que podemos ayudar de una manera en que los otros no pueden.

Zelika dejó a Banu en el suelo y miró a Hem muy seria, con la cabeza ladeada.

—Eso puede ser una gran verdad, pero yo no confié en Hared —declaró—. No quiero decir que sea un traidor o algo así. Es solo que no le importamos; si muriésemos, le parecería estupendamente siempre y cuando consiga la información que desea. E incluso Hared admite que es un trabajo peligroso.

—Pero no hay ningún lugar libre de peligro. —Hem comenzó a discutir, pero Zelika lo interrumpió.

—Hem, ya no siento que quiera morir. Saliman no se enfadaría tanto con la idea si pensase que va a salir bien. Y no es precisamente que él nos mime. Después de todo, nos permitió quedarnos en Turbansk, que no era un lugar seguro que digamos.

—Sí, ya lo sé. —Hem se pasó los dedos por el cabello. No comprendía por qué se sentía tan atraído por la idea de ayudar a los Bardos en su peligroso trabajo contra el Ejército Negro. Tan solo sabía que cuando Hared había sugerido la idea el corazón le había dado un vuelco con una mezcla de miedo y emoción. De alguna manera, sentía que podía hacer aquel trabajo, y hacerlo bien. Estaba cansado de sentirse inútil en la lucha contra la Oscuridad.

Aparte de aquello, un profundo enfado comenzaba a arder en su interior. Pensaba en cómo la Oscuridad había arruinado su vida, casi desde el momento en el que había nacido; cómo la Escuela que debería haber sido su hogar había sido quemada hasta

los cimientos, su familia capturada y asesinada, y como los Glumas lo habían secuestrado y dejado en el orfanato. El Sin Nombre le había robado la infancia, igual que si hubiese quemado la Escuela y asesinado a su padre con sus propias manos. Ahora su segundo hogar, Turbansk, yacía en ruinas igual que el primero. No tenía perspectivas de ir a tener otro, aparte de refugios como Nak-Al-Burat.

Las pesadillas habían vuelto a atormentarlo. Se despertaba en su pequeño cuarto jadeando y empapado en sudor, esquivando los recuerdos a medias de visiones de la ceremonia que los Glumas habían hecho para convertirlo en uno de ellos, cuando le habían ordenado asesinar a otro niño. Se llamaba Mark e, igual que Hem, estaba en el orfanato. Hem no lo conocía mucho, pero le caía bastante bien. Su rostro angustiado, aterrorizado, desesperado, perseguía a Hem en las horas de vigilia. Aquello era la Oscuridad, pensaba. Era su esencia: el terror impreso en las caras de los inocentes, la crueldad gratuita que se regocijaba en aquel terror, la espeluznante indiferencia. La odiaba con toda su alma, y quería hacer todo lo que pudiese para derrotarla.

Alzó la vista y vio que Zelika lo contemplaba con algo percibió como una incómoda mordacidad.

—Yo tampoco quiero morir —murmuró—. Pero no puedo quedarme aquí sin hacer nada, me volveré loco.

—Entonces ayúdame con los niños —pidió Zelika—. Es su hora de comer.

—No me refería a eso —replicó malhumorado. Pero igualmente la siguió a la cocina y puso comida en cuencos, perplejo ante la nueva Zelika. Ella lo miró mientras le daba de comer a Banu.

—Se lo que estas pensando —afirmó.

—¿De verdad? —respondió Hem en tono beligerante.

—Te estas preguntando por qué no quiero luchar.

—Bueno, sí...

—Fue la Segunda Puerta. La Puerta de los Sueños, cuando tuvimos que recordar para poder pasar. —Hem asintió—. Vi la puerta de mi hogar, en Baladh. Durante un instante muy pequeño de verdad creí estar allí —en su voz se despertó la nostalgia—. Pensé, que si la cruzaba corriendo, volvería a estar en Baladh, con mi hermanito pequeño, Arlian, corriendo hacia mí para que lo cogiese en brazos. Pensé que podría sentarme con él al lado del estanque de los nenúfares y mirar los peces de colores. Teníamos muchísimos peces, y eran tan bonitos... —a Zelika le tembló la voz y le limpió la cara a Banu con brío antes de continuar—. No estoy acostumbrada a la magia —continuó—. No comprendía que se desvaneciese justo al acabar de pasar por ella. Saliman me lo explico todo. No sé, después de aquello... me siento un poco diferente.

Hem pensó en la puerta del orfanato por la que había pasado en la Puerta de los Sueños, y después en la advertencia de Saliman de que debían escoger con cuidado su recuerdo. Tal vez hubiese elegido mal. Tal vez había traído sin darse cuenta a la ciudad de Nal-Ak-Burat una parte de la ira y desesperación que sentía en Edinur, al

mismo tiempo que Zelika había descubierto una efímera visión de la paz de su hogar perdido. Tal vez fuese por eso por lo que sentía aquel deseo de vengarse de la Oscuridad. Aquel pensamiento no consiguió disipar su inquietud.

Durante los siguientes días, Hem y Zelika se pasaron el tiempo libre explorando Nal-Ak-Burat. Saliman les dio permiso de mala gana, tras advertirles que se mantuviesen alejados de las puertas del norte y del sur y que tuviesen cuidado: resultaba fácil perderse y acabar dando vueltas durante horas por un laberinto de piedra. Además algunos lugares eran peligrosos: había escaleras que subían hasta grandes acantilados que, si alguna vez habían tenido pasamanos, ahora les faltaban. Un paso en falso podría significar una caída de siete metros o más.

Al principio limitaron sus incursiones a la inmensa plaza y los callejones que la rodeaban, que cubrían una enorme área llana que constituía el corazón de la ciudad. Era fácil ver por qué los Bardos habían elegido el edificio en el que estaban: era evidente que había sido algún tipo de palacio en el que habían vivido muchas personas y estaba construido a escala humana. Los demás edificios que flanqueaban el lado sur de la plaza, algunos excavados en profundidad en las paredes de roca, hacían que los niños se sintiesen como hormigas. Pasaban por salas tan altas que los techos —si es que existían, ya que bajo tierra no había mucha necesidad de tener techo— desaparecían en una altura sombría sobre sus cabezas, mientras ante ellos las columnas se extendían en filas invariables que se desvanecían en la distancia.

A menudo las paredes estaban decoradas con murales parecidos a los que habían visto en las habitaciones de entrada al palacio, y se pasaban horas examinándolos. Algunos, en los cuartos más interiores, estaban asombrosamente bien conservados, con los colores casi tan brillantes como debían de haber sido cuando los habían pintando. Contaban historias inescrutables: aquí un rey se inclinaba ante una garza real gigante, ofreciéndole al pájaro lo que parecía ser una bandeja de fruta; allí una fila de hombres estaban encadenados entre ellos, dirigidos por el mismo rey en un carro de guerra, mientras tras ellos avanzaba un gato gigante con plumas. Otra pintura mostraba a los que parecían ser los mismos prisioneros mientras los asesinaban: una figura con una túnica sostenía un largo cuchillo, con el que estaba cortándole la garganta a uno, mientras los demás esperaban en fila tras él, como si fuesen los siguientes. Hem y Zelika pasaron rápido ante aquella escena. En la siguiente pintura, un hombre estaba de pie con los brazos extendidos, y de los miembros le salían hojas, como si se estuviese transformando en un árbol. Fascinados, Hem y Zelika repasaron el contorno de las runas que se intercalaban con las pinturas, preguntándose qué significarían.

—Tal vez esta —dijo Hem, señalando al hombre-árbol— sea un Elidhu. Un Elidhu del bosque. Maerad dice que pueden cambiar de forma.

—Creía que los Bardos podían cambiar si querían —dijo Zelika mirando a Hem

con curiosidad.

—No. Pueden aparentar cambiar. Eso es fácil.

—¿Tú puedes hacerlo? —preguntó Zelika. Nunca se había interesado demasiado por la magia Bárdica, pero la experiencia en la Puerta de los Sueños le habla despertado la curiosidad.

—¡Por supuesto que puedo! —exclamó Hem, ligeramente indignado. Los Conjuros Destellantes eran los encantamientos más sencillos, e incluso habiendo prestado poca atención en la Escuela de Turbansk, era capaz de crear ilusiones. Pensó durante un instante y después bajó la vista. Zelika ahogó un grito mientras miraba: unos zarcillos verdes le brotaron en las puntas de los dedos y de los brazos y piernas. A Hem le salieron hojas ante sus ojos.

—No sabía que eras capaz de hacer eso —dijo Zelika con un renovado respeto en la voz.

Hem levantó las manos y las hojas se desvanecieron.

—Cualquier Bardo puede —le quitó importancia Hem—. El único problema es que no funciona con otros Bardos, a no ser que estén de acuerdo, claro. Ni con Glumas. Así que no puedes engañar a los ojos Bárdicos.

—Bueno, tal vez el hombre-árbol sea un Bardo.

—Tal vez. Aquí ha vivido algún tipo de pueblo Bárdico, eso seguro. Este lugar está cargado de magia; se puede sentir en cualquier lugar. Está entretejida con las paredes. Es extraño, se percibe que es muy antigua y es igual que estas pinturas, no se puede descifrar.

—¿No crees que podría ser peligrosa? —preguntó Zelika en voz baja—. Mataban a gente. ¿Y quienes eran los muertos de la Primera Puerta?

Hem recordó la Primera Puerta con un escalofrío.

—Toda la magia puede ser peligrosa —observó tras una pausa—. Es por eso por lo que los Bardos insisten tanto en el Equilibrio. No hace falta ser Gluma para hacer cosas de las que podrías arrepentirte. No estoy seguro de si los Bardos pueden utilizar esta magia; es demasiado extraña. Tal vez si pudiésemos leer las runas se nos aclararía algo. Me pregunto para qué serviría este lugar.

Recorrieron la inmensa cámara con la mirada. Era imposible adivinar su uso; tal vez había sido algún tipo de salón del trono, o un lugar de encuentro para la gente de la ciudad. En un extremo había un estrado, elevado hasta la altura de un hombre sobre el resto de la sala; pero, igual que todo lo demás, no revelaba nada, aunque indicaba una inmensa significancia que ahora nadie podía comprender.

—Puede que fuese algún tipo de templo —conjeturó Zelika.

—¿Un templo? —Hem le dirigió una mirada inquisitoria a Zelika; aquellas cosas eran algo desconocido en Annar.

—Un lugar al que la gente venía para adorar a sus dioses.

—¿Algo así como los Elidhu? Pero la gente no adora a los Elidhu... —comenzó Hem.

—En algunos lugares la gente construye santuarios —le explicó Zelika—. Y rezan para que sus dioses les ayuden si necesitan algo.

Hem pareció confundido.

—Entonces ¿por qué no le piden un encantamiento a un Bardo? —preguntó—. Eso es por lo general lo que hace la gente. Cuando hay Bardos cerca, claro.

—No es exactamente eso. Creen en sus dioses y los adoran. Es una especie de... explicación del mundo. Cómo clasifican lo bueno y lo malo.

—¿Conoces a alguien que haga eso? —preguntó Hem asombrado.

—No es algo tan extraño. —Zelika le dirigió una pícaro mirada—. ¿Los Bardos no adoran a la Luz?

—Bueno... no es que la adoren exactamente —respondió Hem con cuidado—. Es algo que tiene más que ver con el Equilibrio y esas cosas. Con cómo actúas. —Negó con la cabeza; aquella conversación le hacía sentirse un poco mareado—. ¿Conoces a alguien que lo haga?

—Conocía a gente que adoraba a la Luz, en Baladh —contestó Zelika.

—Eso no tiene sentido. ¿Cómo puedes adorar a la Luz? No está ahí para que la adoren.

—Pues lo hacían de todas maneras. Que para ti no tenga sentido no quiere decir que no lo tenga para ellos. Los Bardos no lo saben todo.

—Tampoco dicen que lo sepan —replicó Hem acaloradamente—. Nadie lo hace.

—Bueno, pues ya está.

Irc le mordisqueó la oreja a Hem para calmarlo. Zelika se estaba enfadando e Irc todavía tenía recuerdos frescos de lo que ocurría cuando Zelika se enfadaba. Así que dejaron el tema de mutuo acuerdo y caminaron desde uno de los extremos del inmenso salón hasta el otro. La luz mágica de Hem parecía pequeña y frágil en aquella oscuridad que resonaba. Les llevó mucho tiempo. Las losas del suelo estaban cubiertas por una fina capa de polvillo arenoso, que se levantaba al caminar, de modo que la boca se les quedó seca y arenosa. El lugar poseía una grandeza melancólica que se volvía más opresiva cuanto más avanzaban.

—Me pregunto qué pueblo sería el que vivía aquí —comentó Zelika mientras miraban el estrado. Habían pensado en subirse, pero no había escalones; y los dos se sentían unos intrusos y tenían ganas de marcharse.

—No lo sé —replicó Hem—. Pero ahora todos están muertos. Me preguntó si el lugar los echará de menos.

Zelika, no respondió. Pensativos, volvieron sobre sus pasos al palacio, donde resultó un alivio ver un fuego hogareño y escuchar el murmullo de la conversación ordinaria.

Lejos de la plaza encontraron edificios más pequeños, que estaba claro que una vez habían sido casas. Aquellos tenían unas dimensiones mucho más humildes, a menudo contruidos los unos sobre los otros y unidos por precarias escaleras talladas en la roca. Muchos carecían de tejado, no porque se hubiese caído, sino porque nunca

lo habían tenido. Aquello resultaba extraño, hasta que recordaron que en Nal-Ak-Burat nunca llovía. Los cuartos para comer y para dormir eran pequeños y todos tenían tejado, Hem supuso que para mantener el calor. Encontraron hogares que todavía contenían negras cenizas que llevaban innumerables años frías, y en aquellos lugares hallaron otras señales de que allí habían vivido seres humanos: huesos desmenuzados, los restos de una comida realizada hacía mucho tiempo, ollas de barro decoradas con diseños impresos con un palo u ollas de hierro tan picadas por el óxido que se rompían en pedazos en cuanto las tocabas. En una casa descubrieron un baúl de madera, pintado con extraños dibujos; y cuando lo abrieron vieron que contenía ropas de seda carmesí bordada. Zelika contuvo un grito de asombro: pero mientras las miraban, las sedas, conservadas en el baúl sin aire, perdieron color y se deshicieron, dejando tras ellas nada más que un polvo que exhalaba un escurridizo perfume, los restos, tal vez, del incienso o el nardo que una vez había impregnado la prenda.

Cuanto más veían de la ciudad, más misteriosa se volvía. Sus enigmas se multiplicaban bajo sus fascinados ojos: las historias que contaban los murales, que tan solo conseguían adivinar, o los extraños objetos que a veces encontraban, cuyos usos se habían desvanecido con la gente que los había creado. Tal vez lo que resultaba más misterioso eran las propiedades privadas que a veces encontraban en las casas: una peineta de marfil con complicadas tallas, roída por el tiempo, que tal vez hubiese llevado alguna hermosa muchacha de la ciudad; o un caballito con ruedas tallado en madera, que debía haber sido el juguete de un niño. Allí yacían sumidos en la oscuridad, tal vez perdidos en el abandono final de Nal-Ak-Burat. Tal vez un niño había llorado por su juguete, tal vez una mujer había fruncido el cerio al descubrir que su peineta favorita había desaparecido. ¿Por qué se habían marchado? ¿Los habría echado algún tipo de plaga? ¿O sería que la gente de la ciudad se había cansado de no sentir nunca el viento sobre el rostro y, hambrientos de sol, le habían dado la espalda a su maravillosa ciudad de piedra y habían ascendido, parpadeando, hacia la luz?

Aquella noche (los Bardos continuaban dividiendo el tiempo entre día y noche, pese a la oscuridad invariable, empleando un reloj de agua para medir las horas) se reunieron como de costumbre en el palacio para cenar. Los Bardos hacían turnos para cocinar y aquella noche había preparado la comida Soron, con la ayuda de Hem. Refunfuñaba mientras amasaba las tortas de pan, que se cocinarían en la parte baja del horno.

—Me las arreglaría con unas verduras, hijo —decía—. Pero parece ser que las provisiones de productos frescos están bastante agotadas en este momento.

Hem, que siempre se sentía agradecido de recibir algo para comer —pues sus días de pasar hambre no le quedaban, después de todo, lejos, y su futuro era cualquier cosa menos seguro—, alzó la vista sorprendido.

—Pero todo huele de maravilla —observó—. De todas maneras, me sorprende que sean capaces de traer cualquier tipo de comida. Supongo que en el otro camino de entrada no hay una Puerta de Agua.

Soron le dirigió una mirada divertida.

—Apuesto lo que sea a que no la tiene. Gracias a la Luz, pues si no yo tendría que quedarme aquí para siempre. Fíjate en lo que te digo, alguien ha preparado bien esto para los tiempos de escasez. En las despensas hay más grano, frutos secos y conservas de las que había visto nunca en un mismo lugar, y montones de pescado seco y salado e incluso ijadas de ciervo curado. Todo está empaquetado en barriles o colgado, limpio y seco, para que no se eche a perder. Y una cantidad de especias tan variada como en las cocinas del Ernan y una bodega de vinos que podría rivalizar con las de los Bardos de Turbansk. ¡Típico de los Bardos! Bueno, este es el lugar perfecto para almacenar cosas: seco, fresco y oscuro, como una bodega gigante. No soy desagradecido; pero igualmente ansío la carne y las verduras frescas.

De repente Hem pensó en la deliciosa ensalada de hierbas que había comido en Turbansk, y durante un momento dejó de cortar el pescado seco que estaba preparando Soron para un guiso. Se le hizo la boca agua; casi podía saborearlas.

—Unas verduras estarían bien —dijo—. Pero más que eso, a mí me gustaría ver el sol.

—Sí —replicó Soron—. Pero ¿quién sabe lo que está ocurriendo ahí arriba, Hem, mientras nosotros nos escondemos aquí abajo?

Hem se quedó en silencio. Sabía que los Bardos de allí tenían maneras de conseguir noticias. Hared estaba mucho mejor informado acerca de lo que estaba ocurriendo en Annar de lo que lo estaban los Bardos de Turbansk donde, tal y como había dicho él, incluso los pájaros mensajeros tenían problemas para atravesar al ejército sitiador. Recordó que Soron no sabía qué le había ocurrido a Jelika, la mujer a la que amaba, que debería estar con ellos pero la guerra los había separado. «Tal vez», pensó Hem, «nunca lo sabrá, esas cosas pasan». Soron nunca mencionaba a Jelika y la mayor parte del tiempo parecía el mismo hombre paciente que era en Turbansk; pero a veces, como en aquel momento, Hem percibía la profunda tristeza que habitaba en su interior.

Era, pensó Hem, un poco como él echaba de menos a Maerad. Él tampoco tenía ninguna manera de saber si estaba todavía viva, y tal vez nunca volvería a verla. Podría haber muerto en su búsqueda y él nunca lo sabría. La idea le dolía, así que la hizo a un lado y se concentró en cortar el pescado seco, algo complicado de hacer incluso con un cuchillo afilado.

En la cena había una cara nueva: un Bardo de rostro sombrío llamado Til-Naga. Hablaba con el mismo acento que Orona, que a Hem le resultaba desconocido —su oído se había vuelto lo bastante bueno para captar las variantes de la lengua del Suderain— y durante una parte de la comida Til-Naga se sentó al lado de Orona y le habló en una lengua que Hem no conocía. Hablaban rápido y con confianza; Hem los

miró con curiosidad, ya que normalmente Orona era muy taciturna y nunca la había visto tan animada. A Hem le daba la impresión de que Orona le preguntaba por amigos comunes de los que no todo lo que escuchaba era bueno. En una ocasión contuvo un grito y se quedó mirando a su cuenco sin moverse, con una expresión de terrible tristeza en el rostro, y Til-Naga le cogió la mano y se la apretó con fuerza sin decir nada.

Nadie le hizo preguntas a Til-Naga hasta después de comer, cuando se sirvió té a la menta con poco de las galletas de semillas de Soron.

—Ha sido un menú excelente, Soron —dijo Narbila con un suspiro—. Había olvidado tus dotes para la cocina... Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me senté a las mesas de Turbansk. Juro que serías capaz de hacer un festín con el cuero de una bota vieja.

—Te agradezco la fe —replicó Soron, inclinando la cabeza—. Pero el cuero de bota podría derrotar incluso a mis dotes. Un cocinero solo es igual de bueno que los ingredientes; y he de decir que, pese a la falta de carne fresca, aquí la calidad de la comida es bastante alta. ¡Os felicito por la previsión! —Levantó la copa para un brindis.

Narbila se echó a reír.

—Hemos tenido mucho tiempo para prepararnos y alguno de nosotros predijo lo mal que se iban a poner las cosas. Aun así es un placer. —Devolvió el brindis con gran solemnidad.

Hared tenía el ceño fruncido; pero no de enfado, según le pareció a Hem, sino de concentración.

—Bueno, Til-Naga —empezó—, está bien tenerte de vuelta, aunque llegas más tarde de lo que se esperaba.

—Ha habido problemas —respondió el Bardo—, como no tengo ninguna duda de que ya te habrás imaginado. Creía que no volvería: unos soldados-perro me siguieron hasta pasado Jerr-Niken y tuve que cabalgar hasta los Bosques de Malinau para hacerles perder mi rastro. En Jared. —En aquel punto mencionó una región al norte de Dén Raven— han talado todos los árboles, lo han dejado liso como una mesa; no podría moverse ni un ratón sin que Sharma, el Sin Nombre, se enterase. No osé poner el pie allí, de modo que tuve que atravesar las colinas de Glandugir, llenas de bestias monstruosas que no atienden al Habla y árboles que comen personas. Pero por fin conseguí llegar a Dén Raven.

Ante la mención a Dén Raven Zelika se incorporó y comenzó a prestar atención.

—¿Has conseguido reunirte con Ranik? —preguntó Narbila, inclinándose sobre la mesa.

—¿Quién es Ranik? —quiso saber Zelika.

Saliman le dirigió una breve mirada.

—Ranik no es su nombre real. El hombre del que habla Til-Naga es un Bardo de Dén Raven, cuyo coraje es mayor que el de cualquiera de los aquí presentes —dijo

resumiendo—. Trabaja en Dagra.

Zelika abrió mucho los ojos, impresionada.

—¿Quieres decir que es un Gluma? —preguntó.

—No es un Gluma —respondió Hared—. Aunque la mayoría de la gente cree que lo es.

El rostro de Zelika se ensombreció.

—Entonces, ¿cómo podemos confiar en él? —murmuró en voz baja, hablándole a la mesa, y tan solo Hem la oyó.

—Me he reunido con Ranik. —Til-Naga se quedó en silencio durante un rato, pero los otros Bardos esperaron pacientemente a que decidiese continuar, absteniéndose de forzarlo—. Llegó al punto de encuentro pese a que corría un gran riesgo. Los Ojos de Dén Raven son ahora más numerosos, y la más pequeña transgresión es castigada con la prisión, como mínimo. Están, como siempre, más que dispuestos a imponer la muerte. Incluso Ranik se siente observado. —Hem recordó que los Ojos eran Glumas que el Sin Nombre utilizaba para vigilar a las gentes de Dén Raven—. Igualmente vino. Me dijo que no podría volver a venir; que tenía mucho miedo. Parece ser que están surgiendo ciertas rivalidades entre las fuerzas leales a Imank y otros que juran lealtad a Sharma, el Sin Nombre, y eso hace que viajar por Dén Raven sea doblemente peligroso.

—Esas rivalidades siempre han existido —gruñó Hared.

—Sí. Sharma le debe mucho a Imank y dudo que este tarde en recordárselo. Es posible que Sharma tema más a Imank de lo que teme a cualquier capitán de Annar. —Hared rio entre dientes con amargura, pero Til-Naga continuó mirando a la mesa muy serio—. No te apresures a pensar que eso podría suponer una ventaja para nosotros en un conflicto así —continuó—. Poco puedo intuir: si se hacen la guerra el uno al otro, podéis estar seguros de que quien sea que gane se hará más fuerte, pero no es eso lo más importante de lo que me contó Ranik. Me dijo que el asedio de Turbansk ha agotado a las fuerzas de Sharma más de lo que suponíamos: Imank no esperaba la resistencia que encontró allí y las filas de refuerzo del enemigo están ahora muy debilitadas. Parece ser que esperaba que cayese bajo las armas como ocurrió con Baladh, y que el Ejército Negro se trasladara después rápidamente a Car Amdridh.

Saliman pegó un puñetazo sobre la mesa, con una sonrisa salvaje, y Hem dio un respingo.

—¡Lo sabía! —exclamó Saliman—. Sabía que si podíamos contenerlos...

—Ha funcionado —susurró Til-Naga—. Os felicito, Saliman, a ti y a todos los que defendieron su ciudad con tanta valentía. También a Juriken. He sabido que está muerto. Ojalá pudiese haberlo conocido, parece ser que fue un Bardo muy grande. Ranik dice que tal vez unas diez tropas del Ejército Negro murieron en el terremoto de Turbansk, y muchos más resultaron heridos. Por el momento Sharma no puede contemplar la posibilidad de permitir que Imank abra un nuevo frente en esta guerra,

y tampoco llevará al Ejército Negro a Annar.

Soron expulsó el aire, aliviado.

—Entonces Til-Amon está segura de momento.

—A no ser que sea atacada por los suyos, amigo mío —observó Saliman—. Aunque me parece que estas no son todas las noticias que trae Til-Naga.

—Hay algo más. ¿Habéis oído hablar de los ejércitos infantiles?

Los demás Bardos asintieron.

—Ranik cree que Sharma planea utilizar más esos ejércitos. Ha reclutado tropas de niños de las regiones de Nazar y Savitir, igual que a cada niño mayor de diez años de Dén Raven, y Ranik ha sabido que se les está entrenando en campos especiales. Es difícil averiguar algo más, parece ser que es uno de los proyectos favoritos de Sharma.

En silencio al lado de Hem, Zelika ahogó un grito. Él sabía que ella estaba pensando en sus hermanos y hermanas, que podrían no haber muerto después de todo.

—¿Entrenando? —repitió Saliman—. ¿Para qué?

—Parece ser que resultaron muy útiles en la muralla de Il Dara —explicó Til-Naga con el rostro inexpresivo—. Fueron totalmente despiadados. Aquello despertó el interés de Sharma. Está reuniendo a sus ejércitos infantiles cerca de Dagra y todavía busca más niños para engrosar sus tropas. Ranik opina, y tal vez tenga razón, que quizá Sharma esté barajando la idea de enviar ejércitos infantiles a Annar, para no tener que mermar sus otras fuerzas. Nadie lo sabe con seguridad. Sin duda es posible. Averiguar algo acerca de esos niños resulta particularmente difícil.

Se produjo un breve silencio mientras los demás Bardos digerían la noticia.

—Til-Naga, es una noticia terrible, pero aun así me da esperanza —dijo Saliman.

—Sí. —El rostro de Til-Naga se endureció, como si estuviese luchando por contener la emoción—. Pero no puedo por ello. Mi amigo más querido murió en Turbansk, Saliman; no pudo escapar de los Ojos. Era un buen hombre que intento actuar con honor en las peores circunstancias. Temí por él cuando supe que formaba parte de aquellas fuerzas, y ahora lo lloro.

—Yo no lo siento por él —saltó de repente Zelika con una voz dura y firme—. ¿Qué tipo de amigo era, para formar parte del Ejército Negro? ¿O acaso vienes de Dén Raven?

Se produjo un embarazoso silencio que rompió Orona.

—Yo soy Bardo de Dén Rayen, y sí, Til-Naga también lo es —explicó con calma—. Ese tipo de cosas existen.

Zelika se quedó mirando fijamente a Orona, con los labios formando una fina línea. Hem le colocó la mano sobre el brazo, pero ella se la quitó de encima con brusquedad.

—¿Es que tenemos espías entre nosotros? ¿Así, abiertamente?

—Zelika, no hables de cosas que no entiendes —aunque hablaba en voz baja, los

ojos de Saliman brillaban de ira—. ¿Te atreves a insultar a estos Bardos? Han hecho más para ayudarnos de lo que has hecho tú nunca. Discúlpate, ahora mismo.

Til-Naga hizo un gesto con la mano, indicando que no eran necesarias las disculpas, pero Zelika se puso en pie, temblando de rabia. Hem intentó hacerla bajar al cojín, pero ella no le hizo caso. Volvía a parecer enloquecida; los ojos le brillaban peligrosamente y le temblaban las comisuras de boca. No le había visto aquella expresión desde la caída de Turbansk. Él también se puso en pie e intentó arrastrarla fuera de la sala, pero ella no consintió moverse.

—¿Disculparme? ¿Ante esta escoria? —escupió Zelika—. Supongo que debería disculparme porque mi hermanito pequeño fuese asesinado ante mis ojos. Debería disculparme porque Baladh esté en ruinas. Debería...

Hared se movió con tanta rapidez que Hem no tuvo tiempo de reaccionar. El Bardo se puso en pie y le pegó a Zelika una bofetada con la mano abierta que la tiró al suelo. Ella se quedó allí tendida, con el cabello sobre la cara, mientras Hem la miraba, horrorizado.

—Eso no era necesario —aseguró Orona, con frialdad—. Solo es una niña.

—Si Saliman insiste en traer a niños a esta mesa —respondió Hared respirando con dificultad—, también debería insistir en que se comporten con algo de decoro. —Volvió a su sitio mientras Hem se arrodillaba al lado de Zelika y le apartaba el pelo de la cara con dulzura. Le estaba saliendo un moratón en la mejilla.

—Zelika —susurró—, levántate, venga.

Se incorporó, dolorida. La expresión enloquecida había abandonado su rostro, pero miró a Hared con odio.

—Zelika —dijo Saliman con suavidad—, estos Bardos proceden de Dén Raven, sí; pero eso no significa que sean enemigos nuestros. Has de recordar que el Sin Nombre ha hecho sufrir primero a su pueblo, y ellos también tienen sus razones para trabajar en su caída. Me has avergonzado profundamente al insultar a aquellos a los que considero amigos queridos, y me gustaría que te disculpases con ellos.

Zelika se quedó mirando a Orona y Til-Naga, que le devolvieron la mirada sin pestañear. Su rostro era impenetrable.

—Siento haberos insultado —habló por fin, inclinando la cabeza con gracia—. Es cierto, no lo entendía. A veces me enfado tanto que siento que sería capaz de matar a alguien, pero veo que me he equivocado. —Ellos asintieron, aceptando sus disculpas—. Pero creo que Hared también debería disculparse conmigo —añadió Zelika mirando al Bardo con el mentón en alto. Hem se dio cuenta de que no se había dignado a tocarse el cardenal que tenía en la cara, aunque tenía que dolerle muchísimo. Hared la miró a los ojos y puso una sonrisa de lobo.

—En ese caso, me disculpo —contestó—. Pero espero que en el futuro te abstengas de entretenernos de este modo.

Zelika asintió con una dignidad helada.

—¿Más té a la menta? —preguntó Soron para romper el incómodo silencio que

siguió al comentario de Hared—. Creo que tendrá un efecto calmante. —Y se acercó con prisas ala cocina para colocar una olla de agua al fuego.

Justo antes de despertarse la mañana siguiente, Hem había tenido un breve y vívido sueño en el que aparecía Maerad. A diferencia de la última vez que había soñado con ella, no tenía tintes de pesadilla. Se encontraban en el jardín de Saliman, bajo la brillante luz del sol, e Irc estaba sobre el hombro de Hem. Maerad estaba sentada en la hierba con las piernas cruzadas, mirando a su hermano, entornando los ojos para protegerse de la luz del sol. Hem estaba apoyado contra un árbol y comía un mango, que cortaba con su navaja. Maerad parecía más pálida que la última vez que la había visto, y tenía la piel de debajo de los ojos con cardenales azulados; pero los dos reían, aunque Hem no recordaba el porqué.

Se despertó con una luz en el alma que no había sentido en mucho tiempo. Maerad estaba bien; estaba viva y pensaba en él. Salió de la cama y fue al comedor para desayunar. Zelika ya estaba allí, metiéndose dohl en la boca a cucharadas.

—Tenías razón, Hem —dijo mientras este se sentaba en un cojín al lado de ella—. Tenemos que hacer algo. Hay cosas que podríamos hacer mejor que el resto de los que están aquí.

A la mesa solo estaban los dos niños: todos los demás habían comido antes. Hem levantó rápidamente la vista de su dohl, que había comenzado a devorar poniendo toda su atención en él.

—Bien —afirmó—. No quería hacerlo solo.

—Ya he hablado con Hared —le informó Zelika—. Me ha dicho que él podría entrenarnos; pero también me ha dicho que no lo haría a no ser que Saliman nos dé su permiso.

—Oh. —Hem contempló su cuenco con pesimismo, mientras apartaba ausente a Irc con la mano, pues estaba intentando robarle una parte del desayuno. Pensó que era muy poco probable que Saliman les permitiese trabajar para Hared. Hem no había hecho presión al respecto, aunque Saliman sabía cómo se sentía.

—¿Y por qué no íbamos a ayudar? —dijo Zelika. Se apartó el pelo de los ojos—. Aunque no hagamos nada podrían matarnos. Yo no quiero quedarme aquí abajo el resto de mi vida.

Hem terminó su comida sin hablar. Llevó los cuencos a la cocina, lavó la vajilla en el fregadero de piedra y los colocó para que se secasen con especial cuidado.

—Bueno, en ese caso —dijo, volviéndose hacia Zelika—, supongo que deberíamos encontrar a Saliman y convencerlo de que deje a Hared entrenarnos.

—Antes lo he estado buscando, pero nadie sabía dónde estaba. O si lo sabían, no me lo decían.

—¿Tienes que cuidar de los bebés ahora?

—No. Nimikera me ha dicho que hoy no necesita ayuda. Se encontraba mal por la

herida, pero dice que ya está mejor.

Hem asintió ausente. Sentía que una determinación se reforzaba en su pecho: haría que Saliman les diese permiso. Y si no lo hacía...

Hem no terminó aquel pensamiento. Nunca había desafiado a Saliman abiertamente; pero por primera vez sentía que el juicio del Bardo estaba equivocado. Era perfectamente consciente de que para Hared él y Zelika no eran más que herramientas útiles, pero también sabía, a partir de la conversación de la noche anterior, que los Bardos estaban ansiosos por saber más acerca de los ejércitos infantiles. Parecía ser, por lo que se le decía, que los propios niños eran los que se encontraban en la mejor situación para hacerlo. Sencillamente no bastaba con decir que había que mantenerlos a Zelika y a él fuera de peligro.

«Hay cosas que hacer», pensó. Era una idea que le proporcionaba una sensación agradable mientras le daba vueltas en la cabeza, como una piedra dura y lisa que encajaba satisfactoriamente en la palma de la mano. «Cosas que tenemos que hacer Zelika y yo».

Llamó a Irc a su hombro y los dos niños comenzaron a registrar el palacio. Por fin encontraron a Saliman en un cuartito al que los Bardos llamaban la sala de reuniones. Hem se dio cuenta de que allí había más pinturas del extraño hombre-árbol que habían visto en el inmenso salón del trono o templo. Saliman estaba sentado sobre un cojín, acurrucado dentro de su capa para engañar al frío que hacía en la sala sin calefacción, leyendo profundamente concentrado un pergamino cubierto por una caligrafía fina.

Levantó la vista y frunció el ceño cuando entraron los niños. Hem se quedó dudoso en el umbral, tartamudeando, una disculpa por molestarle. Saliman suspiró y después sonrió.

—Entrad, entrad —dijo—. No pasa nada, Hem, no estoy enfadado porque estéis aquí. Solo es que hay más malas noticias. —Dobló el pergamino y se lo metió en el bolsillo de la túnica—. ¿Me buscabais?

—Sí. —Llegados a aquel punto, Hem sintió que su resolución vacilaba. Para él Saliman no había sido nunca nada más que sabio y clarividente, y sabía mucho más que Hem de los asuntos del mundo.

—Queríamos preguntarte si le darías permiso a Hared para entrenarnos —comenzó Zelika—. Porque tanto Hem como yo queremos trabajar para él, y él no nos quiere entrenar a no ser que tú estés de acuerdo.

Saliman miró primero a uno y después al otro, con rostro inexpresivo.

—Sentaos —pidió. Hem y Zelika se sentaron al lado de Saliman e Irc saltó a la mesa y picoteó suavemente la mano de Saliman a modo de saludo. Hem tragó saliva con nerviosismo y después se preguntó por qué estaba nervioso. Saliman no parecía estar enfadado y Hem ya no era un niño pequeño. Pronto sería un hombre—. Los dos sabéis que Hared me ha hablado de esto y sabéis que no me gusta la idea —comenzó Saliman. Zelika abrió la boca para decir algo, pero Saliman levantó una mano—.

Espera a que acabe, Zelika. El trabajo del que habla Hared es muy peligroso. Sé lo peligroso que es porque yo mismo lo he hecho.

—¡Pero no podemos quedarnos bajo tierra para siempre! —gritó Hem—. ¡Yo no he hecho nada! Mientras Turbansk estaba sitiada, yo me encontraba dentro de las murallas, seguro. Nunca he estado en una batalla, y Maerad está ahí fuera con Cadvan, enfrentándose a quién sabe qué peligros, y tú...

—Hem, no os he prohibido nada, ¿no es eso cierto?

—Es verdad —reconoció. Los ojos de Hem se encontraron con los de Saliman, oscuros y tristes y se mordió el labio.

—Entonces escúchame. El trabajo del que habla Hared es, como ya os he dicho, muy peligroso. Y no sería un buen mentor tuyo, Hem, ni responsable de Zelika, si te permitiese despreocupadamente hacer algo tan peligroso. —Irc emitió un suave graznido, como si estuviese de acuerdo, y Saliman comenzó a acariciarle el cuello al pájaro mientras hablaba. Irc se tiró sobre la mesa, emitiendo ruiditos de placer—. Hem, recuerdo la primera vez que te vi, ¿te acuerdas? —Hem asintió—. Entrabas a los aposentos de Nelac, eras un muchacho escuálido y hambriento, con unos ojos enormes, que intentaba esconderse detrás de su hermana. Te confieso que me conmoviste. Te he querido desde aquel momento, aunque no haya sido capaz de cuidarte como hubiera deseado.

Contra su voluntad, las lágrimas brotaron en los ojos de Hem.

—Siempre has sido bueno conmigo —dijo con brusquedad—. Pero no siempre me lo he merecido.

—Hem, el amor no es cuestión de merecérselo. Uno entrega su corazón, y eso es todo. Pero no era a eso a lo que iba. En Norloch vi a un niño perdido. Ahora que te tengo ante mí, veo que ya no eres un niño; si pertenecieses al pueblo de las marismas de Neera, ya hubieran realizado las ceremonias para darte la bienvenida en la edad adulta. Pero eres un Bardo y todavía no eres, según nuestros parámetros, exactamente un hombre. Aun así has crecido mucho, Hem. Eres reflexivo, cuando hubo un tiempo en el que nunca te detenías a pensar. Eres paciente, cuando hubo un tiempo en el que eras un manojo de nervios. Y —añadió con una sonrisa provocadora— te has hecho mucho más alto. Pronto me sobrepasarás, y yo no soy un hombre pequeño. —Zelika se había apartado un poco de ellos y estaba mirando a la pared. Hem no le veía la cara, pero adivinó que se estaba sintiendo tímida y dejada de lado. Se volvió para mirarlos, ya que Saliman había dejado de hablar, y Hem se sorprendió ante lo perturbado que estaba su rostro; por un momento pareció estar angustiada por la soledad—. No soy tu padre, Zelika, como una vez indicaste —dijo Saliman con dulzura, volviéndose hacia ella—. Apareciste bajo mi techo por el más puro de los accidentes. Pero desde que estás bajo mi cuidado, he sido responsable de ti. —Sonrió y se echó hacia delante, acariciándole la mejilla con la mano—. Y he llegado a quererte a ti también, Zelika. Eres baladhiana, e igual que todos los baladhianos eres testaruda hasta la médula; pero sincera y honesta, eso también lo he visto. La idea de

que te adentres en el peligro me gusta tan poco como si lo hace Hem.

Zelika parpadeó y después se quedó mirando al suelo. Durante un momento nadie habló.

—Pero ¿es esa razón suficiente para que no trabajemos con Hared? —concluyó Hem—. Es nuestro mundo el que el Sin Nombre está destruyendo. Nos encontramos en peligro tanto si lo ayudamos como si no.

—Sí, Hem. Eso ya lo he pensado. Y es una decisión dura, pero debo tomarla. Digo que Hared puede entrenaros para ser sus espías. Sé que es eso lo que desea que hagáis, y me preocupa; pero siento que no tengo derecho a evitar que ayudéis a la Luz. —Zelika pareció complacida y Saliman la miró con pesimismo—. Pero tengo una condición: solo podréis trabajar para él después de haber completado vuestro adiestramiento, si Hared considera que vuestras capacidades cumplen con creces los requisitos. Si fuese menos que eso, no contemplaría la posibilidad de que realizaseis ningún trabajo peligroso. Hared es muy exigente, os pedirá más de lo que sois conscientes en este momento.

—Yo seré una alumna brillante —dijo Zelika sin atisbo de modestia—. No tengo ninguna duda de ello.

Hem no sentía en absoluto la misma confianza, pero le dio las gracias a Saliman.

—Y ahora —continuó Saliman—, estoy aquí porque tengo que pensar acerca de una cosa y deseaba que no se me molestase. Dejadme acabar con lo que estaba haciendo y hablaré con Hared más tarde.

Hem le ofreció la mano a Irc, que se le subió con pereza al antebrazo, y siguieron a Zelika fuera de la sala. Hem veía, por sus airosos andares, que estaba muy satisfecha.

Hem no estaba contento en absoluto. Sentía una macabra satisfacción por el hecho de poder al fin ayudar a la Luz, pero no encontraba ningún placer en ello. Había visto los ojos de Saliman mientras les daba permiso, y estaban oscurecidos de dolor.



EL
HOMBRE ÁRBOL XV

Al día siguiente Hem sacó la armadura de Turbansk de su hatillo, donde había estado cuidadosamente guardada desde el tiempo pasado en el Pasadizo de los Reyes. Se quedó mirando el sol de un dorado mortecino que tenía pintado sobre el peto de cerámica, con una corrosiva tristeza que lo asalto de repente, al recordar que aquel equipo se había hecho para los hijos de Har-Ytan cuando tenían su edad. Entonces se dio cuenta de que nunca había conocido a los chicos; se preguntó qué tipo de personas serían. «Deben de ser pasionales y valientes», pensó, «si llevan la sangre de Har-Ytan en sus venas».

¿Y la Ernani? ¿Habría sobrevivido a la desesperanzadora batalla frente a las puertas de Turbansk? Hem consideró que era poco probable. Har-Ytan no contaba con ello. Después de todo, le había pasado el rubí del Ernani a su hijo. Había dicho que se alzaría y caería con su ciudad, y después había caminado con la cabeza alta hacia su muerte. Hem se estremeció; la gente del Suderain tenía algo, una inquebrantable pureza en su determinación, que le hacía sentirse pequeño. Lo veía más acentuado en Zelika, pero Saliman poseía la misma resolución, aunque estuviese modulada con más sutileza.

Pensativo, se ató la daga al cinturón y, mientras Irc se agarraba quejumbroso a su hombro, fue a encontrarse con Zelika, cuyos ojos brillaban de emoción contenida. Hared los estaba esperando allí. Repasó a los niños con la mirada con gran severidad y los llevó al exterior del palacio, atravesando la plaza hasta una parte de la ciudad que no habían visto hasta entonces: un enorme patio rodeado por edificios bajos de aspecto siniestro, al que tan solo se podía acceder a través de una puerta cerrada con llave. Allí el techo de piedra de la cueva descendía hasta quedarse a una distancia de poco más de un metro de sus cabezas. La sensación que daba era claustrofóbica y hostil de una manera en la que no lo era el resto de Nal-Ak-Burat.

El entrenamiento de Hared era tan duro como habían esperado los niños, pero todo lo que lo rodeaba difería de sus expectativas. Hem pensaba que se concentraría en esgrima y combate sin armas, y en aquella primera sesión Hared puso a prueba a Hem y Zelika. Les hizo emplear sus armas en lugar de sucedáneos de madera, tal y como Hem solía hacer en la Escuela de Turbansk, y los presionó duramente. Al final Zelika consiguió desarmar a Hared, y Hem se había resistido a que lo desarmasen,

aunque Hared señaló que en una ocasión había bajado la guardia lo suficiente para garantizarse la muerte si hubiera estado luchando de verdad. Aun así, el mentor se mostró satisfecho con su nivel técnico.

—Sois capaces de defenderos bastante bien —observó mientras dejaba la espada, respirando con dificultad—. Zelika, incluso me atrevería a decir que continuas con honra la tradición de tu gran Casa. Ser pequeña puede ser una ventaja, recuérdalo si es que acabas luchando para salvar tu vida contra alguien que te dobla en tamaño. Pero si eres lista, no tendrás que luchar en absoluto. El guerrero más astuto es el que nunca saca la espada. —Zelika no pudo ocultar el placer que le producían aquellas palabras, que suponían un bálsamo para su orgullo herido. Dichas por Hared eran una enorme alabanza—. Tú deberías trabajar más con Zelika —le comentó Hared a Hem—. Eres rápido, y no te da miedo pelear sucio. Pero creo que te falta práctica. Espero que los dos trabajéis juntos cada día, para asegurarnos de que os complementáis. Yo no puedo enseñaros nada más en tan poco tiempo. El resto es cuestión de suerte. —Hem asintió—. Ahora quiero que esperéis aquí. —Levantó la lámpara que había traído al patio, hizo una breve inclinación de cabeza a modo de despedida y salió por la puerta, cerrándola tras él.

Hared se marchó tan rápido que Hem y Zelika no tuvieron tiempo de preguntarle cuándo volvería. Se quedaron en la más absoluta oscuridad, en la extraña plaza y el silencio que se imponía en aquella ciudad subterránea —sin estar diluido como si ocurría en el palacio, entre los ruidos de la actividad humana a su alrededor— se abrió a su alrededor.

Hem invocó una luz mágica y los dos niños se quedaron mirándose el uno al otro bajo su tenue brillo.

—¡Nos ha dejado encerrados! —exclamó Zelika con indignación.

—Sí —respondió Hem. Una parte de él deseaba echarse a reír; «debería», pensó, «haber esperado algo así y haber venido preparado»—. Supongo que es una prueba. Tengo sed. ¿Has traído algo de beber?

—Yo tampoco. —La niña negó con la cabeza—. Ni nada para comer. Tal vez haya algún riachuelo por aquí. ¿Oyes algo? —Escucharon con atención, pero no había agua corriente allí cerca—. ¡Cómo se atreve a dejarnos encerrados! —dijo, con los ojos centelleantes—. ¡Ese hijo de perra sarnosa! —lo llamó una serie de cosas más, menos elogiosas, antes de sumirse en un siniestro silencio.

—Por supuesto que se atreve —replicó Hem—. No nos pondrá en ningún peligro real, no creo que...

—Hmmpff. —Zelika se puso en cuclillas—. Bueno, ha dicho que esperemos. Tal vez esa sea la prueba, ver la paciencia que tenemos.

Hared podría volver en cualquier momento. Podría dejarlos allí durante horas. ¿Días? Seguro que no, sabría que necesitaban agua. Hem tragó saliva, ya notaba lo seca que tenía la garganta, y apartó de su mente los pensamientos relacionados con beber. Observó los edificios que rodeaban el patio. Le producían una sensación

inquietante; la mayoría tenía un hueco vacío en la entrada que bostezaba como una boca negra bajo la pálida luz mágica.

—¿Te has fijado en cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Hem.

—La verdad es que no —respondió Zelika—. Tan solo seguía a Hared, así que no miré mucho. —Se encorvó con tristeza—. Y hoy le toca cocinar a Soron. Espero que no nos deje aquí mucho tiempo, no quiero perderme la cena.

—Tal vez quiera que nos escapemos de aquí.

—Tal vez quiera que obedezcamos sus órdenes.

Hem valoró las posibilidades.

—Creo que debemos esperar, al menos para empezar. Si después de un tiempo Hared no ha vuelto, deberíamos intentar salir de aquí. ¿Te apetece ir a echar un vistazo?

Zelika aceptó, no parecía que hubiera nada más que hacer en aquel momento. Taciturnos —la sed comenzaba a fastidiarlos— recorrieron con la mirada las puertas vacías que los rodeaban, sin sentir ni una pizca de la curiosidad que los había empujado a explorar una parte tan grande de Nal-Ak-Burat. Quizás hubiese un camino de salida, pero quedaba muy claro que, si existía, no salía del patio. El techo rocoso descendía hasta encontrarse con las paredes de los edificios, encerrándolos eficazmente en una gran caverna. La puerta estaba cerrada. Hem intentó abrirla con unos cuantos conjuros, sin mucha esperanza; estaba seguro de que en aquel lugar la magia no respondía a nada de lo que dijese y, en cualquier caso, Hared no los encerraría si un sencillo encantamiento de apertura fuese suficiente para liberarlos. Tenía razón, por supuesto.

Después miraron sin entusiasmo por los huecos de puerta vacíos. Asomaban a unas habitaciones vacías y diminutas que daban la sensación de ser tumbas. En las esquinas de algunas brillaban unos extraños hongos luminosos que Hem no había visto en ningún otro lugar de Nal-Ak-Burat; tenían el desconcertante aspecto de unas manos pálidas que surgían de la piedra, y los insectos se escabullían bajo ellos para apartarse de la luz. Todas las paredes estaban cubiertas por pinturas que representaban a siniestros medio-hombres con cabeza de pájaro o rana, o patas de lagarto o cabra. Parecían devolverles la mirada con unos ojos vacíos y firmes que hacían que a Hem se le pusiese de punta el vello de la nuca.

—Bueno, pues estamos atrapados —anunció Zelika. Le llamó unas cuantas cosas más a Hared y se mordió el labio—. Será mejor que vuelva pronto.

Los niños se quitaron las armaduras —aunque no pesaban, eran incómodas— y se sentaron sobre el suelo de piedra. Se tomaron un tiempo para encontrar el mejor lugar, que no estuviese demasiado cerca de las puertas, pero tampoco demasiado lejos. Aunque ninguno de los dos lo dijo en voz alta, tenían la incómoda sensación de que alguno de los hombres-pájaro podría salir volando por una puerta cuando no estuvieran mirando. Fijaron la mirada en la puerta por la que había desaparecido Hared. ¿Seguro que no iba a volver pronto? No podía dejarlos allí toda la noche,

¿verdad?

La piedra estaba muy fría y dura, y cuanto más tiempo pasaban allí sentados, más fría y más dura se volvía. Los labios comenzaron a arderles de sed e Irc, que se había acomodado desconsolado en el suelo cerca de ellos, comenzó a molestar a Hem pidiéndole comida, picoteándole las sandalias malhumorado.

Esperaron mucho tiempo. Cuánto era algo imposible de saber; en aquel aire que nunca cambiaba, cada momento parecía estirarse sin fin. Aparte de su propia respiración y ocasionales movimientos intranquilos, el silencio era tan absoluto que Hem podía escuchar cómo le corría la sangre por las orejas. Lo único que era capaz de pensar era que tenía sed. Al final se levantó.

—Hared nos ha engañado bien —dijo en tono amenazador—. Pero no me voy a quedar aquí sentado como un bebé esperando a que nos deje salir. Este lugar me pone la piel de gallina. Tiene que haber una manera de salir de aquí.

—Vamos a dar otra vuelta —se le ocurrió a Zelika—. De todas maneras será mejor que quedarnos aquí sentados. Se me está durmiendo todo.

Los niños se pusieron en pie con brío y se sacudieron los miembros para hacer que les circulase la sangre, y después comenzaron una meticulosa exploración de la extraña caverna. Aquello era, tal y como había dicho Zelika, mejor que no hacer nada; pero a medida que avanzaban Hem pensó que tan solo era ligeramente mejor. Cuanto más recorrían aquel lugar, menos le gustaba.

Había más o menos una docena de puertas alrededor de la plaza en la que se habían estado entrenando. Comenzaron por la que estaba más cerca de la puerta principal, y fueron desplazándose metódicamente hacia la izquierda. Esta vez entraron en las salas a las que antes tan solo les habían echado un vistazo, examinando de cerca las paredes en busca de cualquier señal de una salida.

Ninguno de los dos era capaz de deshacerse de la creciente sensación de estar siendo observados, aunque no lo mencionaron. Hem pensó que eran los ojos de las criaturas pintadas en las paredes; parecían observarlos fijamente, como si fuesen ojos vivos, aunque cuando los miraba de cerca no eran más que pinturas, descoloridas y húmedas a las que incluso les faltaban trozos.

Se abrieron paso hasta la sala que estaba al otro lado de la puerta principal sin encontrar nada interesante. Aquella cámara era la más grande y en el centro tenía una losa, parecida a una mesa, cubierta por complicadas tallas en relieve que representaban runas y diminutas figuras humanas. Hem y Zelika se detuvieron involuntariamente ante el umbral, y sin ser conscientes de ello se buscaron las manos y se agarraron.

Allí la sensación de ser observados era aplastante, parecía emanar de la misma piedra, como si algo se hubiese puesto alerta y ahora centrase toda su atención en ellos. Hem tragó saliva y envió la luz mágica hacia la cámara que tenían delante. Su luz plateada se derramó suavemente sobre las paredes. Allí no había nada: tan solo polvo antiguo, los hongos blancos en las esquinas de la sala, las pinturas a punto de

desmoronarse.

Los niños entraron despacio, preparados para darse la vuelta y salir corriendo. El silencio y la calma resultaban desquiciantes; sus pasos resonaban demasiado alto. Incluso el latir de sus corazones parecía amplificado. En la parte más alejada de ellos vieron un enorme mural de un medio-hombre, medio-árbol, igual que el que habían visto unos días antes en el gran salón y en algún otro lugar de la ciudad.

—Es otra vez el hombre-árbol —susurró Zelika.

Hem asintió, tragando saliva con fuerza. La figura ocupaba toda la pared y, a diferencia de otras pinturas, no estaba rodeada por runas u otros dibujos. Se alzaba allí sola, con los brazos extendidos, el rostro carente de expresión y unos ojos pintados de negro que parecían mirarlos fijamente.

—Echaremos un vistazo rápido —dijo Hem, esforzándose por apartar la mirada del hombre-árbol. Zelika asintió y se apresuraron a inspeccionar las paredes, tal y como habían hecho en las salas más pequeñas. Descubrieron de inmediato que no querían darle la espalda a la figura del mural. Acordaron tácitamente que Hem vigilaría mientras Zelika revisaba las paredes. Irc no había querido venir con Hem, pero tampoco quería quedarse solo fuera, y se colgó del hombro del chico con los ojos escondidos entre su pelo. Se mantuvieron todo lo apartados que pudieron de la mesa de piedra; estaba hecha con un mármol blanco y lleno de vetas, y en ella había una mancha de un color rojo aguinaldo, que parecía sangre antigua y tenía un aspecto siniestro.

Ansiosa por salir de la sala, Zelika le hacía a las paredes poco más que un examen rutinario. Hem tenía que volverse de vez en cuando para trasladarle la luz mágica. La tercera vez, cuando volvió a darse la vuelta para mirar al hombre-árbol, pegó un respingo. ¿No tenía los brazos más elevados de lo que parecían un momento antes? No, tenían que ser sus nervios.

Se preparó para continuar observándolo, estudió su posición mientras intentaba acallar una vocecilla presa del pánico que le insistía en que saliese de la cámara. La siguiente vez que apartó la vista de la pintura estuvo casi seguro de que se había movido. Ahora tenía los brazos casi al mismo nivel que los hombros.

—Zelika... —dijo, con la mirada fija en el mural.

—¿Sí?

—Vámonos de aquí.

—Un momento. ¿No te parece que allí hay algo, allá arriba? ¿Puedes acercar la luz? Tal vez sea eso lo que Hared quería que encontrásemos. Parece un túnel.

A Hem le dio la impresión de que Zelika hablaba desde debajo del agua; su voz se oía amortiguada, y tenía los oídos invadidos por una especie de rugido. Ahora tenía la mirada fija en el hombre-árbol como si fuese un conejo paralizado por una serpiente; ya no era consciente de la existencia del resto de la sala. A cada momento la figura parecía más y más real, y cada vez menos una pintura.

El hombre-árbol parpadeó, bajó los brazos colocándolos a sus costados y salió de

la pared.

Hem sintió que un grito le subía por la garganta pero, como si estuviese dentro de una de sus pesadillas, descubrió que no era capaz de moverse ni hablar. La figura se acercó a él en silencio, con los ojos fijos en los suyos. Hem nunca había sentido un terror tan absoluto como en aquel momento, pero no era exactamente miedo a ser herido o muerto. Era más bien una especie de impresión: el tipo de sensación que se tiene al estar al borde de un precipicio inmenso, a punto de caer. El hombre-árbol era más del doble de alto que Hem, y tenía los ojos amarillos como los de un búho, sin blanco alrededor del iris y partidos por una pupila vertical. Las ramas, cargadas de hojas oscuras y estrechas, le salían de la cabeza como una cornamenta y unas ramas frondosas y más pequeñas le brotaban de los tendones de los brazos y de los hombros. Tenía el rostro blanco, tan blanco como los pétalos de una magnolia igual de carente de expresión.

Cuando llegó a la mesa de piedra, que se alzaba entre ellos, el hombre-árbol se detuvo. Después, para asombro de Hem, comenzó a hablarle; empleaba una variante del Habla que Hem tan solo era capaz de entender. No estaba seguro de si el hombre-árbol hablaba en voz alta; su voz le resonaba dentro del cráneo, baja, profunda y melódica.

Muchacho de la canción, dijo. Por fin, surgido de tiempos remotos, habéis venido. Os he esperado durante mucho tiempo.

Aquello era lo último que Hem se había esperado y se le quedó la boca abierta de asombro. Unos instantes después se dio cuenta de que parecía un papamoscas y la cerró de golpe. El hombre-árbol se alzaba ante él completamente inmóvil, como si estuviese esperando a que Hem respondiese. Hem tenía dificultades para ordenar sus pensamientos, que daban vueltas por su cabeza como pájaros presa del pánico.

¿Yo?, preguntó. Creo... creo que hay un error.

El hombre-árbol no cambió de expresión, pero a Hem le pareció que una risa fría le iluminaba los ojos amarillos.

No es posible contradecir la palabra de la tierra, muchacho de la canción. No hay ningún error. No sois más que una hoja de primavera en las edades del mundo, y hay muchas sabidurías que los que son como vos —los que mueren como una ola en el lago, como un rayo de sol en una montaña— nunca comprenderán. El saber es algo seguro. Se os había profetizado.

Hem parpadeó. *Te refieres a mi hermana, creo, dijo por fin. No a mí. Yo no soy el importante. Mi hermana es a Quien el Destino ha elegido. Es a ella a quien te refieres. Ya se produjo un error antes, cuando yo era un bebé...* De repente fue consciente de que estaba balbuceando y se quedó en silencio.

Sí, una hermana y un hermano. Surgidos de tiempos remotos. Hem no sabía qué responder a aquello y se humedeció los labios. Tenía la boca tan seca que apenas podía tragar. *Surgidos de tiempos remotos,* repitió en voz baja el hombre-árbol. *Para desencadenar a la Canción.*

¿El Canto del Árbol?, preguntó Hem con inseguridad. *Pero eso es lo que está buscando Maerad...*

Uno para el canto y uno para la música. Escuchadme bien, Muchacho de la Canción. Escuchadme con los músculos del corazón, con la médula de los huesos, con la savia de la mente. El hombre-árbol se inclinó hacia delante: desde el punto de vista de Hem parecía como si toda la parte superior de su cuerpo se estirase de manera imposible sobre la mesa de piedra, atravesando toda la distancia de la cámara, de modo que ahora le hablaba al oído. *Escuchad y recordad.*

El hombre-árbol echó el aliento dentro de la oreja de Hem; y el mundo cambió.

Después, intentando encontrarle sentido a lo que había ocurrido, Hem pensó que era como si de repente lo hubiesen arrojado dentro de un océano de música, y fuese un pez hecho de luz mecido por corrientes de sonido puro. O era como si de repente ya no estuviese hecho de carne, como si sus músculos, sus huesos y sus órganos estuviesen tejidos de melodía, una armonía que contenía toda la disonancia, temblando en el límite del silencio. Era insoportable, una belleza tan extrema que abarcarla iba más allá de su capacidad humana, pero deseaba que no se acabase nunca; y sentía que nunca acabaría, que el único momento del aliento del hombre-árbol lo había dejado atrapado en la eternidad, que su cuerpo latía a un tiempo con la lenta música de las estrellas, y tras las estrellas, una oscuridad pura, infinita, el origen y final de toda la belleza y la vida.

La siguiente cosa de la que fue consciente fue que sentía un agudo dolor en la oreja izquierda, y de que alguien le sacudía el hombro mientras repetía su nombre. Intentó deshacerse de lo que fuese que le lastimaba la oreja y su mano tocó plumas: Irc. Por alguna razón estaba tumbado en el suelo. La oscuridad era total, así que encendió una luz mágica y se incorporó.

Zelika estaba sentada a su lado, con el rostro tenso ante la luz pálida.

—¿Estás bien? —preguntó—. Creía que... —Meneó la cabeza, como si estuviese intentando aclarársela—. ¿Es que te has desmayado? Te caíste, la luz mágica desapareció y todo se quedó a oscuras.

—¿No has visto al hombre-árbol? —replicó Hem mirándola con curiosidad.

—¿Qué? ¿El que está en la pared?

—Me ha hablado.

—¿Te ha hablado?

Hem se dio cuenta de que Zelika pensaba que estaba delirando. En cualquier caso, tampoco estaba seguro de si le apetecía ponerse a hablar de lo que le acababa de ocurrir.

—No importa. Ha pasado algo y ya está. Tal vez me lo haya imaginado. —Recorrió la sala con la mirada; la sensación de que había una presencia que los observaba se había desvanecido por completo. Ahora no era más que una sala vacía—. ¿Has encontrado algo?

—No.

En aquel momento oyeron que Hared los llamaba desde el exterior. Zelika miró a Hem a los ojos.

—Ha vuelto —dijo—. Ese zorro. Bueno, supongo que no podemos estrangularlo ni quejarnos, o no pasaremos la prueba.

Hem se echó a reír y se puso en pie. Le fallaban las rodillas, pero por lo demás no sentía ningún efecto negativo. Casi creía haber sido víctima de algún tipo de alucinación; recordó cómo los niños que tenían fiebre en el orfanato veían todo tipo de visiones terribles. Pero algo le decía que no era aquello. Salieron al patio, donde Hared los estaba esperando con una botella de cuero llena de agua.

Después de aquel día, Hem y Zelika no necesitaron que se les dijese que tenían que venir preparados para lo que fuese. Siempre traían un frasco de agua cada uno y, como mínimo, un buen trozo de torta de pan y algunas frutas pasas. Hem también preguntó si Irc podía entrenarse, ya que, argumentó, Irc sería una valiosa ayuda; para su sorpresa, tras una objeción inicial, Hared aceptó. Irc se portaba extrañamente bien cuando acompañaba a los niños, lo cual dejaba clara la autoridad de Hared.

Cada día terminaban exhaustos, no necesariamente por haber practicado actividades que castigasen el físico, sino porque Hared no exigía nada menos que su atención total y absoluta, todo el tiempo. Nunca sabían qué esperarse, ni qué se esperaba de ellos. En varias ocasiones se pasaron todo el día jugando a juegos de memoria. Hared colocaba una cierta cantidad de objetos encima de una mesa, les permitía estudiarlos durante un breve período de tiempo, y después los cubría con un trapo. Entonces los niños tenían que hacer una lista de todos los objetos que habían visto, en el orden en el que los había colocado sobre la mesa, de izquierda a derecha. Hared no les permitía marcharse hasta que el recuento era absolutamente exacto más de tres veces por cada fila; y naturalmente, cuanto más cansados estaban, peores eran sus resultados, pero su profesor tenía piedad.

Otro día los llevó a una sala en las profundidades del palacio, cerró la puerta y apagó la lámpara, de modo que se quedaron en la más completa oscuridad. Aquel era otro juego, más siniestro, al que Hared llamaba «la persecución de sombras». El objetivo era arrastrarse con gran sigilo por detrás de alguien sin que te percibiese. A Hem no se le permitía utilizar su oído Bárdico: se trataba de ser lo más silencioso posible, al mismo tiempo que de abrir los sentidos físicos propios hasta su sensibilidad máxima. Si uno de ellos conseguía colocarle las manos alrededor del cuello a otro, ganaba.

Hem descubrió que la persecución de sombras era algo sorprendentemente enervante. Se quedaba quieto en la oscuridad, rígido, vigilante, escuchando una suave respiración por aquí, percibiendo una corriente de aire por allá, atrapando tal vez el tufillo del sudor de Hared o el olor almizclado de Zelika. No se había dado cuenta de que sabía a qué olían hasta que jugaron a aquel juego. Aprendió a permanecer

absolutamente quieto, a controlar su respiración para hacer que no emitiese ni el más mínimo ruido, a dar pasos lentos y seguros en la oscuridad, empleando todos los músculos de los pies para sentir el suelo, a minimizar el movimiento del aire a su alrededor. Se arrastraba por la oscuridad durante un tiempo que le parecía eterno, seguro de que había identificado un cuerpo a más o menos un paso de distancia, para acabar descubriendo que se había imaginado su presencia. Y cuando, tal y como ocurría con mayor frecuencia, Hared le rodeaba el cuello con sus manos frías, a Hem se le salía el corazón del pecho de terror.

La primera vez que había conseguido atrapar a Hared observó que el Bardo se sentía adustamente complacido. Después de aquella vez, comenzó a parecerle cada vez más fácil; se dio cuenta de que tenía una sensación intuitiva que le advertía de las presencias corpóreas, que podía agudizar hasta convertirla en un sentido casi tan bueno como la vista. Era mucho mejor que Zelika en aquel juego y una vez, después de que Hem la atrapase tres veces seguidas, ella lo acusó de hacer trampas. Hem se sintió ofendido, y tan solo la dura reprimenda de Hared evitó que llegasen a las manos.

También habla lecciones que Hem tomaba solo, que para él eran las más divertidas de todas, sobre todo porque se veía libre de la implacable competitividad de Zelika. En aquellas sesiones Hared le enseñó los encantamientos más importantes para ocultarse y disfrazarse: el velo de luz, que desvía la mirada de quien te observa; el arte de crear laberintos de sombras, que confundían caminos y los hacía difíciles de seguir; varios tipos de escudos mágicos, para ocultar de los Glumas el brillo revelador de la magia Bárdica y la capacidad de crear apariencias propias, la creación de copias de uno mismo que se podían emplear para engañar al enemigo. Hem era rápido y hábil en aquellos conjuros, incluso sorprendió a Hared cuando demostró el difícil conjuro para disfrazarse que Saliman le había enseñado hacía mucho tiempo, en Turbansk; aquella fue la única vez que Hem vio a Hared realmente impresionado.

Lo que en realidad estaba esperando Hem era tener la oportunidad de subir a tierra. Comenzaba a añorar intensamente la luz del sol y el viento; por las noches, antes de irse a dormir, intentaba recordar cómo era caminar bajo el cielo abierto. Le parecía que habían pasado años desde la vez que había visto estrellas. Hared continuaba entrenándolos en la ciudad subterránea, sin hablar en ningún momento de salir. Trabajaban durante largas y monótonas horas, repitiendo una y otra vez los mismos ejercicios hasta que comenzaban a pensar que no tenían sentido. Al recordar la condición impuesta por Saliman, que si el informe de Hared era menos que excelente no trabajarían para él, contenían todas las quejas. Irc estaba aún más aburrido que los niños, pero continuaba con su poco habitual buen comportamiento, aunque aquello requería de muchos sobornos por parte de Hem. Todos estaban ya hartos de la oscuridad.

Durante varios días, Hem no hablo con nadie del hombre-árbol. En parte era porque el entrenamiento les ocupaba la mayor parte del tiempo: Hared tenía toda su atención volcada en los niños. Estaba claro que pensaba que el trabajo que hacían era importante, tan importante como sus otras muchas tareas, pues Hared estaba ocupado y los Bardos de Nal-Ak-Burat siempre estaban marchándose y volviendo a aparecer. También, mientras pasaban los días y el recuerdo de su encuentro con el hombre-árbol se había visto atenuado por sus actividades diarias, Hem estaba menos seguro de no haber sufrido una especie de ataque y, dominado por la extraña atmosfera que había en la caverna, haberse imaginado todo el incidente. En cualquier caso, no estaba seguro de cómo describir la experiencia con palabras. Una buena parte de ella, en especial cuando el hombre-árbol le había echado el aliento en la oreja, se escapaba a su lenguaje. A veces se despertaba atormentado por un vacío, producido por sueños en los que volvía a estar en el corazón de aquella música, arrojado a la infinita e intolerable belleza armónica, pero tampoco tenía palabras para aquello.

No intento hablarle de ello a Zelika, que se había limitado a dar por hecho que Hem se había desmayado y que estaba delirando cuando ella se acercó. Hem tenía demasiado miedo de que se riese de él. La única persona en la que confiaba suficiente como para hablar con ella era Saliman, y resultaba difícil encontrar un momento para estar a solas con él sin que a Zelika le entrase la curiosidad. Pero no paraba de darle vueltas al asunto del hombre-árbol; ahora se daba cuenta de que había pinturas de él por todo Nal-Ak-Burat. Cuando tenía la oportunidad las examinaba con curiosidad. ¿Quién sería? ¿Cómo se llamaría? ¿Sería algún tipo de ser Elemental, un Elidhu? ¿Lo habría adorado la gente de Nal-Ak-Burat, tal y como Zelika le había contado que algunos pueblos del sur adoraban a la Luz?

Maerad le había contado que ellos tenían sangre Elemental; le había dicho que ella misma había hablado con Ardina, una Elidhu del bosque, aunque la descripción que Maerad le habla hecho de aquella Elidhu no le sonaba nada parecida a la criatura que habla visto. Nelac parecía pensar que el Canto del Árbol, la razón por la que Maerad había viajado al norte con Cadvan, tenía algo que ver con los Elidhu. Resultaba difícil no pensar que el Canto del Árbol pudiese tener algo que ver con el hombre-árbol. Después de todo, Saliman había dicho que Hem tenía algún papel en la aventura de Maerad; aquella era la razón por la que había dejado que se quedase en Turbansk durante el asedio, en lugar de enviarlo lejos con los demás estudiantes. ¿Sería aquello a lo que se refería Saliman? *Uno para el canto y uno para la música.* Pero entonces Hem se volvió a preguntar si no se lo habría imaginado todo; parecía un sueño.

La oportunidad de Hem llegó el día que Hared les concedió a los niños uno de los poco frecuentes días libres. Nimikera le había pedido a Zelika ayuda con los niños pequeños, ya que volvía a encontrarse mal a causa de su herida. Zelika había

desaparecido en el cuarto de los niños y Hem se había puesto a ayudar a Saliman a preparar las hierbas para tratar las fiebres de Nimikera. Esta le había dirigido a Hem una mirada de sorpresa al verlo entrar en su alcoba con Saliman, pero no objetó nada a su presencia. Se retiró la túnica del pecho, y Hem y Saliman (acompañados por unos cuantos píos interesados por parte de Irc) le habían examinado la herida, muy serios: era una cuchillada roja que le descendía desde la garganta hasta casi llegarle al estómago. Pese a que tenía un aspecto desagradable, Hem vio en seguida que era una herida superficial, que no había tocado ningún órgano vital de milagro. Sobre el estómago tenía otra cicatriz, una línea blanca, curada hacía tiempo, y Hem se preguntó acerca de la historia de Nimikera.

—Da la impresión de que el cuchillo estuviese envenenado —le dijo—. Tuvimos muchas heridas así en Turbansk. Los bordes de la herida se enconan y produce fiebre; pero me parece que debe de ser un veneno lento; si no ya estarías muerta.

—Viene y se va —le explico Nimikera—. Maldita sea; cada vez que me parece que me estoy recuperando, vuelvo a caer en cama. Me la hicieron hace cerca de tres meses, y todavía no está curada.

—¿No tienes secuelas negativas de la herida anterior? —preguntó Hem. Se había vuelto a meter con facilidad en el papel de curandero; en él se sentía como en casa, seguro de dónde colocar las manos, de cómo hablar, de lo que le decía su instinto. Nimikera volvió a mirarlo con curiosidad: Hem todavía era un niño, y según los baremos de la larga vida de los Bardos se le consideraba muy joven. Aun así hablaba como un sabio, un igual a Saliman.

—Me dieron por muerta tras el saqueo de Jerr-Niken —le contó—. Así que esto podría considerarse la secuela tanto del saqueo como de la herida que me hicieron con la espada.

—¿Me refería a ahora —dijo Hem con delicadeza, mirándola a los ojos. «Jerr-Niken?», pensó, recordando que, igual que Pellinor, la Oscuridad había arrasado aquella Escuela y masacrado a sus Bardos unos años atrás. Sin duda aquello explicaba la seriedad de Nimikera—. A veces este tipo de heridas puede reavivar otras anteriores. —Se produjo una breve pausa.

—No. No tengo secuelas.

—Creo que tienes la sangre infectada. —Se volvió a Saliman con expresión inquisidora—. ¿Tú qué opinas, Saliman? Si viene y se va, no es un simple veneno.

—Sí, a mí también me parece que es eso. Para purificarla por completo necesitaremos algo de magia. Hem, yo puedo encargarme de esa parte, tú pareces cansado.

Hem asintió: estaba cansado. Dejó la diminuta alcoba y volvió al comedor, que estaba vacío. Mientras esperaba a Saliman preparó un poco de té a la menta y se lo fue bebiendo alicaído, pensando en Oslar. Aquella era la primera vez que le pedían a Hem que realizase una curación desde que habían partido de Turbansk; lo que le hacía reflexionar sobre el entrenamiento que hacía con Hared. Era difícil imaginarse a

nadie más diferente a Oslar que Hared. Mientras Oslar emanaba el tipo de dulzura que procede de una gran fuerza, Hared no tenía ni una pizca de delicadeza. «Pero al mismo tiempo», pensó Hem, «Hared no es débil». Los últimos días de entrenamiento le habían hecho respetar la dureza de Hared, que se aplicaba con generosidad a sí mismo igual que a los demás. Tal vez fuese una especie de ceguera. Por primera vez desde que había decidido trabajar para Hared se preguntó si estaría haciendo lo correcto.

Saliman entró, interrumpiendo los pensamientos de Hem. Tenía el rostro grisáceo de agotamiento.

—Querría tomar un poco de eso —pidió, señalando el té a la menta. Hem sirvió una tacita y se la tendió mientras Saliman se sentaba con un suspiro—. Está dormida —añadió—. Pero ha sido difícil. Tenías razón, Hem, no es un veneno común. Es por eso por lo que las curaciones no le han funcionado antes. Aquí no hay ningún curandero de verdad; es lo único que les falta.

—Irisanu no lo hace mal —comentó Hem.

—Sí, pero es curandera de la misma manera que muchos otros Bardos; no es su don particular. Hay cosas que no puede hacer.

Permanecieron sentados, sumidos en un silencio acompañado, durante un tiempo, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. Entonces Hem salió de su ensimismamiento.

—Saliman, el primer día del entrenamiento ocurrió una cosa —comenzó.

—¿Hmmm? —Saliman levantó la vista—. Te quería preguntar qué te parecen las enseñanzas de Hared. Parece muy complacido con vuestros progresos, aunque no lo diga.

—Bueno, en realidad esto no tuvo nada que ver con el entrenamiento. Vaya, tampoco estoy completamente seguro de que ocurriese. Tal vez tuviese algún tipo de... no sé, algún tipo de ataque... —Hem dudó y después comenzó a contarle lo que había ocurrido en la caverna. Cuando mencionó al hombre-árbol, Saliman se incorporó y comenzó a prestar atención de verdad... y entonces se inclinó sobre mí y me echó el aliento. En la oreja. Había una música... —Hem se detuvo y Saliman esperó paciente a que encontrase las palabras—. No sé cómo describirla. Era como si yo formase parte de la música, y al mismo tiempo yo era la música. Era tan bella que no podía soportarla, pero tampoco quería que parase. Era como si fuese... todo. Como si todo el cielo, todas las estrellas, toda la tierra, las piedras, árboles y ríos fuesen música. Y me ocurrió algo, Saliman, no sé el qué, pero la música me cambió. Entró en mi interior y ahora soy diferente, es como si formase parte de mí. Ahora la música siempre está conmigo, no solo cuando sueño con ella. Igual que el veneno que Nimikera tiene en la sangre, pero no hace daño.

Se produjo un silencio entre ellos durante el que Saliman terminó su té, pensativo.

—Estoy bastante seguro de que no fue un ataque —comenzó a decir hablando despacio—. No comprendo lo que ocurrió, Hem. No puedo ni intentarlo. Creo que

tienes razón en que fue un Elidhu quien te habló. Hubo un tiempo en el que los Elementales tuvieron gran presencia en el Suderain, Me pregunto qué Elidhu sería. — Meditó durante un rato mientras Hem observaba su rostro. «Saliman», pensó de repente, «es un hombre muy bello. ¿Por qué nunca se me había ocurrido pensar esto? Tiene una luz en su interior, incluso cuando está triste y melancólico; es como una melodía festiva que siempre está presente, que brilla más luminosa y conmovedora cuanto más oscuros son los acordes que la rodean. A veces es risa, porque adora hacer reír a la gente, pero eso es solo su indumentaria exterior. La gente brilla cuando está con él. Yo brillo». Se sacudió. No estaba acostumbrado a pensar cosas así—. ¿Y el hombre-árbol dijo «un hermano y una hermana»? —preguntó por fin Saliman—. Bueno, Hem, mi Saber me dijo que tú tenías un papel que desempeñar en esta historia. El saber de un Bardo es complicado; no siempre se presenta con palabras, y a veces parece ir contra el sentido común. Parece ser que la Oscuridad no iba tan desencaminada como pensábamos cuando te raptó. Sí, fueron arrogantes e ignorantes al desestimar a Maerad; pero parece ser que este enigma tiene dos mitades. —Le dirigió a Hem una mirada penetrante y se observó las manos—. No puedo estar seguro, pero creo que ese Elemental es un ser llamado Nyanar. Aparece mencionado en las crónicas y está relacionado con esta zona; pero igual que la mayoría de los Elidhu, se retiró durante el Gran Silencio y no se ha informado de la presencia de los suyos en varios cientos de años. Hoy en día se ha perdido mucho y es imposible comprenderlo.

—¿Así que estaba de nuestro lado? —quiso saber Hem.

—Los Elidhu no están de ningún lado, Hem. Nuestros asuntos no tienen sentido para ellos, ni para nosotros los suyos: excepto, tal vez, en la cuestión del Canto del Árbol. Ojalá supiese lo que significa. Debes recordar que los Elementales están más allá de nuestro Saber y nuestros mandatos, y son peligrosos como lo es el fuego. Aunque parece ser que te necesitan; y eso es interesante. Existe un viejo rencor contra el Sin Nombre. Muchos Bardos tienen a los Elidhu como aliados de Sharma, y por eso se les teme y se desconfía de ellos. Sin duda es cierto que algunos cayeron bajo su dominio: el Landrost, del que hablaba Maerad, es uno de ellos. Yo estoy entre los que nunca han creído que todos fuesen sus esclavos. —Hem asintió lentamente. Lo que estaba contando Saliman le hacía sentirse crispado—. Si el Canto del Árbol se ha de tocar, necesitará una música, ¿no? —añadió Saliman, levantando la vista y sonriendo—. No te pongas tan melancólico, Hem. Maerad y tú tenéis que recorrer caminos oscuros, pero hoy en día pocos pueden evitar tales senderos. Parece ser que no estáis solos en vuestra lucha contra la oscuridad. En ello yace una gran esperanza.

—Sí, pero ¿esperanza en qué? —preguntó Hem.

—En que la oscuridad actual tenga un fin —respondió Saliman—. En que una parte de la Luz sobreviva a nuestros tiempos, aunque no sea más que una diminuta semilla alojada en una profundísima grieta. A veces, Hem, la esperanza es algo muy pequeño. —Los dos volvieron a quedarse en silencio. Entonces Saliman se echó a

reír.

—¿Te acuerdas de esto? —dijo y, para sorpresa de Hem, comenzó a entonar un canto:

*Uno es el cantante, que del sol se oculta;
dos es el buscador que huye de las sombras;
tres es el viaje, que transcurre en peligro;
cuatro los enigmas, el Canto del Árbol responde...*

Contra su voluntad, Hem sonrió: no había escuchado aquella canción desde que tenía unos seis años.

—No es más que una vieja cancioncilla —replicó—. La cantábamos para jugar.

—Muchos saberes olvidados se conservan en esas antiguas cancioncillas. Me pregunto cuál de ellos serás tú. ¿El cantante o el buscador? ¿El buscador, quizá?

—Yo no estoy buscando nada —replicó Hem—. En cambio Maerad sí lo está, está buscando el Canto del Árbol.

—Cierto, aunque uno puede buscar sin saber que lo está haciendo. Bueno, me alegro de que me hayas contado esto, Hem. Me da esperanza. Aunque tienes razón: no estoy muy seguro de en qué tener esperanza. —Hem recordó el lado salvaje del Elidhu, sus inhumanos ojos partidos en dos. Resultaba difícil creer que una criatura así pudiese querer las mismas cosas que él. Aunque cualquier esperanza era mejor que nada—. Hem, antes de que me olvide —dijo de repente, buscando entre sus ropas—. Hay una cosa que te tengo que dar. —Sacó una carta sellada.

—¿Una carta? —Hem se quedó mirándolo con incredulidad—. ¿Para mí?

—La trajo un mensajero Pilanel esta mañana —le contó—. Viene del norte, de la tierra de los Pilanel. Tienen una red muy eficiente que se extiende por todo el Suderain, y la resistencia se mantiene en contacto con ellos tanto como puede; son leales aliados. —Hem todavía miraba fijamente la carta, con la boca abierta—. Venga —apremió Saliman—. Ábrela. Tiene una marca de máxima urgencia. —Señaló una extraña runa, dibujada en tinta roja, que estaba al lado del sello.

Con manos temblorosas, Hem rompió el sello y la desdobló.

—Es de Maerad —dijo.

—¿Puedes leerla tú, Hem? —le preguntó Saliman—. ¿O quieres que te la lea yo?

—No, puedo hacerlo yo mismo. —Miró las letras, que ahora parecían tener algún sentido para él y comenzó, lentamente, a leerla en voz alta, encallándose en las palabras más difíciles:

«Mi querido hermano. Te escribo esta carta desde Murask, un asentamiento Pilanel el en Zmarkan. Espero que te halles bien, y que Saliman (¡saludos, Saliman!) te haya enseñado suficiente escritura para poder leer

esto tú solo. Estoy cargada de malas noticias: Cadvan, nuestro estimado amigo, pereció en el paso de Gwalhain durante nuestro viaje hasta aquí, junto con Darsor e Imi. No hay palabras que puedan expresar mi tristeza».

Saliman contuvo un grito y se cubrió la cara con las manos.

—Lo... lo siento —tartamudeó Hem levantando la vista.

Saliman permaneció sin decir nada durante un largo espacio de tiempo, y Hem lo observaba incómodo, con ganas de consolarlo y sin saber cómo.

—Ay, Hem. —Por fin Saliman alzó la vista, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Una pérdida tras otra. ¿Es que este dolor no tendrá final? ¡Cadvan! ¡Mi amigo! Primero Dernhil y ahora Cadvan. ¿Es que solo quedo yo? Lo lamentaremos eternamente. —Respiró hondo, como quien está sufriendo un gran dolor, y después dijo con firmeza—: Habrá tiempo para un dolor así. Pero ese momento, Hem, no es el presente. Dime, ¿qué más cuenta Maerad?

Desconcertado, Hem volvió a mirar la carta, que se había quedado olvidada entre sus manos. Le llevó un rato volver a enfocar las palabras, pero continuó leyendo despacio.

«Llegué a Murask sola y ahora estoy a punto de comenzar un viaje hacia el norte con un guía Pilanel, para encontrar a un grupo de personas llamado la Estirpe Sabia, que podrían decirme algo acerca del Canto del Árbol. Deseo estar en lo cierto y que esto no sea un error. Podría no volver, y hay algunas cosas que me gustaría que supieses, por si yo no pudiera contártelas en persona. Aquí he hallado a la familia de nuestro padre».

Hem se detuvo y levantó la vista. Saliman lo miraba sin pestañear.

—No soy capaz de leer lo que viene a continuación —suspiró mientras le tendía la carta a Saliman—. Hay unas palabras que no entiendo.

Saliman cogió la carta y leyó que Maerad había conocido a su primo Pilanel y a la hermana gemela de su padre, que también era Bardo.

Si no te sientes a gusto en la Escuela de Turbansk, tal vez podrías hallar tu lugar entre ellos. Descubras o no que eres un Bardo de Turbansk, creo que algún día deberías viajar hasta Murask y hablar con tus parientes de aquí.

Te escribo esto con una terrible tristeza. Te echo de menos más de lo que podría expresar y cada día deseo que estemos juntos, y no separados por muchas leguas. He oído hablar de que hay una guerra que marcha hacia Turbansk, y temo por ti. Hemos nacido en tiempos oscuros. Pero también escribo esto con esperanza y amor, hasta que algún día pueda volver a abrazarte, mi querido hermano.

Tu hermana,

—Gracias, Saliman —dijo Hem con voz ahogada.

Hem no fue capaz de decir nada más durante un rato; en su cabeza daban vueltas una serie de emociones contradictorias. Se había quedado anonadado ante la noticia de la muerte de Cadvan; no le parecía que aquello fuese posible. Al mismo tiempo se sentía feliz por saber algo de su hermana, y la noticia de que tenía parientes en el norte lo llenaba de un sorprendente regocijo. La carta de Maerad había agudizado sus temores por ella hasta un amargo extremo. ¿Estaría Maerad también muerta? Durante un instante estuvo seguro de que en aquel momento debía estarlo: ella seguía una búsqueda desesperada, y Cadvan ya no estaba allí para guiarla.

—¿Y ahora cómo vamos a encontrar a Maerad? —preguntó Hem con desesperación.

—La respuesta es que no lo sé —replicó Saliman—. No sabemos cuándo escribió esta carta; podría hacer ya semanas, y ahora puede que ya haya vuelto del norte. Los Pilanel son capaces de viajar rápido si la necesidad los apremia. Ni siquiera sabemos cuándo salieron de Busk Cadvan y ella —la voz se le quebró al pronunciar el nombre de su amigo.

Hem suspiró.

—Tal vez esté en Annar —no pronunció el resto de la frase, pese a que los dos lo pensaron: «si es que está viva».

—Supongo que tendremos que ir al norte y buscarla —afirmó Saliman tras una pausa—. Podríamos localizar su rastro. Pensaremos en ello cuando llegue el momento. Primero, los dos tenemos cosas que hacer —su voz sonaba muy cansada.

—Siento mucho lo de Cadvan —aseguró Hem, y buscó con timidez la mano de Saliman. Este se la apretó con fuerza, y Hem sintió la profunda emoción que se despertaba en su interior.

—Hem, si me disculpas, desearía estar un tiempo solo —rogó por fin—. Tengo que hacer una cosa.

Saliman se levantó y salió de la sala. Hem observó cómo se marchaba, con deseos de seguirlo, pero consciente de que no podía. Supuso que iba a realizar un lamento por Cadvan a la manera de los Bardos. Hem sabía que un dolor así solamente se podía soportar estando a solas.



LAS LLANURAS
DE NAZAR XVI

La luminosidad resultaba insoportable. Aunque era la hora del crepúsculo y Hem y Zelika se encontraban bajo la luz filtrada por los árboles, a Hem se le nubló y desenfocó la vista. Se sentía tan abrumado que estaba a punto de volverse a retirar a la cueva.

Se sentía como si estuviese bebiendo un agua dulce y deliciosa tras una época de gran sed. Durante su larga estancia en las sombras, había olvidado la opulencia de los colores. Lo golpearon en forma de una gran ola de sensaciones: nunca se había percatado de que había tantas tonalidades de verde, desde el delicado y luminoso verde de los tilos hasta las agujas oscuras, casi negras, de las coníferas. Unas flores de color carmesí encerado, que se fundían en un suave rosa en el medio, punteaban el suelo del bosque como solecitos rojos en los lugares donde unas cuantas atrapaban la luz moribunda; en otros lugares unas orquídeas tardías se esparcían entre los matorrales, del color azul intenso del cielo en las tardes de verano; y unos jazmines trepadores, cuyas flores hacía tiempo que se habían marchitado, serpenteaban sobre troncos medio podridos, adornados a su vez por musgos de color esmeralda. Cerca de ellos había un árbol cargado de largas y secas vainas que vibraban movidas por la suave brisa. Pese a la tracería de hojas, Hem veía el tenue gris de una nube, pero incluso este le parecía extraño e intenso, y todo el verde respiraba humedad, como si hubiese llovido hacía poco y pronto fuese a llover otra vez.

Tras los colores, le golpearon los olores: los intensos aromas de la marga y la vegetación en estado de descomposición, desechos frescos dejados por algún animal, los perfumes de las flores. Al principio le hicieron sentirse mareado, como si se hubiera bebido una copa de vino demasiado rápido. Irc emitió un graznido eufórico y salió volando hacia las ramas que colgaban más bajas sobre ellos, donde comenzó a sacar vainas de semillas de las ramas y a arrojárselas a los niños.

Irc tenía un aspecto un poco extraño: ahora estaba disfrazado, su plumaje blanco ya no se percibía. Los Bardos lo habían bañado, entre sus ruidosas protestas, en un tanino hecho con agallas de roble. No le había proporcionado el color negro azulado brillante de un cuervo; más bien sus plumas habían absorbido el tinte con una especie de jaspeado, de modo que ahora era de un color negro polvoriento. Por las mismas razones, Hem y Zelika llevaban la cota de malla y los guanteletes que había bajo su

armadura turbanskiana, pero habían dejado la armadura de cerámica azul; en vez de ella llevaban túnicas de cuero duro y tela teñida de oscuro y, por encima de ellas, unas capas oscuras de lana mugrienta. Estaban casi en invierno, y las noches en el Suderain eran frías.

Hem observó el rostro extasiado de Zelika y supo que ella sentía el mismo placer que él por estar por fin fuera de las cuevas. Era como nacer de nuevo, pensó; todo parecía haber revivido recientemente, como si lo acabasen de crear, solo para sus ojos, hacía un momento. Saliman, que estaba detrás de Zelika con Soron, le dirigió a Hem una de sus alegres sonrisas, como si supiese cómo se sentía. Como siempre, la sonrisa de Saliman hizo que a Hem se le animase el corazón; le daba la sensación de que en el mundo todo iba bien y que no estaban haciendo nada más alarmante que pasear para encontrarse con unos amigos y celebrar un banquete, hacia una casa cálida en la que el aire estaría cargado de alegres conversaciones y risas.

Hared, que se había avanzado sin hacer ruido entre la vegetación que tenían ante ellos para inspeccionar la zona, reapareció de repente, ladeando la cabeza para indicarles a los demás que le siguiesen. El grupito avanzó con precaución entre la maleza, colocando los pies exactamente en los mismos lugares en los que los iba poniendo Hared. En una ocasión Hem pisó un palo, y el crujido que se escuchó cuando se rompió pareció igual de sonoro que un latigazo. Hared miró atrás, frunciendo el ceño, y Hem se ruborizó. Dejó a un lado la alegría por estar al aire libre y comenzó a concentrarse. Ahora estaban en el territorio del Ejército Negro, y cualquier error podía significar la muerte.

Habían salido aquella misma mañana, tras volver a dar vueltas y vueltas por túneles sin fin. Hem portaba a un taciturno y silencioso Irc agarrado al hombro. Este prácticamente había superado su repulsión a estar bajo tierra, pero todavía odiaba las cuevas. La entrada norte de Nal-Ak-Burat no estaba protegida más que por una barrera encantada, parecida a la de la Puerta de los Sueños por la que habían pasado para entrar allí, por los demás su defensa principal era el laberinto de cuevas, que eran mucho más desconcertantes que las que habían tenido que cruzar antes.

—Tomad una dirección equivocada y estaréis perdidos para siempre —les había advertido Hared mientras se encorvaba, frunciendo el ceño, para leer un grupito de runas en el lugar donde una cueva se bifurcaba en cinco.

—¿Y tú cómo recuerdas por dónde ir? —preguntó Hem nervioso. Había perdido el sentido de la orientación hacía horas.

—Es como aprenderse una larga pieza musical —respondió Hared—. Una música difícil, con solo unas pocas notas. Izquierda, derecha, recto... Pero sigue una pauta. Cambia de vez en cuando, siempre que veáis estas runas, que funcionan como recordatorios de que cambia, pero tenéis que saber cuál es la siguiente pauta. También hay una pauta de las pautas.

Zelika parecía confundida.

—¿Cómo un cambio de tono? —preguntó Hem.

—Algo así. —Hared estaba casi charlatán, parecía volverse menos huraño a medida que se alejaban de Nal-Ak-Burat—. Solo que mucho más complicado. Llevo recorriendo estos senderos casi cien años, pero nunca me aventuraría a entrar en uno a la ligera.

—¿Cien años? Preguntó Zelika conteniendo un grito.

Hared le dirigió una mirada divertida.

—Sí, mi animalillo —respondió—. Llevo paseándome por estas cuevas desde que tu abuelo era un crío. Aun así es un período breve en los anales del mundo.

A Zelika no le gustaba la sensación de que Hared estuviese burlándose de ella.

—Los Bardos siempre estáis fanfarroneando —declaró, dirigiéndole una mirada siniestra—. ¿Y qué pasa si vivís muchos años? ¿Es que eso os hace mejores que el resto de la gente?

—¿He dicho yo eso? —preguntó Hared, ampliando su sonrisa—. No, Zelika, no estaba fanfarroneando; simplemente decía lo que es cierto. Creo que eres tú la que piensa que los Bardos son mejores que el resto de la gente, pero no eres capaz de admitirlo.

—Los Bardos solo piensan que son especiales por su magia —replicó Zelika malhumorada—. Pero no lo son, son iguales que el resto. Son solo personas, como todos los demás.

Miró a Hem, que se sentía incómodo por la conversación, y su mirada era oscura y hostil. Él abrió la boca para decir algo y después se lo pensó mejor.

—Tienes razón, Zelika —dijo Soron con suavidad—. Los Bardos no son mejores ni peores que cualquier otra persona. Tal vez por eso se nos pueda perdonar, al mismo tiempo.

Zelika se mordió el labio y no replicó.

—Estáis caminado por unas cuevas legendarias —dijo Saliman para romper el silencio que siguió—. Incluso los que las encuentran tienen pocas posibilidades de vivir para contarlo, a no ser que tengan un guía como Hared que les explique la melodía del laberinto.

—He oído que en esta zona es común decir de un tipo retorcido que tiene más vueltas que las cuevas de Burat —añadió Soron—. La mayoría de la gente es poco consciente de que se refiere a un lugar sobre el que caminan cada día. Igual que muchos dichos antiguos, contiene un grado de saber, pero el significado se ha perdido.

Después de aquello, Hem había intentado discernir la pauta de la que había hablado Hared durante las cuevas sinfin, pero era difícil; cada vez que creía haber pillado la repetición, esta variaba ligeramente. «Quien fuese que hubiese diseñado este sistema», pensó, «tenía una mente retorcida e insondable». Era tan capaz de distinguir el extraño ritmo del que hablaba Hared como de volar.

La entrada de la cueva estaba oculta con magia; en cuanto salieron dando tumbos al crepúsculo, esta parecía desvanecerse en la pared de roca. «Por fin», pensó Hem, «por fin podemos comenzar».

Caminaron un tiempo por la garganta, mientras una ligera y fresca lluvia tamborileaba entre las hojas, hasta que encontraron un lugar en el que las paredes hacían una pendiente en vez de ser escarpadas. Allí se detuvieron y cenaron, hablando en susurros, y Hem observó cómo el cielo se iba aclarando lentamente sobre ellos. Era una noche sin luna, y las estrellas se veían frías y distantes, atrapadas en una ligera bruma. Hared frunció el ceño; incluso aquella luz le disgustaba por ser demasiada. El frío se asentó en ellos. Hem se estremeció dentro de la capa e Irc se ahuecó las plumas y se acercó despacio para acurrucarse entre las piernas de Hem.

Tras decidir tácticamente que ya era hora de continuar, recogieron sus hatillos y fueron subiendo, despacio y con mucho trabajo, la pronunciada cuesta para salir de la garganta. Resultaba duro y, tras las horas pasadas en las cuevas de Burat todos estaban muy cansados; pero tenían un largo camino por delante antes de poder descansar, así que Hem apretó los dientes e ignoró las quejas de sus músculos. Hared los guiaba y, cuando alcanzaron la cima del risco, examinó minuciosamente el paisaje antes de lanzarse sobre el borde y les hizo una señal a los demás para que le siguiesen.

Hem parpadeó mientras se sentaba, jadeando sobre el borde de la garganta. Su primera reacción instintiva fue el impulso, dominado por el pánico, de volver por el camino por el que habían venido; ahora se encontraba sobre una nivelada llanura de hierba sobre la que se erguían algunos arbustos y árboles, y el cielo estrellado se elevaba sobre él hacia el infinito, cargado tan solo de penachos de vapor, se sentía absolutamente desprotegido.

—Las llanuras de Nazar —le susurró Saliman al oído—. Es tierra de pastoreo. Hubo un tiempo en el que aquí vivían los alhadeanos, con sus caballos y ganado. No son gente de valle, aunque hay gargantas por todas partes en todo Nazar, igual que arrugas en su rostro anciano, por donde siempre corre el agua. —Saliman sonrió.

Hem asintió tragándose su pánico. Las palabras de Saliman le hacía pensar en lágrimas, en la propia tierra llorando. Allí ya no vivía nadie.

Comenzaron a caminar, Hared los guiaba bajo las estrellas. Hem sabía, por lo que Hared les había dicho antes de salir, que se hallaban a unas sesenta lenguas al noroeste de Dén Raven. La tierra que los rodeaba parecía silenciosa e inmersa, se extendía hacia la bruma hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Los horizontes estaban marcados por coágulos irregulares de fuero rojo: los campamentos, les había dicho Hared, de la guardia que el Ejército Negro dejaba atrás para mantener vigilada aquella tierra vacía. De vez en cuando asustaban a algún animal nocturno que se escondía entre la hierba y los alarmaba, poniéndolos en tensión, con la espada

preparada.

Hared les había advertido que había algo más que ojos humanos observando aquellos lugares vacíos, que los Glumas de Imank habían instalado vigías, trampas embrujadas que sus pasos podían desatar desde una distancia de más de veinte metros, y a medida que avanzaban escuchaban el paisaje en busca de algún indicio de brujería. Saliman y Hared ocultaban todos sus movimientos con conjuros amortiguantes —laberintos de sombras, veloz de luz, escudos mágicos, protecciones de pies—, algunos poco mayores que conjuros destellantes, pero la mayoría era magia profunda para engañar a la astucia de los Glumas.

Hacia medianoche pasaron por lo que una vez había sido un pueblo y allí vieron por primera vez las cicatrices de la guerra que había asolado aquella región. Se podía oler a quemado y podrido desde la distancia, casi antes de ver los límites de unas murallas destruidas que sobresalían en las llanuras. A Hem se le puso la piel de gallina al percibir brujería antigua; era como el olor de metal quemado, un sabor amargo en el viento que le secaba la lengua. Por allí habían pasado Glumas, pero incluso Hem era capaz de decir que lo que olía eran tan solo los restos de su presencia, un frío aroma. Irc, que viajaba adormilado sobre el hombro de Hem, se estremeció y se acurrucó más cerca de su cuello.

Había sido una próspera villa llamada Inil-Han-Atar, el Lugar de los Seis Rebaños, y las casitas bajas de ladrillos de barro habían tenido las paredes y los suelos cubiertos por alfombras de colores brillantes tejidas con la lana de las cabras que pastoreaba su gente. Las pertenencias de las personas que allí habían vivido estaban esparcidas en el exterior de las casas: instrumentos rotos, ollas de cocina, armas descascarilladas. No había ninguna señal de las personas. Alrededor de los restos de las casas había corrales de los animales —cabras, vacas, un caballo—, sombras jorobadas, distorsionadas en la oscuridad, cuyo contorno se distinguía débilmente bajo la luz de las estrellas. Los viajeros pasaron al lado de las casas con cautela, temiendo que pudiesen hacer saltar una vigilancia.

—¿Sabéis lo que ocurrió aquí? —susurró Zelika. Miraba las ruinas sin pestañar, con la nariz arrugada por la culpa del olor a muerte y lana quemada—. ¿Murieron todos?

—No se les advirtió —respondió Hared de manera inexpresiva—. Inil-Han-Atar no tuvo suerte; lo atacaron los Glumas. Algunos se quedaron a defender sus hogares. Otros huyeron hacia Turbansk. Los que permanecieron o fueron demasiado lentos no tuvieron ninguna oportunidad —se detuvo y luego dijo—: Conseguimos enterrar a los que mataron aquí, aunque era arriesgado. Ahora yacen más allá del pueblo, bajo las limpias estrellas. En muchos otros pueblos, como Nazar o Savitir, los cuerpos se han quedado pudriéndose como carroña, y no podemos hacer nada por ellos.

Hem le dirigió una mirada cargada de curiosidad a Hared, que había apartado el rostro. En su voz había una ligera afectación, lo que sorprendió a Hem: pensaba que el Bardo era incapaz de tener tal sentimiento. Tal vez conociese bien aquel pueblo: tal

vez tuviese amigos que vivían allí. Pero si era así, no lo comentó.

Continuaron adentrándose en la fría noche hasta que el pueblo desapareció tras ellos. Ahora Hem estaba tan cansado que apenas era capaz de levantar los pies, y sentía que el frío se le calaba hasta los huesos, era más frío del que podía explicar la noche; lo que había visto bajo la débil luz de las estrellas en Inil-Han-Atar le había helado el alma. Pensó en Cadvan, muerto en las montañas; ¿lo habrían enterrado, o él también yacería abandonado bajo las estrellas?

Saliman no había vuelto a mencionar a Cadvan desde que habían recibido la noticia de su muerte, pero Hem había percibido la tristeza que ahora habitaba en su interior, igual que habitaba tácitamente en Soron. «Estas», pensó Hem, «son las maneras de la Oscuridad: esta destrucción sin sentido, este asesinato del amor, este lamento sin fin». Sintió que una profunda ira se despertaba y cobraba forma en su interior.

Alcanzaron su destino en las horas de la madrugada previas al alba, tras descender a tumbos por los laterales de otra garganta, que se había abierto bajo sus pies sin advertencias, y entrar en otra cueva escondida en la pared.

Aquella era una sencilla caverna, hundida en la pared rocosa, y su interior había varios Bardos y otras personas de rostro oscuro que los recibieron hablando en voz baja y les ofrecieron descansar en camas hechas con pieles y paja. Hem estaba demasiado cansado para recordar ningún nombre; sabía que aquella era una de las avanzadillas de la Luz, un campamento que se adentraba en profundidad en el territorio del Sin Nombre. Lo único que entendió fue que allí estaba oculto de miradas hostiles, y que por fin podía dejar de caminar. Se quedó dormido de inmediato y no soñó con nada.

Al día siguiente Hem se despertó tarde, con los miembros todavía pesados y doloridos de cansancio. A su alrededor la gente ya estaba activa, entretenida en el examen del equipamiento, comiendo o hablando en voz baja. Zelika todavía estaba profundamente dormida sobre un jergón a su lado. Hem sacó las piernas de debajo de las pieles y se frotó los ojos. Hared había dicho que no partirían aquel día; el plan era descansar antes de salir para la siguiente jornada de su viaje, hacia las colinas de Glandugir, donde se decía que había un campamento de niños soldados.

Un hombre joven que dijo llamarse Infalla le trajo un poco de dohl y frutas pasas. No era Bardo. Hem le dio las gracias y desayunó despacio, mirando a su alrededor con curiosidad. La noche anterior estaba demasiado cansado para absorber nada de lo que le rodeaba. Aquel refugio era muy diferente de Nal-Ak-Burat: allí todo era sencillo y práctico, y se había pensado poco en las comodidades. Hem pensó con ironía que allí no había cojines de seda.

En la parte trasera de la caverna había sacos de grano y legumbres apilados sobre estantes de piedra, entre ramilletes de hierba medicinales y costillas de cabra

ahumadas. Los materiales para fabricar los jergones estaban amontonados a su lado, preparados para que los sacasen a rastras cuando fuesen necesarios. Contra una pared había almacenadas armas, todas ellas recién engrasadas. Hem vio dagas, arcos, flechas, mazas y cuchillos arrojados, todas ellas armas sencillas hechas para matar más que para mostrar. A su lado había armaduras de varios tipos. Sobre todo vio la placa de cerámica endurecida del Suderain, esmaltada con el color rojizo de la tierra y sin ningún emblema, pero había otras placas, hechas de metal como las armas duras annarienses, de nuevo pintadas con colores terrizos y algunas hechas sencillamente con cuero endurecido.

Aparte de los cinco recién llegados, había unas ocho personas más presentes, y el espacio estaba abarrotado. Mientras Hem desayudaba, dos personas salieron con gran cautela por la estrecha entrada, abrazando sin decir palabra a los que dejaban allí antes de desaparecer a través de la pared encantada. Estaba claro que la caverna era un lugar de paso en el que nadie se quedaba mucho tiempo, un lugar de frágil seguridad donde los que estaban con la Luz podían esconderse entre dos peligrosas misiones contra el Ejército Negro.

Zelika se despertó y se incorporó, frotándose los ojos.

—Por la Luz, qué cansada estoy —bostezó.

—Ayer fue un largo día —respondió Hem volviéndose hacia ella.

—Y supongo que hoy será otro día largo. ¡Aaaay!

—Hared ha dicho que hoy descansaremos.

—Esa es una amabilidad poco habitual en él. ¿De dónde has sacado ese dohl? Me rugen las tripas.

Infalla le trajo a Zelika un cuenco de dohl que ella devoró con ganas, mientras miraba a su alrededor con los ojos brillantes y olfateaba. Hem la observó con recelo, preguntándose en qué estaría pensado. No era capaz de predecir los cambios de humor de Zelika; ahora parecía excitada, como si estuviese a punto de salir corriendo y atacar al Ejército Negro.

Apareció Soro y se sentó a su lado sobre el suelo de piedra, con las piernas cruzadas.

—Hoy tendremos un día tranquilo —dijo—. Por lo que a mí respecta, lo agradezco. —Se estiró y sonrió—. ¡Incluso puede que cocine!

Durante las horas de ocio que siguieron, Hem y Zelika charlaron con los desconocidos de la caverna, que no hicieron preguntas a los recién llegados, pese a que los estudiaron con curiosidad, y ellos tampoco les contaron nada específico, ni siquiera sus nombres reales. Pero sí le dijeron a Hem las tareas que llevaban a cabo.

Algunos de los Bardos pasaban la mayor parte de su tiempo desmontando las vigilancias que los Glumas habían esparcido por llanuras de Nazar, para que la Luz pudiese moverse con más libertad. Descubrir y anular aquellos embrujos era un trabajo delicado y peligroso, y cualquier error significaría casi con total seguridad ser capturado por los Glumas o por soldados-perro. Otros observaban los movimientos

del Ejército Negro en Nazar y transmitían las noticias a otros campamentos o a Nal-Ak-Burat, desde donde pasaban a determinados lugares de Annar. Su tarea principal era dar la alarma cuando se esperaba un ataque sobre el sur de Annar. Había otros que lanzaban ataques o emboscadas contra los campamentos de guardia esparcidos por las llanuras, o destruían puentes o carreteras para interrumpir el aprovisionamiento de los ejércitos que estaban más al oeste.

Las misiones más peligrosas eran las de Dén Raven; no muchos de los que se aventuraban a entrar allí volvían. Pero tan solo entrar en las llanuras ya era un acto cargado de peligro. Los guerreros decían que las llanuras estaban infestadas de almádenas —los seres vaporosos que había visto Zelika en Turbansk— y cosas peores: había rumores acerca de la existencia de espectros que lideraban a bandas de Glumas y semi-hombres, y bandadas de cuervos de la muerte peinaban el cielo con regularidad. Al escucharlos, Hem se preguntaba cómo habían podido llegar tan lejos la noche anterior sin ningún incidente.

Se habló mucho de los continuos asaltos a las redes de cuevas liderados por soldados-perro. Una mujer, una guerrera enjuta con una cicatriz que le cruzaba la nariz, estimaba que la Oscuridad había descubierto y destrozado al menos diez de sus refugios, y habían asesinado brutalmente o capturado a muchos de sus luchadores.

—Traición —afirmó mientras miraba a Hem y Zelika con los ojos entrecerrados—. Hay espías entre los nuestros.

Hem se sintió cohibido, pero un hombre que estaba por allí cerca se echó a reír.

—No tienes que sospechar de estos —dijo—. A Hared no se le pasa ni una. Si alguien es capaz de leer almas, es él. Pero bueno, también te olvidas de las sutilidades de la brujería negra que emplean contra nosotros.

—Tal vez —replicó la mujer—. Pero huelo a traición. Hay alguien que sabe cómo romper nuestros encantamientos para ocultarnos. Hay alguien que sabe muchos de nuestros asuntos...

—Pero no todos —respondió el hombre—. Si no fuese así todos estaríamos muertos.

La mujer olfateó el aire.

—Estaremos muertos bien pronto, si las cosas siguen por el camino que van.

Partieron al día siguiente, a última hora de la tarde, y tras avanzar despacio durante más o menos una legua, en la relativa seguridad de la garganta —que de todas maneras estaba marcada de vez en cuando por algún tipo de brujería que había despojado a los árboles de sus hojas y envenenado a las plantas que tenían bajo sus pies— ascendieron y se dirigieron con gran cautela al sur por las llanuras. Aquella noche el cielo estaba encapotado, y pronto comenzó a caer una lluvia constante. Estaba casi oscuro por completo, y Hared se encontraba mucho más contento. Se movían sin hacer ningún ruido por la hierba, sombras que se trasladaban de un árbol a

otro, pero incluso así se sentían tan visibles como líneas rojas sobre un papel en blanco. Incluso el suelo parecía ser consciente de su paso, una sensación que se volvía más fuerte cuanto más se acercaban a Dén Raven. A medida que avanzaban los Bardos iban haciendo encantamientos encubridores para engañar o desviar a las miradas hostiles, y conjuros somníferos para adormecer a cualquier conciencia vigilante, y aguazaban los sentidos tanto como podían, en estado de alerta ante cualquier señal de brujería.

Hared estaba nervioso por su número —incluso con encantamientos, cinco personas eran mucho más fáciles de seguir y les resultaba más difícil esconderse que a una sola— y tenía que equilibrar la necesidad de avanzar rápido con la necesidad equivalente de tener precaución. Los fuegos de los campamentos de guardia ardían en la distancia, de un color rojo tenue y siniestro. Hared los evitaba dando el mayor rodeo posible. Hem se dio cuenta de que tenía práctica en atravesar aquellas tierras, e incluso en aquel territorio llano hallaba zonas más bajas y espacios cobijados en los que tenían más posibilidades de pasar desapercibidos. Pasaron al lado de varios pueblos quemados, pero no los atravesaron, lo que Hem agradeció; incluso en la distancia se podía oler la muerte en ellos.

La ansiedad constante hacía que el viaje resultase agotador. Hem tenía la piel cubierta por un baño de sudor helado que le hacía temblar incluso bajo las capas de ropa que llevaba. Tras la conversación del día anterior se sentía más nerviosos de lo que estaba en principio. Había otra cosa que lo perturbaba: desde aquel extraño encuentro con el Elidhu en Nal-Ak-Burat, sentía como si un nuevo sentido se le hubiera abierto en la mente. No era capaz de ponerle nombre, pero era una conciencia de sí mismo que le recorría el cuerpo entero; como si estuviese en sintonía con la misma tierra, como si formase parte de ella, o ella fuese parte de él.

Sentía que la tierra ardía por haber sido violada, como si estuviese envenenada; una sensación cada vez mayor de maldad se le filtraba por las plantas de los pies, provocándole unas náuseas débiles pero constantes. Era especialmente fuerte en los lugares en los que había plantas muertas —se le habían venido arcadas a la garganta cuando pasaron al lado de los árboles convertidos en esqueletos— pero no acababa de desaparecer en ningún momento.

Cuanto más avanzaban, más les incomodaba el inmenso silencio que los rodeaba. Incluso los animales parecían haber abandonado aquella tierra maldita. Irc revoloteaba un poco y volvía para susurrarle lo que había visto u oído: le hablaba de cosas extrañas que Hem no comprendía, de nubes que lloraban sangre, de un miedo o una sombra que había expulsado incluso a los pájaros.

Aquella noche, muy tarde, llegaron a otro refugio subterráneo mucho más pequeño que el anterior. En su interior había un hombre con unas quemaduras terribles. Pese a su cansancio, más de lo podría justificar el viaje, Hem y Saliman hicieron lo que pudieron para aliviarle la agonía; pero los dos vieron al mismo tiempo que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Le había acertado el fuego líquido de

los soldados-perro, y la mayor parte de su piel había desaparecido, quemada. Murió durante la noche.

Su compañera, una mujer menuda de Baladh con unos enormes ojos grises y envuelta en tristeza, les dijo su nombre de pila mientras le cerraba los ojos.

—Se llamaba Lanik —dijo—. Era un buen hombre.

Hem repitió el nombre de Lanik e inclinó la cabeza, sintiendo que aquel gesto era inútil. No había sido capaz de salvarlo y ahora lo único que podía hacer por él era repetir su nombre. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Qué otra cosa podía hacer?

La mujer les dio las gracias por la ayuda y les ofreció compartir su escasa comida. De haberse negado la habrían ofendido, así que no lo hicieron; pero los viajeros sacaron también su propia comida para asegurarse de no dejarla sin provisiones. Su tembloroso agradecimiento hizo que Hem se sintiese mucho peor; pensó que hubiera preferido que le hubiera gritado por no haber podido salvar a su amigo.

Así que continuaron, siempre de noche, saltando furtivamente de refugio, hasta que Hem comenzó a preguntarse si alguna vez volverían a ver la luz del día. La destreza de Hared lo mantenía ocultos de los guardias del Ejército Negro, pese a que pasaron rozándolos en un par de ocasiones. Una vez estuvieron a punto de pisar una vigilancia escondida con gran astucia, y tan solo la rápida reacción de Soron y un contra conjuro evitaron que fuesen descubiertos; la suerte de un chaparrón repentino los salvó del vapor mortal de una almádena que ascendía sin advertencia de la pradera.

Llevaban varias noches viajando así, con un tiempo cada vez más duro, cuando alcanzaron un escondite al que Hared llamó, con macabro humor, el Hoyo. Ahora ya estaban en los límites de Nazar, y en la distancia se veían las colinas grises de Glandugir y las fronteras de Dén Raven que todavía continuaba sin ser descubierto; otros cinco que estaban situados más cerca habían sido atacados y destruidos.

El nombre del refugio resultaba muy acertado. Las gargantas que ocultaban la mayoría de las cuevas de los Bardos se iban agotando a medida que se acercaban a Dén Raven, y el Hoyo era poco más que un agujero rodeado de piedras excavado directamente en el suelo, protegido por un complicado tejido de encantamientos de ocultación, conjuros y una cerradura guardiana, que tan solo podía abrir un Bardo que poseyese tanto el conjuro necesario como una llave de hierro. A Hared pareció llevarle mucho tiempo encontrar y abrir el refugio, mientras los demás temblaban bajo la lluvia, vigilando temerosos.

El Hoyo era el lugar más lúgubre en el que había estado Hem en su vida: le faltaba incluso el basto toque acogedor que tenían los refugios que había visto antes. Olía a aire estancado, moho y humedad, y era frío como una tumba. El refugio estaba vacío: nadie se quedaba mucho tiempo en él, a no ser que se viese obligado a ello. Hem pensó con tristeza que lo único que tenía de positivo eran las abundantes provisiones de comida, que ocupaban más o menos la mitad de la cueva. No había medios para cocinar, pues allí quedaba prohibida una cocina. Helado, triste y

cansado, Hem sacó un jergón de paja mohoso y se sentó, colocándose unas finas mantas del almacén sobre los hombros.

Al día siguiente tendrían que separarse. Saliman y Soron se dirigirían al norte, en una búsqueda de la que no les hablaron, pero que Hem sospechaba que se dirigía al interior de Dén Raven. Hem había pensado en privado que Soron, el Bardo cuyo corazón estaba entregado al arte del comer, era demasiado blando para una misión así; pero durante las últimas noches se había deshecho de aquel prejuicio. En Soron había una profundidad y una fuerza que no sospechaba, y ahora veía por qué Saliman había elegido a un compañero así.

Soron les dirigió una sonrisa cansada desde el otro lado del estrecho lugar y Hem intentó devolvérsela.

—No es exactamente como Nal-Ak-Burat, ¿eh, Hem? —comentó Soron—. La ventilación deja bastante que desear.

—Y la calefacción —replicó Hem con vehemencia.

Soron buscó algo en su hatillo.

—Creo que lo que necesitamos es medhyl —dijo. Le dio un sorbo a su frasco y se lo pasó a Hem. El licor bajó por la garganta de Hem, dejando un rastro de calor tras él. Lo pasó y cada uno de los viajeros bebió un poco. Hem dejó de temblar, pero su depresión continuó.

—Creía que en el sur hacía calor —observó.

—Estamos casi en invierno —replicó Zelika, malhumorada. Estaba empapada y helada, y no del mejor humor—. ¿Qué es lo que te hace pensar que solo hay invierno en Annar? Ahora debería estar sentada sobre cojines junto a la chimenea de mi abuela, mientras los criados me traen bebidas calientes. Eso es lo hace aquí todo el mundo en invierno.

—Todo el mundo que tenga criados, quieres decir —replicó Hem con una repentina punzada de malicia—. De todas maneras tú ya no tienes criados, seguramente estén muertos y tu casa es un montón de cenizas. Eres igual de pobre que yo.

Zelika jadeó como si le acabase de dar una bofetada.

—Solo los golfos estúpidos dirían una cosa así —dijo—. Muchachos estúpidos e ignorantes como tú que no tienen ni idea de nada.

—No soy el ignorante... —comenzó a decir Hem acalorado, pero Zelika le había dado la espalda. Hem se quedó sumido en un incómodo silencio, al darse cuenta de repente de que Hared, Saliman y Soron lo miraban con los ojos entrecerrados. Inspiró profundamente y se dio cuenta de que se arrepentía de lo que había dicho. Los ocasionales aires de grandeza de Zelika le hacían enfadarse, y a veces tenía una cruel ignorancia acerca de cómo vivía la mayor parte de la gente; pero no había ninguna razón para recordarle con tal brutalidad todo lo que había perdido. Recordaba que Saliman le había pedido que fuese fuerte. Seguramente no se refería a pelearse con ella—. Lo siento, Zelika —se disculpó—. Lo siento de verdad. Es solo que... es solo

que...

La niña no se volvió, pero un rato después le habló con la voz apagada, lo que le indicó a Hem que había estado llorando.

—Lo sé. Yo también lo siento. Pero no seas así de desagradable. Las cosas ya están lo bastante mal.

Un silencio exhausto se impuso sobre todo el grupo, y todos se pusieron a observar taciturnos cómo Irc intentaba abrir un paquete de tiras de carne seca sin intentar detenerlo.

—Este lugar está enfermo —afirmó Hem categóricamente—. Lo sientes en los huesos de la tierra.

—Sí. —Saliman le dirigió una mirada sombría—. Así es, Hem. Incluso las piedras están enfermas. Percibes la mano del Sin Nombre, su voluntad enferma hacia todos los seres vivos. Llega hasta las profundidades de la tierra.

Hem se miró las manos.

—Ojalá las cosas fuesen diferentes —suspiró.

—Sí, eso es lo deseamos todos. —Hared, que estaba recogiendo en silencio frutas pasas, pan y carne ahumada para comer, se volvió y le dirigió a Hem la sonrisa lobuna que nunca acababa de llegarle a los ojos—. Pero no lo son. Son como son, Hem, y la única manera en que se pondrán mejor será gracias a nuestros actos. —Espantó con las manos a Irc, que había dejado las tiras de carne y ahora observaba un dátil—. Ten controlado a este pájaro, Hem. No quiero que meta el pico en nuestra cena.

—Pero ¿qué podremos conseguir? —Hem cogió a Irc con aire ausente, y este le picoteó las manos en señal de protesta. Aquella noche se sentía paralizado e impotente ante todo aquel sufrimiento del que habían sido testigos. Pensó en Boran, al que no había nada que le gustase más que sentarse en el mercado, bebiendo café amargo en sus tacitas de plata y cotilleando con sus amigos. No debería estar muerto, un hombre tan rebotante de vida, y lo estaba. La niña de Baladh de las terribles quemaduras. Lanik en el pequeño refugio hacía unos días, sufriendo una agonía que solo la muerte podía aliviar. Mark, al que los Glumas querían que él asesinasen en aquella noche terrible hacía tanto tiempo. Su padre, al que no recordaba. Cadvan. Muchísimos más, cuyos nombres no sabía, que habían gritado y a los que Hem había intentado ayudar y no había podido.

—No se nos dice qué es lo que podemos cambiar, y tal vez no podamos cambiar nada en absoluto. Pero no hay ninguna razón para no intentarlo —murmuró Saliman—. La luz brilla con más fuerza en la oscuridad.

—Palabras duras, amigo mío —dijo Soron—. Pero eso las hace aún más tiernas.

—No son tan duras si tienes en cuenta cuál es la alternativa. —Saliman alzó la vista, encontrándose con los ojos de Hem, y su mirada era limpia y oscura—. Ningún acto carece de sentido. Incluso si la Oscuridad se nos traga por completo, no consentiré en desesperarme.

—¡Desesperación! —exclamó amargamente Zelika, volviéndose—. ¿Qué más nos queda? Yo no tengo ninguna esperanza; no creo que tengamos ninguna posibilidad. Pero no voy a quedarme aquí tirada y a morirme quieta, no me importa cuántas almádenas, soldados-perro y Glumas anden por ahí. E incluso si me acaban matando, moriré maldiciéndolos.

Su labio inferior sobresalía con agresividad y los ojos le destellaban; Hem se dio cuenta con un vuelco en el corazón, por primera vez desde que había visto a Zelika salir del cuarto de baño de la casa de Saliman en Turbansk, de lo hermosa que era. Se ruborizó y apartó la mirada, temeroso de haberse descubierto, pero Zelika estaba mirando al suelo con el ceño fruncido y no se dio cuenta.

Saliman sonrió.

—Hablas como una auténtica baladhiana —sentenció con voz cálida y divertida—. Aunque no era exactamente a eso a lo que me refería.

Terminaron la cena fría y después se acostaron en los jergones húmedos. Tan solo había el espacio justo para que los cinco se tumbasen el suelo.

Pese a su profundo cansancio, Hem se quedó un rato despierto, escuchando la respiración regular de sus compañeros, Saliman no había hablado de su inminente separación, aunque Hem sabía que la seguridad de aquello había quedado latente bajo sus palabras aquella noche. La idea de su separación pesaba sobre Hem más que cualquier otra cosa. Era tan terrible como tener que dejar a Maerad, o peor, porque ahora sabía más cosas de las que sabía entonces, y era menos capaz de engañarse. Pensó que era bastante probable que nunca volviese a ver a Saliman.

Saliman y Soron se levantaron para marcharse poco después de haber desayunado. Se despidieron con rapidez, deseándole a los demás buena fortuna. Hem se quedó atrás, intimidado por la intensidad de su emoción, y Saliman se despidió de él por último. Tomó entre sus manos la cara de Hem y lo besó en la frente: tal y como había ocurrido en otra ocasión, su beso encendió una flor dorada en el frío que entumecía el alma de Hem, y el muchacho miró a Saliman a la cara con una gratitud salvaje, desesperada.

—*Ve en paz, Hem* —dijo Saliman en el Habla mientras daba un paso atrás y lo observaba con seriedad—. *Que la Luz brille sobre tu camino.*

—Y sobre el tuyo —respondió Hem, sintiéndose que una rígida formalidad le paralizaba el cuerpo. Inspiró, con el deseo de decir algo más. Halló que no tenía palabras: quería decir demasiadas cosas y no era capaz de decir nada. En un repentino y desgarrado arrebató de amor abrazó al Bardo, agarrándolo con fuerza, absorbiendo el olor especiado de su piel. Sorprendido, se dio cuenta de que era casi igual de alto que Saliman.

Saliman le devolvió el abrazo, sosteniéndolo junto a él, y después se soltó con suavidad. Le hizo una tierna caricia a Hem en la mejilla con el reverso de los dedos.

—¡Venga, Hem! Valor, corazón. —Sonrió, y por un instante en su expresión no había ni rastro de tristeza. Hem se le quedó mirando ansioso, intentando fijar en su memoria la última imagen de aquel hombre al que tanto había querido—. No todo está perdido y la esperanza no ha muerto. Te digo, Hem que volveremos a encontrarnos, entre todas estas sombras.

Hem asintió, incapaz de hablar por temor a empezar a llorar y no poder parar; y Saliman y Soron se volvieron rápidamente y subieron la escalera de hierro para salir del Hoyo. Se desvanecieron de un modo extraño en las sombras mientras los encantamientos que empapaban la entrada comenzaban a entretejerse rodeando sus siluetas.

Los demás tenían que esperar a que Saliman y Soron estuviesen fuera de la zona antes de partir para cumplir con su misión. Hem se sentó en el suelo, con el rostro cubierto por la capucha de la capa. Zelika y Hared se entretuvieron asegurándose de que dejaban el refugio tan ordenado como lo habían encontrado, y comprobando dos veces las provisiones que llevaban consigo, pero no intentaron hablar con él. Incluso Hared sabía que Hem deseaba estar solo.

Cuando llegó el momento, Hem se echó el hatillo a la espalda y siguió a Zelika y a Hared por la escalera para salir a las llanuras.

Ahora comenzaba la parte más peligrosa de su viaje. Según los informes, el campamento de niños soldados estaba a varias lenguas al sudeste del Hoyo, a la sombra de las colinas de Glandugir, que se alzaban ante ellos en forma de amenazadoras jorobas recortadas en el horizonte, de color púrpura bajo la neblina del cielo nocturno.

Avanzaron bajo una lluvia cada vez más intensa, mientras las sandalias de Hem resbalaban sobre las matas de hierba húmeda e Irc le colgaba empapado del hombro. «Por lo menos en estas condiciones no nos tenemos que preocupar por la almádenas», pensó Hem; aun así era difícil mantener todos los sentidos alerta estando completamente mojado y golpeado por la lluvia. Tampoco había ninguna perspectiva de encontrar un refugio ni siquiera como el Hoyo; desde aquel momento en adelante acamparían al aire libre, confiando en la magia y en sus artes campistas para mantenerse ocultos.

A medida que se acercaban a las colinas la vegetación se volvía más densa, y comenzaron a avanzar más rápido; la plumosa hierba y matojos de Nazar daban paso a árboles más grandes: almendros salvajes con frutos negros y amargos, cedros deformes y encogidos y robles retorcidos. Se toparon con un sendero de tierra batida, convertida en barro por el paso reciente de carros y pies. Hared hizo una larga pausa antes de permitirles cruzarlo, buscando entre la lluvia el olor de cualquier vigilancia o sus brujerías.

Hem se pellizcaba mentalmente para mantenerse despierto, recordándose que se estaban adentrando en profundidad en el territorio del Ejército Negro y que mañana Zelika y él tendrían que continuar sin Hared, dependiendo por completo de sus propias habilidades. Hared los había ido preparando para aquello durante todo el viaje desde las cuevas de Burat, enviando a cada uno de ellos por turnos a la delantera del grupo para reconocer el terreno, en buscar señales de peligro e instruyéndolos constantemente; pero, aún así, la idea de no tener a Hared para guiarlos colmaba a Hem de una aprensión de la que no era capaz de deshacerse. Tal y como Hared no paraba de recordarles, una equivocación podría significar la muerte; no había lugar para errores.

A medida que el cielo comenzaba a aclararse hasta pasar a un color grisáceo,

encontraron un bosquecillo de almendros salvajes acurrucado en la base de una gran roca que casi tenía la forma de un barco. Bajo los arbolillos había una mañana de espinos y acamparon entre los matorrales. Entre la densa masa de hojas exteriores había troncos carentes de hojas, lo que les proporcionaba una sorprendente cantidad de espacio, y estaba relativamente seco, aunque el suelo estaba cubierto de espinas. Iluminados por el brillo fantasmal del alba, que se filtraba entre la densa hojarasca, realizaron una melancólica comida. Hem intentó no pensar en uno de los magníficos festines de Soron mientras masticaba la carne salada. Mientras comían hablaban en voz baja, y Hared repasó con ellos los planes por enésima vez.

Desde aquel punto Zelika y Hem tendrían que reconocer el terreno hacia el sur durante más o menos una lengua y acercarse al campamento lo máximo que pudiesen. Hared deseaba averiguar, si era posible, lo grande que era el campamento, cómo adiestraban los Glumas a los niños capturados y a dónde se los llevaban.

—Si conseguís encontrar alguna prueba de la existencia de otros campamentos, estará bien. Pero cualquier cosa que veáis será útil —explicó—. No seáis temerarios, quiero que volváis. Tal vez los muertos no puedan traicionar a nadie, pero tampoco te pueden proporcionar ninguna información útil. —Sonrió y Hem supuso que Hared estaba haciendo una especie de broma macabra—. Recordad lo que os he enseñado; aseguraos de que no se os escapa todo volando de la cabeza en el momento en el que os encontréis ante el verdadero peligro.

Zelika, que apenas había dicho una palabra desde que habían salido del Hoyo, asintió muy seria. Hem pensó que era como si estuviese aguzándose, concentrando toda su voluntad con una férrea disciplina que lo dejaba impresionado. Sabía lo obstinada que podía llegar a ser, pero nunca la había visto tan contenida.

—Volveremos a encontrarnos aquí en tres noches y a partir de ahí decidiremos cuál será nuestro próximo movimiento, dependiendo de lo que hayáis descubierto. Si no podéis volver por la razón que sea, enviad a Irc. —Miró al cuervo y le habló—: *Recuerda este lugar, cuervo. Si los otros se pierden, tendrán que guiarlos hasta aquí.*

Yo nunca me pierdo, replicó Irc, y graznó satisfecho. *Soy el Mensajero del Rey.*

Eres el mensajero de un rey bien pobre, a juzgar por tu ropaje. Hared le echó un vistazo malicioso y divertido a las plumas jaspeadas de Irc. *Bueno, asegúrate de que no te pierdes*, repitió. *Tres noches. Te veré aquí.*

Irc agitó las alas indignado, pero no le contestó. Hared era uno de los pocos seres humanos que lo intimidaba.

Tras la comida, se prepararon para dormir sobre el suelo lleno de pinchos. Las agujas se le clavaban en la piel a Hem incluso a través de la pesada capa, y se movía sin descanso, intentando encontrar un lugar cómodo. Establecieron turnos de vigilancia, Hared fue el primero. Hem se tumbó de espaldas y miró hacia arriba, a la gris maraña de espinas.

Con remordimientos, pensó en Saliman y se preguntó cómo les estaría yendo a él y a Soron. Bueno, ahora ya no había tiempo para arrepentirse. Él había decidido

seguir aquel rumbo, lo había elegido contra el consejo de Saliman y ahora ya no había vuelta atrás. Ahora tan solo tenía que hacerlo lo mejor que pudiese. Entonces sus pensamientos fueron a parar a Maerad, que ahora continuaba con su búsqueda sin tener un guía. ¿Dónde estaría? ¿Estaría aún viva? De repente se encontró escuchando con todas sus fuerzas, como si pudiese captar algo entre los cientos de leguas que los separaban el débil eco de su voz; pero no oyó nada más aparte del seco murmullo del viento entre los árboles.

Abandonaron los matorrales espinosos en cuanto oscureció, a la noche siguiente. Hared los hizo partir sin ninguna ceremonia.

—Buena suerte —les deseó—. Os veré pronto. —Hem agradeció la brusquedad; de alguna manera hacía que todo pareciera más ordinario, como si simplemente estuviesen a punto de llevar a cabo alguna tarea mundana. Hem y Zelika se miraron, inspiraron profundamente y se introdujeron en la noche.

Aquella noche no llovía y una fina luna nueva arrojaba sombras enmarañadas sobre el camino. Los niños tenían pensado dirigirse al sur por los límites de las colinas de Glandugir. Se les había advertido que no se introdujesen muy a fondo en las colinas, ya que estas eran peligrosas, llenas de criaturas extrañas a medio hacer, bestias que, igual que los cuervos de la muerte, estaban retorcidas por el veneno de la tierra. Avanzaron despacio bajo la cubierta de los árboles, comprobando una y otra vez el espacio que los rodeaba. Irc volaba sobre sus cabezas, saltando de árboles y haciendo de centinela. Hem se mantenía en unión mental con él, de modo que mantenían una continua conversación en silencio.

Realizaron grandes progresos durante la primera mitad de la noche y cuando se detuvieron para dar cuenta de una rápida comida, Hem se lo comentó a Zelika. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No pongas a prueba nuestra suerte —susurró—. Todavía nos queda un largo camino por delante.

La preocupación de Zelika se vio confirmada poco después, cuando una criatura alada surgió de repente de un árbol que estaba ante ellos emitiendo un grito ronco, y tiró a Hem al suelo. Irc chilló cuando Hem salió rodando por instinto y de alguna manera consiguió sacar la espada. Se puso en pie de un salto, con el corazón acelerado, pero antes de que pudiese hacer nada, Zelika le había cortado la cabeza a la cosa, que se derrumbó sobre el suelo convertida en una retorcida maraña de miembros y alas secas, de insecto. Era del tamaño de un perro grande y su piel desnuda brillaba ligeramente, emanando una espeluznante luz rojiza. Hem observó con un escalofrío que tenía unos dientes largos y salvajes, y parecía tener demasiadas patas.

No tuvo tiempo para registrar ninguna otra cosa, ya que de la nada surgió otro más, que de repente llenó el aire vació ante él. Le tropezó contra la cara y Hem

percibió cómo le chocaban los dientes, que habían estado a punto de atraparle la oreja, cuando se agachó y le clavó la daga. Este se echó hacia atrás y cayó al suelo con un grito, mientras una materia trasparente le salía disparada de un ojo, y Hem sacó la espada silbando en el aire y le partió la cabeza en dos mientras Irc irrumpía desde las hojas que tenía encima, dispuesto a defender a su amigo. La cosa emitía unos horribles ruidos babeantes mientras se retorció en su agonía mortal, pero Hem no se dio cuenta: estaba mirando en dirección a los árboles oscuros, preguntándose si vendrán más. El bosque estaba sumido en un siniestro silencio.

Un poco después Zelika limpió la espada y se la volvió a colocar en la vaina.

—¿Está bien? —preguntó. Hem asintió. Tan solo se había magullado—. Pues será mejor que nos vayamos. Hemos hecho un ruido tremendo, a saber quién nos habrá oído.

—Me pregunto qué serían.

—Una basura. Hared nos había advertido. Vamos.

Continuaron con rapidez, sin mirar atrás. Hem inspiró profundamente, intentando tranquilizar sus nervios a flor de piel; comenzaba a sentir una conmoción tardía. La boca de Zelika se había transformado en una línea firme, y parecía impertérrita. Hem deseó estar tan entero.

Eso no era una bestia, declaró Irc en su mente, con desprecio. Era una no bestia. Retorcida y repugnante.

Mantente alerta por si hubiera más, dijo Hem. Has de vigilar los árboles. Deberías haberlo visto.

Se escondió, replicó Irc. Retuerce las sombras.

Redoblando la alerta, Hem reflexionó sobre lo que le acababa de decir Irc. Estaba preocupado porque no habían percibido a las criaturas antes de que los atacasen, y todavía más por cómo había aparecido el segundo ante él, tan de repente. Fuesen lo que fuesen, aquellas criaturas tenían fuertes poderes para ocultarse: velos de luz, probablemente, a juzgar por lo que había dicho Irc. Se le erizó el vello de la nuca, como si estuviesen siendo observados por algo que no veían, pero, pensó, también podría ser simple miedo. No le gustaba aquel bosque. Le parecía que los árboles se movían aunque no hubiese viento.

Sus náuseas empeoraron mucho desde el encuentro, pero las apartó con obstinada fuerza de voluntad. Olía a brujería, pero no cerca; y un ruido de pasos que marchaban alejados los hizo esconderse durante un largo tiempo, temiendo que los guardias hubiesen oído la escaramuza. Pero, poco a poco y a un ritmo contante, fueron realizando progresos.

Cuando el cielo comenzó a iluminarse se detuvieron. Encontraron un lugar para acampar similar al de la noche anterior. Cuando pararon de caminar, Hem se dejó caer sobre las rodillas y se vio abrumado por un ataque de arcadas secas. Zelika lo observó preocupada, sin decir nada.

—Estoy bien —dijo él por fin, incorporándose—. Es solo que este lugar me hace

ponerme enfermo. El ambiente está envenenado.

—Tienes que comer —observó Zelika—. Si no, no podrás caminar.

—No tengo hambre.

—Come.

Zelika le puso un trozo de galleta plana entre las manos caídas. Hem se encontró con su mirada implacable, tragó saliva y comenzó a masticar despacio.

Tras un sueño incómodo interrumpido por falsas alarmas, continuaron su viaje. Tanto Hem como Zelika estaban muy tensos. Temerosos de que hubiera más ataques de las criaturas de Glandugir, se mantuvieron lo más cercanos al límite forestal que se atrevieron, teniendo siempre a la vista la línea más clara de carretera de tierra que discurría paralela a su recorrido. En dos ocasiones aquella noche pasaron a su lado patrullas de soldados-perro, lo bastante cerca de Hem para que los pudiese oler. Una mezcla de hierro, fuego, brujería y sudor rancio que le hacía estremecerse. No había lluvia que los ocultase, pero la noche era helada, y las nubes pasaban ante la luna llena, que la noche era helada, y las nubes pasaban ante la luna llena, que se alzaba bien alta en el cielo. En una ocasión un jinete solitario, tal vez un mensajero Gluma, pasó galopando hacia el sur, con su capa negra ondeando tras él. Ante cada visión el sur, con su capa negra ondeando tras él. Ante cada visión los niños se escondían entre el follaje, cosa que parecía un encubrimiento patéticamente inapropiado, temblando de miedo a que percibiesen su presencia.

Según las instrucciones de Hared tenían que encontrarse pronto con el campamento, y deberían poder verlo desde las colinas. Se les había dicho que no se acercasen demasiado, ni corriesen ningún riesgo; una vista panorámica tendría que ser suficiente. «Nada de héroes», les había dicho Hared. «Los héroes tienen tendencia a no volver».

Hem se dio cuenta de que los claros por los que avanzaban ahora no eran naturales: en una ocasión chocó contra el tocón de un árbol que estaba cubierto casi por completo por zarzas y enredaderas perennes. Allí habían tallado los árboles para construir algo. En las últimas horas de la noche encontraron un punto más elevado y divisaron un punto de fuego rojo en las llanuras que había bajo ellos. Entornaron los ojos y consiguieron delinear las siluetas más oscuras de un campamento recortadas contra el paisaje negro. Habían llegado a su destino. Si no hubiera sido por el fuego del único guardia, hubieran pasado de largo en la oscuridad.

Ahora tenían que construirse un escondite para poder observar sin ser vistos. Hem encontró unos matorrales en un pequeño montículo que le pareció perfecto, pero Zelika dijo que estaba demasiado cerca de la carretera. Tuvieron una breve pero furiosa discusión, realizada por completo en susurros, antes de dedicarse por otro matorral que no tenía tan buenas vistas del campamento, pero estaba un poco más metido entre los árboles.

Se pasaron un rato arreglando el escondrijo —colocando meticulosamente las bolsas para el agua donde estuvieran más a mano y apartando ramas de zarza— antes

de comer algo. Cansado, Hem colocó sobre ellos un fuerte velo de luz, exprimiendo la magia de los restos de su fuerza. Sentía cómo la tensión viraba en Zelika: ahora que habían llegado a su objetivo el cuerpo le latía de emoción. Hem no sentía ningún tipo de emoción, tan solo un pánico apagado que calaba a través de su cansancio. No discutió cuando Zelika dijo que ella haría el primer turno de vigilancia, y se limitó a tumbarse para dormir con Irc colocado en su lugar habitual al lado de su cuello.

Cuando Zelika lo despertó el sol acababa de salir, inundando las colinas con una luz pálida y lúgubre. Hem parpadeó, le daba la sensación de que habían pasado días desde la última vez que había caminado abiertamente bajo la luz del día. Irc graznó adormilado y voló hacia un árbol que había sobre sus cabezas. Hem se apoyó sobre los codos hasta colocarse en la parte delantera del escondrijo y echó un vistazo por la estrecha abertura. Ahora que veía bien el campamento, se quedó atónito ante su tamaño; era muchísimo más grande de lo que había imaginado. Unas largas cabañas se alzaban en hileras dentro de lo que parecía ser una empalizada toscamente construida con una alta valla con púas. Unos soldados-perros hacían guardia sobre unas elevadas plataformas sobre las vallas. En el interior vieron grupos de figuras organizadas en complicadas formaciones; pensó que seguramente estuviesen practicando formaciones; pensó que seguramente estuviesen practicando maniobras de batalla. Unos débiles gritos flotaban en el aire inmóvil en dirección a ellos.

—Entrenamiento —susurró Zelika—. Llevan marchando desde antes del alba.

—Desde aquí no se ve bien —dijo Hem.

—Se ve suficiente —respondió Zelika con aspereza—. Recuerda lo que dijo Hared de los héroes. Tenemos suerte de que no esté lloviendo, la luz es muy clara. Estoy cansada, despiértame si pasa algo.

Se arrastró para volver al escondrijo y Hem se quedó donde estaba, observando el campamento y pensando que se sentiría mucho más seguro si estuviese lloviendo. Pese al velo de luz, la clara luz le hacía sentirse muy desprotegido. Pasó el tiempo intentando contar cuánta gente podría haber en el campamento y tomando nota mental de todo lo que veía, almacenándolo en la memoria. Era difícil decir si las figuras que veía eran niños; desde aquella distancia podía diferenciar a los soldados-perro de los humanos, pero no mucho más. Los juegos a los que Hared los obligaba a jugar en Nal-Ak-Burat ya no le parecían tan inútiles; sabía que lo recordaría con todo lujo de detalles.

A media mañana vio que las puertas se abrían, y una fila de personas salían del campamento guiados por un único jinete. Para alarma de Hem comenzaron a marchar sobre las colinas, hacia el lugar en el que estaban escondidos. Los observó durante un rato, y después se arrastró sin emitir ningún sonido hacia las zarzas para despertar a Zelika.

Cuando ella llegó serpenteando a su puesto de vigía, la fila había desaparecido tras una colina baja que se encontraba a su izquierda. En silencio, Hem le ordenó a Irc, que pese a todas las advertencias estaba peleándose con los estorninos locales,

que se estuviese callado y se escondiese.

Cuando la fila reapareció desde detrás de la colina, se encontraban mucho más cerca. Ahora Hem podía verlos con más claridad. Definitivamente eran niños, tal vez un centenar de ellos, todos lastimosamente delgados. Tenían el pelo rapado muy corto, casi al cero, y era difícil decir de qué sexo eran. En su mayoría procedían, juzgó Hem a partir de su color de piel, de las zonas más al este del Suderain; ninguno tenía la piel negra de los turbanskianos. Llevaban una especie de armadura variopinta, que contenía desde placas de cerámica polvorientas a retazos de cuero endurecido y cadenas, cerrada sobre túnicas y pantalones harapientos. Un par de ellos parecían diminutos, y lo más probable es que tuviesen unos diez años. Algunos eran tan altos como Hem, pero ninguno parecía mayor de quince años. Los lideraba una figura encapuchada que iba a caballo, de la que Hem podía decir, a partir del frío que hizo que se le pusiese la piel de gallina incluso a aquella distancia, que era un Gluma.

Pese a su variopinta apariencia, los niños marchaban a un paso espeluznante, que hacía que a Hem se le pusiese de punta el vello de la nuca. Era tan preciso que resultaba antinatural. No se veían las tonterías habituales de la juventud; caminaban con absoluta deliberación. Hem sentía que Zelika estaba temblando a su lado, aunque no era capaz de decir si era de miedo o de emoción.

El grupo se detuvo ante una orden, que se les ladró a solo unas decenas de metros del escondrijo de Hem y Zelika. Los niños formaron rápidamente grupos de una media docena cada uno y después se adentraron en el bosque en diferentes direcciones. Hem contuvo el aliento cuando un grupo caminó a unos pasos de donde estaban ellos. Estando tan de cerca les podía ver las caras a medida que avanzaban, mirando de un lado a otro. Aunque tenía mucho miedo de que le viesan, ellos le daban a Hem más miedo que ninguna otra cosa. Tenían los rasgos suaves y poco formados de los niños, pero sus rostros eran máscaras carentes de expresión, con unos ojos helados e implacables. A medida que se les acercaban, a Hem se le subió la bilis a la garganta, y se le convulsionó todo su cuerpo con arcadas.

El grupo pasó de largo y desapareció entre las colinas cubiertas de bosque, donde Hem y Zelika oyeron cómo el sonido de sus pasos se alejaba entre los árboles. Irc le dijo a Hem que iba a seguirlos; y cuando, con una punzada de ansiedad, Hem admitió que era una buena idea, salió volando y se coló entre los árboles. Cuando Hem notó que el contacto con la mente de Irc menguaba en la distancia, de repente se sintió dolorosamente solo.

Escuchó los chillidos de los pájaros alterados cuando los grupos de chillidos se metían en las colinas y luego, no mucho después de que el sonido de los pasos se hubiese ahogado bajo el crujido de las alas, oyó algo que parecía una reyerta: el débil choque de las espadas y un grito ronco. Sin duda las habilidades de los niños con la espada se estaban poniendo a prueba contra las innumerables criaturas de las Colinas de Glandugir.

Hem se estremeció y soltó el aliento tembloroso, intensamente. Se volvió hacia

Zelika, sin atreverse a hablar, sin estar seguro de si tenía palabras para expresar lo que sentía. Zelika tenía los ojos muy brillantes y el rostro cargado de horror.

—¿Qué les han hecho? —susurró—. ¿Qué es lo que han hecho?

Hem se encogió de hombros. No lo sabía.

—Medhyl —susurró—. Creo que necesitamos un poco.

Se dio la vuelta arrastrándose y volvió con el frasco del predicado licor. Estaba más que medio vacío, pero le dio un largo trago antes de pasárselo a Zelika. Le hizo sentirse un poco mejor, pero no mucho.

Ninguno de los dos durmió tras aquello; no podían. Se tumbaron boca abajo observando a hurtadillas desde su escondite, les picaban los ojos de cansancio. El sol fue ascendiendo en el cielo poco a poco, se escondió detrás de unas densas nubes y comenzó a lloviznar. Observaron con tristeza el campamento, donde docenas de niños hacían agujeros en el suelo en un enorme patio al aire libre que había en el centro. Hem envió el oído hacia las colinas, intentando captar lo que las bandas de niños hacían y se estaban de vuelta, pero algo le nublaban los sentidos, como si entre los árboles hubiera una tela tejida con una densa bruma. Deseó que Irc no se hubiese encontrado con problemas; no osaba intentar llamarlo. Al final le dio por pensar que su cubierta parecía ser eficaz; nadie echaba más que un vistazo hacia el escondite.

Hacia el mediodía Hem se arrastró al medio de los matorrales y dormitó sin descansar, colándose en sueños fragmentados en los que la criatura alada aparecía de la nada y lo despertaba con una desagradable sacudida. Tomó un poco más de medhyl, volvió a salir y se tumbó al lado de Zelika. Echó un vistazo hacia las pendientes rocosas que tenían ante ellos, con los ojos húmedos ante la idea de que nunca desearía volver a ver aquel paisaje concreto. Todo lo que tenían que hacer era esperar a que cayese la noche y después marcharse por donde habían venido para llegar a su cita con Hared.

«Después de eso», pensó Hem, «solo tendremos que reencontrarnos con Saliman y Soron e ir a Annar a buscar a Maerad; aunque esté en guerra no puede ser peor que este lugar». Hizo a un lado el miedo a que Maerad pudiese estar muerta, o a que Saliman no volviese de su aventura.

Hacia el atardecer los grupos de niños comenzaron a emerger de las colinas de Glandugir. Para alivio de Hem se reunieron a una cierta distancia de su escondrijo. Avanzaban con la misma disciplina que tanto lo había desconcertado antes, pero incluso desde aquella distancia veía que algunos estaban heridos, y algunos grupos parecían ser más reducidos que antes. Muchos traían cadáveres de ciervos o cerdos entre dos, colgados de picas o lanzas, y Hem se dio cuenta de que eran las partidas de caza, enviadas para buscar comida para el campamento.

A un niño muy pequeño lo llevaban entre otros dos, era un cuerpo inerte. La pequeña unidad alcanzó al grupo más grande y dejó al herido en el suelo. Hem vio que el Gluma se inclinaba sobre él, como si estuviese examinándole las heridas; se produjo el breve destello de una espada bajo la mortecina luz del sol, y después los

demás niños apartaron el cuerpecito del grupo y lo lanzaron sobre unos arbustos cercanos.

—Han matado a ese niño —murmuró Zelika, incrédula—. Acaban de matarlo. ¡Así, sin más!

—Debía de... debía de estar demasiado herido para curarlo... —dijo Hem horrorizado.

En aquel momento Irc llamó suavemente a la mente de Hem. Había aterrizado en silencio en el árbol que había sobre su escondrijo, y Hem no tenía ni idea de que estuviese tan cerca, lo normal sería que hubiese llamado en cuanto hubiera estado dentro de su alcance. Aquello indicaba una precaución fuera de lo habitual.

¿Estás bien? Preguntó Hem mientras una sensación de alivio le inundaba el cuerpo.

Sí, dijo el cuervo con brusquedad. *Pero no voy a volver ahí. Nunca más. Callaos, vienen más.*

Oyeron unos pasos que se acercaban, un crujido de ramas y hierba y después, a solo unos pasos de ellos, cuatro niños entraron en su campo de visión. Tenían la cara arañada y cubierta de sangre, y a uno de ellos —un niño de unos once años, según le pareció a Hem— le colgaba un brazo inerte a un lado.

Zelika contuvo un grito y entonces, antes de que Hem pudiese hacer nada sensato, saltó de su escondite hacia el claro. Él la agarró mientras se abalanzaba al exterior, pero la capa se le escurrió de la mano. Hem se tambaleó, sintiendo que su velo de luz temblaba hasta estar a punto de romperse, y murmuró con desesperación una palabra para contenerlo mientras se colocaba en cuclillas, como si estuviese a punto de seguir a Zelika. Pero algo lo detuvo. En lugar de salir, observó helado cómo Zelika se lanzaba sobre el pequeño claro al lado de los cuatro niños, con la daga en la mano.

Los niños se volvieron con una simultaneidad espeluznante, blandiendo las armas al instante. Desde su punto de vista, debió de parecer que había surgido del mismo aire; no podían haberla percibido hasta que irrumpió por los límites del velo de luz. Pero ninguno de ellos pareció mostrar sorpresa; sus rostros se veían serenos e imperturbables.

Se ha vuelto loca, le silbó Irc en la mente. Hay que volver, estos humanos no están bien, la harán pedazos.

¿Cómo voy a conseguir que vuelva ahora?, preguntó Hem. Maldijo en voz alta, sintiendo cómo un sudor helado lo cubría por completo.

—¡Nisrah! —chilló Zelika. Alcanzó al muchacho herido y lo sacudió violentamente, pero en su lugar de hacer un gesto de dolor él se limitó a quedársela mirando, inexpresivo—. ¡Nisrah, soy yo, Zelika! —Los demás niños la rodearon blandiendo sus armas, pero de momento no la atraparon. Zelika apretó al niño contra su pecho y mantuvo a los demás a raya con la espada. Le susurró algo al oído al niño mientras observaba a los demás con precaución y se retiraba—. Ven conmigo, Nis. Saldremos de aquí.

—Yo no me llamo así. No sé quién eres —la voz del chico era ronca y monótona, pero una especie de reconocimiento brilló en lo más profundo de sus ojos.

—Te llamas Nisrah, eres mi hermano y estás embrujado. Para, para ya. Y vosotros. —Zelika dio una estocada en dirección a los demás niños— también estáis embrujados. Quedaos quietos. Ahora.

Zelika hablaba con tal intensidad y furia que los otros niños se detuvieron y, durante un abrir y cerrar de ojos, sus rostros se difuminaron y en ellos apareció una repentina estela de un sentimiento, un dolor insoportable. Durante un extraño momento, Hem, que observaba aterrorizado desde el escondite, pensó que Zelika podría realmente romper el terrible embrujo en el que estaban metidos: estaba encendida por una especie de locura que resultaba tan convincente como cualquier tipo de magia.

Tiró de Nisrah dando un paso más. Este tropezó y chilló cuando ella le tiró del brazo herido y aquel momento pasó. La sensación que Zelika había provocado en los niños se convirtió en expresiones de furia asesina. Nisrah se soltó de Zelika con brusquedad y casi la tira. No tenía armas, era el brazo de la espada el herido. Golpeó a Zelika en la cara con el puño bueno y ella se dobló; a Hem le dio la impresión de que no fue tanto por la fuerza, ya que no tenía mucha, sino por el hecho. El niño se apartó de ella, y cuando Zelika comenzó a caminar hacia él para volver a agarrarlo, este levanto el puño.

—¡Nisrah! —el grito contenía tal angustia desesperada que Hem cerró los ojos; no podía soportarlo—. ¡No!

—Es una espía —susurró una niña. Tenía el cabello mugriento de punta, y llevaba una especie de lanza que parecía demasiado pesada para que pudiese cargar con ella, aunque parecía levantarla sin esfuerzo.

Con una lentitud amenazadora, los niños comenzaron a rodear a Zelika. Ahora sus rostros volvían a ser inexpresivos, y sus movimientos tan solo dejaban entrever crueles intenciones. Todos llevaban armas largas —una espada, una pica, una lanza— que tenían el doble de alcance que la daga de Zelika. Esta reuló hacia un árbol, respirando con dificultad.

—Siempre has sido un imbécil, Nisrah —susurró con voz dura—. Haz lo que te digo. Ven detrás de mí. Saldremos de aquí. No eres un hocico. —Nisrah escupió en el suelo. Zelika hablaba sin mirarlo a la cara, con los ojos fijos en los demás niños—. No hagas como que no te acuerdas de mí —dijo—. Claro que te acuerdas.

No parecía estar asustada en absoluto: cuando el chico más alto intentó clavarle la pica ella dio un salto para esquivarlo con una agilidad engañosa y le calcó la espada en la garganta. El niño cayó, con la sangre saliéndole a borbotones por la boca, y ella se giró y desvió el golpe procedente de otro niño, mientras la niña se echaba atrás, mirándola con recelo. Nisrah no hacía nada, ni atacarla ni entorpecer a los otros. Pareció aturdido.

—Colócale detrás de mí, Nisrah. Ya.

Nisrah dio un paso hacia Zelika y se detuvo, con aire inseguro. Zelika le arrancó de la mano la larga espada a la niña y esta levantó las manos retorciéndolas con dolor, y se arrojó sobre Zelika, esquivando la espada. Zelika se escabulló con tanta rapidez que Hem apenas pudo ver el movimiento, y la niña aterrizó con fuerza sobre el suelo, retorcida.

Cada vez más preso del pánico, Hem oyó que venía gente corriendo hacia ellos, aunque nadie había gritado pidiendo ayuda y habían hecho, hasta el momento, muy poco ruido. Agarró la espada con tanta fuerza que se le quedaron blancos los nudillos, mientras recordaba la advertencia de Hared: «Nada de héroes. Los héroes tienen tendencia a no volver». ¿Y qué debería hacer ahora? Salir y luchar junto a Zelika sería un suicidio directo, pero tampoco podía quedarme allí y ver cómo ella moría. Durante unos agónicos momentos vaciló, incapaz de decidir qué hacer, y después inspiró profundamente y comenzó a arrastrarse fuera del escondite.

Justo antes de romper su cubierta, Irc chilló y salió volando hacia su cara, todo él garras y pico, arañándolo y jurando, intentando desgarrarle las mejillas. Hem cayó hacia atrás y la espada se le enredó en las zarzas que tenía encima.

Ahora no puedes ayudarla, susurró el pájaro. *Es demasiado tarde. Se ha vuelto loca, está ida.*

Hem se echó hacia delante, entre sollozos y maldiciones, pero Irc se colocó ante él, con las plumas del cuello erizadas, las alas levantadas y los ojos amarillos centelleantes. *No puedes ayudarla*, repitió.

Al lugar de la escaramuza había llegado más niños. Hem no veía qué estaba pasando, oía chillidos, gruñidos, gritos y el horrible ruido de las espadas al chocar contra huesos. Entonces se le revolvió el estómago y supo que el Gluma estaba muy cerca. Se dobló en dos a causa de una mezcla de terror y arcadas. Sentía, como una hoja helada en su mente, la dirección de la mirada del Gluma; estaba buscando entre la maleza, estudiaba las zarzas y su poco adecuado escondite, en cualquier momento rompería el velo de luz, lo encontraría y lo sacaría de allí a rastras...

Irc aleteó hacia arriba, emitió un graznido ronco y salió disparado de la parte superior del matorral. La mirada del Gluma vaciló, distraído por el ruido que había hecho el cuervo, y pasó de largo sobre el escondrijo de Hem. Hem se acurrucó en el suelo, demasiado asustado para moverse. Zelika le chillaba improperios al Gluma: ahora sí que estaba completamente desquiciada. De repente sus maldiciones se detuvieron en seco, con una brusquedad increíble, a media frase, y Hem pensó que debían de haberla matado. Con gran temeridad, le envió sus sentidos y tocó durante un instante su cálida presencia, que respiraba: no estaba muerta, ni siquiera herida.

Debían de haberla amordazado con un conjuro.

—Cegadla—ordenó el Gluma. Su voz parecía proceder de una distancia lejana y terrible, aunque se alzaba a tan solo unos pasos de Hem—. Podría sernos útil. Dejad a los demás.

Hem se quedó como si estuviese paralizado, le temblaba todo el cuerpo, tenía la

boca arenosa por la tierra y las hojas. Un reguero de sangre comenzó a discurrirle por la cara, en el lugar donde Irc le había picado. Oyó el chirrido metálico de las espadas al ser envainadas, el tintineo de armas levantadas del suelo, el gruñido de alguien que levantaba algo pesado, el ruido de pasos uniforme que se desvanecía en el crepúsculo.

No era capaz de abrir los ojos, ni siquiera podía llorar.

Zelika había desaparecido.

DÉN RAVEN



*El río es oscuro, ancho y profundo,
la costa está lejos
y he de nadar contra esta fuerte marea
cada noche y cada día.*

*Cálidas son las luces que me llaman,
la costa está lejos
y sé donde preferiría estar
cada noche y cada día.*

*Pesadas cadenas rodean mis pies,
la costa está lejos,
polvo y ceniza me dan de comer
cada noche y cada día.*

*Un día veré aquí a mis muertos,
la costa está lejos
y entonces descansaré de mi trabajo e inquietud
cada noche y cada día.*

*Canción de los esclavos de Dén Raven,
Biblioteca de Turbansk*

Una media roja, alzándose entre vapores pestilentes. Estrellas difuminadas sangrando en un cielo manchado. La tierra es una mancha púrpura.

Está tumbado en el suelo y aquel lugar enfermo le toca el cuerpo y le dan arcadas mientras duerme. Siente sus heridas como si estuviesen enganchadas en su propio cuerpo. La tierra le grita, en una lenta vibración de dolor: cortada, mutilada, envenenada, rajada, dañada.

A lo lejos, bajo él, alcanzando su ser, siente un fuego lento, una roca líquida y brillante que se retuerce. Está poseído por una voz sin boca, una lengua sin palabras, una furiosa música que lo retuerce, le distorsiona los huesos, le reseca los labios, le borra los ojos, le comba la carne hasta convertirla en volutas de ceniza.

Aquí no hay curación.

Abre los ojos. Observa cómo las estrellas se desvanecen en el cielo que se ilumina poco a poco. Él no es más que huesos esparcidos sobre la superficie quebradiza de la tierra, una maraña de polvo sin sentido. El sonido del viento se eleva hasta convertirse en un grito, las nubes en ebullición se tragan el horizonte, los rayos le castigan la vista. La tierra se comba y asciende hasta encontrarse con el cielo: pero no, es una ola, aquí, a leguas del mar, una única ola, con una cresta de espuma blanca. El silencio es total. Más que ninguna otra cosa, es silencio, y el silencio le aterroriza. Se queda mirando mientras la ola imposible surge inexorable hacia él, tragándose la tierra por el camino. Lo devorará todo, incluso las nubes. La compasión es un vicio humano; la ola no la conoce. Pronto todo se quedará en silencio.

Hem se despertó y se quedó tumbado temblando, acurrucado dentro de su capa. *Aquí no hay curación.* La voz del sueño le resonaba en el cráneo a medida que el terror se iba alejando. Se mordió el labio, deseando poder llamar a Irc. Luchó contra sí mismo, maldiciendo su debilidad, pero no podía soportarlo; por fin consiguió sacar una mano con precaución y buscó la presencia de Irc. Era débil, demasiado alejada, pero aun así perceptible. De una manera perversa, aquel breve contacto le hizo sentirse todavía más solo.

La oscuridad era total. Estaba tumbado sobre el suelo desnudo de un cuartito, con

el aire cargado por el olor punzante de la orina y la comida pasada, pero el hedor no provocaba ningún tipo de calor, el aire estaba helado. La piel le picaba como si unos gusanitos lo estuvieran mordisqueando.

«¿Qué he hecho?», pensó. «No hay manera de salir de esta pesadilla, solo la muerte. No quiero morir».

Aquí no hay curación. La voz se burlaba de él. Percibió con susto que la pequeña vigilancia que había al otro lado de la puerta se movía, alertada tal vez por su breve contacto mental. Hem empujó sus pensamientos a las profundidades más secretas de su ser, conteniendo el aliento; la cosa olfateó a su alrededor durante un instante y después remitió sin dar la alarma. Hem espiró sin hacer ruido, aliviado.

«Dormir», pensó. «Necesito dormir». Le dolía todo de cansancio, pero el sueño no vendría. Se quedó tumbado de espaldas y miró con los ojos muy abiertos hacia la oscuridad.

Después de que se hubiesen llevado a Zelika, Hem se había quedado sumido en una especie de estupor a medida que el crepúsculo se iba convirtiendo en una noche cerrada. Irc había vuelto al escondrijo un tiempo después de que los últimos pasos hubieran desaparecido, pero no dijo nada, ni siquiera insistió en pedirle algo de comer. Se acurrucó cerca de Hem y se le apoyó en medio del pecho, emitiendo ruiditos en solidaridad con la miseria del muchacho sin habla.

Cerca de la media noche, Hem se incorporó. Abrió el hatillo y sacó un poco de comida que compartió con Irc, que se la comió con desgana y después buscó un lugar en que posarse y se quedó dormido. Hem no podía dormir. Se quedó mirando el cosmos durante horas, pensativo.

«Es posible», pensó con frialdad, «que Zelika esté muerta». Aun así, resultaba poco probable: si pensaban que era una espía, lo que era cierto, querrían intentar averiguar la información que tuviese en su poder. En aquel momento se dio cuenta de que Zelika sabía mucho. La magnitud del desastre de su captura comenzó a desarrollarse en su mente. Un Gluma podía robarle sus recuerdos igual que un buitre picotea un cadáver. Sabrían de Nal-Ak-Burat, de Hared, de las esperanzas y miedos de la resistencia. «Sabrán de mí», pensó Hem con un ataque de pánico. No había manera de mantener nada oculto si te visionaban. Hem se estremeció ante la idea de una violación así, de cómo sería tener a un Gluma dentro de la cabeza, revolviendo entre sus vergüenzas más íntimas; pero desechó aquel pensamiento. Ya había acabado de estar triste y arrepentirse: la cuestión era qué hacer ahora.

Debía informar a Hared y explicarle lo que había pasado. Pero no podía irse de allí sin Zelika. La idea se fue formando con serenidad, como si fuese una decisión que ya hubiera tomado sin haber sido consciente de ello. Tenía que recuperar a Zelika. Tenía que averiguar qué era lo que había descubierto el Gluma.

«Sabrán de mí. Si me dejen ver, sabrán quien soy».

Se miró los brazos. Con el cabello oscuro y la piel aceitunada de los Pilanel, Hem podría pasar por baladhiano si no se hubiera pasado las últimas semanas bajo tierra. Tenía la piel cetrina y pálida, demasiado pálida para el Suderain. Su dominio de la lengua ya era suficiente bueno para pasar desapercibido, pero no sobreviviría a una prueba profunda.

Pensó en el conjuro de disfraz que Saliman le había enseñado durante unas horas muertas que habían tenido en Turbansk. Era, según le había dicho Saliman, una especialidad de Cadvan, y engañaba a los ojos Bárdicos. No era una técnica muy conocida, ya que pocos Bardos la dominaban; llevaba mucho tiempo y era agotadora, y además tenía una duración limitada, así que si pretendía disfrazarse para varios días tendría que renovarla con regularidad. Pensó que tal vez podría conseguir llevar a cabo una versión limitada que no cansase tanto, en lugar de una transformación completa de sí mismo: unas ligeras alteraciones en los rasgos faciales, cambiándose los ojos azules por castaños, puliéndose los pómulos y oscureciéndose la piel. Estaba delgado, pero podría volverse ligeramente más delgado para parecer que llevaba semanas medio muerto de hambre. Podría funcionar.

Sabía cómo escudarse de modo que el delator brillo por el que los Bardos se reconocían entre ellos quedase oculto. Si quería pasar por un niño del Suderain normal y corriente, tendría que escudarse a tanta profundidad que nadie pudiese sospechar ni el más mínimo brillo Bárdico en él, y tendría que mantener el escudo todo el tiempo. Resultaría muy cansado, pero quizá no imposible. Había aprendido a tener autodisciplina y cautela durante los años pasados en el orfanato.

Despacio, metódicamente, repasó todos los detalles de lo que podría y valoró los riesgos de su plan. Era insoportable pensar en las consecuencias que tendría que lo atrapasen. Pese a ello sabía, con una intensa seguridad, que no podía abandonar a Zelika en manos de los Glumas. Una compleja vergüenza por haberse limitado a quedarse mirando mientras la capturaban —el hecho de que, pese a todo, pese al asombroso ataque de Irc, pese a la imposibilidad de haberla ayudado en lo absoluto, de alguna manera lo había permitido— daba vueltas bajo todos sus pensamientos. Sentía que ahora podía comenzar a comprender un poco la locura de Zelika: había visto cómo capturaban y mataban a su familia, y no era capaz de exorcizar la vergüenza de haber sobrevivido.

Hem sabía que Hared se pondría furioso; pensaría que estaba siendo «heroico». «No soy un héroe», pensó Hem, «pero no puedo dejar atrás a mi amiga, no sin saber si está viva o muerta, sin tan siquiera intentar rescatarla». Se estremeció al pensar en lo que podría decir Saliman.

Comenzó a prepararse. Si los Glumas habían averiguado algo acerca de su existencia, estarían buscándolo; así que antes de hacer nada tenía que cambiar de base. Aparte de todo lo demás, había tres lastimosos cadáveres cerca que no se atrevió a enterrar, por si alguien se daba cuenta. Intentó no mirarlos cuando salió del matorral. Se preparó el hatillo con gran cuidado, se llevó la comida de Zelika pero

dejó sus otras pertenencias donde estaban. El velo de luz se consumiría en unas horas, así que no se molestó en desmontarlo. Entonces despertó a Irc y se pusieron a buscar un nuevo escondite, lo más lejos posible del anterior, pero con las mismas ventajas como mirador sobre el campamento.

Entonces le dijo a Irc que fuese a reunirse con Hared y lo preparó para portar su mensaje: una simple explicación de lo que había ocurrido y que había observado los métodos de adiestramiento de los niños soldado. No mencionó lo que tenía pensado hacer, tan solo que se quedaría donde estaba para observar cómo se desarrollaban las cosas y que enviaría más noticias. Sacó una minúscula bolsita de tela de su hatillo y dentro de ella metió tres ramitas, que simbolizaban las tres tropas infantiles que estimaba que tendría el campamento, una piedrecita para representar al Bardo y dieciséis vainas, que era el número de soldados-perro que había contado. Lo ató a la pata de Irc.

Si me dice que vuelva, le explicó Hem, dile que no puedo.

Se enfadará. Replicó Irc.

No puede obligarme.

Irc no hizo ningún comentario ni pregunto nada, lo cual era algo poco habitual en él; tal vez había adivinado en parte las intenciones de Hem. Le dio un suave picotazo en la nariz a modo de despedida, y salió volando. Estaba a solo unas horas de vuelo, en contraposición al día y medio que le hubiera llevado a Hem llegar tan lejos. Hem apostaría cualquier cosa a que Hared no vendría a buscarlo. Dudaba que el Bardo fuese a arriesgarse.

Una vez encontró un escondite satisfactorio, el sol ya brillaba entre las primeras nubes de la mañana. Estaba tan cansado que los párpados no paraban de cerrársele solos. Se tumbó, colocándose lo más cómodo que pudo sobre el suelo lleno de pinchos, y cayó en un profundo sueño.

Irc volvió al día siguiente. Hared le enviaba un breve mensaje: *no seas idiota*, y había ordenado que Hem volviese a la base en tres días. Era menos incendiario de lo que se había esperado.

Esperó tres días, descansando todo lo que pudo, intentando controlar las náuseas que lo acosaban constantemente estando en aquel lugar. Probó a contenerlas, forzando a su cuerpo a ignorarlas. No podía hacer nada como debía si estaba todo el tiempo enfermo. Un día después descubrió una manera de ignorarlas; las náuseas continuaban, pero podía vivir con ellas.

La espera de tres días fue una de las cosas más duras que había hecho nunca. A cada momento se veía atormentado por el miedo a lo que le podría estar ocurriendo a Zelika; unas imágenes terribles se le desataban en la mente. Pero sabía que tenía que dejar un espacio de tiempo entre la aparición de Zelika y la suya si quería que su plan tuviese alguna posibilidad de salir con éxito.

Una y otra vez volvía sobre la secuencia de acontecimientos que habían conducido a la captura de Zelika, preguntándose si habría algo que pudiera haber

hecho para evitarla. Ahora se daba cuenta que la razón principal por la que Zelika había aceptado venir con él era porque deseaba descubrir qué les había ocurrido a sus hermanos y hermanas; sabía que sospechaba que los habían capturado y no matado. Se culpó a sí mismo: debería haberlo supuesto. Ahora que pensaba en ello, resultaba obvio; y la posibilidad de que pudiese ver a alguien de su familia ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Por supuesto que había perdido todo el autocontrol cuando había visto a su hermano. Aunque resultaba inútil, Hem maldijo aquella cruel casualidad.

Lo que era peor, recordó que había sido culpa suya que ella hubiera venido. Hem la había camelado para conseguir que aceptase trabajar con Hared. Si no hubiera sido por él, nada de aquello habría ocurrido.

Alivió su inmensa tristeza observando el campo con obstinada concentración, tomando nota con gran cuidado de todo lo que veía. Para su sorpresa, no se produjeron más salidas al bosque. Nadie vino en su busca y no se produjo ningún movimiento en el camino. Pensó que era algo alentador; si hubiesen descubierto algo importante, sin duda habrían enviado un mensaje a Dén Raven.

Observó cómo las pequeñas figuras se adiestraban todo el día, desde el momento en el que salía el pálido sol por la mañana hasta las últimas luces, y tomó nota de lo que hacían. Decidió que su estimación inicial de tres tropas de niños —poco menos de mil— era bastante aproximada. Después envió a Irc a donde estaba Hared con sus últimas observaciones, y le dijo que se quedaba donde estaba.

Irc volvió un poco nervioso, con órdenes directas de que Hem volviese a donde estaba Hared. Hem asintió, con una sonrisa forzada, y comenzó a preparar su conjuro de disfraz. Irc lo observó alarmado y en silencio por una vez, y después le preguntó qué estaba haciendo.

Voy a entrar en el campamento, dijo. Tendrás que contárselo a Hared.

Estás tan tocado del ala como la niña, susurró Irc, enfadado de repente. Nunca conseguirás salir. Ni siquiera los pájaros sobrevuelan ese lugar.

Hem se detuvo y observó a Irc. *Necesito tu ayuda, Irc, pidió. Necesito que le digas a Hared lo que estoy haciendo, y después que te quedes cerca del campamento para que pueda pasarte mensajes. Me las arreglaré para hacerlo, tiene que haber una manera, tendrá que ser contacto mental.*

¿Solo? ¿Quieres que me quede solo? Irc aleteó, repentinamente alarmado.

Yo también estaré solo. Pero tengo que encontrar a Zelika y sacarla de ahí.

Estás loco.

Tal vez. Pero tengo que hacerlo. No puedo dejarla ahí. Hem miró a Irc, el cuervo había vuelto la cabeza de manera que podía mantener la vista fija en él con un único ojo amarillo que no pestañeaba. Percibía la ansiedad del animal. *Lo siento, Irc. Deseo volver más que ninguna otra cosa, pero primero tengo que hacer esto. Ayúdame.* Irc le dio la espalda a Hem y comenzó a arreglarse las plumas con el pico. *Por favor, Irc.*

El cuervo levantó la vista y se acercó. Hem acarició las plumas crujientes y frías

de Irc mientras se arrepentía de la pérdida de su blancura: el tinte moteado era práctico, pero echaba a perder la belleza habitual de Irc.

Te ayudaré, dijo Irc. Comprendo que no desees dejar a tu amiga. Y yo no quiero dejarte a ti.

De repente las lágrimas le ardieron a Hem en los ojos.

Gracias, dijo. Cogió a Irc, se lo colocó en el regazo y le rascó suavemente el cuello. Iré mañana. He averiguado cómo entrar, pero después de eso tendré que ver qué pasa. Mantente todo lo cerca que puedas, para que pueda alcanzarte si te necesito.

Irc se quedó en silencio durante un rato, con los ojos entrecerrados por el placer mientras Hem le hacía cosquillas en el cuello.

¿Y si te matasen?, preguntó por fin.

En ese caso tendrías que volver a donde esté Hared, respondió Hem. Pero no me matarán.

Volvió a su conjuro de disfraz. Tenía razón: no resultaba tan duro conseguir un cambio parcial. Se volvió demacrado y famélico. Parecía una especie de versión del Suderain de sí mismo; duraría cinco días. Con un poco de suerte no tendría que renovarlo. La magia lo dejaría totalmente agotado.

Irc le dirigió una mirada curiosa. *Ya no eres Hem, dijo por fin. ¿Quién eres?*

Con un vuelco en el corazón, Hem se dio cuenta de que pese a que había pensado en todo lo demás, no se había puesto nombre. *Soy Bared; dijo tras una pausa. Soy un sencillo muchacho de pueblo y no hablo muy bien. Mi pueblo se quemó, salí corriendo y he estado viviendo solo en las llanuras. Tengo hambre.*

Irc emitió el sonido gutural que significaba que estaba riendo.

Hem se examinó las manos, de un extraño color oscuro, mientras comía. Sentía mucho miedo ante lo que estaba a punto de hacer, pero al mismo tiempo sabía que su decisión era irrevocable.

Cuando hubo terminado de comer repasó con mucho cuidado su hatillo, dejando a un lado la mayor parte de su contenido. Se bebió el medhyl que le quedaba y dejó el frasco en el suelo. La cota de malla y la maltratada armadura de cuero se quedaron con este, y lo que le quedaba de comida, que envolvió en un paño con cuidado para que no se humedeciese. Se debatió durante un tiempo acerca de si llevar o no la daga; le tenía cariño y le asentaba bien en la mano, pero la empuñadura estaba recubierta de oro y esmaltada en el azul de Turbansk. Era un arma demasiado grandiosa para un muchacho harapiento que huía de la guerra... al final la dejó a un lado. Se soltó el broche con forma de sol, la señal de que era Bardo de Turbansk, y lo dejó junto a la espada. Por último, con un gran esfuerzo, se quitó del cuello el medallón de Pellinor. Lo sacó de su bolsita de tela y lo acarició con los dedos antes de dejarlo con el resto de las cosas. Continuaba siendo su posesión más preciada, y no le gustaba la idea de dejarlo. Se quedó con un chaleco de recambio y la bolsa del agua. Ahora el hatillo estaba muy vacío.

Cavó un agujero poco profundo y colocó todas sus posesiones dentro. Pisoteó la tierra roja y la cubrió con maleza y un velo de luz, preguntándose mientras lo hacía si volvería alguna vez a desenterrarlas. Irc observaba sus preparativos con curiosidad, sin decir nada.

Entonces Hem inspiró profundamente. Era extraño, pero pese a su miedo se sentía muy calmado y seguro.

Bueno, dijo, ahora me iré. Cuéntale a Hared lo que voy a hacer y después vuelve lo antes posible.

Es un camino largo, se quejó el cuervo. Ayer volé hasta allí, en el aire hay cosas desagradables.

Lo sé. Pero eres el Mensajero del Rey, Irc, el más valiente de entre los pájaros. Puedes hacerlo. Irc infló las plumas del pecho. A Hem se le ocurrió con un repentino cariño que siempre se podía confiar en su vanidad. *Ve en paz, Irc, le deseó. Intentaré contactarte en cuando pueda, pero que no cunda el pánico si tardo un poco.*

El cuervo acarició la cara de Hem con el pico y se lanzó al aire. Hem lo observó hasta que desapareció de su vista.

Esperó hasta la puesta del sol, pero antes ya estaba completamente oscuro. Entonces se escudó, encerrando bien su yo más interno. Ahora era Bared, no Hem. Tensó los hombros y se fue acercando poco a poco a la colina, en dirección al campamento.

Tras días de crear laberintos de sombras y avanzar con sigilo de árbol en árbol, se sentía terriblemente visible mientras caminaba hacia el campamento. A medida que se acercaba, percibió con escalofrío que unos soldados-perro observaban desde las elevadas plataformas de madera que se alzaban sobre las vallas. Durante un instante fue preso del pánico y estuvo a punto de darse vuelta y salir corriendo. Pensó en Zelika y se obligó a continuar, notando cómo el pulso le latía con fuerza en la garganta.

Caminaba dando traspies, como si estuviese muy cansado y medio muerto de hambre. Tenía el cabello enmarañado por haber viajado durante días y apestaba a sudor rancio. Se había revolcado con su ropa sobre el polvo para hacerla parecer más harapienta y llena de mugre. Las sandalias tenían la suela gastada y estaban andrajosas. Aunque estaban bien hechas, con buen cuero, no se había desecho de ellas, ya que le había parecido que tenían un aspecto lo bastante pobre para no llamar la atención; no tenía ganas de ir descalzo. Cuando se acercaba al campo comprobó tres veces su escudo. No tenía que falsificar su nerviosismo.

Incluso con los sentidos Bárdicos ocultos, sintió una conmoción cuando las vigilancias dispararon la silenciosa alarma en el aire oscuro. Se fortaleció y continuó avanzando arrastrando los pies, a la espera de sentir cómo se le clavaba una flecha en el pecho en cualquier momento. Nada se movió.

Se detuvo cuando llegó a la puerta, desconcertado por un instante. Esperaba que en aquel punto ya lo hubiesen puesto a prueba. La examinó de cerca mientras se preguntaba qué hacer. Las planchas que la componían estaban unidas por toscas bandas de hierro, y habían cortado la madera hacía tan poco tiempo que todavía estaba fresca. Era lo bastante ancha para permitir que una docena de personas pasase por ella, pero encajada en ella había una puerta más pequeña, reforzada con hierro. Hem intentó golpearla con los puños, sintiéndose estúpido, pero la sólida madera absorbió el sonido. Dio un paso atrás e hizo un gesto con la mano, nervioso, al soldado-perro que tenía más cerca. Este no se movió ni respondió de ninguna manera.

Al final acabó sentándose sobre la tierra batida del camino, apoyando la espalda en la puerta, y se limitó a esperar. No podía pensar en nada más que hacer, aparte de marcharse. Ahora ya era casi noche cerrada. ¿Por qué no salía nadie a buscarlo? Un débil grito de caza resonó en la distancia y miró hacia la noche lleno de miedo: no sabía qué tipo de bestias rondaban por allí fuera, ni lo que se acercarían a la estacada. Se le ocurrió que la intención de las vallas era mantener cosas fuera, tanto como dentro. Sin magia que lo protegiese, estaría mejor dentro.

Casi había perdido la esperanza de que percibiesen su presencia y estaba valorando sus alternativas, cuando la puertecita insertada en el portón crujió y se abrió. Se puso en pie con dificultad, nervioso. Dentro había una mujer alta vestida con una túnica de lana cruda, sin teñir, que lo arrastró al interior y cerró la puerta tras ella con un cerrojo. No era Gluma, tal como él había esperado a medias.

—¿Qué estabas haciendo fuera? —siseó—. Te tocará como mínimo ir a la Casa Ciega. ¿De qué bloque eres?

Hem se la quedó mirando sin comprender.

—Tengo... tengo hambre —tartamudeó—. He caminado mucho, ahí afuera hay bestias y he corrido...

La mujer se detuvo y le examinó el rostro con la boca fruncida.

—Tú no eres un chucho —afirmó con aspereza—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? —Hem se había quedado con la boca abierta, intentando parecer lo más imbécil y asustado posible. La mujer le pegó una bofetada en la cara y él se tambaleó y estuvo a punto de caerse—. ¡Contéstame! —le espetó—. No me hagas perder el tiempo.

Hem se puso la mano sobre la mejilla dolorida y comenzó a lloriquear.

—Me llamo Bared —dijo—. Tengo hambre. Me perdí.

—Hmmm. —La mujer se detuvo, mirándolo de lado con los ojos casi cerrados—. Bueno, Bared. Tendrás que venir a la sala de bienvenida, y ya veremos. Sígueme.

—¿Comer? —preguntó Hem con voz lastimera.

—Sí, sí, te daremos algo de comer. Ahora cállate. —Hem la siguió, echando miradas furtivas a su alrededor mientras avanzaban. A cada lado tenía hileras de edificios bajos y sin ventanas, construidos alrededor de una enorme plaza de tierra batida. La mujer lo llevó atravesando la plaza a uno de los pocos lugares en los que

había ventanas iluminadas. Entraron en una habitación pequeña y humilde que daba al recibidor. Por lo menos estaba caliente. En una pared había un banco, por lo demás estaba vacía y carente de accesorios. La mujer señaló hacia allí—. Espera ahí —dijo en tono autoritario y desapareció por una puerta que daba a otra habitación. Hem se dejó caer pesadamente sobre el banco, agradecido por no estar a la intemperie. Ahora llegaba la parte que más le inquietaba: estaba seguro de que tendría que pasar por algún tipo de examen. Con el corazón latiendo a toda prisa, se preguntó si relacionarían su aparición con la de Zelika, si sospecharían que era un espía. No estaba seguro de si su disfraz se aguantaría bien ante un examen detallado. ¿Hasta qué profundidad era capaz de escudarse? ¿Lo visionarían? El visionado era su único miedo real: ni siquiera los Bardos eran capaces de protegerse contra aquel cruel examen.

Había pensado mucho acerca de ello y sabía que estaba tentado a la suerte. Deseaba que visionarlo fuese una complicación demasiado grande. Los Bardos eran muy reacios a visionar, en parte porque era una intrusión profunda en mente de otra persona, pero también porque resultaba un proceso agotador y de una dificultad extrema. Hem estaba seguro de que para los Glumas sería lo mismo, puesto que, después de todo, eran una especie de Bardos; tal vez para ellos fuese peor, porque visionaban sin tener el consentimiento de la persona, y tenían que batallar contra la resistencia del otro. Sin duda los Glumas podían sufrir un cansancio mortal, por mucho que no muriesen de la manera habitual. ¿Merecería la pena visionar un niño hambriento y agotado? Se mordió las uñas con nerviosismo, luchando por mantener su ansiedad bajo control.

Él era Bared. Estaba perdido, asustado y cansado. Su familia estaba muerta.

Hem vació su mente de todo excepto del deseo de comer algo. Dejó la boca floja y comenzó a babear un poco.

La estuvo fuera mucho tiempo.

Hem oyó unos pasos que corrían. Incluso antes de que entrase en la habitación, sabía que venía acompañada por un Gluma. Luchó contra su terror instintivo. Bared no sería capaz de percibir un Gluma. ¿Qué pensaría Bared? Bared se preguntaría inmediatamente si estarían a punto de darle la cena. Hem alzó la vista, con una famélica ansiedad impresa en el rostro, y cuando vio que traía las manos vacías volvió a bajar la mirada, decepcionado.

—¡Levántate cuando un amo entra en la sala! —ladró la mujer. Hem se puso de pie con torpe obediencia. ¿Dónde estaba su cena?—. Dile tu nombre y tu historia.

Hem se mojó los labios nervioso.

—Me llamo Bared —dijo, y se calló mientras dirigía miradas nerviosas a las dos figuras que tenía ante él.

—¿Y cómo has llegado aquí?

—No... no lo sé. —La mujer levantó la mano para volver a pegarle y él se encogió y comenzó a balbucear—. Mi gente ha desaparecido, mi papá, mi mamá...

fue algo terrible, fuego y muertos, sangre, los gritos... salí corriendo. He estado todo el tiempo corriendo y corriendo. No pude encontrar a nadie. En la oscuridad hay cosas malas y yo estoy perdido y tengo mucha hambre...

Los retortijones provocados por las náuseas le estaban destrozando el estómago; se parecían mucho a los pinchazos de hambre desgarradora que tan a menudo sentía cuando era pequeño. Miro al Gluma por primera vez, y por un instante sus náuseas se doblaron y un sudor frío le cubrió la piel. Desvió la mirada para observarlo de manera indirecta, para tener en el campo de visión periférica la imagen que tomaba el Gluma, ya que sus ojos Bárdicos podían ver a través del conjuro destellante que cubría el puro horror de su rostro. Unos ojos inyectados en rojo brillaban desde la calavera no muerta, tenía trozos de piel sin cabello que se tensaban sobre el hueso. No osaba revelar su repugnancia visceral, hacerlo sería equivalente a admitir que era Bardo. Dudaba mucho que el Gluma se presentase ante un chiquillo aterrorizado sin tener un conjuro que lo ocultase.

Para su alivio, Hem por fin consiguió captar una imagen de la forma del Gluma bajo el conjuro destellante por el rabillo del ojo. Lo que vio le hizo contener el aliento de espanto, mientras se concentraba con todas sus fuerzas en los retortijones. El Gluma ofrecía el aspecto de una hermosa mujer, vestida con una larga túnica roja, con el cabello oscuro cayéndole suelto sobre la espalda. Era alta y tenía un busto prominente y un rostro cálido y dulce.

—Te daremos comida cuando hayas respondido a unas preguntas —aseguró la primera mujer en un tono de voz más suave—. Ahora cuéntale a esta hermosa dama de dónde eres.

Levanto la vista, reuniendo todas sus fuerzas para no estremecerse ante el semblante con forma de máscara del Gluma, y sonrió con zalamería entre lágrimas. La mujer a la Bared veía era amable, lo ayudaría, le daría de comer...

—Estaba en Inil-Han-Atar —explicó Hem. Recordó la carnicería que había tenido lugar en aquel pueblo y dejó que los sollozos volviesen a brotar de su interior—. Todo ha desaparecido... no queda nadie, no queda comida. He comido cucarachas... —Se sorbió los mocos y se secó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Y cómo te llamas? —el Gluma habló por primera vez. Hem sabía que Bared oiría un tono de voz suave, en lugar de la voz falsa, asexual, que escuchaba, y se permitió imaginársela. Se inclinó hacia delante con entusiasmo, como un perro apaleado que anhela una palabra amable.

—Bared, señorita. —Volvió a sorberse los mocos—. Me llamo Bared.

—¿Y qué hacías en Inil-Han-Atar, Bared?

—Señorita, ayudaba a cuidar a las cabras. Tanshun decía que no lo hacía bien, pero sí que lo hacía, las cuidaba y ahora todas están muertas... —Se le arrugó la cara y volvió a echarse a llorar, deseando sobre todas las cosas que ninguno de los allí presentes conociese bien Inil-Han-Atar.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando percibió que la mente del Gluma

ponía a prueba la suya. Era algo asqueroso, como si unos tentáculos viscosos lo estuviesen acariciando íntimamente, con una suavidad repugnante. Hem estaba preparado para aquello: no era un visionado, sino el toque mental con el que los Bardos a veces se comunicaban y que revelaba sus sentimientos conscientes. No tenía ni idea de si Bared percibiría que un Gluma lo estaba examinando así, pero se imaginaba que sentiría algo. Por suerte, las náuseas de Hem ahora eran tan fuertes que lo dominaban todo y no tenía que fingir la mayor parte de lo que tendría que sentir Bared. Era cierto que estaba perdido, asustado y solo.

El Gluma dejó de prestarle atención y se volvió hacia la mujer.

—Es un simplón —dijo—. Un cachorro en la piel de un primal. Suelen ser los mejores.

La mujer asintió.

—¿No hay interrogatorio?

—No hay interrogatorio —replico el Gluma con cierto disgusto y la tensión interior que sentía Hem se aflojó de alivio—. Dale algo de comer. Me pregunto por qué me has molestado por esta insignificancia.

Durante un instante atisbó el miedo en el rostro de la mujer.

—Perdonadme —argumentó—. Tan solo quería estar segura. —El Gluma asintió y salió del cuarto. La mujer inspiró profundamente y se volvió hacia Hem, que la miraba suplicante pensando con avidez en la comida—. Ven conmigo —le indicó.

Condujo a Hem a una cocina enorme y asquerosa donde le sirvió un cucharón de dohl frío de una olla oxidada. Hem tomó el cuenco con las tripas revueltas, la última cosa que le apetecía en aquel momento era comida.

—Come —inquirió la mujer señalando un banco—. Yo buscaré un lugar en el que colocarte esta noche. Ahora eres uno de los chuchos —el tono de su voz no era de bienvenida, tan solo exponía un hecho—. Por la mañana se te asignará un bloque.

Hem se metió el dohl en la boca con fingida voracidad hasta que, para su inmenso alivio, la mujer salió de la cocina. Cuando estuvo seguro de que había desaparecido se apresuró a volver el dohl a la olla y después vomitó lo poco que había comido en el suelo. Lo ocultó bajo el banco; la cocina estaba tan asquerosa que dudaba que nadie fuese a darse cuenta. Cuando terminó se quedó allí sentado con aire manso esperando a que volviese la mujer.

Estaba demasiado cansado para sentir ni un atisbo de triunfo. Pero lo había conseguido. Había entrado en el campamento.

El campamento, pese a estar toscamente construido y ser temporal, tenía un nombre: Sjug'hakar Im. Hem no supo lo que significaba hasta más tarde, cuando la extraña lengua llena de chasquidos de Dén Raven comenzó, poco a poco y con torpeza, a transformarse en palabras y después en frases cortas; y cuando lo averiguó no le extrañó. Significaba más o menos «Campamento de los Perros Uno».

Como un chucho más, Hem se coló en las rutinas de aquel campamento sin que apenas se notase. Aquella primera noche, cuando soñó con la ola monstruosa, durmió en el mismo edificio en el que el Gluma lo había examinado. Lo habían metido de un empujón en un cuarto del tamaño de un nicho, sin una manta ni cama para suavizar el duro suelo, y le habían dicho que lo recogerían por la mañana. Pese a la aprensión enfermiza que lo carcomió durante toda la noche, el miedo a que tal vez su disfraz no se hubiese sostenido y que toda la entrevista hubiera sido una charada que quedaría al descubierto al día siguiente, durmió. Se despertó magullado y lleno de picaduras de pequeños parásitos, y le dieron de comer legumbres hervidas y un tipo de carne seca sin nombre que no fue capaz de identificar. Pero ahora tenía hambre de verdad, y comió pese a lo asquerosa y grasienta que era la comida; aunque fue demasiado para él y acabó vomitándola en las letrinas. Se pasó todo el primer día mareado de hambre.

Le raparon el pelo casi al cero con unas tijeras para esquila y le dieron una sencilla túnica marrón y unos pantalones. Aquel era, según descubriría, el vestido estándar de todos los niños del campo. También le dijeron que ya no se llamaría Bared; de ahora en adelante, su nombre era Sangre de Degollador. Asintió como bobo.

Se le mostró a su bloque, un grupo de unos cien niños que compartían tres de los largos barracones bajos y sin ventanas que rodeaban el patio de adiestramiento. En el campamento había diez bloques, en cada uno de los cuales había unos cien niños. El suyo era el Bloque de la Sangre, y los niños llevaban una marca en la frente con una mancha vertical de sangre que indicaba el lugar al que pertenecían. Si tenían que luchar y morían, con la sangre de sus heridas se les dibujaba una línea vertical que la cruzaba. En otros bloques algunos se hacían cicatrices en la cara o primitivos tatuajes con zumo de frutas del bosque y tierra. En uno de ellos, el Bloque del Cuchillo, se les cortaba el dedo meñique de la mano izquierda hasta el primer nudillo. Los del Bloque

de la Sangre se consideraban los cuerpos de élite del campamento y despreciaban aquellos recursos tan rudimentarios: cada mañana ellos hacían una incisión en el antebrazo, sacaban un poco de sangre y se renovaban la marca, con lo que renovaban continuamente su compromiso.

«Pero ¿compromiso con qué?» se preguntó Hem mientras observaba con los ojos como platos desde lo más profundo del caparazón imbécil y conmocionado por la guerra llamado Bared que era su disfraz. Aquella mañana Bared, o Degollador, hizo lo que se le ordenó y se practicó un corte en el brazo con un afilado cuchillo que le dio un muchacho alto y moreno. En el bloque no había ningún ritual de iniciación, tal y como esperaba hasta cierto punto: el muchacho alto parecía ser el líder del barracón —Raptor— le dirigió una mirada cargada de indiferencia y le preguntó su nombre, pero eso fue todo.

Lo llevaron a la armería y le colocaron una armadura y le proporcionaron un arma: para su alivio le dieron una daga, de bastante peor calidad que la que había enterrado, con la hoja picada y llena de manchas de vieja, pero todavía afilada y mortal. Ocultó sus habilidades y la cogió con cautela, con la torpeza de alguien que no está acostumbrado a las armas. El encargado del almacén lo examinó durante un breve instante y le tendió una extraña y abigarrada armadura, hecha con cuero endurecido, placas de cerámica y un chaleco hecho con una pesada cota de malla y una tela gruesa y grasienta para colocársela alrededor de los antebrazos y brazos. Se le permitió quedarse con sus sandalias, su hatillo y su otro chaleco, pero primero los examinaron con detenimiento. Hem observó al hombre del almacén mientras lo repasaba minuciosamente, con un gusanillo de ansiedad que se le retorcía en el estómago, con el temor irracional a tal vez haberse olvidado de algo, que algún resto de su ser Bárdico pudiese permanecer en él. Pero le devolvieron el hatillo sin ningún comentario.

Raptor le dirigió una sonrisa sin alegría cuando volvió al Bloque de la Sangre.

—Ahora ya eres un verdadero hocico —dijo. Hem no supo que se refería hasta más tarde. Los niños soldado siempre se referían a sí mismo como «hocicos»; no era un nombre que les hubieran puesto los Glumas, por lo que sabía Hem, sino que se lo habían puesto ellos mismos.

Raptor le enseñó un jergón de paja y una manta que a partir de aquel momento le pertenecían. El barracón estaba abarrotado y mal ventilado, pero nadie salía por la puerta: cada hocico estaba en cuclillas sobre su jergón, entretenidos en diversas actividades inescrutables. Resultaba difícil diferenciar a los niños de las niñas: con túnicas idénticas y el cabello mal rapado, tenían un curioso aspecto asexual.

No tenían los rostros inexpresivos que tanto le habían asustado cuando los había visto durante su misión en las colinas de Glandugir. Charlaban y discutían como era normal entre los niños de su edad, y mantenían las riñas y rivalidades internas habituales. Pero en sus ojos había algo que no estaba bien, una especie de mirada vidriosa que hizo que Hem se refugiase en la supuesta estupidez de Degollador, en

lugar de hablar, como tenía planeado, para conseguir información. Se quedó mirando sin comprender ante cualquier propuesta procedente de los que estaban cerca de él, con la boca abierta, babeando un poco, y ellos se encogieron de hombros, intercambiaron miradas burlonas y lo dejaron solo.

Según supo Hem al escuchar sus comentarios, aquel era un día de descanso y esa la razón por la que no se estaban entrenando en el patio. Estaban tumbados según les apetecía; algunos boca arriba, mirando al techo, haciendo comentarios obscenos de vez en cuando, sumidos en la cháchara constante que fluía por toda la habitación; otros afilaban sus cuchillos o espadas, o contaban las cosas que tenían guardadas en unas toscas bolsas hechas con retales de cuero o tela. Cuchicheaban acerca de incidentes que habían ocurrido en los entrenamientos o se burlaban de las capacidades de los otros bloques, o hablaban de sus comandantes con una extraña mezcla de fanfarronería y miedo.

Un rato después, Hem comenzó a sentirse invadido por un inmenso aburrimiento. Era más que tedio, era como una fuerza activa que empujaba su cuerpo hacia el jergón y le hacía sentir los huesos como el plomo, algo parecido a una monstruosa desesperación. Había unos treinta niños en el barracón y chillaban todo el tiempo como monos; pero ninguno decía nada en absoluto. Uno realizaba una observación y otro respondía; pero daba la impresión de que ninguno de los dos escuchaba lo que decía el otro, o se olvidaba en cuanto las palabras morían en el aire. Era como si tan solo realizasen ruidos por costumbre, para llenar el silencio que si no llenaría el barracón.

Hem escuchó con atención en busca de algo que le pudiese dar una pista sobre Zelika; cualquier palabra suelta sobre la incursión en las colinas de Glanduir cinco días antes, o sobre la prisionera. A medida que su aburrimiento se iba difuminando en una repugnancia casi insoportable sintió cómo los párpados se le iban cerrando pese a su voluntad. Luchó para mantenerse despierto, temía perderse algún comentario de refilón, algún hilo del que tirar que le pudiese dar una idea de dónde estaba. Pensó que tal vez la repugnante brujería de aquel lugar ya la hubiese atrapado; tal vez estuviese en otro bloque, intercambiando bromas obscenas con otros hocicos embrujados. Pero no oyó nada; tan solo una letanía sin fin de las mismas cosas dichas una y otra vez: las mismas bromas, las mismas risas vacías, las mismas fanfarronerías, las mismas maldiciones.

Al anoecer sonó un gong, con un sonido estridente que se quedó colgando en el aire oscuro, y los hocicos salieron del barracón formando una fila, haciéndole una señal a Hem para que los siguiese. Estaban en ordenadas filas de unos treinta niños cada una, que iban saliendo de los barracones una tras otra y se quedaban de pie sobre la tierra batida roja del patio de entrenamiento. Todos los demás parecían saber a dónde ir: Hem se limitó a seguir a los de su bloque, y se colocó donde encontró sitio. Del Barracón Principal, el edificio en el que Hem había pasado la noche anterior, salió un Gluma y anunció algo que no consiguió oír. Después comenzó a pasar lista.

Tres Glumas caminaban de bloque en bloque. El más alto de ellos llevaba un pergamino en las manos e iba diciendo sus nombres. Hem era ahora «Degollador, Bloque de la Sangre Dos»; al principio no respondió cuando dijeron su nombre, y sus vecinos le dieron un codazo. Pasar lista les llevó por lo menos una hora; y las estrellas ya brillaban con dificultad entre las nubes que se movían rápidas en el cielo oscuro cuando los llamaron al comedor para cenar. A nadie parecía importarle estar inmóvil y en silencio mientras los Glumas comprobaban las listas, aunque a Hem le dolían las piernas.

Volvió a vomitar la cena; solo fue capaz de contenerla hasta llegar a las letrinas. En aquel momento llevaba sin comer desde la noche anterior y un doloroso vacío se estaba abriendo en su interior. Pensó que seguramente fuese la brujería presente en el campamento, el profundo desequilibrio que sentía allí, que hacía aumentar sus constantes náuseas subyacentes hasta el punto de que ya no era capaz de controlarlas. Pero tal vez fuese sencillamente el guiso grasiento y cartilaginoso y la masa de legumbres pasadas que lo acompañaba, o el recuerdo que le traía a la mente de la cocina que había visto por un instante la noche anterior. Una parte de él comenzó a preocuparse. Si no podía comer, ni tan siquiera una comida tan escasa como aquella, no pasaría mucho tiempo hasta que perdiese la fuerza; y nunca se había visto en una situación en la que la necesitase tanto.

Podía pasarse tres días sin comer, lo sabía, sin mostrar ningún efecto negativo, y durante un momento su hambre le provocó una sensación de alerta fuera de lo común. De la manera más furtiva que pudo, estudió su entorno, fijando en su memoria los detalles para organizarlos después, cuando pudiese pensar. Hubo una cosa que lo dejó desconcertado: el hedor a brujería, similar al hierro quemado, que percibía por todo el campamento bastaba para provocarle arcadas, pero no era el tipo de poder que había esperado encontrar allí. Si su cálculo aproximado de mil niños era correcto, los Glumas tendrían que inyectar unas reservas de magia inmensas para mantenerlos a todos esclavizados.

Hem no sabía mucho de brujería Gluma, pero sabía que los Glumas eran Bardos desviados que intercambiaban sus Nombres Bárdicos por la inmortalidad. Parecía lógico dar por hecho que la brujería era pariente de la magia, que por retorcida que fuese con respecto a la ética Bárdica, sus leyes básicas tendrían que ser similares. Recordó con inquietud cómo había soñado, hacía mucho tiempo en Turbansk, que la Luz y la Oscuridad eran de alguna manera la misma cosa.

Las brujerías que había olfateado furtivamente —vigilancias en cada puerta, paredes de madera sensible, trucos para tener a los chicos vigilados y sus mentes controladas— eran de poca categoría. No eran suficiente para ser responsables del conjuro que mantenía atados a los hocicos. Lo que era más, nadie había intentado hacerle nada a él. Era uno más entre muchos otros, ignorado: nadie había intentado embrujarlo, ni tan solo habían llevado a cabo ningún tipo de encantamiento masivo. Más tarde, tumbado en su jergón, dándole vueltas a sus pensamientos mientras los

demás niños roncaban, se retorcían y gritaban en sueños a su alrededor, descifró lo que era. No era un hechizo, o por lo menos no el tipo de hechizo que había dado por hecho. Tenían que estar empleando algo diferente.

Aquella noche intento entrar en contacto mental con Irc. Esperó hasta la madrugada antes de atreverse a comenzar. Primero, tan solo para asegurarse de que no detectaría su magia, tejió otro escudo; este, a diferencia del escudo que había empleado para esconder su naturaleza Bárdica, era un escudo externo, una burbuja que rodeaba su cuerpo. Entonces envió la llamada, la vibración que tan solo Irc podía oír, a la que solo Irc respondería. Pasó un rato hasta que obtuvo respuesta. Suficiente para ponerlo ansioso por si a su amigo le hubiera ocurrido un accidente o algo peor; pero por fin sintió la voz de Irc, débil y adormilada.

Me has despertado, estúpido sin plumas, gruñó. ¿Estás bien?

Si, respondió Hem, sonriendo contra su voluntad. Todo lo bien que puedo estar en este lugar repugnante. ¿Has visto a Hared?

Sí, respondió Irc. Estaba muy enfadado. Te quiere retorcer el pescuezo. Tengo que volver a informarlo en tres días.

Buena idea, observó Hem. ¿Va a quedarse donde está?

Dará vueltas por la zona. No es segura. Y tiene que volver al Hoyo para encontrarse con Saliman. Pero no volverá a Nal-Ak-Burat hasta que te haga volver, me ha dicho.

Hem respiró aliviado: temía que Hared, en su ira, lo abandonase. Está bien.

¿Has encontrado a la chica?

No. Decirlo le dolía; era la constatación de la locura que suponía lo que estaba haciendo, lo que deseaba hacer. No, todavía no.

Será mejor que te espables.

Lo estoy intentando. De repente una agotadora desesperación invadió a Hem. Odiaba hacer lo que estaba haciendo. Era peor de lo que se había imaginado; le corroía el alma. *Cuanto antes consiga salir de aquí, mejor.*

Te echo de menos. Me siento solo, cerebro retorcido.

Hem se quedó en silencio. Sabía lo que le estaba pidiendo a Irc. No era más que un cuervo, por listo que fuese, y estaba dependiendo de él como lo haría de cualquier Bardo.

Yo también me siento solo, dijo por fin, con su voz impregnada de sentimiento. *Te echo muchísimo de menos, Irc. Cuando salga de esta, te compraré una cuchara especial.*

Muchas cucharas, respondió Irc. *Y unas cuantas gemas bonitas. Y aun así...*

Hem sintió que comenzaba a despertarse una vigilancia, tal vez la profundidad de su sentimiento había desestabilizado su escudo.

Tengo que irme, Irc, dijo apresuradamente. *Hay algo que se está despertando.*

Vendré cuando pueda.

Con un parpadeo, su tenue conexión se cerró. De repente la oscuridad pareció ser mucho más absoluta.

No se había sentido así de solo en toda su vida.

Cuando volvió a vomitar el dohl a la mañana siguiente, Hem comenzó a sospechar que la brujería podría estar en la comida. Igual que toda la cocina del sur, era especiada; pero las especias tenían un sabor más crudo y se administraban con más generosidad de lo que estaba acostumbrado Hem. Se preguntó dónde guardarían la comida, y si podría evitar la vigilancia de los guardias que sin duda la estarían protegiendo. Una pregunta hecha a Raptor como por casualidad le reveló que detrás de los barracones estaba el huerto, cavado por los propios hocicos, donde se cultivaba la mayor parte de su comida.

—No te pienses que vas a poder robar nada, Degollador, ni aunque estés arrancando malas hierbas —dijo Raptor mirándolo con los ojos entrecerrados. Por alguna razón, a Raptor parecía caerle bien, y se había autodesignado como su guía y protector en el bloque—. Otros se pensaron que podrían, y les tocó la estaca.

—¿La estaca?

—Es muy divertido —afirmó Raptor—. Cogen al niño, lo atan y lo clavan a una estaca afilada en medio del patio. Pero solo le clavan medio cuerpo. Se va deslizando muy despacio. Se oyen los gritos desde una legua de distancia, dura horas y horas. Ya ha pasado un tiempo desde la última vez que se lo hicieron a alguien —añadió con macabro pesar—. Últimamente la cosa está bastante aburrida.

Hem rio por lo bajo, como si estuviese superando un repentino ataque de timidez; por dentro estaba horrorizado, tanto por la reacción de Raptor como por el brutal castigo. Pero tuvo cuidado de no dejar entrever ninguna de sus reacciones reales. Cada vez llevaba mejor su doble vida, pensó con ironía. Hem estaba dentro de Bared, que a su vez estaba dentro de Degollador. ¿Hasta qué punto podía estar bien escondido?

Si la comida estaba embrujada, no podía comérsela. Y si no podía comérsela, tendría que robar comida de algún otro lugar, o arriesgarse a morir de hambre. Con estaca o sin estaca.

Tendría que hacer una incursión.

Aquel día Hem comenzó a adiestrarse con los hocicos. Después de semanas trabajando con Zelika y Hared, estaba en forma y hábil, pero se cuidó de cubrir sus habilidades con una cierta torpeza. El hambre comenzaba a roerlo por dentro y no necesitaba fingir cansancio.

Todos los bloques se entrenaban por separado, a las órdenes de diferentes comandantes, algunos de los cuales eran Glumas. Los soldados-perro permanecían a una cierta distancia; parecía que tan solo estuviesen ahí para vigilar el recinto. El

Bloque de la Sangre trabajó duro durante largas y castigadoras horas bajo un cielo de color gris pizarra, marchando arriba y abajo por el inmenso patio desnudo que había en el centro del campamento, aprendiendo a moverse en formación ante las órdenes que les gritaban. Tras una pausa a mediodía, el entrenamiento pasó al arte del combate: los dividieron en grupos de diez, después de seis y después en parejas. Ya que todos poseían diferentes armas, resultaba estimulante; más todavía, los hocicos se tomaban el entrenamiento muy en serio y, a diferencia de las lecciones de esgrima en Turbansk, si Hem prestaba atención, tenía posibilidades reales de salir herido.

Cuando estaban luchando en parejas se encontró mirando a los ojos de una niña de unos doce años. Su delgadez casi dolorosa era característica de todos los hocicos de Sjug'hakar Im, pero no tenía ningún efecto sobre su fuerza ni capacidad de aguante; llevaba una maza con púas que parecía demasiado grande para ella, pero la manejaba sin dificultad. Hem se quedó impresionado ante la lluvia de golpes que le dirigió y, a su pesar, le gritó cuando se acercó a por él, con el rostro vacío de cualquier sentimiento excepto enemistad.

—¿Estás intentando matarme, carapez? —susurró él mientras retrocedía intentando esquivar los golpes. Temió que su daga pudiese romperse en pedazos, y un buen golpe con la maza bien podría romperle el brazo. La niña no respondió y Hem se vio obligado a luchar para defenderse. Le lanzó un gran golpe y él esquivó el arma y la atacó cuando tenía la guardia baja, poniéndole la zancadilla y quitándole la maza de la mano de un golpe. Ella cayó hacia atrás, sobre el suelo, mientras intentaba mantenerse en pie tambaleándose, y Hem le puso el pie sobre el cuello y se inclinó sobre su oreja—. Ni se te ocurra volver a intentarlo —le musitó con voz ronca. La niña puso los ojos en blanco y se retorció para liberarse. Hem la apretó con más fuerza, de modo que la cara se le quedó dolorosamente aplastada contra la tierra endurecida. Él se movía con furia—. Te haré morder el polvo —le dijo—. Estúpida caramierda. Podrías haberme matado.

—Deja que se levante —la voz le llegó por encima del hombro. Hem se estremeció al darse cuenta de que acababa de cometer un terrible error. Poco a poco, pensando con rapidez mientras tenía la cara vuelta hacia el suelo, apartó el pie del cuello de la niña y se volvió.

—¡Podía haberme matado! —gritó, con la voz chillona de enfado.

—En ese caso —replicó el Gluma mirándolo fijamente—, no merecerías tu lugar en el Bloque de la Sangre. Quebradora tiene razón. Los únicos golpes que no están permitidos son los mortales. —Hem tragó saliva, no era capaz de interpretar lo que quería decir el Gluma; su voz era suave pero con un punto de amenaza—. Eres nuevo aquí, ¿verdad? ¿Tu nombre?

—Degollador, mi... mi... —Hem se dio cuenta que no tenía ni idea de cómo dirigirse al Gluma.

—Capitán servirá —dijo el Gluma con un destello de fría diversión—. Degollador. Ah, sí, el bobo —examinó detenidamente a Hem, y a este se le

revolvieron las tripas de pánico ante el tono irónico del Gluma. Lo último que necesitaba era atraer la atención hacia sí. Pero la atención del Gluma se centró en la niña, que continuaba en el suelo. Le dio una patada y ella gimió y se puso en pie, frotándose el cuello y dirigiendo miradas directas cargadas de odio puro a Hem—. Continúa —dijo el Gluma y se fue hacia otro par de luchadores.

Fue una tarde dura; Hem se pasó el tiempo esquivando los intentos de Quebradora de vengar su humillación. Dejaba que lo tirase al suelo cuando el golpe que venía hacia él no resultaba mortalmente amenazador, pero salía rodando cuando intentaba pisotearlo. A la hora del atardecer estaba agotado y muerto de hambre.

Nadie se dio cuenta de si se comía la cena o no; los hocicos comían igual que animales famélicos, metiéndose tanta comida en la boca como podían. Hem arrugó la nariz ante el escaso guiso que tenía en cuenco de barro; el olor era repugnante. Fingió metérselo en la boca con entusiasmo, tirando la mayor parte. Mientras lo hacía echó un vistazo por el inmenso comedor, intentando ver si Zelika estaba presente. Era imposible, había demasiadas personas y con sus cabezas rapadas y ropas idénticas todos parecían iguales.

Aquella noche construyó un pesado escudo y conjuró una tosca apariencia de sí mismo que dormía sobre su jergón respirando suavemente para cubrir su ausencia. Luego se cubrió de laberintos de sombras y velos de luz y salió furtivamente del barracón, temeroso de que la vigilancia pudiese percibir sus ocultaciones. No era una vigilancia demasiado sofisticada; estaba diseñada tan solo para detectar niños que se escapaban de los barracones, sin duda no para realizar recados similares a los suyos. Pero una magia intensa podía disparar la alarma, y él era muy precavido.

El campamento estaba desierto, iluminado por un resplandor rojizo apagado. La luna creciente se lanzaba sobre el horizonte, bloqueada por unas nubes oscuras. Oía los chillidos de pájaros nocturnos que no le resultaban familiares y animales en la distancia, y se preguntó durante un instante cómo estaría sobreviviendo Irc. En las plataformas que había sobre la altísima valla veía las siluetas oscuras de los soldados-perro, que tintineaban débilmente cuando se movían. Caminó hasta el huerto con rapidez, en alerta por si hubiera alguna señal de los Glumas, dando un buen rodeo para evitar el Barracón Principal. Esquivó con facilidad las vigilancias que rodeaban los jardines y pronto se halló entre ordenadas hileras de plantas de berenjenas y calabazas, nabos y patatas dulces e hileras e hileras de alubias. El familiar olor de la verdura cultivada resultaba incongruente, a aquellas plantas no les pasaba nada, incluso a pesar de que crecían en una tierra herida, y respirar su olor era como un bálsamo.

Con mucho cuidado sacó un nabo del suelo, le limpió la tierra y se lo comió. Estaba duro y las fibras se le quedaban entre los dientes, pero tenía tanta hambre que le supo a gloria. Después fue moviéndose de planta en planta, cogiendo una alubia aquí, una berenjena allá, metiéndose las pieles en el bolsillo. No era el mejor menú del mundo pero llenaba el estómago. Recogió unas cuantas provisiones para más

tarde, arrancando las verduras de los lugares en los que se notase menos el robo. Cuando terminó, salió con sigilo del jardín y se quedó, indeciso, en el límite del patio de entrenamiento, a la sombra de un barracón.

Tras la comida se sintió revivir. Su apariencia duraría más o menos una hora más; así que debía emplear el tiempo en explorar el campo. Fue avanzando con cautela de barracón en barracón, escuchando, sin saber con seguridad qué era lo que estaba buscando. El silencio era espeluznante, oscuro y desierto; pero la sensación de estar siendo observado lo puso nervioso y se fue moviendo con rapidez por las sombras, temeroso de que en cualquier momento alguna vigilancia que no hubiese percibido notase su presencia.

Caminó hasta el lado contrario del recinto, lejos del Bloque de la Sangre, cuando un repentino grito le hizo pegar un salto. Parecía venir de alguien que padecía un terror extremo, desolado y sin esperanza. Se produjo un cargado silencio, seguido por un caótico balbuceo de quejas, sollozos y gemidos. Apenas sonaba humano, pero lo habían arrancado de una garganta humana.

Cuando el corazón dejó de palparle, aguzó el oído y trazó el rastro del ruido hasta un barracón que se alzaba solitario tras una valla. Estaba protegido por una fuerte vigilancia, y no se atrevió a acercarse demasiado. Escuchó hasta que el terrible ruido desapareció y después, sintiéndose pesado por una repentina y profunda depresión, volvió al Bloque de la Sangre Dos. Se coló por la puerta sin hacer ruido y después en su jergón. Estaba tan cansado que le temblaban los brazos y las piernas. Se vació los bolsillos de las verduras robadas, las escondió bajo el jergón con un velo de luz y se quedó dormido casi al mismo tiempo.

Hem abrió los ojos y se encontró con la luz pálida de una mañana de principios de verano que le caía directamente sobre los ojos. Adormilado, se retorció para apartarse un momento, cerrando con fuerza los párpados. «¿Luz solar?» pensó, y luego se despertó de golpe y se incorporó de inmediato.

Estaba sentado sobre una suave hierba, bajo un inmenso árbol que se alzaba a varias decenas de metros sobre su cabeza, arrojando un sombra moteada a su alrededor. Ante él, al este, el sol acababa de salir tras unas montañas densamente cubiertas de bosque, de las que se alzaban volutas de niebla que se desvanecían en las alturas. El cielo era de un azul claro y el aire renovado y frío, como si nadie lo hubiese respirado nunca.

«Tengo que estar soñando», pensó Hem. Pero aquel sueño parecía más real que cualquier otro que hubiera tenido nunca. Se puso en pie, golpeándose los costados con los brazos para entrar en calor, y de un impulso tocó el amplio tronco del árbol, mientras se preguntaba qué tipo de árbol sería: no lo reconocía. El tronco era de un color blanquecino como el papel y las hojas eran pequeñas y oscuras, y poblaban densamente unas delicadas ramas. Cuando tocó la corteza sintió un escalofrío: el

árbol parecía estar vivo bajo sus dedos, y durante un mareante momento pensó que había estado a punto de oír la música del hombre-árbol que le había echado el aliento en la oreja en la ciudad de Nal-Ak-Burat.

Maravillado, Hem rodeó caminando el enorme contorno del árbol y miró hacia el oeste. Unas llanuras se extendían ante él hasta donde le alcanzaba la vista, llenas de vida con delicadas hierbas rosadas y amarillentas que se agitaban bajo una suave brisa. En la distancia veía algo que parecían inmensos rebaños de animales que se movían despacio, como nubes negras, por las llanuras.

Hem negó con la cabeza. Se había dormido en un barracón oscuro, con el ambiente cargado por el rancio hedor de treinta cuerpos durmientes; era imposible que pudiese estar en un lugar así. Se pellizco con tanta fuerza que se hizo un moratón en el brazo, pero nada cambió. Volvió a rodear el árbol y después se sentó e inspiró profundamente, con una sensación de ligereza y alivio en el cuerpo.

Un rato después se dio cuenta de cuál era el alivio. Por primera vez en varios días no sentía náuseas. Su percepción terrenal se introdujo en lo más profundo del suelo con una alegría intensa y satisfecha.

«¿Dónde estoy?» se preguntó. No era consciente de haberlo dicho en voz alta, pero así debía haber sido, pues alguien le respondió.

No se trata de dónde, dijo una voz, sino de cuándo.

Hem pegó un respingo, con la piel tensa del susto, y miró a su alrededor, sorprendido. No veía a quién estuviese hablando.

No tengas miedo, dijo la voz. Aquí no se te hará daño. Respira el aire bueno.

Hem se quedó mirando al árbol. Tal vez la voz viniese de él, parecía muy vivo. *¿Me estás hablando a mí?*, preguntó, sintiéndose estúpido.

Se produjo una pausa y entonces, mientras miraba, el aire se retorció ante él, como si fuese una cortina, y de repente de pie ante él apareció un hombre desnudo. «Si es que estar de pie es la expresión correcta», pensó Hem, pues se encontraba flotando sobre el suelo, sobre una esfera que parecía ondularse con ondas de luz trémula, tenía el cabello largo y oscuro, que le descendía por la espalda, y la piel pálida; pero lo que le llamó la atención fueron sus ojos, dorados y rajados por una pupila vertical. Un Elidhu...

Ya nos hemos visto antes, Muchacho de la Canción, dijo el Elidhu. ¿O fue después? A veces resulta difícil de determinar.

Hem asintió, con la boca repentinamente seca. Sabía que aquel era el mismo Elidhu al que había visto en Nal-Ak-Burat, aunque no tenía ningún parecido con el medio árbol-medio hombre al que había visto entonces. Bajo aquella apariencia no daba tanto miedo, pero a Hem se le aceleró el corazón en el pecho; allí, al aire libre, parecía más salvaje, más indomado, más hermoso.

¿Te gusta mi hogar?, preguntó el Elidhu. *Esto soy yo.*

Hem asintió con vehemencia, sin comprenderlo bien, pero en cualquier caso se sentía incapaz de hablar. El Elidhu rio y después se inclinó y le tocó la frente. Su

mano estaba seca y fría. Hem se estremeció, no de miedo, sino de profundo placer, y un agradable calor se extendió por su cuerpo.

Ah, estás cansado, dijo el Elidhu. *Muy cansado. Descansa, mi niño.*

Mientras hablaba, el Elidhu se iba volviendo menos sustancial, como si estuviese hecho de niebla. Hem podía ver a través de él las colinas que tenía detrás. Observó mientras el Elidhu se iba disolviendo lentamente hasta desaparecer por completo. Su voz permaneció en el aire. *Descansa en mi hogar...*

«Hogar», pensó Hem, «ah, sé a lo que se refiere». Allí no había dintel, ni puerta, ni tejado, pero aún así el lugar estaba bañado por una dulce sensación hogareña, la sensación de pertenecer de alguna manera difícil de definir a lo que lo rodeaba. De repente ya no sentía miedo ni confusión, tan solo una voluptuosa somnolencia. Bostezó, se tumbó sobre la hierba suave a la sombra del árbol y se quedó dormido en seguida.

Cuando se volvió a despertar, de nuevo en el barracón con los hocicos, se sentía completamente fresco, como si hubiera dormido horas y horas. Se quedó un rato tumbado en su jergón, pensando en el extraño sueño. ¿Podría haber sido real, después de todo? Teniendo en cuenta que se había mantenido despierto para asaltar el huerto, no podía haber dormido más de un par de horas; pero no se sentía cansado. Levantó los brazos para estirarse y vio, con una ligera sorpresa que tenía un hematoma verdoso en el antebrazo, en el lugar en el que había intentado pellizcarse durante la noche.

Una vez tuvo resuelto el apremiante problema de la comida, Hem comenzó a asentarse en la rutina del campamento. Era muy sencilla: entrenamiento todo el día, comidas a la mañana y a la noche, un almuerzo más ligero a mediodía. Estaba claro que los hocicos no se morían de hambre, lo cual le hacía preguntarse el porqué de su aspecto demacrado. Para su alivio el recuento no tenía lugar cada noche: era un ritual tedioso que parecía aburrir a los Glumas y a los demás comandantes.

Saliman le había hablado a Hem de las rígidas distinciones entre castas que había en Dén Raven, y Hem observaba a los Glumas con precaución, intentando adivinar en qué lugar de la clasificación encajaban. A diferencia de los demás hocicos, él tenía problemas para diferenciar a los Glumas: todos empleaban conjuros destellantes que les daban apariencia de hombres y mujeres nobles, pero los disfraces no engañaban a los ojos de Hem. Los que estaban en el campamento no eran, según calculó Hem, especialmente importantes. Había un Gluma, al que se conocía universalmente como «la Araña», que lo asustaba en especial. Hem tenía cuidado de evitar que la Araña percibiese su presencia, pues podía sentir el aura de su brujería incluso desde el otro extremo del patio de entrenamiento. Se alegraba de no haber conocido a la Araña la primera noche; creía que lo habría descubierto casi con total seguridad. Los demás Glumas —había contado seis— tenían menos poderes innatos que Hem, aunque los

empleaban con profusión. Tras su breve educación sobre la ética del Equilibrio, Hem se sintió conmocionado cuando vio a un Gluma invocando al tiempo, creando una abertura en las nubes para dejar que la luz del sol cayese sobre el huerto, y después, con la misma ligereza, causando una tormenta en la zona. Ningún Bardo emplearía su magia con tanta gratuidad.

Hem encontraba que la vida de hocico era, más que ninguna otra cosa, aburridísima. Nadie excepto él parecía aburrirse, pero Hem a veces pensaba que se asfixiaría de desidia. La desobediencia era algo que apenas existía: cuando se les daban órdenes, los hocicos las obedecían de inmediato, sin preguntas. Por la noche se iban a dormir temprano y ni se movían. Las crueldades nocturnas de las que Hem había sido testigo en ciertas ocasiones durante la época pasada en el orfanato no existían: no había palizas ni maliciosos asesinatos vengativos de niños más débiles. Les resultaba asombroso.

De vez en cuando Hem veía niños desmayarse durante el entrenamiento. Se los llevaban, y al principio pensaba que les curarían en cansancio. Cuando le preguntó a Raptos acerca de ello, este le contó que si ocurría más de tres veces, no se les volvía a ver.

—Solo los mejores pueden estar en Sjug’hakar Im —declaró Raptor con un orgullo que hizo que a Hem se le revolviese el estómago—. Los debiluchos desaparecen.

—¿A dónde van? —preguntó Hem. Raptor le dirigió una rápida mirada de desprecio, y Hem se percató de que había roto un código. Lo intento ocultar con una risilla idiota. En Sjug’hakar Im no se hacían preguntas si de repente desaparecía un hocico, igual que nunca se hacían preguntas acerca del pasado de nadie.

El castigo por transgredir las normas, real o imaginariamente, era severo. Hem no llevaba mucho tiempo allí cuando comenzó a sospechar que los castigos se aplicaban al azar, sin ni siquiera darle una oportunidad a la justicia más básica. A los hocicos se les castigaba para dar ejemplo a los demás, para reforzar con miedo el embrujo que los mantenía esclavizados. También era lo que en el campamento hacía las veces de entrenamiento.

Raptor ya le había hablado de la estaca, pero existían otros castigos salvajes. Uno de los más piadosos —porque por lo menos era rápido— era la matanza de los chuchos, de que Hem fue testigo el tercer día. A los bloques se les ordenó salir para realizar la instrucción de cada mañana, pero en lugar de romper filas para la comida del mediodía, uno de los Glumas hizo un anuncio. Los hocicos rugieron y bramaron, moviendo las armas sobre sus cabezas, y después comenzaron a entonar un cántico. Hem estaba demasiado lejos para poder escucharlo, y se volvió hacia Raptor para preguntarle qué ocurría.

Raptor tenía el rostro deformado por una ansia que hizo que el chico se echase atrás. Estaba gritando con los demás. Juntos emitían un enorme ruido: «¡Matanza de los chuchos! ¡¡Matanza de los chuchos!!», y no se enteró de su pregunta. Ya que no

deseaba despertar sospechas, Hem se unió al cántico.

Todavía cantando, los diferentes bloques se colocaron formando una larga línea, de una o dos personas de ancho, que recorría todo el perímetro cuadrado del patio de entrenamiento. Bajaron las armas y alzaron el puño al aire. Entonces la Araña acompañó a una pequeña figura al centro del patio. Incluso desde aquella distancia, Hem percibió que temblaba tanto que apenas podía caminar.

Durante un horrible instante Hem pensó que era Zelika. Pero después vio que era demasiado alta: parecía un niño con las manos y los pies apresados con grilletes y cadenas. Cuando el muchacho llegó al centro del patio el cántico cesó de golpe, y la inmensa multitud de hocicos se sumió en un silencio absoluto, amenazador.

La Araña levantó una mano y habló. Aunque no estaba elevando la voz, gracias a la brujería Hem podía escucharla perfectamente, como si le hablase al oído.

—Aquí hay alguien que ha roto las reglas de la manada —dijo la Araña. Se escuchó un gruñido procedente de los hocicos, y el chico dio un respingo. Una mancha oscura se extendió en el suelo debajo del lugar en el que estaba: se había orinado. Hem nunca había visto a nadie tan asustado—. ¿Qué es lo que les ocurre a los traidores? —silbó la Araña.

—¡La muerte! —la palabra retumbó por toda la plaza y después volvió el silencio. El Gluma caminó, con dolorosa lentitud, hacia el Barracón Principal. El niño continuaba en el centro: una figura pequeña, descompuesta, completamente sola. Incluso desde la distancia a la que se encontraba, Hem veía que estaba temblando.

Cuando la Araña llegó al Barracón Principal, golpeó un gong. Era la señal para que desatase la locura, entonces la masa de niños comenzó a chillar y a correr hacia el centro del patio. Hem chilló y corrió con ellos, enfermo de miedo. Se mantuvo ligeramente atrás, no lo suficiente como para llamar la atención pero sí para no estar entre los primeros en alcanzar al muchacho. Cuando se acercó a él pudo ver durante un instante el rostro del chico, con la boca retorcida en un grito que nadie oía, y después arrollado por una oleada de figuras que pegaban puñetazos y patadas y mordían, transformadas en demonios enloquecidos. Alguien le dio un codazo a Hem para que se apartase y casi lo tira, absorbido por el frenético deseo de conseguir golpear.

Se acabó muy rápido. Los hocicos, con ansias de sangre saciadas con tanta rapidez como habían sido invocadas, comenzaron a caminar hacia el comedor, bromeando y riendo. Muchos estaban salpicados de sangre, algunos incluso se limpiaban la que les había alcanzado la boca. Un rezagado le pegó una patada a los lastimosos restos de lo que, hacia tan solo unos instantes, había sido un ser humano. Apenas resultaba reconocible, un esqueleto roto sobre el suelo que todavía llevaba grilletes. A Hem se le revolvió la barriga de asco, terror y pena: nunca había visto nada tan horrible y grotesco. Se obligó a sonreír cuando Raptor se acercó a él, con los ojos brillantes en un vidrioso éxtasis.

—¡Uau! ¡Ya había pasado tiempo desde la última vez! —dijo Raptor mientras

daba una palmada en una horrible parodia de júbilo—. ¿Has visto cómo se ha meado? ¡Y mira! —Sacó una tira de carne—. ¡Le he arrancado la oreja!

Hem emitió una risa ronca y siguió a Raptor al interior del comedor.

Aquella noche Hem valoró seriamente la posibilidad de huir. No creía que pudiese soportar aquello. Pensó en la muchedumbre, esclavizada y con los ojos vidriosos, sumida en su frenesí letal. Nunca olvidaría la mirada en el rostro del niño asesinado, su desesperación y absoluto terror mientras los niños enloquecidos corrían hacia él.

¿Habría sufrido Zelika la matanza de los chuchos? Hem desechó la idea de inmediato; resultaba insoportable pensar en ello. Se negaba a creer que estuviese muerta; y en cualquier caso, aunque tan solo existiese la más mínima posibilidad de que Zelika estuviese viva, continuaría hasta que la encontrase. Iba a rescatarla, y eso era todo.

Se preguntó quienes habrían sido los hocicos antes que los atrapasen en aquella brutal esclavitud, de qué familias los habían arrancado. Muy de vez en cuando veía parpadeos de sus antiguas vidas en alguna expresión errante que pasaba por sus rostros: fantasmas de sentimientos más amables, que siempre venían seguidos de una aturdida perplejidad, la misma expresión que había visto en el rostro de Nisrah cuando Zelika le había suplicado que se escapase. ¿Quiénes serían los hocicos si sobrevivían al campamento? ¿Cómo podrían vivir con lo que habían sido?

Hem no era ningún inocentón: sabía lo que los niños eran capaces de hacerse unos a otros. Pensaba que estaba preparado para cualquier cosa con la que se pudiese encontrar, pero ahora se daba cuenta de que se había equivocado. Las fuerzas que había en el campamento eran mucho más tóxicas que la absurda y agresiva mezquindad de los niños a los que se había hecho daño: la violencia estaba controlada, concentrada y era mortal. Era inteligente.

Aquello le hizo sentir un profundo miedo.

Pero bajo el pánico que sentía Hem, había una aterrorizada compasión. Asesino o asesinado, cada hocico era una víctima.

Hem llevaba mucho tiempo sin pensar en Maerad. Su hermana se había desplazado a la parte posterior de su mente, una ansiedad y una pena entre tantas otras: sus temores por Saliman y Soron; su dolor al verse forzado a dejar Oslar y su vocación como curandero; su llanto por la destrucción de la gran ciudad de Turbansk, una destrucción que todavía no era capaz de imaginarse ni comprender por completo. Pero aquella noche su rostro se apareció vívido en la mente de Hem, como si lo estuviese llamando a través de las oscuras y vacías leguas que los separaban. Él se dio cuenta, con una punzada de culpabilidad, de lo mucho que hacía desde la última vez que había pensado en ella, y su añoranza se abrió en su interior como una herida reciente. La echaba de menos con desesperación. La había echado de menos toda su vida.

La pesadilla que lo rodeaba no era ninguna sombra fantasma de un sueño; nada podría quitarle aquella mancha del alma. En aquel mismo momento Hem deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo tener las pequeñas y frescas manos de Maerad sobre la frente para quitarle los malos sueños. Deseaba el consuelo de su respiración a su lado mientras dormía, el complejo olor especiado que solo le pertenecía a ella. Un afligido amor inundó su cuerpo, una aflicción dulce, imposible de apaciguar, que se le coló hasta la médula de los huesos. «Maerad, mi hermana...».

Cuando por fin se sumió en un difícil descanso, el sueño de la ola silenciosa volvió y le hizo gritar, aunque no se despertó. En su sueño, se dio cuenta de que la ira lenta, fundida de la tierra, formaba parte de la música que el hombre-árbol le había susurrado, sus violentas notas bajas.

Incluso en sueños, Hem se encontró preguntándose qué era en realidad un Elidhu; aquellos seres eran tan ajenos a su conocimiento que le resultaban casi inimaginables. No temían a la muerte, porque no morían. Las implicaciones que aquello tenía se colaron en los sueños de Hem, infectándolo de asombro y terror. La música del Elidhu brotaba oscura, lo que hacía que su misterio y su belleza fuesen más profundos y al mismo tiempo la alejaba del alcance de Hem. Los Elidhu no eran ni buenos ni malvados, esas palabras se las había inventado el ser humano para explicar sus propias acciones. No eran aplicables a los Elementales. No podía comprenderlos; pero aún así, desde que hombre-árbol le había hablado, aquella música se había convertido en parte de su ser.

En su mente resonó la voz de su sueño, la voz del Elidhu, y el temor de Hem comenzó a menguar, dejando tras él, como un dulce residuo, la paz que había sentido unas noches atrás en el hogar del Elidhu. «*Aquí no hay curación*», le había dicho. Pero también le había dicho algo que le había proporcionado a Hem una misteriosa sensación de esperanza: «*no se trata de dónde, sino de cuándo*».



Cuanto más tiempo pasaba Hem en el campamento, más difícil le resultaba llevar su doble vida. Tenía tareas secretas que llevar a cabo casi cada noche, así que a menudo dormía poco. Al quinto día de estar allí tuvo que renovar su disfraz, lo que le exigió realizar un escudo mágico muy fuerte y después llevar a cabo el conjuro necesario. Al día siguiente apenas pudo soportar el entrenamiento. El miedo continuo a ser descubierto en cualquier momento resultaba un añadido a su agotamiento.

Tal vez lo peor fuese la soledad. Hablaba con Irc tan a menudo como podía arreglárselas para hacerlo, pero su contacto mental siempre era apresurado y breve. Irc le contó que se había establecido un territorio propio, tras haber expulsado a otros pájaros rivales de un almendro, y que encontraba alimento sin demasiada dificultad, pero él también se aburría y echaba de menos a Hem. Había volado para encontrarse con Hared el día que se suponía que Hem tenía que volver, llevando consigo la información que Hem le había pasado acerca de las estructuras del campamento. Volvió con un breve mensaje para Hem: si lo atrapaban, tenía que matarse de inmediato.

«Eso ya lo sabía», pensó Hem con impaciencia. Durante un momento se enfadó por el hecho de que Hared no hubiera considerado adecuado alabarlo por las averiguaciones que estaba realizando acerca del ejército infantil; era más de lo que los Bardos les hubiera sido posible averiguar. Pero acabó dándose cuenta con resignación de que en realidad estaba pidiendo demasiado: después de todo, había desobedecido órdenes expresas de Hared. Aun así, estaba seguro de que a Hared sus informaciones le resultarían muy útiles.

Tras el agotador trabajo de renovar el disfraz, Hem descubrió que su cansancio comenzaba a ser un problema serio. No tenía que fingir ser tan atontado como Degollador: tenía la mente espesa de agotamiento. Lo único que le hacía mantenerse alerta era la idea de ser desenmascarado.

La noche siguiente decidió volver a salir a espiar, pese a su cansancio; sentía que no le quedaba mucho tiempo y que tenía que descubrir tanto como pudiese acerca de Sjug'hakar Im y encontrar a Zelika. Tumbado en la cama, escuchando los ronquidos

y gritos ahogados de los demás hocicos dormidos, se preguntó acerca del sueño con el Elidhu —si es que había sido un sueño— que había tenido hacía tres noches. Recordó que Saliman se había tomado muy en serio la visión que había tenido del hombre-árbol en Nal-Ak-Burat, y no le había restado importancia considerándola una fantasía surgida de una mente trastornada; así que ¿por qué no iba a ser real también aquella visión? Hem recordó que Saliman le había dado un nombre al hombre-árbol, y tanteó su mente antes de recordarlo: Nyanar. Ese era.

¿Quién sería aquel Nyanar? ¿Y qué querría de Hem? No se parecía en nada a las descripciones que Maerad había la hecho de Ardina, que parecía casi humana; aquel Elidhu, incluso cuando adquiriría forma humana, no lo parecía en absoluto. Aun así, a pesar de que se percataba, con una sensación cercana al miedo, de que en el Elidhu había algo extraño, Hem sentía una proximidad, como si el Elidhu hiciera despertar en su interior una especie de afinidad con él. Tal vez aquella extraña sensación de familiaridad formase parte de la música que Nyanar había soplado en su interior, que había abierto sus sentidos a un nuevo e incómodo despertar.

Se preguntó por qué se había sentido tan en casa en un lugar salvaje que no había visto nunca. Aquello le resultaba un misterio incluso mayor. ¿Después de todo, a qué se refería Nyanar al decir «hogar»? Hem no había tenido un hogar desde que tenía memoria; durante casi toda su vida había estado solo y huérfano, abandonado en un mundo cruel. Para él Turbansk había sido su hogar, o casi; sobre todo cuando había descubierto que era curandero, cuando había descubierto el trabajo que podía hacer. Pero Turbansk había desaparecido. Cuando se imaginaba un hogar para sí, un hogar real, Maerad siempre estaba en él. Aquella era una sensación diferente, y no acababa de comprenderla del todo.

Estaba demasiado cansado para pensar más. Fuese cierto o no, se las arreglaría con un poco de aquel sueño encantado; le dolía todo el cuerpo al recordar lo lujoso de aquel descanso. Su anhelo de dormir era tan intenso que casi ensombrecía su necesidad de comida. Luchó para mantenerse despierto, pero los párpados no paraban de cerrársele solos, y por fin acabó abandonando la lucha y dejándose llevar por un sueño vacío de cansancio absoluto...

Se despertó, tras un período de tiempo inmensurable, fuera del sueño, bajo un árbol muy alto, en un paisaje límpido y claro.

Volvía a ser el momento posterior al alba, y los rayos del sol que se elevaba se extendían sobre la hierba temblorosa, convirtiendo las gotas de rocío en prismas de un brillo insoportable. Hem parpadeó y se quedó mirándolas fijamente, tenía la barriga en tensión a causa de una repentina expectación: ¿volvería a surgir Nyanar del aire para hablar con él? Se incorporó y esperó durante lo que pareció un largo período de tiempo, temblando a causa de un placer extraño e inexplicable, pero no apareció nadie. Era raro, pero no se sintió desilusionado, y la dulce tensión pareció reunirse y crecer con más fuerza en su interior, hasta que le pareció que iba a estallar.

Estoy aquí, dijo una voz en el interior de su mente. *Soy todo lo que hay aquí. No*

hay nada que no sea yo.

Era como si Hem estuviese pensando aquellas palabras por sí mismo, y aun así sabía que no provenían de su mente. Caían en su oído con tanta suavidad como pétalos sobre un arroyo. Hem asintió al comprenderlo y se relajó.

Sí, Nyanar *era* aquel lugar; no *estaba* en aquel lugar. No necesitaba hacerse un hogar allí, él era aquel hogar. Hem expulsó el aire lentamente. Pensó que empezaba a comprender qué era un Elidhu.

El sol se alzaba sobre las colinas oscurecidas por los árboles, dejándole caer el calor sobre la espalda, y los hombros de Hem se relajaron al recordar el cansancio. Había anhelado estar en aquel lugar, había anhelado tumbarse sobre aquella hierba suave, reconstituirse. Sin cuestionamientos, como un bebé entre los brazos de su madre, se acurrucó y se quedó dormido.

Durante los días siguientes Hem se mantuvo alerta, atento a cualquier información, y descubrió que la ingenuidad de Degollador era una máscara muy útil. Como los hocicos pensaban que Degollador era tonto, con frecuencia no tenían cuidado con lo que decían cuando él andaba cerca; era como si fuese invisible. Por otro lado, sus provisiones de alimentos se estaban convirtiendo en la principal dificultad: las intrusiones en el huerto resultaban cada vez más arriesgadas.

Durante su última intrusión, Hem estuvo a punto de toparse con el soldado-perro que hacía guardia en la oscuridad. Se retiró confundido, con el corazón latiéndole a toda prisa, pero tenía tanta hambre que había superado su miedo y entrado a robar en el huerto de todas maneras. Percibió que se habían dado cuenta de sus robos, y que era tan solo cuestión de tiempo que lo atrapasen. Cuando un hocico fue condenado a la estaca por robar verduras un par de días más tarde, Hem se sintió destrozado por el sentimiento de culpabilidad. Tal y como Raptor le había explicado con un entusiasmo macabro, era una manera de morir particularmente horrible, y el niño estaba siendo castigado por el crimen de Hem.

Se unió a un pequeño grupo de hocicos que tenía el estatus más bajo en sus bloques, que a veces no tenían suficiente para saciar su apetito voraz. Daban vueltas cerca de la cocina después de las comidas, suplicando más comida, hasta que los ahuyentaban y los hacían volver a sus bloques. A veces, para diversión de los cocineros, les arrojaban sobras, por ellos se peleaban como perros hambrientos.

Aquellas reuniones siempre eran caóticas, pero Hem empleaba su oído Bárdico para escuchar a hurtadillas las conversaciones de los cocineros. Escuchaba con mucha precaución, ya que los encargados de la cocina eran Glumas de bajo rango y temía que pudiesen percibirlo; una vez pensó que se había descubierto cuando dos Glumas levantaron la vista y dirigieron su mirada vacía hacia los hocicos. Pero de aquella manera descubrió cómo se embrujaba a los niños.

Era, tal y como había sospechado, algo que ponían en la comida: una droga a la

que los cocineros llamaban morralina, hecha con conchas de caracol pulverizadas y la raíz rallada de una planta que Hem no conocía. Había tres tipos, de diferente fuerza: una para la comida de la mañana y una para la de la noche, y otra —Hem dio por hecho que una mezcla más potente— que se les daba antes de entrar en batalla.

Una angustiada noche, Hem se cubrió con un velo de luz de varias capas y entró en la cocina. Aquella era la misión más peligrosa que había realizado hasta el momento, ya que las cocinas estaban al lado del barracón principal y el riesgo de que lo percibiesen era elevado. Arrugó la nariz ante el olor a mondas podridas y otros desechos y encontró los tres botes de arcilla donde guardaban la morralina. Robó una cucharadita de cada uno, con mucho cuidado para no tocarla con la piel desnuda, y la guardó en un trapo. Sentía la brujería presente en la droga incluso a través de la tela, como si le quemase la mano. Cuando tuviese la oportunidad le daría los fardos a Irc para que se los llevase a Hared.

Sus escuchas también resolvieron el hambre que lo apremiaba. Descubrió que solo se echaba morralina a las legumbres que constituían la mayor parte de las comidas de los hocicos. Hem pensó que tal vez pudiese comerse el resto de los alimentos sin peligro, y probó a hacer unos cuantos experimentos con mucha precaución. Tenía dudas acerca de la carne, al recordar que era caza obtenida en las Colinas de Glandugir, ¿qué venenos podría contener? Pero a veces el entrenamiento lo dejaba tan muerto de hambre que se la comía igualmente. Descubrió que su cuerpo le servía de orientación: sencillamente era incapaz de mantener dentro nada que estuviese contaminado con morralina.

Las horas de las comidas cada vez le resultaban más difíciles. Cuando alguno de los hocicos del Bloque de la Sangre realizaba un comentario burlón acerca de sus extraños hábitos alimenticios, le daba un ataque de pánico. Incluso en medio del caos de las comidas, cuando los hocicos devoraban sus platos con apetito casi enfermizo, a veces resultaba difícil evitar comer sin que nadie se diese cuenta. Había desarrollado una manera especialmente caótica de devorar su comida, que le permitía desperdiciar la mayor parte y barrerlo de la mesa metiéndoselo en las mangas con un poco de ilusión protegida por un escudo. En el peor de los casos, se comía lo que le tocaba y lo vomitaba más tarde, pero no podía continuar vomitando en las letrinas sin que nadie comenzase a darse cuenta y tal vez informase de ello a un Gluma. Ahora al menos podía comerse una parte de la comida que le daban. Pese a lo repugnante que era, resultaba suficiente para evitar que se muriese de hambre.

Una vez aliviado el problema del hambre, Hem comenzó la búsqueda de Zelika en serio. Resultaba mucho más difícil de lo que había esperado.

Una parte del problema era que los hocicos, con su cabello rapado y el apagado vestido de uniforme, parecían todos iguales vistos desde una cierta distancia. Durante las largas horas de recuento, Hem repasaba todos los demás bloques, intentando

distinguir su rostro, pero era en vano. No había comunicación entre los diferentes bloques: se cerraban en sí mismos y siempre comían en las mismas mesas. Cada pocos días, durante el entrenamiento, a un bloque se le asignaba la tarea de luchar contra otro y Hem se aprovechaba de aquello para, examinar furtivamente las caras de los hocicos; pero se daba cuenta, con una creciente sensación de desesperación, de que nunca tendría la oportunidad de observar de cerca a ciertos bloques, y si no lo hacía, nunca podría estar seguro de si Zelika estaba allí.

Tras dos días sufriendo una desesperación que iba en aumento, decidió intentar sentirla con la mente. Si estaba allí, aunque estuviese embrujada, sin duda lo sabría... Aquella magia era más difícil de llevar a cabo incluso que el conjuro para disfrazarse, y mucho más peligrosa, pues estaría tocando mentes, lo que suponía un verdadero riesgo de que un Gluma lo percibiese. Se permitió tener una noche de sueño ininterrumpido antes de intentarlo.

Cuando los hocicos ya roncaban tranquilos, construyó su escudo y después invocó en su memoria la imagen de Zelika. Igual que cualquier otra persona, ella tenía una vibración mental propia: era como una música particular, un olor particular, un brillo particular. Incluso si estaba embrujada, continuaría allí, aunque difuminada, y él sabría reconocerla si la percibía. Con precaución y delicadeza, Hem envió su magia hacia el campamento, en busca de cualquier traza de su presencia.

Intentó trabajar con método. Comenzó por el extremo sur del campamento y fue avanzando en espiral, olfateando a cada mente con la que se encontraba hasta estar seguro de que no era Zelika. Pero pronto descubrió que se sentía confundido; algunos sueños resonaban más alto que otros, algunas mentes eran más punzantes, y sus habilidades no eran tan precisas como para poder diferenciarlas entre ellas con claridad, o para continuar en la dirección en la que iba. Los sueños de los hocicos le sangraron en la cabeza, sueños de violencia y terror, o vagos recuerdos de otras vidas que ni siquiera la morralina podía borrar por completo. Eran demasiado. En una ocasión, con el cuero cabelludo tenso de pavor, estuvo a punto de tocar a un Gluma.

Sabía que la vigilancia del barracón comenzaba a despertarse y todavía no había acabado. Desesperado, reconoció algunos puntos oscuros por los que no había pasado, sin molestarse en detenerse en cada mente individual, tan solo buscando alguna señal, algún aroma. Y justo en el último minuto pensó que la sentía. Tocó un nudo especialmente terrible de varias mentes liadas entre ellas, una maraña de emociones de pesadilla que lo hicieron estremecerse. Pero en algún punto en su interior había algo seguro: un ligero y familiar brillo en el torrente de oscuridad, un débil perfume que le recordaba a Zelika, borroso y poco claro, ofuscado por la brujería, oscurecido y retorcido por un terrible dolor. Ansioso, se echó hacia delante, intentando acercarse más, estar absolutamente seguro; pero la sensación se desvaneció y percibió que la vigilancia se tensaba, a punto de saltar, y tuvo que retraerse. Se quedó sobre su fino jergón lleno de bultos, con el corazón latiéndole a toda prisa, completamente consumido por lo que acaba de hacer. Sintió que la

vigilancia se relajaba poco a poco, y espiró con alivio.

Había percibido a Zelika, estaba seguro de ello. Estaba en algún punto del campamento. ¿Tal vez en una prisión? Las mentes eran mucho más oscuras en el lugar en el que se encontraba ella. Estaba embrujada, de eso estaba seguro, y eso sería un problema. Pensó en cómo había intentado persuadir a su hermano para que viniese con ella, y en que Nisrah no la había reconocido. El embrujo era poderoso, y no podía esperar que Zelika se hubiese resistido a él. Quizá no viniese por voluntad propia. Tendría que descubrir dónde estaba y lo más probable sería que tuviese que incapacitarla de alguna manera y sacarla a rastras de Sjug'hakar Im. Era una guerrera dotada, y no estaba seguro de si podría vencerla en una batalla, especialmente si la poseía la locura, tendría que emplear algún tipo de conjuro adormecedor. Después tendría que atarla hasta que desapareciese el embrujo, por si intentaba matarlo. Tendría que robar unas tiras de cuero o cuerda para la misión; pensó que sabía dónde encontrarlas.

Sería difícil, pero no imposible. Pero primero tenía que averiguar dónde estaba.

Continuaba escuchando tantas conversaciones como podía, intentando descubrir alguna palabra que le pudiese indicar dónde estaba Zelika. Resultaba frustrante; el campamento estaba inundado de rumores constantes, historias susurradas de un oído a otro acerca de una sangrienta proeza por aquí, un castigo por allá o la guerra para la que todos estaban siendo entrenados. Pero no había ninguna mención a la niña a la que se había capturado hacía poco, y dónde podrían haberla metido. Era como si se la hubiese tragado la tierra. No se atrevía a hacer preguntas directas, por miedo a que alguien pudiese pensar que parecían extrañas y traicioneras. Así que tuvo que pasarse horas escuchando, luchando contra el aburrimiento, con el oído alerta ante cualquier detalle que le pudiese revelar dónde la tenían.

Así fue como Hem oyó hablar de la Casa Ciega.

Durante su séptimo día en el campamento, en el Bloque de la Sangre Dos apareció una niña nueva. Tenía la cara demacrada que casi parecía un esqueleto, la piel pálida y unes sacudían su cuerpo con regularidad. Hem se la quedó mirando con curiosidad, preguntándose si acabaría de aparecer, igual que él, en las puertas; pero al escuchar a hurtadillas una conversación susurrada que ella mantuvo con Desgarradora, mientras los hocicos se estaban metiendo en la cama, se enteró de dónde había estado: en la Casa Ciega. El nombre recorrió todo el barracón casi de inmediato, haciendo que un escalofrío recorriese a cada uno de los hocicos que lo oyeron.

Era, según contaban los niños, a donde se llevaba a los más débiles si se desmayaban muy a menudo durante los adiestramientos. También se llevaba allí a otros, según se decía entre susurros: a los que eran desleales o rompían las reglas. Se le tenía mucho más miedo que a los terribles castigos que Hem había presenciado,

aunque no comprendía por qué; aquellas crueldades eran objeto de repugnantes bromas, pero nadie bromeaba con la Casa Ciega. A cualquiera podían enviarlo allí: a la última líder del Bloque de la Sangre, una niña llamada Odio de quien todo el mundo pensaba que era una hocioco tan leal como la que más, la habían enviado allí y había vuelto irreconocible. Después de aquello había intentado huir de Sjug'hakar Im y la habían sometido a la matanza de los chuchos.

Hem recordaba que cuando había llegado a Sjug'hakar Im lo habían amenazado con la Casa Ciega. En aquel momento no sabía qué significaba. Su primera reacción había sido repasar mentalmente su comportamiento durante los últimos días. ¿Era el carácter de Degollador lo bastante convincente? ¿Estaría pese a todo, llamando la atención? Recordó con incomodidad cómo el comandante Gluma se había percatado de sus habilidades en la lucha durante el entrenamiento. Hem se había dado cuenta de inmediato de que aquello era un error y estaba seguro de que los Glumas se fijaban en él desde entonces. Una vez incluso lo habían sacado del bloque para llevar a cabo una demostración de una técnica concreta. Había estado torpe, sin que fuese demasiado evidente: quería aparentar que tenía una aptitud natural para el combate pero carecía de experiencia, en lugar de que pareciese que escondía lo que sabía. Todavía no sabía si había funcionado.

Su segundo pensamiento fue recordar los atormentados gritos procedentes del barracón que estaba al otro lado del campamento que había oído durante su incursión en el huerto la noche anterior. Había supuesto que el barracón era algún tipo de horrible prisión; estaba segurísimo de que aquella era la Casa Ciega.

Su tercer pensamiento fue que probablemente Zelika estuviese allí.

Después de aquello, Hem se pasó la mayor parte de su tiempo libre pensando de manera obsesiva en cómo introducirse en la Casa Ciega y liberar a Zelika. Se hallaba, como siempre, atrapado entre una sensación de urgencia y una angustiosa precaución: si Zelika estaba en la Casa Ciega, tendría que estar viviendo tormentos inimaginables, y si lo pillaban, lo matarían y no valdría la pena haberse tomado tantas molestias. Cada día temía verla saliendo de allí para ser víctima de alguno de los brutales castigos de los Glumas, si aquello ocurría, no sabía que haría. Sin duda no podría ver cómo torturaban a Zelika fingiendo que le daba igual: ya era bastante difícil hacerlo con niños a los que no conocía. Las brutalidades de Sjug'hakar Im lo estaban proveyendo de un juego de pesadillas completamente nuevo.

Durante sus exploraciones nocturnas examinó la Casa Ciega desde una precavida distancia. Intentó percibir las mentes que había en su interior y le pareció captar rastro de la presencia de Zelika, aunque estaba afligido y retorcido hasta haberse vuelto casi irreconocible. De todas maneras ya era suficiente para confirmar su determinación y meterse allí, pese a los gritos que a veces surgían del barracón. Hem nunca se había acostumbrado a ellos, cada vez que los oía se le helaban las entrañas.

La vigilancia colocada en el exterior del barracón era muy fuerte, y aquello le sorprendía. Si estaba en lo cierto, en la Casa Ciega solo había hocicos encarcelados, y una vigilancia menos poderosa sería igual de efectiva. Hem no se atrevió a acercarse demasiado para no delatarse; pero durante las noches que recorrió sigilosamente el campamento se pasó la mayor parte del tiempo percibiendo con gran cautela la vigilancia, su forma y mecanismo.

Igual que todas las vigilancias, era una brujería tejida con sombras y aire y ligada a un lugar concreto. Era especialmente desagradable; si hubiera sido tangible daría sensación de frío, el aire helado de una tumba, y al mismo tiempo punzante, como si estuviese cubierta por agudas espinas en alerta, y viscosa, como algo muerto y en proceso de putrefacción. Hem sintió unas arcadas incontrolables la primera vez que se acercó a menos de dos metros de ella.

Aquella vigilancia no estaba diseñada, según se dio cuenta Hem, conmocionado, un par de días más tarde, para ser una simple alarma. Era en sí misma un instrumento de tortura. En ella latían energías embrujadas que penetraban en las mentes de los niños que estaban dentro del barracón, envenenándolos, como si se tratase de una araña maligna, con una desesperación, un odio y un pánico tan extremos que eran como dolores físicos constantes. No era de extrañar que de la Casa lores a surgiesen unos gritos y chillidos tan terribles.

Hem estaba seguro de que la Araña había creado e instalado la vigilancia. Tal vez había sido por eso por lo que el Gluma había conseguido su apodo. Quien fuese que estuviera en la Casa Ciega sufría sus brujerías cada hora de cada día. «Nadie», pensó Hem mientras investigaba, «puede soportarlo y sobrevivir». Su mente dio vueltas a los cálculos de cuánto tiempo debía de llevar Zelika allí encerrada. Trece días.

¡Trece días!

Se obligó a deshacerse de las náuseas y se sumergió en el problema de cómo desactivar la vigilancia. No podía pasar por su lado con sigilo: era imposible. Había ayudado a Saliman a desactivar vigilancias durante el camino por las llanuras de Nazar, y comprendía los rudimentos de la tarea. La vigilancia de la Araña era especialmente compleja y desmantelarla resultaría muy complicado. Necesitaría una cantidad de magia considerable y un escudo muy poderoso para esconderla; no estaba seguro de si tendría el poder para hacer algo así. Y algunas de las brujerías que se retorcían en su interior lo desconcertaban, esquivaban su comprensión y le congelaban el pensamiento. Con paciencia, cogió fuerzas y volvió a comenzar, aunque pronto estuvo tan cansado que apenas podía mantenerse en pie. Sintiese lo que sintiese, no era nada en comparación con lo que estaba soportando Zelika.

Pese a todo, Hem se quedó absorto en la fascinación del enigma y casi se olvida de dónde estaba. Por fin alzó la vista y se dio cuenta de repente de que las horas más oscuras de la noche se habían acabado y que pronto las estrellas se volverían más tenues. Había tardado un tiempo peligrosamente largo y estaba tan cansado que no sabía cómo realizaría el entrenamiento del día siguiente. Pero pensó que ya sabía cómo

destruir la vigilancia y entrar en la Casa Ciega.

Sin importar la urgencia que sentía, la noche siguiente Hem estaba demasiado cansado para intentar entrar en la Casa Ciega. Daba las gracias por haber decidido que Degollador fuese un bobalicón; sus tropezones y el espeso discurso de aquel día eran bastante genuinos y encubrían su lentitud. Se hizo un buen moratón entrenándose en combate sin armas Raptor y Quebradora le dio una bofetada y le escupió aquella noche cuando se cayó sobre ella con torpeza mientras entraban al Bloque de la Sangre Dos después de la cena. Estaba desesperado por hablar con Irc, pero se encontraba demasiado cansado para intentar un contacto mental. Antes de quedarse dormido se preguntó si tal vez podría ir al hogar del Elidhu, el lugar de los sueños, igual que había hecho antes en dos ocasiones cuando el cansancio había estado a punto de poder con él; pero si aquella noche fue hasta allí, no lo recordaba.

El día siguiente también estuvo un poco distraído, porque continuaba dándole vueltas a su plan para dismantelar la vigilancia de la Araña, buscándole fallos. Pero un anuncio hecho a los hocicos durante el descanso del mediodía lo trajo rápidamente de vuelta al presente. Se escuchó un gong y la Araña salió del Barracón Principal. Un murmurio de emoción recorrió los bloques; la Araña solo salía cuando se iba a castigar a un hocico. El Gluma levantó una mano y sobre todos se hizo un silencio mortal.

—¡Chicos de Sjug'hakar Im! —dijo el Gluma. Hem volvió a percibir a la perfección lo que decía, como si la voz de la Araña se insinuase directamente en su mente—. Escuchad y a escuchad con atención. Tenemos que realizar dos anuncios. Uno es algo por lo que deseamos que todos os preocupéis: hay un traidor y un espía entre nosotros. —Una ola de entusiasmo recorrió al grupo de hocicos: ¡un espía! Aquello significaría algo de deporte más adelante. Hem sintió como si le acabasen de quitar el estómago y le dejasen en su lugar tan solo un espacio lleno de aire frío—. La mugre se ha colado en Sjug'hakar Im según su voluntad, bajo las mismas narices de nuestros soldados-perro —continuó la Araña—. Esto nos concierne a todos, y os pedimos ayuda, leales chuchos. Tenéis que informar de inmediato al capitán de vuestro bloque de cualquier cosa extraña, cualquier cosa fuera de lo habitual. Necesitamos vuestra total vigilancia: no podemos tolerar a este espía traidor, este lacayo de nuestros enemigos. Si vuestra información nos lleva a la captura de esta criatura, seréis bien recompensados. Por otro lado... —Se detuvo y Hem sintió que su mirada vacía recorría las filas de hocicos—. Por otro lado, si se descubre a cualquiera ocultando información o ayudando al espía, será castigado con plena maldad. —«Plena maldad», pensó Hem tragando saliva. Podía imaginarse a qué se refería. Continuó mostrando un rostro totalmente inexpresivo, la boca le colgaba abierta como a un tonto—. También tenemos buenas noticias, que todos recibiréis de buen grado. Vuestro adiestramiento casi ha finalizado. Los chuchos nos están

complaciendo. Pronto comenzaremos nuestro viaje a Dagra, donde seréis recibidos por nuestro Señor en persona, el Amo de la Torre de Hierro. Tiene grandes planes para vosotros, ¡grandes planes! Estamos seguros de que cumpliréis con sus propósitos y nos complaceréis a todos.

El Gluma se dio la vuelta, volvió al Barracón Principal y los hocicos se movieron, como si estuviesen despertando de un trance, y comenzaron a charlar y gritar. El gong volvió a sonar y los hocicos corrieron atropelladamente para llegar al comedor, hablando entre ellos.

Hem corrió con el resto mientras la cabeza le daba vueltas. Pese a todas sus precauciones, habían percibido sus exploraciones; y los hocicos partían hacia Dén Raven. Hem deseaba profundamente no ir a ningún lugar cercano a la Torre de Hierro; recordaba el sueño que había tenido en el que aparecía, hacía tanto tiempo en Turbansk, y sintió que un sudor frío le perlaba la frente.

El tiempo se agotaba. Tenía que rescatar a Zelika y huir del campamento aquella misma noche. Podría no volver a tener otra oportunidad.

Hem estaba tumbado con los ojos abiertos en la cargada oscuridad del Bloque de la Sangre Dos, esperando a que los hocico se durmieran. Estaba hecho un manojo de nervios, tenía mucho más miedo del que había pasado cuando había decidido entrar en Sjug'hakar Im. En aquel momento había valorado la situación con frialdad y había decidido que era lo bastante buena para arriesgarse. Esta vez sentía que sus probabilidades de éxito eran muy escasas.

«No quiero morir», pensó. «No quiero morir solo, en este horrible lugar. Quiero volver a ver a Maerad, y a Saliman. Quiero comer y beber con mis amigos en un jardín al sol».

Hem recordó la casa de Saliman en Turbansk, cómo el comedor daba al jardín, el frío empedrado que rodeaba el estanque, el perfume de los jazmines que ascendía por los muros, las adelfas y las rosas que crecían bajo los árboles frutales. Intentó recordar el sabor de las galletas de semillas de Soron y se dio cuenta de que ya no se acordaba del sabor de la buena comida. Incluso su fantasma se le había desvanecido de la lengua. Sus recuerdos parecían carecer de todo color y encontrarse muy lejos de él. «Y el recuerdo», reflexionó con tristeza, «es todo lo que queda de la casa de Saliman, aquel maravilloso y radiante lugar en el que, durante un tiempo demasiado breve, fui feliz. Aquella casa yace ahora en ruinas, arrasada por un terremoto e invadida por el Ejército Negro».

Recodó cómo había conocido a Zelika, cómo esta había chocado con él en el mercado, mugrienta y medio enloquecida de dolor y deseo de venganza. Pensó en todas las veces que lo había dejado en ridículo, hecho sentir frustrado o enfadado: su deseo enloquecido de luchar junto a Har-Ytan cuando Turbansk había caído, sus enfados con Saliman, sus estrictas lecciones de suderain. Las imágenes iban pasando

por su mente sin orden ni concierto: el enfado de ella y la alegría que había sentido él cuando Irc se había hecho caca en la sandalia de Zelika, la seria arruga que se le formaba en la frente cuando se concentraba, su rostro dulce cuando cogía en brazos a los niños de Nal-Ak-Burat. Recordó el aspecto que tenía cuando había salido del cuarto de baño el primer día, con los rizos negros brillantes y húmedos, y el corte infectado que tenía bajo el ojo que, aunque pareciese extraño, la hacía más guapa de lo que era.

«Si alguna vez llegamos a ser mayores», pensó Hem, «me gustaría casarme con Zelika».

La idea resultaba tan sorprendente que le hizo sonreír. Era bastante probable que Zelika no quisiera casarse con él y, si se casaban, estarían todo el tiempo peleándose. Ella era salvaje, impredecible y exasperante, pero igualmente él la quería. Era la chica más guapa que había conocido nunca. Un día la besaría en la boca, aunque lo más probable sería que ella le diese una bofetada. Un día le diría que la amaba.

Pero primero tenía que rescatarla de la Casa Ciega. No podía permitirse tener miedo.

Las respiraciones a su alrededor fueron adquiriendo un ritmo regular y Hem comenzó los preparativos. Primero quería hablar con Irc, por si acaso algo salía mal. Realizó un escudo mágico y lo llamó. La voz de Irc volvió de inmediato, resentida por la ansiedad.

Siento no haber podido hablar contigo anoche, aseguró Hem. Estaba muy cansado. Le contó a Irc lo que había descubierto acerca de la Casa Ciega y lo que planeaba hacer.

Cuando terminó, Irc se quedó un rato en silencio. *Creo que no es nada bueno,* dijo por fin.

Seguramente no, respondió Hem. *Pero no tengo otra opción. Tengo que sacar de ahí a Zelika.*

Quizás esté en otro sitio, observó Irc. *¿Estás seguro de que la tienen en esa jaula?*

Estoy seguro, replicó Hem; pero no pudo ocultar una repentina duda. Irc tenía razón: era posible que estuviese en otro bloque. Lo que había percibido era demasiado confuso para poder estar completamente seguro. *Podría estar en cualquier otro lugar, pero creo que la Casa Ciega es lo más probable.*

Ojalá tengas razón, afirmó Irc. *No tendrás otra oportunidad.*

Hem se sintió desconcertado por las dudas de Irc. *Tengo que hacerlo,* insistió. *Estoy seguro de que está allí.*

Ojalá tengas razón, repitió Inc. *Quiero que vuelvas.*

Volveré pronto. Esta noche, si consigo sacar a Zelika. He visto un lugar por donde podemos trepar la valla, y después nos encontraremos contigo y volveremos con Hared.

Irc volvió a quedarse en silencio y Hem sintió que la vigilancia se movía. Se le

estaba acabando el tiempo.

Te veré esta noche, si la Luz quiere, dijo. Si las cosas salen mal, amigo mío, querido amigo, ve a donde esté Hared.

Eres mi amigo, aseguró Irc. Hem sintió el miedo en la mente de Irc como si fuese la suya propia. Quiero que vuelvas.

Volveré, afirmó Hem, susurrando en voz alta cuando rompieron el contacto mental. Volveré.

Las preparaciones para la incursión le llevaron una hora más. Volvió a comprobar toda su magia: la apariencia que dejó en el jergón, los velos de luz y laberintos de sombras, el escudo. Todos eran sólidos y buenos. Cogió su hatillo, se escabulló sin hacer ruido del Bloque de la Sangre y se acercó con sigilo a la Casa Ciega. Unas densas nubes cubrían el cielo y fuera del barracón la oscuridad era tan grande como dentro. Rodeó los límites del campo de entrenamiento, vigilante: vio que aquella noche allí había más guardias. Los Glumas patrullaban los callejones que había entre las cabañas. Hem temía que aquello pudiese ocurrir y tuvo especial cuidado mientras revoloteaba de sombra profunda en sombra profunda. Los Glumas podían cubrirse tan bien como los Bardos y no deseaba chocar con ninguno.

Por fortuna, tal vez a causa de la fuerte vigilancia que la controlaba, no parecía que la Casa Ciega estuviese siendo observada. Cuando alcanzó los límites de la vigilancia se detuvo y se sentó en el suelo. Ya estaba cansado, necesitaba reunir sus fuerzas. Aquella sería la parte más difícil de su tarea.

Volvió a comprobar su escudo, deseando nervioso que fuese suficiente, y comenzó a invocar su magia con mucha precaución. Las manos comenzaron a brillarle con una luz plateada, que fue haciéndose más luminosa poco a poco. De vez en cuando Hem se detenía y volvía a comprobar el escudo, todavía se encontraba dentro de él. Gradualmente, poco a poco, fue invocando sus poderes completos.

Cuando el cuerpo le zumbaba de magia, adelantó su mente con delicadeza y acarició la vigilancia. Estaba invocando el conjuro adormecedor que tan a menudo había empleado sobre los heridos de muerte para que aguantasen el dolor. Se mordió el labio: si aquello le fallaba, no podría hacer nada más. La vigilancia se tensó hasta el límite de estar a punto de desatar la alarma y Hem se retiró un poco, pero después sintió que su atención se ralentizaba y se iba adormeciendo poco a poco, hasta quedarse quieta.

Hem expulsó el aire, aliviado, y comenzó con el siguiente encantamiento, moviendo los labios sin emitir ningún sonido mientras lo pronunciaba en el Habla. Aquello le llevaría un rato: era un conjuro para destejerlo, que hurgaría en los embrujos que rodeaban la vigilancia y los iría separando suavemente. Se encontraba en el tercer peldaño del encantamiento cuando de la Casa Ciega surgió un chillido que quebró su concentración. Durante un instante sintió que la vigilancia se despertaba, y tuvo que reforzar a toda prisa el conjuro adormecedor. Luego volvió a comenzar, tras reprenderse a sí mismo: tenía que mantener una concentración

completa para que su conjuro funcionase, mientras otra parte de él se mantenía alerta por si hubiera alguna señal de que se acercasen Glumas o guardias. Sabía que iba a ser difícil. Continuó y las manos comenzaron a temblarle por el esfuerzo. Se obligó a hacer a un lado el cansancio y continuó.

Por fin se terminó de destejer. Ahora la vigilancia estaba desmembrada, pero continuaba siendo activa. Comenzaba la parte más difícil: uno a uno, tenía que ir anulando los embrujos de cada una de las docenas de energías que había ido separando con gran cuidado. Cada uno de ellos requería de una magia diferente. Tenía que ser cauteloso para no disparar la alarma por error. Había planeado lo que tenía que hacer durante su examen de la última noche; estaba seguro de su recuerdo. Despacio, con paciencia, comenzó.

Cuando ya los había anulado todos, Hem había perdido completamente el sentido del tiempo. Alzó la vista hacia el cielo y dejó que el poder saliese de él, dejándolo frío y vacío. Todavía faltaban horas para el amanecer. Su escudo se había mantenido y había conseguido dismantelar la vigilancia. Ahora por fin podía entrar a la Casa Ciega y sacar a Zelika.

Echó un vistazo rápido para asegurarse de que no había Glumas por allí cerca y se acercó a la puerta de puntillas. Tal y como había deseado, tan solo estaba cerrada con un pasador. Oía gemidos y débiles sollozos procedentes del interior. Retiró el pasador en silencio y abrió la puerta.

El hedor lo golpeó en el rostro como un puño. Retrocedió ligeramente, con asco: era de una repugnancia inimaginable. Era el olor que producían los seres humanos encerrados en un cuarto sin ventilación día tras día, un nocivo compuesto de porquería humana piel enferma y sudor rancio. Hem inspiró profundamente, se armó de valor y entró.

Al principio no veía nada de nada. Con mucho cuidado creó una diminuta luz mágica y cerró la puerta tras él. Un balbuceo confuso y aterrorizado surgió a su alrededor: los niños que estaban allí dentro no podían verlo, y tal vez pensaban que acababa de entrar un Gluma, o un fantasma procedente de las colinas. Hem aumentó la luz tanto como se atrevió a hacerlo y miró a su alrededor.

La Casa Ciega no podía tener más de unos quince metros cuadrados, y en ella había unos treinta niños. Sus rostros estaban demacrados y hundidos, se les veían las costillas entre los harapos. Estaban tirados sobre el suelo de tierra formando una grotesca maraña de miembros. Unos cuantos yacían con una quietud antinatural; otros se volvieron con apatía, con los ojos carentes de cualquier tipo de expresión; otros se mantenían quietos, con el rostro distorsionado por la locura, farfullaban y rascaban y no se dieron ni cuenta de que Hem estaba allí. Más o menos una docena de niños se quedaron observando asustados la luz mágica de Hem, cuyo brillo se les reflejaba en los ojos. Hem frunció el ceño, de repente invadido por el pánico, retorcido por el desconcierto, el asco y la pena. En su miseria, todos parecían exactamente iguales.

Se quitó el susto de encima y comenzó a buscar a Zelika. No pasaría mucho tiempo hasta que alguien se diese cuenta de que la vigilancia había desaparecido; tenía un tiempo muy limitado. Caminó metódicamente por el cuarto, colocando la luz mágica ante la cara de cada niño. Cuando alguno intentaba esconderse, lloriqueando, le obligaba a girar la cabeza para verle la cara. El miedo y las prisas hacían que actuase con brutalidad, y cerró los oídos a los gritos que se oían a su alrededor.

Zelika no estaba allí.

Hem no se lo podía creer. Tal vez con las prisas no la hubiera visto. Se obligó a controlar la ansiedad y volvió a comprobarlo, acercando la luz mágica a cada rostro, echándolos a un lado en cuanto estaba seguro de que no eran Zelika. Entre los niños comenzó a cundir el pánico; unos aullidos y chillidos salvajes irrumpieron en la noche. Se echaban lastimosamente contra las paredes o el suelo, como si pudiesen excavar un agujero para huir de aquel ser invisible al que no veían, que los agarraba con unos dedos fantasmagóricos y los hacía a un lado.

De repente percibió, como una descarga en la piel, una vigilancia distante que hacia sonar su alarma, y después otra más. Lo habían descubierto. Continuó buscando desesperado en busca del rostro amado de Zelika. Seguro que estaba allí, seguro... Los niños gimoteaban, aullaban y apenas parecían humanos sumidos en su terror. Incluso entre aquel vocerío, Hem podía oír los pasos que se acercaban y la presencia helada de los Glumas. Hem dejó que la luz mágica resplandeciese durante unos instantes y miró como un loco a los niños apretujados y aterrorizados. Zelika no estaba allí. Y pronto él mismo estaría también atrapado en la Casa Ciega.

Hem abrió la puerta y se deslizó al exterior. Justo cuando cruzaba el umbral un Gluma que intentó atraparlo, al percibir su presencia a través del velo de luz; Hem evitó sus manos huesudas, se retorció con violencia para librarse de otro y salió corriendo para salvar su vida. Había Glumas y soldados-perro por todas partes, todos ellos corriendo hacia la Casa Ciega. Hem se introdujo en la oscuridad que había entre dos barracones y se agachó: ahora estaba cerca del huerto, podía trepar la valla. Podía escaparse, encontrarse con Irc y huir.

Zelika no estaba en la Casa Ciega. ¿Dónde estaría? Irc tenía razón: debían de haberla metido en uno de los otros bloques. Durante un terrible momento, Hem vaciló. Cada parte de su ser le gritaba que se escapase del horror de Sjug'hakar Im. Pero no podía marcharse sin Zelika.

Tenía que quedarse.

Después de aquello, Hem no recordaba la vuelta a1 Bloque la Sangre Dos. Se escabulló de los Glumas en la oscuridad absoluta, conteniendo el aliento y escudado con tal fuerza que apenas podía moverse, caminando entre el aire espero, como si estuviese en una pesadilla. Se quedó escuchando en el exterior del barracón durante un buen rato antes de atreverse a entrar, incapaz de creer que el caos del exterior no

hubiese despertado a los hocicos de su sueño drogado. Lo único que fue capaz de oír fueron los murmullos del sueño. Por fin se armó de valor y se deslizó sobrepasando la vigilancia, entró por la puerta y se metió en la cama. Bajo el escudo desmanteló su apariencia y los demás encantamientos tan rápido como pudo, obligándose a ser metódico para no cometer ningún error. Algún tipo de fuerte instinto de supervivencia dirigía sus actos, porque no era capaz de pensar. Los espasmos de las náuseas le sacudían todo el cuerpo, tenía los músculos agarrotados de cansancio y la cabeza le martilleaba de dolor. Pero lo peor de todo era saber que había fallado en el rescate de Zelika; el sufrimiento se asentó con tanta densidad en su interior que apenas le dejaba respirar.

Por fin Hem se tumbó sobre su jergón, con la magia profundamente oculta, mirando a la oscuridad. Pese a lo agotado que estaba, le parecía que nunca iba a ser capaz de volver a dormir; sentía como si todo su cuerpo estuviese vibrando. Unos instantes más tarde sintió que la vigilancia se ponía en alerta, y la puerta del Bloque de la Sangre Dos se abrió de en par. En su interior penetró una figura oscura cubierta por una capa.

Era un Gluma, pero no el capitán habitual. Hem borró lo que había en su mente y sintió cómo los ojos del Gluma recorrían la sala, en busca de alguna señal del espía que había asaltado la Casa Ciega. Su mirada pasó rápidamente sobre él, y se posó en un lugar cercano, centrándose durante un segundo en niña que gruñó en sueños y se dio la vuelta. Después se giró sobre sus talones y salió, cerrando de un portazo.

Uno de los demás hocicos gritó y luchó en una pesadilla, y después el barracón se quedó en silencio por completo.



El efecto que tuvo la incursión de Hem en la Casa Ciega fue inmediato y drástico. Al día siguiente se suspendió el adiestramiento mientras se registraba a conciencia todos los bloques. No hallaron nada: Hem se lo había esperado y se había protegido contra ello. Después de que el Gluma saliese del Bloque de la Sangre Dos la noche anterior, Hem había hecho un repaso mental de todas sus posesiones, por si acaso hubiese algo que lo pudiera traicionar. Los únicos objetos que podrían haber despertado sospechas eran los paquetitos de tela con morralina que había robado de las cocinas, pero había sido lo bastante precavido para no esconderlas en el barracón y las había enterrado bajo un velo de luz cerca de los huertos. Poco a poco y con mucho dolor, había limpiado su jergón de cualquier señal de magia posible; no había suficiente para que la percibiesen desde una distancia de un metro, pero si un Gluma lo inspeccionaba de cerca podría captar unas débiles vibraciones que lo delatarían. Después había dormido un poco, demasiado cansado y atemorizado para tan siquiera plantearse hablar con Irc.

Se alegraba de haber sido precavido, por difícil que hubiera resultado en el momento. La Araña dirigía los registros y Hem temblaba por si el Gluma posaba su atención directamente en él. Las capacidades de la Araña le permitían percibir barreras y escudos, y podría fácilmente atravesar su frágil simulación. No se atrevía ni a pensar en las consecuencias aquello que podría tener. Se quedó fuera del Bloque de la Sangre Dos con los demás hocicos del Bloque de la Sangre mientras la Araña registraba concienzudamente el barracón. Habían sacado de la cama a los hocicos tan temprano que no habían tenido tiempo ni para hacerse el corte en el brazo y repintarse las marcas de la frente, y allí estaban, bajo la luz acuosa del sol invernal, confundidos y un poco asustados.

—Están buscando al espía, eso es lo que hacen —susurró una niña pequeña. Dirigió una mirada de desprecio hacia el otro lado del patio, a los otros bloques, y se sorbió la nariz—. Bueno, en el Bloque de la Sangre no lo encontrarán, eso está claro.

Hem estaba demasiado cansado para tan siquiera tener miedo. Se limitó a quedarse donde estaba, mirando boquiabierto.

—Seguramente sea Degollador —dijo Raptor mientras le daba a Hem un codazo en las costillas—. Te apetece la estaca, ¿eh, Degollador? Una matanza de los chuchos

sería algo demasiado bueno para ti, seguro —escupió con asco.

Contra su voluntad, Hem sintió que las entrañas se le retorcían de pánico. Sonrió como un tonto, como si no acabase de comprender lo que le decían, pero no fue capaz de ocultar el desasosiego en la mirada.

—Sí, seguramente sea Degollador. Voy a ir a decírselo a la Araña ahora mismo. Ha dicho que habría una gran recompensa. —Un hocico que a Hem le desagradaba especialmente, un muchacho bizco y con cara de zorro rio con sarcasmo—. Venga, Degollador, te hemos pillado.

En aquel momento Hem sintió miedo de verdad; no quería ser el centro de tanta atención teniendo a la Araña tan cerca.

—¡No, Diente, no! ¡Yo nunca espiaría! —protestó mientras Diente y algunos de sus cohortes se reunían a su alrededor, sonriendo—. ¡No digas eso! Yo soy leal, ¿verdad que sí, Raptor? ¿A que sí?

Jugó a ser el blanco de las bromas, como había hecho tantas veces en los últimos días, rezando para que los hocicos se aburriesen pronto. Raptor se limitó a echar una risilla y los demás hocicos perdieron el interés; una comandante del campamento tenía la vista fija en ellos, y pese a no ser un Gluma, los ponía nerviosos. Frunció el entrecejo y se sacudieron la tierra de los pies.

Pareció pasar muchísimo tiempo hasta que la Araña salió con los demás Glumas, le hizo una señal a la comandante y se cambió al Bloque de la Sangre Tres. Hem se sintió inundado por una ola de alivio, que lo dejó zumbando y mareado. No debían de haber encontrado nada.

Más tarde oyó que habían encontrado un paquetito secreto en el campamento que contenía poderosos conjuros. Unos extraños rumores se extendieron por todo Sjug'hakar Im. Se decía que los conjuros eran maldiciones que les convertirían la médula ósea en plomo fundido mientras dormían o que, con una palabra del espía (que para entonces se había convertido en un poderoso hechicero), se convertirían en arañas invisibles que se les meterían por las orejas y se les comerían el cerebro. Otros decían que se habían encontrado armas encantadas en el huerto. Hem tradujo los cotilleos susurrados en que la Araña había encontrado sus paquetitos de moralina. Si la noticia era cierta, le asustaba: había colocado un fuerte velo de luz sobre ellos, y pensaba que estaban seguros. Hem se dio cuenta de que lo único que realmente le protegía era su anonimato entre los cientos de hocicos: no parecía muy probable que la Araña fuese a examinarlos a todos uno por uno.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que alguien relacionase su llegada a Sjug'hakar Im con el espía. Tal vez fuese lo bastante insignificante para no tener que pasar bajo la mirada de los Glumas amos; el Gluma que lo había entrevistado cuando había llegado era, según se daba cuenta ahora, de un rango muy bajo.

Los registros de los bloques terminaron a mediodía, y se convocó a los hocicos a una reunión en el patio de entrenamiento. Se hizo un recuento que llevó mucho tiempo. Entonces la Araña se dirigió a ellos, pero su discurso fue breve y escaso de

información. Les dijo a los hocicos que emprenderían la marcha hacia Dagra al día siguiente.

Aquella noche Hem e Irc tuvieron su primera discusión real. Irc estaba horrorizado ante la idea de que Hem estuviese pensado partir con los hocicos hacia Dagra, y se enfadó cuando Hem le ordenó que volviese a donde estaba Hared y esperase a que volviese.

Pasaremos por las colinas de Glandugir, Irc, explicó Hem. No querrás seguirme por allí. Es demasiado peligroso.

No quiero volver allí nunca más, replicó Irc. En su contacto mental, Hem veía imágenes vagas de las cosas que habían asustado a Irc cuando había seguido a los hocicos el día que habían capturado a Zelika: árboles que se balanceaban según su propia voluntad, flores con dientes, bestias con dos morros o cinco ojos. *No llegué lejos. Más allá debe ser mucho peor.*

No quiero que te pase nada, aseguró Hem. *Así que vuelve con Hared.*

Solo piensas en ti, respondió Irc. *Yo no te importo.*

Herido, Hem no habló durante un rato. Por primera vez fue completamente consciente de lo difíciles que le resulta a Irc sus peticiones, cómo se debía de sentir, como si estuviese abandonado. Por fin argumentó: *Sí que me importas Irc. No podría seguir adelante sin ti. Solo es que no puedo dejar a Zelika. No puedo. Y esta es una oportunidad para averiguar qué está ocurriendo de verdad con los hocicos. Si voy a Dagra, puedo traer noticias que Hared no podría conseguir de ninguna otra manera.*

Yo creo que Zelika está muerta, afirmó Irc. *Estás persiguiendo a un fantasma, y los dos moriremos por nada.*

No está muerta, replicó Hem con fuerza.

¿Cómo lo sabes?

Puedo sentirla, explicó Hem.

¿Qué es lo que sientes?, preguntó Irc enfadado. *No la has visto. No has hablado con ella. ¿Es que todos estáis mal de la cabeza? Has pasado demasiado tiempo con los perversos. ¿Y qué si descubres qué está planeando la Oscuridad? Si penetras en la tierra oscura, no volverás.*

Volveré, afirmó Hem con una confianza que no sentía. *Por supuesto que volveré.*

No puedes ir. Hem percibió la alarma de Irc recorriéndole todo el cuerpo.

Tengo que ir. Bajo aquella afirmación, Hem sintió que una repentina y espantosa sensación de vacío se abría en él ante la idea de ir a Dén Raven sin Irc, sin la posibilidad de tener siquiera su pequeño contacto. Hem intentó concentrar su mente, dar los contornos limpios de una orden. *Vuelve con Hared, Irc. Esta noche.*

Tienes la cabeza llena de plumas, fue la respuesta susurrada de Irc. *Estás enfermo, como todo lo que hay aquí.*

Durante un instante la mente de Hem se vio inundada por la ira, el miedo y la

desolación de Irc, y después se vio apartado de golpe. Hem intentó volver a entrar en contacto unas cuantas veces, pero el cuervo no respondía. Sintióse miserable y helado, al final intentó acomodarse para dormir. Los músculos le dolían después de haberse pasado toda la tarde preparándose para el viaje del día siguiente: los Glumas estaban desmantelando todo el campamento, empaquetando lo que podían llevarse, y por la noche había tenido lugar otro recuento. Había sido un día duro, y mañana sería todavía peor.

Hem se quedó quieto, más deprimido de lo que se había sentido nunca. Se daba cuenta de que algunas de las cosas que había dicho Irc eran justas. Si lo mataban, nunca volvería a ver a Irc, ni a Saliman. Y Maerad ya estaba bastante sola, después de la muerte de Cadvan... Perdería todo lo que le importaba, incluida su propia vida. ¿Realmente merecía la pena el terrible riesgo que estaba corriendo?

Tal vez Irc tuviese razón, pensó. Pero, al mismo tiempo, sabía que no podía abandonar a Zelika. Pensó en la mente que había tocado durante un instante tan breve cuando había registrado el campamento. Ella estaba allí, en algún lugar; él solo tenía que encontrarla. Irc estaba equivocado al decir que estaba muerta.

En Dagra podría tener una verdadera oportunidad de descubrir qué planeaba hacer el Sin Nombre con el ejército infantil. «Grandes planes», había dicho la Araña; Hem pensó que eso debía significar que planeaban utilizar a los hocicos para atacar Annar, y probablemente aquello ocurría más pronto que tarde. Si pudiese descubrir exactamente cuál era la estrategia, estaría ayudando a Hared y a Saliman, y a los que estaban con la Luz y luchaban con tanta desesperación contra el Ejército Negro. Incluso una pequeña ventaja podría cambiar las cosas, podría salvarlos de la derrota total.

Y lo que era más importante de todo, ayudaría a Maerad.

Aquel último pensamiento fue el que le hizo decidirse. Maerad también corría un gran peligro. ¿Cómo iba Hem a arriesgarse menos que su propia hermana?

Aquella noche soñó con un paisaje cubierto por una profunda capa de nieve. Él era una bestia que corría a cuatro patas, sentía un cosquilleo en la boca causado por el aroma fresco y limpio del aire helado. Sentía cómo se le ondulaban los músculos bajo la piel, cargados de una energía sin explotar, y el corazón le dio un vuelco: era capaz de pasarse toda la vida corriendo, cada vez más y más rápido, hacia el pálido sol que pendía frío sobre las montañas de color púrpura, ocultas por la bruma en la distancia. Era un sueño de auténtica libertad. Corría por el puro placer de hacerlo, hacia un horizonte que le quedaba fuera del alcance de la vista.

El sueño cambió a un vivido y breve recuerdo de Maerad, que estaba de pie, vestida con una larga túnica color carmesí, en la sala de estar de Nelac en Norloch. Se estaba llevando a la boca un vaso de laradhel y reía por alguna ocurrencia de Saliman. De repente el padre de Hem, Dorn, también estaba en la sala con ellos, y

Maerad se volvía para saludarlo, sonriendo, sin sorprenderse. Cuando estaba despierto, Hem no era capaz de recordar el aspecto de su padre: él era demasiado joven cuando murió. Pero sabía que aquel era Dom. Era un hombre grande, más alto que Saliman, con una sonrisa tímida y encantadora. Llevaba una túnica azul con hermosos bordados de hilo dorado, y su rostro era oscuro y bello, con la misma piel aceitunada que Hem. Lo inundó una repentina y radiante alegría.

Cuando se despertó en la fría y tenue luz que precede al alba, había una nueva fuerza en su interior, y repasó con la mirada el miserable barracón que había sido su casa durante las últimas dos semanas. Ya no sentía que se había pasado toda su vida en cuartos como aquel, cargados con el olor rancio de la desesperación y de seres humanos que no se lavan. Una obstinada esperanza floreció en lo más profundo de su ser. Tenía al Elidhu, con sus propias y misteriosas razones para ayudarlo, y tenía a Maerad; no estaba tan solo como se sentía.

Aquella mañana los Glumas llevaron a cabo otro recuento. Estaban preocupados por el espía, supuso Hem; y tal vez temiesen que un hocico pudiese haber huido de la Casa Ciega y se estuviese escondiendo entre los demás. Por primera vez desde su terrible incursión en aquel lugar, Hem pensó en los otros niños que estaban prisioneros allí. Había evitado pensar en la Casa Ciega: era demasiado espeluznante, demasiado lastimoso para contemplarlo. ¿Qué les había ocurrido a aquellos niños? Aunque Zelika no estuviese allí, ¿debería haberlos rescatado? Había sido igual de cruel que un Gluma: había ignorado su sufrimiento y su terror; los había echado a un lado como si fuesen objetos y se había limitado a abandonarlos a su suerte. ¿Era eso lo que también estaba haciendo con Irc? ¿Se estaría convirtiendo, sin darse cuenta, en algo que odiaba?

De repente descubrió que anhelaba con toda su alma hablar con Saliman. Él comprendería cómo se sentía, le ayudaría a ver con más claridad lo que estaba haciendo. Tan solo ver la sonrisa de Saliman, la manera en la que echaba hacia atrás la cabeza cuando reía, de modo que las trenzas le caían como un río negro y brillante, cómo hacía dibujos en el aire con las manos mientras hablaba...

Por fin se había acabado el recuento. Hem se movió con poco entusiasmo, preparado para volver al Bloque de la Sangre Dos para recoger su hatillo, pero la Araña estaba hablando, con una voz que se enrollaba en la intimidad del oído de Hem como una suave y mortal serpiente.

—Mis pequeños chuchos —habló la Araña como si estuviese acariciándolos—. Mis dulces y pequeños señores de la sangre. Estaréis muy contentos de saber que hemos encontrado al canalla que había entre nosotros, al espía que había entre los nuestros.

Hem prestó atención de golpe, olvidando por un momento, a causa de la conmoción, que se suponía que era Degollador, y el Gluma que tenía más cerca se giró hacia él repentinamente alarmado, buscando. Entre maldiciones, Hem reforzó su escudo y se vació la cabeza. No podía permitirse cometer ni un solo error: cada día

que pasaba allí su situación se volvía más peligrosa. Lo celebró con gran grosería junto a los demás hocicos —aunque tenía la piel cubierta por un sudor helado de miedo— y para su alivio vio que el Gluma se había dado la vuelta.

Furtivamente Hem trazó el camino que tendría que seguir hasta la valla: tal vez si se cubría con un velo de luz podría conseguir llegar hasta allí y saltarla. Pero no le parecía que tuviese muchas posibilidades, con mil hocicos y la Araña acorralándolo. Intentó controlar su pánico y concentrarse en lo que estaba diciendo la Araña.

—Antes de partir hacia Draga, nos encargaremos de esta escoria cobarde —gritó el Gluma—. ¡Que traigan al traidor!

Hem se puso tenso, a punto de salir corriendo, esperando que lo agarrasen a él: pero cuando se dio cuenta ya estaban arrastrando a una figura con grilletes hacia el patio de entrenamiento. Con un asombro apabullante, vio que era un Gluma. Los hocicos estaban tan mudos de asombro como él: el aullido sediento de sangre que había surgido cuando la Araña había anunciado el descubrimiento del espía se desvaneció en un silencio vacío. Aquel día no habría matanza de los chuchos: a los Glumas no se les podía matar por medios comunes.

«Si es un Gluma, no puede ser un chivo expiatorio», pensó rápidamente Hem. Tenía que ser un espía real. ¿Sería uno de los aliados de Hared? Con la boca abierta, se quedó mirando mientras obligaban al Gluma a arrodillarse delante de la Araña. Se mantuvo completamente quieto, con la cabeza cubierta por la capa negra. Con un gesto de desprecio, la Araña le arrancó la capa. Durante un brevísimo instante, Hem reconoció al Gluma al que había visto la primera noche, la imagen fruto de un conjuro destellante de una hermosa mujer. Después los hocicos ahogaron un grito, y Hem se dio cuenta de que le habían destruido el conjuro destellante. Los hocicos estaban viendo por vez primera el verdadero horror de un Gluma.

—¿Veis lo que es un traidor, mis pequeños chuchos? —dijo el Gluma con un toque de amargura en la voz—. Piel seca y huesos secos, nada más. Sí, pese a que vivan, están muertos. Esta es una soplona de otro señor, y mientras nuestro Señor extiende su gloriosa mano para conquistar, ella conspira para introducirse en nuestro poder y arrebatarlo. Es una espía de Imank, el Capitán Negro, que también ahora demuestra su deslealtad. ¡Y eso es algo que no se puede consentir!

Las palabras finales se convirtieron en un fino grito que le quemó las orejas a Hem, obligándolo a hacer una mueca de dolor. Pero Hem estaba perplejo: ¿a qué se refería la Araña? ¿Qué quería decir con traición? El Gluma no parecía estar hablando de nada relacionado con la Luz.

—Vuelvo a repetirlo, ¡esto no se puede consentir! Así que esta será arrojada al Abismo que la espera, donde su alma marchita tendrá que esperar el juicio de un señor más cruel que el nuestro. ¡Y nunca volverá!

El Gluma que estaba de rodillas se movió por primera vez. Se encogió, cubriéndose los ojos. Pese a todo, Hem sintió un temblor de compasión. Aquel pequeño gesto era tan humano, el inútil deseo de cubrirse los ojos contra un destino

terrible. La Araña levantó las manos y se produjo un destello de luz, insoportablemente brillante ante la tenue luz del sol, y un chillido espantoso que le resonó hasta los huesos. Hem parpadeó, medio cegado. Cuando se le aclararon de la vista los reflejos, vio que ante la Araña ya no había nada que recordase a una figura humana: tan solo una pila de huesos secos, con la capa negra caída sobre ellos.

—Aquí todos los traidores, sean de alta cuna o chuchos, sufrirán esto —dijo con suavidad la Araña—. Recordadlo, mis pequeños insectos. Tenemos muchos enemigos, y todos ellos serán arrojados a un foso de tormento sin fin. —El Gluma escupió con saña sobre la pila de huesos y se dio la vuelta mientras se cubría bien con la capa, y volvió al barracón principal caminando con rapidez.

Temblando, Hem volvió al Bloque de la Sangre Dos con los otros hocicos, que estaban muy sumisos. Así que los Glumas no le estaban buscando a él, sino a otro espía. Todavía se sentía desconcertado ante las palabras de la Araña. ¿Sería que la Luz tenía otros aliados que él desconocía? De repente recordó una conversación que había tenido lugar en Nal-Ak-Burat acerca de la creciente rivalidad entre Imank, el capitán que había liderado al Ejército Negro contra Turbansk, y el Sin Nombre. *Sharma le debe mucho a Imank y dudo que este tarde en recordárselo*, había dicho el Bardo de Dén Rayen, Til-Naga. *Es posible que Sharma tema más a Imank de lo que teme a cualquier capitán de Annar.*

No por vez primera, Hem se sintió frustrado ante lo poco que sabía acerca de lo que estaba ocurriendo en el mundo exterior. Tal vez aquel Gluma estuviese espiando para Imank. Tenía sentido que Imank estuviese conjurando para derrocar al Sin Nombre: después de todo Imank era, según todos los rumores, un poderoso hechicero. Si era cierto que los ejércitos infantiles eran una parte importante de la estrategia del Sin Nombre, Imank debía de estar tan interesado en ellos como lo estaba la Luz. Aquello explicaría por qué los hocicos no habían ido a Turbansk: el Sin Nombre no desearía que estuviesen bajo la autoridad de Imank.

Entonces, ¿iban a emplear a los chuchos contra Imank? ¿Y cómo había demostrado este su deslealtad? ¿Declarando abiertamente una rebelión contra el Sin Nombre? ¿O estaría Ocurriendo algo más? ¿Sería tan solo que Imank se había vuelto demasiado poderoso y el Sin Nombre había decidido poner freno al hechicero mientras pudiese?

Hem no podía preguntárselo a nadie. Tendría que averiguarlo por sí mismo.

Se echó el hatillo al hombro, era pesado: se suponía que todos los hocicos tenían que llevar encima sus armas y provisiones. Se había percatado con tristeza de que la comida consistía principalmente en legumbres cargadas de morralina, cocinadas en forma de sólidas galletas envueltas en trapos sucios, ¿cómo iba a vivir sin comer? No se atrevió a hacer ninguna incursión en el huerto, que de todas maneras ya estaba despojado de su producción. Unas escasas vainas de alubias y unos cuantos nabos no iban a servirle de sustento.

Hizo a un lado el problema para volver sobre él más tarde y salió con los demás

hocicos. Una suave llovizna hacía que el campamento pareciese más desolado de lo habitual. Con los soldados-perro flanqueándolos y los Glumas al frente y por detrás de la columna, los hocicos comenzaron a marchar hacia Dén Rayen.

Los árboles que cubrían las Colinas de Glandugir se iban haciendo cada vez más espesos, pero Hem vio, con alivio, que estaban siguiendo una carretera —en realidad apenas un sendero—, lo que significaba que no tendrían que abrirse paso a machetazos entre la vegetación, tal y como había temido en un principio. Todos marchaban junto a sus bloques. El camino era lo bastante ancho para permitir que como máximo avanzasen en columnas de cuatro, y las líneas se iban haciendo cada vez más finas, haciendo que los hocicos se sintiesen vulnerables; todos se daban empujones para conseguir un sitio en el medio del sendero, lo más alejado posible de los árboles. A veces aquellas discusiones llegaban a las manos.

Era la primera vez que Hem veía a los hocicos tan asustados, y aquello no le hacía sentirse mejor. Irc tenía razón: prácticamente no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir si iba a Draga. ¿Y cómo iba a volver, si tenía que cruzar todo Dén Raven y las colinas de Glandugir? Durante unos extraños momentos, estuvo a punto de intentar fugarse, escabullirse entre los árboles; pero se mordió el labio mientras se decía que no fuese cobarde. Si Zelika estaba entre los hocicos, tendría más posibilidades de encontrarla de camino; y aquella sería su oportunidad para descubrir qué era lo que estaba ocurriendo en realidad con ellos.

Intentó no pensar en Irc. Había hecho un temerario intento de volver a ponerse en contacto con el cuervo, a la luz del alba antes de que los sacasen de la cama, pero no había respondido.

Desde su posición, Hem no era capaz de ver ni el principio ni el fin de la fila, incluso el soldado-perro que tenía más cerca le quedaba fuera del alcance de la vista. Se alegraba de aquello; incluso a los hocicos les resultaban extraños los soldados-perro, y la sensación de maldad que los rodeaba era tan fuerte que Hem apenas podía evitar sentir arcadas cuando tenía uno a unos metros de distancia. Era la misma sensación que le habían dado los cuervos de la muerte: una sensación de algo vital irremediabilmente marchito. En el campamento apenas los había percibido; vigilaban las murallas y vivían en un barracón en la esquina más alejada del Bloque de la Sangre, a unos cientos de metros de la Casa Ciega. Ahora era dolorosamente consciente de su presencia.

Aquella mañana temprano, mientras marchaban hacia las Colinas de Glandugir, Hem había visto de cerca a un soldado-perro por primera vez. Aunque durante los últimos días había pensado que ya estaba curado de espantos, la visión lo había dejado profundamente perturbado.

Eran una extraña mezcla de carne y metal: resulta a difícil determinar dónde terminaba la armadura y comenzaba el cuerpo, y cuando se acercaban a ellos sentía el

calor que despedían, como si fuesen braseros. Tenían una constitución fuerte, su estatura era la mitad de un hombre grande y se movían con una lentitud pausada y amenazadora. En lugar de manos tenían unos instrumentos para agarrar hechos de metal articulado, con garras retráctiles de acero azul, y en el medio tenían unos agujeros negros desde los que, según su voluntad, podían escupir el fuego líquido que causaba aquellas heridas tan temibles. No portaban armas: no las necesitaban.

Pero no era su tamaño, o el hecho de que estuviese tan claro que tan solo existían para matar y mutilar, lo que le hacía echarse atrás. Había conseguido echarle un vistazo a la cara que había debajo del casco de hierro de un soldado-perro —un rostro desfigurado por los monstruosos hocicos con colmillos de acero que se proyectaban desde los huesos de la mejilla— y le había visto los ojos. Ojos humanos, con una inteligencia humana. En aquel momento se dio cuenta con un escalofrío de que el soldado-perro era, o una vez había sido, un ser humano.

¿Habrían sido hombres y mujeres normales y corrientes que se veían, a causa de algún tipo de brujería que él no era capaz de comprender, atormentados dentro de aquellas figuras de pesadilla? ¿Podrían engendrar los soldados-perro? ¿O todos tenían que formarse, igual que se formaba a los hocicos? ¿Y si estaban creados a partir de personas comunes, qué sentirían acerca de aquello en lo que se habían convertido?

Durante aquel breve instante de empatía, Hem deseó con toda su pasión que los soldados-perro no fuesen capaces de sentir nada en absoluto. Si lo hacían, ser un soldado-perro tendría que ser algo más espantoso de lo que era posible imaginarse. No había ningún indicio en sus rostros distorsionados: tenían unos ojos duros e inexpresivos, tan carentes de misericordia como los de cualquier Gluma. Pero tal vez, en la profundidad de aquellos cuerpos mutilados, todavía existiría el fantasma de recuerdos más dulces; incluso, tal vez, del amor... La idea llenó a Hem de un horror insondable, y se dio la vuelta jadeando. Eran como los hocicos, pero aún peores. No creía que pudiese existir nada peor que los hocicos.

Se estremeció. No soportaba pensar así. Tan solo sobrevivir sería suficientemente duro.

Los Glumas establecieron un paso frenético. Pese a la existencia del camino, era difícil mantenerlo: subían y bajaban colinas que a veces eran muy empinadas, pero ascendían más que descendían. No pasó mucho tiempo hasta que se encontraron en un denso bosque y el manto de hojas que tenían sobre ellos se entrelazaba densamente, de modo que siempre parecía ser la hora del crepúsculo. Los hocicos miraban ansiosos hacia los árboles mientras avanzaban y Hem se acordó de las cosas aladas que los habían atacado a Zelika y a él en las afueras de las colinas, e intentó no pensar más en ello. El camino se retorcía entre los árboles, mientras con los pies revolvían la tierra hasta convertirla en un asqueroso lodo, que era resbaladizo y se le pegaba a Hem a las sandalias. Cuanto más se adentraba su camino en el bosque, peor se encontraba; parecía tener las piernas hechas de piedra, y constantemente notaba un repugnante sabor en la boca. El aire era denso y pesado, de algún modo resultaba

difícil respirar.

El primer día no ocurrió nada especial. Durmieron en el lugar en el que se detuvieron, sobre el camino; pese a la humedad, ya que ninguno de los hocicos osaba aventurarse a buscar un terreno más seco entre los árboles. Los Glumas encendieron fuego utilizando la brujería, arrancando ramas de los árboles que tenían cerca para alimentarlo, y los hocicos se acurrucaron alrededor del calor, observando la noche con miedo. Aquello estaba lleno de sonidos extraños: ramas que gemían a un ritmo que sonaba como una especie de lenguaje, siniestros crujidos, los aullidos y ladridos de animales cazando, los chillidos de los pájaros nocturnos.

En los instantes previos a que el sueño le venciese, Hem, deseó poder hablar con Irc. Pensó en lo enfadado que estaba la última vez que habían hablado, en cómo se habían separado con duras palabras. El recuerdo resultaba tan doloroso que olvidó por completo de su escudo interno y se dio cuenta, con un horrorizado sobresalto, de que lo había aflojado por primera vez desde que había entrado en Sjug'hakar Im. Lo restauró rápidamente mientras se maldecía a sí mismo. Pese al sufrimiento físico, Hem se quedó dormido casi de inmediato.

Cuando abrió los ojos, se encontró mirando directamente al diseño que formaban las hojas y el cielo sobre su cabeza, pero en él había algo diferente. Se incorporó y descubrió que estaba en un bosque, pero era un lugar muy diferente a los bosques de pesadilla de las colinas de Glandugir. Se dio cuenta de inmediato, gracias al eco de una música que resonaba en su mente, de que volvía a estar en el hogar de Nyanar. Un instinto le daba a entender que aquella era una de las colinas cubiertas de bosque que había visto en la distancia desde el pie del gran árbol. La sensación, que ahora le resultaba ya familiar, de sentir una profunda satisfacción brotaba en su interior, igual que la savia ascendía por un árbol hacia el cielo de primavera.

De nuevo era el momento del amanecer, y los pájaros iniciaban sus retos matinales desde cada árbol. Unos rayos de luz repasaban el manto de hojas que se alzaba sobre él, iluminando un grupito de setas venenosas por aquí, unos helechos verdes por allá, y el olor a tierra y hojas podridas ascendía, denso y pesado. Los árboles eran tan viejos y altos, y sus copas tan densas, que el suelo bajo ellos apenas estaba cubierto de vegetación, y podía ver ante él un largo camino, que descendía por una pendiente hacia un valle en donde un arroyo borboteaba bajo un encaje de hojas.

Hem veía las sombras húmedas que la luz del sol no podía agujerear, grisáceas a causa de un pesado rocío, pero no sentía frío; más bien una deliciosa estela de calor que le recorría todo el cuerpo, como si estuviese sentado ante un agradable hogar. La pavorosa sensación enferma le había desaparecido del cuerpo, las atormentadoras náuseas que habían ido aumentando a cada paso que daba para introducirse en las colinas de Glandugir. Aquel bosque no estaba herido.

No es malvado, dijo la voz de Nyanar.

Hem miró a su alrededor, pero no vio nada más que los árboles.

¿Dónde estoy?, preguntó.

Donde siempre has estado, respondió Nyanar. *Estás en otro momento.*

Con un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero, Hem por fin comprendió. *No se trata de dónde, sino de cuándo.* Estaba en las colinas de Glandugir, pero tal y como eran antes de que el Sin Nombre las hubiese envenenado, antes de que la enfermedad que afligía a aquel país las hubiese retorcido.

¿*Cómo...?*, pero Hem no pudo terminar la pregunta. Un dolor inarticulado causado por la mutilación de aquel hermoso lugar le afligía la garganta. Pensó en el pánico de los árboles de Glandugir, las no-criaturas que allí habitaban y las lágrimas le nublaron la vista.

Sabes cómo, respondió el Elidhu. *Los detalles no importan. Se robó la Canción y muchas cosas se echaron a perder.*

Hem asintió con tristeza.

El tiempo no es tal y como lo conocéis vosotros, criaturas mortales, afirmó el Elidhu. En su voz había una nueva ternura, como si supiese lo que estaba sintiendo Hem. *Piensas que el tiempo brota hacia delante, como un río, y que vosotros sois ondas que centellean en la superficie, moviéndose siempre hacia delante, nunca hacia atrás. Pero para nosotros es un mar, y el tiempo existe en su conjunto. Nada se ha ido de verdad... No estés triste.*

Hem asintió y sintió que su congoja se disolvía. Volvería, estaba seguro, pero ahora estaba contento en el extraño presente que habitaba. El Elidhu volvió a hablar.

Te he traído aquí para que puedas descansar, le explicó. Pero no puedo ayudarte más allá de este punto. Marcháis hacia fuera de mi saber, de mi hogar, hacia el centro oscuro. Ten cuidado Muchacho de la Canción. Recuerda lo que ya se ha dicho en las vueltas del tiempo. Esperaré tu retorno.

Entonces, tan de repente como había aparecido, la voz se esfumó. Hem apoyó la espalda contra el tronco del árbol más cercano y se quedó mirando hacia la pendiente que tenía ante él. Como siempre que entraba al reino de los Elidhu, aceptaba lo que allí había sin preguntas. No pensó en lo que había dicho Nyanar. No pensó en nada en absoluto; tan solo dejó que la profunda paz del bosque lo empapase. Una enorme mariposa de color azur bailaba alocada en un rayo de luz a unos metros de distancia, y sus colores iridiscentes parpadeaban de manera hipnotizadora, entrando y saliendo de la sombra Hem la observó, fascinado, y no fue consciente del momento exacto en el que volvió a sumirse en el sueño.

Una confusa algarabía de gritos lo despertó. Automáticamente buscó su espada al ponerse en pie, confundido por el sueño, mirando espantado a su alrededor. Era negra noche. Al principio la oscuridad era tan absoluta que parecía que tenía los ojos tapados: el fuego que había cerca de él se había consumido. Todavía sentía el calor: era como si lo hubieran pagado de repente. Entonces un Gluma que estaba alejado de él se iluminó de furia, como si todo su cuerpo resplandeciese y un disparo de fuego

dibujó un arco hacia los árboles, arrojando un confuso rayo de luz que destrozó la sombra. Casi al mismo tiempo dos soldados negros escupieron unas llamas rojas en un lugar más alejado del camino.

Hem inspiró estremeciéndose y se mantuvo en el suelo, mirando a su alrededor e intentando calcular qué estaba sucediendo. Los hocicos que tenía cerca eran presa del pánico, chillaban y corrían en círculos, arremetiéndolos unos contra los otros. Entonces Hem sintió algo parecido a un latigazo que le atravesó la mente. Se tambaleó, aturdido, y observó, con los ojos muy abiertos, mientras los hocicos de repente aparecieron dentro de su campo de visión. Tenían los ojos en blanco y se volvían hacia el exterior todos a una, de cara a la oscuridad. Parecían estar siguiendo órdenes que él no podía oír. Hem tuvo la suficiente lucidez para copiar sus movimientos.

Un grupo de hocicos de otro bloque estaban atacando algo que no podía ver. Un espantoso sonido de algo que engullía irrumpió en la oscuridad, después se oyó un grito infantil y Hem se quedó pegado al suelo, incapaz de moverse de miedo. Después se escucharon crujidos de ramas procedentes de otra dirección, más cerca de donde estaba Hem, y el Bloque de la Sangre se volvió para enfrentarse a lo que fuese. Un Gluma que corría por el camino en dirección a ellos lanzó otro rayo de luz y, en aquella nítida luz, Hem, que con las prisas se veía empujado hacia delante, vio durante un breve instante a una criatura enorme, blindada con una armadura igual que un escorpión gigante, por lo menos el doble de grande que una vaca. Se escabulló con una rapidez escalofriante, mientras la punta de su cola, en la que había un aguijón blanco que chorreaba veneno, le temblaba diabólicamente sobre la cabeza. Mientras Hem miraba, la cola arremetió como una maza, en un visto y no visto, y se clavó en Desgarradora. Esta cayó hacia atrás con un agudo lamento, retorciéndose y echando espuma por la boca. En el espacio de tres latidos del corazón la niña estaba quieta y la espada se le cayó de la mano inerte.

Ninguno de los demás hocicos se percató en lo más mínimo del destino de Desgarradora. Avanzaron hacia el monstruo, abriéndose paso hacia los ojos y la cola con una furia salvaje. No pensaban en su seguridad. Hem estaba demasiado cerca para estar tranquilo: su instinto le decía que saliese corriendo, pero temía, incluso en aquel caos, que alguien pudiese darse cuenta. Le dirigió a la criatura unas cuantas puñaladas, manteniéndose lo más lejos posible de su cola mortal de sus despiadadas garras y colmillos.

Entonces alguien consiguió cortar de una cuchillada el aguijón y la bestia se dobló hacia atrás, agónica, vomitando sangre negra. Una parte salpicó a dos hocicos e hizo que la piel se les llenase de enormes verrugas. Los demás se echaron hacia delante y le acuchillaron los ojos mientras la bestia se enrollaba y se desenrollaba, arremetiéndolos contra ellos con sus patas. Le arrancaron las patas para que no pudiese salir corriendo y entonces, pese a que la criatura todavía se retorció y tragaba, la dejaron donde estaba.

Hem sintió que se le aliviaba una gran presión a cada lado de la frente. La voluntad que había conducido a los hocicos a aquel frenesí había desaparecido; ya no eran sus esclavos. Los hocicos comenzaron a limpiar las armas en la hierba, charlando animadamente entre ellos acerca de la batalla y quejándose del punzante olor de la sangre. Ignoraron tanto a la bestia moribunda como a sus camaradas heridos o muertos. El primer grupo de hocicos ya había despachado al otro monstruo, su armazón mutilado yacía retorciéndose no lejos de allí. Hem contó seis cuerpos esparcidos alrededor de los monstruos moribundos. Un Gluma volvía a encender el fuego empleando brujería, y este llameó prendiendo las ramas que tenía encima.

Los hocicos celebraron las llamas, con los ojos brillantes por el triunfo. «Ahora ya solo están embrujados de la manera habitual», pensó Hem; la morralina no era lo único que los mantenía atados. Los Glumas también podían controlarlos en el momento de la batalla. Miró a los hocicos heridos, resistiéndose a la necesidad de acercarse y ayudarlos; nada lo dejaría al descubierto con tanta rapidez como una muestra de compasión. Los Glumas ya se estaban acercando a ellos; sin duda tenían sus propios sistemas de curación.

Se sentó al lado del fuego y se envolvió bien en la capa. Raptor se le acercó sonriendo.

—¡Goromantes! —exclamó—. ¡Les hemos dado una buena lección!

Hem intentó parecer tan emocionado como Raptor y pegó un puñetazo al aire. Pero el chico ya había pasado de largo, para celebrarlo con otro.

Goromantes. Hem había oído hablar de ellos. Había deseado no verlos nunca en la vida real. Eran mucho peores que cualquier rumor.

Cerró los ojos deseando, dejando que el calor del fuego le quitase el frío que sentía tras lo ocurrido. Nunca había pensado que se alegraría de encontrarse entre los hocicos; pero tal vez solo aquel tipo de delirio era capaz de derrotar a criaturas tan terribles como los goromantes. Incluso estando mutilados, no morían. Los horribles sonidos de su agonía se prolongaron sin fin bajo las celebraciones de victoria de los hocicos, y colorearon es escaso sueño del que pudo disfrutar durante el resto de la noche.

Al día siguiente los goromantes todavía estaban vivos, cuando los hocicos se pusieron en marcha. Estos les pegaron patas al pasar a los cuerpos que se retorcían o les escupían encima. Hem apartó al mirada.

Les llevó tres días atravesar las colinas de Glandugir. Se produjeron varios ataques más, siempre de noche, pero no vinieron más goromantes: en una ocasión, un enjambre de los seres alados a los que habían matado Hem y Zelika, en otra una manada de cerdos salvajes con dos cabezas. De estos se deshicieron con menos dificultad que de los goromantes; cuando mataban a uno o dos, los otros se retiraban a los árboles. Unos cuantos hocicos más fueron heridos. Los heridos que podían

caminar avanzaban por su cuenta, más asustados ante la idea de quedarse atrás que ante el dolor que sentía; a los que estaban demasiado heridos para avanzar los Glumas se encargaban de matarlos rápidamente.

En medio de las colinas, en los lugares más oscuros, había árboles que gritaban por las noches, extrañas llamadas sin boca, que hacían que un escalofrío les recorriese la espalda y inquietaban incluso a los Glumas. Una vez un hocico cortó una rama para el fuego y el árbol chilló y meneó los miembros como una bestia, y el hocico se quedó empapado por un chorro de sangre. Hem vio a otro hocico atrapado por una enredadera que parecía estar tirada en el camino, inofensiva. Él la había pisado sin saber lo que hacía y la planta se le había enroscado alrededor del pie. El hocico, que chillaba, se retorció y se agarraba a matas de hierba y ramas, desapareció de la vista con espantosa rapidez: los demás se detuvieron de repente, horrorizados y fascinados, mientras los chillidos del muchacho se convertían en un grito agudo y burbujeante y se detenían con brusquedad.

Hem lo presenciaba todo con una sensación de aturdimiento cada vez mayor. Ya no sentía miedo. Necesitaba toda su energía solo para mantenerse vivo. Ahora, sin ninguna perspectiva de tener descanso en el hogar encantado de Nyanar, y sin Irc, estaba solo de verdad. En las negras profundidades de las colinas de Glandugir la esperanza se hundió en su interior, hasta llegar a un lugar en el que él apenas podía alcanzarla.

Luchó por permanecer alerta, para continuar buscando a Zelika entre los hocicos, pero sus percepciones se estrecharon a su entorno más inmediato. Tenía hambre todo el tiempo y solo la aplacaban los fuertes retortijones que sentía en la barriga; la mayoría del tiempo no quería comer nada y se obligaba a masticar sus miserables raciones, recordándose que no podía permitirse quedarse demasiado débil. Se racionó las provisiones de modo que le pudiesen durar todo el viaje, pero incluso así no serían suficientes para poder llegar a Dagra. Tendría que volver a robar.

Cuando salieron del bosque se quedó mirando con indiferencia, parpadeando ante la repentina luz, hacia un paisaje parduzco que se extendía desde las colinas más bajas. El bosque que se iba encogiendo hasta quedarse en unos árboles atrofiados y aislados, y después pasaba a los arbustos bajos y llenos de espinas que salpicaban las escasas praderas. El camino serpenteaba por unas áridas llanuras hacia un borrón en el horizonte que podría ser un pueblecito. Dagra, por lo que sabía Hem, estaba lejos, en el norte.

Hem sintió un ligero alivio. En aquel momento no deseaba volver a ver un árbol en toda su vida.



Si no hubiera sido por Irc, Hem no hubiera sobrevivido durante los siete días siguientes. Había ocasiones en las colinas en las que pensaba que no sería capaz de continuar, y entonces se arrepentía con todas sus fuerzas de no haber escapado de Sjug'hakar Im cuando había tenido la oportunidad. Con la desoladora claridad de la desesperación, examinaba sus planes y justificaciones —su idea de que estaría ayudando a Hared y a la Luz contra el Sin Nombre, o que tendría alguna posibilidad de encontrar y rescatar a Zelika— y se daba cuenta de que eran un auténtico disparate. Había sido un loco arrogante al pensar que podría penetrar en Dén Raven y no solo sobrevivir, sino escapar y volver con sus amigos. «La muerte», pensó, «es solo cuestión de tiempo».

Y ahora era demasiado tarde para volver atrás.

La primera noche fuera de las colinas de Glandugir estaba intentando dormir, retorciéndose y dando vueltas sobre el duro suelo, cuando algo le acarició la mente con curiosidad. Se sobresaltó, miró a su alrededor como un loco, pensando que un Gluma había descubierto su presencia, pero entonces se dio cuenta de que no podría percibirse así a ningún Gluma. Tan solo había una criatura en todo el mundo que tenían aquel contacto en concreto: Irc, el Cuervo Blanco, Lios Hlaf, su amigo.

Con gran temeridad, pues era algo muy peligroso con los Gluma rondando, Hem diseñó un escudo mágico y envió una llamada para Irc. El cuervo respondió de inmediato y Hem sintió que estaba muy cerca, a no más de unos veinte metros de distancia.

Hola, cerebro de pluma, dijo Irc. ¿Te arrepientes ahora?

¡Irc! Hem tuvo la sensación de que las entrañas se le iban a fundir de alivio, gratitud y alegría. Por la Luz, ¿qué estás haciendo aquí?

Me pareció que alguien tenía que venir y asegurarse de que no hicieses ninguna estupidez, respondió Irc. Alguien que fuese listo. Como yo.

Hem estaba tan sobrecogido que no pudo decir nada, pero en la intimidad del contacto mental sus sentimientos quedaban muy claros.

Sabía que lo percibirías, dijo Irc con suficiencia. Hared quiere matarte, pero dice que seguramente te maten antes de que él pueda llegar a donde estés. Lo que lamenta profundamente.

La idea de la furia impotente de Hared detuvo la espiral de emociones de Hem, y casi se le escapa de un resoplido de risa.

Oh, Irc, dijo. No deberías haberme seguido. Pero estoy muy contento de que lo hayas hecho, mucho.

Hared pensó que debía hacerlo. Dice que soy un pájaro muy listo y valiente. Hem casi podía ver cómo se le hinchaban de orgullo las plumas.

Pero... ¿pero cómo has conseguido atravesar el bosque? Preguntó Hem sonriendo ante la vanidad de su amigo.

No lo hice. Lo sobrevolé. No volveré a entrar ahí dentro. Sabía que te encontraría en este extremo. Tengo un mensaje de parte de Hared que te tengo que dar. Ahora que los hocicos se han marchado, va a echarle un vistazo al campamento y dice que se encontrará con nosotros en Sjug'hakar Im en tres veces cuatro días, más dos.

Aquello significaba catorce días según la manera de contar de Irc. Sería muy justo, pero podría conseguirlo, si huía de los hocicos en Dagra. Si se movía rápido, empleando la magia, seguramente podría evitar que lo capturasen y viajarían solo. No había ninguna duda de que sería peligroso, pero en aquel momento Hem sintió que todo era posible. Una voz amiga en aquel terrible lugar era algo inimaginable, pero allí estaba.

Entonces, ¿puedes seguir a los hocicos? Preguntó Hem. *¿Estarás bien?*

Sí, respondió Irc. *Soy un pájaro listo.*

Claro que sí. Y valiente y maravilloso. Hem sentía que algo se despertaba allí cerca y añadió a toda prisa. *Tengo que irme, Irc.*

Te estaré observando, cerebro de pluma.

El contacto se terminó. Pero aquella noche Hem durmió bien, sin verse perturbado por pesadillas.

Los días de dura marcha hasta Draga fueron siete. Aunque ya no tenía tras ellos los riesgos de las colinas de Grandugir, el viaje no estaba libre de peligro. Dén Raven era, según comenzaba a percatarse Hem, un país paralizado por una especie de guerra civil. A medida que se introducían en regiones más pobladas comenzaron a encontrarse con soldados armados que vigilaban puentes y cruces de caminos. La mayor parte del tiempo les dejaban pasar sin problemas, pero en una ocasión se produjo una breve escaramuza, en la que los Glumas mataron a los guardias. Después de aquello, sin que se les diese ninguna explicación, los hocicos tuvieron que deshacer el camino por el que habían venido y tomar otra carretera. Hem intentó escuchar a hurtadillas a los Glumas para descubrir qué estaba ocurriendo, pero era demasiado difícil, así que se vio forzado, igual que todos los demás hocicos, a especular. Dio por hecho que habían estado a punto de entrar en territorio hostil, el de aquellos que eran más leales a Imank que al Sin Nombre.

Para sorpresa de Hem, la mayor parte de la tierra no estaba enferma como las

Colinas de Glandugir. Había esperado que sus arcadas continuasen durante todo el camino hasta Dagra, pero, para su inmenso alivio, los retortijones se relajaron hasta convertirse en unas ligeras náuseas. Sus miserias físicas se limitaban sobre todo al agotamiento, el hambre y el frío. El tiempo se mantenía claro, pero aquello significaba noches de helada, en las que los hocicos se peleaban con saña por los lugares más cálidos, cercanos al fuego, y se despertaban con las mantas rígidas de escarcha.

Estaba demasiado cansado para arriesgarse a realizar ningún tipo de magia, aparte de cuando tenía que renovar su disfraz. Con la práctica había conseguido realizar mejor el conjuro, y bendecía la previsión que había tenido por no haber cambiado de aspecto de manera radical, pero hacerlo continuaba siendo agotador y arriesgado, y le consumía tiempo. Para satisfacer el apetito empleaba algunos trucos más antiguos que su magia, perfeccionados cuando era un huérfano desnutrido, y les robaba comida a los demás hocicos mientras dormían. Estos se daban cuenta de los robos, que fueron la causa de varias peleas violentas, pero nadie sospechaba del tonto de Degollador.

Durante la marcha a través de Dén Raven, Hem tuvo más de una oportunidad para buscar a Zelika entre los hocicos. La búsqueda fue infructuosa: no podía encontrarla por ningún lado. «Tal vez», pensó, «haya cambiado tanto que ahora esté irreconocible, algo que siempre es posible, o se haya quedado atrás o la hayan matado en las colinas de Glandugir». Las últimas posibilidades lo asustaban tanto que, pese al peligro que suponía, volvió a intentar percibirla, como ya había hecho en Sjug'hakar Im. Esta vez resultó mucho más difícil, pero percibió la misma chispa, opaca por la brujería y el miedo, pero aún presente. Estaba en algún lugar entre los hocicos, pero seguía sin poder averiguar dónde. No se atrevió a volver a intentarlo.

Tomaba nota tanto como podía de todo lo que veía, y se lo almacenaba en la memoria para más tarde. La mayoría de las veces los hocicos pasaban al lado de enormes granjas, cultivadas o cosechadas por largas hileras de jornaleros con vestidos negros. A veces Hem veía que trabajaban con grilletes en los tobillos, vigilados por soldados-perro; otros no estaban encadenados, pero sí supervisados por hombres con látigos. Pasaron por los largos barracones bajos donde vivían los jornaleros, que tenían exactamente el mismo aspecto que los barracones de Sjug'hakar Im. Dén Raven era, como había dicho Saliman, una prisión gigantesca.

Una mañana pasaron por un pueblecito, mientras marchaban hacia el centro de la calle principal. Hem le dirigió miradas furtivas al pasar. Había visto pobreza en Edinur, pero aquello era de una magnitud diferente. Las casas eran humildes y pobres, poco más que tugurios que se aguantaban los unos sobre los otros, reparados con trozos de madera, tablones o piedras recogidas en la basura. La calle apestaba a vertedero y estaba agujereada por unos profundos surcos llenos de agua helada. Niños harapientos los observaban desde detrás de vallas desvencijadas o tinajas de agua cubierta de musgo, con los ojos muy abiertos de miedo; Hem se dio cuenta

dolorosamente de que no veía a ninguno mayor de nueve años. Alguien había colocado un geranio en flor en una maceta al lado de una puerta, que resultaba incongruentemente brillante entre la miseria que lo rodeaba, y Hem vio una valla un poco más lejos en la que una vez había habido un dibujo de un caballo blanco que corría libre sobre la hierba verde. Habían arrancado la pintura, pero la silueta permanecía, como una fantasmal bandera de rebelión. Pocas cosas más hablaban de alegría o esperanza.

En el centro del pueblo había dos grandes edificios, que se alzaban a varios pisos de altura tras altos muros de piedra en un enorme terreno. Contrastaban de una manera sobrecogedora con la miserable pobreza del resto del pueblo, y Hem se los quedó mirando asombrado: incluso los postes de la puerta eran dorados. Pese a sus aires lujosos, los edificios le parecieron feos y no le gustó el aspecto que tenían las tallas de bestias extrañas que se agazapaban en lo alto de las paredes. De hecho, eran vigilantes embrujados que se agachaban con maldad sobre la prosperidad que respiraban las casas.

En aquel momento recordó lo que Saliman le había contado acerca de Dén Raven, hacía mucho tiempo, en Turbansk: «Los Ojos controlan todos los recursos; ellos viven muy bien, pero la gente apenas puede comer, y se les da tan solo lo suficiente para asegurarse de que consiguen sobrevivir. Aquellos que se ganan el favor de los Glumas, por supuesto, consiguen mucho más; algunos, los Grin, viven en un lujo obscuro y son también mezquinos tiranos. Al Sin Nombre le resultan útiles, de modo que los aguanta para prosperar... allí nada crece ni se hace por placer o belleza, e incluso los pasatiempos de los Grin están impregnados de vileza y crueldad...».

Tal vez aquellas casas fuesen de unos Grin. Le parecía poco probable que sus amos fuesen Glumas; a estos no les atraía la opulencia.

Después de aquello, Hem se alegró de que pareciese que los Glumas evitaban pasar por ciudades y pueblos. Le parecían más deprimentes que el campo, que ya lo era bastante.

En pocos días el paisaje cambió. Para empezar había árboles y bosquecillos, aunque para su alivio no se acercaron a ellos; incluso desde la distancia percibía que tenían una enfermedad, como las colinas de Glandugir. Se preguntó qué sería lo que le había ocurrido a aquella tierra para estar cubierta por aquella maldad. Por las noches, en los lugares donde había bosques, el cielo brillaba de un color rojo apagado y espeluznante.

Ahora marchaban a un ritmo constante hacia arriba, y al norte Hem vio una cordillera montañosa, recortada contra la neblina. Las montañas cambiaban de color bajo la luz: a veces eran rojas, a veces púrpura; a veces, en los días que las nubes eran densas, se desvanecían por completo. Hem recordó el sueño que había tenido en el que aparecía la Torre de Hierro: tenía que alzarse a la sombra de aquellas mismas

montañas. Se estaban acercando.

Las carreteras comenzaron a estar más transitadas y a los lados tenían hileras de árboles polvorientos. Las rutas principales eran anchas y a veces estaban pavimentadas con piedra, como las Carreteras Bárdicas. A veces se obligaban a los hocicos a salirse de la carretera, y tenían que esperar a que varias tropas de soldados y soldados-perro montando irzuks pasasen de largo. Si se cruzaban con granjeros o gente del pueblo en la carretea, los hocicos siempre tenían prioridad; entonces caminaban con arrogancia, con paso decidido y altivo, mirando con desprecio al pueblo civil que se apartaba atropelladamente de su camino. Pasaron al lado de varios campamentos temporales, hileras parduzcas de tiendas escondidas plantadas sobre lo que antes había sido tierras de cultivo, y las ciudades y pueblos cada vez eran más frecuentes, pese a que los Glumas evitaban pasar por la mayoría.

Los hocicos comenzaron a interesarse por las tropas con las que se encontraban y cuchicheaban con total libertad acerca de sus supuestos destinos. Algunos aseguraban saber que se dirigían hacia Kulkilhirien, en el oeste, el lugar más desértico al lado del paso de Kulkil en el que el Sin Nombre reunía a sus ejércitos antes de enviarlos a realizar una campaña. Hem, que pensaba que aquello era probable, supuso que debían de estar preparándose para invadir Annar o Car Amdridh. Había otros que marchaban en direcciones opuestas, y se preguntó qué significaría eso. Había reunido una buena cantidad de piedrecitas que se guardaban en el bolsillo derecho, y cada vez que veía una tropa, se pasaba una única piedra al izquierdo; de aquella manera podía llevar la cuenta del número. Eran muchos miles.

Hem se preguntaba a menudo dónde estarían Saliman y Soron; tal vez incluso se hubiesen cruzado por la carretera sin saberlo.

El quinto día se encontraron con más hocicos que también iban hacia el norte, a Dagra, y el sexto con dos tropas más, a medida que sus caminos se iban encontrando. Los grupos se saludaban con gritos y alaridos, y después marchaban todos juntos, con lo que su número creció hasta cinco mil. Hem maldijo su suerte: sus esfuerzos por seguirle la pista a Zelika no llegaban a ningún lado, y se le estaba acabando el tiempo. Pese a que los hocicos de Sjug'hakar Im se mantenían juntos, aquello hacía que su tarea fuese mucho más complicada. Se había acostumbrado a pasear sin rumbo por las tardes, con el pretexto de ir a buscar leña o cualquier otra tarea, mientras intentaba percibir a Zelika; pero hasta aquel momento no había encontrado nada.

No podía entrar en contacto con Irc tan a menudo como le hubiera gustado; tan solo se las arreglaron para hablar en una ocasión desde su conversación inicial. Pero una o dos veces cada día veía por el rabillo del ojo un pájaro desaliñado con un plumaje gris moteado: se posaba como un bulto en un poste de valla, observando cómo pasaban los hocicos, o se ponía a hurgar al lado de la carretera en busca de lombrices y escarabajos. Hem sabía que Irc se dejaba ver para tranquilizarlo y mostrar que estaba vivo, y cuando lo veía el corazón siempre le daba un vuelco, sin importar lo abatido que se sintiese. Resultaba reconfortante saber que tenía un aliado

en aquella tierra hostil. A veces, si conseguía atrapar su mirada, Irc inclinaba la cabeza para indicar que lo había reconocido. Entremezclado con el placer que sentía Hem cada vez que veía a Irc, estaba un miedo terrible a que un Gluma pudiese darse cuenta. Por otro lado, Irc era lo bastante astuto para mantenerse la mayor parte del tiempo fuera de la vista; y si no lo mirabas con mucha atención, con aquel plumaje gris teñido parecía un estornino grande, pájaro que era muy común en Dén Raven.

A Hem le dio por pensar que tal vez los Glumas estuviesen preocupados por algo más que observar pájaros desaliñados que podrían ser espías. Incluso los hocicos detectaron una ansiedad creciente entre sus capitanes a medida que se acercaban a Dagra. Se rumoreaba que la Araña había discutido con otros Glumas, y que dos Glumas habían requisado unos caballos y se habían avanzado para explotar el terreno antes que el grupo grande. Cuando volvieron, los Glumas se reunieron en un corrillo, parecía que estaban debatiendo qué ruta seguir.

Hem olfateó el aire con inquietud: en él pesaba una vaga amenaza, que se volvía más fuerte cuanto más se acercaban a Dagra. Era algo más que las montañas que ahora se cernían sobre ellos, lúgubres y amenazadoras bajo un horizonte nuboso; a veces podía ver la Torre de Hierro envuelta en vapores, un oscuro dedo admonitorio que se alzaba contra los peñascos del color de la sangre del Osidh Dagra. El mismo terreno parecía estar alerta y en tensión. Hem estaba cargado de presentimientos.

Pese a las precauciones de los Glumas, los hocicos se metieron en serios problemas cuando se hallaban a un día de camino de Dagra. Por suerte para Hem, los de Sjug'hakar Im caminaban en la parte de atrás de la columna, y se libraron de lo peor. Lo primero que percibió Hem fueron gritos confusos más adelante; los hocicos que estaban a su alrededor estiraron el cuello para ver qué estaba ocurriendo, mientras los soldados-perro que marchaban al lado del Bloque de la Sangre de repente echaron a correr hacia delante.

El pánico comenzó a cundir entre los hocicos; se hizo una llamada al orden, que Hem sintió como un latigazo dentro de su cabeza, y el rostro se les vació de expresión. Con una brusquedad a la que Hem nunca conseguía acostumbrarse, los hocicos se calmaron de inmediato y agarraron sus armas, a la espera de órdenes por parte de los Glumas. Parecía ser que todavía no se les necesitaba. Hem aflojó la daga dentro de la funda, rezando para que el Bloque de la Sangre no tuviera que luchar. Estaba demasiado cansado, y le faltaba la frenética energía que la brujería les proporcionaba a los demás hocicos. Deseaba saber qué era lo que tenían delante, pero era imposible adelantar a los demás.

Por el ruido podía decir que la pelea se estaba acercando. De repente un hocico surgió entre las filas que Hem tenía delante, rodando por la carretera, claramente muerto, seguido por un gigante que traía una porra con púas, ensangrentada. Tenía el torso desnudo y afeitado, con unas líneas en zig-zag pintadas en rojo y blanco, la barba, ahora manchada de sangre, estaba trenzada en varios mechones con huesecillos entretejidos y tenía los dientes afilados. Llevaba un casco con cuernos,

guanteletes de hierro y una falda hecha con eslabones de hierro.

Hem estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo: pero antes de poder dar siquiera un paso los demás hocicos atacaron al gigante, que se dedicaba a balancear la porra con un efecto letal. Se abalanzaron sobre él, gruñendo, mordiendo, dando patadas y machetazos, y el gigante se vio arrastrado por su peso, con lo que acabó hundiéndose en el suelo. Una vez lo tuvieron abajo, los hocicos tardaron poco en acabar con él.

De repente Hem se dio cuenta de que estaba acuchillando salvajemente el cuerpo junto al resto de los hocicos. Asustado, dio un paso atrás mientras se secaba la sangre que le había salpicado la cara, escupiendo su sabor de la boca. De repente se sintió muy sucio. Por un instante, en el fragor de la batalla, había perdido el control: se había convertido en uno de ellos. Incluso en las colinas de Glandugir, en las batallas más encarnizadas, había luchado solo para sobrevivir, y se había apartado con disimulo de cualquier salvajismo innecesario. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que comenzase a jactarse de su colección de orejas cortadas, como Raptor? La idea lo dejó helado de asco.

Pronto tendría que escaparse de los hocicos, o acabaría igual de tarado que ellos.

Se liberó a los hocicos del embrujo y estos se apartaron emocionados, presumiendo de sus golpes y de a cuántos habían matado. Hem escuchaba con más desprecio de lo habitual. Habían muerto unos veinte, y otros tantos habían resultado heridos, entre ellos Raptor, al que le había pillado un golpe de refilón en el brazo. Le había desgarrado el músculo, pero Hem vio que la herida no lo dejaría impedido; después de que un Gluma se la cerrase presionándola, Raptor se paseó entre los hocicos, enseñando la herida a todo el que quisiera mirar. «Oyéndolo hablar», pensó Hem, «parece que hubiera matado al gigante él solo».

Al mismo tiempo, sintiese lo que sintiese al respecto, Hem se alegraba de que los hocicos hubieran ganado; si hubieran perdido ahora estaría muerto. Como fuerza de lucha los hocicos resultaban temibles. Pensó que ahora comprendía por qué el Sin Nombre tenía tanto interés en ellos.

Se ordenó a los supervivientes que amontonasen los cadáveres fuera de la carretera y que los arrojasen los cadáveres fuera de la carretera y que los arrojasen a una zanja. Hem vio una pila de huesos secos de los que sabía que habían sido un Gluma, y contó que había cincuenta gigantes. En Turbansk no había nadie así, o por lo menos no en un lugar donde él pudiese haberlos visto.

Estaba ayudando a los demás a arrastrar a un gigante a una fosa cuando vio que la Araña no andaba lejos, absorto en una conversación con otro Gluma. Decidió que merecía la pena arriesgarse a intentar escuchar algo, ya que había mucho ruido y confusión que lo ocultase, y abrió su oído con precaución.

Para su sorpresa, los Glumas empleaban el Habla, pero estaba alterada de una manera que no comprendía. Hem no se había dado cuenta hasta aquel momento de hasta qué profundidad formaba parte de él el Habla; oírla en boca de un Gluma

resultaba algo monstruoso, como si su propia alma más íntima tuviese algo de Gluma. Reprimió un gran deseo de vomitar.

—... no puede ser cierto —estaba diciendo la Araña.

—Imank está aquí, te lo digo yo —respondió el otro—. Jagfra me ha dicho que su presencia se cierne sobre Dagra. Y estos formaban parte de su guardia sangrienta de Iguks: son inconfundibles. Ya lo sabes.

La Araña hizo una pausa, como si estuviese pensando.

—¿Por qué iba a colocarlos aquí? —preguntó por fin—. ¿Por qué nos iba a retar?

—Imank no desea que el Amo tenga más fuerza en sus manos en estos momentos —afirmó el otro Gluma—. Dieciséis tropas de chuchos no son poca cosa; ya has visto cómo han derrotado a los Iguks. Creo que no va todo bien en Dagra. —Hem percibía la duda de la Araña—. Si el Amo estuviese amenazado de verdad, deberíamos haberlo sabido —conjeturó por fin—. Está claro que Imank no es lo bastante fuerte como para volver sin ser llamado.

—Claro que lo han llamado —susurró el otro Gluma con impaciencia—. El Amo pretende detenerlo. Imank está valorando sus posibilidades. El momento es ahora.

De repente la Araña levantó la vista con desconfianza, olfateando el aire, y Hem dejó de escuchar de golpe y se dio la vuelta.

La conversación que acababa de escuchar no había hecho más que avivar su curiosidad. Ahora creía comprender la sensación de amenaza que había en el aire mientras se acercaban a Dagra; el Sin Nombre había llamado a Imank, el Capitán Negro, para que volviese a su lado, y si el Gluma tenía razón, esta planeaba derrocarlo.

Los hocicos iban directos al ojo del huracán.

Aquella noche habló con Irc. El cuervo había hecho algunas observaciones por su cuenta.

Luchan por todas partes, dijo. Vuelo por aquí y por allá, y lo único que veo es a gente luchando. Hombres-perro y otros. Muchos que se parecen a los que habéis derrotado hoy. También hay otros: he escuchado charlas de Glumas. Creo que la Luz tiene algo que ver en esto, tanto como el otro Señor Negro.

¿Tú crees? Hem no fue capaz de disimular la sorpresa que había en su voz. Irc había cambiado mucho en el tiempo que había pasado solo; no hubiera pensado así unas semanas antes.

Sí, sí. Se están moviendo otras cosas, pero todo es muy caótico. No puedo decirte qué podría pasar. Tendríamos que estar bien lejos de aquí.

Hem no dijo nada.

Tantas peleas nos lo pondrán más fácil, creo; no se dedicarán a buscar a un niño desaparecido, te puedes colar por las rendijas que dejen. Pero las cosas se están poniendo cada vez peor. Es como un terremoto, se presiente que algo va a pasar.

Hem sabía que Irc tenía razón y el corazón le dio un vuelco.

Pero no he encontrado a Zelika, replicó.

Si no consigues encontrarla mañana, dijo Irc, tendrás que dejarla atrás.

Al día siguiente Hem se ofreció voluntario para cualquier tarea que hubiera que hacer. Se envió a algunos hocicos a recorrer las filas durante todo el día, para llevar notas de un capitán Gluma a otro, así que no estaban acorralados en sus respectivos bloques. Para su disgusto, consideraron a Hem demasiado estúpido para poder llevar mensajes. La idiotez de Degollador había sido un disfraz muy sutil, pero ahora maldecía su suerte. Aunque había otros trabajos sucios que los capitanes se alegraron de encargarle, lo que le permitió tener por lo menos un poco de libertad de movimiento.

Había decidido arriesgarse a percibir a Zelika mientras caminaban; de aquella manera por lo menos podría identificar en qué bloque iba. Era muy difícil: tenía que construirse un escudo muy fuerte, y los Glumas caminaban muy cerca y ahora estaban especialmente alerta. Cada día se encontraba más cansado. Con tenacidad y paciencia construyó un escudo lo más fuerte que pudo, y tras recuperarse de la fatiga que le había provocado, comenzó a sentir con delicadeza.

Al principio no encontró nada: no había ni rastro de todo el brillo de Zelika que había sentido en dos ocasiones previas. ¿Podrían haberla matado en los últimos días? Pero él había comprobado cada cadáver que podía, para asegurarse de que no era Zelika. Preso del pánico, repasó mentalmente los lastimosos cadáveres que había visto. Algunos estaban tan malheridos que era difícil determinar quién habían sido. Siempre había algún detalle —una mano, la forma del pie— que lo había tranquilizado al demostrar que no era su amiga. Quizás se hubiera perdido alguno: no había sido capaz de seguir el rastro de cada muerte.

Volvió a intentarlo, y aquella vez, con una sensación de alivio, captó un ligero parpadeo que reconoció. Estaba, pensó con una punzada de emoción, muy cerca: mucho más cerca de lo que la había percibido antes. Echó un vistazo con cautela a las cabezas idénticas que se balanceaban delante de él.

Aquella mañana se había producido un poco de confusión al ponerse en marcha, y los hocicos de Sjug'hakar Im no iban en su orden habitual. El Bloque de la Sangre iba detrás de los Colmillos, unos hocicos que se hacían una cicatriz en el antebrazo en forma de una tosca cruz. Los Colmillos iban normalmente seis bloques por detrás, y era uno de los bloques en los que Hem había sospechado que podría estar Zelika. Delante de los Colmillos iba el Bloque del Cuchillo, un grupo al que había tachado de la lista. Más adelante caminaban los hocicos que se les habían unido al camino.

Hem contuvo la emoción, temeroso de delatarse. Entonces volvió a intentarlo. Aquella vez consiguió concentrar un poco mejor la búsqueda, y el rastro tenía más fuerza. Por fin la encontró. Zelika estaba entre los Colmillos. Estrechó la búsqueda todavía más, intentando localizar dónde estaría exactamente, percibiéndola entre los demás. Por fin, triunfante, lo consiguió. Estaba tres filas por delante de él y cuatro a

la derecha. Muy cerca.

Hem ya estaba temblando, agotado. Relajó la magia y miró aturdido a su alrededor, consciente de lo que le rodeaba por primera vez en lo que le parecieron horas. Se le puso de punta el vello de la nuca: por fin se acercaban a las murallas de Dagra.

Habían dejado de subir y ahora marchaban por una carretera ancha enlosada con piedra roja que avanzaba recta por un vasto y rocoso altiplano. En él apenas crecía nada más que unos cuantos árboles y arbustos enanos, y todo el altiplano estaba salpicado de campamentos de soldados. A la derecha tenían un extenso lago de agua negra, alimentado por un lento río, y unos juncos negros que vibraban con los fríos vientos invernales.

Las murallas de la ciudad se cernían elevadas ante la pálida luz del sol, construidas con la piedra roja y dura de las montañas. Hem las estudió con inquietud a medida que se acercaban: tan solo veía una puerta, y estaba bien vigilada. Las mismas murallas eran intraspasables, descendían en picado durante más de seis metros hacia las llanuras que tenían debajo. Incluso a aquella distancia percibía su poder: toda la barrera era también una vigilancia, cada piedra que la formaba era sensible y estaba atenta. Cuando se acercaron más, Hem vio Dagra con claridad por primera vez. Se quedó mirando fijamente. El corazón se le cayó a los pies y el valor se le marchitó.

La ciudad estaba envuelta en gases y desgarradas neblinas que se retorcían a causa de los vientos helados, oscureciendo las almenas. Los vapores apenas se abrían para revelar una irregular hilera de tejados o una torre tan afilada como un punzón, antes de volver a esconderse entre velos que distorsionaban la percepción volviéndolos aún más horripilantes: pináculos imposibles o puentes que se arqueaban sobre abismos de sombras. El hedor a brujería era denso y amargo, a Hem le secaba la boca hasta que apenas era capaz de tragar.

Deseó poder volver atrás, meterse en un agujero y esconderse de la monstruosa conciencia que se alzaba ante él, pero no podía apartar los ojos de ella. Atraía su mirada igual que una serpiente hace con su presa, y él era incapaz de resistirse. Por primera vez Hem se dio cuenta realmente de lo disparatadas que eran sus esperanzas: un poder como el que tenía ante él no podía sufrir una derrota. La ciudad lo veía todo, lo sabía todo y no admitía rebeliones. Ni siquiera un ratón podría escapar de su esclavitud.

Mientras miraba, los vapores se arremolinaron y revelaron la punta de la Torre de Hierro, que se clavaba con arrogancia sobre las almenas de la ciudadela. Tembló ante aquella visión, aquella fortaleza dentro de una fortaleza: le parecía una cruel y gigantesca espada cuya sola existencia hería al cielo. Los niveles más bajos de la torre estaban apuntalados con unos contrafuertes de hierro con unas inmensas cadenas de las que caían largos regueros de óxido, e incontables guardias y vigías, parapetos y torres se alzaban sobre ellos, uno dentro de otro, negras hileras de roca

dentada.

Sin quererlo, atraído por una repugnancia fascinante, la mirada de Hem repasó las alturas recortadas hasta el amargo pináculo de la torre, donde un largo filo blanco agujereaba las nubes. Un rayo de sol extraviado chocó contra el acero y lo hizo centellear, con lo que se clavó en los ojos de Hem con un resplandor maligno. Este parpadeó, rompiendo el embrujo, y casi se cae hacia atrás. Estaba tan estupefacto que apenas se dio cuenta de la patada y la maldición que se ganó gracias a su tropezón por parte del hocico que iba a su lado.

Aturdido, continuó caminando con los hocicos hasta la enorme puerta de hierro. Cuando la alcanzaron, se levantó con un terrorífico chirrido metálico, y fue abriéndose despacio como unas enormes fauces. Algunos hocicos comenzaron a vitorear, pero sus voces se deshicieron en el denso aire y rápidamente se las tragó el silencio. Hem cerró los ojos cuando pasaron bajo la dovela, al percibir que su sombra lo aplastaba como un golpe. Estaba tan mareado que apenas veía. Con un enorme «clang» sordo, la puerta cayó y se cerró tras ellos.



Hem entró dando traspiés, intentando mantenerse al nivel de los demás hocicos, con las piernas temblorosas. Miraba como un tonto de un lado a otro, desechando horrorizado cualquier idea de entrar en acción. Marchaban por una ancha avenida de sombría grandeza. Era una de las mayores calles que irradiaban de la Torre de Hierro, y por el centro de esta y a cada lado había hileras de columnas sin adornos de piedra o metal pulido, tan altas que la punta se perdía entre las venenosas neblinas que ahogaban los aires de la ciudadela. Los edificios que había a cada lado eran altos y sin ventanas, escarpadas fachadas de piedra pulida que miraban ciegas hacia ellos, con puertas de bronce, cobre o latón.

No pasó mucho tiempo hasta que se metieron por unas calles mucho más pequeñas y humildes, de las que surgían callejones y caminos estrechos, oscuros y malolientes. Un clamor metálico que iba en aumento se alzó para recibirlos, y pronto se oía tan alto que Hem se cubrió los oídos, medio ensordecido. Estaban en la calle de los armeros. Unas ráfagas de fuego sulfurosas le chamuscaron la cara al pasar al lado de enormes forjas, en las que cientos de martillos golpeaban cientos de yunques, y equipos de hombres semi-desnudos hacían soplar enormes fuelles en los hornos al rojo vivo, levantando espirales de chispas que daban vueltas hacia la cavernosa oscuridad. Figuras diminutas, que brillaban de sudor con el calor, golpeaban y templaban hasta afilar con amargura las armas destinadas a las armerías rapaces de la Oscuridad. Hem vio espadas y dagas, lanzas, alabardas, picas y jabalinas, mazas, martillos de armas y hachas, hauberks y corazas, yelmos, grebas y brazales, armaduras de tela metálica, escamas y placas almacenadas en centenares contra las murallas.

Aquel era el corazón de la máquina de guerra del Sin Nombre. Sus esclavos trabajaban duro en las minas del sur, cavando para extraer minerales brillantes de sus lugares secretos, y lo transportaban en pesados vagones hasta las herrerías de Dagra. Hem se quedó pasmado durante un instante ante la magnitud de aquella industria. Volvió a pensar en las forjas de armas que había visto en Turbansk: también eran lugares de llamas y hierro, un trabajo dedicado a la creación de instrumentos mortales. No lo habían llenado de horror. «¿Por qué no?», pensaba ahora mientras miraba horrorizado al otro lado de las puertas de las forjas de Dagra. ¿Por qué no?

Dejaron atrás las fundiciones y pasaron por otros distritos: calles llenas de artesanos del cuero, tejedores y zapateros, panaderos y ceramistas, establos que albergaban bueyes, caballos e irzüks con sus armaduras de metal. El Sin Nombre también necesitaba todas aquellas cosas, y su preparación mantenía ocupados a sus miles de esclavos.

Las calles estaban abarrotadas de soldados de todo tipo, hombres y mujeres vestidos con ricas ropas, flanqueados por esclavos o transportados en sillas de mano, ante los cuales cualquier otra persona tenía que ponerse en pie. Hem también pasó al lado de vendedores ambulantes que anunciaban a gritos sus mercancías y gente que regateaba, peones y recogedores de excrementos, borrachos que salían de mesones míseros y de repugnante olor, esclavos descalzos que corrían para hacer recados y mendigos harapientos. Muchos de estos tenían marcas de heridas terribles y Hem supuso que una vez habían sido soldados.

Una hora después, Hem se encontraba totalmente perdido: Dagra era tan desconcertante como Turbansk. Pero allí nadie se detenía a cotillear, nadie señalaba con el dedo sedas brillantes ni se quedaba rezagado junto a los puestos de jazmines de los vendedores de flores o se reunía para aplaudir las payasadas de los malabaristas y los juglares callejeros. De repente vio en qué se podría haber convertido Turbansk, ahora que Imank la había tomado, y una terrible tristeza lo inundó.

Los Glumas apuraron a los hocicos para que avanzasen, manteniéndolos bajo una correa de brujería para que no se perdiesen por las caóticas calles. Hem se dio cuenta de que la mayoría de la gente se apartaba rápidamente del camino cuando veían a los hocicos. Le costaba continuar; cada paso era un tormento. El aire viciado era difícil de respirar y el cielo vibraba con extrañas corrientes y luces, como si estuviese a punto de estallar una tormenta sobre sus cabezas. Por fin alcanzaron un lúgubre cuartel, piso sobre piso de piedra sin ventanas, donde estarían alojados.

A cada uno se le dio un poco de galleta dura y carne seca, y los enviaron a unos dormitorios oscuros y de techo bajo iluminados con lámparas de aceite, con el suelo cubierto de paja mugrienta, sobre la que había unas filas de jergones llenos de insectos en los que iban a dormir. Los Glumas liberaron a los hocicos de su control. Negando con la cabeza, demasiado cansados para tan siquiera realizar sus bromas y alardeos habituales o para inspeccionar su nuevo cuartel, se dejaron caer sobre sus camas y estiraron las piernas doloridas, agradecidos de haber parado por fin y de tener un lugar donde tumbarse que fuese más blando que el suelo desnudo.

Hem se quedó mucho rato sentado con la cabeza inclinada, hundido en la desesperación. Los demás hocicos lo ignoraron, como hacían por lo general. Cuando se recuperó de la peor parte de su agotamiento, masticó con gran placer las tiras de carne seca, arrojando las galletas con morralina bajo el jergón.

Fuese cual fuese el riesgo que suponía escaparse, no podía quedarse en Dagra.

Permanecer allí significaba una muerte segura: en aquel lugar era solo cuestión de tiempo que se descubriese que era un espía. Prefería morir intentando huir que morir siendo hocico. La idea fortaleció su resolución y comenzó a repasar sus lúgubres perspectivas, haciendo a un lado las náuseas.

Como fuese, aquella noche tenía que encontrar a Zelika y huir de Dagra. Era imposible. ¿Cómo iba a identificar qué hocico era Zelika, dominarla y obligarla a ir con él, sin que ninguno de los demás hocicos o Glumas se diesen cuenta de lo que estaba haciendo? Y entonces, lo más imposible de todo, ¿cómo se iban a ocultar los dos, y escapar sin ser vistos Por las inexpugnables murallas de la ciudad? No sabía que una vigilancia pudiese ser tan poderosa; dudaba que pudiese hacer un escudo que fuese lo bastante fuerte para ocultarlo a él, por no decir a Zelika, de su acecho.

¿Y dónde estaba Irc? Desconsolado, Hem pensó que su amigo no podía haberlo seguido hasta allí. Las alarmas de las murallas eran tan fuertes que no podía atravesarlas sin ser visto. E incluso si, por alguna astucia que no era capaz de imaginar, había conseguido cruzar las muralla, ¿cómo iba a seguir su rastro por el caos de Dagra? No se atrevía a enviar una llamada. Estaba solo en medio de aquella oscura ciudad; no había nadie que le ayudase. Le dolía la cabeza, como si le estuviesen tensando poco a poco una banda de hierro alrededor de la frente. Además estaba muy cansado.

«Bueno», pensó Hem, intentando darse un poco de brío: «lo primero es lo primero».

Había descubierto que Zelika estaba entre los Colmillos. El espanto inicial que había sentido al entrar en Dagra había apartado de su cabeza a Zelika, así que había perdido el rastro de su paradero; pero por suerte los había apurado para entrar en el cuartel en el orden en el que venían, y los Colmillos estaban en la misma habitación que el Bloque de la Sangre.

Con precaución intentó percibir si tenía a algún Gluma cerca. Tan solo abrir aquella estrecha grieta en su conciencia le hizo pegar un respingo. La tensión que había en Dagra era cercana e insoportable: incluso el aire parecía temblar. De repente recordó la conversación que los Glumas habían tenido el día anterior y la predicción de Irc. Imank estaba allí n Dagra, buscando el derrocamiento del Sin Nombre; e incluso el Sin Nombre temía a su capitán más poderoso. No era una sorpresa que los Glumas les hubiesen hecho correr: tenían miedo.

Tal vez fuese por eso por lo que no había Glumas por allí cerca. Puede que fuese más afortunado de lo que pensaba: podría tener una oportunidad. Ligeramente alentado, volvió a acercarse a su conciencia al cuartel. Todos los hocicos estaban muy cansados y la dosis de morralina que les habían dado se añadía a su cansancio; todos bostezaban aunque todavía era pronto. Recorrió la larga habitación con la vista furtivamente: había unos doscientos hocicos. No debería ser difícil seguirle la pista a Zelika. Se acurrucó, con los ojos cerrados, y esperó a que todos se fuesen a dormir.

Entonces, casi con más cuidado que en Sjug'hakar Im, haciendo comprobaciones

constantes para asegurarse de que no lo detectasen, Hem creó un escudo mágico y comenzó la lenta labor de rebuscar entre las mentes durmientes que lo rodeaban. Atrapó el brillo de Zelika casi de inmediato, sorprendentemente cerca de él. Estaba durmiendo contra la misma pared, catorce plazas más allá. Entonces, ¿por qué no la había visto? Supuso que estaba demasiado cansado y que había muy poca luz.

Cerró de golpe la mente y, después de un breve descanso, comenzó a construir un velo de luz. El Habla le resbalaba en la cabeza, las palabras se deshacían o se desvanecían por completo y el encantamiento le falló; testarudo, con una lentitud agónica, volvió a comenzar. Esta vez funcionó. Ahora estaba escondido. Estaba demasiado cansado para intentar crear una apariencia para evitar que alguien pudiese percatarse del jergón vacío en el que se encontraba poco antes. Tendría que arriesgarse.

Avanzó con sigilo junto a la fila de cuerpos durmientes, contando con mucho cuidado, y cuando llegó al decimocuarto tocó la mente de Zelika ligeramente para asegurarse de que no se equivocaba. Dormía con la cabeza apoyada sobre brazo, el cabello mal rapado era una maraña apelmazada de rizos cortitos. A Hem se le hizo un nudo en la garganta; le encantaba el pelo largo de Zelika. Volvería a crecer... Con el corazón latiéndole a toda prisa, se inclinó y le dio la vuelta con suavidad, preparándose para el tremendo esfuerzo que supondría levantarla y transportarla. Pero entonces lo vio.

Para evitar dar un grito, se mordió el labio con tanta fuerza que se hizo sangre. Allí no estaba Zelika.

Era un niño. Una desagradable cicatriz medio curada le recorría aquel lado de la cara, arrugándole la piel de alrededor y distorsionándole los rasgos. Hem recordó haber visto a aquel niño antes de la marcha hacia Dén Raven, sin haberle prestado mucha atención. Ahora que lo miraba de cerca, Hem vio la terca barbilla de Zelika, sus largas pestañas, sus delicados pómulos.

Todo aquel tiempo había estado siguiendo a Nisrah, el hermano de Zelika.

Hem no sabía cuánto tiempo llevaba sentado al lado de Nisrah en aquella habitación a oscuras. Sobre él acababa de estallar la plena conciencia de su locura: cómo se había dejado llevar por su apasionado deseo, cómo había ignorado sus propias dudas, la arrogancia con la que se había negado a escuchar a Hared o incluso a Irc. Los Glumas no podían haber visionado a Zelika, porque si lo hubieran hecho, se habrían enterado de que él también estaba espiando el campamento. Lo habrían buscado. Pero en vez de eso, lo habían aceptado en Sjug'hakar Im sin cuestionamientos: nadie había albergado ni la más mínima sospecha de que no fuese quién decía ser. Sabía que Nisrah era un hocico, pero ni tan siquiera se le había pasado por la cabeza que el brillo mental que percibía pudiese ser el del hermano de Zelika. Había justificado su propia inseguridad, achacándolo a su carencia de destrezas, a los velos de la brujería. Y ahora todo le parecía tan evidente.

Había soportado sufrimiento indecible, luchando para enfrentarse a los peligros de las colinas de Glandugir y Dén Raven y había acabado encarcelado en Dagra. Se había puesto en peligro a sí mismo, a Irc y a Hared. Tal vez nunca volviese a ver a Maerad o a Saliman. Y todo ello sin ninguna razón.

Si a Hem le quedasen lágrimas, habría llorado, pero estaba demasiado paralizado para el llanto. Estaba consumido por una asfixiante amargura.

Por fin el enorme estallido de un trueno lo despertó, era tan alto que pensó que el suelo se movía bajo sus pies. Hem se inclinó hacia delante y con mucho cuidado le ató las manos a Nisrah por detrás de la espalda con las tiras de cuero que había robado en Sjug'hakar Im y las colocó a modo de correa. Después, con una mueca de dolor, lo levantó. No tomó ninguna decisión consciente para llevarse a Nisrah con él: a Hem le parecía que no tenía otra opción. Sencillamente no podía abandonarlo, igual que a los niños que estaban en la Casa Ciega, a un destino terrible.

El niño ni se movió. No se esperaba que fuese tan ligero, consumido por su dura vida, y su cuerpo despedía un calor antinatural. Hem se lo colocó al hombro y caminó hasta la puerta, escuchando durante un momento para estar seguro de que fuera no esperaba ningún guardia. El cuartel parecía estar extrañamente vacío. Abrió la puerta con delicadeza y salió del cuarto.

Se encontró en un pasillo vacío iluminado por antorchas parpadeantes, con una

escalera de madera en el extremo más alejado. Cuando Hem alcanzó las escaleras otro trueno resonó prolongadamente y se pegó a la pared, sintiendo que el edificio se balanceaba bajo sus pies. Tal vez habría un terremoto: y una tormenta de la misma Oscuridad estaba a punto de estallar sobre su cabeza. En un repentino ataque de pánico bajó las escaleras a tumbos, con el sonido de sus pasos amortiguado por el trueno. Cuando llegó a la entrada vio, para su sorpresa que no estaba vigilada. ¿Dónde estaban los Glumas? No se detuvo a especular. Avanzó dando tumbos hasta la puerta y tiró de ella frenético. Estaba cerrada con llave.

Abandonando toda prudencia, Hem hizo saltar el pestillo de la puerta con magia y salió corriendo a la calle como si tuviera Glumas pisándole los talones. Avanzó en zigzag doblando unas cuantas esquinas hasta que entró en un callejón en el que no había gente, donde por fin se detuvo y se apoyó contra el hueco vacío y desmoronado de una puerta, respirando con dificultad.

Dejó a Nisrah en el suelo y se secó el sudor de la cara. El niño ya no le resultaba tan ligero: la espalda le ardía por el esfuerzo y le temblaban las piernas. No podría transportarlo todo el camino hasta salir de Dagra, incluso si supiese a dónde ir, y no confiaba en que el chico quisiese venir con él voluntariamente. Sintió el inútil deseo de tomar un poco de medhyl, para que le diese algo de fuerza. ¿Qué estaba haciendo? Podía haberse escapado del cuartel, pero todavía estaba dentro de la prisión más grande que había visto nunca. Y se encontraba completamente perdido.

Miró al cielo. El sol se estaba poniendo y sus rayos bajos brillaban encarnados por debajo del dobladillo desgarrado de una nube, de modo que el denso aire parecía estar manchado de sangre. El estrecho callejón en el que se encontraba se hundía en una profunda sombra. Una miriada de bifurcaciones de un relámpago iluminaban el remolino de vapores que orbitaban alrededor de la Torre de Hierro como venas febriles, y unas ráfagas de viento levantaban por aquí y por allá la basura que ensuciaba la calle. A Hem le cosquilleó la piel por las energías embrujadas pero, por primera vez desde que había entrado en Dagra, se sentía pequeño e insignificante: la sensación de vigilancia se había desvanecido, como si los observadores que estaban entretejidos en la estructura de la ciudad se hubieran concentrado con toda su intensidad en otro lugar. El retumbar de los truenos ya era casi continuo, y el suelo temblaba bajo sus pies. ¿Qué estaba ocurriendo allí?

Miró a Nisrah, que se había desplomado sobre el umbral lleno de porquería, todavía sumido en un sueño drogado. Se le había abierto la fea herida que tenía en la cara y debajo del ojo le goteaba un poco de sangre y pus. Hem lo observó sin sentir ninguna emoción: ni pena, ni asco, ni tampoco compañerismo. Nisrah no era más que una carga que tenía que llevar con él. No había pensado en dejarlo atrás; tal vez tan solo se tratase de que tenía que salvar algo del naufragio de sus esperanzas.

Apartó la mirada, inundado de repente por una terrible soledad. Llevado por un impulso salvaje, sin ninguna esperanza de obtener respuesta, le envió una llamada a Irc. Para su asombro, este le respondió casi de inmediato.

¿Dónde estabas? Susurró Irc en su mente. *Te he estado buscando y buscando...*

Hem se había quedado desconcertado ante la rápida respuesta de Irc, y tartamudeó, al mismo tiempo complacido y temeroso por él. *Yo-yo no pude llamarte antes, dijo. ¿Estás en Dagra?*

Sí, sí, respondió Irc con impaciencia. *Claro que estoy aquí, pero ¿dónde estás tú? No sé dónde estoy,* reconoció Hem con tristeza. *Estoy perdido.*

Hubo una pausa y por un momento Hem pensó que habían perdido el contacto. Entonces la voz del cuervo volvió, ligeramente amortiguada. *¿Ves la Gran Torre?,* preguntó.

Sí.

Mantente alejado de ella, con el sol al lado de la mano de la espada. Estés donde estés, llegarás a una de las calles grandes, todas llevan a las murallas y las murallas llevan a la puerta. Nos encontraremos allí, en la puerta. Escucha mi llamada.

Pero... repicó Hem, desconcertado.

Nos encontraremos allí. Es difícil mantener el contacto mental, aquí hay mucha magia mala. No te encontraba, creía que estabas muerto...

Mientras Irc hablaba, un relámpago verde partió el cielo en dos, trayendo con él un hedor a brujería que hizo tambalearse a Hem, con los sentidos aturcidos. *Se acerca una gran tormenta. Date prisa...* la voz de Irc se fue volviendo más débil y después desapareció por completo.

Asustado, Hem intentó contactar con Irc de nuevo, pero la ciudad aullaba con brujerías que le quemaban la mente y no podía escucharlo. Se estaba levantando viento; ya casi tenían la tormenta encima. Dudó, después sacó la daga y sacudió violentamente a Nisrah, en un intento de despertarlo. El niño gruñó, empujándolo para que se apartase, pero al fin abrió los ojos.

—Levántate —ordenó Hem. Nisrah abrió la boca para objetar algo, pero Hem le pegó un brusco tirón de las correas y el niño se puso en pie atontado, mirando a Hem con un desconcierto que se convirtió rápidamente en enfado.

—¿Qué estás...?

—Camina. —Hem presionó la punta de la espada contra la espalda de Nisrah—. Como hagas alguna guarrada, te mato.

Para alivio de Hem, Nisrah se limitó a hacer lo que se le decía, huraño. No sabía si podría luchar contra Nisrah y continuar manteniendo un velo de luz sobre los dos. Comenzaron a caminar por el callejón, alejándose de la Torre de Hierro e introduciéndose en la oscura noche.

No resultaba fácil mantener el sentido de la orientación. A menudo Hem perdía de vista por completo la Torre de Hierro, y a veces Nisrah y él parecían estar dando vueltas en círculo, buscando el camino por callejuelas que eran poco más que grietas negras y asquerosas entre las altas torres, para acabar descubriendo que estaban más

cerca de la Torre de Hierro que antes. Los callejones secundarios de Dagra estaban inquietamente vacíos: de vez en cuando se cruzaban con figuras que miraban hacia el cielo parpadeante mientras se apresuraban a buscar cobijo, pero nada más.

Hem ya no sentía el cansancio, ni podía pensar: tenía un único propósito, la determinación de llegar a la puerta para poder encontrarse con Irc. Extrajo de su mente la pregunta de qué haría una vez que estuviese allí; no tenía ni idea.

Nisrah caminaba ante él sin decir ni una palabra. En una ocasión intentó escaparse, gritándole a un hombre que pasaba por allí, tirándose al suelo y rodando para deshacerse de Hem. Las correas se desgarraron entre los dedos de Hem, quemándose; se arrojó sobre Nisrah y le tapó la boca, ignorando el dolor cuando el niño le mordió. Para alivio de Hem, el transeúnte se limitó a huir, pensando tal vez que eran fantasmas, ya que oía voces pero no veía nada. Hem estaba tan enfadado que retorció a Nisrah hasta hacerlo caer sin pensar en el daño que debían de hacerle las ligaduras, y le puso la espada sobre la garganta hasta que le cortó la piel.

—He dicho que nada de trucos sucios —le gruñó al oído.

Después de aquello, Nisrah se limitó a caminar con pasividad delante de él. Hem comenzó a odiar la imagen de su espalda hundida y renqueante: formaba un todo junto a su propia desesperación y degradación.

A medida que caía la noche sobre Dagra, una profunda oscuridad aliviada tan solo por los crecientes relámpagos, Hem comenzó a perder la esperanza de encontrar la puerta. Estaba buscando la calle de los armeros, por la que habían pasado los hocicos de camino al cuartel, pero no parecían encontrarse en ningún lugar cercano a ella. En cambio, deambulaban por un laberinto sin fin de edificios de ladrillos de muchos pisos, ennegrecidos por el humo y pestilentes a causa del olor a comida podrida y desechos humanos. Ahora el suelo se movía continuamente, como un animal tembloroso, y el peso del aire se estaba volviendo insoportable. Parecía increíble que la amenazadora tormenta todavía no hubiese estallado, tal vez era la pesadez con la que pendía sobre ellos.

Acabaron girando hacia una calle más ancha y después salieron a una de las amplias calles principales que radiaban de la Torre de Hierro. En uno de los extremos, la cruel punta de la Torre de Hierro cortaba una herida negra en las montañas que tenía detrás. A diferencia de los callejones, aquella calle estaba abarrotada de gente. Hem se encogió mientras agarraba con fuerza a Nisrah. Por todas partes habían tropas de soldados con antorchas encendidas que arrojaban sombras grotescas: Glumas a caballo, soldados-perro, infantería. Estaban en guardia, como si estuviesen preparados para la batalla, pero ninguno se movía y sus ojos brillaban rojos entre las sombras.

Hem entrecerró los ojos con la esperanza de ver la puerta, pero estaba tan oscuro que no veía el final de la calle. Mientras tomaba aliento jadeando a causa de la sequedad del aire, pensó con rapidez. La manera más rápida de llegar a la puerta sería bajando por esta calle: ¿se atrevería a correr el riesgo de avanzar a la sombra de las

paredes, bajo las narices de las fuerzas del Sin Nombre? Al mismo tiempo, si volvía a meterse en la maraña de callejones que había dejado atrás, volvería a perderse inmediatamente y nunca encontraría el camino. Vaciló, indeciso, durante un largo instante; después le cogió la mano con firmeza a Nisrah, que caminaba atontado a su lado, y se metieron en la calle principal, pegados a la sombra de las paredes.

Caminaba lo más rápido que podía, conduciendo a Nisrah delante de él. Le parecía que iban muy lentos: el prisionero le estorbaba, y pese a la cubierta del velo de luz temió que un Gluma los percibiese, y se mantenía lo más lejos posible de los que veía. Temía que en cualquier momento Nisrah intentase escaparse de nuevo; algo así entre tantos soldados y Glumas sería desastroso. Miró al cielo, deseando con desesperación que estallase la tormenta; la lluvia los taparía con mucha más eficacia que cualquier velo de luz. Pero no estallaba: incluso las murallas parecían tensas como cables tirantes, zumbando a causa del poder sin liberar, y la tormenta continuaba formándose, la ciudad continuaba estremeciéndose ante su llegada.

Por fin, jadeando, miró a su alrededor para ver dónde estaba, y descubrió con incredulidad que tenía la puerta de la ciudad justo detrás de él, a no más de trescientos metros. Allí había menos soldados que en la calle; ahora su sería más sencilla. Por pura suerte, había salido a la calle que llevaba a la puerta. Durante un instante se relajó de alivio; después inspiró profundamente, preparándose para conducir a Nisrah a la puerta, para encontrar un lugar en el que los dos pudiesen esconderse de los Glumas y buscar a Irc, que debía de llevar siglos esperándolos.

Fue en aquel momento cuando las cosas comenzaron a ir mal. Se dio cuenta de que Nisrah ya no estaba desplomado ante él, pero antes de que pusiese pensar en lo que aquello podría significar el niño se dio la vuelta y Hem vio, con un repentino escalofrío, que los ojos se le habían quedado en blanco. Los Glumas debían de haber despertado a los hocicos, y Nisrah no se salvaba de su esclavitud embrujada.

Hem tenía la guardia baja cuando Nisrah le gruñó y le dio una patada en la espinilla que lo tiró al suelo. Estaba tensando el cuerpo para romper las ligaduras, los músculos le sobresalían de los hombros por el esfuerzo, y ni se enteró cuando Hem lo amenazó con la daga. Hem lo empujó hacia delante de malas maneras, pero Nisrah se quedó donde estaba, todavía luchando para romper las correas de cuero. Saltaron de repente y entonces, sangrando por las muñecas, Nisrah levantó el puño. Con una maldición Hem esquivó el golpe e intentó tirar a Nisrah para poder salir: pero el niño arremetió contra él con las manos y los pies como una bestia enloquecida, y Hem acabó contra la pared y dando la vuelta.

Nisrah se levantó pidiendo ayuda a gritos y echó a correr. Salió del velo de luz a pocos pasos de donde estaba un asombrado Gluma, que se fijó en él, agarró a Nisrah del brazo y después miró directamente a Hem, con los ojos rojos ardiendo a través de su protección. Durante un instante Hem se vio atrapado por la mirada maligna del Gluma y le devolvió una estúpida mirada, como un conejo a un zorro, completamente incapaz de pensar ni moverse.

Antes de que el Gluma pudiese acercarse a él, desvió la atención y se volvió bruscamente hacia la Torre de Hierro. Hem siguió la dirección de su mirada involuntariamente y vio que la torre estaba envuelta por completo, desde la base hasta su gélida cumbre, por una pálida llama que primero brillaba con el verde decadente de una luz cadavérica y rápidamente se fue haciendo más luminosa, hasta que toda la torre resplandecía brillante como un relámpago infernal y congelado. Los soldados chillaron, patalearon e hicieron chocar las armas contra los escudos, y al principio Hem pensó que el suelo temblaba a causa del ruido, hasta que se dio cuenta de que se estaba moviendo solo.

La llama murió tan repentinamente como había aparecido, pero la interrupción fue suficiente para que Hem pudiese librarse del Gluma. Ahora su velo de luz estaba roto. Nisrah se encontraba de pie ante el Gluma y los dedos huesudos de este le rodeaban el brazo: en ningún momento se dio cuenta de lo que le ocurría a la Torre de Hierro. Le gritaba obscenidades a Hem, con la cara distorsionada por la furia y la ira, su rostro una máscara de sangre en el lugar en el que se había abierto durante la pelea. Incluso en aquel abrir y cerrar de ojos, Hem se preguntó si todavía podría rescatarlo; pero el Gluma ya se estaba dando la vuelta con intenciones mortales y sufrió un ataque de pánico.

Hem tomó aliento con gran esfuerzo y giró sobre sus talones, esquivando y corriendo en zigzag entre tropas de soldados, demasiado rápido para los que intentaban atraparlo. Al principio corría por puro pánico; pero una vez estuvo fuera del alcance del fuego helado de la mirada del Gluma se reconstruyó el velo de luz con una palabra y comenzó a abrirse paso con determinación hacia la puerta. Ahora ya solo pensaba en Irc, en poder verle antes de morir. No le quedaba ninguna esperanza de que ninguno de los dos fuese a sobrevivir: incluso si conseguía llegar a la puerta, incluso si se las arreglaba para encontrarse con él. ¿Qué iban a hacer después? Ahora ya no le quedaba esperanza.

Como salidos de la nada, o por lo menos eso le pareció a Hem —aunque tenían que haber salido de las calles laterales por sorpresa—, la carretera de repente era un hervidero de guardias sanguinolentos, los gigantes de las fuerzas personales de Imank, y se encontró en el límite de un encarnizado campo de batalla.

Por puro instinto, se contorsionó y agachó entre los corrillos de guerreros que luchaban, intentando no tropezar con los cuerpos que se retorcían tirados en el suelo. Después, como si obedeciesen una orden que Hem no oía, los soldados de Dagra comenzaron a huir de los gigantes, en dirección a la Torre de Hierro, aullando y gritando. Se escuchó un sonido parecido al chirrido de una piedra que parecía un tormento terrible, en un tono tan alto que Hem pensó que le estallarían los oídos, más alto incluso que el ruido que hacían los soldados y el creciente aullido del viento y los grandes estallidos del trueno que bien podrían no ser truenos en absoluto, sino el ruido que hacían las torres al caer. En aquel momento el suelo temblaba muchísimo y los edificios se abultaban de una manera extraña, las paredes se les ondulaban como

si fuesen cortinas de seda: estaba claro que aquello era una almena que caía al vacío y se hacía añicos contra la carretera, formando un espeluznante arco como si fuese una lenta fuente de piedra, aplastando a los soldados que Hem tenía delante, antes de que ni siquiera pudiesen adelantar las manos para pedir ayuda...

Entonces por fin la tormenta estalló sobre él con descargas de granizo y lluvia congelada, del cielo surgieron cosas frías constituidas por llamas aladas, cuyas lívidas caras de muerto viviente hicieron que Hem perdiese la cabeza de miedo. Salió corriendo como un insecto estúpido entre un caos de lluvia, piedras, viento y sangre, sin saber hacia dónde corría, sin saber dónde se encontraba.

Cuando Hem volvió en sí, se dio cuenta de que estaba tumbado sobre una montaña de escombros, sumido en un silencio que parecía tan ensordecedor como lo había sido el ruido que lo precedía. «Debo de haber tropezado», pensó sorprendido, no recordaba cómo. Abrió los ojos, que tenía cerrados con fuerza, y al principio pensó que se había quedado ciego: la oscuridad era tal que no veía nada. Sobre la cara le caía agua procedente del cielo, y estaba temblando de frío.

Le dolía todo el cuerpo. Despacio, se miró los brazos y las piernas. De milagro, parecía no haberse roto nada. Se incorporó e intentó ver dónde estaba. Era una especie de hoyo. «Quizá sea por eso que hay tanta oscuridad», pensó.

Trepó a gatas por los escombros, construyendo pequeñas rampas con piedrecitas y rocas para no hacer ruido. Observó desde el borde del hoyo.

Al principio lo único que vio fueron rayos de llamas rojas nadando en la oscuridad. Meneó la cabeza, parpadeando, e intentó volver a mirar. ¿Dónde estaba? No podía reconocer nada a su alrededor. Gradualmente, a medida que la vista se le ajustaba a la oscuridad, divisó la mole dentada que formaban las montañas de Dagra contra las nubes más claras, y después la punta de la Torre de Hierro; pero no reconoció nada más. La Torre de Hierro parecía estar en llamas. Otros puntos en llamas se movían con locura, con formas que no tenían sentido: volvió a parpadear y se dio cuenta de que eran personas que llevaban antorchas.

Continuaba sin escucharse ningún sonido.

«He perdido a Nisrah», pensó sintiéndose vacío. «Ha salido corriendo. Todo ha sido en vano...».

Y después: «¿por qué todo está en silencio? ¿Por qué no oigo la lluvia?».

Luchó para salir del hoyo y se encontró con que estaba en lo alto de una montaña de escombros. Tenía las manos desgarradas y le sangraban, y le dolían al tocar la piedra: pero cuando comenzó a tener arcadas, se dio cuenta de que las piedras lo estaban abrasando con brujería. Comenzó a gatear con dificultad y torpeza para salir de los escombros, bajando por el lado que estaba más alejado de la Torre de Hierro. De inmediato comenzó a aclarársele un poco la cabeza, liberada de la niebla de la brujería. Miró hacia delante: el suelo se extendía ante él nivelado y amplio, y unas

columnas de llamas en movimiento fluían hacia él. «Soldados», pensó. Los ejércitos acampaban en el altiplano.

Se dio cuenta de que la montaña de escombros tenía que ser las murallas de Dagra. Estaba fuera de Dagra. Había escapado. Pero ¿dónde estaba Irc?

Tenía la sensación de tener la boca hecha de polvo. Todavía llevaba el hatillo a la espalda, así que buscó su bolsa de agua con torpeza y le dio un largo trago.

Aquello le hizo sentirse ligeramente, muy ligeramente, mejor, y comenzó a preguntarse qué debería hacer. Ya no tenía los oídos llenos de silencio: le pitaban con un ruido agudo y molesto, y por debajo oía el débil repiqueteo de la lluvia cayendo sobre la piedra. Estaba completamente empapado por el aguacero. Volvió a menear la cabeza, en un intento de deshacerse del pitido que tenía metido en el cráneo; el ruido debía de haberlo dejado sordo.

Su primer pensamiento fue que tenía que encontrar a Irc si es que todavía estaba vivo. ¿Cómo iba a sobrevivir nada a las criaturas que había visto en el cielo? ¿O se las habría imaginado, en medio del terror? Ahora ya no quedaba ni rastro de ellas. Si Irc había muerto, estaba solo.

Exprimiendo la poca energía que le quedaba, envió una débil llamada.

Nada.

Si no se movía, alguien tropezaría con él, lo capturarían y lo condenarían a muerte. Pero ¿adónde podía ir?

Comenzó a alejarse de Dagra lentamente, con tenacidad, apartándose del camino de los soldados que marchaban. Solo podía pensar en Irc. Tenía que estar muerto. Irc estaba muerto, y él estaba solo en una llanura de pesadilla, convertido en un fantasma, una cosa arañosa que ya no era un ser humano en absoluto. Aun así no quería morir. Continuó arrastrándose.

Vas por el camino equivocado, cabeza de pedrusco.

La voz resonó cantarina en su cabeza con tanta claridad como el estribillo de una canción. Alzó la vista aturdido, entornando los ojos en la oscuridad.

A menos de quince metros estaba Irc posado en la punta de una roca. Del pico le colgaba algo.

Hem se quedó helado del susto. Después se puso en pie como pudo y salió corriendo hacia Irc, que se levantó de donde estaba posado y voló hacia Hem. Este atrapó al pájaro grande y torpe entre sus brazos, apretando la mejilla contra las plumas de Irc, que estaban llenas de porquería y olían a quemado. No había palabras para describir lo que sentía.

Mientras emitía ruiditos de alegría, Irc se apretó contra él, frotando la cabeza contra la sien de Hem. Pero entonces el pájaro desplegó las alas, exigiéndole que lo soltase. Hem abrió los brazos e Irc se le posó en el hombro y le habló al oído.

Tenemos que movemos, amigo. O moriremos.

¿Adónde vamos?, preguntó Hem con desesperación.

Lejos de aquí. Después ya pensaremos qué hacer. Y coge esto, yo estoy cansado

de llevarlo.

Irc dejó caer la cosa que llevaba sobre la palma de la mano de Hem. Era un abalorio que el cuervo debía de haber cogido, un pequeño objeto de latón colgado de una fina cadena de acero. Hem sintió un histérico deseo de echarse a reír: incluso allí, en medio de la ruina y la devastación total, Irc no olvidaba sus maneras de ladrón. Se colgó la cadena al cuello y notó que el objeto resultaba extrañamente caliente y pesado contra su piel, y le acarició el cuello a Irc.

Oh, amigo mío. Estoy tan contento de verte. Pensaba que habrías muerto, le dijo.

He estado cerca, respondió Irc. *Ya te lo contaré más tarde. Pero ahora tenemos que irnos. Vienen los soldados.*

La lluvia comenzaba a escampar, y a medida que se alzaban las nubes, una luna incómoda comenzó a arrojar una luz mortecina. Hem volvió la vista atrás, hacia lo que quedaba de la ciudad: parecía como si alguien le hubiese pegado un mordisco al centro. La Torre de Hierro estaba envuelta en un tenue brillo; se mantenía intacta, pero todo lo que había ante ella parecía arrasado. Se preguntó vagamente qué habría ocurrido, pero estaba demasiado cansado para preocuparse. Irc tiraba de él, guiándolo para alejarse de los soldados con los que de otra manera, con el cansancio, se hubiese topado de frente. Sin saber cómo, Hem consiguió renovar el velo de luz; sin saber cómo, continuó caminando, aunque le daba la sensación de que las piernas ya no le pertenecían. Si Irc no hubiera estado pinchándolo todo el tiempo, se habría quedado dormido de pie.

Irc no le dejó descansar hasta que un amanecer descolorido comenzó a iluminar el paisaje grisáceo. Hem alzó la vista y se dio cuenta de que habían recorrido un camino sorprendentemente largo. Llevaban por lo menos una hora bajando la colina, dando tumbos por pendientes pedregosas que le magullaban los tobillos y le hacían tropezar. Habían salido del altiplano sobre el que se alzaba Dagra, y ahora estaban en un terreno nivelado, cercano a las orillas del lago negro que lamía con tristeza la arena negra. Hem estaba demasiado agotado para hurgar en su hatillo en busca de comida: se limitó a acurrucarse bajo un arbusto y dormir. Estaba empapado y tenía frío y el suelo estaba lleno de piedras, pero no podía pensar en comodidades. El simple hecho de dejar de caminar era lo único que pedía. Irc se colocó a su lado y se le arrimó al cuello.

Unos salvajes pinchazos de hambre lo despertaron unas horas más tarde. Irc no se encontraba en ningún lugar por allí cerca. Hem estaba tan entumecido y dolorido que apenas podía moverse, y tenía los brazos y las piernas cubiertos de arañazos y moratones. Les echó un vistazo a sus escasas provisiones —una tira de carne seca y un par de dátiles mohosos— y se planteó cómo racionárselos. Era imposible: tendría que robar comida de algún lugar. Después se lo comió todo, mirando taciturno hacia los juncos que crujían ante los suaves vientos en la costa, comprobó su velo de luz y

volvió a dormirse.

Irc volvió al caer la noche. Había reconocido el terreno que los rodeaba, y estaba desierto. El campo estaba trastornado: todas las carreteras estaban bloqueadas con soldados, algunos eran aliados de Imank, otros del Sin Nombre, y había visto varias escaramuzas. Había escuchado a hurtadillas un par de conversaciones entre Glumas, y le parecía que nadie sabía qué estaba ocurriendo.

Pero yo lo sé, declaró Irc en tono engreído. *Sé más que nadie.*

A Hem, que se sentía más fuerte tras la larga siesta, le hizo gracia. *Solo te estás pavoneando,* dijo.

Irc ahuecó las plumas, enfadado. *Soy un cuervo, no un humano mentiroso,* se defendió malhumorado. *No me invento cosas. He estado allí. He visto cosas que otros no han visto.*

Pero ¿qué cosas?

Cosas. Pero no te las contaré si no eres amable.

Hem puso una sonrisa lánguida. *Seré amable,* concedió. *Te lo prometo.*

Irc se quedó en silencio el tiempo suficiente para valorar que ya había castigado a Hem por su impertinencia, y comenzó a contarle lo que había visto.

Había conseguido pasar ante las alarmas y vigilancias de las murallas de Dagra gracias al sencillo recurso de sobrevolarlas. Aquello no resultaba, le explicó a Hem, tan fácil como parecía: había tenido que rodear la ciudad volando e introducirse en las montañas, donde las murallas se fundían con la sólida roca del Osidh Dagra. Aun así, para sobrepasar las alarmas había tenido que volar tan alto que tenía dificultades para respirar, y se le habían formado unos cristales de hielo en las plumas. Pero por fin, a última hora de la tarde, había conseguido entrar.

Desde arriba había podido observar la creciente tensión que había en la ciudadela: todas las calles principales comenzaban a llenarse de soldados armados; y los artesanos y esclavos que se encontraban en la calle se habían apresurado a buscar refugio. Los crecientes vientos habían comenzado a zarandearlo y, además de los peligros de los relámpagos, había presencias invisibles que se reunían en las regiones aéreas más elevadas y le ponían las plumas de punta. Así que había volado bajo, sobre los tejados de Dagra, y se había puesto a buscar a Hem.

Los meses de contacto mental íntimo habían hecho que Irc siempre pudiese encontrarlo, sin importar dónde estuviese. Era, según le explicó a Hem, igual que la manera en que siempre sabía dónde estaba el norte: Hem era una estrella en las constelaciones que guiaban su cerebro. Pero aquella vez, amortiguada por los embrujos confrontados que se retorcían alrededor de los edificios de la ciudad, la estrella había desaparecido. Había comenzado a preocuparse por si habían matado a Hem, y había recorrido Dagra volando de un extremo a otro de la ciudad, que cada vez estaba más agitada.

Irc se había sentido a la vez repelido y fascinado por la Torre de Hierro. Lo atraía con un pavoroso magnetismo. Cada vez que recorría la línea de los tejados de la

ciudad se aventuraba a acercarse un poco más y, por fin, dejándose llevar por una insaciable curiosidad, remontó el vuelo hasta alcanzar su nefasta altura, convirtiéndose en una mota de polvo gris contra aquella inmensa negrura. Cuanto más alto volaba, más incómodo se sentía; podía percibir el cosquilleo de las sólidas protecciones, vigilancias y alarmas tejidas en la misma sustancia de la torre; pero entre la oscuridad cada vez mayor y el viento, pasó desapercibido.

En una atalaya cercana a la cima divisó una ventana iluminada y algo que se movía en el interior; pero en aquel momento sintió la llamada de Hem, que acababa de salir del cuartel de los hocicos y deambulaba perdido por las calles de Dagra dirigiendo a Nisrah con la punta de la espada. Irc planeó apartándose de la torre para hablar con él, por temor a hacer saltar una vigilancia, y arregló el encuentro con Hem en la puerta, antes de que la brujería rompiera el contacto mental.

Entonces tenía la intención de volar directamente hacia la puerta para esperarle, pero la curiosidad pudo con él: tan solo quería mirar más de cerca la Torre de Hierro. Un reconocimiento rápido no podía hacerle daño... El poder que había percibido en los muros de la torre era suficiente para chamuscarle las plumas, y sabía que la vigilancia también le percibiría a él, si no hubiera estado ocupada en otra cosa: pero no miraba hacia el exterior. Estaba completamente concentrada en algo que había dentro.

Irc valoró el peligro exactamente igual que estuviese calculando los riesgos de robar una deseable cucharilla de una cocina llena de gente. Como ocurría normalmente, la curiosidad había ganado a la amenaza de que lo atrapasen. Poco a poco y con grandes precauciones, volvió a acercarse a la ventana iluminada, se posó en un parapeto cercano y alargó el cuello hacia delante, intentando ver el interior. En las sombras de la tormenta que se estaba formando, no vio la pequeña figura entre las sombras que fijó su mirada en él y comenzó a acecharlo.

Lo siguiente de lo que se percató Irc fue de que lo habían atrapado con una correa de cuero con una piedra enganchada en cada extremo, que se le enroscó en las patas y le hizo caer del parapeto al paseo interior. Ocurrió tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de graznar alarmado. Unas manos toscas lo cogieron, le soltaron la correa de las patas y lo metieron, mientras protestaba furiosamente, en un saco («que ademásapestaba», dijo indignado, «a estiércol»).

Irc no tenía muy claro lo que había ocurrido después. Lo habían llevado a algún lugar y había oído voces y risas roncadas. Sospechaba que lo habían cazado para convertirse en la cena de alguno de los guardas. Se quedó muy quieto dentro del saco, pensando que sería mejor aparentar que estaba muerto. Se preguntó si tendría las patas rotas y esperaba que en cualquier momento alguien viniera a retorcerle el pescuezo. Entonces oyó unos pasos nuevos, otra voz que según parecía daba órdenes. En aquel momento pensó que su captor estaba en un lugar en el que no debería estar, porque pareció que le daba un ataque de pánico. Cuando los otros pasos se retiraron, su secuestrador se movió con gran sigilo, todavía agarrando el saco, y echó a correr.

Pero lo vieron: Irc oyó como la otra voz hablaba enfadada, y de repente Irc se vio arrojado al aire y aterrizó con un ruido sordo sobre el duro suelo. Escuchó que las voces subían de tono y un grito y algo que parecía como una ráfaga de brujería. Percibió que los pasos se retiraban, como si estuviesen bajando una escalera, y después todo se quedó en silencio.

Parecía que se habían olvidado de Irc. Se quedó tirado medio aturdido en el lugar de la caída, hasta que se dio cuenta de que el extremo del saco estaba abierto. Con mucha precaución intentó salir y asomó la cabeza. Veía muy poco: estaba en una sala de piedra negra pulida, iluminada por braseros de hierro parpadeantes unidos a las paredes. Allí cerca, entorpecíéndole la vista, vio una enorme mesa redonda, también hecha de piedra negra, en la que había grabados unos extraños diseños y runas que brillaban con una débil luz verdosa. Entonces, para su alegría, vio una ventana —en realidad un alféizar, una abertura sin cristales— a no más de quince metros. Pero antes de poder hacer nada para escapar, oyó unos pasos que se acercaban rápidamente a la sala y la puerta se abrió de golpe.

Una única y horripilante visión hizo que se retirase de inmediato al frágil refugio del saco, agradecido de la casualidad que había hecho que quedase en una zona de sombra.

Allí los poderes descriptivos de Irc comenzaron a fallar; no sabía cómo explicar en el Habla lo que había visto. Hem era capaz de visualizar, a través del contacto mental, una imagen llena de sombras de lo que recordaba Irc; pero a este le resultaba tan angustiante que enseguida la apartaba. Lo que Hem consiguió averiguar a partir de los intentos de Irc de describir lo que había visto se fue conformando a partir de varias conversaciones que tuvieron lugar durante los siguientes días.

En la sala habían entrado dos presencias. La más cercana, que le daba la espalda a él, era sin duda un Gluma, pero emanaba un poder que incluso Irc era capaz de discernir que era muchas veces mayor que cualquier otro con el que se hubiera encontrado antes. Era alto y de constitución robusta, vestido con una armadura de placas negras que no tenía ningún emblema y un yelmo sencillo, sin adornos. Tenía la espalda cruzada por una vaina que atrajo la atención de Irc: igual que todo lo demás que llevaba el Gluma, no tenía adornos, era una funda de acero brillante que despedía unos destellos malignos. De la vaina sobresalía la empuñadura de una espada de la que Irc dijo que hacía daño a la vista; en ella había inscritas unas complicadas runas que parecían retorcerse mientras las miraba.

El otro ser estaba escondido tras la mesa de piedra. Irc tan solo le oía la voz, y lo aterrorizó más que cualquier otra cosa con la que se hubiera topado en su corta vida. Era peor, dijo, que cualquiera de las retorcidas bestias que había visto en las colinas de Glandugir. La voz era melodiosa y bella, siempre hablaba en un tono bajo, pero de alguna forma la belleza la volvía más terrorífica, en lugar de ser al revés. Irc decía que lo que resultaba más espantoso era que parecía estar sufriendo. Bajo todo lo que decía la voz yacía una sensación de agonía física imposible de medir, que afilaba

cada palabra hasta un amargo punto de impotente maldad. Parecía no sentir ningún tipo de compasión, ni hacia sí misma ni hacia ninguna otra cosa: irradiaba una implacabilidad que a Irc le pareció una especie de locura. No el tipo de locura que fragmenta el alma, sino una irracionalidad templada por una voluntad, maligna, inteligente, de una fuerza inmensa.

La totalidad de aquella voluntad estaba concentrada en el Gluma que se alzaba ante él, y al Gluma se le veía impertérrito y libre de temor.

El Gluma solo podía ser Imank, el Capitán del Ejército Negro. En cuanto al otro, Irc supuso que debía de estar en presencia del Sin Nombre, una experiencia que muy pocas criaturas vivas habían soportado y sobrevivido a ella. Irc se apartó un poco, temblando dentro del saco, deseando estar en cualquier otro lugar.

El Sin Nombre e Imank estaban discutiendo y, para su sorpresa, Irc descubrió que entendía una parte de lo que decían, como si estuviesen empleando el Habla. Contra su voluntad, se quedó intrigado y, ya que no se habían percatado de su presencia, el terror que sentía se aplacó ligeramente. Comenzó a escuchar.

La conversación duró mucho tiempo. A Irc le resultó confusa, no podía entender la mayor parte. Pero aún así, averiguó que lo que Imank quería era el dominio del Suderain, como recompensa por haber sido un leal capitán durante siglos; pero el Gluma estaba lejos de suplicarlo. Parecía que el Sin Nombre era muy reacio a concederle tal poder. Bajo casi cada palabra que pronunciaba había una amenaza implícita; Irc se dio cuenta de que Imank no empleaba ningún título cuando se dirigía al Sin Nombre, y se limitaba a llamarlo por su nombre común, Sharma.

—Si no tengo el protectorado, Sharma —aseguró Imank—, no podre guiar a mis fuerzas hacia Annar. No podré ejercer tu plena voluntad con la autoridad necesaria sobre los rebeldes de Car Amdridh. Mis fuerzas exigen un reconocimiento por su lealtad hacia ti.

—Cuando se complete la campaña —respondió Sharma en voz baja—, te ganarás una verdadera recompensa.

Irc se preguntó a qué se referiría con «verdadera recompensa».

La discusión había continuado un tiempo más, cada vez más acalorada. Irc sentía el odio y temor mutuo, y a medida que su ira crecía, también lo hacían los vientos y relámpagos que rodeaban la torre, y los temblores de tierra que llevaban horas sacudiendo Dagra crecían en intensidad. Imank comenzó a gritar, amenazando con declarar una rebelión si el Sin Nombre no accedía a las exigencias del Gluma. Entonces se produjo un silencio espantoso.

—No veo ante mí a ningún capitán leal —afirmó con maldad el Sin Nombre—. Veo a una criatura llena de codicia y traición.

En un abrir y cerrar de ojos, Imank desenvainó la espada y atacó a Sharma. Entonces comenzó una lucha titánica, de pesadilla. Irc se acurrucó en el saco, incapaz de moverse a causa del miedo.

Entonces un objeto dorado dibujó un arco en el aire, golpeó la pared y aterrizó no

lejos de donde estaba Irc. Sacó al cuervo de su aturdido terror, y este se quedó mirándolo con un repentino e intenso deseo. Estaba claro que era un objeto precioso; un objeto muy precioso. Dudó durante un instante y después saltó del saco. Alargó el cuello, se escabulló por el suelo hacia el abalorio, agarró la cadena con el pico y saltó al alféizar con todas sus fuerzas. Salió disparado como una flecha huyendo para salvar su vida, sin mirar atrás, ni siquiera cuando la propia torre comenzó a gritar y a su alrededor explotó un fuego verde, que le chamusco las plumas y lo hizo desplomarse hacia las torres en plena caída de la ciudad de Dagra, donde una terrible batalla proseguía encarnizada en las calles que tenía bajo él.

Irc no le contó lo que había ocurrido entre la salida de la Torre de Hierro y el encuentro con Hem, aunque Hem le preguntó si había visto a los terribles seres alados que habían salido del aire en la puerta. Una parte de Hem todavía se preguntaba si habría soñado aquellas cosas. Lo único que decía Irc era que creía que se iba a morir. *Pero no fue así, añadió ahuecando las plumas. Porque soy un cuervo listo.*

Cuando Irc terminó su relato, Hem sacó la cadena de debajo de su túnica y observó el objeto con aire pensativo. Estaba hecho de latón, una extraña cosa bifurcada que no parecía tener ningún uso evidente. ¿Pertenería a Sharma? Pero ¿por qué iba a llevar el Sin Nombre un objeto así de humilde colgado del cuello? ¿Sería tal vez un recuerdo, algo que guardaba para recordar su humanidad perdida? Parecía bastante improbable.

Observó el abalorio más de cerca, y se dio cuenta de que por todas partes tenía inscritas unas diminutas runas que no era capaz de leer. Un cosquilleo de consciencia hizo que volviese a ocultarlo bajo la ropa. Parecía un objeto corriente, pero un sentido más profundo le decía que no podía tratarlo a la ligera. Pensaría en ello más tarde, cuando se hubieran escapado.



Estando solos, Hem e Irc podían avanzar mucho más rápido que mil hocicos, pero los dos estaban sumamente agotados. Hem tenía que robar para comer. Sobre todo se dedicaba a asaltar cualquier campo cultivado junto al que pasaban de camino, pero en una ocasión consiguió colarse en un almacén, del que se llevó unos panes redondos y duros y carne ahumada. Se llenó el hatillo y después de aquello ya no pasó tanta hambre.

Viajaron por Dén Raven extremando las precauciones, durmiendo durante el día y caminando por la noche. Los días eran muy cortos, y aquello les venía bien; el cielo se mantuvo despejado, pero las noches, de helada, eran duras. Hem se ocultaba tras densos laberintos de sombras y velos de luz, y evitaban las carreteras y cualquier tipo de pueblos o ciudades. Se sentía aliviado por no tener que rehacer más el conjuro para disfrazarse. Aquel era uno de los aspectos más agotadores de ser hocico; pero ahora volvía a ser él mismo y podía llevar su propia cara.

Irc realizaba avanzadillas para explorar y guiaba a Hem por los caminos más seguros. Informó de que había indicios de trastornos y confusión por todo Dén Raven: pero en un par de días pareció que el orden volvía. En un pueblo Irc vio a una multitud de ahorcados; en otro, muchos prisioneros que desfilaban por la calle con grilletes, mientras el populacho los observaba taciturno.

Tiene que haber ganado alguien, dijo Hem. ¿Crees que ha sido Imank?

Irc no lo sabía. Hem le dio vueltas a la cuestión durante días, frustrado por no poder averiguarlo por sí mismo. Irc entendía el Habla, que era lo que hablaban los Glumas; pero Hem se negaba a permitir que se acercase a cualquier Gluma. No se atrevía a correr ningún otro riesgo innecesario: ya habían tentado demasiado a la suerte, y apenas habían conseguido salvar la vida.

Una mañana, Irc volvió de una de sus incursiones con un pergamino que estaba clavado en la puerta de la casa de un Grin en un pueblo; había visto a un hombre que lo leía en voz alta y mucha gente le escuchaba.

Debe de ser importante, observó mientras lo dejaba caer en las manos de Hem.

El chico examinó el pergamino con atención, pero no fue capaz de leerlo. Al principio le pareció escritura Bárdica y pensó que podría entender un par de palabras, pero en las letras había algo extraño. Al final se encogió de hombros, lo dobló con

mucho cuidado y se lo metió en el hatillo.

No volvió a pensar en lo que les podría haber ocurrido a Zelika o a Nisrah. Tampoco se permitía pensar en Saliman, ni en Soron o Maerad. Aparte de las necesidades del viaje, decidió no pensar en absoluto; se limitó a continuar caminando como podía, aturdido, y dejar que Irc decidiese el recorrido. Se sentía como si hubiese sufrido una herida terrible, que no comenzaría a dolerle mientras no la mirase. Tenía que volver a Sjug'hakar Im en seis días para encontrarse con Hared: aquello era lo único que importaba.

Llegaron a las colinas de Glandugir después de cinco noches de duro viaje, tras ver cómo la luna iba menguando. Pese al miedo que le tenía a los árboles, Irc declaró que acompañaría a Hem por el bosque, para asegurarse, según dijo, de que no se metiese en líos. Decidieron atravesarlo directamente, así evitarían que los atacasen. A los hocicos les había llevado tres días atravesar las colinas, pero no se podían mover muy rápido en aquel estrecho sendero y se detenían por la noche, así que tal vez Hem e Irc pudiesen hacerlo en un solo día. Hem también pensó en el Elidhu; volvían a estar en el terreno de Nyanar, y quizá los protegiese de los horrores de los árboles. También temía que Hared no esperase por ellos si llegaban tarde. Faltar a su cita sería demasiada mala fortuna.

Había luna nueva, y las noches eran largas y frías. Hem prefirió atravesar las colinas de noche, aunque hubiera deseado tener más luz. Consideró que aunque a los hocicos siempre los habían atacado de noche, siempre ocurría cuando se detenían, y si Irc y él no paraban de moverse tal vez pasarían desapercibidos. Ahora hacía las cosas por inercia; hacía tiempo que había sobrepasado sus límites y aun así continuaba adelante. Ahora las náuseas volvían a acecharlo, la demoledora sensación de dolencia que se le colaba por los pies en aquella tierra enferma.

Incluso después de dormir, Hem se sentía demasiado cansado para tener miedo. Se sentaba, hacía una comida todo lo buena que era capaz de conseguir, comprobaba los velos de luz y comenzaba a andar por las colinas, con Irc bien colgado de su hombro o volando por delante, a una distancia corta siguiendo el camino. La oscuridad era tal que, pese al miedo a llamar la atención, Hem se vio obligado a encender una pequeña luz mágica, para no salirse del camino y ponerse a andar por el bosque sin senderos, o pisar sin darse cuenta una de las zarzas trampa que lo arrastraría sin remedio hacia árboles.

Después de aquello Hem apenas recordaba el viaje: le parecía haber entrado en un túnel oscuro y sin fin. No sabía cómo había conseguido hacerlo. Tal y como tenían planeado, no se detuvieron, y tampoco los atacaron, pese a que escucharon muchos ruidos extraños y temibles en la oscuridad. Pero el día antes del Solsticio de Invierno, más muerto que vivo, Hem consiguió salir de la arboleda y por fin se encontró sobre las pendientes llenas de maleza que llevaban al campamento abandonado de Sjug'hakar Im.

Ahora que ya estaba allí, Hem se preguntó cómo iba a encontrar a Hared. Estaría oculto por un encantamiento, igual que lo estaba Hem, y no sabía dónde tendría su propio campamento. Miró a su alrededor, atontado; un sol pálido arrojaba una luz suave sobre las llanuras de Nazar y convertía la escarcha fundida sobre la hierba en deslumbrantes joyas. Durante un instante casi parecía el país de Nyanar... Irc se levantó de su hombro, descendió la ladera de la colina en picado y desapareció. Hem se resistió a la imperiosa necesidad de detenerse y continuó caminando despacio, tenaz, hacia Sjug'hakar Im.

El campamento tenía el aspecto melancólico de todas las moradas abandonadas: las puertas colgaban abriéndose y cerrándose a merced del viento, produciendo un crujido melancólico, y en el campo de entrenamiento ya comenzaba a crecer la hierba. Hem cruzó la puerta y miró a su alrededor: allí no había nada. Pronto aquel lugar sería pasto de las malas hierbas: las enredaderas treparían por las vallas y harían que se cayesen, los barracones se hundirían y se pudrirían. No quedaría ninguna señal de todo el sufrimiento que allí había tenido lugar.

Hem se dio la vuelta y se marchó del campamento. Recorrió un breve tramo de la carretera y después comenzó a subir la pendiente, en dirección al lugar en el que había acampado con Zelika cuando vigilaban Sjug'hakar Im. Era como si, pese al cansancio extremo, no pudiese dejar de caminar parecía que sus piernas se hubiesen olvidado de cómo detenerse. Ya casi había llegado a su destino cuando alguien pronunció su nombre.

Le llevó un rato darse cuenta de que no lo habían dicho en voz alta, que lo había escuchado con su oído interno. Alguien que estaba muy cerca lo estaba llamando. Antes de responder miró a su alrededor como un loco, en busca de Hared.

Hem, respóndeme.

Estableció el contacto mental y se dio cuenta, con sorpresa, de quién era. La voluntad que lo había hecho mantenerse durante días de repente se hizo añicos por completo; le temblaron las rodillas y el suelo se levantó, mareante, para encontrarse con él.

Estoy aquí, susurró, mientras una marea negra surgía de su interior. *Saliman, estoy aquí.*

Sobre la frente tenía una mano fría y su pecho era una flor dorada que se iba abriendo, pétalo tras pétalo cargado de luz. Flotaba sobre un agua que lo deslumbraba con sus lentas ondas bajo un cielo azul e inmaculado.

Hem levantó los párpados. Saliman, que brillaba de magia en color plateado, lo observaba muy serio. *Ahora duerme,* le dijo dentro de su mente.

Dormir ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había dormido de verdad? No era capaz de recordarlo. Hem cerró los ojos y sumió agradecido en una oscuridad suave y reparadora.

El olor de la comida despertó a Hem. Se quedó tumbado con los ojos cerrados y la boca hecha agua; le parecía que habían pasado años desde la última vez que había comido algo que supiese bien, que no solo tenía que masticar sin alegría sencillamente para mantenerse vivo. Se incorporó apoyándose en los codos. Se encontraba dentro de un emparrado de hojas vivas, entretejidas e inclinadas hacia el suelo para constituir un refugio, y a pocos metros de allí estaba Saliman, sentado con las piernas cruzadas y vigilando una olla con un guiso que estaba sobre un fuego.

Saliman levantó la cabeza cuando Hem se movió, y sus ojos se encontraron en una larga mirada de saludo. Saliman no sonrió, y tampoco lo hizo Hem: su alegría parecía ser demasiado profunda para ello. A Hem se le formó un nudo en la garganta y tuvo que tragar: pensaba que nunca volvería a ver a Saliman, y ahora allí estaba, preparando la cena. La sencilla cotidianeidad le parecía un completo milagro: llevaba las trenzas atadas en un tosco nudo sobre la cabeza, tenía la ropa sucia por el viaje y parecía muy cansado. Hem se encontraba inundado por un placer melancólico e inexpresable: pese a todo, los dos habían sobrevivido.

Se escuchó un aleteo y un ligero ruido sordo, y los dos se volvieron para ver cómo Irc aterrizaba con torpeza al lado del fuego.

—Hola, Irc —dijo Saliman—. ¿Has olido la comida?

Irc emitió un interrogante graznido y Saliman se echó a reír.

—Tiene un olor delicioso —comentó Hem y se acercó para unirse a Saliman—. Me ha despertado.

—Bueno, ya era hora de que estirases esas piernas. El sol ha salido hace horas.

—¿El sol? —Hem estaba sorprendido, pensaba que sería por la tarde.

—Has dormido un día y una noche enteros —dijo Saliman. Le dirigió una rápida mirada, como si lo estuviese evaluando—. ¿Cómo te encuentras?

—Me he sentido mejor —respondió Hem. Todavía le crujían los músculos del entumecimiento y le daba la sensación de que le hubieran dado una paliza—. Pero he de admitir que en los últimos tiempos me encontraba bastante peor. —Miró la sartén, en la que un trozo de carne se estaba cociendo a fuego lento en una salsa de hierbas—. ¿Tardará mucho?

—No demasiado —respondió Saliman con una sonrisa enorme—. He pensado que podíamos arriesgarnos a hacer una comida caliente para celebrar tu retorno. Estás un poco flaco.

—Pero ¿no podría ver alguien el fuego? —preguntó Hem con una punzada de miedo. Se había acostumbrado tanto a esconderse que incluso sentarse al aire libre le parecía una imprudencia.

—Es poco probable, Hem. Llevo aquí tres días, dando vueltas, y a mi juicio hoy estamos bastante seguros. El Ejército Negro no está en ningún lugar visible en las llanuras de Nazar; según parece la Oscuridad está entretenida en otro lugar. Podemos

aprovecharnos de una tregua en la tormenta, y hacer como si estuviésemos acampando en el Osidh Am. Hace un poco de frío, te lo aseguro, pero es bastante agradable. Después de todo, hoy es el Solsticio de Invierno.

Hem se acercó las rodillas a la barbilla y observó cómo Saliman probaba el guiso y añadía un poco de sal extraída de su hatillo. Irc se le acercó, exigiendo una caricia, y Hem rascó el cuello del pájaro distraído, hasta que este se acurruco en el suelo emitiendo ruiditos. Hem tenía mucha hambre, pero no tenía prisa. Estaba satisfecho tan solo por estar allí con sus amigos, mirando al fuego y escuchando cómo se guisaba la carne a fuego lento. Ahora se daba cuenta de que había olvidado lo balsámicos que resultaban aquellos sencillos placeres, la profundidad a la que le tocaban el alma y lo nutrían.

Un rato después rompieron su ayuno, comiendo directamente de la olla, mientras Irc saltaba al lado de sus rodillas pidiendo trozos de comida. El sencillo guiso aromático de Saliman le pareció un festín a Hem, que le restituyó mucho más que el cuerpo. Cuando terminaron de comer, Hem suspiró satisfecho; estaba lleno y caliente, y se sentía mucho más consistente. Irc salió volando a dar un paseo privado y Hem y Saliman se quedaron sentados en silencio un rato, mirando cómo parpadeaba la pálida luz del fuego.

—Me alegro de volver a verte, Hem —dijo por fin Saliman—. Me preocupé mucho cuando Hared me contó lo que habías hecho.

—Irc me dijo que quería estrangularme —comentó Hem.

—Es más o menos lo mismo que me dijo a mí. —Sonrió Saliman—; yo también me enfadé, Hem. Era algo muy temerario, arriesgabas no solo tu propia vida, sino también nuestra lucha. Pero sorprendentemente, aparte del agotamiento y un montón de cardenales y arañazos, no te ha pasado nada más. Has tenido mucha suerte. Por lo que me ha contado Irc, deberías estar muerto.

Al principio Hem no respondió y cuando lo hizo tenía la voz ronca.

—Sé que era una locura, pero no podía abandonar a Zelika —argumentó—. Y no la encontré. Ni siquiera he podido rescatar a su hermano. Al final no sirvió de nada.

En el rostro de Saliman apareció una expresión de preocupación, y apartó la mirada. Hem estuvo a punto de preguntarle si sabía algo de Zelika, pero algo detuvo la pregunta.

—Si sirvió para algo o no es algo que nos queda por ver —aseguró Saliman—. Irc me ha contado una buena parte de lo que habéis hecho, y estoy ansioso por saber más: me parece que has hecho tanto, o quizá más, que cualquier otro Bardo en nuestra lucha contra la Oscuridad. Parece ser que las suposiciones de Hared acerca de los ejércitos infantiles eran correctas, y es una información muy valiosa. Ninguno de nosotros ha estado en Dagra y ha salido vivo.

Hem se estremeció al recordar la terrible ciudad.

—Yo no quiero volver allí nunca —declaró—. Nunca.

—Espero que nunca tengas que hacerlo —alegó Saliman muy serio—. Y ahora,

Hem, si puedes, me gustaría escuchar tu historia. Cuéntamelo todo.

Titubeante, Hem comenzó a relatarle a Saliman todo lo que había ocurrido desde que Zelika y él habían salido del Hoyo. Le daba la sensación de que habían pasado cuatro años, y no cuatro semanas, pensó maravillado; Nal-Ak-Burat parecía algo muy lejano y el tiempo pasado en Turbansk parecía otra vida. La voz se le fue reforzando a medida que avanzaba, Saliman tenía el rostro abatido e iba asintiendo cuando Hem hacía una pausa para informar que estaba escuchando, y de vez en cuando hacía una pregunta.

Hem se sacó las piedras que tenía en los bolsillos y añadió como soldados como había visto en el viaje por Dén Raven. Le contó a Saliman sus especulaciones acerca de a dónde pensaba que se dirigían y sacó el pergamino que Irc había robado en el pueblo durante el camino de vuelta.

—El caso es que Irc y yo no pudimos averiguar quién había ganado —dijo—. ¿Imank o Sharma? Creíamos que esto nos daría una pista: es una especie de anuncio, pero no sé leerlo.

Saliman tomó el pergamino con el rostro ilegible, mirando a Hem. El niño estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas, muy delgado y pálido tras la terrible experiencia por la que había pasado. Bajo los ojos se le habían formado unas enormes sombras, y su rostro estaba marcado por una congoja, que Saliman pensó que ya nunca se desvanecería. Tenía los ojos brillantes y decididos y hablaba con gran seriedad, como un Bardo discutiendo asuntos de peso con otro Bardo. Pero con aquella ropa harapienta y las rodillas magulladas asomando por los agujeros de los pantalones, parecía muy joven y vulnerable.

—Está escrito en la lengua de Dén Raven —observó Saliman mientras estudiaba el pergamino—. Emplean la caligrafía de Nelson, pero tienen algunas letras más. Ah, sí. Bueno, Hem, creo que tienes razón al pensar que el Sin Nombre no ha muerto. Aquí dice que se ha aplastado la rebelión contra la mayor autoridad de Dén Raven, y que todos los rebeldes serán perseguidos y castigados. Es una lista de los castigos, no te los traduciré.

—¿Así que piensas que se ha destruido a Imank?

—O uno o el otro —respondió Saliman—. Ninguno de los dos podría soportar que el otro viviese. Aun así, Imank tenía que estar muy seguro para retar tan abiertamente a Sharma, supongo que aquella espada era Kinharek, una famosa espada de malvada reputación, que se sabe que poseía Imank. Debía de haberla revestido con un nuevo embrujo para plantearse siquiera que podría destruir a Sharma. Por lo que dices parece ser que el Sin Nombre invocó a los Shika, y ni siquiera la brujería de Imank puede enfrentarse a ellos.

—¿Los Shika?

—Esas criaturas aladas que tanto te aterrorizaron, Hem: estoy seguro de que eran Shika. El Sin Nombre tenía que estar realmente desesperado. No te los imaginas, y razón tenías al sentir miedo. Los Shika son fuerzas del Abismo: tal vez las más

mortales de las criaturas ligadas a él. Dudo que ni siquiera Sharma sea capaz de controlarlos por completo.

Hem se estremeció al recordar el terror irracional que lo había poseído al verlos.

—Muchas veces he temido morir —afirmó por fin—. Pero aquello era aún peor.

—Se alimentan de las almas —explicó Saliman bajando la voz—. Ni siquiera con la muerte se puede escapar de los Shika.

Hem se quedó mirando al suelo con aire sombrío y después se recompuso.

—Pero Imank tiene que haber pensado que se podía matar al Sin Nombre —observó, mirando a Saliman inquisitivamente.

—No se puede matar al Sin Nombre.

—A los Glumas sí se puede.

—Sí, se puede matar a los Glumas: pero solo con magia o brujería. Ni la edad ni la enfermedad ni las heridas ordinarias pueden acabar con sus vidas. Pero el Sin Nombre, Hem, no es un Gluma. Hay otro conjuro que lo mantiene ligado a este mundo. Y a mí me parece que el conjuro tiene algo que ver con los Elementales. No es magia Bárdica.

—¿Crees que tiene que ver con el Canto del Árbol? ¿Y es por eso por lo que Maerad tiene que controlarlo?

—Parece bastante probable. No estoy seguro de cómo. El Elidhu Nyanar parece pensar que se trata de una cuestión que te afecta a ti tan de cerca como a Maerad. Dice que la canción estaba encadenada, lo cual me hace pensar que el Sin Nombre la ha utilizado para sus propios fines.

Hem pensó en Nyanar, en la extraña y salvaje música que había penetrado en él y lo había cambiado, en la ayuda que le había proporcionado. Dudó que pudiese haber sobrevivido a los hocicos sin él. «*Por fin, surgido de tiempos remotos, habéis venido*», le había dicho Nyanar. «*Para desencadenar a la Canción...*».

Por alguna extraña razón, pensar en ello le recordó al abalorio que Irc había traído de la Torre de Hierro.

—¿Te ha contado Irc que robó una cosa en Dagra?

—Sí, me lo ha contado —respondió Saliman con los ojos brillantes—. Está muy ansioso, ahora que los dos estáis seguros quiere recuperarlo. Yo también estoy ansioso por verlo, por razones bastante diferentes.

—No sé qué te parecerá —observó Hem—. Ni siquiera es un objeto precioso, está hecho de latón. —Se sacó la cadena del cuello y se la tendió a Saliman—. Tiene que haber pertenecido a Imank o a Sharma.

Saliman cogió la cadena y la pesó con la mano.

—Es un pequeño diapasón —observó mientras lo examina a con gran interés—. Del tipo que se emplean para las arpas. Tiene unas runas grabadas. —Se quedó en silencio durante un largo período, mientras observaba con detenimiento cada una de las marcas—. Hem, ¿reconoces estas runas?

—No, nunca había visto nada parecido.

—Deberías saberlo —inspeccionó el diapasón por última vez y se lo devolvió a Hem—. Se parecen mucho a las runas que había en la lira de Maerad.

Hem abrió la boca de par en par, asombrado.

—¿Estás seguro?

—Estoy bastante seguro. Son muy características. Me pregunto... —Saliman miró en dirección a una distancia abstracta, perdido en sus pensamientos—. En estos últimos meses me he preguntado si el Canto del Árbol no tendrá algo que ver con esas runas. ¿Por qué no? Después de todo la lira de Maerad es un objeto Dhyllico, la hicieron hace mucho tiempo, quizá cuando el Canto del Árbol no era algo tan olvidado como lo es ahora.

—Pero Maerad se ha ido al norte para encontrarlo —dijo Hem sin comprender.

—Sí, eso ha hecho... pero aquí hay un enigma, Hem. Nadie sabe lo que son esas runas: podrían ser cualquier cosa. Parece algo más que coincidencia que las mismas runas estén en esta cosa, robada de la Torre de Hierro, y la lira que pertenece a la Elegida. Tal vez se complementen.

Hem se puso a pensar, distraído. Tenía sentido, pero también volvía las cosas muy confusas. Si supiesen lo que era el Canto del Árbol, podrían comenzar a intentar entenderlo, pero todo el conjunto parecía un desconcertante rompecabezas.

—¿Recuerdas lo que te dijo el Elidhu? —preguntó Saliman, pensativo—. Los predestinados son dos, hermano y hermana, no uno: *uno para el canto y uno para la música*. Y tú ahora has encontrado un diapasón. Bueno, no lo entiendo: pero siempre he sospechado que tú tenías algún papel que desempeñar en todo esto, igual de importante que el de Maerad. En cualquier caso, signifique lo que signifique, parece bastante claro que tenemos que encontrar a Maerad y su lira. Cuanto antes, mejor.

A Hem se le encogió el corazón al pensar en Maerad; pero al mismo tiempo se dio cuenta, con una aplastante desolación, de que la búsqueda de Maerad significaría abandonar definitivamente cualquier esperanza de encontrar a Zelika. Ante aquel pensamiento, se vio abrumado por una dolorosa sensación de fracaso.

—Pero entonces tendré que abandonar a Zelika —susurró—. Y nunca sabré lo que le ocurrió.

Saliman alzó rápidamente la vista. Hizo una larga pausa y después se acercó a Hem y lo rodeó con el brazo.

—Hem —reveló con mucha dulzura—, Zelika está muerta.

Hem se puso blanco y se mordió el labio con mucha fuerza.

—No —replicó—. ¿Cómo lo sabes? Podría haber huido. Nunca llegué a encontrarla en el campamento...

—Está muerta, Hem. Ayer encontré su cuerpo, cuando estaba buscando entre los árboles que rodean el campamento. Era Zelika, sin lugar a dudas. No creo que ni siquiera llegase a entrar en Sjug'hakar Im. —El chico se quedó en silencio, mirando hacia delante, obstinado—. Ya sabes cómo era —continuó dulcemente Saliman—. No tenía miedo a nada. Debió de intentar escapar cuando la capturaron y entonces la

mataron. Estaba en una tumba cubierta por unas ramas, al otro lado de Sjug'hakar Im, y con ella estaban los cuerpos de dos niños más. Le habían quitado la espada, pero todavía llevaba la armadura. Le di un entierro digno, no lejos de aquí.

A Hem comenzó a temblarle la mandíbula, e inclinó la cabeza hacia el pecho.

—Crees... ¿crees que sufrió? —susurró.

—No. —Hem miró a Saliman directamente a los ojos para asegurarse de que decía la verdad—. No, Hem, no sufrió. Estoy seguro de que murió rápido.

—Así que he hecho todo esto en vano. —Hem dio una salvaje maldición y hundió el puño en el suelo—. En vano. En vano. ¡En vano! —Cada vez que hablaba golpeaba el suelo. Le sangraban los nudillos, pero no sentía dolor.

—No, no ha sido en vano, Hem, mi querido Hem. —Saliman tomó la mano ensangrentada de Hem entre las suyas y después lo abrazó con fuerza—. No podrías haber salvado a Zelika, ni a ninguno de aquellos niños. Has sido muy valiente tan solo por intentarlo.

Un dolor más fuerte que cualquier otro que hubiera sentido nunca pareció quemar a Hem desde las entrañas. No se podía creer que Zelika estuviese muerta, aunque sabía que era cierto. En lo más profundo de su ser había sabido que tenía que estar muerta desde que había encontrado a Nisrah en Dagra, pero no había sido capaz de enfrentarse a ello. Todo lo que se había arriesgado, todo lo que había sufrido, no había cambiado nada: ni para Zelika, ni para Nisrah, ni para los niños medio enloquecidos de la Casa Ciega, ni para ninguno de los hocicos esclavizados en Sjug'hakar Im. Todas sus vidas estaban destruidas para siempre, y nada podría hacer que fuesen mejores. No quería vivir en un mundo en el que ocurrían aquel tipo de cosas.

Hem comenzó a llorar inconsolable sobre el pecho de Saliman, y este se limitó a abrazar su cuerpo tembloroso, acariciándole la cara húmeda, sin decir nada.

Mucho tiempo después, Hem se puso en pie y caminó sin ver, apartándose del fuego. Saliman lo observó marcharse sin intentar detenerlo. Durante un rato Hem no sabía a dónde se dirigía. Se sentía completamente vacío, como si nunca fuese a ser capaz de volver a sentir.

Se acercó al lugar en el que había dejado enterradas sus cosas antes de entrar a Sjug'hakar Im. Deshizo la protección y las sacó. Se podía recuperar muy poca comida. Con un escalofrío tiró la espada que había utilizado siendo hocico, y se anudó a la cintura la vaina de Turbansk. Recogió las mudas y la armadura de cuero; después se quitaría la ropa de Sjug'hakar Im y las tiraría. No quería llevar encima nada que lo relacionase con los hocicos.

Levantó la bolsa de tela que contenía su medallón de plata el símbolo del lirio de Pellinor que resultaba su único vínculo con su herencia, con su familia perdida. Lo sacó de la bolsita y lo palpó; era su posesión más antigua, para él era preciosa.

Después volvió a meterla en la bolsa y se la colgó del cuello, junto al diapasón de latón. Por último recogió el broche de Turbansk. Se sentó sobre los talones estudiándolo de cerca. Se mantenía inmaculado tras el enterramiento, y los rayos dorados resplandecían bajo el sol. Poco a poco se lo enganchó en la capa. Ahora volvía a ser Bardo.

Saliman le había dicho dónde había enterrado a Zelika, y un rato después Hem se echó a caminar hacia la tumba. Estaba enterrada al pie de un almendro, en una colina baja que miraba hacia las llanuras de Nazar, y Saliman había colocado una enorme roca para marcar el lugar. Hem se sentó al lado de la tumba y pensó en la niña salvaje a la que había conocido y amado durante un período tan breve. Era demasiado intensa, demasiado vital, para estar allí bajo tierra. También pensó en Nisrah, a quien había visto por última vez agarrado por la mano huesuda de un Gluma en medio de unas ruinas, chillándole con el rostro distorsionado por el odio.

En muchos aspectos la muerte de Zelika había sido misericordiosa pero Hem nunca se reconciliaría con aquella injusticia.

El sol comenzaba a descender cuando apareció Irc, buscándolo. Aterrizó sobre el hombro de Hem y se limpió el pico en su pelo, pero no hizo ninguno de sus habituales comentarios inteligentes. Hem le acarició el cuello, agradecido por la silenciosa simpatía del cuervo. Después suspiró pesadamente y se puso en pie tras dirigirle un último vistazo a la tumba.

—Adiós, Zelika —dijo en voz alta—. Sabes, iba a casarme contigo cuando nos hiciésemos mayores. Ahora ya no ocurrirá. Tal vez no hubiera ocurrido de todas maneras, pero quería que lo supieses. —Se quedó un rato callado con la cabeza inclinada y después murmuró—. Que la Luz te proteja.

Se dio la vuelta y caminó sin detenerse hasta el campamento de Saliman, sin volver la vista atrás.

Saliman había sofocado el fuego durante el día, y cuando Hem volvió los dos se entretuvieron en alimentarlo y preparar la cena. Ninguno de los dos habló demasiado al principio, pero después de cenar comenzaron a discutir sus planes. Partirían a la mañana siguiente, para encontrarse con Hared y Soron, que estaban esperando su vuelta en el Hoyo. Saliman y Soron habían vuelto de su misión en Dén Raven unos días antes y Saliman había insistido en ir a Sjug'hakar Im en lugar de Hared.

—Pensé que, si volvías —explicó con una sonrisa torcida—, sería mejor que te recibiese yo que Hared. Todavía está furioso porque le desobedeciste, y pensaba que si habías sobrevivido sería mejor que te recibiesen con amor que con ira.

Hem alzó la mirada agradecido, recordando tardíamente que Saliman había participado en una misión propia.

—¿Qué estabas haciendo en Dén Raven? —preguntó—. Podríamos habernos cruzado.

El rostro de Saliman se iluminó de repente, travieso.

—Pues sí, podríamos habernos cruzado. Nos podríamos haber saludado —y añadió, más serio—. Ya has visto por ti mismo algunos de los resultados de lo que Soron y yo estábamos haciendo. Establecimos contactos y enviamos mensajes. Uno de nuestros objetivos era obligar a Imank a declarar una rebelión abierta contra el Sin Nombre.

Cuando Hem pensó en ello, le pareció algo obvio; recordaba a Irc especulando que la Luz estaba implicada en la confusión que arrasaba Dén Raven.

—¿Pero no podría haber ocurrido aquello de todas maneras?

—Sin duda, yo creo que sí. Aunque solo si la posición de Imank estaba asegurada. Pensamos que sería mejor que ocurriese ahora, antes de que se completase la campaña de Imank en el Suderain y mientras el Sin Nombre valoraba cómo marchar sobre Annar. Hemos ganado un poco de tiempo: es el peor golpe que Sharma ha sufrido hasta el momento, y ha venido de entre los suyos. Pero teníamos otra misión... —Saliman se quedó en silencio, mirando al fuego, y Hem levantó la vista con curiosidad—. Es extraño —dijo por fin—. Incluso hablar de esto me hace daño. Recuerdas, Hem, que sospechaba que en Turbansk había un espía. Después de aquella noche terrible, cuando parecía que la Flota negra estaba preparada para nosotros, estuve seguro de que así era. Te garantizo que iba con mucho cuidado. Nadie más aparte de Har-Ytan, Juriken y yo mismo conocíamos el plan de invocar el terremoto, y creo que aquella táctica desesperada funcionó como deseábamos que lo hiciese, pero es imposible organizar un gran asalto sin que mucha gente lo sepa. No tengo ninguna duda de que alguien había filtrado la noticia; murieron muchos que de otra manera no lo hubieran hecho —la voz de Saliman se endureció y Hem asintió poco a poco, al recordar sus sospechas acerca de Alimbar, el cónsul de Turbansk—. Así que Soron y yo quisimos averiguar la verdad. Hem, aunque no debería contártelo, yo deseaba vengarme. Alimbar desapareció de Turbansk la noche anterior al último asalto; no lo encontrábamos por ningún lado. Aquello me hizo sentirme casi seguro de que nuestras sospechas eran correctas. Y tenía razones para creer que se dirigía a Dén Raven, para conseguir su recompensa. También pensaba que sabía qué nombre estaría utilizando. Ya has visto cómo son las casas de los Grin allí; puedes entender cómo la perspectiva de una riqueza ilimitada podría tentarlo, en especial si lo único que podía predecir era la destrucción total de Turbansk, aunque la Luz sabe que ya era lo bastante rico. No comprendo cómo podía desear más. —Saliman negó con la cabeza—. Un hombre no puede hacer más de tres comidas al día, ni vivir en más de una casa a la vez. Si tienes lo que necesitas, e incluso más, ¿qué sentido tiene añadirle todavía más?

—No se trata de sentido —explicó Hem—. Es algo diferente. —Saliman, pensó, era como la mayoría de los Bardos; no podía comprender la simple ansia de riquezas. Ni siquiera los Glumas lo entendían, pues despreciaban las riquezas materiales por el puro deseo de tener poder y dominación—. ¿Lo encontrasteis? —preguntó Hem

cuando Saliman volvió a quedarse en silencio.

—Sí —respondió Saliman. Hizo una mueca de disgusto—. Sí, lo encontramos. Cuando lo presionamos, nos reveló unos cuantos datos útiles, que es bueno saber, acerca de lo mucho que sabe la Oscuridad de nuestras actividades, y tenemos los nombres de los que han ido traicionando nuestros refugios a la Oscuridad.

Hem se preguntó qué habrían hecho Saliman y Soron para hacer hablar a Alimbar. «Tal vez», pensó con un escalofrío, «lo han visionado».

—¿Lo matasteis? —preguntó con un hilillo de voz. No estaba seguro de si deseaba conocer la respuesta.

Saliman hizo una pausa antes de responder.

—No. No hizo caso al Equilibrio... ese tipo de cosas tienen su propia justicia. No somos nosotros quienes hemos de juzgar y la compasión siempre es la máxima sabiduría. Su suerte se había unido a la de Imank y creo que las cosas se le pondrán difíciles, ahora que Sharma está aplastando la rebelión y no se atreverá a contarle a nadie lo que nos ha revelado a nosotros, ya que le haría quedar como un doble traidor. Ahora se retuerce en un torno de banco que él mismo se ha construido. Dejando a un lado mayores compasiones, no siento lástima por él.

Hem se sintió aliviado. La idea de que Saliman pudiese asesinar a un hombre a sangre fría lo angustiaba, por justo que fuese el asesinato.

—Creo que hiciste bien en no matarlo —declaró muy serio—. Hay demasiada muerte por todas partes.

—Sí, Hem —dijo Saliman con dulzura—. Demasiada. ¿Y qué sentido tendría luchar contra la Oscuridad, si olvidamos el Equilibrio y nos rebajamos a su nivel? ¿Qué estaríamos defendiendo entonces?

Hem sonrió, pero no había alegría en aquel gesto. Se encontró con la mirada de Saliman, pero no respondió. Pensaba en el momento en que se había convertido en hocico, dominado por el delirio de la matanza salvaje, lo sucio que le hacía sentirse aquel recuerdo. Se quedaron un tiempo sin hablar, escuchando los sonidos de la noche. En la distancia se oían los extraños gritos de las criaturas que cazaban por las colinas de Glandugir, se estremeció y se acercó más al fuego. La luz pequeña y reconfortante brillaba valiente contra la gran oscuridad que los rodeaba.

Aquella noche Hem soñó que caminaba por una pradera verde llena de flores salvajes, con la hierba que le llegaba casi hasta las rodillas. Llegó hasta un alto seto, abrió la puerta y se metió en un manzanar. Estaban a principios de primavera, y todos tenían una pesada carga de flores rosas y blancas. Las flores manchaban el suelo como nieve y entre la hierba salpicada de blanco se balanceaban narcisos, campanillas y azafranes de muchos colores.

Se paseó por el huerto hasta llegar a un jardín que comenzaba a verdear tras el sueño invernal, y continuó por un sendero de gravilla blanca rastrillada en dirección a

una hermosa casa. Hem sabía que era su casa, aunque nunca había estado en aquel lugar. Era un edificio alargado, de dos pisos, con amplias ventanas que brillaban bajo la luz del sol.

Hem se volvió y comenzó a dar vueltas entre los manzanos. Las flores revoloteaban ligeramente sobre el suelo y su aroma ascendía en el aire refrescante cuando aplastaba los pétalos con sus pies desnudos. En el extremo más alejado del huerto había una cabaña de madera, se acercó a ella lentamente, apartando las ramas bajas que le golpearon con su húmeda carga de flores en la cara. Abrió la puerta y entró, respirando hondo con placer: dentro había un olor dulce, a tierra. A lo largo de las paredes, sobre unas estanterías de madera, había apiladas hileras de manzanas, almacenadas desde la última estación. Tras tomarse su tiempo para elegir la mejor, Hem cogió una y acarició la piel sedosa y dorada. Una única hoja seca le colgaba del tallo. Volvió a salir al huerto mordiendo la carne blanca Y jugosa.

Entonces oyó que alguien gritaba su nombre. Miró hacia arriba y vio a Maerad acercándose a él por el sendero de gravilla. Le hizo un gesto con la mano y echó a correr con el rostro radiante de alegría.

Lo estaba llamando para que volviese a casa.

Antes de abandonar Sjug'hakar Im a la mañana siguiente Hem echó un sombrío vistazo por el campamento. El inquietante buen tiempo de los últimos días se mantenía y una pálida luz invernal caía sobre las praderas de color leonado de Nazar, aportándoles un delicado matiz que le recordó, con un repentino pinchazo, al immaculado paisaje que había visto cuando Nyanar lo había llevado a un tiempo anterior. Se dio la vuelta y contempló la oscura masa que formaban las colinas de Glandugir. De ellas brotaba una sensación de enfermedad, igual que el calor de un cuerpo febril; lo sentía en su propio rostro. Pero en sus profundidades había observado la frágil danza de una mariposa en un rayo de sol, hacía mucho tiempo.

No volvió a visitar la tumba de Zelika. Ya se había despedido de ella; ahora su muerte vivía en él, un peso con el que cargaría hasta el fin de sus días. Deseó no estar tan solo allí, enterrado en aquella triste tierra que, igual que Zelika, tan hermosa había sido. Pensó en lo que le había dicho Nyanar acerca del tiempo: que todos los tiempos coexistían. «*Nada se ha ido de verdad...* Para mí no es así», pensó Hem. «Ni para ningún ser humano. Nosotros solo podemos ir hacia delante, a no ser que estemos invitados a participar de algún encantamiento que no es nuestro. Estamos condenados a un presente sin fin y nunca podemos volver atrás. La fuente de toda nuestra alegría, y de todas nuestras penas».

Suspiró hondo y se echó el hatillo al hombro. Saliman, que había estado limpiando todos los restos que quedaban de su campamento, enterrando las cenizas del fuego y levantando los velos de luz, se le acercó por detrás.

—¿Preparado, Hem? —preguntó.

Hem se volvió y lo miró a los ojos. El rostro de Saliman estaba cargado de una discreta compasión; se imaginaba lo que estaba sintiendo Hem, pero estaba claro que no deseaba entrometerse. Hem asintió despacio y llamó a Irc. Después se dirigieron al norte y comenzaron a recorrer el camino de vuelta al Hoyo.

Volvían al viejo ritmo de ocultarse y tomar precauciones, laberintos de sombras y velos de luz. Hem se percató de que aquellos trucos de magia le resultaban mucho más sencillos y le cansaban menos que antes; incluso parecían un alivio tras las

últimas semanas, en las que había tenido que mantener un complicado conjuro de disfraz, aparte de todo lo demás.

También se dio cuenta de que no sentía tantas náuseas como antes. Tal vez su cuerpo se hubiese adaptado, o tal vez fuese que lo había pasado tan mal en las colinas de Glandugir que las que sentía ahora eran en comparación más fáciles de soportar. «O tal vez», pensó vagamente «Nyanar me haya proporcionado algún tipo de fuerza contra ellas». Se preguntó si volvería a encontrarse con el Elidhu. La última vez que habían hablado, Nyanar había dicho que le vería cuando volviese de Dén Raven, pero no había ni rastro de él.

Hem y Saliman recorrieron el camino tan rápido como se lo permitía su cautela, realizando la comida del mediodía sin detenerse a descansar. Saliman deseaba, si fuese posible, estar de vuelta en el Hoyo en dos días. Se mantuvieron alejados de los confines del bosque, pero mantenían la carretera a la vista. Parecía que el buen tiempo iba a remitir; unas nubes oscuras se acumulaban sobre ellos y un viento fino y agudo les quemaba las manos y la cara. Tendrían que pasar por lo menos una deprimente noche a la intemperie, bajo la lluvia.

Ni Saliman ni Hem hablaban mucho. Hem se sentía muy agradecido por tener la compañía silenciosa de Saliman aquel día; su calmada presencia suponía un gran consuelo después de tanto tiempo sin tener compañía humana. La idea hizo que Hem sintiese una punzada de culpabilidad; se sentía como si le estuviese siendo desleal a Irc, que se había comportado como el mejor amigo posible, y le había salvado la vida y, probablemente, la cordura. Ningún amigo humano podría haber hecho más.

Sin embargo había echado de menos a Saliman intensamente, y había temido no volver a verlo más. Tan solo el hecho de tenerle cerca, de escuchar el débil ritmo de su respiración y sus pasos, le parecía una fortuna mayor de la que podía esperar. Ahora Maerad estaba, pensó con gran dolor, mucho más sola que él. Si es que estaba viva.

Mientras se desataba su preocupación por Maerad, pensó en el sueño que había tenido la noche anterior. La sensación que le había dado continuaba con él: era parecido a lo que había sentido en presencia del Elidhu, pero más cálida, más íntima. «Más mía», pensó Hem. «Ese es el aspecto que tiene mi hogar». Maerad estaba viva, algo en el interior de Hem latía con certitud. Maerad estaba viva y él la encontraría, pese a que las tierras baldías del Suderain y Annar se extendiesen entre ellos dos. Tal vez ella también soñase con él.

Aquellos pensamientos discurrieron bajo la conciencia de Hem durante toda la mañana. Mantuvo el oído alerta y se dedicó a examinar constantemente la tierra que los rodeaba en busca de cualquier señal de brujería o vigilancias. Había viejos restos de brujería, pero nada serio; el paisaje parecía abandonado y vacío. Se preguntó qué estaría pasando en el mundo.

A medida que avanzaba el día, dejó de pensar por completo. Continuaba muy cansado tras la terrible experiencia vivida en Dén Raven, y cada vez lo sentía más en

las piernas, que le pesaban más y más, como si las estuviese empujando dentro de unas aguas que le llegasen hasta el muslo. Pese al ejercicio, sentía que el frío se le calaba hasta los huesos. Una sensación de monotonía lo invadió, aunque la apartó a la fuerza, obligándose a mantenerse alerta. Sería demasiado, después de todo a lo que había sobrevivido, que un pequeño error lo delatase ahora.

Aun así, se quedó atónito cuando Saliman lo agarró del brazo y lo detuvo. Hem miró al Bardo sorprendido y vio que Saliman miraba fijamente algo que estaba delante de ellos y sacaba la espada. Al principio no vio qué era lo que miraba el Bardo. Ante ellos había una pequeña pendiente que descendía hasta unos matorrales que crecían en una de las muchas pequeñas depresiones que salpicaban la zona. Entonces, mientras Hem miraba, vio que algo grande y oscuro se movía entre las sombras del matorral. Irc, posado sobre los hombros de Hem, tensó las garras y tembló.

Era un enorme venado, con un denso pelaje invernal formaba un enorme collar amarillo alrededor de los hombros. Las siete puntas de su cornamenta se alzaban altas sobre frente, haciendo que Hem se preguntase cómo era posible que no lo hubiera visto; pero lo que atrajo su mirada, incluso a aquella distancia, eran los ojos amarillos del ciervo, que lo miraban directamente.

Eran los ojos de Nyanar. Entonces Hem lo oyó: la música, las frases dolorosamente bellas, incomprensibles que persistían en su memoria consciente.

—No pasa nada. Es Nyanar —afirmó Hem, al notar como la mano de Saliman se tensaba sobre su antebrazo, por alguna razón le resultaba difícil hablar; sentía como si estuviese intentando decir algo bajo el agua. Vio en su rostro, sin que pudiese hacer nada al respecto, que el Bardo estaba asustado.

Despacio, con porte orgulloso, el venado dio un paso hacia ellos. Era un animal inmenso, le llegaba a Saliman más arriba del hombro, y sus pálidas astas eran tan altas como un árbol. Se detuvo a diez pasos de ellos y el aire comenzó a brillar con una extraña luz. Hem parpadeó y cuando volvió a abrir los ojos el venado había desaparecido, y en su lugar estaba el Elidhu de piel blanca, desnudo, rodeado por ondas de luz cambiantes.

—*Saludos, Muchacho de la Canción* —dijo Nyanar dando un paso hacia ellos, Saliman dejó caer la espada a un lado—. *Te dije que volveríamos a vernos.*

—Saludos —respondió Hem mientras una profunda felicidad brotaba en su interior. Se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta y percibió, más que vio, que Saliman se volvía para mirarlo, alarmado y con los ojos muy abiertos. El Bardo parecía encontrarse a una gran distancia de allí. Hem tan solo era consciente de la presencia de Irc, que se mantenía inmóvil y sin decir nada sobre su hombro. Todavía estaba temblando, aunque Hem pensó que temblaba de placer, no de miedo—. Pero ¿cómo has sabido que había vuelto? —se atrevió a preguntar Hem—. Podrían haberme matado.

—*No te han matado. Estás aquí* —declaró Nyanar—. *Dije que para recordar lo*

que está escrito en las vueltas del tiempo... Aunque tienes razón: el tiempo tiene infinitas bifurcaciones y nadie puede predecir realmente lo que está por venir. Hay muchos futuros y muchos pasados, y tu presente no es más que un minúsculo punto de apoyo, que los cambia todos... ¿Has traído algo de las Tierras Envenenadas?

Hem se quedó mirándolo sorprendido y tartamudeó:

—Sí —respondió—. Sí, he traído algo... ¿eso también se había profetizado? — Agarró con torpeza la cadena que tenía colgada al cuello, sacó el pequeño diapasón que Irc había robado de la Torre de Hierro y lo levantó. Se retorció en su cadena mientras atrapaba la luz sobre su superficie opaca.

Mientras hacía aquello, el rostro de Nyanar adquirió una curiosa expresión: en parte era miedo, en parte asco, en parte anhelo, en parte angustia. Cerró los ojos como para controlarse y los volvió a abrir.

—*Tienes la Canción* —afirmó por fin.

Hem se quedó con la boca abierta.

—¿Que tengo... el qué?

—*La Canción que fue robada. Mi canción.*

—Si es tuyo. —En un impulso Hem le tendió el diapasón a Nyanar—, tienes que cogerlo.

El Elidhu dio un respingo hacia atrás, como si Hem acabase de arrojarle una rama ardiendo a la cara.

—No —replicó apasionadamente—. *No tocaré ese objeto. Es una abominación.* —Hem observó el pequeño diapasón que colgaba inofensivo de su cadena de acero, y después se volvió hacia el Elidhu. Abrió la boca para decir algo, no fue capaz de pensar qué decir y la volvió a cerrar—. *Una abominación.* —Volvió a decir el Elidhu—. *Un objeto quebrado, retorcido para fines malvados.*

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hem completamente desconcertado.

—*Sé lo que son esas cosas cortadas en el metal. ¿No sientes la angustia que hay en ellas?*

Hem volvió a mirar el diapasón al darse cuenta de que Nyanar se refería a las runas que tenía grabadas. Se le aceleró dolorosamente el corazón. Pensó que sabía, gracias a un sentido sombrío e incierto, a qué se refería Nyanar; había poder en aquellas runas y, ahora que las miraba de cerca, sabían a maldad...

Entonces la música volvió a sonar en su cabeza, pero más fuerte que antes, casi tan abrumadora como lo había sido en Nal-Ak-Burat, cuando Nyanar, el hombre árbol, se había inclinado sobre él y había echado el aliento en su interior. Hem cerró los ojos al sentir la ola que lo arrasaba. Esta vez la música contenía palabras, y Hem no se convirtió en parte de ella, sino que la escuchó desde fuera, en algún lugar tranquilo, con todo su ser, y sintió como si las palabras de la canción del Elidhu estuviesen grabadas en su corazón:

Soy la canción de siete ramas,

*soy la espuma del mar y las aguas que hay bajo ella,
soy el viento y lo que el viento trae.
Soy el que habla del salmón en el estanque helado,
soy la sangre que brota de la rama sin hojas,
soy la voz del cazador que ruge en el valle,
soy el valor del corzo desesperado,
soy la miel que queda en la colmena podrida,
soy las tristes olas que rompen sin fin,
en mi oscuridad duerme la semilla de la desgracia, así
como la semilla de la alegría.*

La música se detuvo y la última nota se quedó reverberando en la sangre de Hem. Se produjo, durante un abrir y cerrar de ojos o durante una era, no sería capaz de decirlo, un completo silencio: no oía nada en absoluto, ni siquiera el viento ni los finísimos sonidos de su propio cuerpo.

—*La Canción se convirtió en marcas* —aseguró con amargura el Elidhu—. *Y las marcas la devoraron y rompieron su significado, así que ya no queda nada en ella que esté completo. Desde entonces los Elidhu también estamos rotos...* —Hem dejó caer las manos. De repente el diapasón le resultaba muy pesado, casi demasiado para sostenerlo. Necesitó toda su fuerza y las dos manos para volver a levantarlo. Entonces vio que las diminutas runas que tenía grabadas estaban brillando, como si fuesen metal fundido. Parpadeó y se las quedó mirando, fascinado. Podía leer las runas. De repente le parecieron tan claras como la escritura Bárdica. Incluso más claras; continuaba resultándole difícil la manera de escribir de los Bardos—. *¿Lo entiendes?* —preguntó en voz baja.

—Puedo... puedo leer las runas —respondió Hem con la voz temblorosa.

—*Léelas. Dímelas en voz alta.*

Despacio, pero sin dudar, con una voz que se volvía más fuerte mientras hablaba, Hem leyó las runas del diapasón: *«soy la canción de siete ramas. Birt, el abedul, que es el invierno Lran, también el invierno, el serbal. Nerim, el fresno, que es la primavera. El invierno, que es Coll, el avellano. El escaramujo de otoño, Ku Muin es la vid, también el otoño, y Gordh la hiedra de otoño. Phia, el haya, y Ngierab, el junco, los dos son del invierno. Por último, el día del Solsticio de Invierno, el saúco, que es Raunar. En mi oscuridad duerme la semilla de la desgracia, así como la semilla de la alegría».*

Mientras leía cada runa, el fuego que había en su interior moría hasta convertirse en metal apagado. Cuando terminó de hablar, Hem vio que las runas se habían convertido en garabatos inescrutables, sin los significados que contenían mientras las leía, y el diapasón volvía a parecer una insignificante baratija de latón, que le colgaba ligero de la mano.

«En mi oscuridad duerme la semilla de la desgracia, así como la semilla de la

alegría», repitió Hem. La estrofa de Raunar parecía ser el eco de todo lo que había estado pensando durante aquel día. Miró al Elidhu, aturdido por la sorpresa, pero Nyanar había apartado el rostro, y las ondas de luz que lavaban su piel eran apagadas y azules. Por fin el Elidhu se movió y miró a Hem.

—*¿Recuerdas las marcas?* —preguntó. Tenía la voz ronca y Hem vio en sus ojos un dolor terrible—. *Muchacho de la Canción, inscríbetelo en el alma. La canción pertenece a las marcas; cada marca es un verso. Recuérдалo.*

Hem sabía que no olvidaría los significados, ni tampoco la canción que el Elidhu había entretejido con su música. Trago saliva y asintió, intentando encontrarse con la urgencia que había en la voz de Nyanar.

—Sí, las recordaré. No puedo olvidarlas...

—*Recuerda* —repitió Nyanar.

Entonces, sin ninguna advertencia, desapareció. Irc revoloteó en el aire con un graznido de pérdida. Liberado de la presencia de Nyanar, Hem dio un traspié y se hubiera caído si Saliman no lo hubiera cogido del brazo.

—¿Estás bien?

Hem se enderezó.

—Solo necesito... sentarme un rato —respondió. Le temblaban las piernas.

Se sentaron en la hierba, en el lugar en el que estaban y Saliman sacó un poco de medhyl de su hatillo y se lo tendió a Hem. Parecía extrañamente tímido; no miró a Hem mientras lo hacía. Hem le dio un sorbo al licor, agradecido, y comenzó a recuperar un poco de fuerza en las piernas.

Saliman no hizo preguntas, tan solo se quedó allí sentado, paciente, mientras tiraba distraído de una mata de hierba y la retorció entre los dedos. Tras un largo silencio, Hem intentó explicarle vacilante lo que acababa de ocurrir.

—Has oído lo que ha dicho Nyanar —quiso saber.

—Sí, lo he oído —respondió Saliman muy serio. Por primera vez desde que el Elidhu se había desvanecido, miró a Hem a los ojos—. Hem, no entendí ni una palabra. Me maravilla enormemente ver a un Elidhu con mis propios ojos, pero no estoy seguro de si no es más sorprendente verte a ti hablando con un Elemental en su propia lengua. —El chico se quedó mirándolo sin comprender—. Hem, no era el Habla lo que empleabas. Ni tampoco el annariense, ni el suderain, ni ninguna lengua que yo conozca. Parece que el habla elemental está en tu interior, igual que el Habla es algo innato en los Bardos, a no ser que lo estuvieses hablando gracias a algún encanto que el Elidhu traiga con él. —Saliman sonrió, pero era una sonrisa triste—. No debería sorprenderme. Maerad también posee la lengua elemental.

Hem se aclaró la garganta sintiéndose cohibido. No le gustaba la manera en la que lo estaba mirando. Su mirada amable, pero teñida de algo parecido al temor o al miedo hizo que Hem se sintiese distanciado de él. Sintió que lo invadía una gran soledad. Había ido más allá del conocimiento Bárdico y Saliman no podía seguirlo hasta allí. Hem meneó la cabeza en un intento de despejarse y buscó algo con lo que

romper el ambiente enrarecido.

—Bueno, creo que tenías razón en lo que me dijiste ayer —comentó por fin—. Nyanar me dijo que la Canción está en el diapasón. Tiene que referirse al Canto del Árbol. Ahora ya sé lo que significan las runas.

Saliman alzó las cejas asombrado y Hem repitió las estrofas que había cantado el Elidhu y después describió las runas. Saliman escuchaba con las cejas muy juntas, concentrado. Cuando Hem terminó, lo miró interrogante; pero Saliman sonreía y Hem observó con alivio que la breve sensación de distanciamiento había desaparecido.

—Cuando estábamos en Nal-Ak-Burat te dije que no estábamos solos, y que esa es la base de la esperanza —continuó—. No me daba cuenta de cuánta razón tenía. Esto tiene su importancia, Hem. Es un punto de inflexión en esta guerra contra el Sin Nombre. Tan solo desearía saber qué hacer con ello.

—Yo también —replicó Hem, un poco triste.

—Una cosa —observó Saliman volviendo a fruncir el ceño, pensativo—. Faltan algunas runas. Hay cuatro de invierno, pero solo una de primavera y otra de verano. Una del Solsticio de Invierno, pero no hay ninguna del Solsticio de Verano...

—Las otras deben de estar en la lira de Maerad —exclamó Hem—. Como tú decías.

—Sí —reconoció Saliman—. Creo que tiene que ser eso. Ahora debemos buscar por todo Edil-Amarandh hasta que la encontremos. —Bajó la vista con pesimismo—. Sabía que teníamos que encontrarla —continuó—, pero no sabía por qué. Así es el Saber. Ahora que sé el porqué, no tengo ni idea de por dónde comenzar a buscar. O qué haremos cuando la hayamos encontrado.

Entre los dos se hizo el silencio, pero esta vez era el cómodo silencio de la amistad. Hem miró hacia las vacías tierras de las llanuras de Nazar sin acabar de ver nada. Irc había volado hasta el matorral en el que habían visto a Nyanar por primera vez, se había posado en un árbol y apenas se le veía entre la maraña de ramas. Pronto oscurecería.

—El Sin Nombre tiene que haber robado el Canto del Árbol a los Elidhu —observó Hem—. Pero cuando he intentado devolvérselo a Nyanar, él no ha querido cogerlo. No quería ni siquiera tocarlo.

—Tal vez no pueda cogerlo tal y como es —especuló Saliman—. Se necesitó un gran embrujo para ligar al Canto del Árbol, para crear esas runas. De algún modo tienen que contener el poder de la Canción de los Elidhu. Sin duda es a eso a lo que se refería Nyanar cuando hablaba de desencadenar a la Canción.

—Dijo que la Canción estaba rota —recordó Hem pensativo.

Saliman observó el rostro del muchacho inquisitivamente.

—¿Te has recuperado un poco, Hem? Porque tenemos que irnos de aquí. Pronto anochecerá.

Se levantaron, sacudiéndose las hierbas, e Irc descendió en picado hasta el

hombro de Hem y le picoteó la oreja.

Es hermoso, observó el cuervo. Parecía estar entusiasmado.

Hem sabía que estaba hablando de Nyanar. *Sí*, dijo despacio. Acarició el cuello de Irc, repentinamente consciente de que el cuervo era una criatura salvaje. Lo sabía de antes, por supuesto, pero nunca se había parado a pensar en lo que significaba.

Pero está triste, observó Irc. *Muy triste. Me alegro de haberle visto, pero está muy triste.*

Irc se soltó del hombro de Hem y remontó el vuelo, elevándose en el aire hasta tal altura que se convirtió en una sencilla mota negra que destacaba sobre las nubes, planeando y dejándose caer en picado formando eufóricos arcos.

Hem observó a Irc durante un buen rato, atrapado por la pura alegría de su juego. En aquellos reinos aéreos ilimitados, Irc era completamente libre; y contra las montañas de nubes parecía tan pequeño, un frágil ser hecho de plumas, músculos y huesecillos, unidos por... ¿qué? ¿Qué era la chispa que formaba a Irc, su salvaje e ingenioso amigo? ¿Por qué quería a Hem? Porque le parecía un milagro que aquella criatura viva le concediese a Hem su amistad y lealtad, incluso enfrentándose a la muerte.

A Hem se le encogió el corazón con una repentina y dulce angustia. Le parecía imposible, pero así era. También Saliman, y Maerad, y Zelika, que también lo amaban. Ni siquiera la muerte cambiaba aquello. No eran menos salvajes ni menos libres que Irc, y aun así habían elegido amarlo. Hem, que apenas merecía tales riquezas, que daba tumbos de ciego por aquellos caminos y había descubierto que él también les amaba, pese a todas las terribles oscuridades que habitaban en su ser.

Por fin Hem se movió y se volvió hacia Saliman. El Bardo estaba de pie a su lado, sin hablar, con una sonrisa de inconsciente placer en las comisuras de los labios mientras miraba al cuervo danzar en el cielo cada vez más oscuro. Cuando se encontró con la mirada de Hem, la sonrisa de Saliman se hizo mayor y una chispa de puro regocijo brilló entre ellos dos.

—Bueno será mejor que nos marchemos —dijo Hem devolviéndole la sonrisa—. Tenemos un largo camino por delante.



APÉNDICES

Igual que en los libros anteriores, *El Don* y *El Enigma*, estas notas pretenden aportar un poco de información extra a los lectores que sientan curiosidad acerca de las sociedades y culturas de Edil-Amarandh, y se pretende que sean complementarias a los apéndices anteriores. En los libros primero y segundo de Pellinor, perfilé una breve historia de Edil-Amarandh y las instituciones Bárdicas de Annar, y también le eché un pequeño vistazo a los diferentes pueblos y sociedades con los que nos encontrábamos en el relato. Es posible que quien esté interesado en la procedencia y poderes del Habla y de los Elidhu también desee consultar mis introducciones a tales fascinantes temas en los libros anteriores.

Soy consciente mientras escribo de mi limitada capacidad para mantenerme al día en todos los trabajos disponibles en estudios annarienses, una de las áreas de erudición contemporánea que crece a un ritmo más acelerado. La traducción de los pergaminos annarienses y la investigación de su significado en diversos campos de las disciplinas académicas avanza con rapidez —especialmente bajo los auspicios de la Universidad de Querétaro, en la actualidad líder en conocimiento y publicaciones, aunque muchas otras instituciones están aportando contribuciones a nuestra creciente comprensión de Edil-Amarandh. Doy las gracias a todos aquellos cuyo trabajo y conversaciones han aumentado mi comprensión del tema.

De nuevo, como valiosísima introducción al tema para el lector general, recomiendo el innovador estudio de las historias de Edil-Amarandh, *Los Pergaminos Annarienses: la historia reescrita*.



APUNTES SOBRE LA PRONUNCIACIÓN



La mayor parte de los nombres propios annarienses derivan del Habla, y por lo general comparten la pronunciación. En las palabras de tres o más sílabas, el acento recae normalmente sobre la segunda sílaba; en palabras de dos sílabas tales como *Lemuel* (invisible) el acento recae siempre sobre la primera. Existen algunas excepciones en nombres propios, los nombres *Pellinor* y *Annar*, por ejemplo, se pronuncian con acento en la primera sílaba.

La escritura es principalmente fonética.

a—como en *llano*, *ar* rima con *bar*.

ae—suenan *ai*, como en *caiga*. *Maerad* se pronuncia *Mai-rad*.

ae—dos sílabas que se pronuncian por separado, suenan *hay-yy*. *Maninae* se pronunciaría *man-IN-hay-yy*.

ai—se pronuncia *ei*. *Innail* se pronuncia *Inneil*

au—ou. *Raur* se pronuncia *rour*.

e—como en *té*. Al final de palabra siempre se pronuncia: por ejemplo, *remane*, caminar, tiene tres sílabas. A veces esto se indica con *e*, que también indica que el acento de la palabra recae sobre la *e* (por ejemplo, en *ile*, nosotros, a veces el sonido *i* se pierde).

ea—los dos sonidos vocálicos se pronuncian por separado, creando el sonido *ei-a*. *Inasfrea*, caminar, suena por lo tanto: *in-ASS-frei-a*.

eu—suenan *oi*, como en *hoy*.

i—como en *pico*.

ia—se pronuncian tres fonemas, como en *vayan*.

y—suenan *a*, como en *más*.

c—siempre con sonido *k*, como en *casa*, no como en *circo*.

ch—un sonido aspirado, como en alemán *ach* o *loch*, no como en *muchacho*.


dh—un sonido consonántico entre la *d* y la *th* inglesa de *the*. *Medhyl* podría pronunciarse *MED'l*

s—siempre sorda.

Nota: *Dén Raven* no deriva del Habla, sino de lenguas sureñas. Se pronuncia *don RAH-ven*.



BREVE INTRODUCCIÓN AL SUDERAIN Y AMDRIDH



El Suderain era el más grande de los Siete Reinos, y durante muchas eras fue el más poderoso en influencias, saber y riqueza. Se encontraba estrechamente aliado, en lo que respecta a la política, la economía y la cultura, al reino costero de Amdridh, y juntos estos dos reinos dominaban el sur de Edil-Amarandh. La autonomía de los Siete Reinos y su capacidad para resistir a las depredaciones, por parte tanto del Sin Nombre como de los Reyes de Annar tras la Restauración, se debía en gran parte al ancestral poder independiente de estos dos grandes reinos sureños.

El Suderain comprendía las grandes ciudades de Turbansk, Baladh y Jerr-Niken, todas ellas famosos centros de la Tradición y el Saber Bárdicos, que a su vez mantenían estrechos lazos con las escuelas de Amdridh, Zimek y Car Amdridh.

La casi falta total de restos y yacimientos arqueológicos, que supone la gran frustración de los estudios annarienses, puede hacer que algunas cosas resulten difíciles de determinar —el enorme y todavía prácticamente inexplorado tesoro que son los documentos annarienses descubiertos en Marruecos en 1995 continúa siendo la única fuente de conocimiento acerca de Edil-Amarandh. En consecuencia, la cuestión de si Turbansk fue anterior a Afinil es en la actualidad el centro de las discusiones entre autoridades en estudios annarienses. Es seguro que algunas dataciones^[1], objeto de apasionadas disputas, de los extensos documentos parecen indicar que los pergaminos del Suderain se encuentran entre los más antiguos de entre los hallados, lo que sugiere que su reivindicación de ser la primera Escuela de Edil-Amarandh podría no carecer de fundamento. Existen razones para creer que Turbansk se construyó más o menos al mismo tiempo que los grandes Oteros de los Pilanel en Zmarkan^[2].

Entre los muchos tesoros literarios descubiertos durante los últimos años nos encontramos con tentadores fragmentos de lo que sin duda es el poema épico más antiguo de la historia de la humanidad, *La Epopeya de Eribu*. El poema está escrito en la lengua del suderain, y declara ser una traducción de un texto mucho más antiguo datado en los tiempos del Inela, o pre-Edad del Alba, que versa sobre una epopeya llevada a cabo por el rey de la antigua ciudad subterránea de Nal-Ak-Burat para salvar a su ciudad de la destrucción hacia la que se dirigía. Por desgracia, queda tan poco del poema —e incluso los trozos disponibles se encuentran recortados y

lentos de omisiones— que resulta imposible descifrar mucha más información acerca de Nal-Ak-Burat de la disponible en el *Naraudh Lar-Chanë*, donde el misterio es la principal característica, y hasta el momento no hay ningún indicio del texto original a partir del que se realizó la traducción. De todas formas, por lo general se está de acuerdo en el hecho de que en el Suderain existió una civilización ancestral que precedió a Turbansk, y que parece tener una estrecha relación, tal vez incluso devoción, con el Elidhu Nyanar.

Aunque hasta el momento no se ha hallado ningún registro que hable del destino de los habitantes de Nal-Ak-Burat, hay lingüistas que argumentan que es probable que sus descendientes fuesen los pueblos que habitan las marismas de Neera en los tiempos de Maerad. Una teoría —que continúa siendo controvertida, aunque en algunos ambientes está ganando credibilidad con rapidez— es que Savitir, Nazar y Dén Raven, situados al este del Suderain, fueron creados por tribus nómadas procedentes del sur, que más tarde fundarían Nal-Ak-Burat. Según este modelo, los pueblos que habitaron la zona alrededor del mar de Lamarsan y la península de Amdridh representan un grupo lingüístico y racial completamente diferente^[3]. La teoría dice que las tribus nómadas hablaban una lengua que más tarde se bifurcaría en varias lenguas diferentes, incluida la lengua hablada en Dén Raven y por las tribus de las marismas de Neera. Esta uro-lengua (conocida como NAB-1) explicaría las marcadas diferencias entre el suderain clásico y las lenguas habladas por las tribus de las marismas de Neera, y la por otro lado desconcertante relación entre las lenguas de las marismas de Neera y las de Dén Raven, lo que sugiere una lengua raíz común de la cual, hasta el momento, no se ha hallado ningún registro.

El descubrimiento de NAB-1 —y, como se esperaría, su posterior descifrado— resolvería muchas controversias en los judíos annarienses, ya que hasta el momento todos los argumentos que demuestran su existencia se han basado por completo en pruebas secundarias. Los fragmentos de la traducción al suderain de *La Epopeya de Eribu* continúan siendo las piezas más importantes de este fascinante rompecabezas; si pudiese desenterrarse un texto paralelo al original, sería tan relevante para nuestra comprensión de Edil-Amarandh como lo fue la Piedra Rosetta para conseguir descifrar los jeroglíficos.

Los exhaustivos registros escritos del Suderain y Amdridh parecen haberse conservado desde aproximadamente A2200 cuando unos Bardos ansiosos por mantener el Saber vivo tras la destrucción de Afinil fundaron la Biblioteca de Turbansk que es, junto a la Biblioteca de Thorold, una de las más antiguas de Edil-Amarandh. La Biblioteca de Car Amdridh se fundó más o menos un siglo más tarde, mientras que las de otras Escuelas sureñas parecen datar de la época posterior a la Restauración. Por desgracia, muy pocos de los registros sureños han sobrevivido; en general se está de acuerdo en que los Pergaminos Annarienses eran el contenido de la gran biblioteca de Norloch, que, pese a contener copias de lo que los Bardos consideraban los documentos más importantes de todas las Bibliotecas Bárdicas, en

ningún caso reproducía los contenidos de todas ellas.

Los Monarquías del Sur

Tanto el Suderain como Amdridh estaban gobernadas por monarcas, respectivamente el Ernani de Turbansk y el Po de Car Amdridh^[4]. Los gobernadores no-Bárdicos de las demás ciudades de los reinos eran cónsules, que respondían ante el Ernani o el Po. Tras la fundación de la Escuela de Turbansk, el sistema de gobierno dual que dominaba en la mayor parte de Edil-Amarandh implicaba que los monarcas eran iguales en autoridad y poder a los Primeros Bardos de Turbansk y Car Amdridh. Antes del colapso de la monarquía annariense durante las Largas Guerras, y la consecuente combinación del triple cetro del Reino de Annar en el papel del Primer Bardo de Norloch, aquello hacía que el Primer Bardo de Turbansk fuese el Bardo más poderoso políticamente de Edil-Amarandh.

La herencia de las monarquías de Turbansk y Amdridh estaba determinada por lo general por la primogenitura, independientemente del sexo del hijo mayor. Aun así, existían excepciones; la sucesión estaba en el último caso determinada por el monarca reinante, y en escasas ocasiones otorgaba este o esta la corona a alguno de sus otros hijos o hijas o, en el caso de que el monarca no tuviese descendencia, a otra rama de la familia dirigente. Teniendo en cuenta esto, y también el hecho de que ni el Ernani ni el Po se casaban sino que tomaban un consorte (en algunas ocasiones, como en el caso de Har-Ytan, una sucesión de consortes), tal vez resulte sorprendente que no haya registros de guerras de sucesión tales como las que destruyeron la monarquía annanense. Tal vez la autoridad de los gobernantes fuese tal que cualquier decisión acerca de la sucesión se consideraba indiscutible; o tal vez la riqueza del Suderain y Amdridh, junto a la estricta aplicación de las reglas sociales del Equilibrio, le proporcionaban al reino la estabilidad de la que carecía la monarquía norteña. Lo que está claro es que hay muchos registros extensos que declaran, como un orgullo, que incluso en tiempos de hambruna o miseria —a la altura de la lucha contra el Sin Nombre durante el Gran Silencio, por ejemplo— la inanición y las privaciones eran algo prácticamente desconocido entre el pueblo llano del Suderain^[5]. Tan solo existe un registro de malestar civil contra la monarquía: después de que Aleksil el Tirano impusiese por la fuerza unos abrumadores impuestos para costear su gloriosa corte, fue derrocado en un golpe de estado no sangriento en A1333, promovido por un levantamiento popular que estaba, curiosamente, apoyado por los Bardos de Turbansk. Esto subraya la crucial importancia que tenían las Escuelas Bárdicas para el mantenimiento del poder político en Edil-Amarandh.

Los Bardos del Suderain

A diferencia de Afinil, las Escuelas Bárdicas del Suderain nunca fueron destruidas durante el milenio que duró el Gran Silencio, tras la conquista del Sin Nombre. Esto significa que las tradiciones de la Luz en el Suderain continuaron ininterrumpidas durante varios miles de años, y que en el sur la Reforma de Maninaë tuvo un impacto mínimo —a diferencia de Annar, donde la *Paur Libridha* (Maninaë N23) fue el texto con mayor influencia y autoridad en la constitución de las Escuelas. La *Paur Libridha* era en muchos sentidos un texto reformador, escrito a raíz de la necesidad urgente de asegurar que la Luz nunca volviese a verse amenazada tal y como lo había estado durante el Gran Silencio y, como señala Alannah Casagrande, algunas de las innovaciones que planteaba —como la ilegalización explícita del diálogo con los Elementales— nunca fueron completamente aceptadas en las Escuelas de los Siete Reinos. En Thorold, por ejemplo, donde la gente creía que debían la derrota de las fuerzas del Sin Nombre al Elidhu de la montaña Lamedon, esta prescripción fue tácitamente ignorada^[6]. El Suderain también continuó empleando el calendario de Afinil, en lugar del de Norloch instituido por Maninaë, pero para que quede más claro aquí emplearé la convención annariense.

Por lo tanto, las Escuelas sureñas estaban gobernadas según las reglas del sur, lo que a veces daba lugar a conflictos entre los Bardos del norte y los del sur. La diferencia cultural más llamativa entre Annar y el Suderain era la persistencia en el sur de devoción a la Luz (aunque los Bardos pocas veces se veían fuertemente asociados a esto) y, en algunas ocasiones, a lo que parecen ser figuras Elementales. Es decir, en el sur existía una tradición de religión organizada que resultaba completamente desconocida en Annar, y se veía ligeramente modulada por la cultura Bárdica. No es casual que el misticismo de las Maneras del Corazón se originase en Turbansk^[7].

Otra diferencia clave —y tal vez, dado lo anterior, paradójica— era la considerable sofisticación de lo que podríamos considerar discursos científicos y matemáticos en las Escuelas del sur. Por supuesto, dada la comunicación constante existente entre las Escuelas Bárdicas, los descubrimientos y teorías de los Bardos del sur comenzaron a tener influencia en el norte, pero muchos documentos certifican el hecho de que cualquier Bardo interesado en dichas áreas del Saber viajaba al sur para estudiarlas.

Jerr-Niken y Turbansk, en particular, estaban considerados como los principales centros en la investigación teórica en matemáticas y ciencias, y sabemos que los Bardos del Suderain tenían un seguro control teórico de muchos conceptos sorprendentemente modernos. Aunque a menudo los practicaban por amor al arte,

como una parte del juego de pensamiento que entre los Bardos se entendía como una expresión de la Luz, pruebas recientes también sugieren de modo convincente que a menudo se aplicaban estos conocimientos en la práctica: en técnicas médicas, por ejemplo, que demuestran que los Bardos comprendían con bastante precisión las infecciones bacterianas y víricas, o en el campo de la astronomía. La ciencia de la óptica llegó a desarrollarse mucho en Jerr-Niken y Turbansk, y se han desenterrado mapas estelares de una complejidad considerable, que rivalizan con los de los astrónomos mayas. También parece ser que los Bardos del sur habían desarrollado una teoría de la evolución factible, y sabemos que Malikil de Jerr-Niken emitió una teoría sobre la herencia genética en N755^[8], al registrar sus meticulosas observaciones de cruces y polinizaciones de plantas de ikil. Descubrimientos como aquel permitieron a Intathen de Gent desarrollar un modelo teórico de la evolución de poblaciones de especies en competencia, empleando el juego del Gis, un complejo juego de mesa con fichas, muy popular entre los Bardos annarienses^[9]. Algunos estudiosos argumentan que la frecuencia con la que la espiral de doble hélice aparece en las obras de arte e incluso en la arquitectura del sur (el plano del suelo del Ernan de Turbansk, el gran palacio de la Ernani, estaba por ejemplo basado en una representación bidimensional de una doble hélice) sugiere que los Bardos sureños conocían la existencia del ADN.

Muchos de los descubrimientos recientes más interesantes se han realizado en el campo de las matemáticas. La devoción del Suderain por la Luz llevó a profundos estudios Bárdicos acerca de sus propiedades, que a su vez dieron como resultado un temprano descubrimiento de la refracción. En una época tan precoz como A2500, Mulgar de Jerr-Niken describía la Ley de Snell (cuando la luz se inclina al pasar de un medio a otro, los ángulos que forma están trigonométricamente relacionados —el seno del ángulo de incidencia es igual al seno del ángulo de refracción). Esto significa que la trigonometría y la geometría esférica eran uno de los centros del pensamiento matemático desde muy pronto, y llevaron, entre otras cosas, al descubrimiento precoz, dos siglos más tarde, del análisis de Fourier que realizó el genio matemático Abin-Kan de Jerr-Niken. El descubrimiento de Abin-Kan, al que llamó *Edhi-Delar* (en el Habla, «construcción de la luz») significaba que los Bardos eran capaces de representar cualquier forma arbitraria en términos de una agregación de sencillas ondas sinusoidales. Casi simultáneamente, Abin-Kan descubrió que la luz es una onda, empleando un instrumento muy similar al aparato de rendijas de Young (una lámina de vidrio enhollinada, con dos rayas muy próximas a ellas). La combinación de estos dos descubrimientos juntos permitieron que pensadores Bárdicos posteriores realizasen un esbozo de lo que parece ser una base matemática completa para la mecánica cuántica, pese al hecho de que no habían formulado las hipótesis físicas.

Su teoría numérica tiene curiosos paralelismos con la de los griegos, lo que ha llevado a especulaciones acerca de que los matemáticos turbanskianos pudiesen haber

sobrevivido hasta la época de la Grecia clásica. Igual que los pitagóricos, los Bardos turbanskianos relacionaban los números con armonía: el uno era la unidad primordial para la que fue creado todo lo demás, el dos era el símbolo de la mujer, el tres el del hombre y el cuatro simbolizaba la armonía (porque el dos es equitativo, de modo que el cuatro —dos veces dos— sería «equitativamente equitativo»). El cuatro también simbolizaba los cuatro elementos a partir de los cuales se creó el universo (tierra, aire, fuego y agua). Los Bardos del Suderain, tras Lilora de Turbansk (N230), también desarrollaron teorías acerca de los números primos, y sentían una gran veneración por el teorema de la factorización única —cualquier número entero se puede representar de forma única como producto de factores primos. La demostración de Lilora de este principio empleaba una lógica no lineal que mantiene paralelismos con la de Brouwer y los intuicionistas, según la que se considera que cualquier objeto matemático es producto de la construcción de una mente y que, por lo tanto, la existencia de un objeto es equivalente a la posibilidad de su construcción^[10].

Dén Raven y el alzamiento del Sin Nombre

El Sin Nombre, más comúnmente conocido en el Suderain por su nombre propio Sharma, era el rey de Dén Raven antes de convertirse en uno de los más hábiles magos de Edil-Amarandh. Cuando estudiaba con los Bardos de la Luz en la ciudad Dhyllica de Afinil, se decía que sus poderes innatos rivalizaban incluso con los de Nelsor, el legendario Bardo que inventó la primera escritura Bárdica y a quien también se atribuye la creación de las runas del Canto del Árbol. La historia del viaje de Sharma a Afinil en AI567 es bien conocida; lo que resulta más desconcertante es por qué recorrió cientos de leguas hacia el norte en lugar de ir a Turbansk, donde se podría suponer que hallaría un conocimiento como el que deseaba más cerca de su casa. La respuesta parece encontrarse en un misterioso odio hacia los Bardos del sur; el Bardo Nindar hace incidencia en el desprecio que Sharma expresaba por lo general hacia los Bardos de Turbansk: «Se dice que su rostro se oscurecía ante cualquier alabanza a un Bardo de Turbansk y que, si no fuese por educación, incluso escupiría», escribió. «Hay quien dice que nunca había visto tal amargura en ningún ser humano, sin que pareciese haber ninguna razón ni fundamento; y si alguien le preguntaba por las razones de sus negros sentimientos, su rostro se volvía tan amenazador que nadie osaba cuestionarlo.»^[11]

Nindar también deja constancia de la fascinación que Sharma sentía ante los Elidhu que visitaban Afinil, en especial el Rey del Invierno Arkan, a quien más tarde se conocería por todo Annar como el Brujo de Hielo y sería injuriado por los Bardos

a causa de su alianza con Sharma. Mientras Nindar parece creer que el principal interés de Sharma eran las Guerras Elementales, parece probable que estuviese más interesado en la posesión de la vida infinita de los Elidhu. En el *Naraudh Lar-Chanë* se sugiere firmemente que fue en ese tiempo cuando Nelsor, que podría haber sido amante de Arkan, capturó el poder del Canto del Árbol de los Elidhu en las Runas del Canto del Árbol, que inscribió en una lira Dhyllica y un diapasón (en relación con esta decisión, merece la pena recordar que una de las cualidades mágicas de las liras Dhyllicas era que nunca había que afinarlas). Podemos conjeturar que Sharma, al sospechar que el secreto de la vida eterna de los Elementales estaba contenido en el poder de las runas, le robó el diapasón a Nelsor e inmediatamente abandonó Afinil en dirección a Dén Raven. Su repentina desaparición sin duda provocó especulaciones en Afinil, las suficientes para que después se recordase aquel hecho cuando el alcance de su ambición se volvió evidente. De todas maneras, ya que la existencia de las Runas del Canto del Árbol eran un secreto que muy pocos Bardos conocían, tal vez tan solo Nelsor y Sharma, no fue hasta mucho después, cuando Maerad fue llamada a su odisea en busca del Canto del Árbol, que se supo del robo de Sharma. Dado que Sharma no robó la Canción completa, parece lo normal especular —junto a muchos Bardos que más tarde escribieron acerca de estos acontecimientos— que su conocimiento de las Runas se había conseguido de manera deshonrosa. «Muchos desconfiaban de Sharma, incluso antes de que renegase de su Nombre y revelase sus planes oscuros», escribió Callachan de Gent^[12]. «Se decía que espiaba hasta a su propia sombra, y que su mano derecha engañaba a la izquierda».

Cómo empleó Sharma las Runas del Canto del Arbol para llevar a cabo el Conjuro Vinculante que le aseguraba la inmortalidad es algo que nos continúa siendo desconocido; pero muchos Bardos especulan que la falta de la mitad de las runas significa que el conjuro solo tuvo éxito en parte. Aunque el conjuro le proporcionó a Sharma la vida eterna, esta era una vida eterna atormentada; parece ser que la magia que empleó en el Conjuro Vinculante era demasiado poderosa para que su cuerpo humano la soportase. Ciertamente, todas las escasas descripciones existentes del Sin Nombre mencionan su tormento físico, y a menudo se declaraba que su forma era monstruosa hasta un punto inimaginable.

Tras su retorno a Dén Raven, no se volvió a oír nada más acerca de Sharma en Annar o el Suderain durante tres siglos más. Fue durante este tiempo que comenzó la transformación de Dén Raven en el inmenso campo de concentración y armería en el que se había convertido en los tiempos de Maerad, y se sellaron estratégicas alianzas con poderosos Elidhu, incluidos Arkan en Zmarkan y Karak en Indurain (tal vez el mismo Elemental al que más tarde se conocería como Landrost, aunque no hay manera de saberlo con seguridad). En A1810 comenzó la campaña para derrotar a los Bardos de Annar con la invasión del sur de Annar, y en A2041, tras muchas penosas guerras, alcanzó su objetivo de conquistar Annar y completar la destrucción de la civilización de los Dhyllin.

Hay pocos documentos en los que haya quedado registrado el Gran Silencio, que duró más de un milenio, hasta que Maninaë expulsó a Sharma de Annar en A3234 y comenzó la Restauración de la Luz. Los pocos escritos que quedan recogen una tiranía absolutamente militar, en la que poblaciones al completo esclavizadas —el arquetipo, tal vez, de un régimen totalitario. La Luz continuaba invencible en los Siete Reinos, e incluso continuó floreciendo en el Suderain, pero igualmente se encontraba bajo el constante ataque de los poderosos hechiceros de Sharma, los Bardos corruptos conocidos como Glumas, que habían renegado de sus Nombres Bárdicos a cambio de una sombra de la inmortalidad de Sharma. A diferencia de Sharma, a los Glumas se les podía matar, pese a que solo podía conseguirse con magia, pues no morían a causa de heridas físicas normales, ni de enfermedades, ni de la edad. La mayoría del tiempo empleaban conjuros destellantes para disfrazar su horrorosa apariencia. Callachan de Gent los describe así:

«Los cuerpos de los Glumas no continúan siendo jóvenes, sino que, a medida que pasan los siglos, muestran la depredación de la edad extrema: su apariencia es la de esqueletos marchitos envueltos por una piel tan seca y amarilla como un pergamino, y sus ojos arden con una luz roja en los cráneos hundidos de sus rostros. Con su donaire, cualquier placer vital se desvanece; y se ven llenos de un odio hacia cualquier cosa hermosa o buena, o que haya florecido en su inocencia o alegría en las dulces praderas del mundo, y todo lo que ingenian está diseñado para herir, para hacer el mal o para causar desesperación, incluso cuando parece que obrar así no tiene sentido. Ya que en cómo el Gluma hace sufrir a los demás existe una lascivia que va más allá de la crueldad humana, pues se divierten activamente con el dolor que infligen, incluso en su aparente indiferencia; y esta combinación de diversión malvada e indiferencia es a mi parecer la misma esencia de la Oscuridad.

»Un Gluma emplea el Habla, tal y como haría un Bardo; pero en su boca el Habla no posee sus virtudes verdaderas, y resulta doloroso oírla retorcida de modo que a menudo significa exactamente lo opuesto a lo que debería. Los Bardos llaman a esto el Habla Negra, para diferenciar su uso del propio; ya que las palabras son las mismas, pero los significados y poderes invocados por el Habla Negra parecen pretender desgarrar la gracia del Equilibrio y causar una herida en el tejido de la magia. Esta es la Negra Arte de la Brujería, que se sale de nuestros poderes tan solo para destruirlos^[13]».

Tras la Restauración, se extendió la creencia de que Sharma había huido de Dén Raven y había buscado refugio en los desiertos del sur. Durante unos quinientos años Dén Raven se vio libre de la tiranía de Sharma, aunque su sombra no desapareció del

reino: sus brujerías habían hecho tanto daño a la tierra que ni siquiera los Bardos del Suderain eran capaces de curarla, y más tarde se descubrió que algunos Glumas se habían quedado allí en secreto, trabajando en el retorno final de su amo. El aislado reino se abrió a las relaciones con sus vecinos, instituyó un sistema parlamentario y fundó varias Escuelas Bárdicas. De todas maneras, tras milenios de dominio absoluto por parte de Sharma, tales instituciones y reformas eran frágiles, y el golpe de estado protagonizado por el Gluma Imank en N654 durante el reinado de Ukbra llevó a la matanza o destierro de todos los Bardos de Dén Raven, la destrucción de las Escuelas y el retorno de una cruel tiranía y aislamiento.

En N750, bajo el aparente liderazgo del Gluma Imank, un poderoso hechicero y también Capitán del Ejército Negro, Dén Raven comenzó a realizar agresivas incursiones contra los límites orientales del Suderain. Cuando la gran Escuela de Jerr-Niken fue saqueada y quemada hasta los cimientos en N939, hubo muchos en el Suderain que comenzaron a temer que el Sin Nombre hubiese vuelto. Ante el extendido escepticismo de Annar, la Ernani Har-Ytan y el Primer Bardo de Turbansk, Juriken, comenzaron a preparar sus defensas para la invasión que acabó teniendo lugar en N945.

A diferencia de la mayor parte de Annar y los Siete Reinos, donde la influencia de los Bardos implicaba que el estatus social era por lo general un concepto flexible, la sociedad de Dén Raven era estrictamente jerárquica. En la cumbre, bajo la autoridad del propio Sharma, estaban los Glumas, pero incluso entre los Glumas había rangos que se observaban estrictamente. Durante el Gran Silencio, el Sin Nombre había instituido un sistema de Círculos, cada uno de ellos de diferente estatus. Había nueve Círculos de la Oscuridad, que iban desde la Luna Enferma (o Media Luna) —al que pertenecían los Glumas más poderosos, incluido Imank— pasando por los Ojos —Glumas encargados de la vigilancia de Dén Raven y enormemente temidos (el Gluma conocido como la Araña en Sjug'hakar Im era seguramente un Ojo)— hasta el Círculo de los Insectos —el rango más bajo, de donde se sacaba a crueles oficiales tales como los dirigentes de los esclavos. Por debajo de los Glumas había un complicado sistema de castas, que se mantenía en su sitio empleando el miedo: los Glumas utilizaban la brujería tanto para vigilar como para castigar, y tenían un extenso sistema de espías. Cualquier señal de rebelión entre el populacho se aplastaba con una terrorífica crueldad. La clase más poderosa después de los Glumas eran los Grin, famosos por su codicia y crueldad, que gobernaban los pueblos pequeños y a menudo dirigían enormes granjas, minas y armerías. Los Grin eran sin excepción extremadamente ricos. Bajo ellos estaban los artesanos valorados por sus habilidades; aquellos oficios eran por lo general hereditarios y cada uno tenía su propio estatus. Después, en lo más bajo de la sociedad, estaban los numerosos esclavos que se necesitaban para trabajar en las industrias de Dén Raven y para servir en sus inmensos ejércitos^[14].



LOS ELIDHU



Probablemente las entidades más fascinantes y ambiguas de Edil-Amarandh, los Elidhu han sido el centro de intensas especulaciones en el campo de los estudios annarienses. Hay, literalmente, cientos de referencias a ellos repartidas entre la literatura disponible, pero muchas resultan tan contradictorias que es difícil decidir con exactitud quién o qué eran los Elidhu. A veces parecen ser dioses, personificaciones míticas de las fuerzas o acontecimientos naturales, igual que se puede ver al Rey del Invierno como la personificación de una posible Edad del Hielo; en otras ocasiones (como ocurre en muchas historias thoroldianas) son los protagonistas de las leyendas populares; y en otras se las presenta con tanto realismo como a cualquier otra figura histórica que participe en los acontecimientos humanos. Más no es la variedad de los registros acerca de ellos, sino su destacable consistencia, lo nos hace vacilar. Fuesen vistos como fuesen vistos —como dioses o como personas reales, como aliados o como enemigos impredecibles y peligrosos— cada referencia a los Elementales desde el principio de los registros escritos en cada región de Edil-Amarandh subraya sus ojos partidos, inhumanos, su estatus inmortal y su capacidad para cambiar de forma física.

Una dificultad para la comprensión de tales entidades es la propia naturaleza de los Elidhu —se les tiene por seres misteriosos que por lo general están poco interesados en los asuntos humanos. Por supuesto, la ironía está en que los registros que es probable que podamos encontrar tratan solo de los Elidhu que sí se vinculaban a los asuntos humanos. De los dos Elidhu a los que más se describe en los libros anteriores —Ardina y Arkan— se dice a menudo que eran Elementales atípicos, y con seguridad aparecen con un aspecto más humano que de cualquier otra manera, especialmente porque ambos tenían amantes humanos^[15].

Los libros IV y VI del *Narauth Lar-Chanë* (traducidos con el nombre de *El Cuervo*) completan nuestro retrato de los Elidhu. En *El Cuervo*, Hem se encuentra con Nyanar, un Elidhu (que en apariencia es un Elemental del bosque) asociado a las regiones de Savitir y Nazar en el este del Suderain, en la frontera con Dén Raven. El nombre de Nyanar ha sido objeto de varias especulaciones filológicas. *Nyani*, en la lengua clásica del Suderain (aproximadamente de A1000, unos tres milenios antes de los acontecimientos del *Narauth Lar-Chanë*) significa «cambio» o «transformación»

(de aquí *nya-nil* —ritual— una palabra con connotaciones religiosas que no se encuentra más al norte de Edil-Amarandh), y también está relacionada con *nya*, «florecer», «flor» (puede ser tanto un nombre como un verbo). De todas maneras, hay quien discute que el nombre de Nyanar tendría que derivar de la lengua, hasta ahora desconocida, NAB-1, hablada por las misteriosas gentes de Nal-Ak-Burat.

Nyanar nos aporta una dimensión de los Elidhu de alguna manera diferente a la que habíamos visto hasta ahora en el *Naraudh Lar-Chanë*. En el encuentro que Maerad tiene con Ardina en sus diversas formas como Elidhu del bosque, avatar lunar y espiritual Reina de Rachida, se produce una corriente de entendimiento y una sensación de afinidad; incluso sus perturbadores diálogos con Arkan el Rey del Invierno tan solo sugieren cosas que van más allá de la comprensión humana. Arkan cuestiona las polarizaciones y moralidad humanas. «¿Qué es la Luz sin la Oscuridad? No puede existir. Y la Oscuridad estaba primero...» dice, confundiendo las certezas de Maerad. «Solo los humanos mienten, pues piensan que el lenguaje puede aportarles otra realidad», declara más tarde, reivindicando que los seres humanos, obstaculizados por el lenguaje, no pueden entender nada de lo que él llama verdad^[16]. Aunque en annariense se le describe como *inikuel* (literalmente, «que tiene dos caras», una palabra que no tiene nuestras connotaciones de hipocresía sino que invoca lo extraño, lo que está más allá del Saber), Arkan parece ser en muchos aspectos humanamente legible: reivindica el amor, y muestra tristeza e ira de maneras que Maerad es capaz de comprender, incluso si se opone a ellos y en último término los rechaza. Nyanar ni siquiera se acerca a resultar tan reconocible, y por lo tanto podría encontrarse más cerca de ser un Elidhu «típico» que Arkan o Ardina.

Como señala John Carroll en su estudio *Los Elidhu de Edil-Amarandh: vestigios de lo absoluto*^[17], el encuentro inicial de Hem con Nyanar, en radical contraste con los diálogos que Maerad mantiene con Arkan, culmina en una experimentación profunda, sin palabras, de la «música». Elemental. Es algo profundamente ambiguo: al mismo tiempo una experiencia de belleza inexpresable, que también desata en Hem un terror oculto. Tal vez la evocación más inquietante de su terror —un miedo a la inhumana implacabilidad del mundo natural— sea el sueño de Hem inspirado por el Elidhu: «Se queda mirando mientras la ola imposible surge inexorable hacia él, tragándose la tierra por el camino. Lo devorará todo, incluso las nubes. La compasión es un vicio humano; la ola no la conoce. Pronto todo se quedará en silencio.»^[18] Tal y como comenta el autor del *Naraudh Lar-Chanë*: «La música del Elidhu brotaba con oscuridad, lo que hacía que su misterio y su belleza fuesen más profundos y al mismo tiempo la alejaba del alcance de Hem. Los Elidhu no eran ni buenos ni malvados, esas palabras se las había inventado el ser humano para explicar las acciones humanas.»^[19]

Contra esta visión de destrucción amoral se postula algo más benigno, una idea de «estar en casa». Nyanar habla del paisaje como «hogar», pero su entorno es, literalmente, su ser. «Esto soy yo», le dice en un momento a Hem, hablando del

paisaje; y en otro: «Soy todo lo que hay aquí. No hay nada que no sea yo». Esto también resulta evidente cuando el Rey del Invierno habla del tormento de su destierro de Arkan-Da. El lugar es más que un sitio donde vivir: es la base del ser de un Elidhu.

En muchos sentidos los Elidhu son anárquicos, y profundamente antagónicos de las ideas Bárdicas del Equilibrio social. Tal y como presenta el Dr. David Lloyd en su provocadora meditación acerca del lugar que ocupan los Elidhu en el *Naraudh Lar-Chanë*, uno de los aspectos definitorios de los Elementales es su cuestionamiento directo de las ideas Bárdicas de la causalidad racional. Esto se expresa en parte a través de una diferente experimentación del tiempo, que Lloyd caracteriza como tiempo *mítico*. «El tiempo no es tal y como lo conocéis vosotros, criaturas mortales», le dice Nyanar a Hem. «Para nosotros es un mar, y el tiempo existe en su conjunto... Nada se ha ido de verdad...». La concepción del tiempo de los Elidhu, como un lugar de origen primordial, es una idea que resulta familiar a través del ritual, que siempre es una vuelta a los orígenes y a la creación. En culturas tan diversas como los arunta australianos, los kai de Nueva Guinea, o los rituales hindúes, tibetanos y católicos, se hace una llamada al «comienzo» como expresión de la «verdad» y lo «sagrado», que aporta autoridad al significado humano^[20].

La experiencia de los Elidhu de un tiempo primordial o mítico y su concomitante concepto de que todos los tiempos coexisten, es un reto para el historicismo racional de los Bardos en aspectos fundamentales, y por lo menos explica en parte la desconfianza que sentían los Bardos hacia los Elidhu, a quienes consideraban indignos de merecer confianza y peligrosos, como algo «patológico». Los Elidhu representaban una posibilidad de renovación e incluso, tal vez, de revolución, lo cual, tras la Restauración, los Bardos annarienses intentaban reprimir. David Lloyd escribe, en *Elementos de lo sublime*:

«El mito... no se define por su contenido, sino por su estructura temporal. Es decir, cuando Adorno y Horkheimer enfatizan la tendencia antropomórfica que para ellos define mito como lo contrario a la abstracción de la razón, subrayaría —contra la todavía historicista división de lo mítico (como algo pasado y como una relación con el pasado) para los ilustrados — precisamente de lo que el propio historicismo desconfía como mito— su apariencia como el rítmico retorno del pasado en una incómoda caza del progreso por parte de los fantasmas de los asuntos que dejaron sin terminar^[21]. Es la persistencia e insistencia de lo arcaico lo que la razón debería haber erradicado, en una exhibición de la tenacidad de las ataduras irracionales y la violencia de los instintos primarios. El contenido arquetípico putativo de los Elidhu es menos significativa, aunque invocado con facilidad, que su rebelde capacidad para retornar. En esto, por supuesto, los Elidhu comparten las características del inconsciente al que, a nivel social e

individual, se les asimila por lo general... En la medida en la que el propio historicismo Bárdico participa en la racionalización que reprime el pasado y reduce sus múltiples formas a una única narrativa serial, debe forzosamente imaginarse al Elemental mítico como patológico. Donde estaba el mito, debe ir el tiempo histórico, para permitir al pasado descansar y curar su violencia con la razón y el progreso. La conducción terapéutica del historicismo, que hace referencia a la narrativa universal de la cortesía, es de este modo peculiarmente represiva, busca en menor medida liberar al pasado de la rebeldía de sus posibilidades siempre presentes que disciplinarlo.^[22]»

Desterrados de la historia annariense tras la Restauración, igualmente los Elidhu persiguen Edil-Amarandh por tratarse de un asunto no terminado; detrás de su presencia no reconocida o demonizada está el crimen olvidado de la transcripción y robo del Canto del Árbol, de lo que tanto la Luz como la Oscuridad eran culpables por igual. Tal y como Cadvan dice al final de El Enigma, «se trata de deshacer lo que la Luz o la Oscuridad nunca deberían haber hecho».

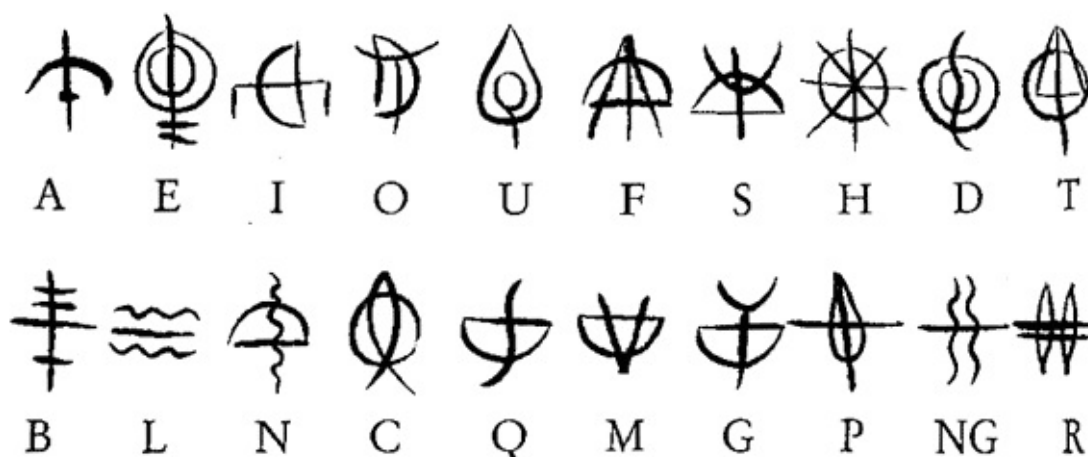
Por otro lado, como se nos muestra con la persistencia de Nyanar incluso en medio de las ruinas en las que Sharma ha convertido su «hogar», los Elidhu también son presagios de las posibilidades. Lloyd argumenta en otra parte que los Elementales demostraban una reconexión del pasado con el presente, no como un proceso nostálgico, sino como reclamación de un posible futuro. «El trabajo de la historia no es limitarse a contemplar la destrucción, sino trazar entre las ruinas del progreso los desfiladeros que conectan las aberturas del pasado con las del presente»,^[23] dice. A través de la figura de Nyanar, presente pese al entorno degradado y envenenado en el que Sharma ha convertido su lugar y su ser, «la forma del futuro imaginado está trazada en las ruinas del presente». Podría añadirse que, como símbolos de un entorno natural traicionado y explotado por una civilización desaparecida hace mucho tiempo, los Elidhu tienen una incómoda resonancia en nuestro presente.



LAS RUTAS DEL CANTO DEL ÁRBOL



Al final de *El Enigma* incluí algunas notas sobre las runas del Canto del Árbol, a las que remito a los lectores que se hallen interesados en este. El Canto del Árbol era un alfabeto compuesto por veinte símbolos. Diez —los que poseían los valores fonéticos A, E, I, O, U, F, S, H, D y T— estaban inscritos en la lira Dhyllica de Maerad. Las demás runas —B, L, N, C, Q, M, G, P, NG y R— estaban en el diapasón que Irc robó de la Torre de Hierro.



Cada runa del Canto del Árbol era una compleja constelación de significado, incluso si solo consideramos su sentido léxico. No era solo una letra con un valor fonético; sino que cifraba una línea del poema de veintiún versos que componía el Canto del Árbol, y también funcionaba como calendario, ya que las quince consonantes simbolizaban diferentes estaciones o días destacados, y las vocales representaban las fases de la luna. Cada runa estaba asociada a un árbol, que a su vez tenía su propia red de asociaciones. La densidad del simbolismo asociado a cada runa se vuelve todavía más compleja con la sugestión hecha por Nyanar y Arkan de que las runas escritas estaban considerablemente incompletas: para poseer significado pleno, necesitaban música. La fuente de su poder tan solo se comprende, igual que en el Habla, de una manera imperfecta.

Las estrofas completas del Canto del Árbol (en las que las runas asociadas a la luna van primero y las demás aparecen en orden según la estación) rezan:

*Soy el rocío que hay en cada colina,
soy el salto que hay en cada útero,
soy el fruto de cada rama,
soy el borde de cada precipicio,
soy la articulación de cada pregunta,
soy la canción de siete ramas.*

*Soy la espuma del mar y las aguas que hay bajo ella,
soy el viento y lo que el viento trae,
soy las lágrimas que caen del sol,
soy el águila que asciende a un acantilado,
soy todas las direcciones sobre el rostro de las aguas,
soy el roble en flor que transforma la tierra,
soy la flecha brillante de la venganza,
soy el habla del salmón en el estanque helado,
soy la sangre que brota de la rama sin hojas,
soy la voz del cazador que ruge en el valle,
soy el valor del corzo desesperado,
soy la miel que queda en la colmena podrida,
soy las tristes olas que rompen sin fin,
en mi oscuridad duerme la semilla de la desgracia, así
como la semilla de la alegría.*

En una monografía inédita, el Profesor Patrick Insole, del Departamento de Lenguas Antiguas de la Universidad de Leeds, ha realizado un exhaustivo estudio de las fuentes existentes del Canto del Árbol y del simbolismo de sus runas^[24]. Para escribir este libro me he sumergido en dicha monografía, y el Profesor Insole, al que por lo general se tiene como la mayor autoridad en los escritos de Edil-Amarandh, me ha permitido amablemente citar partes de su monografía en estas notas.

Las runas del diapasón y las estrofas que les corresponden

B → Soy la canción de siete ramas.

L → Soy la espuma del mar y las aguas que hay bajo ella,

N → Soy el viento y lo que el viento trae,

C → Soy el habla del salmón en el estanque helado,

Q → Soy la sangre que brota de la rama sin hojas,

M → Soy la voz del cazador que ruge en el valle,

G → Soy el valor del corzo desesperado,

P → Soy la miel que queda en la colmena podrida,

NG → Soy las tristes olas que rompen sin fin,

R → En mi oscuridad duerme la semilla de la desgracia, así como la semilla de la alegría

B → Birt → Invierno → Abedul

L → Lran → Invierno → Serbal

N → Nerim → Primavera → Fresno

C → Coll → Verano → Avellano

Q → Ku → Otoño → Escaramujo

M → Muin → Otoño → Vid

G → Gordh → Otoño → Hiedra

P → Phia → Invierno → Haya

NG → Ngierab → Invierno → Junco

R → Raunar → Solsticio de invierno → Saúco

Algunas conjeturas acerca de la interpretación de los diseños de las runas:

EL INVIERNO está indicado como una línea plana, lo que se ha interpretado como una representación del hielo o, lo que resulta más opaco, simplemente como la ausencia de sol/luz.

B se representa con siete ramas, que hacen referencia a la estrofa «soy la canción de siete ramas».



L muestra dos niveles de agua, uno encima y otro debajo del horizonte central, que hace referencia al verso «soy la espuma del mar y las aguas que hay bajo ella».



LA PRIMAVERA se indica con un motivo que indica un sol naciente, que tal vez represente el crecimiento o la venida de la luz.

N hace referencia al viento.



EL VERANO se indica con un círculo, que representa el sol.

C muestra la forma de un pez en vertical, que representa un salmón saltando.



EL OTOÑO muestra un semicírculo invertido, que indica una caída.

Q muestra una «rama sin hojas», o tal vez la sangre que fluye.



M representa un valle.



G resulta poco clara pero podría indicar los cuernos de un «corzo desesperado».



EL HIVVERNO

P muestra la forma de una hoja, que también parece representar una colmena, con una línea vertical marcando el centro, ¿tal vez representando la miel?



NG son dos líneas ondulantes verticales que representan tanto los juncos como su reflejo y también «tristes olas que rompen sin fin».



R representa una línea horizontal, enfatizada, lo que insinúa el día del Solsticio de Invierno. Las dos elipses verticales representan las dos semillas de la desgracia y la alegría.





ALISON CROGGON (Sudáfrica, 1962). Ha vivido en Australia toda su vida, país en el que se le considera una de las mejores autoras de poesía dentro de la generación que emergió en la década de los 90, pero ha cultivado todos los géneros, incluyendo la crítica, el teatro y la prosa.

Su incursión en el mundo del Fantasy con la serie de «*Los libros de Pellinor*» la ha convertido en una de las autoras con más éxito internacional en su género, como lo demuestran las listas de más vendidos en USA, Gran Bretaña y Alemania entre otros muchos países y los innumerables galardones que ha merecido por la saga, como el Top 10 de Amazon.com en el 2005 y el premio al mejor libro de Fantasy de la prestigiosa revista «Kirkus Reviews».

Notas

[1] En otros puntos he hecho referencia a la miríada de dificultades que supone datar los Pergaminos Annarienses. La insignificante presencia de C14 en cualquiera de los documentos sugiere que deben tener más de 50 000 años de antigüedad, aunque su destacable estado de conservación hace que parezcan no tener más de trescientos o cuatrocientos años. Se están realizando algunos progresos en métodos de datación isotópica con los ingredientes de las tintas, pero los sistemas que empleaban los Bardos para conservar sus documentos, que continúan siendo un misterio para los científicos, parecen haber afectado a la constitución molecular de estos materiales — principalmente pergamino y papiro— de ciertas maneras fundamentales y muy desconcertantes. Ver «Datación de los Pergaminos Annarienses», de Jean-Paul Carrier, *Libridha: revista de estudios annarienses*, Número III, Vol 1, 2003. <<

[2] Ver *El Enigma*. <<

[3] Ver *Las lenguas del Suderain*, Jack Collins, (Chicago: Sorensen Academic Publishers, 2004). <<

[4] *Genealogías de la Luz: el poder en Edil-Amarandh*, editado por Alannah Casagrande (Chicago: Sorensen Academic Publishers, 2000) y también Jacqueline Allison, *Los Escritos de Annar: la historia reescrita* (México: Querétaro University Press, 1998). <<

[5] Para encontrar ejemplos de este tipo de reivindicación, ver *Conservadores del Equilibrio*, de Markabul de Turbansk, A2578; *Compartidores de la Luz*, de Inior de Jerr-Niken, A3145; *Los Dones del Don*, de Varcasa de Turbansk, N56. <<

[6] *Genealogías de la Luz: el poder en Edil-Amarandh*, editado por Alannah Casagrande (Chicago: Sorensen Academic Publishers, 2000). <<

[7] «Ídolos de la Luz: aspectos de la devoción religiosa en el Suderain de Edil-Amarandh», Camilla Johnson, *Libridha: revista de estudios annarienses*, Número V, Vol 2, 2004. <<

[8] *El tejido de la Luz*, de Malikel de Jerr-Niken (N755). <<

[9] *Las olas respiratorias del gis*, de Intathen de Gent (N560). <<

[10] Me siento en profunda deuda con el Dr. Randolph Healy, el compañero matemático de Margaret Louise en el Bray College, Irlanda, por su valiosa conversación y nuevas percepciones, que me aportaron la información arriba mencionada. <<

[11] *Sharma, rey de nada*, del Bardo Nindar, Biblioteca de Busk (A2153). <<

[12] *Crónica del Reino Negro*, de Callachan de Gent, traducción de Jessica Callaghan (Albany: State University of New York Press, 1996). <<

[13] *Ibid.* <<

[14] *Ibid.* <<

[15] Para saber más acerca de estos dos Elidhu, ver «Elidhu» en los apéndices de *El Enigma*. <<

[16] *El Enigma*, parte IV. <<

[17] *Los Elidhu de Edil-Amarandh: Vestigios de lo absoluto*, de John Carroll (Méjico: University of Querétaro Press, 2005). <<

[18] *El Cuervo*, parte III. <<

[19] *Ibid.* <<

[20] «Hacia una definición de mito», Mircea Eliade, *Mitologías griegas y egipcias*, (Chicago: Chicago University Press, 2002). <<

[21] *Dialéctica de la ilustración*, Adorno y Horkheimer, Stanford: Stanford University Press, 2002, p. 6. <<

[22] «Ruinas/Runas», de David Lloyd, University of Southern California, monografía inédita, 2004. <<

[23] «Elementos de lo sublime» de David Lloyd, University of Southern California, monografía inédita, 2005. <<

[24] «El simbolismo de las Runas del Canto del Árbol», del Profesor Patrick Insole, Departamento de Lenguas Antiguas, Universidad de Leeds, monografía inédita, 2003.

<<